

Capitán de Navio
CESÁREO FERNÁNDEZ DURO
(1830-1908)

ARMADA
ESPAÑOLA
desde la unión de los reinos de
Castilla y de Aragón



MUSEO NAVAL
MADRID
1972



Instituto de Historia y Cultura Naval

ARMADA ESPAÑOLA

DESDE LA UNIÓN DE LOS

REINOS DE CASTILLA Y DE ARAGÓN

POR

CESAREO FERNANDEZ DURO

DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

TOMO II.





Instituto de Historia y Cultura Naval



I.

PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE II¹.

1556-1559.

Guerras en Italia y en Flandes.—D. Luis de Carvajal en la batalla de Gravelinga.—Situs de Orán.—Venida de armada turca.—Estragos que hizo en el golfo de Nápoles.—Toma y destrucción de Ciudadela.—Jornada del Conde de Alcaudete en Berberia.—Su muerte.—Hazaña de un corsario.

SIENDO acto natural del que sucede hacerse cargo de la herencia á beneficio de inventario, el rey Don Felipe, segundo del nombre en España, al ocurrir la muerte del Emperador su padre, miró de nuevo el estado de la monarquía, con anticipación puesta en sus manos; y al decir del cronista Cabrera de Córdoba, «hallóla, no antigua en partes, no benévolaa, no unida, si bien amplísima y desproporcionada.....; halló que su mayor obligación y dificultad era, sentándose en la silla de don Carlos, máximo, germánico, túrcico, africano, llenar vacío tan grande».

Por manda que coincidía con los íntimos sentimientos propios y con los de la gran masa de la nación, vió también que debía ser, como fué desde el principio, campeón de la Fe, mantenedor del Catolicismo, columna de la Iglesia romana. Acaso preparó con su política la ruina de España, lo que no

¹ Fuentes, Luis Cabrera de Córdoba, Herrera, Vanderhammen, Illescas, Prescott, San Miguel, Weis, Forneron.



quita que llegara á ser uno de los soberanos más populares, más respetados y queridos de sus súbditos, por responder tal política al pensamiento como á la aspiración general¹.

Respondía lo mismo, indudablemente, á lo que pudiera desear, como Pontífice, Paulo IV, á la sazón ocupante de la Sede de San Pedro; no así á las inclinaciones de italiano, influyentes en la intención del Papa, de arrojar de Italia á los españoles, ni á las ambiciones del octogenario, codicioso del reino de Nápoles para medro de sus nepotes.

Empezó por estas causas el gobierno de D. Felipe, viendo todavía su padre en el retiro de Yuste, con guerra á qué provocó la confederación contra España del Papa dicho, Paulo, del rey de Francia Enrique II y del duque de Ferrara Hércules de Este (1556), guerra continental, por ser las fuerzas navales de que disponía nuestro Monarca incomparablemente superiores á las de los aliados. Las galeras, aparte la expugnación de las fortalezas marítimas de Córcega, en que se emplearon las de Juan Andrea y de Antonio Doria, en interés de Génova, no tuvieron otra cosa que hacer que el transporte de compañías ó banderas, de costa á costa, y el bloqueo de Ostia, cuando el Duque de Alba, lugarteniente de D. Felipe, llevó el ejército á los Estados pontificios; y como al mismo tiempo que llegaba con él á las puertas de Roma amagaba á las de París Manuel Filiberto de Saboya, general del de los Países Bajos, ganada la batalla de San Quintín², tuvieron que salir de Italia apresuradamente las tropas francesas, y se vió constreñido á pedir paz el causante de que en aquellas regiones no se disfrutara.

Se trasladó el teatro de las hostilidades entonces á la frontera de Flandes, con alguna ventaja de los enemigos, que recuperaron de los ingleses las plazas importantes de Calés, Guines y Ham; se apoderaron igualmente de las de Thionville y Dunkerque, guarneidas por valones y españoles, y avanzaron por la costa hacia Gravelina ó Gravelinga (*Gra-*

¹ Gebhard; *Historia general de España*.

² El día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1557.



venlinghe), ciudad y puerto comercial situado en la embocadura del río Aa.

Don Luis de Carvajal, que allí se encontraba con su escuadra¹, guarneció al pronto con la gente de desembarco esta plaza y la de Saint Omer, inmediata, conteniendo el progreso de los invasores envalentonados, mientras el gobernador de Flandes, Conde de Egmont, juntaba hueste con que resistirles, servicio que vino á ser de gran utilidad, con prestigio de la armada, pues ante el obstáculo retrocedió el mariscal de Thermes, cabeza del ejército de Francia, y cortándole Egmont la retirada, le obligó á combatir á orillas del mar, en situación en que las naves le cañoneaban de flanco², y en que el mismo Carvajal, con mil infantes arcabuceros de ellas, reforzó el centro de los españoles contribuyendo eficazmente á ganar victoria, si menos importante que la de San Quintín por el número de los soldados que tomaron parte en la acción, tan completa como aquella del dia de San Lorenzo, por quedar anulado el plan del enemigo, deshecha su tropa, ganada la artillería, estandartes, banderas, bagaje y cuanto habían garbeado en la marcha, prisionero el caudillo, Thermes, con no pocos señores y capitanes, y 3.000 soldados; muertos 2.000, sin hacer cuenta de los que se ahogaron en el río, mientras que de nuestra parte no excedió la baja de 400 hombres³.

En la marcha de la política influyó la batalla de Gravelinga más que la de San Quintín, toda vez que, paralizando los planes de los beligerantes, produjo suspensión de armas,

¹ D. Luis de Carvajal, hijo del señor de Jodar, D. Diego, mandaba la escuadra de Cantabria, encargada de la protección del comercio de Flandes y seguridad del paso de Calés. Constan sus servicios en el tomo anterior.

² Vanderhammen, *Don Felipe el Prudente*.

³ Dióse la batalla el 13 de Julio de 1558.—En la *Colección de Documentos históricos del Archivo municipal de la ciudad de San Sebastián* (San Sebastián, 1895, pág. 23), hay testimonio en que se lee: «La ventaja que el francés tenía era tan conocida, que la esperanza que había tenido le saliera cierta si D. Luis de Carvajal no le hubiera socorrido con 500 guipuzcoanos marineros, á quienes sacó de las naos; de suerte, que habiendo roto un escuadrón y muerto más de 600 franceses, se lo ganó, de manera que fué preso Mr. de Fermes, quedando los guipuzcoanos por tan hazañoso hecho en estima de valientes y pláticos soldados. Año 1558.»



preliminar del tratado que había de restituir la tranquilidad á Europa; mas antes de firmarlo en Cateau-Cambresis ¹ ocurrieron en el Mediterráneo sucesos de los que llenan cumplidamente el objeto de este libro.

No dejaría de notar D. Felipe, repasando la hijuela monárquica indicada al principio ², que de las posesiones africanas incluidas en la testamentaría de D. Fernando el Católico, de las conquistas de Pedro Navarro, jalones plantados á lo largo del litoral entre Iberia y Sicilia, no quedaban más de dos: Melilla, de los moros desestimada, y Orán, espina que les dolía y que procuraban sacarse sin cesar, teniendo al pre-sidio de españoles en perpetua alarma; estrechado muchas veces, en aprieto algunas.

Selah, virrey de Argel, vecino emprendedor, muy engreido con la rendición de Bujía, más que ninguno de sus antecesores tenía puestos los ojos en el estorbo, deseando allanarlo con la ayuda pedida al Gran Señor, mediante agasajo capaz de mover la voluntad del visir y bajá Rustán, como la suya, y no en balde, que salieron de Constantinopla en su servicio 40 galeras encomendadas á Portuc y á Mainí, capitanes de crédito. Llegado el momento de utilizarlo, sorprendió la muerte á Selah, frustrando afanes que había de aprovechar otro, como suele ocurrir en los pueblos de jefatura electiva. Hascén ó Hassán Corzo, impuesto por los genizaros del ejército como sucesor, se encontró con 30.000 peones y 10.000 caballos alárabes, 30 piezas de artillería, municiones, herramientas, las 40 galeras turcas y 30 vasos más de corsarios (galeotas ó fustas) en disposición.

Moviendo al poco tiempo nube tan preñada, se presentó á vista de Orán, donde la esperaba el Conde de Alcaudete no

¹ El 2 de Abril de 1559.

² Falleció el emperador Carlos V en Yuste el 21 de Septiembre de 1557: en Bruselas se le hicieron honras fúnebres suntuosas, y entre otras cosas del cortejo iba un navío con inscripciones de todos los viajes y victorias que hubo en la mar y muchas banderas de turcos y moros. En el palo mayor arbolaba estandarte con un crucifijo. *Calendar of state papers of the reing of Elizabeth*. Edited by Robert Lemon, t. 1. London, 1863.



bien apercibido; escaso de todo recurso material por no haber atendido en España los oportunos avisos que dió, ni menos enviádole socorros; sobrado únicamente de resolución y ánimo para presidir á lo que ocurriera¹. Dichoasamente, al vigor con que rechazaba los ataques, y á las disposiciones por las que costaba á los turcos «cada gota de agua un azumbe de sangre», se unió la discordia entre los asaltantes, no todos conformes con la elevación de Hassán Corzo, que el Gran Señor no aprobó tampoco, significando el disgusto con la retirada de sus galeras. Siguió necesariamente la de los argelinos, ordenada, dícho sea en verdad, con inteligencia, llevándose artillería y máquinas sin recibir daño².

Inconscientemente influyó en el suceso el Rey de Francia, mermando el mal su deseo de mayores daños, al pedir de nuevo alianza y cooperación á Solimán, rogándole enviara su armada grande contra Nápoles, visto el sesgo torcido para él de la campaña en Italia y en Flandes. Para esto llamó el Sultán á las 40 galeras distraídas en Argel, formada la intención de subir el número á 100 y de ponerlo á cargo del general Piali.

En la primavera de 1558 pasaron el Archipiélago griego, dejando huellas de su tránsito por la costa de Calabria, á fuer de rápidas no tan sensibles como las que habían de señalar en el golfo de Nápoles por oposición al apacible estar con que le favoreció naturaleza. Sorrento, Castellamare y Masa, que no quisieron guarnición española por no soportar las molestias consiguientes, y desatendieron las indicaciones del Virrey al aconsejarles internar las familias, confiados en la serenidad de sus pasados anales, sufrieron horrores que no hay necesidad de apuntar, conocidos los de las gentes de

¹ En la última de las cartas enviadas al Gobierno expresaba «que si le socorrian, serían Dios y el Rey servidos, y si no, que allí moriría Sansón y cuantos con él son». La carta se comentó mucho con aplauso, pero socorro no fué. Galindo y de Vera, *Historia de las vicisitudes y política tradicional de España respecto de sus posesiones en las costas de África*.

² En este sitio de Orán dispararon los moros pelotas ó balas, que, reconocidas en la plaza, pesaron ochenta y cinco libras.



Barbarroja, Dragut, Cachidiablo y otros tales formados en la misma escuela de odio y exterminio á la grey veneradora de la Cruz. Túvulos en respeto la caballería española al arribar á la isla Procida ó Prochyta, con objeto de procurar por dinero el rescate de cautivos que habían hecho, y también la prevención que hallaron en la isla de Elba y en Piombino. Por lo contrario, fueron á vista de Génova informados de no haber parecido las fuerzas francesas de tierra y mar que con ellos habían de ir sobre Niza, Villafranca y Saona, con arreglo al plan de campaña, é hicieron rumbo de mala gana á las Baleares, á fin de no perder el tiempo.

Funesta desviación para los vecinos de Ciudadela, lindo puerto y hospitalaria población de Menorca. Acababa el mes de Junio al avistarse las velas turcas, cuyo número varía en las relaciones del suceso¹, por las cuales pusieron en armas á cuantos eran capaces de esgrimirlas; 400 de la misma Ciudadela, comprendidos los soldados de la compañía de mosén Miguel Negrete, constituyentes de la guarnición real de la isla; 110 de Alayor, 100 de Mercadal y 10 de Mahón, en todo 620 hombres, capitaneados por mosén Bartolomé Arquimbau, lugarteniente de gobernador.

Más debiera de haber, pues que, al saberse la venida de los turcos, corrieron órdenes para aumentar 300 hombres á los 250 que contaba Negrete, y enviar á Menorca 10 piezas de artillería, municiones y víveres; pero la nave que conducía

¹ El general Gómez de Arteche, autor de las *Nieblas de la historia patria*, en la titulada *Mahón*, da á la armada turca, que dice mandaba el almirante Mustafá-Bajá, un total de 140 velas conductoras de 15.000 hombres. D. Victor Balaguer, sirviéndose de una relación testimoniada, escrita en Constantinopla, y conservada en el libro rojo de la Villa, al escribir la Memoria que con título de *El Degolladero* leyó ante la Academia de la Historia, y está inserta en el tomo VII de sus obras (Madrid, 1885), apunta 134 galeras y 6 galeotas, sin otro dato. Cabrera de Córdoba declara en la *Vida de Felipe II* vinieron 55 galeras de Solimán y 75 fustas de corsarios regidas por Piali. Una noticia de interés no consignada en otra parte, á saber: que de la armada turca formaban parte cuatro galeras francesas, llevando á bordo al Embajador de esta nación en Constantinopla, que dirigía los movimientos y autorizaba con su presencia los actos de barbarie musulmana, se lee en los *Apuntes para la historia de Cataluña*, Cronicón manuscrito en catalán, anónimo del siglo XVII, extractado por Sans de Barutell en su colección de la Academia de la Historia, tomo XXIII, núm. 19.



el material se perdió en Ibiza, y la gente no llegó á tiempo por otras atenciones de las seis galeras de la orden de Santiago que mandaba D. Íñigo de Mendoza ¹.

Los turcos desembarcaron el viernes 1.^o de Julio con 20 piezas de artillería gruesa; abrieron trincheras batiendo los baluartes durante ocho días; en cada uno de los cuales ofrecieron respetar las vidas si la plaza se les rendía. Abierta suficiente brecha se lanzaron al asalto cuatro veces, siendo en todas rechazados con pérdida considerable; mas como esta lucha no pudiera proseguir, quisieron abandonar la villa los vecinos durante la noche, llevándose á Mahón mujeres y niños, visto no quedar apenas 200 hombres en estado de combatir, haberse volado el depósito de municiones, muerto los artilleros y herido de un trozo de cañón, que reventó, el capitán Negrete. No era misterio que no podrían resistir el quinto asalto el día siguiente al evacuar con silencio la plaza, previo reconocimiento del camino por exploradores, que lo hallaron franco. Marchaban en escuadrón á vanguardia los de Alayor y Mercadal; en el centro las mujeres, heridos é inhábiles; el Gobernador y el Capitán con el resto, cubriendo la retaguardia.

Partida la avanzada, al salir por la puerta el grupo más débil, se oyeron disparos de arcabuz, multiplicándose por instantes: habíase descubierto la fuga. Volvieron, pues, á encerrarse entre los muros derrocados, disponiéndose á cubrir con los pechos la brecha, y aun rechazaron la última intimación del enemigo, preparados á la muerte heroica. Al alba pasaron los turcos por encima como alud tremendo, y el martes 12 de Julio, saqueada é incendiada la ciudad, se hicieron á la vela las galeras abandonando un montón humeante de escombros y cadáveres. Sólo se llevaron á las mujeres jóvenes y á los prisioneros de rescate ².

¹ Dirección de Hidrografía. Colec. Sans de Barutell. Simancas, art. 6, núm. 41.

² La misma vaguedad que en lo relativo á la composición de la armada turca, hay en los daños que causó y en las pérdidas que tuvo. El general Arteche ha visto informes por donde se entiende que dejaron la isla hecha un matorral, sin forma



Desde las Baleares volvió Piali á la costa de Provenza, pensando hallar dispuesto al ejército francés que debía iniciar la campaña en el genovesado; supo que con la rotá de Gravelinga pasaba á la categoría de proyecto sin realización lo ideado contra aquellas plazas, y sin más esperar dió vuelta á Constantinopla, desplacido con la falta de concurso y de formalidad de los aliados. Es de creer que los cautivos de Sorrento y Castellamare y el saco de Ciudadela darían escasa compensación á los gastos de apresto y expedición de su armada, sobre todo si en ella se cebó alguna de las epidémias frecuentes en la época, como da á entender la noticia de Cabrera de Córdoba de haber navegado hacia Levante llevando quince vasos á remolque por no tener chusma con que moverlos.

Don Juan de Mendoza y Juan Andrea Doria, reunidas veinticuatro galeras de las escuadras de España y Génova, la fueron siguiendo á prudente distancia, sin apartarse mucho de nuestras costas, que tenían orden de celar, sobre todo la de Valencia, donde los moriscos daban cuidado¹.

En Berbería habían surgido en tanto desavenencias entre turcos y moros, y entre estos últimos más hondas, al disputarse las jerarquías y la dominación del territorio, habiendo

de población ni hombre que se atreviese á salir de sus escondrijos ó cuevas subterráneas, excepción hecha de puerto Mahón, que no pudieron tomar, y costóles la ruina de Ciudadela 400 hombres. El Cronicón, extractado por Sans y Barutell, eleva á 1.000 los muertos que tuvieron en los asaltos, cifra que no parece exagerada. Cabrera de Córdoba se limita á expresar que muchos turcos sucumbieron. Como epílogo cuenta el Sr. Balaguer que todos los años, el 9 de Julio, se celebra en Ciudadela un solemne aniversario por los que perecieron el año 1538. Al salir de la función de la iglesia se traslada el Ayuntamiento á las Casas Consistoriales, y allí en pública sesión, invitadas á concurrir las personas notables, se lee la relación del suceso que se conmemora, tal como fué redactada y escrita en las mazmorras de Constantinopla por el Notario público Pedro Quintana, bajo el dictado de mosén Bartolomé Arquimba y mosén Miguel Negrete, hallándose presentes y firmando el acta como testigos sus compañeros de cautiverio Juan Martorell, Rafael Brú, Trevere, Martin Traver, Juan Alcoy Ferrer y Gabriel Mercadal. Recuerda además el suceso un monumento que ocupa el centro del paseo de la ciudad, ideado y dirigido por D. Rafael Oler y Quadrado. Bien hayan los que contribuyen á la conservación de semejantes memorias.

¹ La misma colección citada, art. 6, núms. 41 y 42.



muerto Hassán Corso. Otro Hassán, el hijo de Barbarroja, se entronizó en Argel, protegido del Sultán y hostilizado del Jerife de Marruecos por codicia de la ciudad de Tlemecén. Vigilante siempre el Conde de Alcaudete, con la idea de mantener la división, debilitar á los vecinos y castigar al mismo tiempo la intentona pasada de Orán, propuso á la corte una diversión que podría dar á España la plaza de Mazagán, ayudando al Jerife en la conquista que deseaba. El plan se discutió en los Consejos de Estado y Guerra, pareciendo aventurado; se concedió, sin embargo, al Conde autorización para entrar en campaña con 6.000 hombres enviados á sus órdenes desde Málaga y Cartagena.

A 26 de Agosto de 1558 rompió la marcha con 6.500 infantes y 200 jinetes, sin contar los aventureros nobles; le acompañaba el hijo menor, D. Martín de Córdoba, mancebo de grandes esperanzas, quedando á cargo del mayor, D. Alonso, el presidio de Orán. Por la costa navegaban de flanco nueve bergantines cargados de vitualla y munición, aunque había ofrecido el Jerife atender á todas las necesidades, y fuera prevención prudentísima contra la necesidad y mala fe de los moros, si contrariedad impensada no la hiciera inútil. Una armadilla argelina de cuatro galeras y cinco fustas que había ido á saquear en el condado de Niebla, tropezó al volver con los bergantines y los apresó. Estuvo, pues, el ejército acogojado, hambriento, sin los recursos con que contaba de una ú otra parte, dividiéndose la opinión entre los que creían de necesidad volver á Orán, los que opinaban por el ataque de Mostagán, donde hallarían abundancia de bastimento, y los que por término medio proponían dirigirse á Mazagán, ciudad pequeña, situada unas trece leguas á levante de Orán. Arrimado el Conde á los de la indicación segunda, avanzó á Mostagán, rompiendo á los alárabes que cerraban el paso con tan brava acometida, que algunos infantes treparon al muro, y hubo alférez que llegó á plantar en lo alto la bandera. Un instante estuvo pendiente el éxito de la expedición y la suerte de la plaza, que había de inclinarse en contra. El Conde contuvo el ímpetu de los asaltantes, que acaso



espontáneamente señorearan la fuerza, y cuando quiso dirigirlos frente á las filas de Hassán, llegadas apresuradamente al socorro para reñir batalla abierta, no encontró en los soldados nuevos ni en sus capitanes el aliento de aquellos á quienes había guiado en tantas acciones, representantes de otros tantos triunfos¹. Amedrentó á la gente la vista de la morisma; pronunciaron la retirada sin escuchar la voz del experimentado caudillo, corriendo en atropellado desorden hasta Mazagán, donde el Conde murió, prefiriendo el trance á la deshonra con que se manchaba la hueste, acobardada en términos de acuchillar á los que disparaban el arcabuz oponiéndose á la rendición vergonzosa.

Habían dado sepultura al Conde de Alcaudete sus criados; Hassán hizo desenterrarlo para gozar con la vista de tan gran capitán, terror de Berbería, y aun para comerciar con él, vendiendo restos tan queridos, por dos mil ducados, á don Martín, que herido y cautivo fué llevado á Argel mientras hacia efectiva aquella suma y la de su rescate.

Quizá el desastre se evitará protegiendo el flanco del ejército una escuadra de galeras de suficiente fuerza para imponer á las de Argel, en vez de los bergantines. La suposición acredita el hecho posterior de dos solas con que acudió desde Cartagena D. Francisco de Córdoba para confortar á los vecinos de Orán, sabida la catástrofe; pues llegando en pos una nao con 200 hombres de refuerzo á la guarnición, por si era sitiada, como quedara en calma cerca de la costa, la acometieron las fustas argelinas, maltratándola con la artillería, hasta que dichas galeras tomaron parte en la refriega saliendo del puerto, y la remolcaron al fondeadero.

Es de consignar el arrojado intento de un adalid y corsario mallorquín, Juan Cañete, que osó por entonces empresa á que nadie más que él se hubiera arrojado. Conocedor práctico de cada piedra de la costa, venturoso en muchas acometidas que habían granjeado á su nombre en Berbería la notoriedad terrorífica que en España tenían los más crueles arge-

¹ Baltasar de Morales, *Diálogos de las guerras de Orán*.



linos, concibió el plan de incendiar la armada que tenían en el arsenal. Para ello espió con paciencia ocasión en que no hubiera en el puerto ninguna galeota ó fusta disponible, manteniendo oculto entre unas piedras cercanas de la costa el bergantín velocísimo de que se servía en las algaradas, bien provisto de combustible. El plan no era de los que quepa considerar descabellados; si salía a medida del deseo, ¡qué gloria!; si se malograba, la había en el empeño. A todo correr, no arriesgaba más de lo que cada día en inminente peligro estaba por escasa presa, la vida.

Arrancó, pues, en una noche obscura y en mal hora por ocurrir lo que en el cálculo de probabilidades menos pudiera pensarse. Al tiempo que embocaba el puerto lo hacían dos galeotas, que le descubrieron y atacaron con fuerza superior irresistible. Al día siguiente, sabiéndose en Argel la captura del temido Cañete, hubo fiesta; paseáronle por las calles mostrándolo á los chicos como fiera encadenada; hiciéronle sufrir todo género de tortura mientras conservó aliento vital, acabando por despedazarlo. Con la brutalidad proclamaban el valor de la víctima¹.

¹ De la hazaña del corsario mallorquin hace mención D. Martín Fernández de Navarrete en la *Vida de Miguel de Cervantes*, pág. 590, Apéndices. La consignan los escritores contemporáneos, y modernamente Galindo de Vera. Ocurrió el año 1559.



Instituto de Historia y Cultura Naval



II.

LOS GELVES.

1559-1560.

Opinión autorizada acerca del estudio de los descalabros.—Proyecto de recuperar á Tripoli.—Lo dirige el Duque de Medinaceli.—Preparativos en Sicilia.—Composición del ejército y la armada.—Desórdenes—Desembarco en los Gelves.—Construcción de un fuerte.—Llega la armada turca.—Rendición de la nuestra.—Juan Andrea Doria.—Sitio del fuerte.—Defiéndelo D. Alvaro de Sande.—Sucumbe.—Lo que costó la jornada.—Suerte de los cautivos.



N historiador de gran autoridad tiene sentada, relativamente á los descalabros en la guerra, opinión que me complazco en trascibir, tanto me parece oportuna al principio del capítulo, y á la consideración de los que seguirán en este libro ¹; tanto conforma con las que en otro había anticipado ².

«Rara vez dejan de inquirir con esmero los historiadores las circunstancias de los hechos, y las calidades de los hombres que dan gloria á las naciones, esperando, sin duda, que esta conmemoración de la virtud pasada aproveche á las gentes que viven y á las venideras. No es, con todo, el estudio de los hechos y de los hombres afortunados el que mayor

¹ Don Antonio Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*, t. II. Madrid, 1889.

² *La armada invencible*. Madrid, 1884.



utilidad trae á las naciones, ni el más digno del cuidado de la historia. Mucho más que la prosperidad enseña la desgracia, lo mismo á una nación que á un individuo.....

»Por mi parte, he dicho ya y repito, que si la memoria de las pasadas grandezas vale para confortar los ánimos desalentados y levantar los pensamientos á esferas más encumbradas que nuestro patriotismo divisa actualmente, los reveses y los infortunios históricos pueden servir para más, que es para enseñar á evitarlos.»

De la jornada de los Gelves que voy á narrar, tengo hecho estudio separado con vista de noticias recogidas por los contemporáneos, de documentos de cargo y descargo, de manuscritos inéditos raros, ocultos hasta nuestros días, de piezas curiosas que dan idea de personas y cosas. No haré, pues, aquí más que sintetizar el escrito anterior, bastante fresco, si la curiosidad del lector desea registrarlo ¹.

Ansiando el gran Maestre de la Orden de San Juan en Malta recuperar la plaza de Trípoli, perdida en tiempos de su antecesor, envió á la corte de D. Felipe al comendador Guimaráñ ² en embajada, pareciéndole la coyuntura de la paz europea de Cateau-Cambresis excelente, pues que consentía utilizar las fuerzas de mar y tierra del Rey católico antes de deshacerlas. Aseguraba al Monarca que era la empresa cierta, ejecutándola con celeridad y secreto, porque entretido Dragut en cabalgadas y presas hacia el interior de Berbería, no contando Trípoli con más de 500 turcos de guarnición, sin repuesto de mantenimientos; asegurado el concurso del Rey de Caruan ó Caravan, y el de la mayoría

¹ *Estudios históricos del reinado de Felipe II, El desastre de los Gelves, Colección de escritores castellanos*, t. LXXXVIII, Madrid, 1890. Este trabajo ha sido objeto de un juicio notable, como lo son todos los del profesor Camilo Manfroni, historiador marino eruditísimo, publicado en la *Revista Marítima* de Roma, en Noviembre de 1893, cuando el presente capítulo estaba en la imprenta. El ilustrado crítico echa de menos la consulta de algunas fuentes italianas que no conocía yo en efecto; los escritos de Roseo y Campana, entre los contemporáneos; el especial de Pietro Machiavelli, titulado *La fuga delle Gerve*, y entre los modernos, la celebrada obra del P. Gugl'elmotti.

² Guimaráñ y Guimaraens le nombran las relaciones.



de los alárabes descontentos, vejados, oprimidos de los turcos, por naturaleza soberbios, injustos y avaros; y siendo difícil que á tiempo recibiera socorro de Solimán, concurrian las circunstancias contra el astuto corsario y debían aprovecharse antes que su creciente poderío llegara á amagar á otros puntos.

Entonces era virrey de Sicilia D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, gran señor en España por linaje, y secundó los propósitos del Maestre con informes favorables, deseando ocasión de honra personal en la jornada, tal como la alcanzó el Virrey anterior con la conquista de la ciudad de Africa ó Mehedia.

El Rey acogió con favor un pensamiento que más que á su reino interesaba á la cristiandad, ordenando sin dilaciones, así al príncipe Andrea Doria, general de la mar, como á los virreyes y gobernadores de Italia, facilitaran al Duque de Medinaceli, nombrado capitán general de la empresa, los elementos que reclamara, sin esperar otro mandato. Sin embargo, como la armada turca se dejara ver en el Adriático, amenazando con ataques como los pasados, ninguna de las autoridades principales quiso desprenderse de fuerzas que pudiera necesitar; lo que hicieron sin réplica fué activar la reunión en Mesina de las escuadras de galeras, formando armada respetable, á que concurrió D. Juan de Mendoza, general de las de España, determinación bastante para que Piali regresara á Constantinopla sin intentar nada.

Con las demoras pasó la oportunidad de la empresa que, según el dictamen del príncipe Doria, era en los meses de Septiembre y Octubre, por haber de ir la armada á costa peligrosa tan escasa de puertos como abundante en bajíos. El Duque de Medinaceli no dejaba de la mano los alistamientos de gente, junta de navíos, acopios de lo necesario, luchando con las dificultades naturales, entre las que ofrecía cierta gravedad en la armada la ausencia de Andrea Doria, agobiado por los años, por la designación que hizo, como lugarteniente suyo, para arbolar el estandarte real, de su sobrino Juan Andrea, «mozo brioso y mañoso, inclinado á las cosas



de mar, en cuyo manejo se había criado»¹; pero muy distante, por sus circunstancias, de la autoridad del Príncipe, tanto que D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, alegando las órdenes que tenía de regresar á sus costas, rehusó la subordinación á Juan Andrea, y los otros generales se la dieron descontentos á más no poder.

A principios de Octubre se pasó muestra en Mesina á 12.000 hombres, puestos bajo el guión del Duque. Por lugarteniente iba D. Alvaro de Sande; maestre de campo general, D. Luis Osorio; general de la artillería, Bernardo de Aldana; administrador del hospital, el Obispo de Mallorca.

Se había desatendido por una ú otra causa la primera de las condiciones que requería el éxito de la empresa: la celeridad. La segunda, la reserva, se perdió por la tardanza misma y por haber caído en poder de los corsarios una de las fragatas despachadas por el Maestre de Malta á espiar la costa berberisca. Dragut, harto embarazado con la hostilidad insistente de los moros montaraces, tan luego traslució el peligro que de la otra parte le amagaba, despachó persona de su confianza con cartas y regalos suficientes á insinuar la urgencia del socorro si había de guardarse Tripoli, y tan bien las explicó el emisario, que mientras con parsimonia seguían en Sicilia los embarcos, llegaba desde Constantinopla un refuerzo de 2.000 turcos á la guarnición de la ciudad amenazada, cuyas fortificaciones se aumentaron lo mismo que la provisión de boca y guerra.

El Duque de Medinaceli trasladó las fuerzas expedicionarias desde Mesina á Siracusa, como puerto más adecuado á las últimas diligencias. Empleó, no obstante, en ellas otros dos meses, teniendo las tropas embarcadas en prevención de las deserciones, riñas y motines con que se iba significando la mala disposición de aquel ejército, pero con el consiguiente consumo de raciones de campaña, cuya mala calidad afectó á la salud del soldado, enfermando y muriendo por centenares.

¹ Cabrera de Córdoba, t. I, pág. 282.



En todo tiempo ha sido el logro norte de los contratistas; en ningún caso se echa de ver tanto como en la época de continuas guerras marítimas de que se va tratando, en que sin previsión, sin fiscalización, antes con la premura que no admite examen ni advertencia, se demandaban los artículos en enormes proporciones. Bien puede decirse que más vidas ha perdido España por asentistas que por enemigos.

Hábiles y entendidos como nadie en estos negocios los genoveses, habían tomado á cargo el suministro de raciones de la expedición, calculadas en 3.600.000, ó sean las suficientes para 30.000 hombres en cuatro meses, y antes de salir del puerto se advirtió que estaban en putrefacción, siendo indispensable reemplazar una parte siquiera que familiarizara á los estómagos soldados con la menos mala.

Pasada nueva revista resultó, por enfermedades y deser-
ciones, baja de más de 3.000 hombres, componiendo el ejér-
cito 37 banderas ó compañías de infantes españoles, 4 de
alemanes, 35 de italianos, 2 de franceses y 100 jinetes grie-
gos y sicilianos. La armada, entre bajeles de combate y
transportes, excedía la cifra de 100 velas, descomponiéndose
de esta suerte:

Capitán general, Juan Andrea Doria, en la Real; 16 gale-
ras más de su escuadra.

General de la de Nápoles, D. Sancho de Leyva; 7 galeras,
2 de ellas de Stefano de Mari.

General de la escuadra de Sicilia, D. Berenguer de Re-
quesens; 10 galeras, 2 de ellas del Marqués de Terranova,
2 del señor de Monago, 2 de Visconte Cicala ¹.

General de la escuadra pontificia, Flaminio de Langui-
llara ²; 4 galeras.

General de la escuadra del Duque de Florencia, Nicolo
Gentile; 4 galeras.

General de la escuadra de Malta, el Comendador Carlos
de Tixerex; 4 galeras, una galeota, un galeón.

¹ Deudo de Andrea Doria.

² Flaminio Orsini, conde de l'Anguillara.



Galeras sueltas de particulares; 5 de Antonio Doria, mandadas por su hijo Scipión; 2 de Bendinello Sauli; 2 galeotas de D. Luis Osorio; una de Federico Stait.

General de las naos, Andrea Gonzaga; un galeón de Fernando Cicala, 28 naos gruesas, 12 escorchapines; 7 bergantines, 16 fragatas.

Salieron las naves del puerto de Siracusa en los días 17 al 20 de Noviembre de 1559 con desdichado sino; un cambio brusco del tiempo les obligó á arribar desde cabo Passaro, con dolencia de las tropas y graves síntomas de indisciplina. La compañía de D. Lope de Figueroa, formada con bandidos de Sicilia¹, que iba en el galeón de Cicala, se amotinó; dió muerte al sargento, saqueó la carga, y prendiendo fuego á lo que no podía llevar, escapó á tierra, sin que se lograra aprender á más de 25 á 30 individuos. Otro tanto quiso hacer la compañía de Vicente Castañola, asimismo de sicilianos; y aunque el General, por justicia y escarmiento, mandó ahorcar á tres de los culpables, cortáronse á otros las orejas y fueron sentenciados á galeras los demás, la impresión pesimista, á que contribuía el naufragio de una de las galeras de Juan Andrea Doria, se dejó sentir en los ánimos desconfiados del caudillo que los regía.

Los menos asustadizos, aquellos capitanes y soldados viejos que servían de núcleo á la hueste, pensaban que la empresa no era ya de provecho habiendo pasado tanto tiempo y entrado el invierno, y dábales razón la mortandad de la gente que continuaba adoleciendo, y echándola en tierra los maestres, perecía en las playas sin que se hallase fácilmente quien la diese sepultura. Apenas quedaban ya en la armada 8.000 hombres, y no sanos; mas no por ello pensó el Duque apartarse de su propósito ni suspender la marcha.

Parcial ó totalmente se repitió en los días de Diciembre la salida, sin que las naves pudieran montar el cabo Passaro por la constancia y fuerza de los vientos contrarios, ni aun á remolque de las galeras. Todo el mes fué preciso para que en

¹ Foragidos, dice Alonso de Ulloa.



dispersión llegaran á Marza Muscietto, en Malta, punto de reunión que se les había señalado, y que las últimas alcanzaron el 10 de Enero de 1560.

Desembarcó la gente á refrescarse, y se organizó el hospital por pasar de 3.000 los enfermos; así, mientras el Gran Maestre y caballeros de San Juan celebraban con salvas de artillería y arcos triunfales la llegada de los expedicionarios, todo menos alegría se dibujaba en el semblante de éstos.

Mandó el Duque reclutar 2.000 hombres más en Sicilia; 1.000 pidió al Virrey de Nápoles; de Cerdeña y otros puntos se procuró raciones; en una palabra, iba desde Malta rehaciendo aquel armamento tan castigado antes de ser de provecho, y en ello se entretuvo hasta el 10 de Febrero. Por fin dió la vela con viento próspero hacia Seco del Palo, fondeadero situado entre Trípoli y la isla de los Gelves, que había de servir de segundo punto de reunión. En este momento empezaba realmente la jornada.

Las galeras hicieron su derrota con escala en las islas Gozzo, Lampadosa y Querquenes, bajando de ésta á tomar el canal de Alcántara y costear la isla de los Gelves, entre ella y la tierra firme, hacia Oriente, con objeto de entrar en la Roqueta, donde se hace aguada.

Acercándose las escuadras hacia la torre que construyeron los catalanes en 1284, donde suele residir el Jeque, descubrieron dos naos ancladas en el canal, y más adentro, cerca de la puente que comunica á la isla con la tierra firme, dos galeotas. A las primeras fueron las galeras de D. Sancho de Leyva, en tropel, á boga arrancada, por codicia del saco; de las galeotas nadie se ocupó; descuido que tuvo graves consecuencias. Dragut no poseía por entonces allí más de aquellas dos embarcaciones, con las que pudo enviar aviso á Constantinopla, como más adelante se supo: y por mayor mortificación de negligentes vino también á tenerse noticia de estar guardado á bordo el tesoro del corsario, por desconfianza de los moros de tierra.

Surgieron las galeras en la Roqueta con prevención de Juan Andrea Doria de prepararse al aguada al amanecer el



día siguiente, 15 de Febrero, desembarcando la tropa que había de proteger la operación. D. Alvaro de Sande la dirigió en persona, formando cuatro escuadrones de picas con mangas de arcabuceros; y aunque trataron de defender el desembarco unos 400 turcos escopeteros á caballo, apoyados por 300 moros á pie, y de cargar á los que llevaban los barriles, no lo consiguieron. Tampoco á los nuestros fué posible tomar hombre vivo á los enemigos, por la ventaja de la caballería con que se reparaban. De haber sabido que Dragut se hallaba en aquel momento en la isla con poca gente, en hostilidad con los naturales, y lo de las dos galeotas dichas, tomara otro sesgo la jornada.

Duraron las escaramuzas hasta el obscurecer, concluída la operación del agua, que costó algunos heridos, entre ellos don Alvaro de Sande de arcabuzazo en la ijada. Aquella misma noche, después del reembarco de los españoles, marchó Uluch-Alí con las galeotas en demanda de socorro al Gran Señor, y Dragut pasó por el puente á tierra firme, temeroso de que se lo cortaran.

No parece que ocurriera á nadie la conveniencia de hacerlo: las galeras zarparon en la amanecida del 16 pasando á Seco del Palo en espera de las naves y aun de otras galeras rezagadas, en número de ocho; las cuatro de Malta, las dos de Monago y las patronas de Doria y de Sicilia. Cuando llegaron estas ocho á la Roqueta, echando gente en tierra para proveerse á su vez de agua, haciendo sin el orden debido, por competencia sobre quién había de ser cabeza, los turcos cargarón con furia, matando 150 españoles, de ellos cinco capitanes.

Bien dejaba vaticinar la maladirección de los principios que no había de ser bueno el fin.

Próximas al Seco del Palo estaban acampadas las tribus Mahamidas, enemigas de los turcos, y al llegar las galeras se pusieron en comunicación, informando al Duque de cuanto va aquí indicado; del paso de Dragut hacia Trípoli con 800 caballos y de la partida de Uluch-Alí con las galeotas. Ofrecían su cooperación y la del rey de Carauan, que por enton-



ces andaba en el interior, pretendiendo fuera la armada cristiana á los Gelves y pusiera en posesión de la isla á Mazaud Jeque elegido, expeliendo á los turcos, y que hecho esto podía pasarse á Trípoli, á cuya conquista todos ayudarían.

En parlamentos, consejos y discusiones pasaron todavía quince días sin llegar á un acuerdo. Quién opinaba por la vuelta á Sicilia, visto que Trípoli se hallaba en defensa; quién proponía la ocupación de los Gelves como empleo de la expedición y base para continuar lo de Trípoli en el otoño venidero, y quién sostenía se cumpliera el objeto del armamento, que había sido el ataque de aquella plaza.

Durante las conferencias, á los efectos de la mala calidad de los víveres, se unían los del agua salobre de aquellos lugares y las emanaciones de los pantanos de Zuara, creciendo el número de los enfermos. Lo estaban Juan Andrea Doria y el Comisario de Florencia, Pedro Machiavelli; habían fallecido Quirco Spínola, cuatro caballeros de San Juan y más de 2.000 hombres de guerra y mar; escaseaban las raciones por haberse perdido sobre los Querquenes en aquellos mismos días dos naves de la provisión, y en la propia costa de Trípoli la nao capitana, nombrada *Imperial*, por andar con malos tiempos en sitios de tantos bajíos.

El Duque recomendó separadamente á los jefes discurriesen lo que más convenía, citándolos á consejo definitivo, que había de celebrarse en la galera Real. Al reunirse, reconocieron unánimes la necesidad de la empresa de Trípoli, pues que á ella los había enviado S. M. Católica juntando la armada; pero juzgáronla por el momento irrealizable, conviniendo al fin en ir á los Gelves en espera de la gente y naves con que se había de reforzar la expedición. Quedaron por amigos los Mahamidas, recibiendo regalos, con oferta de guardar el paso de la puente á los turcos, y aun de formar un cuerpo auxiliar de 400 caballos, pagado por los cristianos.

El 2 de Marzo se trasladó la armada á las cercanías del cabo Valguarnera con temporal que estorbó el desembarco. Había de hacerse al Oeste de la torre ó castillo unas seis millas, por ser el terreno á propósito y cercano á once pozos



de agua potable, aunque no muy buena, según noticia de los confidentes, confirmada por el reconocimiento que hicieron el Cómite real y el maese de campo Miguel de Barahona.

Se puso toda la gente en tierra el 7 de Marzo sin oposición alguna; antes vinieron dos moros á hablar al Duque de parte del jeque Mazaud, haciendo saber que había sido recibido de toda la gente de la isla por señor, y en este concepto se reconocía vasallo del Rey de España; por tanto, podía volver á embarcar la hueste, y si quería comprar algún refresco, que se mudara á la Roqueta, adonde el Jeque iría á verse con él para tratar del ataque de Tripoli.

Conocida la malicia de semejante embajada, contestó blandamente y con razones dilatorias requeridas para ir alojando la gente con precaución, sabiendo por un cautivo cristiano escapado cómo la población de la isla estaba unida con pensamiento de pelear juntamente con los turcos que presidían el castillo.

A 8 de Marzo, formado el ejército en tres cuerpos, llevando la vanguardia el Comendador de Malta con sus caballeros y las compañías alemanas y francesas; el centro, Andrea Gonzaga con las italianas, y la retaguardia D. Luis Osorio con las españolas, emprendió la marcha hacia los pozos, distantes ocho ó nueve millas de camino llano y espacioso. El Duque desplegó por primera vez su guion de Capitán general, donde había hecho pintar la torre de Babel en ruinas, con esta letra profética: *NISI DOMINUS AEDIFICAVERIT DOMUM IN VANUM LABORAVERUNT QUI AEDIFICANT EAM.*

Los berberiscos se prometían repetir la acción que tuvieron con D. García de Toledo, dejando que la tropa marchara sin otra molestia que la sed para atacarla en los pozos, que habían cegado con piedras y arena, á excepción de uno. Confiaban en la dolencia que traía postrados á los más de los expedicionarios, y más les animó el accidente de haberse atascado la artillería en un pantano.

Cuando los escuadrones se aproximaron al bosque, mientras lo flanqueaban las mangas de arcabuceros, avanzó á limpiar los pozos una sección de gastadores, y los berberiscos



emboscados tuvieron que salir antes de lo que querían, cargando la caballería tres veces, con salvajes alaridos, á pesar del destrozo que hicieron en ella los arcabuces. La escaramuza se prolongó hasta declinar el sol, sin que hubiera de nuestra parte más de 30 muertos y 50 heridos, mientras que de la suya cayeron 300 para no levantarse más, subiendo á 500 los estropeados.

Advirtieron con el desengaño convenirles el sistema de contemporización, por el cual se sometió de seguida el jeque Mazaud, obligándose á pagar el tributo mismo que la isla satisfacía al sultán Solimán y á Dragut. Entregó en consecuencia el castillo, y el Rey de Carauan, el Jeque de Túnez y los de las tribus Mahamidas visitaron al Duque ofreciendo servicios.

El ejército se alojó en campo atrincherado, al que acudían los moros con provisiones, mientras se adoptaba en consejo de generales el plan sucesivo, que no dejó de tener contradicciones antes de resolver la fortificación del castillo antiguo para dejar en él guarnición.

Consistía el trazado que se hizo de las obras, en cuatro grandes caballeros ó baluartes que, con bastiones y cortinas, encerraran la fábrica vieja, y se distribuyó el trabajo encargando á los alemanes la excavación del foso; uno de los baluartes á los caballeros de Malta; otro á los italianos; otro á los españoles; el cuarto á la gente de mar, independientemente de los grupos que acopiaban el material de palmas, olivos, greda y fajina, transportándola con camellos de la isla.

La emulación de las naciones fué muy provechosa á la rapidez de la construcción, aunque muchos trabajadores adolecían de fiebres malignas. Para el 23 de Abril estaba el fuerte en estado de defensa, faltando obras ligeras que podían hacer los de la guarnición.

Constaba la designada de 2.000 infantes, españoles, italianos y alemanes, y la compañía de caballos, teniendo por gobernador al maese de campo Barahona. Bendecido por el Obispo de Mallorca, se arboló el estandarte real, saludado



por la artillería y arcabucería, y se trató ya de embarcar la gente que no hacía falta.

En todo este tiempo habían ido llevando las naves desde Sicilia y Cerdeña mantenimientos, dinero y reemplazo de soldados; y corriendo nuevas de armamentos en Constantinopla, reclamó el Maestre de Malta el regreso de las galeras y gente que necesitaba para la defensa de la isla: marcharon el 8 de Abril. El Virrey de Nápoles pedía también la infantería con urgencia, influyendo su empeño en la terminación de las obras.

Dióse pregón y orden de embarco general el 6 de Mayo, haciendo lo mismo la infantería italiana y parte de la española con mucha calma. Durante la operación, dos horas antes de anochecer el día 10, llegó una fragata despachada de Malta con noticia de haber tocado en Gozzo la armada turca cuatro ó cinco días antes, en número de 80 velas; que había hecho aguada y continuaba la derrota hacia Tripoli, al parecer, sabiendo el número de naves que estaban en los Gelves por una embarcación apresada.

En efecto: ocho días habían bastado á Piali-Bajá para armar 64 galeras reforzadas, embarcar en cada una 100 genízanos y hacerse á la vela.

Esparsa la nueva por el campamento, empaquetaron por encanto los soldados sus efectos, corriendo á la playa en tropel y metiéndose en el agua por asaltar los esquifes. El desorden, la gritería, la obscuridad que comenzaba, daban á la escena un aspecto que no es fácil describir; nadie pensaba más que en su interés, en tanto llegaba el momento de pensar sólo en la persona. Don Alvaro de Sande dió acicate á los de la guarnición del fuerte para acabar de entrar municiones y vitualla, por un lado; para embarcar enfermos, por el otro; en medio de la confusión parecida á la de la ruina pintada en la insignia del Capitán general.

No estaban más serenos los ánimos en la escuadra. Reunido el Consejo á bordo de la Real, manifestó Juan Andrea Doria que iba á tratarse tan sólo de la manera de salir cuanto antes de los bajos, y de dar la vela aprovechando el buen



viento del Sur, que felizmente estaba entablado. Las opiniones, como de ordinario sucede, no se concertaban; había, sin embargo, mayoría en la estimación de contar con unas doce horas antes de amanecer, en cuyo espacio se podía embarcar la tropa y salir con buen orden. Don Sancho de Leyva insistió en que enviados esquifes y lanchas á tierra, y trayendo una barcada de gente, salieran á la mar las galeras; si amaneciendo no se descubría la armada turca, volverían por el resto de los soldados; en caso de avistarla, procederían á lo que se decidiera. Debían de quedar en el puerto dos galeras destinadas al General, Duque de Medinaceli y su casa. En punto á combatir, el mismo Leyva, sostenido por Scipión Doria y pocos más votos, juzgaba que, bien combinadas las galeras con las naves, formaban fuerza no inferior á la del enemigo, ya fondearan en linea, interpoladas, ya navegaran en grupos, pues sólo las naos, que eran 30, y los tres galeones, habían de hacer mucho daño con la artillería.

No prevaleció esta opinión, sosteniendo el jefe, Juan Andrea Doria, la suya, fundada en que, no teniendo el Rey Católico otra escuadra, era necesario ante todo preservarla, para que, reforzadas con la galeras de España, tuviera en respeto al Gran Turco. Contra todos los otros pareceres halló objeciones; ya en la poca agua que tenían á bordo las galeras, ya en el peligro de los bajos para las naos, ya en la imposibilidad de que unas y otras navegasen ó combatiesen juntas y de concierto. Decía que los turcos llegaban descansados y fuertes, mientras en la armada cristiana estaban fatigados y enfermos de los trabajos. Tenía por seguro que ningún hombre prudente se obstinaría en poner en aventura las fuerzas navales del Rey, y, por consiguiente, protestando de cualquiera otra opinión, decidía, valer más *una bruna escapada*, que un combate en que evidentemente se perderían¹. Determinó, en consecuencia, que las naves se pusiesen en franquía desde luego y se preparasen para hacerlo las galeras.

¹ «Un bel fuggire che un bravo combattore e perdersi a fatto.» Anton Francesco Cirni Corso, *Succesi dell'Armata della Maestà Catholica destinata all'impresa di Tripoli.....* Turino, 1560.



Llegó en esto el Duque á bordo de *La Real*, con lo que se prolongó el consejo. Juan Andrea se felicitaba de la circunstancia que consentía practicar su plan, pues nada impedía ya que las galeras partieran al momento; el Duque observó que lo impedían los soldados, pues no los quería abandonar, y contra la insistencia de Doria y de las protestas de inseguridad de la armada que hacía, se volvió á la playa, dejando acordado un viaje de los esquifes, y la permanencia en el puerto de dos galeras sutiles en que el Capitán general se embarcara al amanecer, con los últimos.

Arrepentido de la condescendencia, Doria, hizo en *La Real* señales de levar, pasada la media noche: había ocurrido una mudanza en el viento que trastornaba todos los supuestos. De S, que empujaba el viaje hacia Malta, había saltado al NE., justamente por la proa.

En tierra habló el Duque con D. Alvaro de Sande, imponiéndole de lo ocurrido y de su propósito de embarcar en la madrugada. Al Gobernador del fuerte dejó instrucción de cómo se había de manejar con el Jeque; á los oficiales alentó diciendo que si pensara que los turcos venían contra el castillo se quedaría en él; pero siendo la armada la que estaba en peligro, se iba á correrlo embarcado. Con esto se entró con D. Alvaro en una fragata que les llevara á la galera.

Empezaba á clarear el día, y ya entonces, á fuerza de remos, contra viento y mar se había desatracado de la costa Juan Andrea Doria cosa de siete millas. Unas tres á sotavento mostró la luz primera á las galeras turcas muy unidas. Piali, desde la isla de Gozzo á la Lampadosa, y de ésta hacia la costa, había sufrido vientos contrarios que le obligaron á tomar el fondeadero de Seco del Palo. Tuvo allí pormenores de las fuerzas de mar y tierra con que contaba el Duque, acaso un tanto exageradas, y receloso del encuentro quería esquivarlo, limitándose á poner en tierra el socorro de soldados para Tripoli; pero tanto le instó Uluch-Ali á verificar un reconocimiento, al que personalmente se ofrecía como práctico consumado de los Gelves, que consintió en que se hiciera con una galeota, en que embarcó también Cara-Mustafá,



virrey de Mitilene. La suerte les deparó la presa de una embarcación pequeña, por cuya gente supieron cuanto podían desear, siendo ya fácil á Uluch-Ali decidir á su jefe al ataque de un enemigo descuidado y en desorden. En la tarde anterior había surgido por fuera de los bancos, á 17 millas de distancia, pensando emprender el ataque, como lo hizo, al despuntar el alba.

En la vanguardia cristiana iba Scipión Doria con tres galeras; y como descubrió al enemigo, no teniendo instrucciones, arribó hacia *La Real*, dando aviso con un cañonazo. Ninguna disposición ordenó Doria en aquel trance; arribó también con *La Real* en dirección del fondeadero de que había salido, con precipitación y aturdimiento, que aumentaba la escasa claridad. Calaba mucho la galera, que era hermoso buque; tomaron mal sus pilotos las enfilaciones del canal, y quedó varada en un cantil. Entonces, plegando el estandarte, se fué á tierra Doria con el esquife, abandonando el bajel á los forzados, que no tardaron en ponerlo á flote y unirse á las fuerzas de Piáli.

Fácil es calcular la influencia que el ejemplo del General tendría en las escuadras. Indecisos los jefes un momento, no existiendo cabeza, ni acuerdo, ni prevención para caso tan inesperado, tiró cada cual por su rumbo, en dispersión y desorden tan grande, que ni aun á huir acertaban. Cinco de las galeras de Juan Andrea arribaron como él hacia tierra y lograron ponerse bajo la artillería del fuerte; otras encallaron en los bajíos, en número de ocho ó diez. De las que tomaron la mar, cargadas de vela algunas, sin medir la gran fuerza del viento, partieron los palos ó las entenas después de separarse de las que formaban grupo.

Los turcos dividieron su armada en dos secciones, dirigidas respectivamente, hacia las que escapaban por mar ó tierra. En éstas, que habían varado en los bajos, hubo escenas vergonzosas: la gente se tiraba al agua sin pensar en resistencia, habiéndose dado caso de alguna que se dejase tomar por un bergantín ó esquife con ocho ó diez turcos. De las que salieron á la mar, las de Scipión Doria, de Antonio Maldonado y



tres de Florencia, escaparon por pies, defendiéndose. Flaminio Orsini, general de las del Papa, resistió peleando bizarriamente con tres enemigas; D. Sancho de Leyva reunió cuatro de su escuadra, con las que hizo inútil pero honrosa resistencia. Cuatro veces rechazó el abordaje de las contrarias, y hubo al fin de sucumbir al número.

A parte esta defensa, y el voto marinero de combatir á la armada turca, bien al ancla, bien á la vela, combinadas las galeras con las naves, decisión que hubiera producido muy distinto resultado, las más de las relaciones del tiempo atribuyen á D. Sancho de Leyva mucha parte del fracaso. Pintanle de carácter discolo, opuesto por sistema á lo que otros, principalmente superiores, proponían. Por él escaparon las dos galeotas de Uluch-Ali al llegar la expedición á la Alcántara; por él se retardaron los trabajos del fuerte, en que no quiso tomar parte, ya que lo hiciera para entorpecerlos; por él se retrasó el embarco de soldados, teniendo entretenidos los esquifes en llenar sus galeras de aceite, lana, frutas, ganados, con que se prometía comerciar, y con lo que las abarrotó y embarazó, dificultando, si no imposibilitando, la defensa en el combate, con mengua de su reputación, de su nombre y de lo que debía á su autoridad de general de la escuadra de Nápoles.

A las naves artilladas no osaron los turcos, contentándose con las que en aquel desorden les eran abandonadas, acredi tando esta experiencia la razón con que algunos jefes habían opinado que en la unión de las fuerzas cristianas consistía su salvamento. Si al menos hubieran hecho todos lo que Orsini; si las galeras se mantuvieran juntas, no tuviera la derrota tan grandes proporciones. Hacia falta para ello que el General conservara su puesto, y que antes de la acción dictara las disposiciones convenientes, lejos de lo cual apareció que las galeras de particulares, lo mismo que las de Leyva, por no desperdiciar la ocasión, estaban cargadas hasta no poder más de los objetos ó frutos cogidos en los Gelves.

Fueron apresadas, de Juan Andrea Doria: *La Real*, *Sigrana*, *Condesa*, *Pellegrina*, *Presa*, *Divitía*; total, 6.



Del Papa: *Capitana, San Pedro, Toscana*; 3.

Del Duque de Florencia: *Elbigiana*; 1.

De Nápoles: *Capitana, Patrona, San Jacobo, Leyva, Mendoza*; 5.

De Sicilia¹: *Capitana, Patrona, Galifa, Águila*; del Marqués de Terranova, *Capitana Patrona*; de Monago, *Capitana, Patrona*; 8.

De Antonio Doria, 1; de Bendinelo Sauli, 1; de Starti, 1; de Mari, 1; 4.

De modo que, sin sangre, se hicieron dueños por entonces los turcos de 27 galeras y 14 naves, salvándose 17 de las primeras, que llegaron á Trajana, y 16 de las otras en varios puertos².

Don Alvaro de Sande acudió con arcabuceros á la playa con el fin de proteger á los muchos que, desnudos, llegaban nadando, mientras el Duque, Juan Andrea y el comendador Guimaráñ conferenciaban acerca de lo que se hubiera de hacer, sin ocurrir á los dos últimos otra cosa que salir, como se pudiera, de la isla.

La iniciativa era de Doria, razonando que para lo pasado

¹ La escuadra de Sicilia siguió el ejemplo del Capitán general, embarrancando en los bajos y rindiéndose sin resistencia.

² No todos los historiadores, ni las relaciones particulares, conforman: Antonio de Herrera, *Historia general del mundo*, lib. II, cap. II, sube á 25 las naves apresadas; otros anotan 28 galeras, una galeota y 27 naves. «Perdiéronse nuestras galeras tan ruinmente (dice una relación), que entre todas sólo dos ó tres pelearon.» La *Mendoza* de Nápoles quedó sin gente: toda murrió combatiendo. Sucumbieron en ellas el alférez Gil de Oli y el alférez Sebastián Hurtado, y otro alférez que se decía Íñigo de Soto, peleando como muy buenos soldados. Aunque en las demás no se peleó, no por eso dejaron de matar los turcos mucha gente en ellas, pareciéndoles que no era victoria si no la ensangrentaban. Á Flaminio Orsino, general del Papa, mató una bala de artillería. Prendieron á D. Sancho de Leyva, general de las galeras de Nápoles, con dos hijos suyos, D. Juan y D. Diego. El D. Juan venía en la *Leyva* con gente de su compañía, y sólo él tomó armas para los enemigos, y se fué á la proa de la galera con espada y rodela para defender que no entrasen los turcos. Prendieron á D. Berenguer, general de las galeras de Sicilia, con D. Juan de Cardona, su yerno. Éstos se perdieron por hacer lo que debían en seguir al General. Prendieron á D. Gastón de la Cerda, hijo del Visorrey de Sicilia, y al Obispo de Mallorca, y á D. Fadrique de Cardona, y al maestre de campo Aldana, y á otros muchos caballeros y capitanes. El autor disculpa á Juan Andrea Doria por estar enfermo, muy flaco, de una recaída que le tuvo dos veces á punto de morir.



no había remedio; que los sucesos de la guerra penden de la fortuna, y que, habiendo de acudir á la prevención de mayores males, era bueno que el Duque marchara inmediatamente á Sicilia para asegurar las plazas, juntando dineros y gente. En cuanto á su persona, decidido estaba á marchar de noche en una fragata, reunir las galeras que hubieran escapado y dar orden en el armamento de tres que en Sicilia y Malta se hallaban.

El Duque, remiso anteriormente en embarcar sin los soldados, bien que entendiera que al presente nada tenía que hacer en los Gelves, no quiso tampoco determinar por si ni seguir el consejo del General de mar, sin que los de tierra deliberaran sobre lo que interesaba á la honra; y como todos juzgaran que debía acudir á su obligación en Sicilia, venció la repugnancia. Quiso llevar consigo á D. Alvaro de Sande, que tampoco tenía deberes que llenar en aquel sitio; con todo, dijole éste que, consultando con el fuero interno si le era mejor hacer compañía á su Excelencia ó quedar donde se hallaba, entendía convenir lo último al servicio y á su propio respeto; porque habiéndose salvado mucha gente de las galeras, y siendo de diferentes naciones y calidades la acogida en el fuerte, era imenester persona de mayor cargo que el maestre de campo Barahona para tenerla á raya y cuidar de la economía del agua y bastimentos. Ofrecía, pues, la suya con la certeza de sucumbir, porque no podía hacerse ilusiones en cuanto al socorro que hubiera de darle la armada, deshecha y desmoralizada; pero contaba entretener á la del turco en el asedio todo el verano, y librarse, por consiguiente, á Sicilia y Nápoles del gravísimo peligro de tener sobre sus costas á los mahometanos victoriosos.

Oídas estas razones, autorizó el Duque la noble y generosa resolución de optar por las miserias que amagaban á los infelices de los Gelves. Leyéndolo se ensancha un tanto el corazón, oprimido de la vergüenza ajena.

Aprovechó la precisa necesidad y ocupación natural de los turcos en asegurar las presas y los cautivos: llegada la obscuridad de la noche, partieron los generales de tierra y mar



en fragatas ligeras, acompañados de algunos íntimos. Llegaron en salvo á Malta en *bel fuggire*, pero el autor de la frase se dejó la honra en lenguas de marineros y soldados.

Para el Duque fué más benévoló el juicio de los contemporáneos: las condiciones de caballerosidad de su persona y la deferencia y agrado con que trató á los capitanes extranjeros, suavizaron la consideración de las condiciones de caudillo que le hacían falta. Dijeron, sí, que era más apto para lucir en los salones de la corte el fausto de su arrogancia que para dirigir en campaña una hueste. Más severos los que se encontraban fuera del peligro, los que para nada tenían en cuenta la situación del General derrotado, ni del padre que sacrificaba á su propio hijo ¹, dieron fácil sentencia, si hemos de admitir la que condensó en estas frases el palatino cronista Cabrera de Córdoba ²:

«Increíble parece que una armada poderosa de gente y vasos en un instante se arruinase de su temor más que de la fuerza vencida, con pérdida de tanta gente, municiones, máquinas, bajeles, aumentando á los enemigos el triunfo y la victoria tan sin sangre alcanzada, con infamia de los cristianos; porque si las naves y galeras esperaran en batalla, ó detuvieran el furor del enemigo, ó les costara la victoria tanto que no se atrevieran á sitiar el fuerte y se salvara la guarnición. Pero ¿qué no envilece el miedo? ¿Y qué no pone en confusión? ¿Y qué no mete en peligro la ambición, la satisfacción, la poca práctica, como la del Duque, de lamentable memoria para España?»

La posteridad desapasionada debe, en justicia, reformar el concepto. La ambición, la satisfacción, la ineptitud militar del Duque de Medinaceli, si se quiere, fueron poderosas causas del desastre; pero si el temor, como parece cierto, lo produjo, multiplicando las proporciones, no influyó en el ánimo del General del ejército; turbó la mente y empequeñeció el

¹ Don Gastón de la Cerda, hijo segundo del Duque, niño que iba en la Capitana de Sicilia al cuidado de una dueña, fué cautivado. Murió en Constantinopla.

² Felipe II, t. I, pág. 296.



corazón del General de mar, en cuyas manos puso el destino aquél aciago día la suerte de la jornada.

Piali, vencedor, desembarcó su gente; ordenó á Dragut le acudiera con la de Tripoli y con artillería de batir, y antes de abrir trinchera ofreció por el fuerte buenos partidos á Don Alvaro de Sande, que contestó no pensara haberlo á tan poca costa como la armada¹. Entonces comenzaron las operaciones de uno de los sitios más dignos de memoria por las circunstancias que, más que los enemigos, afigian á tanta gente inútil acogida en el fuerte, por falta de agua que darles y por el plan certero de Piali de cerrar todo acceso y dejar al tiempo el resultado².

Es de repetir la observación hecha en otros capítulos, de cómo en las expediciones y armadas del siglo XVI, lo mismo en África que en América ó Oceanía, cualquiera que fueran el objeto, el término y las dificultades, iban mujeres decididas á compartir los trabajos del soldado. Don Alvaro de Sande se encontró en el fuerte con muchas de éstas, que hacían subir el número de bocas á más de 5.000, cuando las raciones estaban calculadas para 2.500 en mes y medio. Tocante á la provisión de agua, discurrió uno de los soldados evaporar la del mar; y recogiendo vasijas de cobre construyeron 18 alambiques, que al principio daban 30 barriles diarios, disminuyendo luego por escasez de leña³. Mezclándola con la salobre de los pozos y distribuyéndola en cortísimas proporciones, se fué prolongando la defensa del fuerte con malestar indecible. Mucho tenía que ser el del hambre cuando hubo en la guarnición quien la mitigara con cadáveres de turcos; mas de todo punto se hacía irresistible el tormento de la sed en aquella abrasada tierra bajo el rigor de la canícula, trabajando durante la noche con picos y azadones,

¹ Herrera, ob. cit., lib. II, cap. II.

² Constan pormenores en el libro citado *El desastre de los Gelves*.

³ Dirigió la operación un capitán siciliano, llamado Sebastián Poller, al que ofreció buena recompensa D. Alvaro de Sande; mas no se inventó entonces el procedimiento, como algunos piensan; sentado queda en el tomo anterior que Blasco de Garay lo presentó al Emperador como de su discurso.



peleando durante el día sin reposo de un momento. Muchos perecieron en tales suplicios; muchos, no resistiéndolos, se arrojaban de la cortina, buscando en el campo enemigo la esclavitud á trueque de un sorbo de agua; sólo al fin, D. Alvaro de Sande pretendía que la humanidad no fuera flaca, presenciando horrores con tal de ver por un sol más flotando al aire en el fuerte el estandarte de Castilla.

Llevada la resistencia hasta fines de Junio, ó sea á los ochenta y un días de la llegada de los turcos; cuando quedaba, según se creyó, para dos la insuficiente ración de agua; no teniendo los baluartes ningún cañón en uso; después de caer sobre ellos 12.000 balas y 40.000 flechas; reducida la gente á 800 hombres de armas tomar, les animó el General á una salida desesperada, con que todo acabó.

Rendido el fuerte; rendidas las galeras que se habían conservado á su sombra, los enfermos y heridos pasaron por la espada turca, ó fueron vendidos en almoneda á las gentes de Trípoli; los baluartes que abrigaron á los defensores, arrasados con la tierra que les sirvió de material; quedó con ello pujante en la mar la armada mahometana; las costas de Nápoles y Sicilia sufrieron las consecuencias, tanto en la retirada de Piali, como después por acometidas de Dragut, que había reunido escuadra de 40 velas, sin que Juan Andrea Doria con 17 galeras y siete galeotas, á que fueron á juntarse las de la escuadra de España, mandadas por D. Juan de Mendoza, se atreviera á hacerle cara; antes cayeron en manos del corsario ocho de las de Sicilia, tres de ellas del Rey y cinco de particulares, en sorpresas y combates parciales.

Subió la pérdida del personal en la empresa de Trípoli, uno de los mayores y más tristes descalabros de la armada española, á 18.000 hombres¹.

Piali celebró el triunfo entrando en Constantinopla el 27 de Septiembre de 1560 en cabeza de su armada. Seguían á la Capitana las galeras de fanal en fila; iban en pos las presas con las banderas y estandartes por el agua, lo de abajo á

¹ Cirni Corso, libro citado.



arriba, cerrando la marcha las galeras sencillas turcas, empavesadas y embanderadas, haciendo disparos de artillería.

El día 1.^o de Octubre llevaron en procesión á los cautivos al palacio del sultán; D. Alvaro de Sande, D. Berenguer de Requesens y D. Sancho de Leyva iban á caballo; detrás marchaban los capitanes de tres en tres, y seguían los soldados, mirando tristes cómo les precedían, arrastrando por el suelo, sus banderas, cuyas santas imágenes servían de escarnio á los mahometanos. Acabada la fiesta, separaron á los cautivos por categorías, poniendo á los generales en prisión y destinando á los demás al remo en las galeras. Muchos murieron en el cautiverio ó lo soportaron largos años; algunos de los significados debieron la libertad á la favorable ocasión de las treguas convenidas por el emperador Fernando con Solimán el año 1562, pues gracias á la gestión del rey Felipe II se asentó entre las cláusulas del tratado el canje ó entrega de los principales, sin que alcanzara el beneficio á Sande por haber jurado el Gran Señor, según se dijo, no rescatarlo por ningún dinero ¹.

¹ Y cumplió su promesa; pero, muerto Solimán, instó D. Felipe á Carlos IX de Francia para que empleara su influencia en favor de la soltura. Hízolo, comisionando especialmente á Francisco Salviati, caballero de Malta, por embajador; y aunque en un principio se negó Selim á tratar del asunto, por ser la primera cosa que pedía su aliado al ascender al trono la otorgó, y D. Alvaro fué á Francia en compañía de Salviati, y se restituyó á su casa. A Brantôme, escritor contemporáneo, aunque extranjero, mereció elogio entusiasta, que también hizo el P. Haedo en la *Historia de Argel*, reseñando las campañas de Italia, Francia, Grecia y África en que tomó parte. Don Luis Zapata le dedicó un capítulo de la *Miscelánea (Memorial Histórico Español)*, t. xi), observando que, aun con tres cosas á la vista, la muerte cierta, hambre, sed y enfermedad, consideró que rendir la plaza era vileza; y como defenderla era imposible, tomó un valentísimo medio, que fué salir y morir peleando, como un caballero tan señalado. De todos modos no se perdió reputación alguna; otra cosa no se perdió sino la hechura, como parece del soneto compuesto por un soldado, cuyos primeros versos transmite:

«Quién eres tú que espantas sólo en verte!
Soy muchedumbre de árboles cortados,
Que sobre flaca arena fábricados
Contra toda razón me llaman fuerte.»

Otros refieren que teniendo en la prisión buen ánimo y semblante risueño, como le preguntaran, respondió: «Llore quien se ha perdido mal; que yo, si he perdido



Cosa es oportuna de referir cómo unos pocos consiguieron librarse por sí mismos. El año 1564 andaba en Constantino-
pla una galera conduciendo materiales para la fábrica del
harén; movían los remos 200 esclavos cristianos, entre ellos
16 capitanes del Rey Católico prisioneros de los Gelves; ocho
españoles, cinco italianos y tres alemanes; y hallando oportu-
nidad, armados de piedras mataron á los turcos de guardia
y se alzaron con el bajel, llegando con felicidad á Sicilia. Hi-
cieron cabeza Juan Bautista Doria, genovés, y Antonio de
Olivera, castellano, gobernador que fué del castillo de la isla
después de la muerte del maestre de campo Barahona.

la libertad, he conservado la honra, habiendo hecho en esta jornada lo que era obligado á Dios y á mi Rey, y como hombre he de pasar las adversidades y trans-
ces de fortuna.» No faltó, sin embargo, quien le mordiera, estimando que en los
Gelves pudo hacer más de lo que hizo, por aquello de no parecerse los hombres á
las onzas de oro.

Un hijo de Cicala, joven de diez y ocho años, pariente de Andrea Doria, renegando de la fe, llegó á las más altas dignidades de Turquía.



Instituto de Historia y Cultura Naval



III.

NAUFRAGIO EN LA HERBADURA.

1560-1563.

Muerte de Andrea Doria.—Desquiciamiento de la armada real en el Mediterráneo.—Perece D. Juan de Mendoza con su escuadra.—Situs de Mazalquivir.—Valentia de los defensores.—Llega el socorro.—Turcos y argelinos huyen.



ROFUNDA impresión debió hacer en el ánimo del anciano Capitán general de la mar, Andrea Doria, la nueva de los sucesos de los Gelves, llegada á Génova de un modo vago que proyectaba sobre la derrota de los cristianos sombras aun más negras de las que, en realidad tuvo. Temió por la vida del ahijado y favorito en cuyas manos había puesto las galeras, la insignia de su dignidad, y en cierto modo su reputación, pues que en nombre suyo regía la armada del Rey Católico joven y sin las probanzas que podían alegar los generales puestos á sus órdenes ¹.

¹ Andrea Doria no tuvo hijos. Adoptó al mayor de su primo Tomás, á Juanetín Doria, que se mostró digno del afecto y distinciones dispensadas; adoptó también á Marco Antonio del Carreto, hijo habido por su mujer en anterior matrimonio, y le dió autorización para usar su apellido. De este Marco Antonio nació Zenobia, y de Juanetín, asesinado en las calles de Génova la noche de la conjuración de los Fiesschi (2 de Febrero de 1547), fué hijo Juan Andrea. Lo tuvo por suyo desde aquel momento, en que contaba ocho años de edad, el Almirante; le inclinó al matrimonio con Zenobia, y fueron los dos objeto de predilección y herederos de sus bienes. Juan Andrea, nada semejante en carácter á su tío, contó en Italia escasa simpatía. «G. Andrea non è figura simpatica neppure a noi Italiani», dice



Es de presumir que no llegaran á oídos del casi centenario Almirante los comentarios ni los epigramas que quizá en la misma ciudad de Génova se hicieron¹; sabria por encima, y por carta del mismo Juan Andrea, la destrucción de la escuadra; que con *La Real*, tan primorosamente labrada, se habían perdido las galeras de su propiedad, los esclavos, lo que afectaba á los bienes de fortuna; mas que la persona querida estaba en salvo, y por ello dió muchas gracias á Dios, haciéndose conducir inmediatamente á la iglesia en actitud ejemplar humilde. El golpe resintió, sin embargo, á la materia, debilitada por tantos años de vida en la estrechez é incomodidad de los bajeles de su tiempo.

Juzgándole un escritor marino imparcial, siempre juicioso y benévolo², pensaba que le han enaltecido acaso demasiado sus compatriotas genoveses y deprimido injustamente en otras regiones italianas, pues que supo mantenerse fiel á los intereses de España, sin ir en modo alguno contra los de la patria. Hállale en las batallas de difícil apreciación, no sabiendo decir si fué á veces táctico que vacila, propietario de galeras y de esclavos que cuida de la conservación, ó general que se estima inferior al cargo.

el Sr. Manfroni en la critica antes citada; sin embargo, procediendo en justicia, consigna que en relaciones del tiempo se le atribuye esta frase, á raíz del suceso de los Gelves: «Che era contento d'aver perduto la battaglia, ma d'aver salvato l'onore».

¹ Uno italiano se contiene en el libro referido, *El desastre de los Gelves*; y porque apareció con graves errores de ortografía me complazco en reproducirlo corregido por el mismo Sr. Manfroni:

PASQUINO.	Marfodio tuo vegno spaventato E non so si en le spalle sto ferito.
MARFORIO.	Del traditor Paschin forse ay fugito?
PASQUINO.	Non, ma di buona voglia ritirato.
MARFORIO.	Quanti nemici nostri ay ammazzato?
PASQUINO.	Niun con mano armata, ben col dito Perchò quel Mondo (?) va tuto smarito
	Per le prodezze che con lui e ho fatto.
MARFORIO.	Non dieo questo, fermate per Dio il passo Che anchora par che di paura fugi
	E dimmi perchò mai voltasti il fianco.
PASQUINO.	Dirò il vero; fugir mi fe yl fracaizo Li tiri, le bombardie li archibugi Ma sopra tute cose un moro bianco

² El almirante Jurien de la Gravière.



Esta opinión, singularmente explanada al considerar la batalla de Previsa ¹, tuvo partícipes entre los coetáneos de Carlos V, influidos de la sagaz política veneciana, existiendo relaciones españolas en que se supone que, poco satisfecho el César del empleo de su armada ante el golfo de Arta, dijo públicamente: «Donde no está su dueño, ahí está su duelo.»

Sin mucha exigencia debía esperar algo más de lo que consiguió la Liga con fuerzas de tanta consideración y costo; que le doliera la ineeficacia parece natural, mas nada acredita que de ella culpara á Andrea Doria, ni que por la campaña de Grecia ó por otros motivos perdiera nunca el alto aprecio en que le tuvo el Emperador, patente, mucho más que por la concesión del Toisón de Oro, de los títulos con renta de Príncipe de Melfi y de Canciller del reino de Nápoles, por la instrucción reservada que envió desde Bruselas en 24 de Junio de 1554 á D. García de Toledo, tratando de la guerra de Siena y de Córcega, en que se leen estas frases, relativas al Capitán general de la mar ²: «Que os tenga siempre á la mano para poderos emplear en lo que más holgare y os ordenare de nuestro servicio y de su descanso, como no dudamos que lo haréis, según la afección y amor que habéis siempre mostrado y tenéis á ambas cosas ³.»

¹ Véase lo expuesto en el t. I, cap. XVII.

² Dirección de *Histograma. Colección Navarrete*, t. XXXIII.

³ En los momentos de su muerte, escribió su historiador Capelloni, iba á cumplir el príncipe Doria noventa y cuatro años. Su único deseo consistía en despedirse de Juan Andrea, al que esperaba de hora en hora. Guardó cama el viernes 22 de Noviembre de 1560; conoció el domingo 24 que se acercaba su fin, y confesó y comulgó, pidiendo seguidamente la Extremaunción con las ceremonias de la Iglesia. Hacia la media noche llamó al ayuda de cámara, Antonio Piscina, volviendo á decir que hubiera querido abrazar á Juan Andrea antes de dejar el mundo para hacerle varias recomendaciones; visto que Dios no le acordaba esta satisfacción, sometiéndose á su voluntad divina, pedía que le supliera, diciéndole de su parte, tan luego como llegara á Génova, que ante todo había de vivir en el temor de Dios, y que no dejara en tiempo alguno el servicio del Rey. Que lo hiciera con vigilancia, honradez y fidelidad, imitándole; que amara y honrara á su patria, teniendo en el corazón la libertad de Génova, sin omitir nada en su pro. Relativamente á su persona, quería que, al amortajarle, se le pusiera al cuello la insignia pequeña del Toisón de Oro, con que deseaba ser enterrado. El collar había de conducirlo á España Piscina y entregarlo al Rey, manifestando en su nombre, que



Alguien pensaría que con el cuerpo del veterano se había sepultado la marina real en el Mediterráneo; tal andaban azorados los capitanes y medrosa la gente de las playas, oyendo cada día nuevas de Dragut, que campeaba impunemente hacia Levante, ó de Hassán el argelino, que lo hacía por el lado opuesto, promoviendo nueva rebelión entre los moriscos de Valencia, perdido desde el día de los Gelves el prestigio del nombre que se procuraba mantener¹.

recibida aquella condecoración del Emperador, de santa y gloriosa memoria, creía deber ponerlo en sus manos. Rogaba en su última hora que, en consideración á los servicios prestados á su padre y á él, acordara su real protección á Juan Andrea y á Pagano Doria, asegurando que ambos habían de serle fieles como él mismo. Dicho esto, recomendando devotamente ei alma á Dios, expiró con los ojos fijos en un crucifijo. Anteriormente tenía mandado expresamente que se verificara el entierro de noche, sin pompa ninguna, y así se hizo, depositando el cuerpo en el sepulcro que tiempo atrás había encargado á Giovanni Angelo Montorsoli, en la capilla subterránea de la iglesia de San Mateo. Escrito su elogio por D. Luis Zapata, lo acabó diciendo: «Aquí dió fondo perpetuo y murió después en servicio del poderoso Felipe, Rey de España, y así vi en Génova un claro é ilustre epitafio alrededor de sus casas; de modo que sirvió fielmente á una República y á tres Príncipes de voluntad y condiciones diversas, cortando su servicio y fidelidad á la medida de sus talles. Pues otra lealtad usó mayor con su patria; que queriendo el Emperador hacerle señor perpetuo de Génova, él tanta merced no la aceptó, queriendo más ser un fiel y gran ciudadano de ella, que un desleal príncipe, tirano y señor de su patria.» (*Miscelánea. Memorial Histórico Español*, t. xi, pág. 81.) Bueno es, conocida esta opinión, hacerse cargo de lo que, en carta fecha en Roma á 29 de Septiembre de 1531, escribió al Emperador el Cardenal de Osma: «Dijome su Beatitud, entre hablas, que Andrea Doria no era bien querido en Génova, y que era la causa porque los Adornos eran sus contrarios, y los Fragosos, de cuya parcialidad ha sido siempre él capitán, viendo que él gobierna la ciudad y que el gobierno hecho es ceremonia, pues no se hace sino lo que él ordena, sufrenlo de mala gana, paresciéndoles que es duque en la obra, el cual nombre han pôseido ellos y los Adornos doscientos años ha.» (*Colec. de doc. inéd. para la Hist. de España*, t. xiv, página 220.)

Un compatriota le ha juzgado «perimentatissimo, quatunque avesse abbracciato la carriera del mare in età avanzata; non punto rischioso, comunque all'evento incombe sapesse riparare con maravigliosa risolutezza; capitano di testa più che di cuore; giammai dimentico dell'interesse del suo signore e del proprio, savio cittadino, squisito cortigiano, amoroso congiunto, politico avveduto, Andrea D'Oria non trova posto nella schiera dei marinari poetici cui appartengono Ruggero di Lauria, Dragut, Marcantonio Colonna, Francesco Morosini, Lazzaro Mocenigo, Suffren, Nelson e David Porter. Sta fra gli abilissimi amiragli d'ogni nazione. E dello stampo degli Agrippa e dei Farragut.» Augusto Vittorio Vecchi, *Storia generale della marina militare*, segunda edición. Livorno, 1895, t. I, pág. 317.

¹ En 8 de Junio de 1560 se expidió título de lugarteniente del príncipe Andrea



En las Cortes de Toledo sonaba la voz del reino:
«Otro si decimos que aunque V. M. ha tenido siempre
relacion de los daños que los turcos y moros han hecho y
hacen andando en corso con tantas bandas de galeras y ga-
leotas por el mar Mediterraneo; pero no ha sido V. M. infor-
mado tan particularmente de lo que en esto pasa, porque
segun es grande y lastimero el negocio, no es de creer sino
que si V. M. lo supiese lo habria mandado remediar; porque
siendo como era la mayor contratacion del mundo la del
mar Mediterráneo, que por él se contrataba lo de Flandes y
Francia con Italia y venecianos, sicilianos, napolitanos, y
con toda la Grecia y aun Constantinopla, y la Morea y toda
Turquía, y todos ellos con España y España con todos; todo
esto ha cesado, porque andan tan señores de la mar los di-
chos turcos y moros cosarios, que no pasa navio de Levante
á Poniente, ni de Poniente á Levante, que no caiga en sus
manos; y son tan grandes las presas que han hecho, así de
cristianos cautivos como de haciendas y mercancías, que es
sin comparacion y número la riqueza que los dichos turcos y
moros han habido, y la gran destrucción y asolacion que han
hecho en la costa de España; porque dende Perpiñan hasta
la costa de Portugal, las tierras marítimas se están incultas,
bravas, y por labrar y cultivar; porque á cuatro ó cinco le-
guas del agua no osan las gentes estar; y así se han perdido
y pierden las heredades que solían labrarse en las dichas tie-
rras marítimas, y las rentas reales de V. M. por esto tambien
se desminuyen, y es grandísima inominia para estos reinos
que una frontera sola como Argel pueda hacer y haga tan

Doria al ilustre Marco Antonio Doria y del Carreto. *Dirección de Hidrografía. Colección Sans de Barutell. Simancas, art. 2º, núm. 20.*

Un romance escrito por Alonso Gómez de Figueroa da cuenta de un siniestro terrible ocurrido entonces. *Obra nuevamente compuesta del suceso y desastre que aconteció en Málaga el primer dia de Pascua de Espíritu Santo. En un galeón que estaba con quinientos soldados de infantería. Y en el mismo puerto, á media legua de la ciudad, se abrió y se fueron á fondo con toda la gente que llevaba, que no escaparon sesenta personas. Acaesció á 25 de Mayo de 1561 años. Impreso en Sevilla, 2 hojas en folio.*



gran daño y ofensa á toda España; y pues V. M. paga en cada un año tanta suma de dineros de sueldo de galeras, y tiene tan principales armadas en estos reinos, podríase esto remediar mucho, mandando que las dichas galeras anduviesen siempre guardando y defendiendo las costas de España sin ocuparse en otra cosa alguna. Súplicamos á V. M. mande ver y considerar todo lo susodicho; y pues tanto va en ello, mande establecer y ordenar de manera que, á lo menos el armada de galeras de España no salga de la demarcacion della, y guarde y defienda las costas de dicho mar Mediterraneo desde Perpiñan hasta el estrecho de Gibraltar, é hasta el río de Sevilla, y V. M. mande señalarles tiempo preciso, que sean obligados á andar en corso y en la dicha guardia sin que dello osen exceder; porque en esto hará V. M. servicio muy señalado á Nuestro Señor y gran bien y merced á estos reinos.»

El emperador Carlos V mandó construir 50 galeras de una vez por decoro de la majestad al ir á Italia; D. Felipe dió órdenes apretadas para poner en astillero las quillas de otras tantas que reemplazaran las perdidas, convocando en Barcelona maestranza de todos los puertos de España y haciendo traer árboles de Flandes, remos de Nápoles, arcabuces y picas de Vizcaya; y mientras la fábrica avanzaba por sus pasos, agregó á la escuadra de galeras de España, de D. Juan de Mendoza, algunas genovesas, juntando 28, reforzadas con 3.500 infantes para atender preferentemente á la costa de Valencia y á la plaza de Orán, amenazadas.

A la última había de acudir primero con municiones, y ya que las había embarcado en Málaga, dió pasaje á mujeres y familias enteras de soldados, admitiendo en la Capitana á dos niños pequeños, hijos de D. Alonso de Córdoba, conde de Alcaudete, nietos de D. Martín.

El 18 de Octubre de 1562, concluída la faena, empezó á soplar mansamente de Levante, viento para el que la playa de Málaga era desabrigada y peligrosa. Sabíalo muy bien D. Juan de Mendoza, criado en las galeras al lado de su padre D. Bernardino; y conociendo las condiciones de la costa,



determinó salir de allí sin dilación y fondear en la Herradura, que es un ancón situado 40 millas más á Oriente, con excelente resguardo de tal rumbo, experimentado por don Juan en dos ocasiones en que salvó á la escuadra refugiándola en aquel abrigo.

Aunque contra el viento fuerte bogaron desde las dos de la noche hasta las diez de la mañana siguiente, lunes 19, en que surgieron y se aseguraron con dobles amarras en precaución del temporal que amagaba; mas no descargó la mayor furia de Levante, como se temía; á la media hora de ventar por este lado rondó hacia el Sur con tal violencia que no dió tiempo á levar otra vez, encontrándose las galeras sin el reparo que buscaban, batidas abiertamente.

Empezaron á garrar las unas y á dar en tierra las más próximas, haciendo pedazos; visto lo cual, en algunas, por salvar las vidas, cortaron los cables, dejándose ir á la playa donde fueron sorbidas de la mar con la gente despedazada por la resaca ó por los reímos y objetos mil flotantes que en su furia movía á un cabo y á otro.

La Capitana de D. Juan de Mendoza, hermoso bajel de 28 bancos, construido en Nápoles, nuevo, de cinco meses, aguantaba bien sobre los ferros; sin embargo, no creyendo los prácticos que pudieran resistir mucho tiempo las amarras, trataron de varar, dando un calabrote por el través de estribor, y halando por él al mismo tiempo que largaban el cable de la otra banda. En esta disposición se atravesó á las olas la galera y tumbó, anegándose.

Don Juan estaba en la popa con una marlota roja, ceñida una tohalla y un zaragüell largo de raso pardo. Animaba á la gente, y más que nada se ocupaba de la vida de los dos niños que le estaban confiados. Al caer al agua quiso nadar; pero el golpe de un madero en la cabeza le aturdió y echó al fondo, suerte que cupo también á los niños, á D. Francisco de Mendoza, hijo del Marqués de Mondéjar, al veedor Morillo, con otros caballeros, no escapando de su compañía más que el piloto, nueve marineros y trece forzados.



De las 28 galeras, que eran ¹: 12 de la escuadra de España; 6 de Nápoles y de particulares á sueldo de la Corona; 6 del marqués Antonio Doria; 2 de Bendineli Sauli, y 2 de Estéfano de Mari, dieron al través, ó se anegaron, 25, salvándose únicamente tres de la escuadra primera: *Mendoza*, *Soberana* y *San Juan*.

La pérdida de gente es difícil de estimar en las relaciones ², que fluctúan en las cifras de 2.500 á 5.000 personas, ya porque en unas no se cuentan las mujeres, ya porque otras hacen caso omiso de los infelices remeros forzados. En lo queandan conformes es en lamentar la muerte del General, porque fué de los valerosos que las galeras de España tuvieron, no habiéndose quedado atrás en la reputación heredada de su padre.

Desde 1545 había mandado escuadra, haciendo continuas campañas en los mares de Italia y de España con vigilancia y fortuna de muchas presas de berberiscos y turcos. Sólo el año 1556 tomó en aguas de Sicilia 11 galeotas.

Mas Dios, que la tierra y mar
Manda y rige en toda parte,
Por bien tuvo que este Marte
Feneciese ³.

Tal suerte infeliz cupo á otro hermano, D. Íñigo, general de las galeras de la Orden de Santiago, navegando por la ribera de Génova en una con poco lastre y mucha vela, que trastornó el viento ⁴.

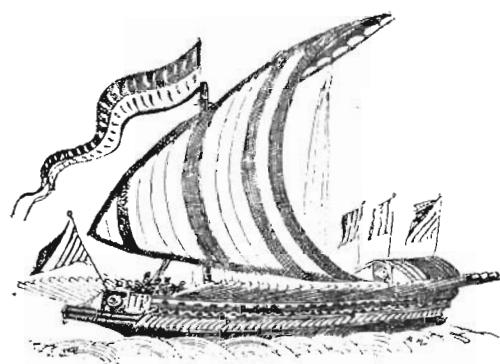
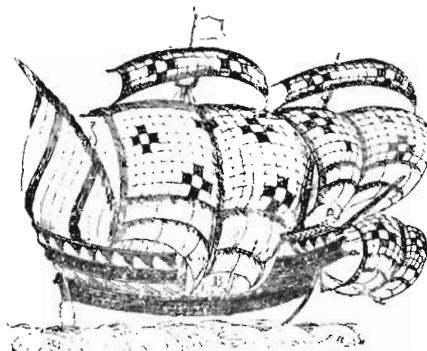
La nueva calamidad de la Herradura, siguiendo tan de cerca á la de los Gelves, contristó profundamente á la gente

¹ La orden de reunión de estas galeras se halla en la *Colección Sans de Barutell. Simancas*, art. 3.^º, núm. 170.

² Las he condensado en el libro de *Viajes regios*, incluyendo el sentido romance que escribió el soldado Fernando Moyano, testigo de vista, con pormenores y nombres de los capitanes y de los bajeles.

³ Fernando Moyano, *Romance citado*.

⁴ Así (escribió Zapata) fué del honrado caballero la patria el mar, la galera casa y un pece sepoltura. Del ahogarse se hizo gran sentimiento dél por todo el mundo. (*Memorial Histórico Español*, t. xi, pág. 38.)



Nao y galera pintadas en un arcón que perteneció á Miguel de Oquendo.



Instituto de Historia y Cultura Naval



marinera nuestra, al paso que en la costa frontera argelina se celebraba pensando que, perdidas aquellas galeras, no quedaban al Rey de España otras con que proteger á la plaza de Orán, y volvería, por tanto, esta vez al poder mahometano. Creyó lo mismo el Gran Señor, y mandó al virrey Hassan que hiciera la conquista luego, para lo que le enviaba á Piali con 10 galeras de las apresadas, refuerzo de las suyas oportuno. En breve puso en campaña más de 50.000 hombres provistos de artillería gruesa, y en la mar 45 bajeles de remo y 5 navíos franceses de alto bordo¹, dirigiéndolos simultáneamente sobre Mazalquivir como escala.

Antes de conocer esta resolución llamó el rey D. Felipe á Cortes en Madrid, con objeto de pedirlas subsidio extraordinario, declarando en la convocatoria² ser preciso remediar la pérdida de galeras, armar otras, meter en orden las fronteras, puertos y costas de Africa, teniéndose por cierto que la armada del Turco y los bajeles de Argel y el Peñón de Vélez se juntaban. La proposición (que hoy diríamos discurso de la Corona), leída el 25 de Febrero de 1563, expresaba³ que, habiendo sucedido la pérdida de los Gelves, que fué tan grande, y quedando las fuerzas de mar enflaquecidas y los infieles con soberbia é insolencia, se habían hecho grandes costas y había que continuarlas por la pérdida que sobrevino de las galeras que Argute Arráez (Dragut) tomó, de las que se perdieron en Sicilia, y mucho más necesario y forzoso después del caso sucedido en el puerto de la Herradura. Que asimismo habían armado cosarios franceses y de otras naciones, herejes y luteranos, que infestaban los mares y puertos, por lo que tenía ordenado formar una muy poderosa armada de galeras que no sólo fuera suficiente á la resistencia de los dichos turcos é infieles, mas pudiera con ella ofenderlos en sus propias tierras y provincias.

¹ Cabrera de Córdoba. Salazar.

² A 12 de Diciembre de 1562.

³ *Actas de las Cortes de Castilla*, publicadas por el Congreso de los Diputados, tomo I.



En tanto se deliberaba la proposición urgentemente, por haber de partir S. M. á las Cortes de Monzón entrado el mes de Abril de 1563, los hijos del valeroso Conde de Alcaudete muerto en Mazagán, D. Alonso y D. Martín de Córdoba, guardaban las dos plazas de Orán y de Mazalquivir, preparados, en cuanto de su voluntad dependía, á la lucha, á que les estimulaba la llegada de embarcaciones menores en que se les envió desde Málaga dos mil fanegas de trigo, herramientas de zapadores, pólvora, un ingeniero y algunos soldados de experiencia. Como eslabón entre los presidios, y á fin de darse la mano, construyeron en loma intermedia un fuerte llamado *San Miguel*, y otro avanzado de Mazalquivir, que denominaron *Los Santos*.

A éste atacó primeramente el argelino por mar y tierra, cuidando las galeras de interrumpir las comunicaciones con Orán; y aunque doscientos soldados defensores hicieron destrozo, derribados los muros, que eran de tapial, hubieron de ceder. Hassán cercó entonces el otro fuerte de San Miguel, considerándolo llave de Mazalquivir, como éste lo era de Orán. Ante la plaza dejó 24.000 infantes y 400 caballos; á la otra bloqueó poniendo sus soldados á cubierto de la artillería en Cerro Gordo, como lo estaba la escuadra tras del cabo Falcón, y lanzó á los genízaros al foso del fortín, que gente le sobraba para todo; pero rechazados en seis asaltos consecutivos los turcos de elección, se persuadieron de no ser llana la empresa. Detúvole el obstáculo hasta el 8 de Mayo, en cuya noche abandonaron las ruinas los españoles replegándose á Mazalquivir, después de sostenerse veintidós días, muchos más de lo que se esperaba por moros y cristianos.

Llegó la vez á la ciudad, débilmente fortificada, en que se pasó muestra á 470 hombres; pocos defensores, con la remota esperanza de socorro que tenían. Abierta trinchera y situadas baterías á cuarenta y cinco pasos de la muralla, batiendo sin cesar, al mismo tiempo que desde un cerro dominante tiraban con culebrinas á las casas, el 20 de Mayo envió Hassán por delante 12.000 alárabes para que quebrase en ellos la furia de los arcabuceros, y á la espalda dos colum-



nas compactas que dieran el asalto. La mortandad fué espantosa; pero sin vacilar los turcos corrieron animosos, llegando á plantar su bandera en una almena y á lidiar cuerpo á cuerpo en lo alto, lo mismo que en las brechas, hasta ser arrojados al foso.

El 1.^o de Junio se repitió la acometida por tierra y mar con igual bizarria de parte y parte. De la plaza, á más de las piedras, dardos y alcancías, rodaron esta vez barriles de pólvora, que, reventando entre la apretada masa de los argelinos, sembraron el espanto, haciéndola retroceder velozmente. Los días 6 y 7 volvieron á estrellarse contra las defensas los bríos de los asaltantes. A la suprema necesidad acudían el ingenio y la vigilancia de D. Martín con reparos y recursos inesperados. El suelo estaba cubierto de cadáveres.

Para el 16 de Junio ¹ preparaba Hassán el golpe decisivo, habiendo arengado á la hueste y avergonzadola por su indecisión frente á tan pocos y despreciables enemigos cristianos. Estaban formando las columnas cuando asomó el alba, y súbito oyeron el estruendo de artillería de la plaza acompañado de vocería, clamor de campanas, sonido de trompetas y atambores. ¿Qué ocurría? Digámoslo.

Tenía el rey D. Felipe avisado á los gobernadores en Italia el apuro de las plazas de Berbería, ordenándoles desparcharan urgentemente las naves de que pudieran disponer, procurando en el interin que recibieran algún auxilio. A propósito fué comisionado D. Alvaro de Bazán con las cuatro galeras en que de ordinario andaba en protección de la recalada de flotas de Indias, y se acercó con precaución á la ciudad sitiada, tratando por dos veces de burlar la vigilancia de los bloqueadores, sin lograrlo.

Algo parecido ocurrió al Abad de Lupián, armador tonsurado que poseía una galera; de forma que transcurrieron dos meses sin que los avisos y ruegos del Conde de Alcaudete obtuvieran respuesta. Al fin el último día de Mayo, aprovechando un violento temporal que había forzado á la escuadra

¹ Cabrera de Córdoba.



de Argel á refugiarse en el puerto de Arceo, entraron en Orán dos fragatas: una de Málaga, de Cartagena la otra, llevando seguridad de seguirles muy pronto el socorro que se estaba preparando.

Recibió encargo al efecto, con título de Capitán general, D. Francisco de Mendoza, que armó y dispuso á toda prisa las galeras nuevas construidas en Barcelona, y fueron juntándosele las de Malta, las del Duque de Saboya, las del Cardenal Borromeo, enviadas á la necesidad. Juan Andrea Doria trajo 12 de Génova, de buena aplicación á no suscitar con ellas enojosa cuestión de precedencia. Vista la insignia de Mendoza, pasó á la corte á representar al Rey que, habiendo sido jefe supremo en Italia, no podía servir subordinado ahora, y porque no era ocasión de descontentarle temporizó D. Felipe, ofreciendo que en Italia volvería á tener la jefatura; mas como no había razón para quitarla al que la tenía, fueran las galeras genovesas á la jornada regidas por su hermano Pagano Doria, y él como consejero sin cargo, que de este modo en su experiencia y valor fiaba el buen suceso. Se aquietó con la benignidad del Rey la susceptibilidad del de los Gelves, y volvióse á Cartagena á tiempo en que llegaba aviso último de Mazalquivir diciendo haberse comido los caballos, estar todo consumido y ellos amparados tras de barricas y traveses de madera y de tierra, sustentándose con trabajo en pie, en el aprieto del hambre y trance de la vida.

Partió D. Francisco de Mendoza con 34 galeras, unidas las de Nápoles, de Bazán, de Antonio Pascual Lomelín y del Abad de Lupián, conduciendo 4.000 soldados y muchos caballeros voluntarios. Navegaban con precaución, deseando sorprender á los enemigos, llegando sobre ellos de amanecida, y dicho está que lo hicieron en el instante en que formaban las columnas para lanzarlas al asalto definitivo. Veinte bajeles suyos sobre la playa (los demás habían ido á Argel por municiones y bastimentos) descubrieron los primeros á la armada cristiana, y diéronse á huir hacia Poniente á toda vela. Los turcos de las trincheras las abandonaron; y como



nuestras galeras hicieran muestra de atracar al cabo Falcón, temiendo Hassán le cortaran el paso, determinó la retirada con bastante orden, salvando las tiendas y cubriendo la retaguardia con escopeteros.

Dejaron en el campo 16 piezas de artillería, muchas municiones, ropa y mantenimientos, una bandera, herramientas, madera, cureñas y ruedas. Se tomaron cinco galeotas sin gente, y las cuatro naves grandes francesas con alguna parte de la suya, que fué puesta en galeras al remo, después de haberla interrogado por qué siendo cristianos habían venido en ayuda de los infieles trayéndoles municiones¹.

Contando lástimas, describiendo lo que los del socorro vieron en Mazalquivir, y haciendo elenco de personas de calidad muertas en el sitio, ocupan los historiadores del tiempo páginas largas, que pueden resumirse en estas pocas líneas de D. Luis Zapata²:

«Estaba el animoso marqués D. Martín de Córdoba herido, y hecha pedazos su gente..... de hambre, como espíritus consumidos y flacos, *nulli sua forma manebant*, y de los soles de la ardientísima África negros como alarves, y del nunca dormir vencidos, no del fuego ni del hierro, sino del sueño y del hambre; botas y rotas sus armas, ya sin mechas los arcabuces, sin pelotas sus bolsas y sin pólvora sus frascos; la muralla despedazada y abierta cuarenta pasos; sólo sirviendo de muros las valerosas manos del animoso Marqués y de los pocos que con él habían quedado, y juntos á la ya no fuerza, sino flaca, montón de turcos muertos y hechos dellos jiras.»

Tiempo era de levantar el espíritu mareante, abatido con la consideración dolorosa de infortunios fatídicos en principio de reinado: aquí el heroico Conde viejo de Alcaudete, general abandonado de su hueste; allá, cabe Trípoli, la hueste

¹ «Por lo cual (escribió Salazar) D. Francisco los mandó echar al remo, aunque con muy justa causa los pudiera mandar ahorcar, y en ellos fuera muy bien empleado, porque otros tomaran ejemplo, aunque la principal culpa estaba en los que los enviaron de Francia.»

² *Memorial Histórico Español*, t. xi, pág. 42.



abandonada de su General; enfrente General y hueste abismándose juntos, menos mal el último, dada por lenitivo al sentimiento la convicción de que llenaron todos su deber. Registrar las espaldas á los turcos era suceso de los que se iban borrando en la imaginación de los navegantes, y en buen hora volvía para hacerles olvidar el estribillo de los cautivos asidos al remo:

«¡Ay Dios; felices los que plantan coles!»



IV.

EL PEÑÓN DE VÉLEZ DE LA GOMERA.

1563-1564.

Expedición de D. Sancho de Leyva.—Desembarque.—Fracaso.—Presa de naves inglesas en Gibraltar.—D. García de Toledo, general de la mar.—Propósito de reorganizar la armada.—Ordenanzas.—Gran armamento.—Concurso de las naciones cristianas.—Escuadras en Málaga.—Vuelta al Peñón.—Inteligencia en el ataque.—Sucumbe la plaza.—Su importancia.



A que estaba junto tan buen armamento y, de vuelta en Málaga, reforzado con galeras venidas de Italia con retraso, saliendo el Rey de inquietudes, remuneró á los vivos y no dejó sin premio á los muertos haciendo mercedes á las viudas, con que todos fueron contentos y gratificados. La ocasión era excelente para emplearlos; y como el alcaide de Melilla, Pedro Venegas, porfiara que podía cobrarse fácilmente el Peñón de Vélez, según noticias seguras que tenía de dos renegados, siempre que de noche se escalara por sorpresa, ordenó á D. Francisco de Mendoza lo intentara.

Al llegar la carta del Rey padecía el General de las galeras de un ataque de fiebre aguda que le imposibilitaba; así que hubo de resignar el mando, y por acuerdo con los capitanes lo tomó D. Sancho de Leyva, Capitán general de las galeras



de Nápoles otra vez desde que volvió del cautiverio de Constantinopla¹.

Hizose á la mar D. Sancho á 23 de Julio con 50 galeras; abrió sobre la isla de Alborán los pliegos reservados; comunicó á los generales el plan del alcaide de Melilla; y aunque á todos pareció quimera, navegaron de concierto para recalcar sobre el Peñón de noche, disponiendo fragatas y bergantines, escalas y gente ágil y determinada, para que el mismo Venegas, que en la escuadra iba, dirigiese la empresa.

Sucedío lo que era de esperar; sintiendo los vigilantes el ruido de los remos, dispararon una pieza que puso en pie á toda la guarnición; y no pareciendo á D. Sancho que era cosa de volverse con aquella burla, así que fué de dia atracó á la costa fuera de tiro de cañón, y á seis millas de Vélez desembarcó con unos 4.400 hombres, españoles é italianos, y avanzó por terreno escabroso, llevando la vanguardia los caballeros de San Juan. Diez y ocho ó veinte criados suyos (detalle curioso), con forzados de sus galeras y escolta de 200 arcabuceros y 100 piqueros, le llevaban á retaguardia manjares aderezados y vajilla de plata en que habían de servirse. Habiendo pasado sin ocurrencia toda la infantería, aparecieron unos 60 moros que, rodando piedras, con los alardos que ellos dan asustaron á los reposteros haciéndoles correr hasta la playa, con lo que D. Sancho se quedó sin comida y sin plata, á beneficio de los alárabes, no acostumbrados á parecido regalo. Cuando acudió fuerza á reforzar la retaguardia, los moros habían desaparecido con la presa.

Lo mismo habían hecho los vecinos de Vélez; la ciudad estaba abandonada con alojamiento para toda la tropa; mas así que cerró la noche acometieron con más ruido que bulto, si bien como podían desear. Dieron á huir los soldados cuesta abajo, despeñándose como si detrás les siguiera la morería entera, ó tirándose al agua para ganar los bajeles, y esto mucho tiempo después de haber huido á su vez los berberiscos, así que D. Sancho les hizo frente con su escuadrón.

¹ Era sobrino del Sr. Antonio de Leyva, príncipe de Áscoli, defensor de Pavía.



Al siguiente día llegaba de la mar el Alcaide turco, gran corsario, con dos galeras, á que dieron caza las nuestras más de 20 millas sin poderlas alcanzar: el viento de la buena dicha no soplabía por lo visto á los de la jornada. Tuvo D. Sancho consejo de generales, manifestando ante ellos que no hallaba medio de batir y tomar el Peñón, que era á lo que iban, porque sería preciso desembarcar artillería de las galeras y subirla al monte, donde no podrían sostenerla con tan poca gente, siendo atacados de los moros, y la perderían si, como era de presumir, se veían en la precisión de embarcarse. A este parecer se arrimaron los más. Siempre en casos análogos pesa la iniciativa del jefe si con tanta claridad y resolución se insinúa; hubo, no obstante, algunos que opusieran razones de fuerza suficiente con que escudar el disentimiento, y fué uno D. Alvaro de Bazán, hijo de aquel del mismo nombre, venerado por todo marinero, de D. Alvaro de Bazán *el Viejo*, vencedor en Muros.

El Mozo, ya ventajosamente conocido, había dado en la noche anterior prueba de sangre fría haciendo cesar el cañoneo de las galeras en la obscuridad, cuando se inició el pánico en la tropa, gritando que más iban á matar cristianos que moros¹. A la consulta del General respondió respetuosamente²: «Que aquel negocio era de mucha calidad, y que importaba no se dejase de batir el Peñón y procurar de ganarle, porque los turcos que estaban en él de presente, como vivían descuidados de enemigos, no estaban avituallados, y la guarnición que había dentro era muy poca, y viendo cualquier batería que se les daba bastaría para que se le rindiesen de grado ó por fuerza, lo que por aventura no se podría hacer, aunque otra vez, con otra mayor armada de la que allí tenían, volviesen sobre él, porque se habrían avituallado y proveído de buena guarnición y presidio. Cuanto más que hacer lo contrario era ir contra la orden que traían del Rey, y en menosprecio de las naciones española é italiana, y dar ánimo á aquellos turcos y moros, que, ensoberbecidos de

¹ En efecto, murieron 20 fugitivos italianos.

² Salazar, *Hispania victrix*.



esto, de allí en adelante los tuviesen en poco y menospreciasen; y que así era de voto que no se retirasen, sino que en la playa de Vélez, al canto de ella hacia el Poniente, se plantasen tres ó cuatro cañones de batir, con que batiesen; y que pues tenían 50 galeras, las partiesen en dos bandas de á 25, y la una batiese por la parte de Alcalá y la otra á la banda de España; porque, aunque aquello no bastase para hacer batería, bastaría para matar la gente que se escondiese por aquella parte, y que, hecha la batería, no sería menos sino que fuese de mucho efecto por ser las murallas del Peñón muy flacas y débiles, lo que él había reconocido ser así, yendo en una pequeña barquilla, desde muy cerca; y que hecha la batería, para dar el asalto había muchas fragatas y bergantines en que podría acometer la gente, y que para esto él tomaría la batería más peligrosa, que era (como se via) la de la banda de Alcalá, de hacerla con sus galeras; y que para el dar del asalto también se encargaría de hacer escalas de las entenas de sus galeras, poniéndolas en ellas como baupreses de naos, para poder echar la gente en el Peñón bien alta de la mar, y que de la retirada protestaba que no era en ello por las causas y razones que tenía dicho, y que para que esto viniese á noticia de Su Majestad lo daría firmado de su nombre, y que así pedía y requería á cada uno de los que allí estaban en aquel Consejo hiciese lo mismo que dijese.»

Otros generales se adhirieron y firmaron este voto; sin embargo, D. Sancho de Leyva ordenó se empezase el reembarco una hora antes de anochecer, como se hizo, protegiéndolo las galeras y señalándose de nuevo D. Alvaro de Bazán por la gallardía con que tomó el puesto de más peligro, recibiendo su galera dos balazos, que afortunadamente no mataron gente.

Pedro Venegas deseaba que, una vez salidas del Peñón, reconocieran las galeras la Laguna de Puerto Nuevo, contigua á Melilla; mas D. Sancho alegó la contrariedad del viento, y se entró en Málaga el 2 de Agosto ¹, enviando cuenta al

¹ Por los datos de Salazar; el 6 de Agosto por los de Cabrera de Córdoba.



Rey de lo ocurrido, con inclusión de votos escritos de los generales que aconsejaron la expugnación.

Salta á la vista la presión ó influencia desmoralizadora de los desastres anteriores sobre la armada, compuesta de residuos de las deshechas, y por azar gobernada en el intento del Peñón por General fugitivo y preso en los Gelves sin justificación, ahora tan apocado como presuntuoso. Por suerte vino á descubrir su proceder la savia nueva regeneradora del tronco al caer las ramas heladas. El Rey, con exactos informes de los sucesos, no se dió por entendido, ni menos por descontento; lo que hizo sencillamente fué contestar á los despachos de D. Sancho de Leyva ordenándole marchase con su escuadra á invernar en Nápoles, al mismo tiempo que lo hacían los demás en sus destinos respectivos, proponiéndose, en el tiempo de asistencia en las Cortes de Monzón, pensar seriamente en la medicación del cuerpo enfermo: en el reemplazo de D. Francisco de Mendoza, General de las galeras de España, que de las calenturas falleció ¹, y en la elección de jefe supremo de la marina en el Mediterráneo, previniendo pretensiones anteriormente insinuadas por Juan Andrea Doria, príncipe de Melfi.

Se habian cumplido las predicciones de D. Alvaro de Bazán *el Mozo*; con la retirada del Peñón se borró en nuestra gente la impresión favorable del triunfo de Mazalquivir, y en los argelinos la de la quiebra que sufrieron, volviendo á las correrias por las costas de España, como solían, y extendiéndolas á las islas Canarias, adonde nunca se habían alargado. Los turcos reforzaron las fortificaciones del Peñón é hicieron un castillo nuevo en la playa de Vélez para defender el desembarco.

Prueba más clara del desconcepto seguido á los sucesos dieron ocho naves inglesas, atreviéndose á combatir y abordar

¹ Don Francisco de Mendoza, comendador de Socuéllamos en la Orden de Santiago, señor de las villas de Estremera y Valdaracete, hijo de D. Antonio, virrey que fué de Nueva España y del Perú, había servido con él en Indias. Era primo hermano y cuñado de D. Juan y D. Íñigo de Mendoza, casado con D.^a Catalina.



á una de Francia dentro del puerto de Gibraltar, y lleváran-sela si no rompiera el fuego el castillo, obligándolas á tomar el largo. El desacato no quedó impune por haber dado aviso el Corregidor á las galeras que invernaban en el puerto de Santa María y salir rápidamente con cinco el mencionado Bazán, que las alcanzó é hizo su presa, hallando á bordo pan de cazabe, azúcar, con otros artículos de Indias que daban sospecha de ser de corsarios¹.

A todo esto se juntaron avisos de estar disponiendo Solimán su grande armada para la primavera, puesta la mira en la Goleta y en las Baleares, y preciso fué acudir á extremados recursos, solicitando D. Felipe auxilios del Rey de Portugal, de los Duques de Saboya, Florencia y Señorio de Génova, al paso que en los virreinatos de Italia y en los puertos de España se activaba la construcción de galeras nuevas. Distando todavía la suma de los contingentes en la comparación de la que harían las galeras del Sultán, acrecentadas con las flotas de Dragut y de Hassán de Argel, ocurrió embargar cien chalupas y zabras de los pescadores de Cantabria y Galicia, embarcaciones de 60 á 70 toneladas, que, bien artilladas y con remeros voluntarios, darían al cuerpo de galeras un re-

¹ Carta de D. Álvaro de Bazán al Rey, fecha en Gibraltar á 24 de Noviembre de 1563. *Dirección de Hidrografía. Colec. Navarrete*, t. xl. En el *Calendar of State papers*, colección inglesa de documentos oficiales, se contiene un despacho del embajador Challoner, fecha 20 de Febrero de 1564, reiterando otro de 20 de Enero é intercediendo á favor de los ocho navíos detenidos y de los 240 tripulantes que habían sido echados á galeras, y morían de hambre y de frío. Aseguraba el Embajador al rey D. Felipe que no eran piratas, sino mercaderes; que fué el navío francés el que empezó las hostilidades, y ellos no hicieron resistencia á las galeras del Rey; pero en carta dirigida á los prisioneros el 3 de Marzo avisándoles haberse interesado por ellos, les reprendía, expresando que habían hecho muy mal en acometer la empresa en las costas de España y tenían que sufrir las consecuencias.

Á la reina Isabel escribió en 18 de Junio que, si bien el tratamiento de los prisioneros era cruel, en mucha parte lo motivaban los aventureros, ó más bien piratas ingleses. Los que cayeron en manos de D. Álvaro de Bazán no hubieran estado tanto tiempo con grillos si otros capitanes ingleses no menospreciaran la jurisdicción de España haciendo presas á franceses dentro de ella. En Galicia, requerido un navío inglés por esta causa, hizo fuego sobre la ciudad y mató cuatro hombres. Sin embargo, volvía á escribir en 28 de Junio, el Rey había dado órdenes para poner en libertad á los navíos con su gente, y en 15 de Agosto lo hizo con las naves detenidas en San Sebastián.



fuerzo homogéneo apreciable, teniendo además aplicación al embarco de caballos, artillería de sitio, balas y municiones. D. Alvaro de Bazán, llamado por el Rey á Aragón, donde estaba, recibió instrucciones con el fin de marchar á Vizcaya y entender en el armamento de la armadilla auxiliar, secundado por los Corregidores.

En tanto se trasladó D. Felipe á Barcelona, queriendo ver por sí mismo el progreso de la obra en las Atarazanas, y gozar la satisfacción de recibir á sus sobrinos Rodolfo y Ernesto de Austria, que, por la vía de Génova, llegaron en la escuadra de Marco Centurión, marqués de Estepa, escoltada por la de Juan Andrea Doria ¹.

Una de las determinaciones tomadas desde el momento de su entrada en la ciudad de los Condes, la más trascendental, sin duda, á la armada, fué la designación y nombramiento del Virrey de Cataluña, y de los Condados de Rosellón y Cerdaña para regirla, sustituyendo á Andrea Doria en el título de Capitán general del mar Mediterráneo, con iguales poderes y atribuciones, y, lo que tanto vale, con la seguridad de sostener cuantas providencias encaminara á corregir abusos y restaurar la disciplina ². Porque se abarque desde el principio la significación de la patente es útil recordar antecedentes de la persona ³.

D. García de Toledo, marqués de Villafranca por muerte de su hermano mayor D. Fadrique, empezó á servir en la mar con dos galeras suyas, en 1539, á las órdenes de Andrea Doria. A los veintiún años de edad fué distinguido con el mando de la escuadra de Nápoles, más por méritos de su pa-

¹ Llegaron á Barcelona con 18 galeras el jueves 22 de Marzo de 1564. *Cronicón de Sans de Barutell. (Academia de la Historia, t. xxiii, núm. 19.)*

² Firmó el Rey el título y las instrucciones en Barcelona el 10 de Febrero de 1564. En las segundas encargaba especialmente «cuidara lo que en lo pasado había ocurrido en el desorden de llevar las galeras, de unas partes á otras, mercancías». El sueldo era de 12 oco ducados. Hay copias de los documentos en la Colección mencionada de Navarrete, t. III, núms. 7 y 8.

³ Constan con amplitud en la obra de Sosa, *Noticia de las grandezas de los Marqueses de Villafranca*, Nápoles, 1676, compendiados por mí en el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* para 1881.



dre, el virrey D. Pedro, que por los que se le reconocieran; pero los tuvo pronto en evidencia asistiendo á las jornadas de Túnez, Argel, Sicilia; á las de Sfax, Calibia y Mehedia, donde discurrió el empleo de la batería flotante formada sobre dos galeras, de tanta eficacia para la rendición de la plaza; á las campañas de Grecia, con la fortuna de recobrar los cautivos y botín de Barbarroja en Niza; á las guerras de Siena y de Córcega; á constantes cruceros, en que hizo presas á turcos y moros. Disgustado de la vida de mar, no por la mar, sino por el sistema vigente en las galeras, hizo dejación del mando con sentimiento del Emperador, manifestado en carta á don Pedro de Toledo en estos términos: «Por otra se os responde á los negocios, y así ésta no servirá más que para avisaros cómo deseando D. García de Toledo, vuestro hijo, dejar el cargo de las galeras de ese reino, como quiera que nos hallábamos bien servidos de él y holgáramos que no lo dejara, nos hemos contentado de ello por el daño que se le recrécia á su salud; pero siendo la persona que es, y lo mucho y bien que nos ha servido, porque no quede sin cargo le hemos hecho merced de Coronel general de la infantería española de ese reino, confiando que en el gobierno de ella hará lo que de su valor y cordura se debe esperar.»

Aquí no importa lo que hizo en las campañas de Italia á las órdenes de su primo el gran Duque de Alba; es suficiente apuntar que dispensándole el rey Felipe II aprecio mayor, si cabe, que el Emperador, le nombró Virrey y Capitán general de Cataluña ¹.

Al salir de las galeras escribió un discurso semiserio, poniendo en relieve las dificultades que se ofrecían al jefe para sostener el orden respetando los usos y las corruptelas introducidas, y sobre todo habiendo de atemperarse á la falta de pagas y á las libertades que por ello se tomaban los capitanes, lo mismo que los marineros y soldados ².

¹ En 25 de Abril de 1558. *Colección Navarrete*, t. XXXIII.

² Véase en el Apéndice núm. 1. No se ha publicado hasta ahora que yo sepa. Hay copias en la Academia de la Historia, Biblioteca Nacional y Dirección de Hidrografía.



Recibiendo nueva de la rota de los Gelves, escribió á Andrea Doria con ofrecimiento de toda su hacienda para remediar la desdicha y socorrer prestamente á los que habían quedado defendiendo el castillo ¹. A esta empresa destinaba el Rey á su persona, ordenándole pasar sin dilación á Sicilia ², si bien dispuso luego otra cosa informado de los acontecimientos ³.

Durante la estancia en Barcelona atendió al corte y acopio de maderas, faenas de las Atarazanas y armamento de galeras nuevas, mostrando no haber perdido las aficiones ni los hábitos adquiridos en sus veinticuatro años de ~~esta~~ legación. Dudó, sin embargo, en ejercitarlos al indicarle el Rey deseos de que tomara el cargo de General de la mar, persuadido de la pesadumbre y responsabilidad que consigo llevaba. Lo aceptó significando lealmente al Soberano que la armada «estaba derribada» y eran menester para levantarla medidas contrarias á la contemplación y á la economía oficinesca mal entendida. Creía conveniente, por principio, que al mando de la mar se uniera el virreynato de Sicilia, no por hacer mayor la autoridad ni por pretender para su persona atribuciones ó comodidades (y en tal declaración insistía), sino por ser la situación de la isla estratégica, irreemplazable como punto de reparo y almacén contra la fuerza pujante de los enemigos mahometanos, y la unidad del mando de importancia para la rapidez de movimientos, teniendo en cuenta la que conseguían con tal sistema, Piali en Constantinopla, Dragut en Trípoli y Hassán en Argel. En Sicilia debía crearse Atarazana amplia con apartamentos de maestranza, talleres, telares de cotonía, casas de munición, hornos de bizcocho..... En lo relativo al personal, ya que se arrojara á aceptar el mando y á levantar aquel cuerpo finado, resucitándolo, había de contar con el sostén necesario, «y habiéndose criado en la mar, en la cual nunca le sucedió desgracia, dada su inclinación, trataría del reme-

¹ Carta, fecha en Barcelona á 29 de Mayo de 1560, *Colección Navarrete*, t. XXXIII.

² Carta de Toledo á 3 de Junio, *id., id.*

³ Parecer de D. García acerca del socorro, *idem*, t. XXXV.



dio, sin temor de hacer en la vejez lo que hizo en la mocedad¹».

En todo ello, así como en parecer examinado en el Consejo de Guerra, que dió acerca de prevenciones contra la armada del turco, recomendando estuviera apercibida la isla de Malta por el manifiesto daño que de su pérdida se seguiría á la cristiandad; la Goleta por la dificultad de socorrerla con oportunidad; Menorca, por su situación; Orán y Mazalquivir, siempre amagadas², en todo se le atendió³; de forma que pudo dedicarse con desembarazo á lo más difícil, empezando por dictar preventivamente ordenanzas severas é instrucciones para el servicio y policía de los bajes⁴.

No le engañó el presupuesto de dificultades con que había de tropezar, por lo que enseñan las cartas enviadas al secretario Francisco de Eraso.

«No se puede decir ni pensar—escribía en una⁵—el estado en que he hallado lo de la mar, y si fueren cosas que sufriesen andar al amor del agua, bien lo sabría hacer; pero no se puede en la mar disimular nada, porque luego da el pago del mal gobierno, y de no disimulallo bien sé yo los amigos que ganaré, y aun también sé cuántos habrá que publiquen que soy mal quisto; y si quisiese hacer mis cosas y no las de S. M., bien sabría hacer que me quisiesen bien y con mucha facilidad, y estas cosas se me representaron antes que entrase en el cargo; pero no puedo negar á vuestra merced que no me da pena verme en ellas, ni se pueden reme-

¹ *Discurso representando á S. M. las ventajas que resultarian dejuntarse el cargo del reino de Sicilia con el de la mar.* En Barcelona, 1564. *Colección Navarrete*, t. XII, número 78.

² La misma colección, t. XII, núm. 79.

³ Se le expidió Real título de Virrey de Sicilia en 7 de Octubre del mismo año de 1564.

⁴ Empiezan penando duramente la blasfemia y la desobediencia á las órdenes ó señales de la mar. Es de notar la conminación á los cómitres de pagar las averías que causara su descuido abordándose una galera con otra en la navegación. La misma colección, t. XII, núms. 80 y 81.

⁵ De Málaga, á 17 de Agosto de 1564. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXVII, pág. 452.



Pintura en el palacio del Viso.



Instituto de Historia y Cultura Naval



diar con otra cosa sino con que S. M. tenga siempre la mano alzada para defenderme, pues peleo por su servicio.»

«Es necesario que sepa S. M.—apuntaba en otra¹—que es indispensable dejar de ser riguroso en su armada, estando las cosas en el término que están, si tengo de gobernar bien este cargo y defendelle su hacienda; que aunque sé que poco gano en que me quieran mal, confieso que no puedo consentir robeira ni mal gobierno en lo que traigo entre manos.»

Avanzando los aprestos por todas partes, llegó á saberse con certeza, entrado el mes de Abril, que el turco desistía por aquel año del armamento con que amenazaba á la Góleta, Malta y Orán, visto lo cual decidió D. Felipe disminuir el suyo, despidiendo las chalupas embargadas en Cantabria y Galicia, sin conservar más de quince al mando de don Alonso de Bazán, hermano de D. Alvaro; congregar las galeras y soldados dispuestos en Italia y en España para volver sobre el Peñón de Vélez y procurar tomarlo, «teniendo en consideración que las grandes necesidades no consentían gastos extraordinarios, pero también de cuánta importancia era para los reinos el trato, comercio y seguridad de ellos, y para que Su Santidad viera y entendiera el empleo del subsidio concedido»². Ordenaba, por tanto, á D. García de Toledo marchar con diligencia á Italia, recoger las galeras de Saboya, Florencia y Génova, embarcar soldados alemanes en la Spezzia, tomar los de Lombardia, Nápoles y Sicilia, la artillería, picos y palas, provisiones y dinero, y enderezar las cosas de manera que se pudiera emprender con tiempo³.

En las idas y venidas de las galeras juntando las escuadras se cruzaron con fustas y galeotas de moros ó turcos sobre nuestra misma costa, como testimonio de lo envalentonados

¹ De Cádiz, á 22 de Agosto. La misma colección, t. xxvii, pág. 456.

² Antonio Tiépolo, embajador de Venecia en Madrid, escribía á la Señoría: «Su Majestad hace correr la voz de que va á ir á la guerra contra infieles. Envía á su armada contra Berberia, haciendo tanto ruido por demostrar que para algo recibe el subsidio del clero.»

³ Carta del Rey á D. García. *Documentos relativos á la conquista del Peñón en 1564. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxvii.



que andaban los corsarios. La de D. Alvaro de Bazán apresó una; la de D. García otra; la de Malta una galera que ellos habían tomado á los cristianos y un galeón armado con veintidós piezas; seis más alcanzadas y casi rendidas se les fueron de entre las manos, acrediitando su marinería, y otro tanto ocurrió á la armada portuguesa con dos galeras de Argel, descubiertas sobre el cabo de San Vicente después que habían apresado una urca flamenca á vista de Cádiz. Andaban todas estas embarcaciones al presente tan ansiosas del botín ordinario como de noticias seguras respecto al destino de la armada que se hacia, por obligarles la incertidumbre á prevenciones costosas en Argel, Bona, Bugía, Trípoli, á cualquiera de las cuales presumían se encaminara la expedición. Vélez era el punto que menos pensaban amenazado, así por la reunión de tanta fuerza de mar y tierra como por la creencia en que estaban de no ser posición que se pudiera tomar por armas, y tranquilo sobre el particular su alcaide Cará-Mustafá, habiendo metido 100 hombres más de guardia y viveres para seis meses, se andaba por la mar corseando.

Don García de Toledo salió de Málaga el 29 de Agosto sin que los mismos de su Capitana supieran á ciencia cierta la dirección que tomarían. Iba la armada en muy buen orden: cualquiera de los actos exteriores indicaba que una sola voluntad, guiada por la inteligencia, movía la máquina. Las escuadras de nacionalidad ó procedencia distinta que la formaban, eran ⁴:

⁴ Hay de la jornada copiosos documentos y relaciones conformes en lo esencial, mas no en los números, como de ordinario. Entre las narraciones especiales escritas por testigos de vista y autorizadas oficialmente para darse á la estampa como verídicas, son de citar la de Baltasar de Collazos, *Comentarios de la fundación y conquistas y toma del Peñón, y de lo acaecido á los capitanes de Su Majestad desde el año de 1562 hasta el de 64*. Valencia, 1566.—Francisco de Escobar, *Discurso de la jornada que se ha hecho con las galeras en este año de 1564 por mandato de la Majestad del Rey de España D. Felipe II, nuestro señor, siendo Capitán General de la mar el excelente señor D. García de Toledo*.—Obtenidas las licencias necesarias para la impresión, quedó inédito, y copiado del original por Navarrete en el Archivo de los Marqueses de Santa Cruz, se publicó en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XIV.—Merece igual crédito la obra de Pedro de Salazar, *His-*



- De D. García de Toledo, 14 galeras.
De España, general D. Alvaro de Bazán, 12.
De la Religión de San Juan, general F. Juan Exio¹, 5.
Del Duque de Savoya, general Andreu Provana, conde de Sofrasco, señor de Leny², 10.
Del Duque de Florencia, general Jacome D'Apiano, señor de Piombino, 7.
De Rey de Portugal, general Francisco Barreto, 8.
De Nápoles, general D. Sancho de Leyva, 11.
De Sicilia, general D. Fadrique de Carvajal³, 10.
De Génova, general Juan Andrea Doria, 12.
De Génova, general Marco Centurión, marqués de Estepa, 4.

La confusión consiste en que habiendo no pocas galeras de particulares ó de divisiones locales, como las de D. Juan de Cardona, Marco Antonio Colonna, Bendineli, Lomelin, Jorge de Grimaldi, Estéfano de Mari, D. Guillén de Rocafull, el Abad de Lupián, D. Luis Osorio, se agregaron á las escuadras ó grupos principales.

Iban además las 15 chalupas del mando de D. Alonso de Bazán, una urca grande con municiones, 35 bergantines ó embarcaciones equivalentes, y de Portugal un galeón grande

pania victrix. Historia en la cual se cuentan muchas guerras sucedidas entre christianos y infieles así en la mar como en tierra desde el año 1546 hasta el de sesenta y cinco. Medina del Campo, 1570.—En estas narraciones, comparadas con las de Cabrera de Córdoba y otros historiadores, varía la cifra de las galeras de 92 á 102, y así de las naves y gente. La colección manuscrita de Navarrete (tomo iv, números 14 y 17) contiene un *Discurso de la jornada que el Armada de S. M. hizo desde el día de la Magdalena, 22 de Julio de 1563, con las galeras y Generales de ellas*, y es notable el esbozo de la costa, bahía y Peñón, con señalamiento del lugar de desembarco, situación de las baterías, firmado Joan George Septala, Mediolanensis. Otra relación distinta de la jornada hay en la colección Sans de Barutell (art. 4.^a), y en ambas, cartas reales, prevenciones, armamentos, etc. También son de interés las cartas del Duque de Saboya á D. García de Toledo ofreciendo su armada al servicio de S. M. C.; anunciando la salida de tres galeras al mando del Conde de Truzasco para operaciones posteriores á la toma del Peñón, por las que envió enhorabuena, etc. Hállanse inéditas en la Academia de la Historia, colección Salazar, A. 50.

¹ El Comendador de Giou, francés.

² De Ligny.

³ Hijo del señor de Jodar, hermano de D. Luis, General de la armada de naos de Cantabria.



y cuatro carabelas; total general, 150 velas, sin contar muchas pequeñas de vivanderos que seguían olfateando negocio. El ejército embarcado ascendía á 16.000 infantes españoles, italianos, portugueses y alemanes; 200 jinetes de la costa de Granada y gran número de caballeros voluntarios á su costa.

Avanzaron dos galeras de Bendineli Sauli á reconocer el Peñón y el fondeadero, situándose en la forma convenida para dar á conocer al General si el antiguo castillo de Alcalá estaba ó no guarnecido, con lo que la armada junta hizo rumbo al surgidero, mojando las anclas el 31 de Agosto. Los moros, asombrados con la vista de tantas velas, desalojaron, como la vez anterior, la ciudad, llevándose á los montes la hacienda; los turcos del castillo incendiaron tres naves catalanas que tenían apresadas á buen recaudo, y se encerraron en las murallas. Por la confianza en que vivían no estaba artillado y guarnecido el fuerte de Alcalá, que en otro caso impediera el desembarco en el lugar mejor, obligando á la expedición á expugnarlo con pérdida de tiempo y de gente. La primera diligencia de D. García fué posesionarse de él, hacerlo depósito de municiones y de víveres y rodearlo de campo atrincherado, poniendo á su tropa á cubierto de cualquier accidente de mar, como los ocurridos al Emperador en Argel. Contuvo el ímpetu de los impacientes, deseosos de escaramuzas con los jinetes alárabes que se llegaban disparando las escopetas y volviendo riendas, con bando en que imponía pena de muerte al que se separara de su puesto, y con ejecución del primero que lo infringió. Dispuso, con su larga experiencia, amarrar bien la flota y asegurarla de sorpresas á favor de escuadra de guardia presta dia y noche, quedando el Marqués de Estepa encargado de esta garantía en la Capitana. Hizo reconocer prolijamente los pasos, y sólo cuando estuvo seguro de lo que iba á hacer rompió la marcha con tres escuadrones, llevando en medio la artillería y carroaje (impedimenta que ahora se dice), y gruesos flanqueos por las cumbres, de modo que los moros que ocupaban las alturas se veían obligados á abandonarlas. Atacaron



la retaguardia con la caballería pareciéndoles el lado flaco; pero fueron también rechazados, posesionándose nuestras fuerzas de la ciudad de Vélez con muy pocas bajas á pesar de los disparos del Peñón.

El General gobernaba más con el freno que con la espuela á aquellos soldados que á cada paso querían cargar á cualquier grupo de moros, y más que de éstos se ocupaba de la manera de cumplir su objeto. Ante todo hizo en la ciudad trinchera con piezas de campaña, defendiendo el alojamiento; en la playa levantó un bastión, con seis piezas gruesas, á 250 pasos del fuerte; y como desecharan con arrogancia los turcos la oferta de honrosas condiciones rindiendo la plaza, rompió el fuego la batería, haciéndolo simultáneamente por varios sitios las galeras y el galeón de Portugal, y el primer día quedaron destruidas dos torres y desmontadas varias piezas, sin perjuicio de escarmentar por la parte de tierra á los berberiscos que atacaron por la espalda.

Durante la noche, á fuerza de aparejos, se subieron otras dos piezas á una peña dominante que distaba un tiro de ballesta del castillo, siendo menester picar la piedra para formar asiento; pero quedaron en disposición de hacer fuego al amanecer, sin que fuera necesario. Los turcos notaron la novedad á la luz de la luna, é hicieron disparos de escopetería hasta adquirir evidencia de que no impedirían la obra. Desoyeron entonces las exhortaciones de su jefe, y á la callada huyeron en esquifes ó á nado, abandonando á algunos compañeros que no sabían seguirles. Al amanecer notó la novedad Juan Andrea Doria estando en la playa, y embarcó en un batel con algunos criados, atracando al Peñón á tiempo que lo hacia D. Guillén de Rocafull con un bergantín.

Tomó D. García posesión del fuerte el 6 de Septiembre; mandó reparar lo derruido; puso de guarnición 500 hombres y dejando atrás á D. Alvaro de Bazán para artillarlo mejor de lo que estaba, reembarcadas las tropas con el mismo orden, aunque bajo el fuego de la morisma y carga de su caballería, temible en las retiradas, dió la vuelta á Málaga con sorprendente celeridad. Al Rey había escrito: «Dios ha ser-



vido de dar á V. M. la victoria de la plaza del mundo más fuerte de sitio ^{1.} » «Milagrosamente ha dado á V. M. el buen subceso, repetía, porque dende el estrecho de Constantino-pla hasta el de Gibraltar no hay fuerza tan fuerte.»

Esta opinión merecía, generalmente, el risco pelado que se alza del agua. Los escritores del tiempo lo calificaban de insigne y de inexpugnable, estimando no se podría tomar por armas si no se ganaba por hambre.

Decía uno ²: «Si fueran hombres los que estaban dentro, aunque les batieran todo lo que estaba edificado, que es de tierra y muy ruin edificio, quedaban tan fuertes que hubiera para haberlo de ganar, porque tiene la subida tan áspera por todas partes que aun en paz hay que hacer para subir á él, cuanto y más en guerra....., y haciendo S. M. lo que se espera en repararle como conviene, tiene en él una puerta segura de la Berbería, y ha quitado una cueva de ladrones de allí, desde donde hacían tantos males y robos como es notorio.»

Vélez había vuelto á ser realmente el astillero en que se construían las mejores galeotas berberiscas, y el alcaide turco, Cará-Mustafá, habíalas tenido en ejercicio, cebado en el comercio de Indias ³.

De la importancia que por entonces tenía el Peñón ofrecen testimonio el hecho de señorearlo los turcos guardándolo de los moros tanto como de los cristianos, y el de hacer necesario armamento de tal consideración y costo, así como las alegrías con que en Italia, España y Portugal se celebró la conquista en contraposición del efecto producido en Argel y en Constantinopla ⁴.

Si la jornada no fué de esas en que, por la complicación adquiere un general renombre, por el método justificó la idea de experimentado que gozaba D. García, no habiendo

¹ Carta fecha á 6 de Septiembre. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxvii, págs. 466 y 467.

² Francisco de Escobar, *Discurso citado*.

³ Representación del Prior y Cónsules de la Universidad de Sevilla. *Dirección de Hidrografía. Colección Sans de Barutell. Simancas*, art. 6.^o, núm. 44.

⁴ Luis Vélez de Guevara escribió una comedia titulada *El Cerco del Peñón*.



perdido arriba de 30 hombres en el rápido y certero golpe con que levantaba el espíritu del soldado.

Elogió mucho al Rey el comportamiento de D. Sancho de Leyva, que caminó en la vanguardia al llegar, y estuvo en la rezaga á la vuelta , embarcándose de los últimos, y de Juan Andrea Doria, encargado de la artillería que subió á la montaña.



Instituto de Historia y Cultura Naval



V.

SITIO DE MALTA.

1565.

Guerra de Córcega.—Obstrucción de la ría de Tetuán.—Castigo á los corsarios.—
Gran armamento en Turquía.—Va sobre Malta.—Ataca al fuerte de San Telmo.
—Propone D. García de Toledo el socorro.—Pro y contra.—Vacilación del Rey.
—Burladores del bloqueo.



L deshacer la armada del Peñón ordenó D. García de Toledo que una parte corriera las costas de Valencia y Cataluña, limpiándolas de corsarios; y mientras él iba á Sicilia á tomar posesión del vi-reinato y organizarlo á su gusto, dió comisión á Juan Andrea Doria para ir á Córcega con sus galeras y las otras genovesas, conduciendo 14 banderas de españoles con que atender á la guerra renovada en la isla contra la domina-ción de la Señoría por un San Pietro, soldado y hombre de inteligencia, partidario de Francia ¹.

El General de la mar propuso al Rey la obstrucción de la ría de Tetuán, que privaría á los corsarios de otra de sus principales madrigueras, asegurando el paso del estrecho de Gibraltar, y pareció la idea muy bien. De ella se encargó á D. Alvaro de Bazán, general de empuje, al que ya se confiaban las comisiones difíciles por lo que se advierte en las operaciones anteriores, é hizo los preparativos en consecuen-cia, poniéndose de acuerdo con el Gobernador portugués de



Ceuta, á fin de que la guarnición de esta plaza simulara un ataque con que distraer á los moros, llevándolos á su defensa por el interior.

No resultó la ejecución tan sencilla como en el plan se había concebido por los vientos atemporalados del estrecho, propios del mes de Marzo (1565), que retrasaron el paso de las embarcaciones. Cuando éstas llegaron á la boca del río ¹, remolcando D. Alvaro de Bazán con seis galeras otras tantas barcazas grandes, acudió gente desde la ciudad á estorbar las operaciones de reconocimiento y sondeo, disparando sobre los bergantines y esquifes que las verificaban, y fué menester desembarcar mangas de arcabuceros que la contuvieran escaramuzando.

Aquellas barcazas estaban macizadas con piedras grandes y mortero hidráulico, y costó trabajo hacerlas vencer la corriente é irlas llevando al sitio en que se afondaron en línea. Sobre ellas descargaron las galeras y bergantines la piedra suelta que con este objeto llevaban, y quedó formado un malecón sobre el que se podía pasar de una banda á otra del río sin mojarse las rodillas. Durante la faena llegaron á pie y á caballo más moros, juntándose unos 1.000, que dieron bastante que hacer á los marineros de los esquifes y á los soldados puestos en tierra antes que pudieran reembarcarse con cuatro muertos y 50 heridos, mas no sin causar al enemigo bastantes más y concluir satisfactoriamente la empresa, dejando encerradas é inútiles, por tanto, 12 fustas ².

Muy pronto se hizo sentir el efecto de los golpes, repetidos en Melilla al rechazar ataque de los berberiscos, en que quedaron muertos ó en cautividad más de 600; los corsarios

¹ Nómbranlo las relaciones Martil, modernamente Martin, y los moros Guad-el-Jelú, ó Cuz.

² Relación del suceso de la jornada del río de Tetuán que D. Álvaro de Bazán hizo.... año 1565. Ms. Bibliot. Nacional, G. 52.—Cartas de D. Álvaro, Colección Navarrete, tomos XXXIX y XL, y Colección Sans de Barutell. Simancas, art. 4.^o, núm. 291. Preparó las barcazas y las situó en el río el ingeniero Esteban de Guillistegui, maestro mayor del puente de Suazo en la isla gaditana. Asistió D. Alonso de Bazán, desembarcando en los esquifes con 400 tiradores, sostenido por la artillería de las galeras.



perdieron sus bríos y recobró la navegación costera el ordinario movimiento; mas no tardó tampoco en cohibirlo el rumor divulgado por el mundo de proyectar Solimán *el Grande* desquite que ahogara en Europa el eco de la conquista del Peñón. Habiendo iniciado su soberanía larga y próspera arrojando á los caballeros sanjuanistas de la isla de Rodas, pensaba que no acabara sin echarlos de Malta, y, quitado el estorbo, de isla en isla apoderarse de Sicilia, adelantando su bandera en el camino de absoluto dominio del Mediterráneo.

Á este fin dispuso el apresto de la armada en Constantino-pla en proporciones capaces de atemorizar á la cristiandad, á medida que oficiosos agentes las comunicaban con hipérbole. En realidad preparó 200 velas, de ellas 130 galeras, 30 galeotas, ocho mahonas ó buques transportes, 11 de almacén y tres más, especiales caballerizas. Las naves llevaban tren de sitio descomunal formado con 64 piezas, cuatro basiliscos de á 170 libras de bala, un pedrero cuyos proyectiles median siete pies de circunferencia, 80.000 de todas suertes, 15.000 quintales de pólvora de cañón, 25.000 de la de arcabuz, sacos, pieles y efectos de parque. Las tropas de desembarco ascendían á 30.000 hombres ¹, que habian de aumentarse con los contingentes de Dragut, de Trípoli y de Hassán, de Argel, como en efecto se reunieron luego, llevando el primero 13 galeotas, dos fustas y 3.000 hombres, y el otro 28 galeras y galeotas y 3.000 combatientes turcos y renegados, pues á los alárabes ni aun para carne de cañón querían.

En lo que Solimán se separó por esta vez de su costumbre fué en dividir el mando de tales fuerzas, reservando á Piali las de mar, y confiriendo las de tierra á Mustafá, general veterano de las guerras de Hungría. No podía ignorar, como de antiguo adquirieron griegos y romanos á su costa la experiencia, de lo que importa á un cuerpo tener una sola cabeza.

De las prevenciones se recibían á cada paso nuevas, así por los confidentes, como por las galeras destacadas en el archipiélago griego por D. García de Toledo á las órdenes de don

¹ Los historiadores italianos los crecen á 38.000.



Juan de Cardona, muerto el general D. Fadrique de Carval-
jal ¹, y al compás se atendía á lo que la inquietud conside-
raba en riesgo más próximo: á las plazas de Africa, á las is-
las Baleares, á las fortalezas de Sicilia y de Nápoles, como á
los pueblos de moriscos, ocasionando movimiento de solda-
dos y de naves con que poner á prueba los recursos de la mo-
narquía española.

Sobre las autoridades descollaba la actividad y previsión
de D. García de Toledo, como Capitán general de la mar,
acudiendo en persona á inspeccionar castillos y astilleros; á
la Goleta, que con razón se suponía objetivo de los turcos; á
Génova, lugar de suministro de galeras, de vitualla, y, sobre
todo, de dinero; á Malta, punto avanzado, por la saña de los
turcos en evidencia.

Juan de la Valette-Parisot, maestre de la Orden de San
Juan, ante la inminencia del peligro, acudió á los príncipes
cristianos en demanda de auxilio, exponiendo lo crítico de la
situación y lo que á todos importaba aquel baluarte que tenía
á cargo, de patrimonio común, de utilidad reconocida, cuar-
tel internacional de la nobleza. No obstante, los soberanos
hicieron oídos sordos, sin más excepción que la del Santo
Padre, dispuesto á dar ayuda pecuniaria, y la del Rey Cató-
lico, que ofreció la más eficaz, de cualquier modo.

Al visitar la isla D. García de Toledo y conferenciar con
el Maestre acerca de la mejora de las fortificaciones y medios
de guardarlas, en prenda de interés dejó allí á su hijo D. Fa-
drique, joven de sobresalientes condiciones, con 400 solda-
dos españoles y otros tantos italianos. Convinieron en la ma-
nera de comunicarse para el caso de ataque y bloqueo de la
isla y en los medios prácticos de prolongar la defensa en cual-
quier evento.

Pero el Maestre, y acaso el mismo D. García, calculaban,
por lo conocido de otras veces, que los turcos aparecieran en
aquellos mares á mediados de Junio, y, por rareza, ocurrió
presentarse un mes antes, tomando á los caballeros, si no des-

¹ En Enero de 1565.



apercibidos por entero, con menos prevención de la que les conviniera; lo uno por la prontitud, lo otro por la incertidumbre que en Juan de la Valette influía, haciéndole dejar para la última hora ciertos gastos que resultaran superfluos á dirigirse la armada enemiga á otro punto. No se pudo llevar á Sicilia la gente que en los sitios embaraza consumiendo raciones y agua sin utilidad; no se almacenaron los víveres que estaban presupuestados; no se recogió de los campos el ganado, ni se destruyeron alquerías, casas ó arrabales de que se pudiera aprovechar el enemigo; por último, no marcharon á tiempo cinco buenas galeras que los caballeros poseían armadas, y que hubieran sido de gran utilidad á D. Garcia.

Lo mismo Piali que Mustafá creían, aunque no pasaran muchos días sin advertir que en cualquiera otra cosa difícilmente acordaban, que para el armamento puesto en sus manos era Malta poca cosa y que la estación había de consentirles apoderarse después de la Goleta y acaso de algún puerto de Sicilia en que poder invernar. Por ello habían anticipado la partida, halagados de la perspectiva; por ello sorprendia á los caballeros la vista de las 200 velas el 18 de Mayo de 1565, y habían de ver á poco las de Dragut, Uluch Ali, Hassán, juntas con las de Piali, Cortuculí, Ali Portuc; con las de los corsarios que por oficio llenaban los baños de cautivos y las arcas de escudos.

Conviene recordar que la isla de Malta, situada entre Sicilia y Africa, mide unas 60 millas italianas de bojeo. En el medio radicaba la llamada ciudad; en la costa, mirando á Sicilia, dos puertos, separados por una lengua estrecha de tierra, el de la izquierda llamado Marza Muscietto, y el otro la Marza ó Puerto Grande. El Burgo, fortaleza principal, se hallaba al otro lado, sostenida por las del Santo Angel y San Miguel. En la lengua de tierra dicha se alzaba el fuerte de San Telmo, guardando las dos bocas.

Cuatro días después del desembarco (al que el Maestre no hizo oposición) inicióse la disidencia entre los jefes turcos por querer el uno empezar el ataque por el Burgo, rendido el cual los otros fuertes harían poca resistencia, y empeñarse



Piali en dar principio por el de San Telmo, en razón á que, sometido éste (cuestión de cinco ó seis días), podían contar con el puerto de Marza Muscietto para abrigo de las galeras, que de otro modo tenían que estar constantemente expuestas en la mar.

Esta determinación (la peor para ellos por las resultas) prevaleció: el 24 de Mayo abrieron trinchera á 600 pasos del fuerte de San Telmo; plantaron á seguida dos baterías de cuatro y de 17 piezas gruesas, y en tanto que las galeras, distribuidas por el perímetro de la isla y con grandes grupos de guardia, impedían la comunicación, tronaban los cañones contra el fuerte, poco digno de este nombre por la amplitud ni por la solidez de los muros, capaces de la corta guarnición de 60 soldados. Reemplazados éstos á medida que sucumbían, como lo hicieron los lacedemonios, detuvieron, no obstante, á los turcos por tiempo cuatro veces mayor del que presumieron: los ocuparon hasta el 23 de Junio, obligándoles á emplear todos los recursos del arte de la guerra: minas, plataformas, puentes deshechos por los defensores con tanta habilidad como paciencia en aplicarlos los enemigos. Cerca de 6.000 murieron en los asaltos: Dragut, el piloto incomparable, el corsario audaz é inteligente, en no pocos conceptos superior á Barbarroja, su protector y maestro, cayó con aquéllos, destrozada la cabeza: Piali salió herido; los enfermos llenaron las tiendas..... ¿Qué decir de los caballeros y de los soldados de la Cruz, que, ciertos de su fin, por ganar horas hacían el sacrificio de la vida? La heroica acción, escrita para siempre en los fastos de la milicia con sus nombres, tiene que limitarse en estas páginas, á otro objeto encaminadas¹.

¹ Cuenta el sitio de Malta con muchas historias especiales como hecho famoso. En España lo enaltecieron Francisco de Balbi Correggio, soldado que estuvo presente (*La verdadera relación de todo lo que ha sucedido en la isla de Malta*, dos ediciones. Alcalá, 1567, y Barcelona, 1568); Pedro de Salazar (*Hispania victrix*, Medina del Campo, 1570); Hipólito Sans (*La Malte*, Valencia, 1582); Diego de Santisteban Osorio (*Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas.....* Madrid); Agustín de Andrés y Soviñas (*Malta invadida*, Madrid, 1761); José Calderón de la Barca (*Gloriosa defensa de Malta*, Madrid, 1796).—En Italia, Jacobo Bosio, hermano



Cumple más bien á ellas apuntar que durante las operaciones del sitio, á pesar de la vigilancia de los turcos y de la ligereza de las galeotas y fustas corsarias encargadas del bloqueo, ya en la obscuridad de la noche, ya valiéndose de lugares sólo de los prácticos conocidos, entraban ó salían embarcaciones menores informando á D. García de Toledo, día por día, de las ocurrencias. Conviene á la historia consignar estos hechos, con que se prueba que no hay dificultad tan grande que no sepan vencer la inteligencia y el arrojo, para que los ejemplos se aprovechen en ocasiones semejantes. El comendador de la Orden, Salvago, y el capitán español Miranda entraron en medio del día en el puerto, con una barquilla de cuatro remos, bajo el fuego de las galeras turcas. Una bala de cañón acertó al esquife, partiéndolo; pero consiguieron desembarcar los dos valientes. En otra ocasión llegó una galera de Sicilia á la boca de Porto Grande, con desembarazo que hizo á los turcos tener por loco al capitán. A él salieron seis ó siete galeras, y se les fué lindamente de entre las manos, hecho el reconocimiento á que iba.

Pero ¿qué hacía entonces D. García? ¿Cómo no determinaba el Rey el socorro ofrecido? El maestre la Valette no cesaba de pedirlo, repitiendo cartas á los potentados que era perder el tiempo; el Rey de Francia, si bien no dió á los turcos la licencia que solicitaban para invernlar en sus puertos,

de la Orden (*Istoria della sacra religione di San Giovani Gierosolimitano*, Roma, 1594); con otras de Castellani Forosempronij, Viperani, Grangei, de los años 1566 á 1582; en Francia, Pierre Gentil de Vendôme (Paris, 1567), etc. Prescott siguió, en su *Historia del reinado de Felipe II*, á Balbi; los escritores franceses han preferido á Bosio; mas por excepción, el almirante Jurien de La Gravière ha vestido á la moderna con elegancia y atractivo la difusa narración de Pedro de Salazar con título de *Les chevaliers de Malte et la Marine de Philippe II*, Paris, 1887, dos tomos. En Flandes se acuñaron seis medallas pequeñas con simbolismos varios, teniendo las principales un caballero armado en el anverso, con lema *TURCA FUGATO, 1565*, y en el lado opuesto galera con la victoria en la popa, y alrededor *MELITA LIBERATA*. No será completa la enseñanza del lector por estas obras no procurándola con la *Correspondencia de Felipe II con D. García de Toledo y otros, de los años 1565 y 1566, sobre los preparativos para defender la Goleta, Malta y otros puntos contra la armada del Turco*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos xxix y xxx, Madrid, 1856. Bien se advierte que no la conoció D. Eváristo San Miguel al escribir su *Historia de Felipe II*.



por aparecer neutral en aquella contienda negó á los caballeros franceses de San Juan medios para acudir al lado de sus hermanos, y fué D. Felipe el que hubo de darles dos galeras á fin de que lo hicieran. D. Felipe; de él sólo pendía la esperanza de los hospitalarios. Los juicios que por entonces se formaron; los comentarios hechos posteriormente por los críticos concensura del Monarca y de su Virrey de Sicilia, Capitán general de la mar, tienen que sufrir corrección una vez conocida la correspondencia oficial cambiada entonces.

Ante todo es menester apartar la imaginación de los medios rapidísimos que hoy se conocen: en el año de gracia de 1565 tardaba cerca de un mes en llegar á Mesina una carta expedida de Madrid, y no menos de mes y medio, corriendo la posta, la respuesta de cualquier consulta urgente. D. García de Toledo, que no era hombre que desperdiagara minuto, teniendo dispuesto lo que de su autoridad pendía, y juzgando con claridad de los sucesos desde el primer momento, escribió al Rey en 31 de Mayo, el dia mismo en que los turcos abrían las trincheras, presentando la cuestión en términos explícitos¹.

La isla de Malta era la llave de Sicilia; si llegara á perderse sería necesario volverla á tomar para seguridad de los Estados españoles; y como de cierto se perdería no socorriéndola, se imponía el socorro como necesidad. Dos medios le ocurrían para hacerlo: uno, dar la batalla en la mar aventurando la armada, que era mucho menor, casi una mitad que la del turco, pero cuya inferioridad cabría disminuir eligiendo el personal y adoptando en el material precauciones que el jefe supiera aprovechar; otro, tentando el desembarco del ejército en la isla y dando la batalla en tierra con resguardo de la armada. El proponente estaba dispuesto á cualquiera de los dos, al que S. M., como juez de lo que más importaba, eligiera, siempre que para cualquiera de ellos pusiera á su disposición los soldados viejos españoles de Sicilia, Nápoles, Córcega, Milán y otros, en número suficiente. La materia no

¹ La carta integra en el apéndice núm. 2.



Don García de Toledo.



Instituto de Historia y Cultura Naval



admitía término medio. Si se objetara que perdiendo la batalla de mar, y aventurando en ella la infantería y la armada, quedarian los reinos sin soldados y sin galeras, desnudos de defensa, respondía que á este peligro se tenía que llegar algún día, porque, pretendiendo S. M. el señorío de la mar y pretendiéndolo el turco, no era posible excusar la resolución del problema en las aguas; y habiendo de llegar á él, más valía arrostrarlo antes de haber perdido á Malta que después de perderse. Por ultimo, indicando procedimientos con que buscar el éxito por uno ú otro camino, parecía de deber acudirse á los inconvenientes mayores, y no por lo que estaba por venir dejar de remediar lo presente.

En la propuesta insistió D. García una y otra vez al correr el tiempo, escribiendo ahincadamente al secretario del despacho de Marina, Francisco de Eraso, á su pariente el Duque de Alba, á muchas personas de influencia, á fin de que inclinaran el ánimo del Rey á una resolución pronta; mas D. Felipe pensaba sesudamente que no era la suerte de Malta, sino la de Italia, y acaso la de Europa, la que se iba á jugar, y sentía vacilación y angustia en el ánimo. Consideraba el peligro inmediato de desguarnecer á los reinos de las mejores tropas, y la resistencia de los virreyes y gobernadores á desprenderse de la principal garantía de seguridad en aquella crisis; el riesgo de la armada con tantos afanes empeñada á levantar de la postración; mil pensamientos acudían á su mente, de los que se ofrecen al que sobre los hombros resiste el peso enorme de la responsabilidad. Engañándose á si mismo, queriendo tal vez dar tiempo al tiempo, recurso favorito de la indecisión, contestaba otorgando á D. García facultades amplísimas, extraordinarias. «Habiendo visto y entendido particularmente lo que nos habeis escripto cerca de los fines que pensais tener en todos casos, que nos han parecido y parecen muy bien tocados y apuntados, os lo tornamos de nuevo a remitir para que, pues os hallais presente y sabeis el armada que es, y el número de gente y otras provisiones que traen, y lo que piensan hacer, y con el recaudo que dejaran lo de la mar y el que ternán en tierra, así elijais



lo que se debe tentar y hacer para socorrer y procurar de divertir los enemigos ofendiéndolos por la parte que os mostrará el tiempo y las ocasiones que se suelen ofrecer, de manera que se conserven nuestros Estados y esa armada, de donde depende el bien y utilidad de todo»¹.

Tal ambigüedad, sin concesión de los soldados españoles que detenia á cambio de la autorización para levantar en Italia cuantos al General de la mar pareciera, inspiraban á éste la contestación de que «los italianos reclutados en dos días serían mejores para detrás de un foso ó de una buena pared que para hacer murallas de sus cuerpos en las crujías de las galeras».

En 18 de Junio firmaba D. Felipe nueva carta, diciendo: «Aunque os tenemos remitido diversas veces lo que toca á lo que debíais hacer con nuestra armada en ofension de los enemigos y socorro de las plazas sobre que se pusieren, y en divertirlos y entretenelos, por no poderseos ordenar de acá precisamente otra cosa, dependiendo como depende de las ocasiones y casos que cada hora se ofrescen y acaescen en la guerra en mar y en tierra, os lo tornamos á remitir de nuevo»².

Con todo, ordenó al Virrey de Nápoles y al Gobernador de Milán la entrega á D. García de la infantería española de aquellos Estados, primer paso vencido á la vacilación; y estrechado con la nueva de haberse perdido el castillo de San Telmo, acabó de decidirle un párrafo del General así redactado³:

«Es forzoso que V. M. me mande lo que más fuere su servicio, y se resuelva sin remitirse á determinacion mia, pues he dicho en esto lo que sé y puedo decir. Quédame sólo añadir que lo que se me mandare procuraré que se haga con toda la ventaja que como marinero ó soldado yo supiere ó pudiere; y así espero en Dios, en cuya mano está todo, que

¹ Carta del Rey, fecha 10 de Junio. *Documentos inéditos*, t. xxix, pág. 184.

² El mismo tomo, pág. 222.

³ Idem, pág. 250.



por mí no quedará nada que hacer para servir la merced de la confianza que V. M. ha hecho de mí. Y torno a suplicar humildemente a V. M. me mande lo que es servido que haga, porque de no hacello podría suceder gran inconveniente.»

Suscribió, esto visto, la orden deseada así¹: «Cuanto a los dos remedios que escribís os parece que puede haber para socorrer a Malta, el uno de combatir en la mar con la armada del turco, y el otro procurar de echar y poner en tierra hasta doce mil soldados de los mejores y más útiles de los que pudiéredes juntar, he visto y particularmente entendido las dificultades e inconvenientes que os ocurren y proponeis que hay en ambas cosas y cada una dellas, que son como de quien tanta experiencia y prevencion tiene y muy dignas de consideracion, y por esto, en lo que toca a pelear con la dicha armada, en ninguna manera se puede ni debe hacer, y así os lo mandamos expresamente, porque la desigualdad es tan grande, y lo del ayuda de las cincuenta naos tan incierto por las causas que apuntais, que no solo seria aventurar y poner en notorio riesgo lo de la cristiandad, pero nuestros Estados; y subcediendo como podría ser en razon desbaratarlos, quedar sin posibilidad de tornar a armar en mucho tiempo, segun las dificultades que ha mostrado la experienicia que hay, y reforzar y acrecentar los enemigos, que si tuviesen a Malta e invernasesen por acá, como lo harían, ya veis en el extremo que pornía nuestras cosas, y cuantos de los que agora están suspensos se declararian y alterarian.»

Ordenaba á seguida que hiciera el socorro tentando lo de la tierra, «pudiéndolo hacer sin evidente peligro de perder las galeras», con prevenciones secundarias relativas á designación de jefes. La cédula tiene data del Bosque de Segovia, á 27 de Julio; y habiendo llegado á Mesina á mediados de Agosto, antes de tratar de la ejecución precisa referir ocurrencias durante el cambio de comunicaciones, ó más bien desde que el fuerte de San Telmo se rindió, la víspera de San Juan Bautista.



Pocos días antes de esta fecha memorable se había procurado introducir en la isla un refuerzo preparado en Sicilia con 400 soldados y 20 artilleros. Embarcaron en dos galeras sutiles conducidas por Enrique de la Valette Cornusso, sobrino del Maestre: en nadie podía suponerse interés mayor. No hizo, sin embargo, la recalada con las precauciones requeridas por el servicio, ejercitando la astucia del corsario ó del contrabandista, que era lo que por entonces era menester: quizás por impaciencia se presentó al descubierto, y saliendo al encuentro los bloqueadores le dieron caza por largo espacio, haciéndole bogar desesperadamente para volver á Sicilia.

Dispuso entonces el Virrey encomendar la empresa al general D. Juan de Cardona con cuatro galeras y fuerza de mayor consideración: llevaría al maestre de campo Melchor de Robles con su compañía de españoles; otra de italianos escogidos; los artilleros; 140 caballeros de San Juan italianos, franceses y españoles, sus criados, voluntarios de nombre ilustre, D. Diego Hurtado de Mendoza, hermano del Duque del Infantado, D. Marco de Mendoza, que lo era del Conde de Monteagudo, con otros tales; en suma, 600 hombres de gran utilidad.

Cardona atracó de noche la isla por la parte del Sur en lugar solitario y áspero, llamado Piedra Negra: echó en tierra un soldado despierto, llamado Juan Martínez de Luvenia, para reconocer si el campo estaba libre, y se desatracó por ser gruesa la mar y peligrosa la costa. Al volver la barca, no pudo encontrar á las galeras en la obscuridad; D. Juan la estimó perdida, por lo que antes de amanecer arribó al Pozal en Sicilia, de donde había salido. Allá llegó tras las galeras un caballero con instancias que movieron al General á repetir el intento, como lo hizo, aguantándose de día en la mar, desarboladas las galeras; aproximándose de noche con cuidado. Una hoguera que encendieron en la playa como señal de hallarse franca, alarmó á D. Juan pensando fuera lazo que le tendían los turcos; segunda vez volvió al Pozal, «y fué yerro grandísimo (escribía D. García de Toledo al Rey) no



reconocer el fuego; pero tampoco es posible dejar de errar los hombres». Póngase cualquiera en el lugar de Cardona tratando de juzgarle con severidad.

A la tercera vez, sirviéndose de contraseñas que le llevó el soldado Martínez, desembarcó con facilidad á toda la gente. Se había perdido tiempo precioso; el alijo se verificó en la noche del 28 de Junio; San Telmo había sido tomado ya¹. Llegaban los soldados, con todo, en momento oportuno; así los recibieron con lágrimas de gozo el Maestre y caballeros. Algo después, asegurada la comunicación por medio de señales de luces, volvieron las galeras regidas por D. Juan Sanguinosa, que lo hizo muy bien, acercándose á la boca del puerto; mas vió la indicación de retirarse, y lo efectuó; estaba la plaza circunvalada.

¹ Es de interés al conocimiento de ocurrencias sucesivas anotar que, tan pronto como llegó á Venecia la noticia, envió la Señoría embajada congratulatoria á Solimán, expresándole que, si acabada la conquista de la isla de Malta, quería cambiarla por otra cosa de su agrado, se negociaría. (*Papiers d'état du Cardinal de Granvelle*, t. ix.)



Instituto de Historia y Cultura Naval



IX.

REUNIÓN DE BAJOS EN MESINA.

1571.

Se concluye el tratado de la Santa Liga.—General en jefe D. Juan de Austria,—Los de Roma, Venecia y Turquía.—Capitulación de Famagusta.—Suplicio de Bragadino.—Lentitud en el armamento de los coligados.—Acuden con las naves á Mesina.—Entrega del estandarte especial de la Liga.—La galera real en que se arbola.—Composición y fuerza de la Armada.—Hácese á la mar.—Alarde en Gomenizza.—Irascibilidad del general Veniero.—Consejo de guerra.—Adelante.



L desengaño en los efectos de la coalición contra el Turco la hubieran deshecho definitivamente á no mediar el santo varón de inquebrantable fe, ocupante de la cátedra pontificia. Pio V no se desalentó, aunque, por consecuencia de la campaña malograda, andaba la Señoría de Venecia en tratos con el enemigo común por evitar mayor quebranto tras la pérdida de Nicosia. Esforzándose en comunicar á los senadores su energía, más aun que con la exhortación, á favor de positivos estímulos, consiguió congregar en Roma plenipotenciarios encargados de estipular las condiciones con que la Liga había de ejercitar su acción sin los inconvenientes experimentados. Los comisarios venecianos, fieles á las tradiciones de la diplomacia dicha de San Marcos, consideraban la formación en su exclusivo provecho, es decir, llevando por objeto la defensa de Chipre. Los representantes españoles no la estimaban tan desinteresada en lo que tocaba á su Soberano; juzgaban, por la convocatoria del Santo Padre, que se



trataba de guerra de cristianos contra infieles, y que así como por la necesidad perentoria se había de proteger á Chipre, atacada, podría llegar caso en que el Rey Católico reclamara igual cooperación en la defensa de sus posesiones africanas. A este punto primero de debate, dada la duración sin plazo de la Liga, seguía el de nombramiento de General en jefe, que cada una de las partes contratantes quería reservarse, como garantía contra disidencias y entorpecimientos á que se prestaban las atribuciones de los jefes, sin clara definición y dependencia, y parecía muy difícil que en este particular principalmente se entendieran los delegados. El celo del Santo Padre suplió á su falta de armonía, suavizando los rozamientos; proponiendo condiciones sin asomo de humillación de ninguna de las partes, haciendo por la suya concesiones de subsidio eclesiástico con que se llegó á la concordia.

Había de tener el Tratado de Confederación y Liga término ilimitado, entendiéndose existente, lo mismo contra los mahometanos de Argel y Túnez, que contra los de Turquía. La fuerza militante consistiría en doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil hombres de infantería, cuatro mil quinientos jinetes, con la artillería y material proporcionado. Estarían estos elementos preparados para entrar en campaña en Abril de cada año; tres sextas partes de los gastos de la guerra sufragaría España; dos sextas Venecia, y la otra la Sede pontificia. Cada nación nombraría el Capitán general de su contingente, y unidos los tres en Consejo, acordarian el plan de campaña anual, cuya ejecución quedaba á cargo del generalísimo de la Liga, dignidad superior conferida al príncipe D. Juan de Austria. Por último, ninguna de las partes contratantes podría ajustar paz ni tregua con los enemigos sin participación y consentimiento de las otras. El generalísimo no había de usar estandarte propio ó de su nación, sino el especial de la Liga, en cuyo nombre dictaría las providencias¹.

¹ En la obra citada de D. C. Rosell está inserto el texto latino de la capitulación y el traslado en castellana, y en mi obra *Tradiciones infundadas*, pág. 588, la consulta de D. Juan de Austria sobre los particulares que le ofrecían duda.



Se leyó el Tratado en Roma, en pleno Consistorio, el 24 de Mayo de 1571, jurando el Papa con la mano en el pecho observarlo fielmente; los Embajadores de España y de Venecia prestaron sobre los Evangelios igual juramento en nombre de sus respectivos Gobiernos. En Madrid y en Venecia se publicó con gran ceremonia y fiesta, pasando seguidamente el cardenal Alessandrino y otros legados pontificios á Portugal, Francia y Austria con la inútil demanda de adhesión.

La nueva de la proclama no desvió á Selim un punto en las intenciones de acabar la conquista de Chipre, para la que puso en la mar mayores fuerzas que el año anterior, sustituyendo en el mando á Piali, por haber dejado entrar socorro en Famagusta, con Alí-Bajá, teniente suyo. Acudieron al llamamiento Uluch-Alí, con la escuadra corsaria; Hassán, el hijo de Barbarroja, antes virrey de Argel; los de Alejandría, Rodas, Chio, Anatolia, congregando armada de 250 velas y ejército de 80.000 hombres, con parte de los cuales se presentaron en el Adriático antes que los confederados dieran señales de actividad, y devastaron algunos lugares de la República.

También ésta mudó la cabeza de su escuadra, descontenta del general Zanne, á quien tenía sometido á proceso. Había recaído la elección en Sebastián Veniero, septuagenario impetuoso, osado, colérico y resuelto como en la edad juvenil lo eran pocos, poniendo á sus órdenes á Marcos Quirini, Antonio Canale y Santos Trono. Las bajas del material pronto se reemplazaron gracias á la organización admirable del arsenal; viéronse construir y echar al agua 30 galeras en menos de un mes. La escasez de personal por efecto de la epidemia pasada ofrecía mayor dificultad, tanto que hubo que echar mano de criminales presos y desterrados, ofreciéndoles indulto; mas no sirvieron los extremos al remedio de Famagusta. Ante sus muros habían caído 50.000 turcos, reemplazados inmediatamente; no cabía prolongar la resistencia. La plaza capituló por falta de vitualla el 4 de Agosto bajo honorosas condiciones que habían de despreciar los turcos como



de costumbre. ¡Qué digo! El bárbaro Mustafá, triunfante, se complació en torturar á Marco Antonio Bragadino, bizarro defensor de Chipre, haciéndole cortar las orejas y las narices, acarrear tierra para los fosos, besando el suelo cada vez que pasaba ante su persona, y, por fin, desollarle vivo, rellenar la piel con paja y colgarla de una entena, para escarnio de galeotes, antes de llevarla á Constantinopla.....

La Liga no tenía ya que ocuparse en el fondo del Mediterráneo; Chipre quedaba por completo en poder de Selim *el Mest*. Lo que debía procurarse era que desde allí no adelantara.

Designado el puerto de Mesina, en Sicilia, para reunión de las escuadras, Venecia acudió primera con parte de las suyas, entrando Veniero el 23 de Julio con 48 galeras, seguidas de cinco galeazas de nueva construcción, buques enormes movidos al remo, con castillos á popa y proa armados de 40 piezas de artillería; buques de que se esperaba gran efecto. Marco Antonio Colonna apareció poco después con las 12 galeras de la Santa Sede; las de España se retardaban, con impaciencia de todos, con mortificación de Pio V, que despachaba uno tras otro los correos con aviso de las depredaciones de los turcos en el Archipiélago y en el Adriático, y con lamentaciones por la lentitud de que acusaba á los ministros de D. Felipe injustamente, porque no vagaban. En la concentración de barcos y de tropas hay dilaciones imprevistas, necesidades de pormenor que no saben apreciar los que no tienen que entender en ellos, como se vió al tratar del socorro de Malta.

Don Juan de Austria recibió la instrucción y orden de marcha de Madrid el 6 de Junio, dando las suyas para que las galeras encargadas de embarcar los cuerpos que tuvieron empleo en la guerra de Granada concurrieran á Barcelona. De este puerto salió el 11 de Julio D. Sancho de Leyva, navegando á vanguardia con la escuadra de España, de 11 galeras; el 20 lo hizo el Príncipe con 37, tocando en Génova, con objeto de desembarcar y poner en camino de Alemania á los hijos del Emperador, Ernesto y Rodolfo; cambió la



guarnición de Porto-Hercole; dispuso el embarco en la Spezzia de los soldados alemanes é italianos que habían de formar parte en la expedición, y entró en Nápoles el 9 de Agosto, casi acabados los aprestos.

Esperábale en la ciudad el conde Gentil Saxatelo, portador de un Breve, con delegación en el cardenal Granvela para hacerle entrega del estandarte é insignias que, según el tratado de la Santa Liga, se habían de arbolar en las jornadas que hicieran las fuerzas unidas, en que figuraban las armas de las tres naciones, según simbolismo que compuso Su Santidad. Se verificó la ceremonia el 14 de Agosto en la iglesia de Santa Clara con solemne fiesta religiosa, durante la que recibió también el Príncipe el bastón de mando, asimismo simbólico, pues simulaba conjunto de tres bastones de Capitán general ligados fuertemente, y de alto á bajo, con una cinta. Acabada la entrega se trasladó el estandarte en procesión con gran comitiva y aparato militar hasta el puerto, y se arbóló en la galera Real, saludándola todas, al mismo tiempo que los castillos de la plaza, con artillería y arcabucería.

Era la enseña, bendecida por Pío V, de damasco azul y grandes dimensiones, afectando todavía la forma de escudo de los estandartes del siglo xv; esto es, cuadrangular con el lado exterior redondeado; en el centro, pintado al óleo, un Santo Crucifijo colosal; al pie las armas pontificias entre las de España y de Venecia, y debajo las de D. Juan de Austria, ligadas todas con una cadena. El fondo adornado de lazos, ramos y hojas de oro, tan abundantes en la labor que apenas dejaban ver el damasco, y alrededor ceneta de lacería de oro y color rojo. La flámula, pinelo, tordano, rabo de gallo y gallardetes destinados á los árboles y entenas, del mismo dibujo y adorno ¹.

¹ Las dimensiones del estandarte son 7,30 metros de longitud, 4,42 de anchura en la vaina y 3,27 en la parte exterior disminuida. La flámula mide 15,26 de longitud, 4,70 de anchura en la vaina y 0,34 en las puntas. El gallardete 14,80 de longitud, 1,25 de anchura en la vaina y 0,34 en la punta.

Las otras insignias son menores. Lo que puede interesar á la historia de tan venerandas reliquias publiqué (Madrid, 1888) en el libro titulado *Tradiciones in-*



La Real, donde las insignias se arbolaron, era hermosísimo bajel construido por orden del rey D. Felipe con prevención de «que su grandeza y ligereza llevase gran ventaja á las ordinarias y fuese decorada de la escultura y pintura que la pudiese hacer más vistosa y de mayor contemplación, acompañándola de historias, fábulas, figuras, empresas, letras hieroglificas, dichos y sentencias que declarasen las virtudes que en un Capitán general de la mar han de concurrir, y que la misma galera sirviera de libro de memoria que á todas horas abierto amonestase al Sr. D. Juan en todas sus partes lo que debía hacer».

Un libro extenso componen realmente los apuntamientos que, también por mandato expreso, escribió el maestro Juan de Mallara ¹, en la mayor parte enderezados á la explicación de los asuntos mitológicos, tan en boga por aquellos tiempos, que decoraban el exterior é interior de la Real; el espolón, donde se alzaba la figura de Neptuno sobre un delfín, «para mostrar la majestad del rey D. Felipe, que enviaba con su armada al serenísimo hermano»; las arrumbadas en que iban las armas de S. M. con festones y frisos de dioses marinos y tritones que declaraban su poder en la mar; la *pertegusa*, ó asta del estandarte, labrada y dorada con arte; los fanales magníficos que simbolizaban las tres virtudes ². Estaba pintada exteriormente de blanco, rojo y oro, y bogaba sesenta remos.

fundadas, componiendo parte de la sección *Recuerdos de Lepanto*. Posteriormente di cuenta á la Academia de la Historia de la investigación por la que tuve la fortuna de justificar la existencia de las insignias en la catedral de Toledo; salió á luz en el *Boletín* de la misma Academia, t. XIII, pág. 299, y XIV, pág. 427, y se tradujo en la *Revue de l'Art Chrétien*, acompañando al texto hermosos cromos. Traté en el libro referido de *Tradiciones infundadas* de las descripciones que se escribieron de la galera real de D. Juan de Austria y de varios puntos de la jornada de la Liga que son discutibles; acompañé apunte bibliográfico que comprende bastantes obras inspiradas en tan grande asunto, y añadí algunos documentos inéditos hallados en el Archivo de Simancas.

¹ *Descripción de la galera Real del Srmo. Sr. D. Juan de Austria*, publicada por la Sociedad de bibliófilos andaluces. Sevilla, 1876, 4º, 535 páginas.

² El casco se construyó en Barcelona por el capitán Alzate, y llevado á Sevilla, hizo la primera traza de la escultura y pintura Juan Bautista Castello, el Bergamasco; pero, habiendo muerto antes de realizarla, modificaron el plan y dirigieron



Un mes justo pasado desde el arribo de los venecianos, el 23 de Agosto, entró en Mesina D. Juan de Austria, recibido con salvas, fiestas, luminarias y alegría general, presagio de otras. Faltaban todavía las escuadras de D. Alvaro de Bazán, de Juan Andrea Doria, de D. Juan de Cardona y una de 60 galeras de Venecia, cuyo paradero se ignoraba. Fueron pareciendo una tras otra en los primeros de Septiembre, colmando el puerto de naves y la ciudad de ilustres personajes. Registrar los nombres de los príncipes, duques y caballeros que iban á ponerse bajo la enseña de la Liga, equivaldría á copiar las listas de la nobleza de Italia y de España: pasaban de 1.500 los voluntarios sin sueldo que pidieron puesto al generalísimo. Las embarcaciones eran más de 300, los hombres que en cualquier concepto las ocupaban 80.000.

Estas cifras aparecieron en la muestra y revista pasada por el Príncipe, descomponiéndose en 90 galeras, 24 naves y 50 fragatas ó bergantines á sueldo del Rey católico¹; 12 galeras y seis fragatas del Papa; 106 galeras, seis galeazas, dos naves y 20 fragatas venecianas; mas al bulto imponente presentado por esta nación no correspondía, ni mucho menos, el arma-

la obra Benvenuto Tortello, arquitecto, Juan Bautista Vázquez, escultor y pintor sevillano, Juan de Mallara y Fernando de Herrera, el Divino.

Según D. José Amador de los Ríos (*Sevilla Pintoresca*, Sevilla, 1844), Vázquez ayudó en esta obra á Bartolomé de Morel, que la trazó juntamente con Juan Giralta y Pedro Delgado. El Rey visitó en el Guadalquivir la galera, quedando muy complacido.

¹ A saber:

GALERAS.

Escuadra de España.....	14
De Nápoles.....	30
De Sicilia.....	10
De Andrea Doria..	11
De Pedro Bautista Lomelin.....	4
De Juan Ambrosio Negrón.....	4
De Jorge Grimaldi	2
De Estéfano de Mari	2
De Bendinello Sauli.....	1
De Malta.....	3
De Génova.....	3
De Savoya.....	3



mento, la tripulación, ni la disciplina de ésta. Don Juan hubo de observar con pena que al lado de los bajeles españoles, los mejores que en tiempo alguno se habían visto, resaltaba el equipo y aparejo de los de la Señoría faltos, no solamente de soldados, sino también de marineros¹ y desmoralizados cuanto indicaban las riñas sangrientas ocurridas en tierra, y el hecho de haber embarrancado y perdido en Calabria ocho de las galeras que fueron á tomar vitualla. En enmienda de tan mal estado instó D. Juan al general Veniero á que completara el cupo necesario de la gente de guerra con soldados españoles é italianos que pondría á su disposición, contemporizando con el carácter agrio y adusto del aliado por no disgustar á aquellos señores *puntosos y resentidos*² que en Prevesa, en Corfú, en todas las ocasiones de concurso habían declinado oferta semejante por la que pudiera entenderse ser sus bajeles inferiores á cualquiera otros y estar necesitados de auxilio ajeno. Por fin, instado Veniero por la evidencia pública en la revista, recibió en las galeras 4.000 hombres, y 500 arcabuceros en cada una de las galeazas. Con esta medida quedó la armada veneciana nivelada en cierto modo con las otras y dispuesta al intento en que se aventuraba la reputación, llevando cada galera 50 marineros y 150 caballeros particulares y soldados.

El Consejo de guerra de Generales deliberó á seguida mientras Gil de Andrade, explorador en Levante, traía las últimas noticias de la situación y fuerza de los turcos, y sentaba el tiempo, revuelto y chubascoso en los primeros días de Septiembre. El 15 dieron la vela por anticipación las naves al mando de César Ávalos, que llevaba por almirante á Gutierre de Argüello; debían esperar en el golfo de Tarento al cuerpo de la Armada. Las galeras salieron del puerto el 16, engalanadas, presenciando el pueblo en masa el espectáculo de formación y desfile ante el nuncio del Papa, Monseñor Odescalchi, que á bordo de un bergantín las veía pasar, ben-

¹ Cartas de D. Juan de Austria á D. García de Toledo, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. III.

² Vanderhammèn, *Historia de D. Juan de Austria*.



diciéndolas. Cada uno de los capitanes había recibido traslado de las Ordenanzas redactadas por el Príncipe, instrucción de los órdenes de marcha y combate, señalamiento de puesto, previsto en cuanto cabe lo que pudiera ocurrir, como si hubiera de avistarse el enemigo al salir del Estrecho.

Iban á vanguardia ocho galeras exploradoras al mando de D. Juan de Cardona, general de la escuadra de Sicilia, con encargo de adelantarse en descubierta ocho millas durante el día. La Armada seguía en cuatro cuerpos: el primero en la navegación, cuerno derecho en la linea de combate, á cargo de Juan Andrea Doria, se componía de 54 galeras, distinguidas con grímpolas verdes; el centro ó batalla, cuyo mando se había reservado su Alteza, tenía 64 galeras con grímpolas azules; la retaguardia, cuerno izquierdo en combate, regido por Agustín Barbarigo, era de 53 galeras con grímpolas amarillas; por fin, la escuadra de socorro ó reserva, guiada por D. Alvaro de Bazán, de 30 galeras, con distintivos blancos, navegaba separada para recoger á las rezagadas. Cada cuerpo tenía asignadas dos galeazas, alternando las galeras en el trabajo de remolcarlas y de ponerlas de frente al formar en linea. Hecha señal de batalla, al pasar de un orden al otro, habían de colocarse las galeras á distancia tal que entre una y otra no pudiera pasar ninguna enemiga; entre el centro y las alas quedaría espacio de tres ó cuatro cuerpos de galera, á fin de regular los movimientos; avanzarian á boga larga, cuidando mucho de conservar el puesto y no embarazarse; usarián de la artillería con atención, dejando por lo menos dos piezas preparadas para disparar en el momento de la embestida. La linea de batalla, desplegada en esta forma, debía extenderse unas cinco millas¹.

¹ Orden de navegación de la Armada de la Liga en la campaña de 1571.

VANGUARDIA.

AL MANDO DE D. JUAN DE CARDONA.

Galeras.

Capitanes.

Santa Magdalena, de Venecia.....	Marino Contarini.
Sol, de idem.....	Vincenzo Quirini.
Patrona de Sicilia.....	
Capitana de idem.....	D. Juan de Cardona.



No había en la división de los cuerpos escuadra española, pontificia ó veneciana; la desconfianza nacida de la experiencia había aconsejado la interpolación y mezcla de las galeras

Galeras.

<i>Capitana</i> de.....	
<i>San Juan</i> , de Sicilia.....	
<i>Santa Catharina</i> , de Venecia.....	
<i>Nuestra Señora</i> , de idem.....	

Capitanes.

David Imperial.
Marco Cicogna.
Pedro Francisco Malipiero.

CUERNO IZQUIERDO.

AL MANDO DE AGOSTINO BARBARIGO.

1. ^a <i>Capitana</i> de Venecia.....	Barbarigo.
2. ^a <i>Capitana</i> de idem.....	Antonio da Canale.
<i>Fortuna</i> , de idem.....	Andrea Barbarigo.
<i>Sagittaria</i> , de Nápoles.....	Martin Pirola.
<i>Victoria</i> , de idem.....	Ochoa de Recalde.
<i>Tres Manos</i> , de Venecia.....	Giorgio Barbarigo.
<i>Dos Delfines</i> , de idem.....	Francesco Zeni.
<i>León y Fénix</i> , de idem.....	Francesco Mengano.
<i>San Nicolás</i> , de idem.....	Colane Drascio.
<i>Lomelina</i> , de Nápoles.....	Agostino Cancuali.
<i>Reina</i> , del Papa.....	Fabio Valicati.
<i>Nuestra Señora</i> , de Venecia.....	Filipo Polani.
<i>Caballo Marino</i> , de idem.....	Antonio di Cavalli.
<i>Dos Leones</i> , de idem	Nicolo Fradello.
<i>León</i> , de idem	Domenico del Tacco.
<i>Galeaza</i> , á vanguardia.....	Ambrosio Bragadino.
<i>Cruz roja</i> , de Venecia.....	Marco Cimera.
<i>Santa Virgen</i> , de idem.....	Christoforo Criffa.
<i>León</i> , de idem	Francesco Bouveccchio.
<i>Cristo</i> , de idem.....	Andrea Cornaro.
<i>Angelo</i> , de idem	Giovanni Angelo.
<i>Pirámide</i> , de idem	Francesco Boni.
<i>Dama del Caballo</i> , de idem.....	Antonio Endomeniani.
<i>Cristo con el Mundo</i> , de idem.....	Simón Guoro.
<i>Cristo Resucitado</i> , de idem.....	Federico Renieri.
<i>Cristo</i> , de idem.....	Christoforo Condocolli.
<i>Cristo</i> , de idem	Giorgio Calergi.
<i>Cristo</i> , de idem	Bartolomeo Donato.
<i>Cristo Resucitado</i> , de idem.....	Ludovico Cicuta.
<i>Retino</i> , de idem.....	Nicolo Avonali.
<i>Cristo</i> , de idem.....	Giovanni Corneri.
<i>Cristo Resucitado</i> , de idem.....	Francesco Zancarnoli.
<i>Rueda</i> , de idem	Francesco Molini.
<i>Santa Eufemia</i> , de idem.....	Horacio Fisogna.
<i>Marquesa</i> , de Doria.....	Francesco San Fedra.
<i>Fortuna</i> , de idem	Giovanni Alvigi Belvi.
<i>Bravo</i> , de Venecia.....	Michele Viramano.
<i>Cristo</i> , de idem	Danielo Calefatti.
<i>Brazo</i> , de idem.....	Nicolo Lippomano.
<i>Nuestra Señora</i> , de idem	Nicolo Mondini.
<i>Cristo Resucitado</i> , de idem.....	Francesco Zancarnoli.
<i>Galeaza</i> , á vanguardia.....	Antonio Bragadino.



sin consideración alguna de bandera ni de preferencia; en lo que hubo particular cuidado fué en dar solidez al centro, componiéndolo con las galeras más fuertes, y en constituir

Galeras.

<i>Nuestra Señora</i> , de Venecia.....	Marcantonio Pisani.
<i>Trinidad</i> , de idem.....	Giovanni Contarini.
<i>Fama</i> , de Nápoles.....	Juan de la Cueva.
<i>San Juan</i> , de idem.....	García de Vergara.
<i>Envidia</i> , de idem.....	Toribio de Acevedo.
<i>Brava</i> , de idem.....	Miguel de Quevedo.
<i>Santiago</i> , de idem.....	Monserrate Guardiola.
<i>San Nicolás</i> , de idem.....	Cristóbal de Munguía.
<i>Cristo Resucitado</i> , de Venecia.....	Giovanni Battista Querini.
<i>Angel</i> , de idem.....	Onofre Giustiniani.
<i>Santa Dorotea</i> , de idem.....	Polo Nani.
<i>3. Capitana</i> de idem.....	Marco Quirini.

Capitanes.

BATALLA.

AL MANDO DEL PRÍNCIPE.

<i>Capitana</i> de Lomellini.....	Pietro Battista Lomellini.
<i>Patrona</i> de idem.....	Paolo Giordano Orsino.
<i>Capitana</i> de Bendinelli.....	Bendinelli Sauli.
<i>Patrona</i> de Génova.....	Pellerano.
<i>Toscana</i> , del Papa.....	Metello Caracciolo.
<i>Hombre Marino</i> , de Venecia.....	Jacopo Draffrano.
<i>Nuestra Señora</i> , de idem.....	Giovanni Zeni.
<i>San Jerónimo</i> , de idem.....	Giovanni Balzi.
<i>San Juan</i> , de idem.....	Pietro Badoaro.
<i>San Alejandro</i> , de idem.....	Giovanni Antonio Colleone.
<i>Vigilancia</i> , de Sicilia.....	Giorgio di Asti.
<i>Capitana</i> de Mari.....	Girolamo Canale.
<i>Tronco</i> , de Venecia.....	Bertucci Contarini.
<i>Mongibello</i> , de idem.....	Francesco Dandolo.
<i>Doncella</i> , de idem.....	Jacopo Guoro.
<i>3. Galeaza</i> , á vanguardia.....	Cipriani de' Mari.
<i>Temperanza</i> , de Doria.....	Vincenzo Pascale.
<i>Ventura</i> , de Nápoles.....	Rocafull.
<i>Rocafulla</i> , de España.....	Baccio de Pisa.
<i>Victoria</i> , del Papa.....	Marco Antonio S. Uliana.
<i>Pirámide</i> , de Venecia.....	Girolamo Contarini.
<i>Cristo</i> , de idem.....	Cristóbal Vázquez.
<i>San Francisco</i> , de España	Jacopo Ant. Perpignano.
<i>Paz</i> , del Papa.....	Giovanni Battista Spinola.
<i>Perla</i> , de Doria.....	Gabrio da Canale.
<i>Rueda</i> , de Venecia.....	Francesco Boni.
<i>Pirámide</i> , de idem	Girolamo Veniero.
<i>Palma</i> , de idem	Bernardo Zanoguera.
<i>Capitana</i> de Gil de Andrade.....	Pablo Batín.
<i>Granada</i> , de España.....	Ettore Spinola.
<i>Capitana</i> de Génova.....	Sebastián Veniero.
<i>Capitana</i> de Venecia	D. Juan de Austria.
<i>Patrona Real</i>	
<i>La Real</i>	



una reserva de empuje. Relativamente á ésta decía la instrucción ¹ que «el Marqués de Santa Cruz, á cuyo cargo quedaba la retaguardia y socorro por la importancia que era á

¹ Fernando de Herrera, *Relación de la guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto.*

Galeras.

Capitanas.	Capitanes.
<i>Capitana de.</i>	D. Luis de Requesens.
<i>Capitana del Papa.</i>	Marco Antonio Colonna.
<i>Capitana de Saboya.</i>	M. de Ligny.
<i>Grifona, del Papa.</i>	Alessandro Negrone.
<i>San Teodoro, de Venecia.</i>	Theodoro Balbi.
<i>Patrona de Doria.</i>	Martín de Echaide.
<i>Mendoza, de España.</i>	Alessandro Vizzamano.
<i>Montaña, de Venecia.</i>	Giovanni Mocenigo.
<i>San Juan Bautista, de idem.</i>	Filippo Doria.
<i>Victoria, de Doria.</i>	Ercole Lotta.
<i>Pisana, del Papa.</i>	Diego López de Baños.
<i>Higuera, de España.</i>	Giorgio Pisani.
<i>Cristo, de Venecia.</i>	Danielo Moro.
<i>San Juan, de idem.</i>	Thomaso de Medici.
<i>Fiorenza, del Papa.</i>	Eugenio de Vargas.
<i>San José, de Nápoles.</i>	Francisco de Benavides.
<i>Patrona de Nápoles.</i>	Manuel de Aguilar.
<i>Luna, de España.</i>	Luigi Pasqualigo.
<i>Passaro, de Venecia.</i>	Pietro Pisani.
<i>León, de idem.</i>	Gasparo Malipiero.
<i>San Jerónimo, de idem.</i>	Giorgio Grimaldi.
<i>Capitana de Grimaldi.</i>	Nicolo de Luvano.
<i>Patrona de David Imperiale.</i>	Alessandro Contarini.
<i>San Cristóbal, de Venecia.</i>	Francesco Duodo.
<i>4.ª Galeaza, á vanguardia.</i>	Mariano Sicuro.
<i>Judit, de Venecia.</i>	Pietro Gradenigo.
<i>Armelino, de idem.</i>	Valerio Valleresso.
<i>Media luna, de idem.</i>	Jacopo di Casalo.
<i>Doria, de Doria.</i>	Saint-Aubin.
<i>San Pedro, de Malta.</i>	Alvigi de Tessera.
<i>San Juan, de idem.</i>	Giustiniani.
<i>Capitana de Malta.</i>	

CUERNO DERECHO.

AL MANDO DE JUAN ANDREA DORIA.

<i>Capitana de Sicilia.</i>	D. Juan de Cardona.
<i>Piamontesa, de Saboya.</i>	Ottavio Moretto.
<i>Capitana de Nicolo Doria.</i>	Pandolfo Polidoro.
<i>Fuerza de Hércules, de Venecia.</i>	Rinieri Zeni.
<i>Reina, de idem.</i>	Giovanni Barbarigo.
<i>Nino, de idem.</i>	Paulo Polani.
<i>Magdalena, de idem.</i>	Marino Contarini.
<i>Cristo, de idem.</i>	Benedetto Soranzo.
<i>Hombre armado, de idem.</i>	Andrea Calergi.



todos, y de quien fiaba el peso de toda aquella jornada, que esperaba considerase con mucho advertimiento en cuál parte de la batalla prevalecía la Armada cristiana y dónde convenía,

Galeras.

	Capitanes.
<i>Águila</i> , de idem	Andrea Calergi.
<i>Palma</i> , de idem	Jacopo di Mezo.
<i>Angel</i> , de idem	Stelio Carchiopulo.
<i>San Juan</i> , de idem	Giovanni de Dominici.
<i>La Donna</i> , de idem	Luigi Cipico.
<i>Nave</i> , de idem	Antonio Pasqualigo.
<i>Nuestra Señora</i> , de idem	Marco Foscarini.
5. ^a <i>Galeaza</i> , á vanguardia	Andrea da Cesaro.
<i>Cristo Resucitado</i> , de Venecia	Francesco Cornero.
<i>San Vitorio</i> , de idem	Evangelista Zurla.
<i>Patrona</i> de Grimaldi	Lorenzo Trecha.
<i>Patrona</i> de Mari	Antonio Corniglia.
<i>Margarita</i> , de Saboya	Battaglino.
<i>Diana</i> , de Génova	Gio. Giorgio Lasagna.
<i>Gitana</i> , de Nápoles	Gabriel de Medina.
<i>Luna</i> , de idem	Juan Rubio.
<i>Fortuna</i> , de idem	Diego de Medrano.
<i>Esperanza</i> , de idem	Pedro del Busto.
<i>Furia</i> , de Lomellini	Jacopo Chiappe.
<i>Patrona</i> de Lomellini	Georgio Greco.
<i>Negróna</i> , de Negrón	Nicolas Acosta.
<i>Bastarda</i> , de idem	Lorenzo de la Torre.
<i>Fuoco</i> , de Venecia	Antonio Boni.
<i>Águila Dorada</i> , de idem	Girolamo Zorzi.
<i>San Cristóbal</i> , de idem	Andrea Troni.
<i>Cristo</i> , de idem	Marcantonio Laudo.
<i>Rueda</i> , de idem	Francesco Damolino.
<i>Esperanza</i> , de idem	Girolamo Cornaro.
<i>Atila</i> , de Padua	Pataro Buzzacarini.
<i>San José</i> , de Venecia	Nicolo Donato.
<i>Guzmana</i> , de Nápoles	Francisco de Ojeda.
<i>Determinada</i> , de idem	Juan de Carasa.
6. ^a <i>Galeaza</i> , á vanguardia	Pietro Pisani.
<i>Sicilia</i> , de Sicilia	Francisco Amadei.
<i>Patrona</i> de Nicolás Doria	Giulio Centurioni.
<i>Águila</i> , de Venecia	Pietro Bua.
<i>San Trifone</i> , de idem	Girolamo Bisante.
<i>Torre</i> , de idem	Ludovico da Porto.
<i>Santa María</i> , del Papa	Pandolfo Strozzi.
<i>San Juan</i> , de idem	Angelo Bifali.
<i>Patrona</i> de Negrón	Luigi Gamba.
<i>Capitana</i> de Negrón	Juan Ambrosio Negrón.
<i>Monarca</i> , de Doria	Nicolo Garibaldo.
<i>Doncella</i> , de idem	Nicolo Imperiale.
<i>Capitana</i> de Doria	Juan Andrea Doria.

SOCORRO.

AL MANDO DE D. ÁLVARO DE BAZÁN, MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

<i>San Juan</i> , de Sicilia	Juan de Vergara.
<i>San Jorge</i> , de Nápoles	Juan Pérez Murillo.
<i>Bazana</i> , de idem	

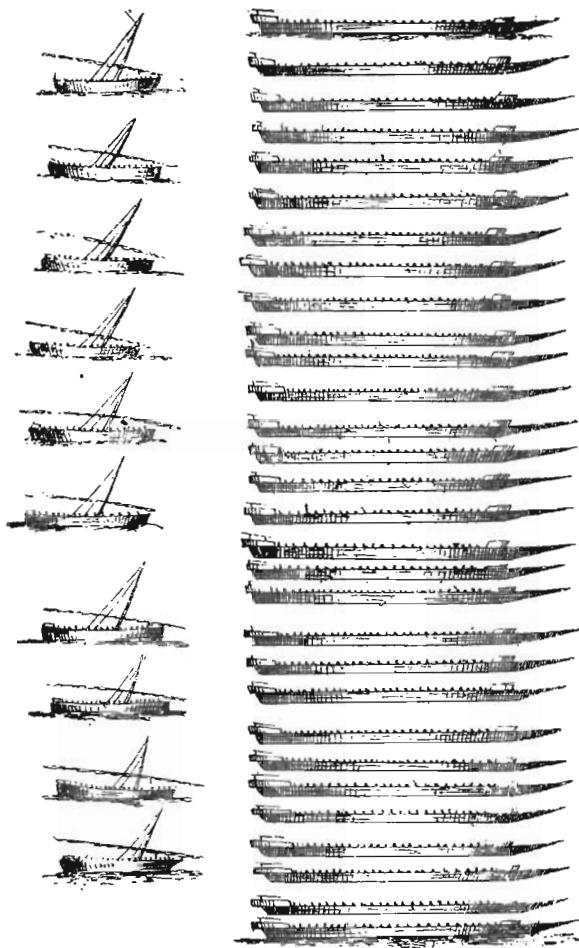


no dilatando el socorro, acudir con toda presteza en favor de los suyos, y con cuántas galeras. Y porque en semejante caso era imposible dar instrucción determinada y orden expresa de lo que debía poner por obra, pues la resolución se había de acordar y efectuar según la necesidad y ocasión presente, remitía el orden á la prudencia y discreción del dicho Marqués, que sabría bien conocer si el enemigo tendría galeras de socorro y cuántas serían, para ver si estaría á su provecho embestir á la armada contraria».

Se advierte en todas las prevenciones, elogiadas por un crítico inteligente ⁴, en las más insignificantes al parecer,

⁴ El vicealmirante Mr. Jurien de la Gravière. La obra que con el título de *La guerre de Chypre et la bataille de Lépante* publicó en dos tomos (París, 1888), no sólo es recomendable por la exactitud, amenidad y recto criterio que brillan en todas las suyas, sino que reúne para el estudio de los marinos una colección de mapas y planos utilissima al estudio de la jornada de la Liga en la navegación, formaciones y combate. Comprende lista general con nombres de las galeras, algo distinta de la que copió D. C. Rosell.

Galeras.	Capitanes.
<i>Leona</i> , de idem.....	Rodrigo de Zugasti.
<i>Constanza</i> , de idem.....	Juan Pérez de Loaysa.
<i>Marquesa</i> , de idem.....	Juan de Maqueda.
<i>Santa Bárbara</i> , de idem.....	Domingo de Padilla.
<i>San Andrés</i> , de idem.....	Bernardino de Velasco.
<i>Santa Catalina</i> , de idem.....	Juan Ruiz de Velasco.
<i>San Bartolomé</i> , de idem.....	Pedro de Velasco.
<i>Santo Ángel</i> , de idem.....	Alonso de Bazán.
<i>Tirana</i> , de idem.....	Juan de Rivadeneyra.
<i>Cristo</i> , de Venecia.....	Marco da Molino.
<i>Dos Manos</i> , de idem.....	Giovanni Loredano.
<i>Capitana</i> de Nápoles..	Álvaro de Bazán.
<i>Fé</i> , de Venecia.....	Gio. Battista Contarini.
<i>Colonna</i> , de idem.....	Catherino Malipiero.
<i>Maddalena</i> , de idem.....	Alvigi Balbi.
<i>Donna</i> , de idem.....	Giovanni Bembo.
<i>Mundo</i> , de idem.....	Filippo Leoni.
<i>Esperanza</i> , de idem.....	Gio. Battista Benedetti.
<i>San Pedro</i> , de idem.....	Pietro Badoaro.
<i>San Jorge</i> , de idem ..	Christoforo Lucich.
<i>San Miguel</i> , de idem.....	Giorgio Cochini.
<i>Sibila</i> , de idem.....	Danielo Troni.
<i>Griega</i> , de España.....	Luis de Heredia.
<i>Capitana</i> de Juan Vázquez.....	Antonio Vázquez Coronado.
<i>Soberana</i> , del Papa.....	Antonio d'Ascoli.
<i>Ocasión</i> , de España.....	Pedro de los Ríos.
<i>Patrona</i> del Papa.....	
<i>Serena</i> , de idem.....	



**Escuadra del Socorro, en Lepanto, al mando de D. Álvaro de Bazán,
según un manuscrito del archivo de Simancas.**



Instituto de Historia y Cultura Naval



como eran las de distribución de agua y raciones, orden en el reemplazo, policía y disciplina, contingencia de que concurrían ó no en la batalla las naves de vela, la solicitud, el consejo, la pericia de D. García de Toledo, transmitidas al Príncipe en la interesante correspondencia cambiada, ya que la parálisis le impedía estar á bordo en el puesto de consejero, que la prudencia del Rey y el respeto de D. Juan le habían conferido¹.

Con estas disposiciones atravesó la Armada el Estrecho y fondeó en la Fosa de San Juan (costa de Calabria), no lejos de Reggio. El 17 por la mañana se puso en tierra una tienda por la popa de la Real para la misa de Espíritu Santo que iba á celebrar á vista de todos D. Jerónimo Manrique, vicario general de la Armada, después Obispo de Ávila. «Al alzar la

¹ Parte de esta correspondencia se ha publicado en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*; parte se conserva inédita en las colecciones de la Dirección de Hidrografía, y en conjunto forma un curso de arte militar y de política. D. Juan de Austria escribia en una de las cartas:

«No solamente me contento de que V. m. me haya advertido en cosas tan importantes como me ha escrito estos días atrás, en lo tocante al proceder que debe hacer esta Armada, pero en todas las que más me ocurrieren he de pedir su parecer y orden; así estuviese V. m. tan cerca que los pudiese yo tomar como lo deseo. Lo que de presente pido con todo encarecimiento, es que me ayude V. m. en diligencia cuál le parece que sea más conveniente á una Armada, juntándose con la del enemigo, disparar primero la artillería ó aguardar que la dispare el contrario; porque, siendo cosa tan importante como es, veo aquí diversos pareceres y opiniones sobre ella, y deseo yo ver el de V. m., el cual tendré por el más acertado.»

Contestó D. García:

«Digo, señor, que no pudiéndose tirar dos veces, como realmente no se puede sin grandísima confusión, lo que convendría hacer, á mi juicio, es quel ruido del romper los espolones y el trueno del artillería había de ser todo uno ó muy poco menos, y que no se debe de tener cuenta con el enemigo, así tirara primero ó posteriormente, sino sólo cuando deba V. A. mandar dar fuego. Y respondiendo á los que dijesen que el disparar primero causa confusión en los enemigos, digo que les causará ánimo si dejase de hacer efecto el disparar de nuestra parte primero; y el que fuése con pensamiento y determinación de tirar primero que ellos, ¿no podría ser que no lo hiciera fuera de tiempo? Porque por miedo quel enemigo no lo hiciese antes lo vendría á hacer lejos, y demás de ser incierto el tiro que no se hace de muy cerca, las cadenas y linternas que suelen meter dentro la artillería, que son de harta importancia, no harian aquel efecto de lejos que harian de cerca. Tengo por muy provechosos ciertos esmerillones como falconetes puestos en crujia sobre caballetes, que se pueden girar á una parte y á otra, porque esta artillería menuda puede hacer muchos tiros y la gruesa no, por el peligro con que saldría á cargar el artillero.»



hostia y cáliz, fué tal la vocería de los soldados llamando en su ayuda á Dios sacramentado, y á su Madre Santísima; el ruido de la artillería, de las cajas de guerra, trompetas, clarines y chirimías; el horror del fuego y humo, del temblor de la tierra y estremecimiento de las aguas, que pareció bajaba á juzgar el mundo Su Majestad Divina con la resurrección de la carne, premio debido á la naturaleza del hombre ¹.»

Andaba otra vez el tiempo borrascoso con vientos violentos del Nordeste, contrarios á la derrota, que fatigaban mucho á los remeros, hasta llegar á Otranto, talón de la bota que en los mapas dibuja la figura de la península italiana. Por allí, de las guarniciones de las plazas, habían de tomar las galeras un refuerzo de 2.000 soldados. Nada se pudo adelantar en varios días en que intentó D. Juan hacer camino; el viento le obligaba á arribar buscando el abrigo del cabo saliente, ó á proyectar más contra la impaciencia que contra las olas.

Hasta el 24 de Septiembre no hizo variación el viento, cambiando al tercer cuadrante de la aguja con aguacero y truenos alegremente recibidos por los coligados; podían enderezar el rumbo, como lo hicieron sin esperar al dia, á la isla de Corfú, donde examinaron el estrago hecho pocos días antes por los enemigos. ¿Influyeron las ruinas y cenizas en el ánimo de los caballeros, tan bravos en Mesina? Podría creerse oyendo los pareceres emitidos en el Consejo de guerra á que convocó D. Juan, respetando el mandato de consultar en cada caso á los Generales de las escuadras, y en éste, no habiéndose unido las naves de vela á la Armada, desprovista, por consiguiente, de repuestos y de la artillería de sitio indispensable para cualquiera operación contra los fuertes, era necesario determinar lo que se hacía, dado que las galeras turcas se hubieran refugiado en Lepanto al abrigo de los castillos, como las noticias traídas por Gil de Andrade aseguraban. Quién opinaba por el asedio de alguna plaza, sin exceptuar á las de escasa importancia, Sopoto, Castelnuovo ó Margariti; quién por atacar á Navarino, á fin de atraer á la

¹ Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica*.



armada otomana, haciéndola salir del golfo; los belicosos á todo trance aparecían en minoría, influídos los más de la opinión vulgar, de la idea de supremacía naval otomana, del prestigio que la daban las victorias, de la homogeneidad, obediencia, condición de sus soldados, mientras que los de la Liga, bisoños, de lengua y nación distinta, estaban lejos de sus costas, sin puerto de refugio, con exposición de poner en trance la suerte de Italia si aumentaban la lista de los desastres.

Hay que convenir en que razón no faltaba á los expositores de la verdadera situación; pero no menos cierto es que no razonan de tal manera los animosos. Como dijeron al Emperador á la vuelta de Argel: «Al que no se expone á nada, no le sucede nada.» La entereza juvenil de D. Juan no era, por dicha, de las que se achican con palabras. Esas razones pesadolas tenía antes de ponerse en la empresa: lo que determinó, á fin de no desairar opiniones por apartadas que fueran de las suyas, fué tomar del parque de Corfú seis piezas gruesas con las municiones correspondientes y alguna tropa que supliera la rezagada en las naos, y embarcada, sin esperar una hora más, dió la vela el 30 de Septiembre, temiendo también él que lo avanzado de la estación sirviera de auxiliar al enemigo. Entró en Gomeniza¹, puerto abrigado de Albania, con intención de ejercitar la gente; de hacer lo que ahora se dice zafarrancho general de combate, ó sea simulacro de la acción, ocupando cada cual su puesto. No pudiendo verificar por sí mismo la precisión con que se ejecutaba en cada bajel, comisionó para hacerlo por partes al Comendador mayor de Castilla y á Juan Andrea Doria, surgiendo de tan sencillo mandato cuestión bastante más grave que la diferencia de pareceres en el Consejo, porque el áspero Veniero se negó en absoluto á que el genovés pusiera el pie en ninguna de sus galeras, dejando ver cómo se mantenía latente la antipatía, la incompatibilidad de caracteres encendida en la jornada del

¹ Legumeniza está escrito en un despacho de D. Juan. Los italianos dicen Gomenizza.



año anterior, ó mejor dicho, de muy atrás alimentada. El Comendador mayor tuvo en cambio deferente acogida.

Todavía se dejó sentir más fuerte el hálito de la discordia en el momento de levar anclas el 2 de Octubre, por riña entre los marineros de una galera veneciana y los soldados de D. Juan, con tanta repugnancia admitidos por Veniero, y eso que pertenecían á una compañía italiana. El capitán, nombrado Muzio¹, hizo buena la causa de su gente contra el capitán de la galera, Andrea Calergi, que abonaba á la suya, y pasando de las palabras á las obras, echaron mano á las armas y corrió sangre. Veniero mandó acudir al tumulto, ó, según autores, acudió él mismo con la Capitana: y dejándose llevar de la cólera, preso Muzio, lo hizo ahorcar en el acto de una entena. Que reprimiera el motín con energía, era natural: debía de hacerlo; que desconociera la autoridad del General en jefe ordenando la ejecución sumaria y pública á su vista, constituía desacato y escándalo de tal naturaleza, que produjo profunda indignación. Historiadores hay² que pasan por alto el incidente, sin duda por no descomponer el efecto del cuadro en que querían recrearse; otros que, sin desconocer la gravedad, corren como sobre ascuas por la indicación³; los hubo, por lo contrario, que exageraron las proporciones, poniendo á punto de destruirse á los coligados, separadas ya las escuadras y los artilleros con la mecha en la mano⁴.

¹ Mucio Tortona le llama Rosell; Curcio Anticocio, Vanderhammen; su verdadero nombre parece era Muzio de Cortona, de origen toscano y de la familia de los Alticozzi. Tenía fama de bromista y de pendenciero, condiciones que no sentaban mal á los militares de aquel tiempo.

² Fernando de Herrera, citado.

³ Jerónimo Torres y Aguilera, *Chronica y recopilación de varios sucesos de guerra.....*; Marco Antonio Arroyo, *Relación del progreso de la armada de la Liga*. Ambos autores presenciaron el suceso. D. C. Rosell tampoco se extiende en el particular.

⁴ Mr. Jurien de la Gravière, con vista de los escritores venecianos, escribe: «Déjà une scission de sinistre augure s'opérait entre les vaisseaux mouillés sans distinction de nation dans la baie; les galères vénitiennes se groupaient autour de leur Capitane, les Espagnols et les Pontificaux se tiraient à l'écart. De part et d'autre on poussait les canons en batterie, on dressait les rambades, on armait les arquebusiers: une étincelle tombant sur ce tonneau de poudre, les Chrétiens se détruisaient de leurs propres mains.» Obra citada, t. II, pag. 125.



Lo exacto es que, estimando el Príncipe el desafuero injustificable, llamó á Consejo á sus Generales, y que éstos, irritados más que su Jefe, se dejaron llevar de la primera impresión al extremo á que les inclinaba la malquerencia instintiva contra los venecianos. El Comendador mayor, primero que habló en la asamblea, juzgó que Su Alteza debía imponer á Veniero el castigo ejemplar merecido por su delito. Juan Andrea Doria fué de parecer que en el acto debía volver á España la Armada, dejando á los venecianos, de los que no había que fiar. Don Juan de Cardona, encogiéndose de hombros, opinó que no se pasase adelante, adhiriéndose á todo lo expresado por el Comendador y Juan Andrea. Pedro Francisco Doria, tras un exordio relativo á la mala fe de los de Venecia, dijo lo mismo, y quizá lo dijeron los siguientes arrastrados por el ejemplo, como suele acaecer en semejantes reuniones, á no ser D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, el quinto que usó de la palabra, justificando, como lo hizo ante Civita Vecchia cuando se creía inmediata la escuadra turca, como en Mesina al tratar del socorro de Malta, ser tan prudente en el consejo como decidido en la pelea, y en cualquiera ocasión de juicio propio independiente.

«Habiendo hablado los cuatro desta parte (dice la relación), mandó el Sr. D. Juan que hablase el Marqués de Santa Cruz, el cual dijo que en ninguna manera convenía que Su Alteza se volviese, y que le suplicaba que tuviese consideración al trabajo y gasto con que se había conducido allí aquella armada tan grande y real, y que Su Majestad y Señoría de Venecia, y las demás potestades y príncipes de la cristiandad, estaban á la mira esperando el subceso de aquella jornada, y que no le parecía que se cumplía con la obligación que Su Alteza tenía volviéndose por sólo decir que el General de venecianos hiciese un disparate como el que había hecho en ahorcar á aquel capitán, y que el castigo podría Su Alteza suspender para adelante, y queriendo buscar á los enemigos cada uno entendería en apercibirse para el dia de la batalla, y con esto no habría pendencias entre la gente de Su Majestad y venecianos, y



que, si se volviesen, en tal caso tendría por más ciertas echándose la culpa unos á otros, y que, sabiendo la armada enemiga que Su Alteza se volvía, vendría sobre nuestra armada, y que sería muy posible perderse la nuestra, porque en tan grandes flotas de navíos poco desconcierto era mucho, y que allí sería muy posible tenerlo, que, junto con la reputación que se perdería volviéndose, se podían prometer de cualquier mal subceso, y que así suplicaba á Su Alteza siguiese su viaje, que Dios sería servido de darle victoria, pues era la causa suya»¹.

Discurso de un hombre de corazón y de inteligencia. Por tercera vez iba á debérsele la resolución de un hecho glorioso, pues que cuantos le siguieron en el voto, el Conde de Priego, Gil de Andrade, D. Miguel de Moncada, Juan Vázquez Coronado, lo emitieron de conformidad haciendo mayoría, á que se agregó con efusión Marco Antonio Colonna, General de la escuadra pontificia, consultado después.

Sonaban las cuatro de la madrugada cuando cerró D. Juan el Consejo, diciendo con gran resolución: «Adelante, sigamos el parecer del Marqués»², el cual, aparte de lo dicho, era hacerse á la mar muy de mañana, formar la línea de batalla á las bocas de Lepanto, 15 millas afuera, esperar dos horas, y si no saliese la armada enemiga, tirar toda la artillería y arcabucería, y volverse.

¹ Ms. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. ccvi, núm. 11. Publicado por mí en el *Boletín* de la misma, t. xii, pág. 209.

² Ms. Academia de la Historia. El voto de D. Alvaro de Bazán está comprobado en carta que escribió al Rey algún tiempo después, tratando de otros asuntos. Se halla en la Biblioteca Nacional, Ms. E. 180, y la publicó D. Angel Altolaguirre en la biografía del aludido, Madrid, 1888, pág. 495.



X.

BATALLA DE LEPANTO.

1571.

Concentración de la armada turca.—Su fuerza y distribución.—Vacilaciones de los jefes.—La de la Liga sale del puerto.—Navegación trabajosa.—Descubre á la enemiga.—Línea de combate.—Encuentro.—En la izquierda.—En el centro.—En la derecha.—Bizarria de D. Juan de Austria.—Oportunidad de la escuadra de socorro.—Victoria por los cristianos.—Pérdidas enormes.—Presas.—La flota turca aniquilada.—Distribución del botín.—Regreso de los cristianos.—Separación.—Temporal.—Regocijo.—Juicio de la jornada.



L historiador goza del privilegio de cambiar el escenario, pasando libremente de un campo al opuesto, de anticipar ó posponer las ocurrencias, de hacer selección de personas, discurriendo de manera que el orden ó disposición de los capítulos procure claridad ó interés á lo que va narrando, sin perjuicio del enlace y unidad del conjunto. Á éste importa conocer lo que pasaba en el golfo de Lepanto, donde se había concentrado la armada de los turcos á ser ciertas las averiguaciones de Gil de Andrade, explorador activo destacado á Levante por D. Juan de Austria.

En efecto: llamadas por Ali las divisiones que habían operado aisladas en el Adriático y en las islas, causando graves daños en las posiciones venecianas, procurándose refuerzos y víveres á medida que los descubridores comunicaron noticias de avance de los cristianos, fueron colocándose bajo la insignia principal, llegando el último Mahomet, bey de Negroponte,



to, con 60 galeras y 3.000 soldados de reciente leva. La revista general arrojó las sumas de 210 galeras y 63 galeotas, guarneidas por 35.000 hombres de guerra, de ellos 2.500 genízaro¹, que por orden é instrucción del Jefe se organizaron en cuatro escuadras equivalentes á las de los coligados. El cuerno derecho, al mando de Mahomet Siroco, gobernador de Alejandría, se componía de 54 galeras y dos galeotas; la batalla ó centro, por Ali, General en jefe, de 87 galeras y ocho galeotas; el cuerno izquierdo, confiado al cosario Cara Hosia (Khodja), 61 galeras, 32 galeotas; el socorro ó reserva á cargo de Murat Dragut, ocho galeras y 21 galeotas ó fustas.

Las órdenes del Gran Señor Selim eran terminantes: Ali debía salir con tal armada al encuentro de los cristianos y combatirlos donde quiera que los encontrara. Ánimos no le faltaban para hacerlo: joven, valeroso, halagado con el mando en que sustituía á Piali, y con el éxito de la campaña el año anterior, deseaba ocasión de distinguirse en empresa de más importancia. El plan, que era lo dudoso, consultó en Consejo de guerra, convocados los Generales, los Gobernadores y los Capitanes de concepto, que no se mostraron unánimes ni conformes en los pareceres. Lo mismo que en el lado contrario, se significaba la vacilación y aun el temor en los jefes más acreditados. Pertev, el general de la infantería, desconfiaba de su tropa bisoña traída á las galeras sin haberlas pisado nunca; Mahomet Siroco, los Bajás de Morea y de Caramania, guerreros de experiencia, el mismo Uluch-Ali, tan arrojado, dando crédito á los datos obtenidos en Ragusa acerca del fuerte armamento de la Liga, divagaban confusos y tímidos, inclinándose á esquivar un encuentro que, sin dar á los triunfos ya conseguidos realce, pudiera tentar á la fortuna. Con estarse al ancla, pensaban, avanzada como estaba la estación, tendrían los enemigos que volverse, resultando inútiles los enormes gastos que habían hecho para salir de sus puertos.

¹ Estas cifras son término medio de las que apuntan los historiadores. Arroyo da las aceptadas por Rosell, de 245 galeras, 70 galeotas y 120.000 hombres.



Claramente daban á entender las indicaciones que el arranque otomano de los tiempos de Barbarroja se modificaba; el hecho mismo de encontrarse la armada al abrigo de los castillos del golfo, consintiendo el progreso de la enemiga desde Corfú, significaba inclinación al temperamento defensivo. Sin embargo, en contraposición de los veteranos prudentes, asistían al Consejo capitanes ardorosos, para los que en modo alguno cabía duda del resultado en un encuentro con infieles, y por su número quedó decidida la acción, pesando en la balanza de su lado los informes procurados cuidadosamente. Tanto los de ciertos corsarios que osadamente se habían deslizado de noche con embarcaciones menores dentro de los puertos de Mesina y de Corfú, como los que produjo la captura de algunos marineros sometidos á cuestión de tormento, por la casualidad de referirse á los días en que alguna de las escuadras andaba separada, coincidían en el señalamiento de galeras en número inferior al existente; inferior bastante al que ellos tenían, con lo cual, y la falta de las naves, crecía su confianza.

Las noticias obtenidas de los barcos de cabotaje durante los cruceros de Andrade, no eran tampoco exactas; rebajaban asimismo los bajeles y los soldados juntos en Lepanto; mas no se tenían por seguras entre los jefes de la Liga, ni habían influido en su voto.

Don Juan de Austria, cumpliéndolo, por acomodarse á su genial impulso, se satisfizo al pronto con excluir del Consejo de Generales á Veniero, llamando en su lugar al proveedor Barbarigo, y en la amanecida el 3 de Octubre mandó levar anclas y enderezar las proas al Oriente, costeando á Santa Maura. El tiempo no favorecía á la derrota; reinaban los vientos del Este y Sudeste, obligando á proporcionar descanso á los brazos de los remeros en el trayecto por el Estrecho de Itaca, hasta alcanzar el abrigo del continente en el cabo Maratia.

Conseguido esto, descendió hacia el Sur la Armada costeando las islas Cursolari ó Equinodas, y al boreando el 7 de Octubre cuando llegaba á la última, nombrada Oxia, y



había de torcer á fin de montar la punta Escrofa con dirección al golfo de Patrás, avisaron los vigías la vista de una vela, de dos, de muchas, de la escuadra turca, viniendo á toda vela con viento favorable.

Á la emoción instintiva que en tales casos domina á la más firme voluntad, siguió impresión de asombro contadas las velas con que blanqueaba la línea del horizonte. Es fama que los más determinados, sin exceptuar á Sebastián Veniero, tan deseoso del encuentro, sintieron decaer el espíritu, arrepentidos del avance y prontos á evitar todavía el trance aparejado á mal suceso. Todos los Generales fueron en los esquifes á la Real á tentar la energía del caudillo con la expresión del semblante tanto como con las observaciones que á cada cual ocurrian. Los más oficiosos ó apocados insinuaron la conveniencia de la retirada; los indecisos propusieron la reunión del Consejo, contestándoles el Generalísimo con lacionismo espartano: «Señores, ya no es hora de deliberación, sino de combate» ¹.

Por el lado opuesto, pasada la sorpresa de la descubierta, por ir en la creencia de que andaban por Cefalonia los coligados, el entusiasmo y el júbilo embriagaron á los turcos, asegurados en la primera inspección de la superioridad con que iban á destruir á los cristianos, por ocultar aún la punta Escrofa á las escuadras del ala izquierda y de reserva, y á las galeazas, constituyentes de la retaguardia; pero así que traspusieron la extremidad de la tierra, cuando en totalidad se dejaban contar, tocó á su vez el desengaño á los que pensaban habérselas con un tercio menos de navíos. Súbitamente enfrió en sus filas el ardimiento aquel aparato formidable, haciendo renacer las aprensiones de Pertev y de Uluch-Ali, que se apresuraron á aconsejar el retroceso detrás de los castillos. Ali lo rechazó enérgicamente, mortificada su presunción con la idea de que pudieran vanagloriarse

¹ El manuscrito citado de la Academia de la Historia diferencia á D. Álvaro de Bazán, que acudió á la Real con unas ricas armas doradas, con muchas plumas en la cimera, galán y contento, á dar la enhorabuena á Su Alteza por haber parecido el turco. El Príncipe le abrazó, agradeciéndole lo que había hecho.



los infieles de haberle hecho mostrar las popas de las naves otomanas. Irresistible atracción llevaba en aquel momento á los caudillos al choque tremendo.

Don Juan, el primero, disparó una pieza en señal de reto, poniendo en la entena la señal de formación en línea de combate, maniobra difícil en momentos en que se habían de llenar los claros de las escuadras, esperar á los rezagados y remolcar á las galeazas sacándolas á vanguardia. Al paso que los jefes cuidaban de la colocación en los puestos de cada galera, en el interior de éstas, con la actividad que parece producto febril en semejantes casos, poseídos los hombres de la obligación individual, la llenaban en silencio que tenía mucho de solemne, armando la pavesada, desembarazando la crujía, destrincando las piezas, apercibiendo las armas. Por meditada providencia de D. Juan se habían aserrado los espolones y suprimido las esculturas altas de las proas, tan bellas y elegantes á la visualidad, como perjudiciales á la puntería horizontal de los cañones de más efecto.

El cuerno izquierdo, que gobernaba Barbarigo, recibió orden de apoyarse en la costa, aproximándose á ella lo que consintiera el calado de las galeras, sin dejar paso por donde pudieran las turcas doblar la linea y atacar la retaguardia; las otras dos escuadras debían esperar á que ésta tomara el puesto para situarse inmediatamente á las distancias de la instrucción, y por tanto, la derecha tenía que hacer camino hacia el Sur, dejando espacio en que se desplegaran las de la izquierda y centro; mas tanto prolongaba Juan Andrea el movimiento de la suya, tanto se iba alejando, que hubo de enviarle aviso el Príncipe, alarmado con la maniobra que dividía el cuerpo de batalla.

Los turcos formaron su línea con rapidez, valiéndoles la homogeneidad de sus elementos y la práctica de los capitanes en tantas campañas. La práctica con nada se sustituye en reunión de fuerzas de mar. Guiaba la derecha Mahomet Siroco; el centro ocupaba Alí, seguido de las capitana ó galeras de fanal más fuertes, y la izquierda traía Uluch-Alí, colocado por el azar frente á Juan Andrea Doria.



Hacia las once de la mañana ocurrió un cambio que, pareciendo providencial, impresionó de modo distinto á los adversarios. Del Este roló el viento al rumbo opuesto, quedando la mar llana como en un lago, y lo primero obligó á los turcos á amainar las velas y armar los remos, retrasando su marcha. Á la contrariedad tendrían que añadir otra muy sensible: la de recibir de cara el humo en cuanto empezara el fuego.

Los coligados aprovecharon la pausa procurando rectificar los puestos, y que se colocaran en los suyos la escuadra de socorro del Marqués de Santa Cruz y la de Cardona, destacadas; las galeazas quedaron puestas á una milla de distancia por la proa de la linea, y en el centro la Real, teniendo á derecha é izquierda, apoyándola, las capitanas de la Santa Sede y de Venecia: Marco Antonio Colonna y el colérico Veniero.

Antes de armarse embarcó D. Juan en una fragata ligera; corrió la línea pasando por la popa de las galeras y dirigiendo á cada una con elocuencia militar frases que arrancaban gritos y aclamaciones entusiastas: «Hijos—decía,—no deis ocasión á que con arrogancia impía os pregunte el enemigo: ¿dónde está vuestro Dios?»

De vuelta en la Real, arbolado el estandarte de Pío V al mismo tiempo que se engalanaban palos y entenas con banderas y flámulas ricas, á la vista del Crucifijo de la insignia principal, se arrodillaron todos haciendo breve plegaria mientras los religiosos daban su bendición.

Cercano el sol al corte del meridiano, quebrando sus rayos, espléndido, en las armaduras y en la superficie tranquila del agua, que reflejaba los colores de las mil banderas, habiendo partido las armadas la distancia de separación, sonaron a una en la católica trompetas y atambores, á la vez que de la mahometana salía vocería espantosa, á manera de rugidos de fieras hostigadas. Llegaba ésta á la línea avanzada de las galeazas, recibiendo los proyectiles disparados por ambas bandas. Los gritos callaron como por ensalmo, visto el efecto de la artillería, de tal suerte mortífero que algunas galeras otomanas



hicieron ciaboga, iniciando muchas el retroceso. Detúvolo el ejemplo del caudillo arrancando la boga por salir pronto del tiro de aquellas flotantes fortalezas, y adelantar más levantando espuma de la mar con las tajantes proas. En lo poco que duró la paralización del movimiento uniforme se adelantó su derecha, llegando por consiguiente á iniciar el encuentro con la izquierda de los coligados; y siendo sin duda su plan envolverla, pasaron entre la costa y la galera de Barbarigo algunas galeras, mientras la atacaban de frente las otras, aferrándola en un instante de popa, proa y costado. Cayó el Proveedor herido de muerte en un ojo por la nube de flechas, balas y frascos de fuego arrojados sobre su gente: cayó Contarini al acudir en su auxilio; la galera estaba á punto de sucumbir, rodeada, lo mismo que las inmediatas, en situación comprometida para toda la escuadra, si no se apresuraran las de los compatriotas, rota la formación, bogando en masa hacia aquel lado.

Revueltas y barajadas entonces las de cristianos y turcos, en confusión imposible de apreciar, sin más objeto ni cuidado de cada parte que asir y pelear, fué entrada la galera de Siroco y rendida con las principales de fanal, sobreponiéndose las que seguían á Canale y á Quirini. Los turcos cedieron el campo, corriendo á varar en los escollos inmediatos para salvarse á nado, abandonando los bajeles. El triunfo acariciado en un principio por ellos, indeciso largo rato, quedó al fin por los cristianos en el ala izquierda.

Por el centro se buscaron los caudillos, guiados por los estandartes y fanales, llegando á embestir proa con proa con violencia tanta, que el espolón de la Capitana de Alí rompió la falca de la Real, penetrando hasta el cuarto banco; y como embicara con el golpe, mostrando todo el interior en plano inclinado, la artillería y arcabucería disparadas oportunamente causaron espantoso estrago; pero las bajas se cubrieron instantáneamente por las galeras que le guardaban la popa, y otras cargaron por los costados á la del Príncipe, asistida por las de Colonna, Veniero, el duque de Parma y el de Urbino, llegando á formarse un grupo, una piña, en que



cuerpo á cuerpo lidiaban caballeros inclitos de la cristiandad con los más cumplidos capitanes del Imperio otomano. ¿Era aquello en realidad una batalla? No; más bien contienda parcial multiplicada, habiéndose deshecho la formación, lo mismo que en el ala izquierda, y mezclándose los combatientes en confusión, que el humo aumentaba. Oíase el crujido de los vasos, el golpear de las armas, el sonido de las trompetas, entre el disparar continuo de los arcabuces y la artillería menuda, sin distinguir bien de dónde salían.

Más de una vez se vió desierta la proa de la capitana turca, barrida la gente que por oleadas reemplazaban las reservas; más de una vez también se entró en la Real como un torrente, llegando á ponerla en terrible aprieto; pero alguien veía esperando con admirable sangre fría que llegara el momento de entrar en la refriega. Don Álvaro de Bazán, arrancando contra una galera de genizaros que se aproximaba á la popa de la dicha Real, la destrozó con un disparo de los cañones gruesos á boca de jarro, y aferró la inmediata pasando á la gente á cuchillo. Sin detenerse envió entonces 200 hombres de refresco á su General, y se desvió para acudir adonde hiciera falta. No se necesitaba más en aquella crisis. Juan Vázquez Coronado, Gil de Andrade, Pedro Doria, volvieron á la carga con aquellos soldados, llegando paso á paso á la popa y al estandarte, de que se apoderaron¹, muerto Alí valientemente con sus capitanes. El grito de victoria corrió repetido por el espacio. Había durado la lucha encarnizada hora y media larga.

En este tiempo, D. Juan de Cardona y la Capitana de Lomelin habían rendido la de Pertev, con desaparición del Bajá; Kara Yusuf sucumbió á manos del capitán Juan Bau-

¹ Gádara, *Armas y triunfos de Galicia*, pág. 564, consigna que Andrés Becerra, natural de Marbella, Capitán en la escuadra de galeras de España bajo el mando de D. Juan de Mendoza, que se halló en el naufragio de la Herradura, director del muelle de Málaga, era cuatralvo en la jornada de Lepanto, y fué el que se apoderó del estandarte de Alí. Don Juan de Austria le dió la poma dorada del asta, que conservaron los descendientes acompañada de cédula real en que constaba, con la acción, la de haber vencido en la batalla dos galeras turcas de fanal.



tista Cortés y de Honorato Gaetano: el centro de la armada turca quedaba deshecho y rendido, lo mismo que el ala derecha. Veamos lo ocurrido en la otra, de que aún nada se ha dicho.

Uluch-Alí, sagaz observador y marinero, que veía el espacio dejado en claro por Juan Andrea entre el ala derecha cristiana y el centro, se desvió igualmente del suyo hacia la mar, estimulando al General genovés á imitarle por si se proponía doblar la extremidad, con lo cual fué abriendo más y más el vacío. El argelino hizo á su tiempo conversión de las proas, lanzándose rápidamente por aquel hueco contra el extremo del centro y retaguardia desordenada, con sus 93 bajes, galeras y galeotas, la gente fresca é intacta. Siete cercaron á la Capitana de Malta, batiéndola con saña de privilegio por ostentar el estandarte de la religión, y de cuantos la tripulaban quedaron vivos el general Pedro Giustiniani, prior de Sicilia, herido de tres flechazos y prisionero á rescate, y dos caballeros, uno español y otro siciliano, caídos entre los cuerpos muertos. Diez galeras venecianas, dos del Papa y otra de Savoya, sirvieron asimismo de blanco á la masa, aferradas por tres, por cuatro, por seis enemigas cada una y pasadas á degüello en un momento. A no acudir por un lado con premura D. Juan de Cardona, llevando ocho galeras; por otro D. Alvaro de Bazán con las de la reserva, pudiera haberse cambiado la suerte de la jornada, que llegó á estar muy comprometida; en este combate final inesperado quedaron en pie en la escuadra de Sicilia 50 soldados de los 500 á bordo, y hubo en la Capitana de D. Alvaro 80 muertos y heridos. Con su esfuerzo detuvieron el impetu de Uluch-Alí el tiempo suficiente para que, siguiendo el ejemplo del Príncipe, que se dirigía con la Real á la pelea, lo hicieran muchas otras galeras; y como las de Juan Andrea venían de mar afuera, temiendo el corsario las consecuencias, cortó el remolque de las presas que tenía hechas, inclusa la Capitana de Malta, de la que por estimado trofeo conservó el estandarte, y huyó con 16 galeras, seguido del Marqués de Santa Cruz, pesaroso de que escapara impune aquel grupo unido,



siquiera fuera tan pequeño con relación á la armada inmensa salida de Lepanto en la madrugada; sólo que, con remeros rendidos y cansados, no pudo continuar el alcance.

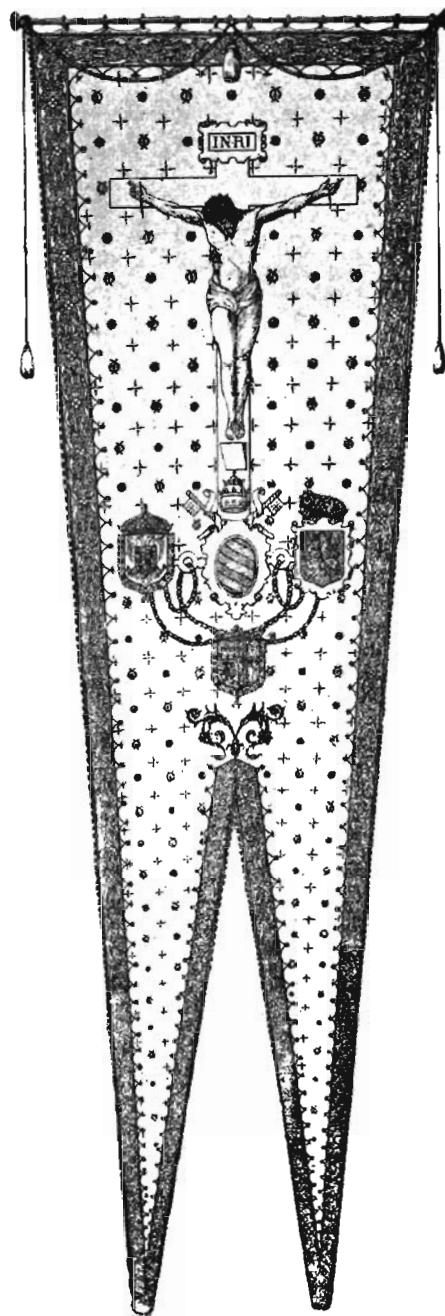
Con el último esfuerzo de Uluch-Alí y la persecución ó refriega de galeras sueltas se prolongó el combate hasta puesta de sol, hora en que, mudando de aspecto el cielo, anunciaba borrasca inmediata, por lo que ordenó el Generalísimo la reunión de bajeles dispersos y marcha de todos, con las presas, al puerto inmediato de Petala, á la vuelta de punta Escrofa, entre las islas Cursolari. La tormenta que descargó con furia durante la noche, halló segura á la Armada.

El día siguiente volvió D. Juan al campo de batalla acompañado de los Generales, con objeto de recoger y auxiliar en caso necesario á los bajeles desmantelados ó naufragos; dispuso pasar muestra, escuchó relación y pormenores de las divisiones y de los hechos particulares más salientes.

Cuesta violencia dejar la especificación á la monografía, saltando hazañas y nombres heroicos que ocuparían muchas páginas. El resumen de la cuenta que se hizo en Petala arrojó la pérdida de 12 galeras cristianas, la más sumergidas; cuatro de Doria y de Sicilia y ocho de Venecia, ascendiendo el número de los muertos á 7.600; 2.000 españoles, 800 de la escuadra pontificia, el resto de la de Venecia¹. Llegaban las galeras turcas rendidas y apresadas á 190, algunas tan destrozadas que por inútiles se incendiaron, quedando para repartir entre los vencedores 130². Se hicieron 5.000 priso-

¹ Apuntáronse entre las personas de distinción que tuvieron por sepulcro el mar de Lepanto, á Barbarigo, Contarini, Bernardino de Heredia, hijo del Conde de Fuentes, Jerónimo Ramírez, Francisco de Savoya, Bernardino de Cárdenas, Giovanni Loredano, Caterino Malipiero.... España perdió 15 capitanes, Venecia 17, Malta 60 caballeros, la Orden de San Esteban casi todos. Los heridos llenarían lista mucho más larga, encabezándola con D. Juan de Austria, el Duque de Urbino, Bazán, Veniero, Cardona, Giustiniani, el señor de Ligny, el Conde de Santa Fiore, Tomás de Médicis, Giordano Orsino Un soldado de la galera *Marquesa*, Miguel de Cervantes Saavedra, «perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra». En los jefes y ministros de la armada turca la mortandad fué grande, no habiéndose librado más que dos de los principales: Portev y Uluchi-Alí. El bey de Negroponto y dos hijos de Ali figuraron entre los prisioneros.

² La relación oficial del reparto de presas, publicada en la *Colección de documentos*



**Flámula de la Santa Liga que arboló en la galera real Don Juan de Austria,
conservada en la Catedral de Toledo.**

Largo: 15m,26; ancho mayor: 4m,70.



Instituto de Historia y Cultura Naval



neros y se libraron de cautiverio más de 12.000 cristianos amarrados á los barcos; el cálculo de enemigos muertos, vario é incierto, fluctuaba entre las cifras de 20 y 30.000, visto que de las galeras capitanas ó de fanal, únicamente se salvaron tres, de la mar ó de las manos de los vencedores.

Produjo general admiración el proceder del príncipe don Juan, juzgando que á él se debía, no solamente la victoria, sino también la salvación de las galeras agobiadas por Uluch-Alí, cuando acudió personalmente á protegerlas. Mereció también elogio de todos la conducta de D. Juan de Cardona y la de D. Álvaro de Bazán, haciéndoles justicia; que, si desapasionadamente se examinan las fases de la batalla, entre los grandes merecimientos, ninguno sobrepujó á los de estos Generales, á quienes bien confiados estaban los puestos de vanguardia y retaguardia de la Armada. Allí donde la balanza se inclinaba á favor del estandarte mahometano en el centro, en la derecha, atrás, allí aparecía D. Álvaro, y con el peso de su espada los hacía bajar hasta el abismo. Atento á los incidentes, con serenidad sin igual, con conocimiento perfecto de la fuerza de que disponía, caía de improviso sobre la posición más comprometida, y la Armada cristiana lo estuvo en aquel dia en que se jugaban los destinos de Europa. En mejores manos no pudo ponerse la *escuadra del socorro*.

Dió en cambio alimento á la crítica y á la maledicencia la maniobra de Juan Andrea Doria, condenada unánimemente. Entre españoles, se salvaron sus intenciones y su valor personal; entre italianos nada dejó de ponerse sobre el tapete,

tos incéditos para la Historia de España, t. III, pág. 227, anota 117 galeras, 13 galeotas, 117 cañones, 17 pedreros, 256 piezas menores, 3.486 esclavos. Al Rey de España tocaron 58 galeras, ocho galeotas, 63 cañones de crujía, 11 pedreros, 119 piezas menudas y 1.685 esclavos. Del cupo asignado al Papa y á Venecia se adjudicaron á D. Juan de Austria por diezmo seis galeras y 174 esclavos. El Generalísimo hizo donación de cuatro galeras de las pertenecientes á España á D. Álvaro de Bazán, como significación del aprecio de sus servicios en la batalla, y el Rey, aprobando la determinación, se las compró en 56.000 ducados. De las 300 velas que algunos historiadores contaron á los turcos, conservaron 16 salvadas por Uluch-Alí, y 30 que volvieron á Lepanto; el resto fué apresado ó destruido.



envueltos los comentarios con censuras, recriminaciones y epigramas picantes. Hoy todavía, desvanecidas las malignas influencias de la pasión, dejando á un lado los móviles que le alejaron de la batalla, se estima, y no puede menos de estimarse, que puso en riesgo el éxito de la contienda¹.

¹ Entre los historiadores españoles no se censuró la conducta de Juan Andrea; por ello D. Cayetano Rosell ha procurado sincerarla de los cargos hechos por los de Venecia. Pero Rosell no era perito en asuntos de mar. Mr. Jurien de la Gravière ha compulsado las piezas del proceso, italianañs todas, en cargo y descargo. El Papa acusó agriamente al General del ala derecha; el P. Guglielmonti en Génova; el Conde de Biccari en Florencia; Gerolamo Diedo en Venecia; Bartolomeo Sereno en Monte-Casino, contemporáneos, se mostraron igualmente severos, siéndolo modernamente el Sr. Luigi Conforti (*I Napoletani a Lepanto*, Napoli, 1886), mientras que el general Benedicto Veroggio (*Giannandrea Doria alla battaglia di Lepanto*, Génova, 1886) defiende calurosamente á su compatriota. Diedo, solapadamente, apuntó haberse criticado á Juan Andrea que, en el momento del combate, quitase el fanal grande de popa, insignia de mando en jefe, con objeto de escribir, á manera de justificación, que lo hizo por ser el dicho fanal una obra artística, una esfera de cristal simulando la del cielo, regalo de Zenobia, que Doria estimaba mucho y no quería exponer á las balas. Alguien consignó que, al hacer D. Juan de Austria el reconocimiento del campo de batalla al dia siguiente, invitó á los demás Generales á almorzar, y les dijo lo harían en la Capitana de Doria por ser la única en que podía encontrarse la vajilla completa. D. Luis de Requesens, embajador en Roma, escribia á D. Juan de Austria, en 15 de Diciembre, que le costaba trabajo defender á Juan Andrea de las cosas extrañas que de él se decian, «y el Papa no hay remedio que pueda tragalle». La carta se halla en la Biblioteca Nacional, MS. G. 45, folio 134. Un concepto equivocado: el supuesto de la intención y política de Felipe II de perjudicar á Venecia tomando sobre sí el mayor peso y costo de la Liga, inclina al Sr. C. Manfroni á discutir las apreciaciones que hice en el libro *Desastre de los Gelves* diciendo: «Ad altri sentimenti fu ispirata la condotta di lui, nè io ho bisogno di ricordarli qui, chè ormai sono notissimi; nè Duro ha bisogno ch'io glie li accenni. Egli ha studiato a lungo la storia del regno di Filippo II, e nella *Colección de documentos inéditos* ha potuto esaminare centinaia di carte, in cui abbastanza chiaramente si fa cenno dei veri motivi, cui si ispirò G. Andrea; assai meglio di me, egli conosce ed apprezza la politica di Filippo II verso Venezia. Che gli Spagnuoli del secolo XVI abbiano voluto attribuire a paura l'allargarsi in mare dell' ammiraglio di fronte ad Ulugh-Ali; che molti degli Italiani di quel tempo l'abbiano ripetuto, si comprende e si spiega assai facilmente: ma non so capire come quest' accusa si riproduca adesso, dopo tanti studi e tanti lavori..... temoroso á Lepanto egli non fu, perchè ritraendosi obbedì ad ordini che aveva ricevuto de Madrid.»

Ni en la *Colección de documentos inéditos* ni en ningún otro he visto fundamento para esta estimación, que me parece errónea; por ello he disentido de las opiniones de D. Cayetano Rosell, como de todas las que disculpan el proceder de Juan Andrea. Varios escritores como el Sr. Manfroni aluden á las instrucciones secretas de Felipe II para esta jornada, así como para las del año anterior y el siguiente; pero ¿dónde están esos documentos? ¿Quién los ha visto?



Si se comparan con alguna detención las fuerzas de los combatientes, parecen del lado de los turcos más vasos, y suma de hombres superior, si bien las galeotas no podían oponerse á las galeras, y en éstas, separadas 40 ó 50 de fanal, que tenían de 150 á 200 soldados, tantos como las de la Liga, el resto reunía menos gente por la previsión de D. Juan en reforzar las venecianas. En armamento manual estaba también la ventaja de parte de los cristianos, provistos de arneses completos ó de coseletes, cascós y brazales, poco estimados entre los enemigos, y de más y mejor ejercitados arcabuceros. Los turcos conservaban apego al arco, razonando que mientras se cargaba una escopeta se disparaban 30 flechas, y que de bordo á bordo, á la corta distancia de la pelea, no era menor el efecto. Bien lo acreditaron en la acometida de Uluch-Alí, durante la que, en un momento, pusieron fuera de combate á la gente de algunas galeras embestidas, viéndose en una de Venecia quedar 16 hombres ilegos, y de los demás no pocos con tres y cinco flechazos. En la Real apenas había palmo de arrumbada, ó de palo ó bandera, que no semejara piel de erizo al acabar la batalla. Los arçabuces les desengañarían, sin embargo, disparados detrás de las pavesadas, que ellos no tenían. Otra diferencia de consideración produjo la providencia del Generalísimo mandando rebajar los espolones, pues la artillería gruesa causó mucho estrago, mientras que la de las galeras de Alí enviaba los proyectiles por alto. Hasta la circunstancia de reñir cerca de la costa suya les fué perjudicial, ofreciendo á los flacos la tentación de huir varando las naves. A cambio de lo expuesto, influían en su favor condiciones capaces de superar á todas las otras: la unidad de mando, la disciplina férrea y la práctica de los capitanes.

Las galeazas no causaron el efecto que se esperaba; sirvieron para desordenar la formación de los turcos y acelerar el movimiento de su cuerno derecho, sin hacer más que el primer disparo, que, á repetirlo cuando las galeras se mezclaron, tanto hubieran dañado á los amigos como á los contrarios.



De escuadra á escuadra, de notar es, pues que los historiadores lo notan, que las de España, distinguidas por los turcos con nombre de *ponentinas*, mejor armadas, mejor dirigidas en la navegación como en la pelea, parecieron superiores á las de Venecia, y llegado el momento del combate en que, como sucederá quizá en los del porvenir cuando figuren los acorazados y los torpederos, la energía y la habilidad de los comandantes hubieron de obrar aisladas contra las de los otomanos, engreídos y ciegos de furor, ninguna galera española fué rendida, antes bien, la que menos apresó una de las contrarias.

Don Juan de Austria permaneció tres días en Petala atendiendo á la curación de los heridos y al reparo de averías de las galeras, tanteando en el ínterin la opinión de los Generales coligados y aun de los suyos, que era distinta, dibujándose en los menos la tendencia de acometer alguna nueva empresa que acrecentara las proporciones de la victoria; los más se fundaban en la proximidad del invierno y en el consumo de vituallas al proponer la retirada. En Santa Maura, trasladada la flota, se verificó reconocimiento á fin de saber si con un golpe de mano sería fácil tomar el castillo: no era así; pareció que se necesitaban quince días para expugnarlo, certeza que acabó de unir á los consejeros en la idea de inviernar. El 23 pasaron á Corfú, adonde estaba todavía la escuadra de naves de vela, retenida por los vientos contrarios desde que se separó en Mesina. No había hecho falta, por dicha, y sirvió ahora para racionar las despensas vacías. Allí se hizo la distribución de las presas; se cambiaron los pláctimes y las despedidas, separándose las escuadras con rumbo cada cual á su patria respectiva.

La española tuvo que sufrir angustias todavía, sacudida durante el viaje por un temporal de equinoccio, que necesitó correr con mucho peligro por las galeras presas que las otras llevaban á remolque, y que por nada del mundo querían soltar y perder. Como iban aligeradas, alcanzaban en marcha á las delanteras, tocándolas con los espolones, y, al decir de un testigo, más daño hicieron sin turcos qué cuando desde



su bordo arrojaban toda especie de mortíferas armas¹. Pero no las soltaron los vencedores; pasada la borrasca, entrábanlas el 31 de Octubre en Mesina, dándoles el remolque por la popa, con las banderas arrastrando por el agua, á uso de triunfantes, ensordeciendo á la ciudad con los disparos de cañones y arcabuces, trompetería y vivas que no acababan.

Llegó al puerto entre la flota la Real de D. Juan de Austria, conducida por gala solamente, pues tal había salido del combate, quebrantada por los cañonazos y las embestidas la hermosa nave, joya del arte naval, que no pudo salir más á la mar².

En todas partes de la cristiandad se recibió la noticia con júbilo, aunque la satisfacción no igualara á la de las naciones actoras. El Pontífice, al conocer el primer resultado de la Liga, trabajosa obra suya, vertiendo lágrimas exclamó conmovido, repitiendo las palabras del Evangelista: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*. Ordenó solemnísimas fiestas en Roma; distinguió á Colonna con honores triunfales á la antigua, y al Generalísimo con el agasajo del *Pileum*, el estoque bendito³. En Madrid, en Venecia, en Nápoles, en las principales ciudades de España é Italia, á porfia, hubo festejos y loas, luciendo el genio de los poetas y de los artistas en obras destinadas á perpetuar la memoria del suceso⁴.

¹ Consigna el P. Miguel Servia, confesor de S. A. (*Relación de los sucesos de la armada de la Liga. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xi), que en las más de las galeras, creyéndose perdidos los tripulantes, hicieron votos de ir en romería, unos á Guadalupe, otros á Monserrate, quién á Loreto, quién á otras partes.

² Consta por dos cartas del Rey á su hermano. La segunda, fecha á 27 de Marzo de 1572, avisa que la galera Real nueva, que se construía en Barcelona, estaría lista, en concepto de navegar, á fines de Abril. Las esculturas y adornos se harían en Nápoles. *Dirección de Hidrografía, Colecc. Sáns de Barturell, Simancas*, art. 3.^o, números 245 y 250. Don Juan trataba del particular en carta á D. Sancho de Leyva, en Barcelona, con fecha 2 de Febrero de 1572. Biblioteca Nacional, MS. G, 45, folio 174, en unión de varios otros documentos relativos á la batalla de Lepanto.

³ Consérvese actualmente en el Museo Naval de Madrid.

⁴ Muchos escritos de circunstancias he catalogado en el libro referido *Tradiciones infundadas*, y en el capítulo que lleva por epígrafe «Cómo se celebró el triunfo de Lepanto» hay noticia de pinturas, esculturas, medallas, arcos, inscripciones, estam-



Bien lo merecía. Lepanto no recuerda una batalla entre tantas: en aquel teatro histórico acabó de mostrar D. Juan de Austria que los turcos no eran una excepción, como se entendía¹, infiriéndoles la herida que mató su poderío naval. Por de pronto la vendaron, consiguiendo diera el cuerpo señales de vida; mas desde aquel momento no volvieron á verse en el Mediterráneo occidental las armadas otomanas, y los moriscos de España y los corsarios de Argel perdieron el apoyo en que se sustentaban.

He transcrita la opinión de un Capitán general juzgando á D. Juan de Austria en la guerra de Granada; parécmeme oportuno hacerlo con la de un Almirante en la jornada de mar, dejando á su imparcial consideración la respuesta á los historiadores venecianos que adjudicaron á su marina la victoria alegando la superioridad numérica de los bajeles, sin tener en cuenta que, en el mal estado en que los presentaron, antes sirvieran de estorbo que de otra cosa á no cuidarse el Generalísimo de su transformación.

«Sin D. Juan de Austria—escribió Mr. de La Gravière,—y sin los soldados españoles, no hubiera batalla en Lepanto².» «A D. Juan pertenece incontestablemente la gloria del combate más grande de los tiempos modernos, no obstante la parte considerable que en él tuvieron los venecianos; sin él, la campaña de 1571 hubiera abortado lo mismo que la del

pas, comedias, romances, farsas, que sirven de testimonio de la emoción en los vivientes. Gráficamente ha reproducido bastantes monumentos Sir William Stirling-Maxwell en su obra, espléndidamente ilustrada, *Don John of Austria or passages from the history of the sixteenth century*. London, 1883, in two vols. De estos particulares trata igualmente el opúsculo del barón Giuseppe Arenaprimo di Montecchiaro, *La Sicilia nella battaglia di Lepanto*. Pisa, 1886.

¹ Fué la mayor ventaja de la batalla de Lepanto «el desengaño del mundo y de todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar». Cervantes, *Quijote*, parte primera, cap. XXXIX. Que se desengaño el Sultán, refiere un romance *Obra nuevamente compuesta* por Bartolomé de Flores, en la cual se trata del doloroso llanto que el Turco ha hecho por la pérdida y destrucción de su armada. Salamanca, 1572. Romance en 4 hojas, 4º.

² «Un juge des plus autorisés et des plus compétents me faisait remarquer que sans le soldats spagnols et sans don Juan d'Autriche, il n'y aurait jamais eu de bataille de Lépante. Tel a toujours été mon sentiment; je suis heureux de le voir partagé en si bon lieu.» Obra citada, t. II, pag. 8, nota.



año anterior¹.» «El cielo inspiró, ciertamente, al Santo Padre cuando hizo la designación del General en jefe de la Liga; con cualquiera otro que D. Juan—lo he dicho, y lo repetiré,—la jornada fuera estéril como las otras².»

¹ Obra citada, t. I, pág. x.

² Idem id., t. I, pág. 165.



Instituto de Historia y Cultura Naval



XI.

FIN DE LA SANTA LIGA.

1572-1574.

Segunda jornada.—Sale la Armada de Mesina.—Va á su encuentro Uluch-Ali.—Escaramuza en el Canal de Cérigo.—Llega el Generalísimo.—Reorganización de las escuadras en Gumeniza.—Su composición y fuerza.—Propone D. Juan de Austria forzar el puerto de Modón.—No viene en ello el Consejo.—Desembarco en Navarino.—Combate singular de D. Álvaro de Bazán.—Retiranse los coligados á invernar.—Los venecianos rompen las estipulaciones.—Conquista de Túnez.—Construcción de un fuerte.—Lo sitian y rinden los turcos, juntamente con el de la Goleta.—Destruyen uno y otro.



E lisonjeaba el Pontífice Pío V con la idea de atraer á la Liga, por efecto del triunfo sonado de Lepanto, á las naciones cristianas que anteriormente lo habían excusado, y de que la campaña de 1572 se abriría con más fuerzas y más temprano que la anterior, llegando en sus ilusiones á la conquista de Constantinopla, y aun á la de Tierra Santa. En lo primero le desengañaron los emisarios despachados con encargo de reiterar las instancias, sobre todo en Francia, á cuya política en modo alguno cuadraba la destrucción del Imperio otomano. Si de destruir el de España se tratara, fuera otra cosa, que á este fin se enderezaban sus intentos; así que, tratando de contrarrestar las ilusiones de la victoria, por allá se procuraba alentar á Selim, separar á Venecia de la Confederación, dar calor á los herejes de Flandes de consuno con Inglaterra, hacer diversión en las Indias con armada que se disponía en los puertos de Bretaña, é invadir á Navarra,



promoviendo alzamiento general de los moriscos¹. En lo segundo no menos se equivocaba el santo varón, toda vez que no había de consentir el Rey católico en el alejamiento de sus escuadras mientras los manejos, de que estaba al tanto, le hicieran presumir que podría necesitarlas á la mano.

Entró, pues, la primavera, hallando á D. Juan de Austria prevenido é impaciente, pero inactivo, en Mesina, en espera de órdenes, por los diplomáticos también retardadas, ya que no acordaban si las operaciones habían de dirigirse contra Berbería, como parecía natural á los comisarios de España, si se continuarian en el Archipiélago, alentando á los cristianos de Morea, de Albania, de las provincias que hoy constituyen el reino de Grecia, determinados desde entonces á formarlo, ó bien si, término medio, irían á Levante las naves venecianas, consideradas bastantes por sí solas para hacer frente á las que el Turco reuniera, y las del Rey de España acometerían empresa en Argel ó Túnez.

Antes que la discusión se orillara ocurrió la sensible muerte del iniciador de la Liga, de Pio V (Mayo de 1572), complicación de naturaleza suficiente para decidir á D. Felipe á detener su armada en Mesina y optar por lo de Argel, si rompimiento de franceses no lo impedía, dando largas á los venecianos hasta no saber si el Papa que se eligiera patrocinaría la cruzada como el antecesor².

Los diplomáticos de la Señora del Adriático tenían su manera especial de considerar las cosas, y aun de contarlas. Según ellos, los intereses del rey Felipe eran muy otros que los que impulsaban al Pontífice y á la República; él, egoísta, no admitía que la Liga se hubiera formado en beneficio exclusivo de los venecianos, sosteniendo ser confederación de cristianos contra sectarios de Mahoma; él no veía de buen

¹ *Mémoirs du Duc de Caumont de la Force*, citadas por Mr. Jurien de la Gravière, obra dicha, t. II, pág. 255.

² Cartas del Rey á D. Juan de Austria, *Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 3.^o, números 253, 254, 255, y *Relación de lo que pasó al secretario Juan de Soto con el Embajador de Venecia en una plática que tuvieron en Palermo á 17 de Marzo de 1572*. Publicada por Galindo y de Vera, obra citada, pág. 389.



grado, ni quería ayudar al aniquilamiento de la armada turca, porque daría pujanza á la de Venecia; él, con aviesa intención, había ratificado el convenio de las tres potencias, contando con emplear sus fuerzas navales de manera que anularan cualquier propósito de las coligadas.

Muchas pruebas (siempre, según ellos) acreditaban la mala fe del Monarca español. La honrosa acogida que dispensó á Juan Andrea Doria acabada la campaña de 1570, daba á entender que no sin orden y aprobación suya procedió, estorbando el socorro de Chipre. Volvió á colmar de honores á este General tras la batalla de Lepanto, donde se condujo como todos saben, mientras reprendía á su hermano por arriesgar la Armada, y no disimuló el disgusto que le produjo la victoria, ni dejó de influir en el reparto de la presa, en que los españoles se adjudicaron la parte del león.

Estas indicaciones someras apenas reflejan la malévola disposición extendida en las historias venecianas, y no dan idea de los argumentos artificiosos con que se abrieron camino por Europa, cuando tan fácil hubiera sido atajárselo. Si egoísta se llama la pretensión de sacar algún provecho del armamento á que el Rey católico contribuía por suma igual á la aportada por las otras dos partes juntas, ¿qué nombre tendrá la encaminada á la desatención en absoluto de tantos cuidados en el Océano y en el Mediterráneo para cubrir tan sólo las posiciones vulnerables de la Señoría? Y de cualquier manera, siendo inconveniente ó sospechosa siquiera la gestión de las armas de D. Felipe, ¿por qué con tanto empeño se solicitaba? ¿Por qué, sin dar espacio á la elección del sucesor de San Pío, pretendía Venecia que el Colegio, en Sede vacante, determinara, y que acatadas fueran sus decisiones?

Hacer cargos por dilación ó demora en la reunión de bailejos suponiendo por causa la mala fe, equivale á reconocerse ignorantes de su organización y de los sucesos en que antes habían intervenido. ¿Hubo objeto secreto en el socorro de Orán y en la liberación de Malta? ¿Cuánto se tardó en juntar las bandas de galeras, con estar ambos puntos tan cercanos?



No mejor se aprecia el carácter del Rey porque no desautorizara públicamente la conducta de Juan Andrea Doria en Castel Rosso y Lepanto. Peor que él lo hizo D. Sancho de Leyva en el Peñón; peor lo hicieron otros sin recibir censuras del Soberano, severísimo en casos particulares¹, bien es verdad que, aun en los tiempos presentes, se juzga todavía sin los debidos fundamentos á su persona².

Cuando la elección de Pontífice fué conocida; cuando Gregorio XIII proclamado en Roma ratificó los convenios y confirmó en el mando de la escuadra pontifícia á Marco Antonio Colonna, empezaron en realidad las disposiciones para la jornada, definitivamente resuelta á Levante por gestión de D. Juan de Austria, el 4 de Julio «teniendo el Rey católico más cuenta en lo que tocaba á la conservación de la Liga que á sus propios Estados»³.

Por la Señoría de Venecia se dió al Generalísimo la satisfacción de sustituir al irascible Veniero con Jacobo Foscariini, y al difunto Barbarigo con Jacobo Soranzo. En la ar-

¹ Los ejemplos del Duque de Medina Sidonia después del desastre de la jornada de Inglaterra, y de D. Juan de Aguilá, conocidos los motines de Bretaña, hacen fe. El mismo Juan Andrea no recibió significación de desagrado por la vergonzosa acción de los Gelves.

² Á mi parecer, influido por los escritores venecianos del tiempo, desconoce asimismo el valor de los documentos de descargo un historiador sesudo, un crítico profundo, el citado repetidamente Sr. Camilo Manfroni, profesor de Historia en la Escuela naval italiana de Liorna, que ha prestado un servicio especial á las letras dando á luz las relaciones dirigidas al Papa Gregorio XIII y al Cardenal Ministro de Estado por Marco Antonio Colonna, hasta ahora guardadas en el archivo del Vaticano, comentándolas en libro titulado *La Lega cristiana nel 1572, con lettere di M. Antonio Colonna*, Roma, 1894, obra de necesidad para el estudio de la jornada. Tratando de la buena fe en política, dice Sir W. Stirling-Maxwell, varias veces citado:

«The League was accepted by the Doge and Senate not so much on account of the advantages which it offered as because of the impossibility of concluding peace on reasonable terms with Sultan Selim.» El Dux y el Senado aceptaron la Liga, no tanto por las ventajas que pudiera reportar á Venecia, como por la imposibilidad de conseguir del sultán Selim la paz con condiciones razonables.—(*Don John of Austria*, t.-I, pág. 343.)

³ Cartas del Rey á D. Juan y de éste á Su Santidad en 22 de Julio. La misma Colección, art. 3, núm. 349. Manifiesta D. Felipe que, á pesar de no ir bien lo de Flandes ni lo de Francia, atendiendo al parecer de su hermano, ha decidido perseverar en la Liga.



mada española fué principal novedad el nombramiento de D. Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa, lugarteniente de D. Juan, en vez del Comendador mayor, que pasó á otro cargo.

El 7 de Julio, arbolando las insignias de la Liga el general pontificio Colonna, zarparon al fin de Mesina 13 galeras de su escuadra, 16 venecianas del mando de Soranzo y 18 españolas á cargo de Gil de Andrade, uniéndose en Otranto otras cuatro del Marqués de Santa Cruz; y sin esperar la infantería, que no estaba en disposición de embarcar, hicieron rumbo á Corfú, donde aguardaba Foscarini con el grueso de la armada de Venecia. «Marco Antonio dió cuenta de las justas causas que forzaban al Rey de España á divertir parte de la fuerza preparada para la Santa Liga y ordenar que el serenísimo D. Juan quedase con ella para seguridad de sus reinos, advirtiendo que, no obstante el peligro que éstos corrían, S. M. había desmembrado una banda de galeras y enviádola en su ayuda con la persona del Sr. Gil de Andrade, y declaraba que, tan pronto como fuese posible, el señor D. Juan acudiría con toda la armada» ¹.

Manifestó asimismo el General que, habiendo rogado al Sr. D. Juan le diera por escrito su opinión acerca de la campaña, lo había hecho recomendando la reunión en Corfú y correr de allí la costa de Turquía provocando al enemigo á batalla sin entretenérse en expugnar plazas fuertes, bien reforzados los bajeles..... «porque, como se ha visto por experiencia, el número de la gente es el que pelea, y de lo que sobra todo se ha de hacer mucho caso. Y á este propósito se dice que ninguna galera lleve menos de 150 soldados, ultra de la gente que trae de ordinario» ².

Por rareza se estimó el consejo ajustado á los deseos de los coligados, y se acordó por los otros Generales ponerlo en

¹ *Narrativa di quanto è successo dalla partita di Corfu fino alli, xi agosto al Cerigo*, escrita por M. A. Colonna, y transcrita por el Sr. Mansroni en el citado libro *La Lega cristiana nel 1572*, pág. 76.

² Parecer de S. A. de lo que podría hacer la armada de la Liga el año presente, que va á Levante á cargo del Sr. Marco Antonio. Idem, id., pág. 72.



práctica, hallándose en Corfú con 125 galeras, seis galeazas y 20 naves gruesas, sin contar las menores, y con noticias, si bien contradictorias respecto al número de vasos de los turcos, conformes en que los tenían mal armados, faltos de remeros y con soldados bisoños.

En realidad, durante el periodo de espera ¹, nombrado Uluch-Alí general de la mar por Selim, poniendo en juego los recursos del Imperio y los de su imaginación rica, había lanzado al agua 130 galeras nuevas que, con las escapadas de Lepanto y las de corsarios auxiliares, sumaban 200; esfuerzo sorprendente para los que creían por completo hundida y acabada la marina otomana. Desde un principio tuvieron empleo estos barcos, apostados convenientemente, en refresnar á los griegos, sofocando las chispas de su entusiasmo; juntáronse al tener noticia del avance de los cristianos, encontrándolos Uluch-Alí, antes de lo que pensaba, sobre la isla de Cérigo.

Marco Antonio, una vez conocida la disposición de Foscarini, se había trasladado con la armada al puerto de Gomeniza, y allí le alcanzó un despacho de D. Juan dando por fenecidas las causas de su detención y anunciando la salida de Palermo para Corfú el 19 lo más tarde. En los días que habían de pasar hasta su llegada creía conveniente no emprender cosa que pudiera poner en peligro la reputación, sino preparar lo que fuera necesario, estando á la mira para estorbar que la armada del turco hiciera daño en tierras de venecianos.

Así Foscarini como Andrada creyeron interpretar con Colonna los deseos de D. Juan adelantando hacia Cérigo, y he aquí cómo en la noche del 4 de Agosto tuvieron aviso

¹ A él corresponden estas nuevas. Aquí se contienen cuatro nuevos acontecimientos. El primero la perdición y fin de un muy valeroso turco con sesenta naves de remo en Malta la vieja. El segundo la venida y conversión de Cide Muza, alcaide de Alarcos y de Alcazarquivir. Los otros espirituales.... todos nuevamente acontecidos y contadas sus historias en llano verso, por Gaspar de la Cintera, privado de la vista, natural de Úbeda y vecino de Granada.—Impreso en Córdoba, y por el mismo original en Toledo, año de 1572 años; 4 hojas en 4.^º



de la inmediación del enemigo. Contando los turcos doble número de bajeles de remo, se aproximaron á reconocer bien la disposición de los contrarios, que era ésta. Colonna, arbolando la insignia de la Liga, ocupaba el centro de la línea, reforzado por Foscarini y por Gil de Andrada; el ala derecha iba al mando de Soranzo; al de Canale la izquierda, y al de D. Juan de Cardona la reserva, sumando los cuatro cuerpos 139 galeras¹. A vanguardia, en línea separada, formaban las seis galeazas y 20 naves.

Comprendiendo Uluch el empuje que habría de sufrir de las naves con el viento que las favorecía, habiendo probado el alcance y efecto de los cañones largos, maniobró con habilidad, ya tratando de situarse á barlovento y separar los dos cuerpos, ya amagando al cuerno izquierdo, á fin de que hacia aquel lado girasen las otras escuadras y le abrieran paso hacia retaguardia.

Tres días anduvieron á la vista, procurando los cristianos combatir, persistiendo los turcos en la idea de doblar cualquiera de las alas e interponerse entre la armada y la isla de Corfú, donde suponían á la de D. Juan, arrimándose el día 10 á tiro de cañón, con lo que se creyó cierta la refriega; pero Uluch-Alí la rehusó, ciando sus galeras sin volver las proas.

Conocióse entonces que no sería fácil llegar con él á las manos, ya que, buen juez, apreciaba la inferioridad de su gente novel, picada de pestilencia. Lo que hacia por sistema era seguir los movimientos de los otros y embarazarles, atento á cualquier descuido.

¿Qué hacer? Los venecianos querían continuar sobre Cérigo, protegiendo desde allí á Candía, al paso que Colonna y Andrada, pensando en el peligro que correría don Juan en el caso de lograr el paso Uluch-Alí y de encontrarle con las 54 galeras que traía, opinaban por el retroceso de la armada hasta unirse con su jefe. A este propósito escribió D. Juan, con lo que la navegación se hizo, y llegaron á juntarse en Gumeniza 194 galeras, 45 naves, ocho galeazas,

¹ Según el P. Serviá, 145; según Pedro de Aguilar, 164, y los turcos, 280.



agregadas dos del Duque de Florencia, y 25.000 hombres de desembarco. En Sicilia había quedado Juan Andrea Dória con 49 galeras; en Barcelona, D. Sancho de Leyva, con ocho, por lo que pudiera ocurrir.

Reunido el Consejo de Generales, se presentó la cuestión misma de los años anteriores: el Generalísimo juzgaba débil el armamento de las galeras venecianas y consideraba conveniente que embarcaran un suplemento ó refuerzo de infantería española; Foscarini, alegando órdenes terminantes de la República, lo rehusaba, en términos que hubiera producido disgustos serios á no mediar Marco Antonio Colonna, dignísimo representante del promovedor de la Liga, en cierto modo regulador de susceptibilidades en aquella máquina. Propuso cubrir con soldados á sus inmediatas órdenes, de los que estaban á sueldo del Pontífice, las necesidades de los bajeles de la Señoría, término que fué por todos aceptado.

Acuerdo inmediato y principal fué navegar hacia Levante en busca del enemigo, lo que se hizo destacando á las naves de vela á la isla de Zante y reorganizando las escuadras de remo en cuatro cuerpos, como el año anterior: derecha, al mando de D. Álvaro de Bazán, con 50 galeras; batalla, en que asistían con sus personas los Generales del Papa y de Venecia, sumando 63; izquierda, á cargo de Soranzo, con 52; socorro, regido por D. Juan de Cardona, con 29. En el orden de marcha navegaba á vanguardia el general de la religión de San Juan, Pedro Giustiniani, con seis galeras y dos galeotas, y al pasar al de combate se incorporaban á las alas, saliendo entonces al frente las galeazas.

Instrucción dada por D. Juan de Austria en el puerto de Gumenizas, á 9 de Septiembre de 1572, del orden que la armada de la Liga ha de tener en el caminar y pelear.

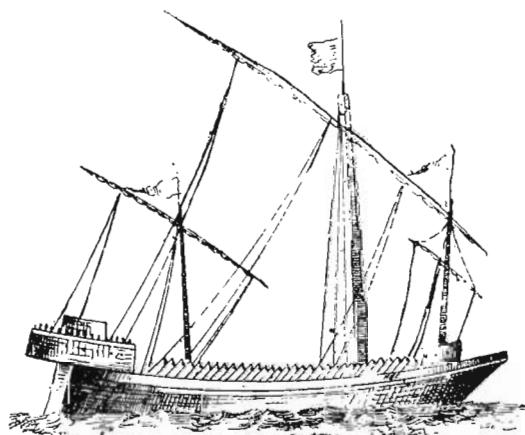
VANGUARDIA.

AL MANDO DE PEDRO JUSTINIANO, GENERAL DE LAS GALERAS DE SAN JUAN.

Galeras.

Capitanes.

<i>Capitana de San Juan</i>
<i>San Pedro</i> , de idem
<i>Santiago</i> , de idem
<i>Colonna</i> . de Venecia.....	Juan Malipiero.



Galeaza veneciana en Lepanto,
según un manuscrito del archivo de Simancas.



Instituto de Historia y Cultura Naval



Galeras.

<i>Santa Catalina</i> , de idem.....	Francesco.
<i>Rocafulla</i> , de España.....	Ortuño.
<i>Galeota</i>	Escipión Ursino.
<i>Galeota</i>	Francisco de Mesina.
Seis galeras y dos galeotas.	

Capitanes.

CUERNO DERECHO.

AL MANDO DE D. ÁLVARO DE BAZÁN, MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

<i>Capitana</i> de Nápoles.....	D. Alonso de Bazán.
<i>Capitana</i> de idem.....	Pedro de Urbina.
<i>Renegada</i> , de idem.....	Juan de Rivadeneyra.
<i>Tirana</i> , de idem.....	Juan Pérez de Morillo.
<i>Bazana</i> , de idem.....	Simón Goro.
<i>Cristo</i> , de Venecia.....	Juan de Simancas.
<i>Marquesa</i> , de Nápoles.....	Francisco de Molina.
<i>Águila</i> , de Venecia.....	Francisco Hernández de Perea.
<i>Constanza</i> , de Nápoles.....	Nicolo Donado.
<i>San José</i> , de Venecia.....	Pandulfo Strozi.
<i>Santa María</i> , del Papa.....	Nadal Veniero.
<i>León</i> , de Venecia.....	Hércules Balotta.
<i>Pisana</i> , del Papa.....	Andrea Soriano.
<i>Monte</i> , de Venecia.....	Nicolo Vidali.
<i>Grulla</i> , de idem.....	Fabio de Mari.
<i>Capitana</i> de Estéfano de Mari.....	Christóforo Lucich Sebenzano.
<i>Pez</i> , de Venecia.....	Carlo Contarini.
<i>Nuestra Señora</i> , de idem.....	Luis Gamba.
<i>Patrona</i> de Lomelín.....	Marino Seguri.
<i>Mujer</i> , de Venecia.....	Antonio Palavísino.
<i>Lomelina</i>	Francisco Comaro.
<i>Cristo</i> , de Venecia.....	Silvestre Marqueto.
<i>Vigilanza</i> , de Sicilia.....	Quirini.
<i>Capitana</i> de Venecia.....	Felipe Pasqualigo.
<i>Oso</i> , de idem.....	Pedro de Juan.
<i>Cometa</i> , de Sicilia.....	Antonio Bono.
<i>Corazón</i> , de Venecia.....	Hieronimo de Mesa.
<i>Porfiada</i> , de Sicilia.....	Francisco Dondole.
<i>Fortuna</i> , de Venecia.....	Diego López de Baños.
<i>Higuera</i> , de España.....	Andrea Bragadin.
<i>Cristo Resucitado</i> , de Venecia.....	Luis Baloz.
<i>Magdalena</i> , de idem.....	Juan de Loaysa.
<i>Princesa</i> , de Nápoles.....	Francisco Zancarol.
<i>Cristo Resucitado</i> , de Venecia.....	Rodrigo de Cuastegui.
<i>Florida</i> , de Nápoles.....	Dario de Cefalonia.
<i>Mujer</i> , de Venecia.....	Pero Ortiz.
<i>Mendoza</i> , de España.....	Dominico Polani.
<i>Cuernos de Ciervo</i> , de Venecia.....	Jorge Galloto.
<i>Fortuna</i> , de idem.....	Lorenzo Rozo.
<i>Patrona</i> de Grimaldo.....	Juan Malipiero.
<i>Colonna</i> , de Venecia.....	Francesco.
<i>Santa Catalina</i> , de idem.....	Juan Ruiz Esquiri.
<i>Victoria</i> , de Nápoles.....	Leonardo Mucenigo.
<i>Montaña</i> , de Venecia.....	Sancho Ruiz.
<i>San Juan</i> , de Nápoles.....	Ortuño.
<i>Rocafulla</i> , de España.....	Martín de Echaide.
<i>Capitana</i> de Juan Vázquez Coronado.....	
50 galeras ¹ .	

¹ Los nombres no suman más que 47.



ARMADA ESPAÑOLA.

BATALLA.

D. JUAN DE AUSTRIA.

Galeras.

Capitanes.

<i>La Real</i>	
<i>Patrona Real á popa</i>	Diego de Mendoza.

CUERNO DERECHO DE LA REAL.

<i>Capitana de Su Santidad</i>	
<i>Capitana de la religión de San Juan</i>	Antonio Doria.
<i>Capitana de Nicolo Doria</i>	Conde de Landriano.
<i>Capitana de David Imperial</i>	Francisco de Benavides.
<i>Patrona de Nápoles</i>	Juan Barbarigo.
<i>Reina</i> , de Venecia.....	D. Bernardino de Velasco.
<i>Capitana de</i>	Fabio Galera.
<i>Elbigina</i> , del Papa	Alfonso Apiano de Aragón.
<i>Patrona de idem</i>	Castillo.
<i>Griegia</i> , de España.....	Francisco Mengano.
<i>Mundo</i> , de Venecia.....	Manuel de Aguilar.
<i>Luna</i> , de España.....	Juan Cicogna.
<i>Nuestra Señora</i> , de Venecia.....	Diego Ortiz.
<i>Napolitana</i> , de Nápoles.....	Baptista Morelo.
<i>Mujer</i> , de Venecia.....	Juan de Alvarado.
<i>Hidra</i> , de Nápoles.....	Luis Pasqualigo.
<i>Cristo</i> , de Venecia.....	Cristóbal de Munguía.
<i>San Nicolás</i> , de Nápoles.....	Juan de Morales.
<i>Envidia</i> , de Nápoles.....	Francisco Bono.
<i>León</i> , de Venecia.....	Juan de Vergara.
<i>San Jorge</i> , de Nápoles.....	Juan Ruiz de Velasco.
<i>Santa Catalina</i> , de idem.....	Horacio Frisono.
<i>Santa Eufemia</i> , de Venecia.....	Baltasar de Arana.
<i>San José</i> , de Nápoles.....	Nicolo Triboli.
<i>Galera del Conde de Condyaní</i>	Jacobo Bacaro.
<i>Oso</i> , de Venecia.....	Príncipe de Parma.
<i>Turca</i> , de Nápoles.....	
<i>Capitana de Lomelin</i>	

CUERNO SINIESTRO DE LA REAL.

<i>Capitana de Venecia</i>	
<i>Capitana de idem</i>	Marco de Molin.
<i>Sicilia</i> , de Sicilia.....	Jaime Losada.
<i>San Nicolás</i> , de Venecia.....	Colone Edrasio.
<i>Cristo</i> , de idem.....	Juan Cen.
<i>Sobrana</i> , de España.....	Torres.
<i>Cristo</i> , de Venecia.....	Vandramin.
<i>Cardona</i> , de Sicilia.....	Juan de Orta.
<i>León</i> , de Venecia.....	Nicolo Fradelo.
<i>Luna</i> , de idem.....	Julio Roza.
<i>San Pedro</i> , de Malta..	Matheo Cornari.
<i>Mujer</i> , de Venecia.....	
<i>Santiago</i> , de Malta.....	Lorenzo Veinel.
<i>Palma</i> , de Venecia.....	Juan de Alzate.
<i>San Bartolomé</i> , de Nápoles.....	Reni Creen.
<i>Hércules</i>	Pedro Pisani.
<i>Santa Catalina</i>	Andrea Cornero.
<i>Cristo</i> , de Venecia.....	



Galeras.

Mujer.....
León, de Venecia.....
Cruz, de idem.....
Mundo, de idem.....
San Cristóbal.....
Mano, de idem.....
Rueda, de idem.....
Gallo, de idem.....
Mundo, de idem.....
Serpiente, de idem.....
Ángel, de idem.....
Capitana de Gil de Andrada.....
Patrona de Sicilia.....
63 galeras. (Incorporadas tres de vanguardia.)

Capitanes.

Felipe Polani.
Pedro Pisani.
Nicolo Pasuol.
Nicoio Mundini.
Juan Micael Bricamano.
Andrea Trono.
Stelio Calchopulo.
Luis Jorge.
Gabriel del Canal.
Luis Bembo.
Daniel de Molin.
Leonardo Zanoguera,
Paulo Jordán Ursino.

CUERNO IZQUIERDO.

AL MANDO DEL PROVEEDOR SORANZO.

Capitana de Soranzo.....
San Teodoro, de Venecia.....
Galana, de idem.....
Capitana de Grimaldo.....
Mujer Armada, de Venecia.....
Mongibelo, de idem.....
Cristo Resucitado, de idem.....
Fama, de Nápoles.....
Verdad, de Venecia.....
San Juan, del Papa.....
San Juan, de Venecia.....
San Pedro, del Papa.....
San Pedro, de Venecia.....
San Pablo, del Papa.....
Muchacho, de Venecia.....
Brava, de Nápoles.....
Arco, de Veneçia.....
San Cristóbal, de idem.....
Cristo Resucitado, de idem.....
Cristo, de idem.....
Patrona de Nicolo Doria.....
Galera, de Venecia.....
Nuestra Señora, de idem.....
Patrona de David Imperial.....
San Pablo, de Venecia.....
Cruz, de idem.....
Santa Catalina, ac. Tocai.....
Victoria, del Papa.....
Cristo Resucitado, de Venecia.....
Galera, de idem.....
Cristo, de idem.....
Cristo Resucitado, de idem.....
Ninfa, de idem.....
Espíritu Santo, de idem.....
Águila, de idem.....
Palma, de idem.....
Cristo Resucitado, de idem.....
Fortuna, de idem.....
Caballo Sierpe, de idem.....

Teodoro Balvi.
Angelo Soriano.
Jacobo de Lorenzo.
Daniel Pasqualigo.
Bertuci Contarini.
Francisco Cornero.
Juan de las Cuevas.
Juan Bembo.
Antonio Pleto.
Juan Maconigo.
Federico de San Jorge.
Pedro Baduel.
Comendador Buchii.
Mario Ruimacho.
Miguel de Quesada.
Pedro Cane.
Alejandro Contarino.
Jorge Calergi.
Federico Nani.

Marco Antonio Beniel.
Marco Antonio Pisani.
Nicolo Delio.
David Bembo.
Juan Antonio Canale.
Francisco Bono.
Bachio Guarri de Pia.
Ludovico Cicuta.
Vicencio Benedetto.
Juan Baptista Quirini.
Sebastian Priuli.
Daniel Tron.
Marco Cimera.
Theodoro Payale.
Lucas Chiatuech.
Antonio Pasqualigo.
Hierónimo Corne!!.
Antonio Canale.



Galeras.

Mujer, de idem.....	
Galera, de idem.....	
Falcón, de idem.....	
Bandera, de idem.....	
Galera, de idem.....	
Angel, de idem.....	
Dos Cruces, de idem.....	
Palla, de idem.....	
Guzmána, de Nápoles.....	
Gitana, de idem.....	
Capitana del proveedor Canale.....	
52 galeras.	

Capitanes

Paulo Nani.
Marco Antonio Quirini.
Nicolo Lipomani
Felipe Lione.
Nicolo Traga Piera.
Juan de Meco.
Jorge Colerge.
Jorge Sanguinazo.
Francisco de Ojeda.
Gabriel de Medina.

ESCUADRA DEL SOCORRO.

AL MANDO DE D. JUAN DE CARDONA.

Capitana de Sicilia.....	Escipión Vasallo.
San Juan, de idem.....	Juan de Boneta.
San Sebastián, de idem.....	
Catalina, de idem.....	
San Lorenzo, de idem.....	Lope de Figueroa.
Ocasión, de España.....	Pedro de los Ríos.
Granada, de idem.....	Antonio de Chavarria.
San Juan, de Venecia.....	Pedro Baduer.
Ventura, de Nápoles.....	Juan de Pantoja.
Sol, de Venecia.....	Simón Salomón.
Sagittaria, de Nápoles.....	Martín Pirola.
Galera, de Venecia.....	Antonio Meloyan.
Cristo Resucitado.....	Marco Molin.
Fortuna, de Nápoles.....	Diego de Medrano.
Sol, de Venecia.....	Alejandro Vizamán.
San Felipe, de Nápoles.....	Tomás de Aldana.
Capitana de Comdenadi, de Venecia.....	
Esperanza, de Nápoles.....	Pedro del Busto.
Paz, del Papa.....	Jacobo Antonio Palfruquio.
Luna, de Nápoles.....	Juan Rubio.
Armiño, de Venecia.....	Pedro Gradenigo.
Serena, del Papa.....	Angelo Bifolí.
Furia, de Lomelin.....	Jacobo Chape.
San Teodoro, de Venecia.....	Marco Antonio Pisani.
Victoria, de Lomelín.....	Nicolo Vergenzo.
Trinidad, de Venecia.....	Contarini.
Grifona, del Papa.....	Alejandro Negrini.
Diana, de Nápoles.....	Antonio de Castro.
Capitana de Bendineli.....	
29 galeras.	

Ocho galeras á vanguardia.

Archivo de Simancas.—Estado.—Leg 1.134. Publicada en extenso en las *Tradiciones infundadas*, pág. 612.

Hubo noticia de estar divididos los bajeles enemigos, parte en Modón, parte en Navarino, y se hizo á la mar la impetuosa flota con propósito de bloquearlos desde la isla Sapienza, que cae entre los dos puertos, recalando erróneamente.



mente al amanecer; mas no era Uluch-Alí hombre descuidado de los que se dejan sorprender teniendo tan cerca al adversario: reconcentró á tiempo todas sus galeras en el primero, defendido en la boca por baterías y en el interior por el castillo de San Nicolás, sin considerarse encerrado. Cuando por cualquiera de los movimientos de los católicos se extendía ó desordenaba su formación; cuando avanzaban en reto galeras sueltas, como lo hicieron con sus capitanas Colonna y Quirino, sacaba al punto la flota ó parte de ella, maniobrando y escaramuzando.

Una de las veces se formalizó el cañoneo por haberse apartado Soranzo del cuerpo de batalla á distancia en que pensó el turco cortarle algunos buques atrasados, lo que sucediera sin la prontitud con que D. Alvaro de Bazán cubrió el flanco cayendo sobre los contrarios de modo que, por no ser á su vez separados de tierra, forzaron la boga retirándose¹.

Desde aquel momento se entendió no ser cosa fácil obligar á batalla á los otomanos, y que sería preciso discurrir otra empresa en que no se perdiera el tiempo. Don Juan juzgaba la mejor forzar el puerto, acallando las baterías de la boca con otras flotantes formadas sobre galeras, como las que años atrás empleó D. García de Toledo en el sitio de Mehedia. A las objeciones de los colegas respondía que, habiendo sufrido en Lepanto más de 6.000 cañonazos con poco daño, no eran mucho de temer los que les tiraran los fuertes en el tiempo que tardaran en mezclarse, yendo á boga arrancada.

Realmente, sólo con las galeazas, que montaban 320 piezas, se hubiera podido intentar la acción con probabilidades de buen suceso, sobre todo en los primeros días en que, ate-morizados los turcos, teniendo la playa á la mano, hubieran quizá abandonado las galeras con poca resistencia; mas la oposición de naves y galeras á baterías de tierra pareció á los Generales del Papa y Venecia temeridad sin ejemplo,

¹ El MS. de la Academia de la Historia, publicado en su *Boletín*, t. XII, refiere éste y otros incidentes, á que no descienden las narraciones generales.



que no se sentían capaces de dar, cargando con responsabilidad tan grande; resistieron, por consiguiente, á las instancias del Generalísimo, dando tiempo á que Uluch formara baterías nuevas con los cañones de las galeras¹.

Llenando su aguada los cristianos en el puerto inmediato de Navarino, ya que desembarcaran soldados á proteger la faena, hicieron reconocimiento de la ciudad y fortificación de harto pequeña importancia ante el considerable armamento; sin embargo, por complacer al General de venecianos, encargóse al Duque de Parma que la expugnara con 8.000 hombres y 12 piezas de batir, haciéndolo el 2 de Octubre; mas al tercero día cambiaron los jefes de opinión comprendiendo que gastarían más tiempo de lo que la posición valía.

Al cumplirse el aniversario glorioso de Lepanto, el 7, se tuvo un instante esperanza de celebrarlo con segundo triun-

¹ Entiéndase que esta versión es de fuentes españolas; las italianas en general, y las venecianas especialmente, cuentan las ocurrencias de distinto modo. En ésta, por ejemplo, escribió Paruta y ahora reproduce el Sr. Manfroni, opinó Foscarini que se podía arriesgar la entrada de Modon, ofreciéndose á marchar en cabeza con su galera para abrir camino á las demás. Don Juan rechazó la propuesta por ser formidables las baterías, y ordenó la retirada hacia Navarino.—Obra citada, página 116. Traduciré aún el parecer de sir W. Stirling, por estar conforme con nuestros papeles:

«Desde el primer reconocimiento de Modón se separó D. Juan de las opiniones que prevalecían en su consejo respecto á la manera de atacar á aquella fuerte posición. Varios de sus miembros creían locura el intento de acometer al lugar en que el arte había aumentado la fuerza natural estando la estación tan adelantada. Otros proponían ideas que le parecieron inaceptables. Su plan era forzar la entrada del puerto con las galeras, exponiendo que lo peor que podría suceder era que echaran á fondo tres ó cuatro de ellas, tras lo cual apagarián los fuegos de las baterías y tendrían presa fácil. Los autores de otros proyectos no prestaron oídos al del Generalísimo. Foscarini propuso también un medio de forzar la entrada, ofreciéndose á marchar en cabeza; pero ni D. Juan se conformó con él, ni con el de D. Juan se conformó Foscarini, y la mayoría se inclinó del lado de los que no querían emprender nada. Los informes que tenemos no son suficientes para formar juicio exacto del conflicto que hubo de producir la diversidad de pareceres: es de suponer que D. Juan respondería á las objeciones hechas á su proyecto que tres ó cuatro galeras echadas á pique en un canal estrecho podían obstruir el paso á las otras; pero es evidente que el arranque y confianza de los turcos habían bajado mucho después de Lepanto, y es presumible que un ataque atrevido y hábilmente enderezado les hubiera inclinado más bien á la fuga que á la resistencia.» (*Don John of Austria*, t. I, pág. 498.)



fo, consiguiendo el combate. Fuera que á la vista de Modón se presentara casualmente, como algunos dicen, una nave española que desde Corfú venía á la armada; fuera echadiza por añagaza, cual otros quieren, salió de Modón á interceptarla una banda de galeras turcas, y contra éstas acudieran al punto otras tantas cristianas. Maniobrando en contraposición se trabó escaramuza que atrajo á la completa fuerza de ambos lados. De haber logrado Soranzo interponerse con la tierra, como lo intentó, era la batalla necesaria. Uluch, siempre alerta, prefirió que sus cuarenta galeras avanzadas corrieran la suerte, cobrando con las demás el acceso del puerto, y lo consiguieron las otras huyendo ligeras de la persecución. Una sola, gran bajel de fanal gobernado por un nieto de Barbarroja, revolvió la proa hacia las cazadoras; y yendo la del Marqués de Santa Cruz á su cabeza, con ella embistió.

Cual en los tiempos caballerosos de la Edad Media, en que dos campeones lidiaban al frente de las huestes por renombre mejor, suspendida la boga de una parte y otra, presenciaron inmóviles el espectáculo de aquel combate singular, con igual aliento, al parecer, comenzado. La galera turca llevaba 220 remeros; soldados, 250, los 100 genízaros: cifras que muestran era de las mayores y principales, como al exterior los indicaban la insignia de mando, los tendales, banderas y aljubas de tela de oro y seda. La pelea duró poco más de media hora, bordo á bordo, acabando con la muerte del valeroso Bey y de 100 soldados suyos. En la de D. Alvaro de Bazán, nombrada la *Loba*, murieron el sotacómite y seis marineros ó soldados, ascendiendo á 30 los heridos, entre ellos, muy grave, D. Luis Enriquez, hijo del Marqués de Alcañices¹.

¹ Don C. Rosell presume que la galera turca fué alcanzada incidentalmente por la del Marqués; no así el MS. de la Academia de la Historia, y conforme con él, como eco de la voz pública, dice el romance escrito por Pedro de Padilla:

«Al turco piden los suyos,
Viendo que el Marqués le alcanza,
Que huya hacia Modón,
Porque con esto se salva:



La rendición y presa de una galera constituyó el efecto de la armada de la Liga en esta campaña, donde lucieron las dotes de Uluch-Ali deteniéndola é incapacitándola con fuerzas inferiores ⁴, no ciertamente por culpa del Generalísimo. Éste, al ver que los aliados rechazaban todavía la única empresa que él creía de efecto, la de combatir forzadamente á las galeras turcas dentro del puerto de Modón, decidiendo brevemente la contienda, consideró inútil la permanencia en el archipiélago tan adelantado el tiempo, y propuso la suspensión de operaciones ⁵. Navegaron en consecuencia hacia el Norte con malos tiempos, recogiendo en Gumeniza 13 galeras en que el Duque de Sesa y Juan Andrea Doria, á deshora, iban á reforzar la escuadra española.

Mas el Capitán responde,
Con una bravura extraña,
Que su galera no huye
Porque está mal enseñada,
Y ques mucha pesadumbre
Mudar costumbre y usanza:
Que bien se puede perder
Porquel perderse no es nada;
Mas que no piensa huir
De una galera cristiana,
Pues quien muere peleando
Muere con gloriosa fama.»

Mahamete Bey le nombran el manuscrito y el romance; Mahamute Vehi don Álvaro de Bazán: según el P. Serviá era *sanyae*, esto es, gobernador de provincia, joven de veintidós años. Al pasar el Marqués por la popa de la Real remolcando esta galera, fué muy honrado, y por acuerdo de los tres Generales se le regaló la presa, con más el capitán de los genízaro por joya. El Rey le felicitó en carta de 3 de Noviembre. *Colección Navarrete*, t. XL.

¹ Hubo de intentarse el soborno de Uluch-Ali, como años antes el de Barbra-roja. En carta cifrada del Rey á D. Juan de Austria, fecha á 20 de Febrero de 1572, se lee:

«He visto la copia de la instrucción que distes a Paulo de Arcuri de lo que había de tratar con Aluchali; y aunque me paresce muy bien que se procuren de hacer todas las diligencias que se pudieren para atraer al dicho Aluchali a lo que se desea, todavía conviene ir en esto con advertimiento, y que procureis primero entender como está el dicho Aluchali en gracia del Turco, y la parte que en las cosas de Argel tiene, porque así en lo de aquella plaza como en otra cualquier cosa no se siga de acometerle antes daño que provecho, como podría bien ser si él estuviese muy favorecido del Turco.» *Colección Sans de Barutell, Simancas*, artículo 3.^o, núm. 243.

² Cartas de Gil de Andrada y de D. Juan de Austria dando cuenta al Rey de las operaciones de la Armada. *Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 4.^o, números 368 á 384. En el poema atribuido al alférez Pedro de



Sobre la isla Paxo naufragó una de las pontificias, y allí se separaron, yendo las venecianas á invernar en Corfú, y á Mesina las que D. Juan guiaba.

Ni el Papa ni el Rey católico trataron de profundizar mucho las causas de la esterilidad de la jornada, atribuyéndola al retraso con que había principiado, y este particular quisieron corregir adelantando durante la invernada los preparativos para la tercera expedición que había de ir á Levante, llevando no menos de 300 galeras y 60.000 hombres. Don Juan de Cardona, Juan Andrea Doria y D. Alvaro de Bazán recibieron orden de aumentar con 35 buques nuevos sus esquadras ¹, haciendo con rapidez el armamento á fin de cumplir con exactitud la estipulación ratificada en Roma el 27 de Febrero de 1573, determinando que á fin de Marzo, ó á lo más largo por Abril, estaría todo á punto.

Suscribieron los venecianos la nueva obligación, pensando les valiera en las negociaciones secretas que al mismo tiempo seguían con los turcos, interviniendo agentes franceses oficiosos, y al fin, sacrificadas á la paz las conveniencias juntamente con las nociones rudimentarias de la buena fe, aceptaron humillante tratado como si vencidos hubieran sido en Lepanto. No solamente reconocían las conquistas del Sultán en Chipre, en Esclavonia y Albania: se obligaban ade-

Aguilar, en que también se describen las maniobras de la flota, se ve que los soldados estaban al tanto de las deliberaciones de los jefes y hacían justicia á su General, diciendo:

«Aquel de Santa Cruz Marqués osado
Con orden de Su Alteza se metía
A embestir á Modón determinado,
Y toda nuestra armada ya seguía,
Y dencima del monte han disparado,
Mostrando allí tener artillería.
La orden al Marqués le fué llegada
Que se torne á juntar con el armada.
»Algunos del Consejo causa fueron
Que don Juan el armada no embistiese;
Tantas cosas delante le pusieron
Que mire muy bien, y también viese
Los tiros que del monte despidieron,
Que no era razón acometiese
Debajo de los muros de la tierra
Y del artillería de la sierra.»

¹ Colección Navarrete, t. XI.



más á pagarle como indemnización de guerra, por espacio de tres años, á razón de 100.000 ducados cada uno.

La nueva sorprendió poco en España, donde el concepto de la República no andaba por las nubes¹; á los marinos sí mortificó, esperanzados como estaban de resarcirse de disgustos; á D. Juan de Austria «dió pena por ver la mala forma de proceder de aquellos hombres»². Inmediatamente abatió en la Real las insignias de la Liga, arbolando el estandarte de España, ocupándose ya solamente en meditar el plan que convendría seguir una vez rotos los compromisos.

Oigamos á los venecianos defender la ruptura³. Desde que D. Juan llegó á Corfú, empezaron á sospechar que iba á cubrir apariencias y á consumir artificiosamente el tiempo buscando excusas é impidiendo cualquiera ocasión de batalla, y al llegar á Modón ninguna duda les quedaba. La obstinación del General, el poco caso que hacía de las opiniones y consejos de los coligados, hicieron perder la espléndida oportunidad de sorprender á la armada turca dividida y sin preparación, dando motivo á los de Venecia para maldecir al rey Felipe y á sus ministros. Si en vez de Foscarini mandara entonces Veniero las galeras, hiciera «una de las suyas» marchando sólo á batir al enemigo.....

Había llegado la armada turca á tal extremidad, que Uluch-Ali estaba á punto de desembarcar la gente é incendiárla, no osando aventurar la batalla ni permanecer en el puerto de Modón. Con solos diez días que se perseverara en el asedio se hubiera, pues, destruido la flota con poquisima pérdida de los cristianos, quizá sin daño ninguno.....

Algo, sin embargo, llegaron á modificar el juicio relativamente á la persona de D. Juan⁴.

¹ Apellidábala el vulgo despectivamente *la mancoba del Turco*. El que merecía á Sir W. Stirling está expresado con esta frase: «It is certain that Venice with one hand signed a treaty of peace with the Turk and with the other an engagement to prosecute the war against him.» (*Don John of Austria*, t. I, pág. 510.)

² Carta dirigida á D. Juan de Zúñiga, embajador en Roma, el 9 de Abril de 1573, Biblioteca Nacional, G. 45, fol. 370.

³ Manfroni, obra citada.

⁴ «Don Giovanni in quei giorni (en los últimos) s'affaticava a dimostrare l'ar-



Sentado queda cómo desde el año 1570, antes de la estipulación de Roma, proyectaba el rey D. Felipe la empresa de Argel. En los siguientes no dejó de pensar en ella, encor-mendando á los Consejos de Estado y Guerra, y á las perso-nas de la confianza, el estudio de las cuestiones referentes á Berbería, por no apreciarlas conformes los más experimen-tados en aquellas guerras. Algunos juzgaban de necesidad volver á escalonar los presidios de la costa, ocupando á Bu-jia, á Biserta y á Porto-Farina, y mejorando el de Melilla con obras en la laguna que la convirtieran en puerto seguro. Otros opinában por la destrucción y abandono de todos esos puntos de sostenimiento difícil y costoso, creyendo que una armada permanente los sustituiría con mucha ventaja. Los había, dentro de los límites extremos, que apoyaban la con-servación ó la conquista de ciertas plazas con preferencia á la totalidad.

Reunidos estos datos en la corte, comprendidos los pare-ceres de entidades de la talla del duque d'Alba y D. Gar-cía de Toledo, ordenó el Rey á su hermano que indepen-dientemente oyera á su Consejo de Guerra y á los Virreyes de Nápoles y de Sicilia, formalidad que sirvió para añadir dificultades á la resolución. Votos hubo sosteniendo que, aun separados de la Liga los venecianos, tenía el Rey católico fuerzas suficientes todavía para combatir en Levante en pro de los pueblos cristianos; pero eran los menos: la mayoría se inclinaba á la política esencialmente española, decidiéndose por cualquiera acometida en Berbería, y con preferencia á la de Túnez, por más sencilla.

Don Alvaro de Bazán, razonador, sesudo, singular gene-ralmente en los Consejos, según anteriormente se ha visto, sostuvo el peso de la discusión, pronunciándose por la jornada

dentissimo suo desiderio di acquistarsi gloria, ed accusava la fortuna che gli aveva tolta l'occasione di combattere a vantaggio della fede e per assicurare i domini di Venezia; tanto che tutti prestaron fede alle sue parole e si persuasero che non da malanimo, ma da un complesso di dolorose circostanze e dalla negligenza dei ministri fosse derivata la rovina dell' impresa di Levante.» Manfroni, obra citada, págs. 128.



de Argel, en el concepto de que, una vez tomada esta plaza, caerían sin obstáculo, como por corolario, las de Túnez y Trípoli; se quitaría la causa de aparición de las armadas turcas en el Mediterráneo occidental, y acabaría de una vez el corso, tan dañoso al comercio y á la tranquilidad de las poblaciones marítimas. Con dialéctica sobria expuso las causas de mal resultado en las expediciones de Diego de Vera, don Hugo de Moncada y el Emperador, demostrando que ni las condiciones de la costa se oponían al acceso de la armada siempre que se adoptaran las prevenciones del arte náutico contra la contingencia de temporales, ni la fortificación aumentada por Amat, virrey sucesor de Uluch-Ali, detendrían el empuje de la infantería española.

Parecieron los argumentos del Marqués tan sólidos, que el Consejo estimó se debían poner en conocimiento del Rey, esperando su decisión soberana, si bien el mayor número pensaba no haber tiempo ni recursos suficientes para acometer lo de Argel en el año corriente, al paso que sí lo eran empezando por Túnez. A esta opinión defirió el Monarca, por ver que D. Juan la patrocinaba como corrección á Uluch-Ali en su reino, si otros pensamientos de que las historias se ocupan no influían su ánimo.

Aun así, llegando á la ejecución, se ofrecían dudas. Ocupada la ciudad de Túnez, ¿se destruirían sus fortificaciones ó se dejaba guarnición en ellas? ¿Qué se hacía de la Goleta? ¿Qué de Biserta y Porto-Farina? Tan discordes andaban en esto las opiniones como en lo demás, y hubo de reservarse á D. Juan de Austria la determinación sobre el terreno oyendo á sus Consejeros.

El Príncipe dejó en Sicilia á Juan Andrea Doria con 48 galeras para intervenir, si necesario fuese, en las contiendas de los partidos políticos de Génova, enconados, y marchó el 1.^o de Octubre de 1573 con la armada á la isla próxima de Fabiniana, donde arrojó la muestra conjunto de 104 galeras, 44 naos gruesas, 60 menores y 20.000 infantes, conjunto digno de mejor empleo. En Túnez no tuvieron buques ni soldados que disparar un tiro; abrió las puertas la ciudad; las



franqueó igualmente Biserta, matando los moros á los turcos y haciendo entrega de una galera corsaria con 220 cautivos cristianos.

Don Juan informó al Rey de lo ocurrido desde la Alcazaba de Túnez, á 11 de Octubre, y acababa escribiendo: «que por ser lo ganado de harta mayor importancia que sin verse puede figurarse..... entró en el lugar con las personas que le pareció era bien le acompañasen, y luego fué á reconocer el sitio que podía haber para hacer alguna fortificación que se diese la mano con la Goleta.....»

En efecto, á fin de precaver á la ciudad de nueva invasión turca ó berberisca por la parte de tierra, se trazó desde luego la planta de un fuerte diseñado por el ingeniero Jacome Paleazzo, más conocido por *il Fratino*, y Gabriel ó Gabrio Cervellón¹, nombrado Gobernador, tuvo encargo de construirlo con la guarnición dejada á sus órdenes.

Por caudillo de los moros, con título de Infante, dejó don Juan á Muley Mahomet (Mohaminad), hermano del usurpador Hamida; por gobernador del fuerte de la Goleta á don Pedro Portocarrero, y por alcaide del de la isla del Estaño ó Estanque, á D. Juan de Zanoguera. Las cosas así dispuestas, regresó el Príncipe á Sicilia y á Nápoles á fines de Octubre, siendo recibido con fiestas, felicitado, y enaltecido por el Pontifice con dedicatoria de la Rosa de Oro².

Sé ha supuesto, afirmándolo poco há un historiador particular³, que no cumplió D. Juan de Austria las instrucciones

¹ Gabrio Cervellone, caballero milanés, gran prior de Hungría en la Orden de San Juan, Capitán general de la artillería de la armada en Lepanto. El veneciano Leonardo Donato nombró al ingeniero *il Frattina*, dando cuenta del proyecto de fortificación de Cádiz.

² En memoria de tan fácil triunfo se grabó medalla; y aunque como hecho de armas no hubiera parangón entre Lepanto y Túnez, se usó del mismo anverso que en la primera; en el otro lado se representó á Neptuno, que, llevando en el tridente las armas reales, hunde en la mar algunos turcos, mientras otros huyen hacia la izquierda. A la derecha se descubre la armada y la ciudad. Leyenda VENI ET VICI. Autor, Juan V. Milo. El P. Serviá, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, copió el Breve de concesión de la Rosa de Oro é hizo descripción de la ceremonia de entrega en Nápoles.

³ Don Evaristo San Miguel, *Historia de Felipe II*.



del Rey, terminantes en punto á derribar las fortificaciones de Túnez y de la Goleta, por los gastos que ocasionaba la conservación de puntos tan distantes. Tal aseveración fundada sobre hablillas del vulgo, y respecto á las de Túnez en reticencia maligna de Cabrera de Córdoba, acredita absoluto desconocimiento de los papeles oficiales. Consérvanse las consultas de los Consejos, los pareceres de los personajes antes citados, las instrucciones á que se alude y prueban la arbitrariedad de la censura, á lo cual bastara la carta escrita por D. Felipe en 18 de Noviembre, en que, aprobando lo hecho y dando gracias por ello á su hermano, escribía textualmente «que, vista la resolución que allá se ha tomado en orden á hacer el fuerte, que se ponga en la mejor defensa con el menor costo posible» ¹.

Los sucesos vinieron á mostrar, corriendo el tiempo, no haber acertado D. Juan ni los que le aconsejaban, sin que, por carecer del don adivinatorio, haya de entenderse que se excedió en las atribuciones, ni menos que desobedeciera órdenes recibidas.

El punto merecía alguna detención, dado que no es perdida nunca la que tiene por objeto rectificar errores propalados.

¹ Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas, art. 3.^º, núm. 321. Juntas con esta carta real se hallan las consultas, pareceres y diligencias relativas á la jornada de Túnez, debatidas desde el año 1572, entre ellas carta del mismo Rey opinando *no convenir la ruina de Túnez* (art. 3.^º, núm. 247). Algunos documentos más en este sentido se han publicado en la *Correspondencia entre D. García de Toledo y don Juan de Austria. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. III, página 136, y por apéndice de la Memoria de D. Juan Galindo y de Vera, pág. 391 y siguientes. El dictamen pedido á D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, entre otras, decía: «En fin, me resuelvo en que de una manera ó de otra, me parece, si Túnez se ganase, se debe de sostener ó dejar de manera que no sea necesario tornar otra vez á ganarla.» Por último, las instrucciones reales á D. Juan consignaban: «Bien lleváis entendido cuántas veces y cuán largamente se ha tratado y platicado sobre lo de los puertos de Berbería, y lo que se entiende por todos que conviene hacerse.....; una cosa se ha advertido acá que no parece de mucha consideración é importancia, y es que, cuando se entienda que no puede bajar la armada del turco, ó despues de su vuelta, si bajase, convendrá, dando el tiempo lugar á ello....., ir á desmantelar á Túnez y asolar y atalar la campaña, y que podría ser que con esto el tiempo aconsejase que no fuese menester hacer tan de propósito fuertes en Berbería, ó lo que será necesario y bastará para la seguridad de aquéllo. Pero esto es de advertir que se ha de hacer según como se entiendiese que está lo de Túnez.....»



Desde principios del año 1574 tuvo el Príncipe avisos de armamento en Constantinopla con seguridades de destinarse á la Goleta; y como se encontrara sin dinero, desarmadas las galeras, invernando por escuadras en España é Italia, escribió al Rey con alarma, preveyendo se iba á perder la reputación alcanzada, y sería Su Majestad mal servido, porque ni en Nápoles ni en Sicilia se atendian sus indicaciones, excusándose los respectivos Virreyes con la carencia de recursos ¹.

El cardenal Granvela se había colocado, al parecer, en actitud que lastimaba al Príncipe, á juzgar por la resolución que tomó de venir á besar las manos del Rey y decirle cosas no fiables á la pluma; se hallaba ya en Gaeta de camino cuando recibió orden apretada de dejarlo y dirigirse á Vigebano, en Lombardía, para entender en las desavenencias de Génova y á los manejos de agentes franceses por aquel lado. Lo hizo sin desatender lo que importaba al aderezo de las galeras, pero sin que por su ausencia fueran más á prisa los acopios y alistamientos, constantemente pospuestos con la declaración de falta de moneda, aunque llegaron (algo tarde) prevenciones directas de D. Felipe de juntar hasta 100 bajeles en Mesina y pedir la concurrencia de los de Florencia y Malta. Sabíase ya que el turco aparejaba con flota muy grande.

Salieron entonces á toda prisa D. Bernardino de Velasco con veinte galeras, y D. Alonso de Bazán con ocho, llevando respectivamente á Túnez y á Malta soldados y municiones; tratóse de apurar el tiempo perdido aderezando la escuadra del Marqués de Santa Cruz: las noticias traídas de Levante por Juan de Orta, que á buscarlas fué con tres fragatas, eran graves.

Comprobándolas, apareció ante la Goleta, el 13 de Julio de 1574, la armada de Uluch-Alí, compuesta de 330 velas, á las que vinieron á unirse luego las de Argel, trayendo unas y otras 70.000 infantes al mando de Sinám Bajá, yerno del Gran Señor, al que acudieron los moros y alárabes de la tie-

¹ Carta fecha á 2 de Marzo, *Colección Sans de Barutell*, art. 4.^º, números 417 á 422.



rra con sus contingentes, elevando el ejército por encima de 100.000 hombres¹.

En la Goleta, contados los refuerzos que llevó D. Bernardino de Velasco más 300 hombres recogidos de Biserta por D. Juan de Cardona, con la escuadra de Sicilia, ascendía la guarnición á 2.000 soldados españoles é italianos. Gabrio Cerbellón tenía 4.000 en Túnez, con los que en ocho meses había hecho trabajo de cuatro años en el fuerte, sin embargo, por la mala voluntad con que los virreyes de Nápoles y de Sicilia veían lo que para sus cargos era carga, dejando de enviar los materiales que el país no tenía, las obras distaban mucho aún de la perfección requerida para la defensa. Mejor que fuerte parecía el de Túnez *corral de vacas*, al decir de los soldados en su lenguaje pintoresco. Por fin, la torre de la isla del Estaño guarnecean 300 hombres, los más de la mar, encargados de las chatas y esquifes con que comunicaban los dos fuertes por el Estaño mismo.

¹ Haciendo relación de los sucesos D. Juan de Zanoguera, gobernador del fuerte de la isla del Estaño y hombre de mar, á D. Juan de Austria, escribia: «Lo que me pareció había en la armada eran 280 galeras, 15 galeotas gruesas, 15 galeazas y mahonas, 15 naves, cuatro caramuzales. Aunque ellos decian 300 galeras, había, entre otras, veinte galeras que no se podían mejorar, las de los dos bajaez de á 30 bancos, y armadas á seis por banco con escogida chusma; las demás de los beyes y rey de Argel y hombres principales, á cinco y á cuatro por banco; otras cuatro galeras reforzadas buenas, y las demás sin orden de chusma, porque había poca al parecer, y yo vi 150 galeras que no tenian más de dos hombres por banco de las galeras; los buques muy buenos y dos pedreros á proa y un cañón de crujía y otros pertrechos bien en orden de gente. Ninguna galera tenía menos de dos turcos por ballestera; las de los bajaez y principales, muy cargadas de turcos. Las galeazas no son tan grandes como las venecianas, y ninguna trae cañones, sino bien artilladas de artillería menuda. Medianas culebrinas había cuatro, que traían dos cada una; las demás, sacres y medios sacres y pedreros y esmeriles gruesos, y á las bandas de algunas tres pedreros, y debajo las postizas, que por todo serían 20 piezas. Cada una bogaba 20 remos por banda, y armadas á 15 por banco; todas naves muy ligeras, traían muy pocos turcos, que no había poco más de 200 en cada una. Las naves que había, la mayor era de 6.000 salmas, no con mucha artillería, sino con muy poca, que toda iba en las galeras. Procuré saber qué turcos hablan traído á la jornada, y me dijeron que 7.000 genizaros, y entre spais y turcos serían 60.000: los 40.000 escopeteros y 20.000 arqueros.»

Frey Francisco Jordán, Caballero de Malta, cautivo que logró evadirse de la galera en que bogaba, agregó que traían 120 turcos por galera, 300 por nave y 250 en cada mahona.

Colección Sans de Barutell, Simancas, art. 3.^o



Pintura en el palacio del Viso.



Instituto de Historia y Cultura Naval



Al recibir D. Juan de Austria la nueva, sin esperar órdenes del Rey, embarcó en su Capitana con rumbo á Nápoles, escribiendo desde luego á Gabrio Cervellón y á Portocarrero que con esfuerzo procuraran la conservación de los dos fuertes, teniendo entendido «que nunca turcos tomaron plaza que se les defendiese, porque, aunque son grandes hombres de batir y zapar, son muy ruines de llegar á las manos y entrar», pero en todo caso, viéndose en apuros, se reconcentrara toda la gente en la Goleta, cuya sustentación había de ser el fin principal, y podía conseguirse en el tiempo que quedaba á la armada enemiga para estar en nuestros mares. Las cartas llevó Juan de Orta pasando de noche entre la armada enemiga con una fragata, lo mismo que para traer las respuestas.

En Palermo fué reuniendo el Príncipe hasta 70 galeras, gracias al desprendimiento de personas que, como D. Alvaro de Bazán, dieron su hacienda y hasta sus joyas para sufragar los gastos urgentes. Pensaba hacer alguna demostración naval y distraer, cuando menos, parte de la flota de Uluch, con objeto de introducir socorro con la escuadra de Gil de Andrada. No le favorecieron los tiempos ni las circunstancias, pues, siendo Portocarrero *poco soldado*, dejó avecinar al fuerte á los turcos mucho antes de lo que se esperaba, y lo rindieron en menos de mes y medio de trinchera abierta¹. La caída del de Túnez era consecuencia natural: las tapias frescas que lo constituyan resistieron catorce asaltos después

¹ Se rindió el 25 de Agosto, según Cabrera de Córdoba; el 22, por D. Pascual de Gayangos, si bien el alferez Pedro de Aguilar, cuyos escritos ilustró, señala el 23 en esta forma:

«Gabrio del fuerte de Túnez
Tres socorros ha enviado;
Pero cuando llegó el uno.
El otro está degollado;
Los defensores ya muertos,
Los turcos dentro han entrado.
Degüellan grandes y chicos,
Todos cuantos han hallado,
Y así acabó la Goleta,
Presidio tan estimado,
Año de mill y quinientos
Setenta y cuatro contado.
La víspera del Apóstol
Que por Dios fué desollado *



de la explosión de las minas; los soldados mantuvieron el honor de las armas, pero sucumbieron el 13 de Septiembre. La oración fúnebre del que narró los sucesos con particularidad¹ es digna de ellos.

«Suelen los que escriben historias, puesto que su intento sea tratar las cosas universalmente, señalar algunas veces algunos notables hechos de personas particulares, y desto se hallan muchos ejemplos, así en los *Comentarios* de César como en otras diversas partes; pero á mí no me ha parecido este orden en aquesta mi relación, porque haciendo mención de alguno me parecería, y con razón, hacer agravio á los demás, pues todos ellos, así soldados como oficiales y capitanes, entendiendo de aquellos que hasta en la miserable desolación de entrambas fuerzas se hallaron, hicieron hechos muy señalados, peleando valerosamente, como las heridas de sus personas lo muestran, así en las que al presente son esclavos como en otros que han habido libertad. Y fué cosa de no creer, mas muy verdadera, ver que en tan apretado sitio, como fué el de estas dos fuerzas, en tan espesos y sanguinos asaltos, en tanta desesperación de socorro, salvo el de Dios, siempre los soldados y capitanes, así españoles como italia-

¹ *Memorias del cautivo en la Goleta de Tínez* (el alferez Pedro de Aguilar), publicadas por la Sociedad de bibliófilos españoles, Madrid, 1875, con notas, ilustraciones y documentos de D. Fascual de Gayangos. En boca del autor que se presume ser de esta obra en prosa y verso, puso Cervantes (*Quijote*, capítulos XXXIX al XL) palabras que pudieran ser eco de la opinión militar entonces: «Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomía ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna que aquellas piedras la sustentaran.»

De la impresión producida en otras esferas ofrece idea la carta de pésame dirigida al Rey por D. Diego de Mendoza, documento notable por varios conceptos, de que hay copia en la Academia de la Historia (*Colección Salazar*, M. 26, fol. 106 vuelto). Dice: «Cuanto á la pérdida de la plaza, ya tengo escrito que fué tenida por de más reputación que provecho, y al que quisiere bajar el ánimo, por ventura le parecerá que se heredó la costa que se hacia en ella, y la obligación de mantenerla cesa..... Fué también pérdida de gente que nace y muere, y como mercancía, se halla por dinero.....» La *Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 3.^o, contiene las cartas de D. Juan de Austria al Rey, y las órdenes de éste.



nos, pelearon confiadísimamente, y después de ya puestos en poder de sus enemigos, no creo que hubo hombre que con palabras lastimosas ó de ruego procurase salvar su vida, y puédese con verdad decir que los pocos que escaparon con ella fueron más por avaricia de los vencedores que por gana que tuviesen de vivir los vencidos. ¡Tanta fué la constancia que en aquellos valerosos ánimos se halló, si vale decir verdad, después de mejor fortuna!»

Tras la victoria (poco nos importa que la compraran cara) hicieron los turcos lo que tanto habían deliberado los cristianos: abiertas 34 minas, volaron los dos fuertes sin dejar piedra sobre piedra. El renegado calabrés, *el fartax* en origen, ahora gran marino, dió vuelta á Constantinopla con la flota intacta, llevando por trofeo 300 cañones.



Instituto de Historia y Cultura Naval

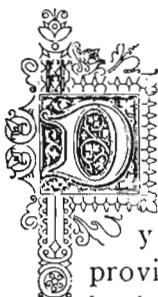


XII.

INDIAS OCCIDENTALES.

1559-1574.

Navegación afanosa.—La sed en el agua.—Huracán en la Florida.—El Dorado.—Bajada por el Marañón.—Un monstruo.—Población indefensa de las Indias.—Jornadas á Nueva Extremadura y Nueva Andalucía.—Al Río de la Plata.—Instrucciones del Consejo de Indias.—Ordenanzas para los descubrimientos.—Para el cosmógrafo.—Para las flotas y armada.



ESDE las poblaciones fundadas en la costa y en el interior del Nuevo Continente, iban avanzando sin cesar, en todas direcciones, el reconocimiento y la dominación de las tierras contiguas, formándose provincias y gobernaciones en virtud de los asientos hechos por los conquistadores para pacificar y poblar á su costa, mediante la concesión de la Corona de los títulos de mando y mercedes anexas.

Una de estas capitulaciones suscribió á fines del año 1557 Jaime Rasquin, valenciano ¹, del número de los conquistadores del Río de la Plata, que había regresado á España con fortuna en las naves conductoras del obispo Fr. Pedro de la Torre. Entre las condiciones del asiento se obligaba á fundar cuatro pueblos en el mencionado río, uno en la costa del Brasil, dentro de la demarcación de Castilla, en el punto llamado San Vicente, y otro en el Viaca, por otro nombre

¹ Publicada en la *Colección de documentos de Indias*, t. xxvi, pág. 273.



puerto de los Patos. Procediendo á los preparativos, compró dos urcas grandes y una nao vizcaína nueva, en que montó 10 piezas de artillería de bronce, amén de la ordinaria de hierro; reclutó 650 hombres, parte de ellos procedentes de la armada de D. Alvaro de Bazán; nombró almirante á Juan Boyl, valenciano como él, y maestre de campo, ó jefe de Estado mayor, á Juan Gómez de Villandrando. Hizose á la mar desde Sanlúcar de Barrameda el 14 de Marzo de 1559 con los tres navíos, capitana nombrada *Jonás*, almiranta *San Juan Bautista* y nao *Trinidad*, del maestre de Campo, pasando sin accidentes las escalas de las islas Canarias y de Cabo Verde.

En los días de mar se hizo patente la parsimonia con que se había verificado el armamento, yendo los navíos, no sólo escasos de toda especie de pertrechos, sino aun de víveres, que, según dicho del Gobernador, se proponía embarcar en las islas, obteniéndolos baratos; mas no alcanzando hasta allí los recursos, el propósito real se cambió en el de hacer la navegación manteniendo á la gente con pan y agua, y aun cumplido éste diéranse por contentos marineros y soldados, porque el bizcocho ordinario resultó de malísima calidad; la tonelería vieja, con aros de madera, dejó escapar la mayor parte del contenido; y encontrándose las naves encalmadas en las inmediaciones del Ecuador, sufriendo la gente los efectos de la atmósfera inflamada, recibían por ración galleta con gorgojo ó un puñado de harina, que amasaban con agua del mar, y medio cuartillo de agua hedionda.

Pocas veces habrá llegado el sufrimiento al límite del que soportaban estos navegantes abrasados, inmóviles en el centro del horizonte, oyendo los lamentos de las mujeres, de los niños, de los enfermos, y suspirando por que del cielo cayera lluvia con que refrescar la boca calenturienta.

Uniéndose al malestar general las exigencias y malos modos del Gobernador, falto de dotes de mando, siguió al disgusto el desorden y el motín, las quejas, los requerimientos para salir de la situación apurada arribando á las Antillas, resistidos por Rasquin como contrarios á sus intereses. Pasa-



dos días rechazando la petición razonable de remedio, dió el Almirante mal ejemplo separándose una noche obscura, y ya no se atrevió á insistir el jefe en la temeraria resolución de continuar el viaje: arribó con las dos naves que le quedaban á las islas de Barlovento, tocando en la Barbada, y por consecuencia en la Española, el 27 de Julio, donde se deshizo la expedición¹.

Por causas distintas se malogró el año mismo de 1559 otra organizada por D. Luis de Velasco, virrey de Nueva España, con objeto de poblar en los puertos de la Florida reconocidos antes por Guido de Lavezares. Al efecto fué designado Tristán de Luna y Arellano con armada de 11 naves, en que iba por piloto mayor Juan Rodríguez, con 550 hombres y 150 caballos, útil á los adelantos de la hidrografía, pues exploraron en la boca del río Espíritu Santo (Mississipi), trazaron carta de la costa con situación de los puertos por rumbo, distancia y latitud, especialmente el que se nombraba bahía Filipina y Puerto de Santa María, hasta Santa Elena, donde se proyectaba y se sentara la población á no desatarse un huracán en el mes de Septiembre que destrozó todas las embarcaciones, menos una carabela, perdiéndose los materiales con parte de la gente².

Dirían los agoreros estar por entonces en mal signo las jornadas fluviales, tomando nota de la suerte que cupo, tras de las destinadas en el Sur y Norte, á una tercera en el centro ideada por el virrey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, con el fin ostensible de la conquista de *El Dorado*, sueño en que se perdieron Diego de Ordax, Sedeño y Alonso de Herrera; en realidad, para purgar el reino de gente vaga y levantisca de la que más se había significado en las alteraciones y guerras civiles de Gon-

¹ Trazó el espantoso cuadro de la jornada el alférez Alonso Gómez de Santoya, en relación publicada en la *Colección de documentos de Indias*, t. IV, pág. 147.

² Cartas del Virrey y de D. Tristán de Luna.—*Colección de documentos de Indias*, t. III, pág. 136, y t. XIII, pág. 280. El pleito homenaje que prestó como Gobernador de las provincias de la Florida y lo que había de hacer en ellas, en la *Colección Navarrete*, t. XIV, núm. 59, con otros documentos en que se desarrolla la historia de la jornada.



zalo Pizarro y Francisco Hernández Girón, y sacar provecho de sus bríos adelantando los conocimientos geográficos. Predicó, pues, expedición á las provincias de los Omeguas, territorio en que la fama ponía peñascos y guijarros de oro; y acudiendo al reclamo 400 valientes con lucidas armas de fuego y algunos caballos, púsolos á las órdenes de Pedro de Ursúa, joven navarro de estimables prendas, dándole títulos de General y Gobernador de las conquistas, poderes amplios, bergantines que tenía labrados en el río de los Motilones é indios de servicio que remaran.

Embarcados á fines de Septiembre de 1560, descendieron 300 leguas por las aguas y ruta de Orellana, deteniéndose en la provincia de Machifaro para reparar los bergantines y renovar las provisiones. Allí hizo explosión el motín que venía fraguando por el camino un Lope de Aguirre, natural de Oñate, domador de potros en el Perú, hombre de perverso natural, mezclado en todas las revueltas del reino, cojo de dos arcabuzazos que en ellas recibió. Astuto redomado, inspirador del asesinato de Ursúa, contribuyó á la elección de otros jefes que tuvieron sucesivamente el mismo desdichado fin. Declaraba un escrito de su mano haber matado á don Fernando de Guzmán, cabeza aparente del motín, «al capitán de la guardia y teniente general, á cuatro capitanes, á su mayordomo, á su capellán, clérigo de misa, á una mujer, á un commendador de Rodas, á un almirante, dos alfereces y á otros cinco ó seis criados suyos; él nombró capitanes y sargentos, y los ahorcó á todos» ¹.

¹ «Riberas del Marañón,
Do gran mal se ha congelado.
Se levantó un vizcaíno
Muy peor que andaluzado;
La muerte de muchos buenos
El gran traidor ha causado.»

Así empieza un romance que por entonces se compuso. Relató los horrores de este monstruo el P. Fr. Pedro Simón en las *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme*; los refieren con menos extensión casi todos los historiadores de Indias, y por separado se escribieron relaciones particulares de que tengo hecha mención en las notas puestas á la *Historia de la conquista de Venezuela*, por D. José de Oviedo y Baños, edición de Madrid, 1885, t. I, pág. 391.



Pero esto fué sólo principio: una vez impuesta su autoridad por el terror, habiéndose deshecho de cuantos pudieran hacerle competencia ó sombra, una palabra, un gesto le bastaba para matar al que no acreditaba sumisión de esclavo, y por rareza pasaba dia sin algún ejemplar de su dureza depravada. Con tales procedimientos redujo lo que él llamaba *nación marañona* y ejército de marañones, á la mitad de la gente que salió del Perú, suficiente á su juicio para volver á aquel reino por la vía de Nombre de Dios y Panamá, y hacerse señor absoluto.

Tardó casi un año en llegar á la boca del Amazonas, haciendo frecuentes paradas en la orilla, y en diez y siete días de mar alcanzó, no sin trabajo (el 20 de Julio de 1561), á la isla Margarita, para teatro nuevo de atrocidades. El gobernador D. Juan de Villandrando, el alcalde, el alguacil mayor y sus criados fueron víctimas que precedieron al robo de la caja real, al saqueo de la ciudad y á la matanza caprichosa, que extendió á mujeres, frailes y á unos cuantos marañones por tibios en el cumplimiento de las órdenes. Contrariedad tuvo el tirano: contaba tomar en la isla algún barco de porte en que hacer el viaje á Nombre de Dios, y no pudo alcanzarlo aunque se detuvo un mes, por haber corrido la nueva en la costa. Hubo de contentarse deteniendo tres fustas, con las cuales no quiso exponerse á que en alta mar cualquier nave le encontrase; desembarcó en el puerto inmediato de la Borburata el 7 de Septiembre: mas tanto fiaba en el ánimo y en el conocimiento del país, que con 140 arcabuceros que le quedaban y seis cañones *de fruslera* pensaba atravesar por Venezuela y el nuevo reino de Granada, viviendo sobre el país, y entrar por Popayan en el Perú, que tenía por tan suyo como el coleto vestido.

No se equivocaba mucho relativamente á la resistencia que podía encontrar: á su aproximación, abandonaban los vecinos las poblaciones, dejándole proverse de víveres, de acémilas y aun de caballos, con que montó una sección de los marañones. Baste decir que las requisitorias del Gobernador de la provincia, con tiempo corridas por las ciudades



de Coro, Tocuyo, Valencia, Barquisimeto, Caracas, Trujillo, en una palabra, por las poblaciones españolas de Venezuela, extendidas á la Audiencia de Santa Fe, consiguieron formar bajo el estandarte real ejército de 150 hombres, cuyo continente pinta el historiador Fr. Pedro Simón con estas pinceladas:

«Aunque todos iban á caballo, con harto ruines sillas, fustes y frenos, sólo llevaban por armas unas varas mal desbastadas, con hierros de lanza sin acicular, y unas celadas borgoñonas, que se usaban y estimaban en aquella tierra, hechas de pedazos de paños de colores, con dos ó tres asorros de mantas de algodón, con hechura casi de sombreros, la copa de cuatro cuartos, cada uno de su color, y la halda que la ceña á la redonda de otros cuatro colores, que verlas era más materia de risa y entretenimiento que de confianza para alguna defensa ¹, y en aquella las estimaban más que gorras de terciopelo. En todo el campo no había más que dos arabuces, y el uno sin cazoleta, y bien poca munición para ambos; y decir que todos eran buenos jinetes sería levantarles testimonio y necesitarnos á volverles su honra, pues sólo á los capitanes se les entendía algo de esto, y los demás, subidos á caballo, más eran carga que caballeros.»

La pintura es como de perlas para la apreciación de las colonias después de la sumisión de los indios, cuando los conquistadores, ó más bien sus hijos y herederos, esparcidos por los campos, cambiados los hábitos guerreros por los del agricultor ó negociante, gobernados por alcaldes de elección ó por licenciados y bachilleres, hombres de ley, de nombramiento real, procuraban pacíficamente el fomento del suelo y el propio bienestar. Es dato importante con el que se razona que cien corsarios franceses se apoderaran de la Habana en vida del Emperador ², y que otros posteriormente, con navíos de escasa representación, acometieran puertos, saquearan ó pusieran á contribución pueblos con título de

¹ Teníanla para las flechas de los indios.

² Véase t. I, cap. xv.



ciudades, sin que fueran actos heroicos los de despojar por la fuerza á ganaderos ó rebuscadores casi indefensos. Es, en fin, noticia que justifica la veracidad de los informes dados al Rey por Blasco Núñez Vela, jefe de escuadra, asegurando que ninguno de los puertos de Indias podía resistir acometida de 300 enemigos, por ser la gente española poca, usada á la contratación y no á la guerra¹.

Así Lope de Aguirre entró sin oposición en la Borburata, Valencia y Barquisimeto, *ciudades*, saqueó á placer de los soldados, y se entró por la serranía de Nirgua renegando de la aspereza del terreno y no de los buenos campesinos, cuya avanzada, al verle de improviso en una revuelta, huyó á escape tirando al suelo las lanzas y las pintorescas caperuzas de lienzo colchado. Consiguiera ciertamente llegar al Perú si sus *marañones*, horrorizados de la campaña en que tenían la vida pendiente del capricho, no se aprovecharan de la primera oportunidad para pasar en masa al campo real, dando muerte ellos mismos al feroz caudillo vizcaíno.

Andando de mala data por entonces las expediciones, zozobró á los pocos días de salir de Sanlúcar, en Octubre de 1565, la nao en que regresaba Juan Vázquez de Coronado, gobernador de Costa-Rica, desapareciendo con cuantos le acompañaban²; trance seguido por los de mayor desgracia á que condujo la ilusión persistente de conquistar El Dorado, con que muchos querían emular la fama de Cortés y de Pizarro.

Don Pedro Maraver de Silva y D. Diego Fernández de

¹ Colección de documentos de Indias, t. I, pág. 588. Un poeta anónimo describía la milicia colonial como sigue:

«Niños soldados, mozos capitanes,
Sargentos que en su vida han visto guerra,
Generales en cosa de la tierra,
Almirantes con damas muy galanes;
Alféreces de bravos ademanes,
Nueva milicia que la antigua encierra.....»

Don Joaquín G. Icazbalceta: *Literatura mexicana. Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI.*

² Don Manuel M. de Peralta: *Costa-Rica, Nicaragua y Panamá*. Madrid, 1883.



Serpa, conquistadores enriquecidos en el Nuevo reino de Granada, se disputaron en la corte la concesión de la licencia, alcanzándola por transacción á medias, en despachos firmados en Aranjuez á 15 de Mayo de 1568, por los que se daba al primero en adelantamiento la conquista de los Ome-guas en extensión de 300 leguas, con nombre de Nueva Extremadura, y á Serpa la de las provincias de Guayana y Caura, ó sea Nueva Andalucía, en otras 300 leguas empezadas á contar desde el río Orinoco, hacia el Sur.

Maraver partió de Sanlúcar con dos navios el 19 de Marzo de 1569, adquirió un tercero en Tenerife para llevar con comodidad á 600 hombres, parte de ellos casados, con las mujeres é hijos, y llegó con buen viaje á la isla Margarita y á la Borburata, puerto de desembarco. La marcha por tierra resultó muy penosa, no hallando en cinco meses más que llanos interminables cenagosos, sin gente ni cosa que comer; calor insopportable, nubes de insectos, aire infisionado, enfermedades y trabajos que no pudieron resistir los caminantes. Retrocedieron á Venezuela muy disminuidos, desobedeciendo al caudillo, empeñado en proseguir á toda costa, y picando su amor propio tanto, que vendió cuanto tenía en Chachapoyas; vino á España, armó otro navio con 160 hombres, entró con ellos por paraje que le pareció mejor entre los ríos Marañón y Orinoco feneciendo todos (1574) al rigor de las enfermedades ó á manos de los caribes fieros¹.

Don Diego Fernández de Serpa no terminó el alistamiento de gente hasta el mes de Agosto de 1569, dejando las aguas del Guadalquivir con tres navios y 650 pobladores con familia. Su entrada fué por la costa de los Cumanagotos, fundando por base de operaciones población, en la boca del río Salado, que se diera la mano con la isla Margarita. No avanzó desde allí más de tres jornadas hacia el interior, hasta un lugar estratégico donde estaban emboscados los indios en gran número, y en vano trataron de romperlos los expedicionarios, sedientos y fatigados del camino; 186 quedaron en

¹ Oviedo y Baños, *Conquista de Venezuela*.



el campo con su General, siendo muy pocos los que escaparon á la matanza ¹.

Otra capitulación en 10 de Julio de 1569, por la que se dió á Juan Ortiz de Zárate el adelantamiento y gobernación del río de la Plata, experimentó la maligna influencia general, deteniendo el aderezo de la escuadrilla de tres naves, una zabra y un patax, hasta el mes de Octubre de 1572, en que pudo salir de Sanlúcar con 300 hombres y 50 mujeres casadas ó solteras, gente pobre. En el Plata entraron por Noviembre del año siguiente, comenzando á luchar en las riberas con los indios charruas en malas condiciones. Al poco tiempo habían muerto en las escaramuzas 250 hombres; tuvieron que deshacer los navios *Capitana* y *Almirante* para utilizar los materiales; consumieron los vestidos y alimentos, acabando el resto de la expedición extenuada ².

De cada una de las empresas navales concurrentes á la magna de la civilización de las Indias, en que hombres, naves y capital se sumian en proporciones muy por encima de la apreciación vulgar, tomaban acta la Casa de la Contratación de Sevilla y el Consejo, deduciendo enseñanzas aplicables á la gestión especial de cada centro.

En ambos preocupaba la frecuencia de los naufragios, no sabiendo si atribuirlos á impericia de los pilotos ó á endeblez é imperfección de las construcciones navales, para investigación de lo cual se hicieron indagaciones y dictaron reglas ³, lo mismo que sobre los puntos que pudieran contribuir á la seguridad de la navegación. Relativamente á los descubrimientos se dictaron ordenanzas especiales ⁴, determinando

¹ Hay relación del suceso, escrita por Lope de las Varillas. La he publicado por apéndice á la obra citada de Oviedo y Baños, t. II, pág. 303. Las condiciones de la capitulación en el mismo tomo, pág. 299.

² El Adelantado Juan Ortiz de Zárate murió de enfermedad en la Asunción el 26 de Enero de 1576. Hizo relación de la jornada Martín del Barco Centenera en la *Argentina y conquista del río de la Plata*, confuso é indigesto poema, pero depósito de interesantes datos históricos.

³ Real cédula del año 1573. *Colección Nazarrete*, t. XXII.

⁴ En 1563; están publicadas en la *Colección de documentos de Indias*, t. VIII, página 484; tienen 149 artículos.



se verificaran con navios que no excedieran de 60 toneladas, á fin de costear sin peligro; que fueran de dos en dos, llevando por lo menos dos pilotos y dos clérigos para conversión de los indios; víveres para doce meses, timones y velas dobladas, anclas, cables y pertrechos de jarcia en abundancia. Á los capitanes se prohibía hostilizar á los naturales, encargándoles procuraran atraerlos de paz y establecer con ellos relaciones comerciales. Á los pilotos se mandaba terminantemente anotar en libro la derrota, situar los bajos, tierras, puertos, ríos con sus alturas y rumbos, tener cuenta de los vientos y corrientes; escribir relaciones con comentario y dar cuenta de todo al regreso. En las leyes y ordenanzas recopiladas para la gobernación ¹, ampliando la forma que se había de tener en los descubrimientos, al estatuir las obligaciones del cosmógrafo y cronista del Consejo de Indias, se le encomendaba la clasificación de relaciones y diarios de los pilotos, formación del derrotero general con descripción y situación geográfica de los lugares; cálculo de los eclipses de luna é instrucción para observarlos donde fueran visibles, así como cualquier otro medio adecuado para determinar la longitud; escribir la historia *con la precisión y verdad posible*, y hacerla separadamente de la naturaleza de los países visitados.

Con igual solicitud se fué reglamentando el servicio de flotas y escuadras con vista de las propuestas de los mercaderes y los informes de los Generales ², dejando á éstos la facultad de publicar por bando las prevenciones para cada campaña ó viaje con arreglo á las instrucciones superiores. Nombrado el General de armada, empezaba por prestar juramento y pleito homenaje; alzaba bandera con pifano y

¹ Año 1571. Publicadas en la *Collección de documentos de Indias*, t. xvi, pág. 376.

² Varios hay en la Dirección de Hidrografía, de los años 1560 á 1569, en la *Collección Navarrete*, tomos xxI y xxII, con cartas é informes de los generales Nicolás de Cardona, Álvaro de Bazán, Pedro de las Roelas, Pedro Menéndez de Avilés, Alonso de Bazán, Bartolomé Menéndez, Pedro Sáenz de Venesa, Bartolomé Carrero, Juan Tello de Guzmán, Antonio de Aguayo, Juan de Velasco de Berrio, Cristóbal de Eraso, Sancho de Archiniega, Pedro de Gamboa, Bernardino de Córdoba y Diego Flores de Valdés.



atambores para alistamiento de la gente; hacía visitar y sellar las cartas de marear, astrolabios, ballestillas y agujas; examinaba á los marineros y artilleros en lo referente á sus oficios; celaba el armamento y preparación de los galeones que hacían la escolta bajo su mando. A las naos de comercio obligaba á llevar artillería y armas con arreglo á ordenanza y capacidad; no consentía embarcar pasajero sin prevención, á su costa, de arcabuz ó ballesta, con las municiones correspondientes.

Por las ordenanzas de flotas se fijaron las derrotas que habían de seguir, los puntos de escala, fechas de la salida y orden de navegación, clasificando los grupos por el destino. Cada uno de éstos se componía con las naos cuyos propietarios solicitaban la expedición y los galeones de guerra en que se embarcaba la plata al regreso. Iba el General en la que servía de capitana; arbolaba insignia y tenía un segundo jefe titulado Almirante, como *Almiranta* su galeón. Éstos tenían capitanes de mar y guerra y guarnición de infantería procedente del Tercio de galeones. Un veedor general, con los particulares, contadores y maestres de plata, entendían en el registro y cuenta de los caudales embarcados y en lo relativo á contabilidad de la flota y del personal. Un auditor general, con escribanos por subalternos, asesoraba al jefe y cuidaba de los asuntos de su jurisdicción. Un gobernador de la infantería embarcada tenía á su cargo el buen servicio de ésta, y un capellán mayor lo importante á la vida cristiana.

La Casa de Contratación disponía dos expediciones principales, que salían invariablemente del río de Sevilla: la una, llamada Flota de Nueva España, destinada al golfo de Méjico; la otra, denominada de Tierra Firme, á Cartagena de Indias. Navegaban unidas hasta el mar de las Antillas; la primera destacaba entonces las naos que habían de ir á Puerto Rico y Santo Domingo, tocaba en la Habana y seguía hasta Veracruz, donde hacía la descarga y carga nueva; reponía los víveres y volvía á la Habana para unirse á la otra antes de emprender el regreso. La segunda navegaba desde Santo Domingo á Cartagena y Portobelo, para recoger los envíos



del Perú y de Chile, remitidos á través del istmo de Panamá y por el río Chagres; pasaba á la Habana, y verificada la unión con la flota de Nueva España, desembocaban juntas por el canal nuevo de Bahama¹.

Una y otra tenían buques ligeros llamados *naos de aviso*, que situaban en crucero en los puntos convenientes, para saber con anticipación la presencia de las escuadras enemigas, y á más eran esperadas al regreso, en las inmediaciones de las islas Azores, por la *armada de la guarda de la carrera de Indias*.

En la *Capitana* y *Almirante* de las flotas no era permitido embarcar ninguna especie de mercancía bajo fuertes penas, á fin de que estuvieran constantemente en disposición de pelear, que era su destino, auxiliando á los galeones de la escolta.

El General navegaba á la cabeza de las flotas, y el Almirante en la cola para ayudar, asistir y defender en caso necesario á las naos.

Al regreso en España, se abría residencia pública al General por espacio de treinta días, por si hubiera quejoso de abuso de autoridad, y además se le hacía otra residencia secreta con presencia de los diarios y consideración de los sucesos. Si por su culpa tomaban los enemigos alguna nao, incurria en pena de muerte y perdimiento de bienes.

La distinta clase y marcha de las naves de comercio, su número á veces muy crecido, la excesiva carga y mala disposición, hacían largos y enojosos los viajes en que todos los navíos tenían que sujetarse á la marcha del más pesado².

¹ Publicáronse las derrotas de galeones y flotas en el *Anuario de la Dirección de Hidrografía*, año V, 1867.

² El oidor Eugenio de Salazar describió su viaje en flota á la isla de Santo Domingo, el año 1573, en carta humorística, joya de la literatura. La reproduce en las *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 178.



c



Pero Menéndez de Avilés.



Instituto de Historia y Cultura Naval

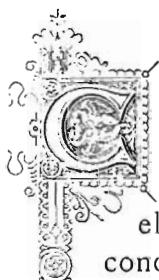


XIII.

PIRATERÍAS.

1560-1571.

Contrabando.—Hugonotes.—Se establecen en la Florida.—Los ataca y degüella Pero Menéndez.—Construye fortalezas.—Fundá poblaciones.—Persigue el corso.—Mala fe de Catalina de Médicis.—Ordenanza severa de Felipe II.—Velocidad de los indios.—Empresas de corsarios y negreros ingleses.—Los favorece la reina Isabel, cobrando parte de las utilidades.—Los condena en público.—Viajes de Hawkins.—Combate de Veracruz.—Se vende.—Intentos de justificación.—El P. Las Casas y su libro.—Compañías ó Asociaciones piráticas.—Arman escuadras contra las de la guarda de flotas.



ON la organización de las flotas y armadas de guarda, que obligó al corso á buscar la segunda de sus fases¹, tuvo en las Indias considerable desarrollo el comercio clandestino. Lo empezaron los franceses conduciendo hierros, paños y bujería, que cambiaban por cueros crudos, azúcar, brasil ú otros productos de la tierra; lo siguieron los portugueses llevando negros de Guinea, solicitados por los mineros y agricultores; y siendo beneficioso para las dos partes contratantes, tolerado ó no por los Oficiales reales, se hizo tanto más incitante cuanto más se reducía la expedición de las flotas, insuficiente para surtir de artículos de primera necesidad á los españoles exparcidos en el Continente y en las islas. Ellos, los colonos, eran, pues, los que alentaban y sostenían ese comercio, faci-

¹ Tomo I. cap. xxv.



litando el acceso á los navios, proporcionándoles puerto y pilotaje, encargándose de hacer los alijos, y despistando á los guardacostas, llegado el caso de irles á los alcances. Bajo la dirección de mercaderes ó especuladores de las Indias aprendieron los extranjeros á conducir los géneros en grandes navios armados, que anclaban en cualquier puerto seguro, pero no poblado, y desde él expedían el cargo y recibían la equivalencia en lanchas, sin escándalo ó sin que se dieran por entendidas las autoridades.

Alguna que otra vez ocurrían choques originados por la mala fe, ordinaria compañera de los negocios ilegales. Ya porque la codicia se imponía, ya porque la ocasión tentaba, ni los franceses hacían escrupulo en la presa de cualquiera embarcación que atravesaba su camino, ni los españoles tenían reparo en degollar á los corsarios que saltaban en tierra buscando ganado ó frutas.

La mayor parte, si no todas estas embarcaciones, iban tripuladas por hugonotes de Bretaña y Normandía, propagandistas exaltados por la persecución en su patria, é inducidos por el almirante Gaspar de Coligny, jefe del partido protestante, al que contribuían con el diezmo de lo pillado¹. Abierto el apetito á medida que más provecho les producía el ejercicio de la profesión, proyectaron el establecimiento sólido de su gente en alguno de los puertos de Indias que les sirviera de refugio, depósito, carenero y base de operaciones en mayor escala para la explotación del mar de las Antillas á costa de los colonos españoles.

Justamente por entonces había levantado la mano en la población de la Florida D. Tristán de Luna, trabajado por la adversidad y abandonado de la gente; fracasó después i

¹ «Les catholiques et les protestants étaient comme deux nations ennemis en présence sur le même sol..... mais, dans les rixes qui éclataient par tout et sans cesse, tout l'avantage était pour les catholiques, beaucoup plus nombreux..... (como de 10 á uno).

»Ils avaient armé une escadre de corsaires qui infestaient l'Océan, pillant les navires de toutes les nations catholiques.« Henry Martin, *Histoire de France*, quatrième édition, tome IX, pages 201-242.



expedición del general Angel de Villafañe, que corrió la costa reconociendo los ríos de Santa Elena y Jordán, de 33 á 35° de latitud, con pérdida de dos fragatas y 24 personas (1561); y mientras en Méjico se consultaba al Rey si convenía ó no proseguir la urbanización en aquella tierra pobre, anegadiza y fría, y fortificar los surgideros, se había paralizado el envío de gente. Los hugonotes juzgaron ser la Florida, y en ella el río y cabo de Santa Elena, lo que necesitaban, porque, fortalecidos en la desembocadura del canal de Bahama, paso preciso de las flotas de Nueva España y de Tierra Firme al venir á Castilla con la plata, tendrían excelente puesto de caza á la espera. Con esta mira salió de Dieppe uno de los corsarios, Juan Ribaud ¹, guiando dos *rambergas*; y pareciéndole lugar á propósito la boca del río Santa Cruz (hoy Ediscowe), construyó un fuertecillo de madera, á que dió nombre de *Charles-Fort*, y regresó muy satisfecho á dar cuenta de la ocupación, dejándolo guarnecido con 30 hombres.

Al poco tiempo se cansaron éstos de sufrir privaciones y trabajos; divididos y desazonados, dieron muerte al capitán, y en un navichuelo emprendieron la navegación á Francia con tal necesidad, que hubieron de matar á dos de los compañeros para sustentarse con los cuerpos y no perecer todos.

Inmediatamente preparó en el Havre el almirante Coligny segunda expedición con una galeaza de 200 toneladas, construida expresamente para guerra, con 10 piezas de bronce, á más de las de hierro, falconetes y versos; un navío de 120 y otro de 80, á propósito para exploraciones; 300 hombres de mar y guerra, y dos piezas de gran calibre para montar en el fuerte. Por capitán eligió á René de Laudonnière; por segundo, á Tomás Bassour, ambos de la jornada anterior, corsarios prácticos. Dieron velas el 23 de Abril de 1564, llegando con felicidad á su destino, y aquí empezó de nuevo la colonización francesa.

Contra el orden seguido hasta ahora, dejo por principio la

¹ Ó Ribault, en 18 de Febrero de 1562:



epopeya á cargo de un historiador reputado, que por creencias y sentimientos se identifica con los héroes¹:

«Laudonnière—dice—fabricó, al Sur del fuerte antiguo, otro en el río San Mateo, que denominó *la Carolina*; hizo alianza con los jefes indígenas y promovió la población; la indisciplina amargó el fruto de estos felices principios: amortinada la gente, dedicóse, contra la voluntad de los jefes, á excursiones de corso, provocando á los españoles de las Antillas, y atrajo sobre la naciente colonia borrasca asoladora. En los momentos en que Ribaud había llegado de Dieppe conduciendo 300 colonos con las familias, hijos, ganado, instrumentos, una escuadra regida por Pedro Meléndez de Avila (Pero Menéndez de Avilés) desembarcó cuerpo de tropa; sorprendió á la Carolina y exterminó á los colonos, sin distinguir sexo ni edad. Laudonnière pudo hacerse á la mar con dos navíos; los otros naufragaron en la costa con temporal, teniendo los tripulantes que rendirse á los españoles mediante capitulación, indignamente violada. Menéndez degolló á Ribaud con todos los compañeros, en suma de 800 á 900 (Septiembre de 1565), é hizo colgar los cadáveres con letrero diciente: «Ahorcados, no por franceses, sino por herejes luteranos.»

»Conocido el suceso en Francia, así el almirante Coligny como el partido hugonote en masa, demandaron venganza, consiguiendo que la Corte hiciera á Felipe II reclamaciones que no se tomaron en serio; porque, si bien Ribaud y Laudonnière procedieron en las expediciones con autorización y orden del Rey, Catalina tuvo la cobardía de negar toda participación en la empresa de la Florida al mostrarse el Sobrano de España quejoso contra la usurpación de sus imaginarios derechos en aquel país². Desde luego se supuso (¿por los

¹ Mr. Henry Martin, antes citado, t. ix, pág. 285. Tuvo á la vista una relación escrita por Laudonnière, que se publicó en los *Archives curieuses*. En 1586, después de su muerte, salió á luz otra, titulada *Historia notable de la Florida*, conteniendo los tres viajes hechos á la misma por capitanes y pilotos franceses.

² Así fué en efecto: véanse los Papeles del Cardenal Granvela, doc. LXXIV, año 1565.



hugonotes?) que los Guisas y sus amigos informarían á Felipe II de los preparativos de Ribaud, y que Menéndez combinaria su ataque con los avisos recibidos de Francia.

»Un caballero gascón, Domingo de Gourgues, equipó tres navíos pequeños á su costa, burlando la vigilancia de Montluc, que tenía órdenes de oponerse á estas correrías; salió de Royan, con un puñado de valientes, en 22 de Agosto de 1567; desembarcó en la Florida; llamó á si á los salvajes, que querían á los franceses tanto como detestaban á los españoles; sorprendió á su vez á la Carolina y á los dos fuertes construidos por Menéndez, y trató á los españoles como ellos á los compañeros de Ribaud. Los vencidos fueron ahorcados en los árboles, poniendo á los cuerpos leyenda: «No por españoles, sino por asesinos.» De Gourgues se vino á Francia, después de arrasar los fuertes (Junio de 1568); fué recibido casi como reo de Estado, y en poco estuvo que no lo entregaran á Felipe II en recompensa de su acción generosa.»

Hasta aquí el relato sucinto de Mr. Martín, en el que es bueno anotar, ante todo, que entre franceses, aun siendo hugonotes y corsarios (digámoslo así), se hacian sentir la discordia y la indisciplina. En segundo lugar, hay que advertir la contradicción en que incurre, no sólo con otros escritores franceses, mas consigo mismo. Declara que el almirante Coligny, de tiempo atrás, tenía en las Antillas escuadra de corsarios en preparación del ataque del archipiélago, y que la ocupación de la Florida era un paso dado para la realización del objetivo. ¿Cómo, pues, dice que, contra la voluntad de los jefes, provocaron á los españoles algunos marineros amotinados, dedicándose al corso en plena paz?

Hay cartas oficiales avisando la entrada en Puerto Caballos de dos naos y dos pataches franceses (1558), que pusieron á rescate la población después de haberla saqueado y muerto á los vecinos que opusieron resistencia; de naves apresadas en las aguas de Chagres, Campeche, Santo Domingo, Puerto Rico, Cartagena, Nombre de Dios, Azores, Canarias y Cabo de San Vicente; de combates en que los Generales de la Guardia rindieron con pérdida á varios de estos navíos, por-



que, conociedores de la pena, los hugonotes se defendían como desesperados; de los nombres de los barcos, de los capitanes, de los puertos en que se armaron¹, se tiene noticia, todo ello en los años de 1558 á 1568. ¿Qué órdenes ó qué oposición eran las de Montluc entonces? Sin duda las que han publicado MM. Charles et Paul Bread², por las que se viene en conocimiento de que entre los armadores en corso se contaba á Françoys d'Epinay, sieur de Saint-Luc, barón de Crèvecœur, Teniente general, Chambelán del Rey, recibiendo del arsenal de la marina artillería y municiones; «porque, si bien estas empresas no tenían aprobación ostensible, estaban estimuladas».

No era la vez primera, ni fué la última, en que Catalina de Médicis autorizara expediciones piráticas y entregara luego á los autores á la justicia del ofendido; no por cobardía, por sagaz política lo hacía, alejando del reino súbditos turbulentos y enojosos³, desembarazándose de ellos si se dejaban prender, y causando en tanto daño á la nación rival con provecho de la suya por el procedimiento proverbial de tirar la piedra y esconder la mano. A las observaciones ó demandas de los Embajadores españoles respondió siempre la corte de Francia en iguales términos, por lo cual, en las instrucciones reales á los generales de Armada, se incluía ésta:

«Porque somos informados que en la carrera de las Indias y en la costa desde Málaga al Cabo de San Vicente andan algunos navíos de corsarios, así franceses como ingleses y escoceses, procurando de robar lo que á aquellas partes va y

¹ En la *Colección de documentos de Navarrete*, tomos XXI, XXII y XXV, y en la de *Sans de Barutell*, art. 6.^º La *Biblioteca marítima* del primero, t. III, pág. 36, contiene: *Información hecha en Veracruz á 21 de Julio de 1571 de la defensa de la nao «Nuestra Señora de Ayuda», procedente de la isla Española para España, y barloada hasta tercera vez por tres navíos corsarios franceses sobre el puerto de Yaguama, que al fin la apresaron por haber muerto su maestre Asensio Hernández y ocho hombres más, y estar heridos otros ocho.*

² *Documents relatifs à la marine normande et à ses armements aux XVI^e et XVII^e siècles*. Rouen, 1889.

³ Los que llevó Ribaud, según el embajador veneciano Donato, eran «*venturieri, per non dir vagamondi*». Cárdenas distingue más: «Era la gente (dice) condenada á muerte, á galeras ó á presidio.»



viene, y también lo que va de Levante á Poniente, lo cual es en deservicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y contra las paces que están asentadas entre nos y los Príncipes de aquellos reinos, y porque los tales corsarios de derecho deben ser ahorcados como robadores y contravenidores de los conciertos hechos «y contra la voluntad de sus Reyes y señores naturales», mando que si pudiese haber algunos de los dichos corsarios y le constare que lo son, proceda contra ellos y los castigue conforme á justicia, ejecutando luego en la mar con todo rigor, que para lo hacer se le da poder cumplido»¹.

Salvajes afectos á los franceses había realmente, como los había que buscaban á los hugonotes escondidos en la selva para entregarlos á los españoles. Tiempo es de referirlo.

Los Guisas, que (dicho sea de paso) motivos tenían para estar á devoción de D. Felipe, no se molestaron en ponerle al corriente de lo proyectado para ocupación de la Florida; informábale desde París D. Francés de Alava, y de lo que se hacia en los puertos D. Juan de Acuña, gobernador de Guipúzcoa, que al efecto tenía sus agentes². Conoció, pues, los propósitos del almirante Coligny á tiempo en que tenía capitulada con Pero Menéndez de Avilés³ la población de la Florida en términos generales; y variando por consecuencia los presupuestos, acrecentó la armada y modificó las instrucciones, mandándole salir á la mar prontamente, impedir el acceso de la Florida á los franceses, y echarlos de allí en caso de que se hubieran anticipado.

Pedro Menéndez de Avilés, caballero de Santiago, persona de arraigo y reputación, navegaba desde muchacho; fué como Consejero á Inglaterra en la armada que condujo á D. Felipe para su casamiento; le trajo desde Flandes á España; mandó una armada del Canal de la Mancha, dando escolta á las naves de Cantabria y á las inglesas; llevó muchas veces á Zelanda soldados y dinero; tuvo afortunados en-

¹ Colección Navarrete, t. XXXIX, año 1561.

² Colección Navarrete, t. XIV.

³ En 20 de Marzo de 1565.



cuentros con corsarios, y mandaba últimamente flotas de Indias alumbrado de buena estrella. La población de la Florida había tomado por su cuenta, empeñando en preparativos y alistamientos el caudal.

De Cádiz salió el 29 de Junio de 1565 con el grueso de la armada, ó sea un galeón y 18 naves, dejando órdenes para que lo hicieran de Avilés, Gijón y Santander las embarcaciones menores y las de transporte¹.

A pocos días de dejar las Canarias se dispersó la escuadra, quedando un patache en conserva del galeón capitana, y próximo á Puerto Rico sufrió de huracán mucho daño, desarbolado, sin conservar más que el palo macho. Tuvo que arrojar al agua parte de la artillería y efectos. De las otras naves, una volvió á Canarias haciendo agua; cinco navegaron juntas con el almirante Esteban de las Alas hasta cruzar el rumbo del huracán, con el que creyeron perderse; libráronse cada una de por si, muy trabajadas, y con pérdida de la carga en parte, y cuatro se reunieron en Puerto Rico con su General, teniendo el sentimiento de no hallar en la isla ni en la de Santo Domingo, adonde fueron, jarcia ni palos con que reemplazar los de la avería del huracán; mas como allí tuvieran nueva de haber llegado á la Florida la expedición francesa de Ribaud, por no darle tiempo á fortificarse no quiso Menéndez perderlo en esperar á las otras naves extraviadas ó en proveerse de materiales, pensando que con los hombres de

¹ Las de Cádiz eran: galeón *San Pelayo*, de 1.000 toneladas, capitana; dos chalupas de 100; cuatro carabelas de 50 á 100; una galeota de 18 bancos; un bergantín de 11; las demás pequeñas. Las de Avilés, Gijón y Santander, también de poco porte, destinadas á llevar provisiones, sumaban 16 y embarcaron 2.646 personas, contados los labradores é industriales, mujeres é hijos. Iban á su bordo ganados, semillas, instrumentos de labranza. Narraron los sucesos de la expedición D. Gabriel de Cárdenas (Rodríguez Barcia), *Essay cronológico para la historia general de la Florida*; D. Jacobo de la Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*; D. E. Ruidiaz y Caravia, *La Florida y su conquista y colonización*. Hay relaciones sueltas, una publicada en la *Colección de documentos de Indias*, t. xi, pág. 441. Sigo con preferencia á los documentos oficiales de la *Colección Navarrete*, t. xiv. Entre ellos hay declaración de un prisionero francés de la escuadra de Laudonnière. De las historias se deja recomendar la de Mr. John Gilmary Shea, *Spanish Exploration and settlement in America from the fifteenth to the seventeenth century*.



armas tomar, que á la sazón tenía, bastaba para ocurrir á lo más preciso. Navegó, por tanto, en demanda del cabo Cañaveral, y siguió reconociendo la costa hasta los 29° de latitud, donde halló puerto, y en él surtas cuatro naves, las dos con insignias de capitana y almiranta.

Contábanse cuatro días de Septiembre: al avistar los franceses á los recién llegados dieron velas, cambiando algunos cañonazos y tomando el largo, sin que el galeón pudiera seguirles por su escaso andar con los palos provisionales. El adelantado Menéndez, habiéndolos perdido de vista al amanecer, continuó navegando al Norte hasta un puerto que nombró de San Agustín, y le pareció á propósito para el desembarco de la gente. Los indios le recibieron de buen semblante, manifestándose dispuestos á auxiliarle contra los franceses, sus enemigos, empezando por informar de los lugares y posiciones que ocupaban, de sus fuerzas de mar y tierra, y entidad de algunas tribus con las que tenían hecha alianza.

Pocos días bastaron al desembarco de efectos y construcción de un fuerte, que se artilló y puso en estado de defensa por fundamento de la colonia nueva de San Agustín. De allí despachó Menéndez las dos chalupas de á 100 toneladas para pedir caballos en Santo Domingo, quedándose con el galeón y los dos navios pequeños, aunque supiera que los enemigos disponían de nueve. Aun más: como todos ellos llegaron á batirle por mar, juzgando que se habrían reforzado y dejarían poca gente en el fuerte, formó el plan atrevido de salirse del suyo confiándolo á la gente menos útil, y sorprender al luterano caminando por tierra.

Poniéndolo por obra, escogió 500 hombres, los 300 arqueros, el resto piqueros y rodeleros, haciendo cargar á cada uno seis libras de bizcocho y marchando por ciénagas, guiados de los indios, con temporal de aguas, atravesando ríos y esteros, ó excusándolos con largo rodeo, caminaron más de 15 leguas, dejando rezagados 100 hombres menos sufridos que los demás.

En la alborada del 20 de Septiembre llegaron á las inme-



diaciones del fuerte sin ser sentidos; sorprendieron al centinela y se entraron de rondón por la puerta, señoreando la plaza sin tener más que un herido leve. Murieron en la refriega 102 franceses y otros 10 más de los que escaparon en camisa al monte, tirándose desde los parapetos; pero aun se salvaron unos 60 á nado, embarcando en tres navíos que estaban al ancla en el río. Mujeres y niños se prendieron más de 70, y el Adelantado ofreció á los de las naves entregárseles y darles salvoconducto para que con una de éstas se fueran á Francia, rindiendo las otras dos.

No admitieron el partido, por lo que se les hizo fuego con sus propios cañones, echando á fondo el mejor de los navíos: los otros dos se dejaron ir río abajo, cortadas las amarras, llevándose á Laudonnière, gobernador del fuerte; á Jaques Ribaud, hijo de su jefe, con algunos oficiales. En el fuerte, á que dió el Adelantado nombre nuevo de *San Mateo*, se halló gran depósito de armas, provisiones, ropas, mercancías de rescate, granos, y en construcción adelantada una galeota grande y un bergantín.

Quedó por gobernador el capitán Gonzalo de Villarroel con 300 soldados, y el General se volvió con los 100 á San Agustín, pareciéndoles mil veces más largo y penoso el camino, haciéndolo sin el peligro que les estimulaba á la ida. Durante su ausencia había tomado el almirante Diego Flores de Valdés una fragata muy buena, abandonada por los luteranos, á quienes el temporal obligó á separarse del puerto.

Unos días después avisaron los indios á Pero Menéndez que por efecto de la borrasca habían naufragado los navíos, y muchos de los franceses estaban en la playa, seis leguas distantes. Se dirigió el General con los bateles en su busca, y enviáronle un parlamentario, proponiendo condiciones para rendirse. Según refirió, habían salido de su puerto cuatro galeones y ocho pinazas de 24 remos con 600 hombres al mando de Juan Ribaud, acompañándole Mr. La Grange y otros caballeros, con propósito de dar batalla y deshacer á los españoles. Batidos por el temporal, se habían estrellado en los bajos tres de los galeones, salvándose á nado los que allí es-



taban, que eran 140, porque los salvajes habían cautivado ó muerto una mitad.

«Respondile, escribió Menéndez¹, que las armas me podían rendir y ponerse debajo de mi gracia, para que yo hiciese de ellos aquello que Nuestro Señor me ordenase; y de aquí no me sacó ni sacara si Dios Nuestro Señor no esperara en mí otra cosa; y así se fué con esta respuesta, y se vinieron y me entregaron las armas, y híceles amarrar las manos atrás y pasarlos á cuchillo; sólo quedaron 10 (por ser católicos).»

Tras la tremenda ejecución siguió las huellas del jefe andante por las playas con otros 200 hombres, sin recursos. «Salvé la vida á dos mozos caballeros de hasta diez y ocho años, y á otros tres que eran pífano, atambor y trompeta; á Juan Ribao con todos los demás hice pasar á cuchillo entendiendo que así convenía al servicio de Dios Nuestro Señor y de V. M. Y tengo por muy principal suerte que éste sea muerto, porque era el más plástico marinero y cosario que se sabía, y muy diestro en esta navegación de Indias y costa de la Florida, y tan amigo de Inglaterra que fué nombrado por Capitán general de la armada inglesa contra los católicos de Francia en la guerra pasada»².

Unos cuantos que no quisieron entregarse sin seguro de la vida, más los escapados del fuerte y de algunas galeotas, componiendo entre todos una centena, quedaron entre los salvajes, como resto de expediciones calvinistas, y á éstos, los indios fueron entregando poco á poco por congraciarse con los vencedores. Por trofeos ganó el Adelantado dos pinazas muy buenas, bateles y embarcaciones menores, la artillería de bronce de las que naufragaron en la costa, y dos navíos españoles que tenían rendidos, habiendo echado la gente al mar, razón que extremó la severidad de Pero Menéndez. Del fuerte de San Mateo disfrutó poco tiempo por haberse incendiado con descuido del presidio.

La falta de vítualla le obligó á embarcarse para la Habana,

¹ Carta al Rey, fecha en el fuerte de San Agustín á 15 de Octubre de 1565.

² La misma carta.



haciendo la navegación por dentro de los arrecifes, donde descubrió, como pensaba, haber revesa de corriente de la del canal, favorable, por consiguiente, á su camino. En la Habana temían por él; Pero Menéndez Márquez, su sobrino, y Esteban de las Alas, llegaron con los navíos de Cantabria, gente y municiones, con que se aliviaron las necesidades. Otro refuerzo de 1.500 hombres con 15 naves llevó el general Sancho de Achiniega en 1567; pero habiendo de cubrir con él bajas en los presidios de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, alcanzó poco á la Florida, donde ya el Adelantado había construido un tercer fuerte en Santa Elena, nombrado San Felipe, reconocido y descrito 300 leguas de costa, y explorado el país hacia el interior con expediciones que además llevaban por objeto el acallar el descontento de los soldados y tener á raya á las tribus de los indios enemigos.

Pasado un año llegó á la costa Domingo Gourgues, gascón, que había remado en galeras españolas, con tres navíos y 280 hugonotes, componiéndose con los referidos indios para sorprender, como lo hicieron, al fuerte de San Mateo, matando á casi todos los de la guarnición, ahorcando de los árboles á los prisioneros, no sin pérdida suya, y de una de las naves. Embarcó en las otras dos la artillería, y dió vuelta á Francia (1568) antes que acudiera gente de los otros fuertes⁴.

Lo mismo que de Gourgues, estaban poseídos del espíritu de venganza otros corsarios hugonotes: Laudonière, Bourgoing, Cacheuf, Parent, Beaumemp, algunos de los cuales pagaron con la vida las fechorías, aunque por lo regular

⁴ En esta parte es exacta la narración de Mr. Martin; las cartas del Adelantado al Rey lo corroboran, diciendo: «Á los indios, mis amigos, que son los que han dado á V. M. la obediencia, les hacen gran guerra los amigos de los franceses por la amistad que conmigo tienen....., porque aquellos indios, en lo general, son más amigos de los franceses, que los dejan vivir con libertad, que no mios ni de los teatinos, que les estrechamos la vida; y más harán los franceses por esta causa en un dia que yo en un año, aunque con la ayuda de Nuestro Señor espero será lo contrario.» Quéjase en ésta, como en las otras cartas, de estar los soldados desatendidos, desnudos y hambrientos. Véase *Colección de documentos de Indias*, t. xiii, páginas 301 á 307.



no se cumplían las instrucciones del Consejo de Indias. El mismo Pero Menéndez de Avilés, tachado de cruel, trató con consideración á los prisioneros que se le rindieron en un fuerte del cabo Cañaveral, llevándolos en persona á la Habana¹.

Llegando á una fecha en que las multiplicadas atenciones de la política llevaban á las naves de guerra á Grecia, Italia, Argel y Países Bajos, dejando en relativo abandono lo de más lejos, conviene volver hacia atrás en las referencias á fin de que aparezcan en el escenario otros actores.

Divulgadas por Europa las noticias de lo que lucraban las empresas piráticas de Indias, con el ejemplo de los corsarios hugonotes, pensaron ensayarlo por si solos sus vecinos y auxiliares los ingleses, adiestrándose en el aprendizaje; esto es, empezando por alargarse hasta las costas de Galicia (1564), y robar las naves españolas, portuguesas y flamencas. Presentó en Londres el Embajador de España reclamaciones de agravio, con pruebas de haber sido actores del delito dos caballeros nombrados Tomás Stucle y Tomás Coban, que sirvieron para hacer descubrimientos muy curiosos; á saber: que lord Coban, hermano de Tomás, su mujer, camarera mayor de la Reina, y otros personajes de la Corte, tenían participación ó interés en las jornadas, á que la Reina misma no era ajena². Desautorizó, sin embargo, en público á los culpables, haciéndolos condenar por el Tribunal, á reserva de que no tuviera ejecución la sentencia, antes bien, armando poco después (1565) un marinero de crédito, Jhon Hawkins³, nave de 800 toneladas con 24 piezas de artillería y 140 hombres, tres navíos más de mediano porte y dos bergantines, corrió la voz de haber salido de las arcas reales los fondos requeridos por tan considerable equipo, y

¹ Á la Habana enviaba igualmente á los que exceptuó del degüello, embarcándolos en su galeón *San Pedro*, y una vez en la mar se alzaron, en inteligencia con algunos marineros levantiscos, mataron al maestre y gente fiel, y navegando hacia Europa fueron á parar á la costa de Dinamarca. Cardenau. *Ensayo cronológico*.

² Cabrera de Córdoba, t. I, pág. 610.

³ Nombrado Aquines por los españoles.



lo cierto es que, habiendo exigido á Hawkins, siempre por ingerencia del Embajador de España, fianza de no ir á Indias, á Indias fué, haciendo excursión beneficiosa á la manera mixta en los sistemas portugués-francés¹.

Navegó desde Plimouth á Guinea, donde por fuerza de armas tomó 400 negros: tocó en las islas Dominica y Deseada, para proveerse de agua y leña; se llegó á la Burburata, donde el Gobernador, sin medios que oponerle, trató de cubrir las apariencias conviniendo en que hiciera demostración de fuerza y negociación siempre que no hiciera daño al país. Desembarcó, en efecto, 200 hombres y unas piezas de campaña con que rompió el fuego, y contentóse con que le compraran 140 de los esclavos á buen precio. De allí corrió la costa al río del Hacha, Cartagena y otros puntos, donde vendió el resto de los negros por los mismos procedimientos; cargó de cueros al pelo; se entretuvo unos quince días esperando á la flota de Nueva España por ver si al paso podía tomar algún navío, desembocó por el canal de Bahama, tocando en la Florida, donde vendió á los franceses una carabela y barriles de harina, y redondeado su negocio, haciendo cuentas exactas en Inglaterra, halló haber ganado la compañía 60 por 100 del capital, y eso poniendo partidas de pesos pagados á gobernadores españoles por su condescendencia.

En segunda expedición (1566) obtuvo utilidad superior por la práctica que en los oficios de negrero y pirata iba adquiriendo, y el acuerdo de los asociados de reducir los gastos al apresto de las naves y de suplir cualquier otro con el

¹ Hago caso omiso de piraterías menudas en el Canal de la Mancha, donde, según consta por los documentos oficiales ingleses publicados en el *Calendar of State papers*, empezaron á escandalizar en Europa el año 1559, por haberse comprobado que ejercitaban la piratería las naves de la Reina encargadas de reprimirla. Hicieronse informaciones en Amberes, Ostende, Fécamp, Dunquerque y Lisboa, declarando los maestres despojados, y de resultas hubo muchas reclamaciones al Gobierno inglés, de 1561 á 1571, sin obtener más que buenas palabras, antes bien, habiendo apresado la escuadra española, sobre las islas Azores, á cinco navíos ingleses *in fraganti*, intercedió el Embajador cerca del Rey para que tuviera consideración con aquellas pobres gentes.



empleo de los cañones y los arcabuces. Sin embargo, Hawkins y Stucle, con la mira de granjería menos trabajosa, propusieron sus servicios al rey D. Felipe mediante olvido de lo pasado y ciertas indemnizaciones que consideraban razonables, entre ellas el pago de ciento y tantos negros detenidos en el viaje último á Santo Domingo¹.

Solia el hijo del emperador Carlos V admitir, y aun proponer por mediación de agentes, tratos semejantes que ponían á su devoción ministros, consejeros, miembros de Parlamento, capitanes y personas insignes, y teníalas á sueldo, con gran reserva, en Inglaterra, en Francia, en Roma, en Alemania y hasta en Constantinopla y en Argel, con la particularidad de que, no alcanzando los fondos para la paga de los soldados y marineros en campaña (no digamos nada de obras públicas), por rareza dejábase de satisfacer con relativa exactitud las nóminas secretas, con que se aquilata el nivel moral de aquellos buenos tiempos pasados; mas porque las exigencias de Hawkins fueran exorbitantes, ó por otra razón desconocida, por entonces (más adelante sí) no desistió el consocio de Isabel del negocio de negros, preparando, por lo contrario, expedición de mayor cuantía: nueve navios², los cuatro de propiedad de la Reina, contado el que había de hacer de Capitana, buque nombrado *Jesús*, de 800 toneladas, con buena artillería de bronce, y entre todos 800 hombres. En esta jornada empezó á figurar Francisco Drake, que ha de verse nombrado con frecuencia en lo sucesivo.

El 14 de Septiembre de 1568 apareció la escuadra á vista de los vecinos de Villa-Rica y Veracruz, que creyeron fuera la flota de España, esperada por momentos; acudieron por tanto, los Oficiales reales con un batel para recoger los despachos y las primeras noticias, y Hawkins aprovechó el

¹ La narración está formada con vista de la *Correspondencia de Felipe II con sus Embajadores en la corte de Inglaterra, 1558-1584.—Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos LXXXIX y XC.

² En algunas relaciones se anotan diez; mas por las inglesas no eran más que seis.



error deteniéndolos en su navío. Dijoles que habiendo salido de Inglaterra para la Mina de Guinea, forzado por los temporales había tenido que arribar hasta allí con propósito de carenar las naves y reponer bastimentos, pagándolos al precio corriente. Que no causaría mal á la población facilitándoselos, pero que en garantía de la buena fe y formalidad de los tratos era necesario que se le entregara la isla de San Juan de Ulúa con sus baterías por el espacio que permaneciera en el puerto. Las autoridades aceptaron las condiciones, no pudiendo hacer otra cosa, con lo que él surgió en el puerto, se apoderó de las naves que había al ancla, empezando por la del capitán Francisco Maldonado, cargada de vino de España, montó artillería en la isla protegiendo las suyas, y empezó á negociar la venta de sus negros, esperando licencias pedidas al Virrey en Méjico.

Así las cosas, al tercer dia, ó sea el 17 de Septiembre por la mañana, se avistaron trece navíos de la flota que mandaba el general D. Francisco Luján y conducían al nuevo Virrey D. Martín Enríquez. Hawkins creyó habérselas con la armada real que cruzaba por la Habana á las órdenes de Pedro Menéndez de Avilés, y encargó al Capitán de puerto hiciera salir un batel en que iría delegado suyo para noticiar al General lo ocurrido. Repitió la historia de arribada forzosa desde Guinea, dando valor de estipulación á las condiciones que había impuesto á los Oficiales prisioneros, y pidió confirmación y nuevas condiciones de garantías, consistentes en la forma de entrada y situación en el puerto de las naves de la flota con separación de las suyas, y en que no bajara gente á tierra mientras él estuviera allí, en la inteligencia de que, dándole los víveres, se iría luego.

Esta embajada llevó el capitán Delgadillo, dejando perplejos al Virrey y á Luján, en primer lugar, porque entre los trece navíos de la flota sólo la Capitana era galeón de guerra; por almiranta iba en aquel viaje nao de comercio muy cargada, y aunque tenía cañones como las demás, componían fuerza inferior á la de los ingleses, máxime habiendo éstos preparado las baterías de la isla con su gente. En se-



gundo lugar, de negarse á parlamento, temían por la suerte de los oficiales retenidos en rehén. Hubieron de entrar, por tanto, en tratos y conferencias, y convinieron sin duda en condiciones satisfactorias á los intrusos, toda vez que la flota entró pacíficamente en el puerto el día 20 y fondeó con separación. Durante la noche tuvo el Virrey informes exactos y medios de reforzar la flota con 120 vecinos de Veracruz. De acuerdo con Luján, pensó no había razón para guardar palabra dada sobre aserciones falsas, decidiendo atacar á la vez á las naves y á los defensores de la isla, y lo verificó sin tomarlos de improviso; antes fueron ellos los primeros en romper el fuego, con la fortuna de incendiar á la Almiranta, que se voló, pereciendo unas veinte personas; mas no por ello se desanimaron los nuestros; en San Juan de Ulúa desembarcó el capitán Delgadillo con gente de Veracruz, que tomó por la espalda á los ingleses, acuchillándolos, y, volviendo los cañones hacia el fondeadero, secundaron á los de la flota con mortífero efecto. La defensa fué enérgica, pero no obstinada: Hawkins y Drake escaparon del puerto en dos barcos de los menores, dejando rendida la Capitana con tres naves más y otra á fondo. En la primera se encontró la vajilla de plata del Almirante, mucha ropa y 50 negros que no habían vendido todavía.

Las noticias del suceso que hasta ahora se conocen son muy confusas y deficientes; consisten en relación anónima que nada enseña respecto á los tratos entre el virrey don Martín Enríquez y Juan Hawkins¹. Cabrera de Córdoba, conciso y obscuro también, como de ordinario, consigna «que

¹ Hállase en la *Colección Navarrete*, t. xxi, pág. 83, con título de *Relación del suceso de la armada y flota de Nueva España en el puerto de San Juan de Ulúa con el corsario Juan de Aquines, año 1568*. Un romance compuesto por Álvaro de Flores, dado á luz en Burgos en 1570, reproduce al tratar del asunto en *La Armada Invencible*, Madrid, 1885, t. II, pág. 490. El autor escribió entre otras cosas:

«Don Juan de Acle, el enemigo
De Dios y nuestros cristianos,
Se quiso dar por amigo
Del General, como digo.
Con todos sus luteranos.»



el peligro de los nortes que contrastaba la flota hizo al nuevo Virrey capitular sobre seguro con Juan Aquines con reciprocos rehenes, y entró en el puerto; que el general Francisco de Luján, pareciendo que no se debía guardar palabra á corsarios, sobre el puesto de los navíos tomó ocasión de romper con ellos. Determinó de combatirlos, y mandó que buen número de soldados con dagas solamente entrasen á visitar á los ingleses y los convidasen, y en el convite los matasen.»

Parece por las indicaciones que fué este negocio de zorros y no de leones, y el hecho es que tanto Hawkins como Drake guardaron rencor eterno á los españoles, cargando á la nación la responsabilidad que tocara á las autoridades en Veracruz, por lo que propalaban los resentidos como perfidia inaudita. Véase lo que el más interesado escribió en las memorias á que han dado completa fe los historiadores ingleses:

«Llegada la flota española, cambió saludo con la nuestra, según costumbre, y empleamos dos días en ponerla de un lado y la nuestra de otro, con tan buena fe de parte de los ingleses como mala de los españoles, pues tomaron de tierra un refuerzo de *mil hombres*, y formaron plan de caer sobre nosotros á media noche. No sospechamos la traición hasta observar el movimiento de la gente; y preguntando entonces al Virrey lo que aquello significaba, juró bajo su palabra que nada teníamos que temer. No nos satisfizo, sin embargo, la respuesta, recelosos de que hubiera gente oculta en un navío de 900 toneladas que había fondeado cerca de la *Mignon*: despachamos nuevo emisario al Virrey, y no pudiendo disimular más tiempo, lo detuvo é hizo sonar una trompeta, á cuya señal cayeron los españoles sobre nosotros, y bajaron á tierra en tanto número que la mayor parte de los nuestros fué degollada sin cuartel; el resto pudo ganar el *Jesús*. El navío que nos alarmó tenía á bordo 300 hombres, que atacaron á la *Mignon*; mas estando sobre aviso, pudo evitar el abordaje y salir del puerto. Atacó entonces aquel navío, juntamente con otros dos, al *Jesús*, que también consiguió des-



embarazarse y salir, aunque con mucha pérdida de su equipaje.

»El combate fué entonces terrible; en menos de una hora fué echada á fondo la Capitana española (!), la Almiranta incendiada y otro navío sumergido, pérdidas que disminuían mucho el daño que podrían hacer.

»Como los españoles se habían apoderado de los cañones de la isla, nos abrasaban con ellos; los palos, vergas y jarcias del *Jesús* estaban acribilladas, de modo que desesperamos de salvarlo. Además, echaron á fondo nuestros navíos menores. Llegada la noche, mientras discurríamos cómo abrigarnos de su artillería, dieron fuego á dos bajeles grandes, lanzándolos sobre los nuestros, con lo que el temor se apoderó de la tripulación del *Jesús*, que lo abandonó en la mayor confusión, desoyendo órdenes del Capitán. En fin, sólo la *Mignon* con una barca de 50 toneladas, y la *Judit*, se libraron, y todavía esta última ¹ nos abandonó durante la obscuridad. Vímonos solos con el buque tan mal parado que apenas se sostenía sobre el agua, con pocas provisiones y muchas bocas, y, lo que es peor, con división de opiniones; pues mientras unos querían rendirse á los españoles, preferían otros caer en manos de los salvajes.....»

Omito la narración de las atrocidades que dice cometieron los habitantes de Pánuco con 114 de estos pacíficos y honrados comerciantes, obligados á desembarcar después de haber consumido todo lo comestible; á fe á fe que él omitió las desazones que le causaba su compañero Drake alzándose con el oro embarcado en la *Judit*, el descontento de los asociados por la pérdida del capital de la expedición y el rencor de la Reina porque se hubiera dejado derrotar y la obligara á atender reclamaciones diplomáticas disculpándose.

La lección sirvió por entonces para importunar al Embajador de España interesándose por la libertad de los prisioneros hechos en Veracruz, y responder al disgusto de su soberana ofreciendo otra vez servicios á D. Felipe, él que

¹ La que mandaba Drake.



blasonaba de honrado, con tan buen propósito de cumplir los compromisos como ella lo tenía de hacer efectivas las pragmáticas que dictó condenando la piratería, siendo la mejor prueba que al publicarlas se aderezaban en los puertos de Inglaterra hasta 50 naves destinadas á las Indias, sabiéndolo quien lo quería saber¹.

Negreros, contrabandistas y piratas ingleses frecuentaron en lo sucesivo, con los franceses y portugueses, el mar de las Indias Occidentales; se apostaron como ellos en las Azores y Canarias, y, sobre todo, en el cabo de San Vicente, donde hormiguearon con los otros y con las galeotas argelinas, concurrentes á la parte. Por resto de pudor, sin duda, daban nombre de operaciones de corso á las suyas, porque no habían de ignorar que sin declaración de guerra no tienen aplicación exacta ni la palabra ni el concepto.

Húboles de ingenio agudo metidos en el difícilísimo empeño de buscar apariencias de justificación á los actos de rapina y sangre, por modo curioso. El R. P. Fr. Bartolomé de las Casas, llamado apóstol, aunque más bien mereciera califi-

¹ Hawkins porfió con el Embajador, Conde de Feria, para que el Rey de España le admitiese á su servicio, y envió á la Corte proposiciones directas por medio de su apoderado George Fitzwilliams, firmando al fin capitulación el 11 de Agosto de 1571, por la que se comprometía á servir con objeto expreso de restablecer en Inglaterra la religión católica, destruir la tiranía de Isabel, y favorecer la libertad y derechos de la Reina de Escocia. Publicó los documentos, copiados del Archivo de Simancas, D. Tomás González, archivero del mismo, en los *Apuntamientos para la historia del rey D. Felipe II, por lo tocante á sus relaciones con la reina Isabel de Inglaterra. Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. vii. Madrid, 1832. Hawkins había de presentar 16 naves, cuyos nombres y condiciones se especifican en el documento, de porte, en junto, de 3.270 toneladas, con 420 cañones y 1.585 hombres. El Rey, por su parte, se obligaba á indulto y amnistía de las ofensas hechas en Indias, y al pago de 16.987 ducados mensuales. De los preliminares, por menores de piraterías, armamento de naves, declaraciones, ofrecimientos y proclamas de la reina Isabel tratan las cartas del Embajador en el tomo xc citado de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Los historiadores ingleses son parcos en la materia; sin embargo, el Dr. Campbell (*Lives of the British Admirals, containing a new accurate naval history*. London, 1781) reconoce que «el espíritu de piratería se desarrolló de tal modo, que la Reina, por la propia seguridad y el honor de la nación, se vió obligada á restringirlo». Camden agrega que tuvo que enviar embajada extraordinaria á D. Felipe para excusar las piraterías y publicó pragmáticas contra ellas. Hállanse comprobaciones en la indicada colección ó *Calendar of State papers*.



cación de abogado de los indios, hombre vehemente y utópico, si con celo laudable y el mejor deseo, con mal consejo y extravío de la imaginación, escribió el libro que tituló *Destrucción de las Indias*, pintura horrorosa del proceder de los españoles como conquistadores, que muy pronto, vertida á todas las lenguas de Europa, corrió de mano en mano en número prodigioso de ejemplares. No se fijaban los lectores en lo que un comentador moderno ¹ sagazmente evidencia, á saber: «que la humanidad del ardentísimo religioso no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco». Guardadas en la memoria las escenas que presentaba con exageración casi siempre, con falsedad muchas, sin pensarlo acaso, de las deducciones recargadas intencionalmente por los traductores, se hacían armas contra una nación preponderante y envidiada por ende. *La crueldad, la ignorancia, la sed de oro de los españoles*, proclamadas por el buen Padre de almas, vinieron á ser frases de proverbio tan extendidas y arraigadas, que al través de los siglos tienen todavía adeptos entre el vulgo crédulo ². Aquellas atrocidades referidas debían de sublevar los ánimos generosos, la sensibilidad y ternura de los hombres del siglo xvi, en que eran excepción los castellanos.

Nada de ironía; por raro que al presente parezca, algunos de los piratas sin bandera la cortaron por los patrones del P. Las Casas, declarando ser lícito y meritorio destruir y despojar á los tiranos del Nuevo Mundo, al cual iban como auxiliares ó aliados de los indios; por seguir la causa del débil contra el fuerte, á vengar á los pobres caribes, á los sacerdotes de los ensangrentados dioses mejicanos, en buen hora, con nobilísimo arranque, de todos modos, arrastrados por amor del prójimo contra la perversa sed de oro estigmatizada.

Si los castellanos resistían la merecida corrección, ¿qué remedio? La represalia en nombre de la humanidad atribulada.

¹ Don Marcos Jiménez de la Espada. *Apologética historia de las antiguas gentes del Perú. Colección de libros españoles raros y curiosos*, t. xxi. Madrid, 1892.

² Así Mr. Auguste Moireau, en la reciente *Histoire de États. Unis de l'Amérique du Nord*, enseña que los conquistadores españoles eran verdaderos bandidos.



¡Desgraciado el que cayera en manos de los corsarios vengadores! Ser arrojado vivo al mar sería lo menos doloroso de su fin. Desgraciados, sobre todo, los que vestían hábito religioso. Era conveniente que los españoles aprendieran lo que es残酷¹.

Entró desde entonces lo que llamaban corso en la tercera de sus fases. Sabido que á España condujo la flota en 1562, cinco millones de pesos de oro ², y que progresivamente había crecido la suma, llegando á las arcas de Felipe II por la entidad y fuerza de las escuadras de custodia, se ideó el armamento de escuadras superiores, echándolas á la mar el concurso de capitalistas ó de compañías favorecidas y estimuladas por los soberanos: escuadras de corsarios sin bandera, con generales, almirantes y capitanes, conformes en cobrar sueldo de la parte de presa que hicieran, en el concepto expresado por Alonso de Chaves, cosmógrafo del Emperador, repetido á su tiempo por D. Dionisio de Alcedo, de que España, en el descubrimiento, conquista y posesión de las Indias, como en el uso y comercio de los tesoros de ellas, era depositaria de la Providencia para recogerlos y tesorera de todas las naciones para repartirlos.

¹ Dando cuenta del viaje primero de Hawkins, escribia el Embajador de Londres: «Traqe preso á un caballero de Álava, que se llama D. Juan de Mendoza, que en una de las islas de Indias en que estaba, por tener amistad con los ingleses, les hizo dar agua y vitualla, y entró en su navio. Se hicieron á la vela con él, y así, en pago de su simplicidad, le guardan prisionero. Tratanlos muy mal, á muchos tienen en cadenas..... D. Lope de Ugarte ha muerto de mal tratamiento.» *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xc, págs. 218 á 232. De corsarios franceses, dice otra carta: «Traen unos tornillos como de llave para dar tormento: meten los pulgares hasta hacerlos pedazos.» *Dirección de Hidrografía. Colección de Sans de Barutell, Simancas*, art. 6.^º, núm. 76. Pero éstas son pequeñeces de principiantes; los corsarios avezados echaban vivos al agua á los prisioneros. La misma *Colección*, art. 6, núm. 43.

² Memorial de servicios del general Bartolomé Carreño. *Colección Navarrete*, tomo xxi.

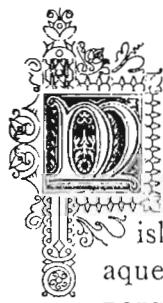


XIV.

ISLAS FILIPINAS¹.

1564-1572.

Expedición de descubierta.—Proyecto de Urdaneta.—Instrucciones.—Salida de la Armada al mando de Legazpi.—Grupos de islas nuevas.—Asiento en la de Cebú.—Fundación.—Regreso de la Capitana.—Triunfo de Urdaneta.—El patache *San Lucas*.—Navegación audaz.—Consigue el descubrimiento.—Otra expedición.—Crimen castigado.—Abandono de gente en las islas despobladas.—Hostilidad de los portugueses y de los moros.—Combates.—Se regulariza la comunicación con Acapulco.



As de veinte años habían transcurrido después de la expedición desgraciada que hizo Ruy Lope de Villalobos desde la costa de Nueva España á las islas de Poniente, sin que nave alguna surcara en aquella dirección el mar llamado del Sur ó Pacífico, porque, trayendo á la memoria desastres de las que guiaron Magallanes, Loaysa, Alvaro de Saavedra y Bernardo de la Torre, tenían los mareantes á la postrera por prueba definitiva de la dificultad, cuando no imposibilidad absoluta, de retroceder por aquel camino larguísimo, habiendo de luchar sin intermisión con atemporalados vientos contrarios.

Don Luis de Velasco, al encargarse del virreinato de Méjico, trató de desarraigar esta opinión contraria al desarrollo del comercio, reuniendo una Junta de peritos que discutiera

¹ Colección de documentos de Indias, segunda serie, tomos II y III.—Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de las Molucas*.—Antonio de Morga, *Sucesos de las islas Filipinas*.—Fr. Gaspar de San Agustín, *Conquista de las islas Filipinas*.



el punto y le informara, é hiciéronlo personas de mucha autoridad, entre ellas el General de las flotas de Indias Pero Menéndez de Avilés, el capitán Juan Pablo Carrión y algunos otros pilotos ancianos que, como éste, habían visitado á las Molucas.

Entre los pareceres había uno que se distinguía de los demás por la convicción, por la seguridad con que afirmaba ser, no sólo posible, sino fácil, la navegación por el Océano Pacífico de Occidente á Oriente, razonándolo con teorías novísimas, pero tan claras, tan lógicas, tan demostrativas por sí solas de un profundo estudio de los movimientos atmosféricos, que no dudó el Virrey en acogerle y en proponer al soberano D. Felipe que una vez más se aparejaran navíos por cuenta de la Hacienda Real, y se les encomendara la investigación práctica según el plan y derrotero trazado.

Era autor del dictamen y proyecto de verificación Andrés de Urdaneta, guipuzcoano, que sirvió en los ejércitos del emperador Carlos V en Alemania y en Italia, alcanzando el empleo de capitán. Había estudiado con aprovechamiento filosofía, matemáticas y astrología, aficionándose á la mar. Acompañó al comendador Loaysa en la jornada por el estrecho de Magallanes en 1525; prestó excelentes servicios en las Molucas hasta caer prisionero de los portugueses, que le despojaron de los papeles y cartas, frutos de sus observaciones; estuvo designado para regir la armada dispuesta por Pedro de Alvarado para los descubrimientos en Poniente, pero no aceptó el cargo ni la honra que con él se le dispensaba, deseando retirarse del mundo, como lo hizo, vistiendo el hábito de San Agustín en el convento de Méjico, el año 1553. Que no olvidó en el claustro los estudios de oceanografía, antes bien que con ellos había profundizado la marcha de las corrientes aéreas, prueba al discurso que tanto despertó la atención de D. Luis de Velasco ¹.

¹ Cuéntase que, habiendo hecho objeciones á su derrotero recordando el fracaso de cuantas naves intentaron volver á Nueva España desde el Maluco, mantuvo sus opiniones afirmando creer por ellas tan segura la navegación, que era capaz de hacerla, no ya con un bajel, *en una carreta*.



En la corte, mejor dicho, en el Consejo de Indias, pareció
más bien, determinándose por consecuencia el apresto
de embarcaciones en alguno de los puertos de Nueva España,
en la inteligencia de que no habían de entretenérse en hacer
contrataciones ni rescates, «porque lo principal que en esta
jornada se pretendía era saber la vuelta de las islas de
Poniente, pues la ida sabido era que se hacía en breve
tiempo»¹. Habían de elegirse, por tanto, para las pruebas
personas de competencia, empezando por Andrés de Urdaneta,
principal motor, sin que fuera óbice su profesión de
religioso, perfectamente compatible con el cargo científico
de cosmógrafo de la expedición, y se tendría asimismo presen-
tes á Juan Pablo Carrión y á cualquiera otro de los prácticos
que vivieran, oyéndoles al menos antes de ultimar el plan.

Tratábase, pues, según el mandado oberano, de un viaje
en interés general de la navegación siendo todo lo demás
secundario, por lo que Urdaneta actó con reconocimiento
la designación real, aunque pudiera excusarla con sesenta y
dos años cumplidos de vida trabajosa, procediendo desde
luego á la redacción de dos Memorias: una de aplicación in-
mediata, trazando la derrota que, á su juicio, había de hacer
la armada, dirigiéndose á las islas de los Ladrones, que im-
portaba reconocer; de allí á Nueva Guinea, y, una vez explo-
rada, remontar hacia el Norte, hacer rumbo á las tierras vis-
tas por Juan Rodríguez Cabrillo en la alta California, y ver
si por allí existía algún paso hacia el Atlántico, como se sos-
pechaba. El segundo parecer, de conveniencia para el caso de
salir bien con la empresa y generalizar la travesía, aconsejaba
la traslación del astillero y arsenal desde el puerto de Navi-
dad, malsano y escaso de materiales, al de Acapulco, donde
se encontraba lo más necesario á las construcciones navales,
y se podría fundir artillería, forjar anclas y clavazón, obtener
los pertrechos que iban de España con gran costo por el
trasporte desde Veracruz al otro mar.

Juan Pablo de Carrión, nombrado desde luego Almirante

¹ Real cédula, fecha en Valladolid á 24 de Septiembre de 1559. Archivo de Indias.



de la armada, disentía en la parte referente á Nueva Guinea; parecíale, por lo que había visto, que era tierra de poca sustancia por sí misma y por los negros que la habitaban, y preferible dirigirse á las islas Filipinas, que prometían y estaban á la mano de China y del Maluco.

Ambas opiniones se discutieron presidiendo el Virrey, y volvieron á examinarse por el Consejo de Indias antes de aprobar las bases de instrucción, la primera de las cuales era, en respeto á lo tratado, que en modo alguno llegaran las naves á las islas Molucas ni contravinieran al asiento existente con Portugal. Acordaron las demás el Presidente y Oidores de la Audiencia real de Nueva España, por fallecimiento del Virrey, componiendo reglas meditadas, precisas, minuciosas, en que se fijaban hasta los rumbos que en ida y vuelta habían de seguirse¹. Los navíos irían dispuestos de modo que, no habiendo de ofender á nadie, pudieran defenderse con ventaja de cualquiera; procurarían adquirir relaciones y noticias de los chinos y *japones*; de comprarles cartas náuticas; de corregir los errores de las nuestras; adelantar los conocimientos geográficos y etnográficos; estudiar el régimen de los vientos y corrientes; escribir derroteros y descripciones; hacer información en que constara si los portugueses habían poblado ó no en las Filipinas.

La armada dicha se componía de cuatro naves: capitana *San Pedro*, de 500 toneladas; almiranta *San Pablo*, de 300; galeoncete *San Juan*, de 80; patache *San Lucas*, de 40. Iría además una fragata de remos á remolque de la primera. Por general, Miguel López de Legazpi, hidalgo de la casa de Lezcano, conterráneo y amigo de Urdaneta, director de la derrota; maese de campo, Mateo del Saz, habiendo renunciado Juan Pablo de Carrión; capitán del *San Juan*, Juan de la Isla; del *San Lucas*, D. Alonso de Arellano, y entre los oficiales reales, tesorero Guido de Labezares². La gente de mar y guerra ascendía á 380 hombres.

¹ Se publicaron en la *Colección de documentos de Indias*, año 1886, segunda serie, t. II, págs. 145 á 200.

² Nombre escrito con mucha variedad en los documentos.



Con la solemnidad de costumbre se bendijeron el estandarte y banderas; prestaron pleito homenaje el General y Capitanes en el puerto de Navidad, y estando todo á punto, dieron velas, después de media noche, el 20 de Noviembre de 1564 con tiempo sereno. Abierto en la mar el pliego de órdenes secretas, se halló señalado el camino que llevó Villalobos, con vista ó reconocimiento de las islas de los Reyes, Corales, Matalotes, Arrecifes, Ladrones y Filipinas, indicación que disgustó á Fr. Andrés de Urdaneta, viendo desechada su propuesta de exploración en Nueva Guinea. Dirigió no obstante con lealtad el itinerario que se le ordenaba, buscando los paralelos de 9 y 10 grados de latitud Norte que debían correr.

El primer acaecimiento notable ocurrió el 29 de Noviembre con la desaparición del patache *San Lucas*, sin tormenta ni otra causa de fuerza que la justificase. Era el bajel menor, más ligero y de menos calado de la armada; el destinado á los reconocimientos y descubiertas, que, faltando, tendrían que hacerse con mayor resguardo. A Legazpi causó mucha desazón la ocurrencia, por estimar la separación intencional y urdida por el piloto Lope Martín, sujeto de cuenta.

A 9 de Enero de 1565 avistaron una isla habitada, que nombraron de los *Barbudos*; después otras más pequeñas entre bajos y arrecifes, que hacían como un corral grande, las llamaron de los *Placeres*; luego otras semejantes, con arboleda espesa y arrecifes; pusieronles nombres de *Pájaros* y *Hermanas*. Supusieron que algunas de estas islas debían de ser las que Villalobos había descrito y anunciado con nombre de *Jardines*, y acordando enmendar el rumbo para seguirlo por 13º de latitud, el día 23 reconocieron la de *Goam* (Guahan), una del grupo de los *Ladrones*, cuyos habitantes justificaron la exactitud del nombre, acercándose con sus embarcaciones de vela latina, y cometiendo hurtos y maldades en las naos. El General tomó posesión de la tierra con las solemnidades de fórmula y se detuvo algunos días, dedicándolos á renovar aguada y adquirir por cambio víveres. Continuó la navegación el 3 de Febrero hasta el 13, en que la



concluyeron, surgiendo en bahía de una isla grande, al reparo de isletas.

Hallábanse en las Felipinas ó Filipinas, habiendo caminado, según su cuenta, 2.060 leguas en 74 días, á razón de algo más de 27 al día, ó sea tres millas y cuatro décimos por hora, deducidos los 10 de parada en Guahan. Creyeron entender de los naturales ser *Zibabao* el nombre de aquella isla grande, y *Tandaya, Abuyo, Cabalian* y *Camiguinin* las inmediatas, en que fueron haciendo escalas, hoy designadas Samar, Leite, Bohol, Negros, Masbate, Camiguin, Panay.

Un parao, embarcación grande de moros de Borneo, que hallaron por aquellas aguas, les proporcionó intérprete y explicación de la actitud hostil con que por todos lados respondían á sus insinuaciones amistosas. Habían estado por las islas los portugueses del Maluco ejerciendo toda especie de violencia, robos, incendios, cautiverios, con título de castellanos, á fin de hacerles odioso el nombre y preparar el recibimiento que ahora á los castellanos hacían los indios.

Costó, pues, mucho á Legazpi tranquilizarlos y conseguir la provisión de mantenimientos por trueque en cada isla, sobre todo en Cebú, cuyo reyezuelo Túpas andaba retraido y cauteloso, armando celadas, provocando escaramuzas, rebatos y ataques serios, en que salieron mal librados. Avíñose al fin á tratar de paz, y se sometió á la soberanía de España con ciertas cláusulas escritas, fundamento de la colonización, reinando desde entonces la mejor armonía entre los indígenas y los forasteros.

La primera población, nombrada villa de San Miguel, con recinto fortificado, iglesia, reducto, almacenes y casas de vivienda, se fundó sobre pueblo de indios quemado en los primeros encuentros, donde se encontró una efigie del niño Jesús, de escultura flamenca, un verso de bronce y otro de hierro, indicios de haber estado allí ó por las inmediaciones los compañeros de Magallanes. El General se aseguró ante todo de estar las islas dentro de la demarcación del Rey de España por observaciones astronómicas que separadamente hicieron los pilotos de la armada y los PP. Urdaneta y



Fr. Martín de Rada, natural de Pamplona, cosmógrafo é inventor de un instrumento especial¹. Construyó fragatas; esto es, embarcaciones pequeñas de vela y remo, para ir ensanchando el reconocimiento y comunicación del Archipiélago, y acometió á las dificultades de la colonización suscitada, en no escasa parte, por el descontento de algunos revoltosos entre su gente.

Con estos principios, se carenó cuidadosamente la nave capitana *San Pedro*, disponiéndola para el viaje de vuelta, el importante, el que constituía el objetivo de la expedición, confiando el mando á Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi, poniendo á sus órdenes á los pilotos Esteban Rodríguez y Rodrigo de la Isla Espinosa, y embarcándose Fr. Andrés de Urdaneta, que había de comprobar la bondad de la derrota teórica propuesta cinco años antes, por mandato expreso de la instrucción². Sin ello traían él y sus compañeros, como

¹ Carta de Legazpi al Rey, fecha en Cebú á 28 de Mayo de 1565.—*Parecer del P. Fr. Andrés de Urdaneta sobre la demarcación del Maluco é islas Filipinas*. Publicado en la *Revista Agustiniana*, año 1881, vol. I, núm. III, pág. 185.—Juan Martínez, soldado, que escribió relación curiosa, decía: «Somos sabidores (del dia y de la hora) como hombres que tenemos acá la flor y senis de nuestra España en las matemáticas artes, que es un Fray Martín de herrada (Rada), el cual ha verificado muchas cosas que á los españoles eran ocultas, como andando el tiempo se sabrá, el cual satisfará á todas las dudas que se les pueden á los Reyes ofrecer en lo tocante á la demarcación de Portugal y de Castilla, porque es, cierto, más docto que yo lo podría encarecer, y ansi para verificación desto y de otras muchas cosas ha hecho muchos instrumentos y diversos con que dará á entender aunque sea á los rústicos. También el eclipse lunar que en Sevilla aconteció, según Chaves, por Octubre de 66 le vimos aquí.....» Paréceme oportuno agregar, á título curioso, que el día fijado por Urdaneta con los pilotos de la expedición atrasaba la cuenta en relación con la de los europeos por haber navegado siguiendo la marcha aparente del sol, razón por la que halló Juan Sebastián del Cano que había vivido veinticuatro horas menos que sus paisanos al dar vuelta al globo terrestre. Siguió en el Archipiélago esa cuenta de Legazpi hasta el año de 1844, en que la autoridad superior ordenó la corrección en estos términos: «.....Vengo en disponer, con acuerdo del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, que por este año solamente se suprima el martes 31 de Diciembre como si realmente hubiese pasado, y que al siguiente día al lunes 30 del mismo se cuente miércoles 1.^º de Enero de 1845... Narciso Claveria.»

² Decía ésta: «Y porque, como sabéis, el P. Fr. Andrés de Urdaneta va en esa jornada por mandado de S. M., proveeréis que agora sea volviéndoos vos á esta Nueva España con algún navío ó navíos, dejando allá algún capitán con gente, ó imbiendo á otra persona acá, quedándoos vos en la tierra, que el dicho Fr. Andrés de



fruto maduro, derroteros de la ida, descripción de las islas vistas, curiosas relaciones de usos y costumbres de los habitantes, vocabularios de sus lenguas y apuntes de la fauna y de la flora.

Comenzaron la navegación el 1.^o de Junio, saliendo entre las islas de Cebú y Matán, y otras que nombraron *Ascensión*, *Felipina*, *Los Volcanes*, hacia el Norte, desembocaron barloventeando con proa al ENE. El dia 21 vieron un farallón alto en 20° de latitud, y el 1.^o de Julio, en los 24°, empezaron á soplar los vientos variables, consintiendo hacer rumbos del NE. al NNE. Remontaron avanzando al Este entre los paralelos de 37° á 39°: vieron el 18 de Septiembre una isla pequeña, que llamaron *La Deseada*, en 33°; continuaron bajando de latitud, y el dia 22 descubrieron la costa de California por los 28°, reconociendo á poco la punta de Santa Catalina. De aquí la barajaron hasta el puerto de Acapulco, donde aparecieron las anclas el 8 de Octubre, á las 129 singladuras, habiendo caminado, desde Cebú hasta el punto en que vieron tierra de Nueva España, según su cuenta, 1.650 leguas.

Dos diarios y derroteros distintos se escribieron: uno por el piloto mayor Esteban Rodríguez, interrumpido el 27 de Septiembre, día en que falleció en la mar; otro por Rodrigo de la Isla Espinosa, completo, minucioso, con descripción de las tierras, demoras, rumbos, vientos, observación de las variaciones de la aguja y de la latitud por alturas del sol y de la estrella polar ¹. Murieron durante el viaje 15 hombres á más del piloto mayor, y padecieron mucho de enfermedad

Urdaneta vuelva en uno de los navíos que despacháredes para el descubrimiento de la vuelta, porque después de Dios se tiene confianza que, por las experiencias y plática que tiene de los tiempos de aquellas partes y otras calidades que hay en él, será causa principal para que se acierte con la navegación de la vuelta para Nueva España, por lo cual conviene que en cualquiera de los navíos que para acá imbiáredes venga el dicho Fr. Andrés de Urdaneta, y será en el navío y con el capitán que él os señalaré y pidiere, y en ello no haya otra cosa, porque dello se entiende que nuestro Señor Dios y Su Magestad serán servidos, y vos muy presto socorrido con gente y todo lo demás necesario.»

¹ Publicado en el tomo dicho de la *Colección de documentos de Indias*, páginas 427 á 460.



casi todos; pero hubo compensación de las pérdidas y las penalidades logrado el objeto de la expedición, beneficiosa como pocas; resuelto el problema de la travesía del mar Pacífico; abierta su navegación con gloria de Urdaneta, comparable en cierto modo á la de Cristóbal Colón, ya que á juicio de peritos náuticos, no ofuscados por los oropeles ni por las galas retóricas, no tanto se funda la del ilustre genovés en haber ido á las islas Antillas, como en haber vuelto desde sus aguas.

El agustino mareante, honrado en la corte por el rey don Felipe después que de viva voz hizo relación de la jornada, pedía por recompensa volver á Filipinas para catequizar á los naturales, aspiración piadosa á que razonadamente se opusieron los Superiores de su Orden, teniendo en cuenta la avanzada edad y el mal estado de su salud. Debía todavía prestar servicios en España presentando y sosteniendo con testimonio las requisitorias del general Legazpi contra Alonso de Arellano, autor de la superchería con que trataba de burlar á los Señores del Consejo.

Referido se ha la manera con que el patache *San Lucas* se separó de la armada el 29 de Noviembre de 1564, sin otra razón ni causa que la mala voluntad del Capitán, sugerida—según llegó á saberse—por el piloto Lope Martín, mulato, natural de Ayamonte, hombre ambicioso y travieso. Como habían recibido instrucción para el camino de ida y vuelta, y órdenes precisas en previsión del caso de apartarse los bajos, navegaron hacia el Oeste, descubriendo el 6 de Enero de 1565 un grupo de islas, en que contaron 36, rodeadas de arrecifes, con mucha arboleda, situadas en poco más de 10° de latitud. Vieron en los días siguientes otros grupos, de que salían al encuentro del patache embarcaciones muy ligeras y, lo mismo que en las anteriores, cocales, casas pajizas, hombres pintados y codiciosos de cuanto estaba á su alcance. Pusieron nombres caprichosos á estos grupos, que, al parecer, debían de ser los de Marshall, Carolinas y Palaos, y continuaron hasta la costa de Mindanao, fondeando en un puerto bien recibidos de los indios, en es-



pera de la armada. Costeando después hacia el Norte dieron vuelta á la extremidad para ir en demanda de Cebú, punto de reunión señalado y, según su relación, pasaron con buen tiempo, entrando por el canal «donde mataron á Magallanes», y encallaron, al salir con gran trabajo del bajío. Fatigados de andar de isla en isla con riesgo, sin topar con las otras naves, determinaron capitán y piloto dar vuelta á Nueva España, aunque algunos marineros lo contradecían, y lo pusieron por obra el 22 de Abril, empezando á remontar, después de haberse cerciorado de tener á bordo ocho pipas de agua, 20 quintales de mazamorra, ó sea galleta desmenuzada, habas y garbanzos.

Asombra la resolución de aquellos hombres que, con un barquichuelo de cuarenta toneladas, con tan exigua provisión, sin velas de respeto, de toda especie de pertrechos escasos, por ir el almacén en las naves grandes, con pocos y descontentos tripulantes, se lanzaron impávidos á uno de los viajes más atrevidos que registra la historia de la navegación.

La causa era mala: desertores é inobedientes, incurrieron en delito grave y en censura que nada excusa; pero el ánimo ha de reconocerse audaz, extraordinario, digno de empleo en legítima empresa.

Desembocando por el mar de China subieron á los 43° de latitud, manteniéndose de ordinario por los 40°, con vientos fuertes, cerrazón, frío y malestar que produjo enfermedad fácil de reconocer por el relato. «Aunque hubieran qué comer—dice,—no podían, porque á todos se les andaban los dientes, y les creció mucha carne en la boca, tanto que les tapaba las encías, y en tocando en cualquier cosa, se les caían los dientes.» Era, pues, el escorbuto, dolencia de los navegantes, lo que les afligía.

Recalaron sobre la costa de California, con rara exactitud, el 17 de Julio, y bajaron corriéndola hasta el 9 de Agosto, día 109 de los de mar y término de la travesía, en el puerto de Navidad, de donde salieron.

No hay que decir si era exacta la relación jurada que Arellano y Martín prestaron ante la Audiencia de Méjico:



fantasearon á su gusto los acontecimientos, escribiendo cartas al Consejo de Indias en que daban por perdida á la armada de Legazpi, adjudicándose el mérito de haber descubierto el viaje de la China, por lo que solicitaban mercedes, viniendo personalmente á pedirlas á la corte¹. Llegado Urdaneta cuando menos pensaban, cayó por tierra el castillo de la falsedad, agravada con las declaraciones de algunos marineros del patache, cuando se vieron libres de la presión del que había sido su capitán. Todo se aclaró suficientemente en las informaciones². Presos, por consecuencia, los falsarios,

¹ Arellano se había procurado mañosamente carta que presentó en el Consejo de Indias, del tenor siguiente:

«S. C. R. M.—La gracia de N. S. sea siempre en el ánimo de V. M. Como la Sabiduría divina, según dice Salomón, disponga todas las cosas con suavidad, y rija y gobierne los corazones de los reyes y grandes señores, ha sido servido que en el tiempo que V. M. reina en la tierra se haya descubierto una cosa tan deseada como es el descubrimiento de las islas de la Especería y China por esta parte del Poniente de la Nueva España; lo cual tenemos entendido haber caído en la dichosa suerte y felicísima xpiandad de V. M. para honra y gloria de Dios N. S., dilatación de la fe católica y aumento de vra. corona real, lo cual fué nuestro Dios servido de encaminar, mediante la buena industria y diligencia deste caballero que la presente lleva, siervo y vasallo de V. M., que se dice D. Alonso de Arellano, el cual fué en el armada que V. M. mandó despachar el año pasado, por Capitán de un patax, y por el tiempo que tuvo contrario, sin culpa suya, según somos informados, fué compelido á se apartar de la armada, ó N. S. que lo quiso encaminar, que fué á aportar á ciertas islas, donde le recibieron muy bien, halló tierra muy poblada de indios infieles y muy próspera de oro y de especería, como él dará más larga relación. Tuvo alguna contratación con los naturales, y dejólos pacíficos, y trujo muestras de las cosas de la tierra, y dió en breve la vuelta á esta Nueva España, con grandes trabajos y peligros de muerte que tuvo con los que iban en su compañía. Por lo cual es justo que V. M. le haga mercedes y que vuelva con algún cargo honroso á aquella tierra, pues es razón que se predique en ella el Evangelio, y que aquellas gentes vengan á conocimiento de su verdadero Dios, por lo cual, siendo V. M. servido, proveeremos de esta provincia de ministros que vayan en la demanda, religiosos de nuestra orden de Santo Domingo, aunque hay mucho en que entender en esta Nueva España, etc. (Pide á continuación más religiosos para sustituir á los que vayan á las nuevas tierras, y que se les dé un navío y vaya gente honrada y cristiana con sus mujeres á poblarla, etc.) De esta casa de V. M. y convento de Santo Domingo de Méjico, á 26 de Noviembre de 1565.—Siervos y capellanes de V. M.—Fr. P.^o de Feria, provincial.—Fr. Domingo de la Anunciación, prior.—Fr. Andrés de Moguer, presentado.—Fr. Vicente de las Casas.—Fr. Diego Osorio, presentado.»

Original en el Archivo de Indias, copiada por D. Marcos Jiménez de la Espada.

² De los documentos enviados al Consejo extractó el mismo Sr. Jiménez de la Espada, mi buen amigo, otra carta de Fr. D. Rodríguez de Vestavillo, provincial



pasaron á Nueva España con orden de remitirlos á la jurisdicción del general Legazpi, á tiempo en que se le proveyera de recursos con que proseguir la exploración en las islas lejanas.

Al efecto se alistó desde luego en Acapulco el galeón *San Jerónimo*, al mando de Pero Sánchez Pericón, capitán de una compañía organizada expresamente. Arellano encontró medios de eludir el embarco, pretextando enfermedad; Lope Martín se manifestó, por lo contrario, dispuesto á emprender el viaje ejerciendo la profesión de piloto, en que era tan experto, y á reclutar marinería, lo que se le consintió, juzgando bastara para tenerlo á raya la recomendación hecha con reserva al Capitán.

Despachado el buque el 1.^o de Mayo de 1566 con 130 individuos entre oficiales, marineros y soldados, á los pocos días de mar empezaron á notarse síntomas de indisciplina; faltas ligeras con que ir poniendo á prueba la energía de la cabeza, promovidas y alentadas sucesivamente por el astuto piloto, superior á los demás en inteligencia y travesura. Así que hubo tanteado el terreno, se espontaneó con el sargento mayor Ortiz de Mosquera, en el concepto de no ser tan loco que fuese á ponerse en manos del general Legazpi después

de la Orden de San Agustín de Méjico, fecha á 28 de Noviembre de 1565, diciendo había pasado aviso de la vuelta de dos religiosos de su hábito, que fueron al descubrimiento de las islas de Poniente, y el P. Urdaneta, prior de allí, «que es el que ha descubierto la vuelta de aquellas islas á Nueva España». Que del Consejo de Indias se le pidió diese licencia para que fuera Urdaneta á Madrid á informar de todo; que iba en la flota por el Fr. Andrés de Aguirre, compañero de todo el viaje.

Otra de Fr. Francisco de Tezcoco, de 6 de Enero de 1566, diciendo que ya S. M. estará certificado cómo se ha descubierto la nueva navegación de China y otras muchas islas á ella comarcanas, y lo que es más, «la vuelta della para esta tierra, la cual hasta agora, no solamente se tenía por dificultosa, pero aun cuasi por imposible».

Todavía es de citar una carta de Pero Menéndez de Avilés, que, como informante que fué en el despacho de la expedición, se congratulaba por el éxito de Urdaneta. El presbítero Fernán González de Eslava, autor de los *Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas*, colección impresa en México en 1610, en honra también de Urdaneta, dedicó el coloquio segundo á *La jornada que hizo á la China el general Miguel López de Legazpi, cuando se volvió la primera vez de allá á esta Nueva España*.



de lo ocurrido; era su ánimo alzarse con el galeón, para lo cual contaba con una buena parte de la marinería; y si él se granjeaba á unos cuantos soldados y quería asociarse á la empresa en calidad de capitán y jefe, le ofrecía conducir la nave á los mares de China, hacer en poco tiempo, corseando, fortuna con la que nunca pudiera soñar, y volviendo á Europa por el estrecho de Magallanes, vivir en la opulencia.

Aquella perspectiva, desarrollada con cita de tantos corsarios como andaban por las Indias enriqueciéndose, tentó la codicia del Sargento, venciendo los escrúpulos de la conciencia, en que las voces del honor y el deber lucharon al principio. Hízose instrumento de la conspiración, ganando á su vez á los soldados bullangueros, y acabó ¡desdichado! sorprendiendo en la cama al capitán Pericón y á su hijo, Alférez de la compañía, y asesinándolos. Llamando seguidamente á la cubierta á los cómplices armados, con aparato de voces y golpes se hizo elegir y proclamar Capitán, atemorizando, á los que no le ponían buena cara, con amenazas y duro tratamiento.

Poco duró su tiranía; una vez roto el lazo de la disciplina; manchados con el crimen los cabos, acabó de desatar las pasiones la diabólica intención del piloto con trama encamionada á deshacerse del factor inútil á sus miras. Ortiz de Mosquera, simple más que malo, fué ahorcado por sus mismos camaradas á los postres de un festín con que el mulato Lope obsequiaba á los favoritos de la fortuna, ó sea á los que, dóciles, seguían su mandato. Desde aquel día, 22 de Junio, se impuso por la fuerza, como único jefe, poniendo pena de la vida al que se permitiera hablar siquiera de lo pasado ó de lo por venir. Mas no desconociendo que en el galeón quedaba gente inclinada al orden y á la justicia, con peligro constante de su vida en el caso de contarse y formar bando, lo que con todo cuidado vigilaba, pensó hacer selección y abandonar en cualquiera de las islas que habían de ver á los tibios y dudosos, dejando á bordo á los que por mancomunidad en los desafueros no tenían otra vía expedita.



Una de los grupos y cadena de las Carolinas, que empezaron á pasar el 29 de Junio, deshabitada mas con buen fondeadero, le pareció aparente al plan iniciado, con manifestación de proponerse invernar y dar carena al galeón, á cuyo efecto mandó desembarcar los hombres y ropas, las cartas é instrumentos de navegación y algunas de las velas, dejando á bordo, encerradas, las armas, con excepción de las de sus hechuras, y una guardia de pocos marineros con el Contramaestre.

Tranquilo con tal lujo de precauciones, estaba bien ajeno de sufrir la suerte á que tenía condenados á los buenos. El dicho contramaestre, Rodrigo del Angle, viéndose amo del galeón y del batel, trabajado por las exhortaciones del capellán Juan de Vivero, con algunos más, alejó la nave de la playa, ofreciendo á voces pasaje á cuantos quisieron ponerse bajo el amparo de la ley, y con grandes precauciones, haciendo salir á nado de la isla á los que escucharon el llamamiento, los fué recogiendo y embarcando, haciéndose á la mar, ganoso de la partida en que se había jugado la existencia.

Veintisiete, con el piloto Lope Martín, la perdieron. Jamás se ha sabido de ellos. Es probable que, viéndose abandonados, intentaran alcanzar alguna de las islas próximas habitadas, valiéndose de una embarcación de indios carolinos que habían encontrado en la playa; posible es también que aquellos indios, pescadores y navegantes audaces, que andan de isla en isla, los auxiliaran; de cualquier modo, dejaron de formar parte de la sociedad española, que nada perdía con la segregación de miembros cancerados.

Se contaban 21 días de Julio al marchar el *San Jerónimo* con rumbo á las islas de los Ladrones, dirigido al poco más ó menos, por no ser sobresalientes los conocimientos de Rodrigo del Angle en pilotaje. La semilla de la insubordinación producía, además, á bordo frutos que agregar á los de la escasez de alimentos y á los de la falta de autoridad reconocida. Andando á tientas de isla en isla, con temporales y contrastes peligrosos, reyertas entre si, excesos en los pue-



blos de naturales, dieron por casualidad con un batel de españoles que los llevó á Cebú al cabo de cinco meses y medio de la salida de Acapulco, en hora oportuna, estando el galeón de todo punto acabado é inútil para sostenerse sobre el agua.

Mandó hacer el General información de ocurrencias en el viaje, y justicia del escribano Juan de Zaldívar, actor de los principales en la tragedia horrenda representada: con los demás excusó la severidad, á reserva de hacerla sentir siendo necesaria.

Bien fueron menester la energía, la prudencia, las dotes relevantes de Legazpi, ante el cúmulo de embarazos opuesto á su gestión por encima de la hostilidad de los naturales. En primer término se los pusieron los portugueses, enviándole desde las Molucas requerimientos de comparecencia con fieros y amenazas, seguidos de la aparición del capitán mayor, Gonzalo Pereira, con tres galeones, tres galeotas, cuatro fustas y 20 caracoas; armada considerable, reforzada con 600 europeos y multitud de indios de guerra. Con una de las embarcaciones pequeñas avisó anticipadamente el arribo á Cebú, donde le recibió con muestras de cortesía y agasajo el ocupante. Empezó la conferencia Pereira afirmando ser las islas de propiedad y soberanía de su Rey, y deber suyo trasladar á los expedicionarios españoles á Goa, poniéndolos á disposición del Gobernador general de la India, á fin de que éste los encaminara á Europa, lo que haría en los mejores términos; y como hallara en Legazpi la actitud que es de suponer, pretendió altanero imponerse. Conocía la estrechez de provisiones en que los españoles se hallaban, y creía no habían de hacerle seria oposición teniendo dispuestas sus embarcaciones de manera que impidieran la entrada en el puerto de víveres de fuera. Á este primer acto de hostilidad, agravado con apresamiento de una fragata cargada de arroz, que traían soldados españoles, siguió la de acercar al pueblo los galeones por la parte opuesta al fuerte; pero allí se había formado rápidamente con cestones una batería que rompió el fuego, obligándoles á retirarse hacia la mar. La batería se



cambió á una punta, desde donde continuó haciéndoles daño, hasta que, pidiendo parlamento, se reanudaron las conferencias, expresando el Capitán portugués, como si nada hubiera pasado, su disposición á dejar á los respectivos soberanos solventar la cuestión de derecho siempre que Legazpi se allanara á levantar en Cebú un padrón con las armas de Portugal y á poner á sus órdenes, en señal de paz y buena armonía, cien soldados españoles, que embarcarían para hacer guerra á los infieles. Nuestro General supo responder á tan absurdas pretensiones de forma que Pereira se resolvió á marchar cual había ido, cambiando á la despedida saludos y obsequiosidades.

Aprovechó el conquistador, por lección, el peligro en que había estado para elegir lugar fuerte que ayudara á su talento á resistir insidias ó ataques sucesivos, y lo halló á propósito en la isla de Panay, donde hizo buena fortaleza sin abandonar la de Cebú, relegada al objeto secundario de tener en respeto á los súbditos de Túpas y á los vecinos de Matán.

Surgieron luego dificultades por parte de los mahometanos, que, habituados á un dominio lentamente adquirido en el archipiélago, no de buen talante veían la instalación de rivales cuyo ascendiente crecía asombrosamente á beneficio de la doctrina enseñada á los indios y de la rectitud con que eran considerados. Tenían los tales moros puestos fortificados con artillería en Luzón, en Mindoro y en Joló, principalmente. De aquí partió la señal de una guerra prolongada por años y siglos, duradera aún en nuestros días, no por disputa del suelo, extenso más de lo que unos y otros necesitaran; no por disputa del mar, allá poco surcado; por el estímulo que á los moros verdaderos africanos ponía frente á frente de los españoles: por la esclavitud, en Oceanía, objeto lucrativo, como en las otras partes del mundo.

Los de Joló iniciaron las hostilidades, llegando á las inmediaciones de Panay, á fines del año 1569, con 20 de sus embarcaciones colmadas de guerreros. Legazpi había hecho construir excelentes galeotas, con que riñeron sus soldados



el combate naval, dando severa lección á los agresores. La inmediata aplicó á los de Luzón, en Mayo de 1570, una expedición de 120 hombres, suficiente para asaltar á la fortaleza que defendían con 12 cañones.

Llegaron por entonces naves de Nueva España con despatchos reales significando á Legazpi la aprobación de sus actos y ordenando la ocupación definitiva de las islas Filipinas, que había de seguir rigiendo con títulos de Capitán general de ellas y de Adelantado de las de los *Ladrones* — hoy Marianas, — primeras de que tomó posesión. Con esto fundó en Luzón la capital, aceptado el nombre de Manila que los naturales tenían puesto¹, acometiendo con brío y desalojando á los moros en toda la isla, como en la de Min-doro. Hubo necesidad de tener con ellos otro encuentro en la mar, donde se estimaban fuertes, llevando los españoles nueve galeotas con 80 soldados, amén de los bogas indios, y el triunfo obtenido fué decisivo, apresadas 10 caracoas con muerte de 300 moros.

Por qué razones transcurrieron cerca de cuatro años sin que en la corte se sancionara la ocupación y asiento hecho por Legazpi en las islas Visayas ó de los Pintados, á que Cebú pertenece, insinúa un historiador oficial, bien informado², recogiendo noticia de haberse discutido el asunto en el Consejo de Estado, considerando la situación del archipiélago tan distante de la Península y apartada de las colonias del Nuevo Mundo: la pobreza relativa del suelo, donde se buscaban vanamente las especias codiciadas que se daban en las islas portuguesas; la necesidad de distraer los recursos de Méjico para sostener, sin beneficio, presidios costosos; el cuidado y la complicación que introducirían en el rodaje administrativo.

Como es de suponer, D. Felipe, tan mirado y escrupuloso en ciertas resoluciones, hizo examinar por separado si realmente caían las islas dentro de la demarcación que á España

¹ El 19 de Mayo de 1571, dia de Santa Potenciana, según Morga. No todos los historiadores locales conforman en la fecha.

² Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de las Molucas*.



correspondía, teniendo á la vista las reclamaciones de la corte portuguesa¹; las demás objeciones acreditadas por la repugnancia de la gente avecindada en Indias á embarcar voluntariamente para dirigirse á las Filipinas como soldados ó como colonos, sólo servirían para decidir al Monarca, por lo que indica su respuesta á la consulta de los Consejeros²: «¿Qué dirían los enemigos de España si, por no rendir metales ni riquezas, se privara á esas islas de la luz y de ministros que la prediquen?»

¡Qué fáciles parecen todas las cosas después que se saben! A poco del triunfo de Urdaneta, iban y volvían de Acapulco á las islas Filipinas los tres pataches *San Juan*, *Sancti Spiritus* y *San Lucas*, de porte de 80 á 40 toneladas, conduciéndolos el nieto de Legazpi, Felipe de Salcedo, Juan de la Isla y Juan López de Aguirre, con una regularidad, con una seguridad relativa que habían desterrado las preocupaciones de los marineros, como si toda la vida hubieran trillado el camino. El menor, *San Lucas*, hizo cuatro viajes redondos afortunados, quedando después prestando servicio en el archipiélago; los otros dos verificaron los mismos viajes de 1567 á 1571, confirmando la derrota de regreso con remontar hasta la cabeza del Japón y hacer camino al Este por los paralelos de 37° á 43° de latitud Norte, según las estaciones y las circunstancias. Felipe de Salcedo en expedición distinta, que tenía por objeto la exploración del grupo de *Los Ladrones*, experimentó en 1568 las tormentas giratorias conocidas en el país con el nombre de *vaguíos*, naufragando con su nave en *Guaham*, con la suerte de librar á los tripulantes. Sirviéronse de los materiales del buque perdido para construir otro menor, con que volvieron á Cebú. Menos feliz el capitán Andrés de Ibarra, se perdió entre las islas con una

¹ Por orden del Rey emitieron parecer separadamente y en junta, el cosmógrafo mayor, Alonso de Santa Cruz, Fr. Andrés de Urdaneta, el maestro Pedro de Medina, los cosmógrafos Sancho Gutiérrez, Francisco Falero y Jerónimo de Chaves. Hállanse los documentos en la Dirección de Hidrografía, *Colección Navarrete*, tomo XVII, núm. 25.

² Argensola.



fragata, en 1570, ahogándose 23 personas. La embarcación era de las fabricadas en las islas para la escuadrilla que formó López de Legazpi.

Lo que en la fundación del dominio de España en las islas hizo, y se debe á tan ilustre General, no cabe en esta obra; guárdalo la memoria con el alto aprecio que merecían sus prendas. Guarda asimismo la del sabio modesto, afable y desinteresado que acabó la vida en su convento de Méjico ¹.

¹ Fray Andrés de Urdaneta falleció el 3 de Junio de 1568, á los setenta años de edad. Pasados tres siglos suena la hora del ensalzamiento justo: en Julio de 1894 se celebró en Villarreal, su patria, una fiesta cívico-religiosa, descubriéndose el retrato que se ha colocado en el salón de actos del Ayuntamiento.

Legazpi murió repentinamente en Manila el 20 de Agosto de 1572, según los más de los historiadores del Archipiélago. La ciudad capital de Filipinas erige en estos días artístico monumento, obra del escultor Sr. Querol, en que las estatuas de Legazpi y de Urdaneta aparecen agrupadas. Otro se proyecta en Zumárraga, para el que se ha abierto concurso.



Instituto de Historia y Cultura Naval



XV

ISLAS DE SALOMÓN.

1565-1574.

Tradiciones indias de la existencia de islas al Oeste del Perú.—Hallazgo de las nombradas Galápagos.—Solicitudes de licencia para descubrir.—Concesión á Mendaña.—Preparativos.—Salida del Callao.—Descubrimiento.—Divergencia de opiniones al tratar del regreso.—Verifícanlo por el Norte.—Viaje penoso.—Ayuno y enfermedades.—Llegan á Nueva España—¿Vieron los españoles el mundo austral?—Indicios afirmativos.—Asiento de Mendaña para poblar en las islas descubiertas.



ONTAR quiero agora», como el insigne cronista del Perú, Cieza de León, solía decir, que así que los españoles avecindados en aquella tierra aprendieron la lengua de los naturales y fueron imponiéndose de sus tradiciones, oyéronles decir por cosa cierta había en la mar austral muy grandes islas pobladas, y abastadas de oro y plata, y bien provistas de arboledas y de mantenimientos, y aun afirmaban que en grandes piraguas ó canoas venían, ó habían venido en otros tiempos á la tierra firme, sus gentes á contrataciones, trayendo gran cantidad de oro. Más decian: que Tupac-Ynga-Yupangui, deseando aumentar la gloria de su nombre, mandó juntar gran número de balsas, que eran las embarcaciones usadas en aquella costa; escogió los pilotos más expertos; se embarcó con los mejores soldados, y habiendo descubierto unas islas, llamadas *Hahuachumbi* y *Ninachumbi*, volvió, pasado más de un año, trayendo mucha riqueza, prisioneros de cara negra y



pieles de animales semejantes á los caballos, entre otras cosas¹.

Aunque por exageradas se tuvieran las consejas, sabiendo á qué atenerse en punto á la navegación en jangadas, siquiera fueran tan sólidas cual la vista por vez primera cerca de Tumbez, cuando el piloto de Pizarro Bartolomé Ruiz de Estrada tanteaba la costa, por aquello de que en toda tradición suele haber fundamento, la existencia de islas más ó menos grandes y más ó menos ricas se admitía, probado que muchas, muchas se habían descubierto en las expediciones despatchadas desde Nueva España, y en las que de vuelta intentaron Hernando de Saavedra, Fernando de Alvarado, Bernardo de la Torre, Gaspar Rico é Iñigo Ortiz de Retes, con la particularidad de haber en las que por ello se llamaron de Nueva Guinea, papuas ó crespos como los que el inca Tupac Yupangui sometió, al decir. La tradición quichua, avivada por indicios y aun por islas realmente halladas en la navegación costera, se transmitió, pues, á los españoles, y corría válida entre ellos de manera que, refiriendo pormenores el presidente La Gasca al Consejo de Indias en 2 de Mayo de 1549, decía:

«Y siendo estas relaciones verdaderas, parece que esta mar del Sur está *sembrada* de islas muchas y grandes, pues en tan diversos parajes se hallan estas señales; y podría ser que en las que están abajo de la Equinocial, ó cerca della, hubiese especería, pues están en el mismo clima que las de los Malucos....»².

Islas realmente halladas he dicho, porque con las de los Galápagos dió impensadamente Diego de Rivadeneira años después de haberlas situado el obispo Fr. Tomás de Berlanga, y hacia la misma época notició el capitán Juan de Illanes que, remontando con un navío desde Chile con

¹ Noticias recogidas por D. Marcos Jiménez de la Espada, publicadas y comentadas en su estudio *Las islas de los Galápagos y otras más á Poniente* (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, año 1891), que cité en el t. I, cap. xxii, y que me ilustra y guía en éste.

² Jiménez de la Espada, obra dicha.



tiempo tempestuoso, fué á parar á una muy grande, por la cual anduvo bojando cincuenta días sin hallar el cabo, y que, habiendo echado un marinero (Juan Montañés) en tierra, anduvo nueve leguas, vió tres pueblos muy grandes é indios barbados de gran estatura, que le hicieron buena acogida. Illanes, lo mismo que Rivadeneyra, pidió la concesión de esta jornada, y habiéndosela concedido el Rey, murió á la vuelta del viaje á España.

Designaba el vulgo á las islas incógnitas, no ya con los nombres de *Hahuachumbi* y *Ninachumbi*, aprendidos de los indios, sino con el de *Salomón*, deduciendo de las leyendas que por allí debió de estar la famosa Ofir bíblica¹, y que no faltaban en el Perú vecinos acomodados que quisieran arrojarse á la empresa del descubrimiento, dice una carta del Gobernador accidental, Presidente de la Audiencia, Lope García de Castro, fecha en la ciudad de los Reyes á 23 de Septiembre de 1565, manifestando al Rey que Pedro de Ahedo, mercader, y Diego Maldonado, el rico, pretendían hacer á su costa la jornada. Casi al mismo tiempo la solicitó Pedro Sarmiento de Gamboa, acreditado marinero y cartógrafo, ofreciéndose á servir á S. M. con su persona, industria, hacienda y amigos, dando la triple oferta que pensar al lugarteniente del Rey².

¹ Herrera, *Décadas de Indias*.

² Pedro Sarmiento de Gamboa, gran marinero, cosmógrafo, cartógrafo, humanista, historiador, anticuario, merece estudio biográfico más amplio que el primitivo de D. Martín Fernández de Navarrete, publicado en su *Colección de Opúsculos*, tomo I, y en la *Biblioteca Marítima*, t. II. Lo primero que era preciso dilucidar era la naturaleza, descubierta casualmente por D. José Toribio Medina al examinar los procesos del Tribunal de la Inquisición incaudos en tierras americanas.

Hallábase en Lima Sarmiento á fines de 1654 gozando reputación de astrólogo, cuando el Arzobispo, como Inquisidor ordinario, le inició causa de fe, poniéndolo á buen recaudo en la cárcel. (J. T. Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile*, Santiago, 1890, t. I, pág. 310.) Estaba delatado por nigromántico, apareciendo en los testimonios que había hecho ó sabía hacer cierta tinta simpática y anillos de oro con letras y signos cabalísticos, cuyo objeto no era precisamente el descubrimiento de la piedra filosofal, sino el de ser bien quisto de las damas. Hallaronle libros y cuadernos manuscritos en pergamino en que se explicaban las propiedades de las piedras, amén del códice especial consagrado á la fábrica de las tumbagas. Al declarar dijo ser nacido en Alcalá de Henares (hacia



Por sí ó por no eliminó á los pretendientes, adjudicando la empresa á su sobrino Alvaro de Mendaña, joven de veintidós años, por sencillo modo, que consistía en sufragar los gastos de las cajas reales, contentar á Sarmiento con los títulos de capitán de la nao Capitana, descubridor y cosmógrafo de la expedición, conservándole el trabajo sin más reservas que la gloria y la utilidad, dado que las hubiera, para su deudo, encumbrado con la categoría de General, y razoñar la resolución informando á S. M. que con ella echaba del reino parte de la gente ociosa perjudicial á la paz.

Hiciéronse los preparativos en el puerto del Callao de Lima, armando dos navíos de mediano porte, que parece se llamaban *Los Reyes* y *Todos Santos*, si bien las relaciones los distin-

1532), hijo de Bartolomé Sarmiento, natural de Pontevedra, y de María de Gamboa, natural de Bilbao, y que hacia unos siete años que llegó al Perú «á buscar cómo ser aprovechado».

La venida á este mundo en Alcalá debió de ser eventual, toda vez que pasó la niñez viendo la pintoresca ría de Galicia en la residencia paternal hasta cumplir diez y ocho años, edad en que se inició en el servicio militar para guerrear en Europa de 1550 á 1555, imitando á los deudos que siempre (dice en uno de sus escritos) habían empleado la existencia en el real servicio. «A buscar cómo ser aprovechado» fué primeramente á Méjico y á Guatemala, donde hubo de pasar dos años antes de trasladarse al Perú, que por su declaración sería en 1557.

Debió navegar bastante por el mar del Sur hasta la llegada y posesión en 1561 del virrey Conde de Nieva, al que se hizo grato, y es probable sirviera oficios de su casa hasta ocurrir el misterioso asesinato perpetrado en una de las calles de Lima (20 de Febrero 1564). El proceso de la Inquisición comenzó á poco de llegar el nuevo gobernador Lope García de Castro, y á 8 de Mayo de 1565 recayó sentencia condenándole á oír una misa en la iglesia mayor «en cuerpo y con su candela en forma de penitente»; destierro de todas las Indias de S. M. perpetuamente, para los reinos de España, el cual saliese á cumplir luego que le fuese mandado, y que hasta tanto estuviese recluso en un convento y ayunase los miércoles y viernes de cada semana, y que no tuviese libros ni cuadernos de mano ni de molde que contuviesen las cosas sobredichas, y que abjurase de levi.

Pocos días pasados tras la abjuración, conmutó el Arzobispo las penas de destierro y de reclusión, dándole la ciudad por cárcel y licencia para ausentarse al Cuzco por todo el año 1567, y entonces, deseando sin duda quitarse de en medio, escribia: «Como supe de muchas tierras incógnitas hasta mi no descubiertas, en el mar del Sur, por donde muchos habían procurado arrojarse y nunca se habían atrevido, y lastimándome de que tan gruesa cosa como allí hay se perdiese por falta de determinación, di dello noticia al licenciado Castro, gobernador que ha la sazón era deste reino del Perú, ofreciéndome á descubrir muchas islas en el mar del Sur si favorescía para ello.» (Carta al Rey de 4 de Mayo de 1572.)



guen solamente con los dictados de Capitana y Almiranta¹, embarcando con el título de general Alvaro de Mendaña; de maese de campo, Pedro Ortega Valencia, alguacil mayor de Panamá; de alférez general, D. Fernando Enríquez; de piloto mayor, Hernán Gallego; tres pilotos más, cuatro frailes de la Orden de San Francisco, 157 hombres de mar y tierra, muy galanes de trajes bordados y pluinas, bastimentos para un año, armas y munición bastante². Dieron la vela el 19 de Noviembre de 1567, navegando al Oesudoeste hasta ponerse en 15° á 16° de latitud Sur, con vientos largos y mar bonancible; y no habiendo visto tierra en veinte días, determinó Hernán Gallego bajar de latitud á 7°, contra la opinión de Pedro Sarmiento, que sostenía la conveniencia de remontar hasta 23 y seguir por este paralelo.

A las 56 singladuras, el 15 de Enero de 1568, apareció en el horizonte una isla, que nombraron *de Jesús*, poblada de gente de color oscuro, á juzgar por la que salió en canoas al encuentro de las naos. La situaron en la carta por latitud 6^{3/4} grados, y distancia á Lima 1.450 leguas. Experimentaron desde aquel paraje turbonadas, aguaceros y contrastes de viento, y gobernaron algo al Sur hasta el 7 de Febrero, en que surgieron en puerto de otra isla alta, grande, poblada de indios antropófagos, que la nombraban *Samba*; los descubridores la denominaron *Santa Isabel*, y á orillas de un ria-chuelo empezaron á labrar un bergantín grande, mientras por

¹ Don Justo Zaragoza, en la *Historia del descubrimiento de las regiones austriales*, hecho por el general Pedro Fernández de Quirós, Madrid, 1876, tres tomos, 4.^º, publicó dos relaciones del primer viaje de Mendaña é insertó noticia de algunas impresas ó manuscritas. Dos existen en el Archivo de Indias, notable la una, aunque incompleta, por haberla escrito Pedro Sarmiento de Gamboa, y en la Biblioteca Nacional de París (ms. Esp. 325, fol. 174 á 183) se conserva otra más, escrita por un amigo del piloto Gallego, de la que poseo copia, siendo de notar el título, *Relacion breve de lo sucedido en el viaje que hizo Alvaro de Mendaña en la demanda de la Nueva Guinea, la cual ya estaba descubierta por Iñigo Ortiz de Retes, que fué con Villalobos de la tierra de Nueva España el año de 1544*. La he dado á luz en el *Boletin de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. XXXVII.

² «Se sacaron sesenta arrobas de pólvora y los arcabuces y municiones que había en la caja-real, con los tiros gruesos.» Carta de los Oficiales reales.—Jiménez de la Espada, obra dicha.



el interior iban reconociendo destacamentos de soldados, que sostuvieron escaramuzas contra los indios hostiles. El bergantín, bautizado con el nombre de *Santiago*, sirvió á la exploración de la costa, yendo el Maese de Campo y el Piloto mayor á hacerla con treinta hombres durante un mes, tiempo en que vieron otras islas apellidadas *Ramos*, *Galera*, *Bucnavista*, *San Dimas*, *Flores*, *Guadalcanal* (por la patria del Maese de Campo), *San Jorge*, *San Marcos*, *San Jerónimo*, *Recifes*. Parecióles que la de San Jorge tenía de bojeo 30 leguas, y la de Guadalcanal más de 300.

Acabó este reconocimiento primero el 4 de Mayo, y no dilataron más la estancia en el puerto que habían llamado *de la Estrella* por ser insalubre: pasaron á otro de la isla de Guadalcanal, repitiendo el examen por tierra y agua, con pérdida de 10 hombres muertos por los indios en emboscada; hallaron río grande, puertos, nuevas islas: *Malayta*, *Urabá ó Atreguada*, *Tres Marias*, *Santiago*, *San Juan*.

A 13 de Junio volvieron á la mar con las naos, deseando encontrar un puerto seguro en que carenarlas, y les pareció á propósito el hallado en isla nueva, *San Cristóbal*, que tenía 100 leguas de bojeo. En las faenas de descargar, *dar lado*, ó sea descubrir los fondos por ambas bandas, calafatear y reparar los aparejos, emplearon hasta el 11 de Agosto, en cuyo tiempo anduvo el bergantín en descubierta, reconociendo islas más pequeñas, *Santa Ana* y *Santa Catalina*, con las que, al parecer, se completaba el archipiélago.

Hubo consejo de capitanes y pilotos, convocado por el General, con objeto de deliberar si habían de poblar donde se hallaban, continuar la exploración ó darla por suficiente y regresar al Perú, fuera con rumbos al Norte ó al Sur. Contra el primer punto se manifestaron todos conformes, opinando no tener elementos suficientes para fundar pueblo ni merecerlo lo que de la tierra se había visto. Discutieron en lo relativo á descubrir, sin que por las relaciones discordes, y amañadas quizá, resulte claridad en lo que se pensó ni en lo que se hizo. Dedúcese de las diferencias que Pedro Sarmiento y Pedro Ortega deseaban se continuara navegando,



en la creencia de hallarse próximos á la Nueva Guinea, y que se inclinaran los rumbos hacia el Sur. Que el piloto mayor Hernán Gallego quería dar la vuelta remontando por el Norte, sin que le convencieran las razones en contrario expuestas, dada la estación, la existencia de víveres y la distancia que tendrían que recorrer. ¿Cuál fué el acuerdo? No es difícil afirmar, sin temor de equivocarse, que se siguió el plan de Hernán Gallego por el ascendiente que sobre el General ejercía; y habiendo demostrado la experiencia que erró, bien es de presumir que en las relaciones oficiales se omitieron los pareceres de Sarmiento, por los cuales la expedición hubiera alcanzado la costa de Australia, y más sonado fuera el nombre de Mendaña⁴.

Habiendo salido del puerto de la Carena, en la isla de San Cristóbal, el 11 de Agosto, y visto con bastante detención el grupo que conserva el nombre de *Islas de Salomón*, y entre ellas las de Santa Isabel, Malayta, Guadalcanal, con pocos más de los que pusieron, navegaron algunos días al Sueste con mal tiempo y gruesa mar, que arrastraba palmas, palos

⁴ Dice la relación de Gallego: «Hubo en la junta diversos pareceres en razón del viaje que se había de hacer para el Perú, si había de ser por la parte Sur: acordóse que fuese por la parte del Norte y que no se perdiese más tiempo, porque no se acabasen los bastimentos ni desaparejasen los navios, y esto se ejecutó.» (Zaragoza, obra citada, t. I, pág. 17.)

Dice la de Mendaña: «Determinado por ellos que fuésemos en demanda de la Nueva España, dije muchas veces que mirasen bien la derrota que tomaban...., que la navegación que hacíamos era al revés, porque nos metíamos al Norte en tiempo de invierno....; finalmente, con ninguna razón les pude mover á mudar el parecer primero.» (Zaragoza, obra citada, t. II, pág. 39.)

La relación anónima de París: «Se determinó que pasasen adelante en demanda de la Nueva Guinea, que había descubierto Íñigo Ortiz de Retes.»

Relación incompleta de Pedro Sarmiento: «Pedro Sarmiento rogó y requirió al General que fuesen allá y la tomasen y reconociesen (la tierra); no lo quiso hacer él ni el Piloto mayor, y pasaron adelante, descayendo del altura....» (Jiménez de la Espada, obra dicha.)

Memorial de Pedro de Ortega: «Yendo navegando, las veces que se juntaron los navios para poderse hablar, dijo y persuadió muchas veces á grandes voces á Fernán Gallego, piloto mayor que iba en la nao Capitana, que no mudase de derrota, sino que subiese hasta los 25° que decía Pedro Sarmiento, cosmógrafo, que estaban las islas y tierra que iban á buscar...., el cual no quiso subir los dichos grados ni hacer más que su parecer....» (Jiménez de la Espada, obra dicha.)



quemados, atadijos, procedentes de tierras al Oeste; de Nueva Guinea, á juicio del piloto Gallego. La gente insistió en el regreso, haciendo petición al General en debida forma, y éste accedió, empezándose desde el momento á ganar distancia al Norte. Cortaron la equinoccial á primeros de Septiembre; en 8° á 9° avistaron grupo de islas pequeñas con arrecifes, 15 ó 16, en las que buscaron agua, desembarcando en la mayor. Hallaron casas, lumbre, un escoplo hecho de un clavo, con otros objetos que indicaban el paso de españoles y la estancia de indios que habían huido en canoas al ver acercarse las naves. Nombraron los pilotos *Bajos de San Mateo* á los islotes¹, cuya situación conviene con la del grupo de *Nam-nuito*, en las Carolinas, donde probablemente quedaron el piloto Lope Martín y compañeros, abandonados por el galeón *San Jerónimo*².

Más adelante, en 21° de latitud toparon otra isla baja, de arena y matorral, deshabitada y de peligroso acceso por los arrecifes: llamáronla *San Francisco* por el día en el santoral. Continuaban granjeando hacia el Nordeste, sintiendo los cambios naturales á la estación y á las latitudes boreales. Separadas las naves, en la Capitana estuvieron á punto de percer zozobrados por un ventarrón que durmió al barco, metiendo en el agua la cubierta hasta la escotilla. Lanzaron fuera el batel, cortaron el palo mayor, deshicieron la parte alta de la popa consiguiendo adrizarse y correr con trabajos agravados por el frío, por la escasez de mantenimientos y las enfermedades desarrolladas por consecuencia³. No pasaron de

¹ Según la relación de Mendaña; *Bajos de San Bartolomé*, por la de Paris.

² Don Francisco Coello, *Conflictio hispano-alemán*. Boletín de la Sociedad Geográfica, t. xix, páginas 244 y 294.

³ «Tasamos las raciones, dice Mendaña, a ocho onzas de biscocho, y estaba tan dañado que aun no nos aprovechábamos enteramente de las seis, y el agua tasamos a medio cuartillo por persona; y con esta racion pasamos tres meses..... Hinchábanse a muchos las encias y creciale la carne de ellas sobre los dientes; a otros se les quitó la vista....., echábamos cada dia a la mar un hombre.....»

«Faltaba el agua, refiere otro, y la que había estaba tan podrida y hedionda de las cucarachas que se habían metido dentro, que no había persona que la pudiera beber, y el biscocho tan frizado de la suciedad de las cucarachas, y tan carcomido y podrido que no había quien lo comiese....., y así enfermaron de una en-



32º al Norte: por esta altura avistaron la costa de California, y descendieron al puerto de Santiago ó Salagua, cerca de Co-lima, el 23 de Enero de 1569. La Almiranta llegó uno ú dos días después, rara casualidad, sin palo, sin batel, lo mismo que la Capitana, teniendo á bordo al fondear una botija de agua Murieron en la jornada 40 hombres, y en puerto algunos más de los dolientes.

Los sanos confiaron por lo visto ¹, á los curiosos, que las

fermedad muy usada en esta mar, que es un crecer las encías de tal manera que se cubren los dientes, y cuando acuden con dolor de riñones, mueren, y cuando no, todavia escapan. Y vino otro mal á muchos, lo cual fue irse quitando la vista.»

¹ Juan de Orozco, oidor de Nueva Galicia, dió cuenta al Rey de la entrada en Santiago de los dos barcos maltratados y sin mástiles, el 8 de Febrero, diciendo eran los que salieron de Lima en demanda de las islas de Salomón y de Nueva Guinea. Que habían descubierto muchas islas pobladas en 7 á 12º, al parecer de poca importancia. Hállase la carta en *Colección de documentos de Indias*, t. xi, página 561. Parece que Sarmiento pensaba informar por su parte al Rey, pero Mendaña le prendió, le tomó violentamente las relaciones y las cartas, y las rompió; y después, como sin desalentarse por esto, renovara la tentativa de hacer nueva información en el puerto de Realejo, en Nicaragua «yendo yo á dar dello razón á vuestro Gobernador, 11 leguas de allí (decía al Rey), se hizo á la vela huyendo y me dejó, y me trajo mi hacienda y se vino al Perú, é yo quise ir á dar razón á V. M. á España desde Nicaragua, más dejélo de hacer porque á la sazón vino don Francisco de Toledo por Visorrey, al cual fuí á ver al Perú y á dalle cuenta en vuestro real nombre, de todo lo sucedido en la jornada».

Esto ocurría en Noviembre de 1596. Sarmiento y Mendaña comparecieron ante la Audiencia real, quedando completamente justificado el primero, y en tan buen concepto de la nueva autoridad, que, según los datos del Sr. Medina en la *Historia citada* (t. i, pág. 330), y los de D. Marcos Jiménez de la Espada (*Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Madrid, 1879, pág. xxii), se hizo acompañar del cosmógrafo en la visita general que emprendió por el reino, y llegando al Cuzco, asiento antiguo de los Incas, considerándole «el hombre más hábil en esta materia, le encargó escribiera su crónica, lo cual hizo con título de *Historia general llamada indica, la qual, por mandado del Excmo. Sr. D. Francisco de Toledo, Virrey, Gobernador y Capitán general de los reynos del Perú y Mayordomo de la Casa Real de Castilla, compuso el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa*. El manuscrito fué remitido al Rey, y se creía perdido; pero recientemente se ha encontrado en la biblioteca de Gottingen, según noticia publicada por el profesor Wilhelm Meyer (*Boletín de la Academia de la Historia*, 1893, t. xxii, pág. 527), y posteriormente por el profesor Preischmann, averiguado que el escrito perteneció á la librería de Abraham Gronow, vendida en 1785. El códice original tiene ocho hojas de introducción y 138 de texto. En las primeras, dedicatoria al Rey firmada en el Cuzco por Sarmiento, á 4 de Marzo de 1572.

Decidida por el Virrey la persecución del inca Tupac Amaru, retraído en los montes, organizó expedición encomendada á Hernando de Arbieto, y en la que



islas de Salomón, reconocidas por ellos, nada tenían de común con las del inca Tupac Yupangui, ni menos con las de Ofir, de donde se dice sacaban los fenicios el metal amarillo á carretadas, é hicieron públicas las impresiones en Lima, después que, reparados los navios, llegaron en ellos al Callao en el mes de Septiembre á los veintidós meses de expedición. Sin embargo, como las penalidades se olvidan presto, borrándose con igual facilidad de la memoria los peligros, la suerte de los perdidos compañeros y aun la sentencia que el piloto Hernán Gallego solía enseñar por consuelo á los atribulados¹, sin dejar más que el tinte agradable de lo pasado por pasado, y el tema de conversación susceptible de adornos á capricho, los mismos que reinando el temporal *echaban romeros* ó hacían votos de peregrinación y penitencia con propósito firmísimo de no pisar más una tabla, eran propagandistas y tentadores de aventuras nuevas.

Existen indicios vagos de que tras la jornada primera de Mendaña se hicieron otras de que no se conoce relación, porque no se escribiera, ó porque se ha extraviado, oculta entre tantas aventuras acometidas privadamente en la época sin licencia ni auxilio de las autoridades. Los biógrafos del piloto Juan Fernández indican obscuramente que, después

Sarmiento llevó cargo de Alférez general, consiguiendo capturar y conducir en triunfo al Cuzco al jefe de los indios, que fué ejecutado.

Segunda vez fué el cosmógrafo perseguido por la Inquisición de Lima, apareciendo información falsa de haber sido azotado públicamente en la Puebla de los Ángeles, de Nueva España, por asuntos relacionados con el Santo Oficio. Volvieron á salir á cuenta los anillos astrológicos y los libros sobre propiedad de piedras y plantas: fué también condenado á destierro y á salir á la vergüenza; pero apeló y quedó en suspenso la sentencia, sin duda por influencia del Virrey, que le tenía empleado en campaña contra los indios chiriguanaes, al otro lado de los Andes.

Relativamente al viaje, hay *Información que por orden del Virrey y Capitán general del Perú D. Francisco de Toledo, y á fin de cumplir orden de S. M. hizo el Dr. Barrios, Oidor de esta Real Audiencia, asistido del capitán Martín Garay de Loyola, caballero de Calatrava, acerca del descubrimiento de las islas de Salomón, que el licenciado Castro encomendó á Álvaro de Mendaña, y de la calidad de aquellas tierras e islas, fecha á 4 de Junio de 1573.* (Academia de la Historia. Colección Muñoz, t. x, A. 37, fol. 197.) Manuscrito importante en que aparece que antes de la expedición de Mendaña se tenía noticia de las islas por Pedro Sarmiento de Gamboa.

¹ «La mar es buena para los peces.» Relación del viaje; Zaragoza, t. I, pág. 22.



de haber descubierto las islas de su nombre en las cercanías de la costa de Chile, avanzó al Oeste y por los 40° de latitud Sur vió una costa muy prolongada¹.

¹ Bartolomé Leonardo de Argensola (*Conquista de las Molucas*) consigna haber descubierto Juan Fernández en 1574 islas que se llamaron *Las Desventuradas*, agora (dice) *San Félix y San Ambon*, error corregido por D. Francisco Vidal Gormaz en el *Anuario hidrográfico de la marina de Chile*, Santiago, 1879, en el artículo titulado: *Los descubridores de las costas occidentales de Chile y sus primeros exploradores*.

El Sr. Jiménez de la Espada se ha servido comunicarme apuntes curiosos sobre el particular, de los que parecen oportunos éstos:

«1574. Este mismo año descubrió Juan Fernández las islas de su nombre, yendo casualmente al Perú, y tocó en ellas por fuerza de viento yendo de Chile, de donde era vecino. Dejó allí una cabra, y se marchó. (Ldo. D. Fernando de Montesinos, *Anales del Perú*, Ms.)

»Las islas de Juan Fernández descubrió un piloto de este nombre el año de 1597, 60 leguas de tierra y distantes una de otra 20 leguas de 34° á 36°, D. Alonso [de Montemayor?] se las dió á Martín Sanz de Olavarria por sus servicios, con que llevase confirmación, y pidiéndola, le dió informe á 6 de Octubre de 1598. (Academia de la Historia. Apuntes de León Pinelo, fol. 235.)

»Estando el virrey D. Francisco de Toledo en la entrada de los Chiriguanaes sobre Pilaya, tuvo noticia de que un navio de Juan Pérez de las Quentas, vecino de la ciudad de los Reyes, bajando desde Chile al Perú, descubrió en el paraje de Coquimbo (sic), 80 leguas á la mar, unas islas pobladas de gente, á quien llamaron las de Juan Fernández, del nombre del piloto del navio, y para las poblar y enseñar la ley evangélica á los indios le pidió al virrey Juan Pérez de las Quentas, persona rica, para ello le diese la conquista, la cual le concedió por dos vidas, para que con un navio y 25 hombres que levantase sin tocar caza ni arbolar bandera, hiciese á su costa el descubrimiento. Pero no hubo efecto. Sábase que tienen estas islas algún ganado de cabras monteses, y en sus puertos pescado como el bacallao que se gasta en España. (*Noticias del Perú*, etc., por Francisco López de Caravantes. Ms. 1630, t. 1, disc. 2.^o, núm. 192.)»

Por fin, en las *Memorias para recomendar al Rey la conversión de los naturales de las islas nuevamente descubiertas*, por D. Juan Luis Arias, Valladolid, 1609, se dice que Juan Fernández, piloto, nació en Cartagena en 1535, hizo muchos descubrimientos, de los cuales algunos no tienen su nombre, como las islas que visitó en 1571. Tres años después halló al Norte de éstas las de San Félix y San Ambrosio, y en 1576 una costa prolongada por los 40° de latitud, en que los habitantes, blancos y bien formados, le recibieron amistosamente. Guardó secreto acerca de esta visita, pensando volver desde Chile, pero la muerte se lo impidió.

Don Claudio Gay, en su *Historia de Chile*, t. II, pág. 66, cuenta que por el descubrimiento de las islas fué acusado Juan Fernández ante la Inquisición de Lima por brujería, y quiso la fortuna que los inquisidores le absolvieran al oírle decir que todos los marineros, aunque fueran santos, se harían brujos, tanto como él si seguían el mismo rumbo, poniéndose á 400 leguas de la costa. Don B. Vicuña Maquena y D. Diego Barros Arana, en los estudios históricos de Chile, estiman el hecho probable, pero D. J. T. Medina, en su *Historia de la Inquisición de Chile*, declara (t. I, pág. 337) que en las investigaciones que ha hecho lo mismo en Chile que en el Archivo de Simancas, no ha visto nada que justifique á la conseja, y tiene



Algo parecido, aunque sin referencia directa á persona, se insinúa en informe que al Virrey de Nueva España dió el licenciado de la Madrid el año 1573, tratando de la navegación desde Acapulco á Filipinas¹; pero aun mejor lo dan á entender ciertas cartas geográficas ó mapas de la primera mitad del siglo XVI, en que las tierras de Australia, Tasmania y Nueva Zelanda aparecen con nombres españoles².

Si pareciera poco todavía, en documentos sacados á luz recientemente³ se trasparenta la de los viajes clandestinos, que no sin ellos se conciben las indicaciones y pedimentos de Alonso de Fuentes, vecino de Lima.

Decía éste en memorial al Rey que, deseando se estampara en la corona *tercer mundo* con el descubrimiento de una gran tierra que está debajo del Polo Antártico, circunvecina á las islas del Moluco *en el meridiano de la China* y clima de él olimpo potosí, que por aquella parte lleva 1.000 leguas de costa debajo de zona templada, *verdaderos antípodas de España, Francia, Italia y Alemania*, tierra fructifera, por ser la empresa de mayor estima que de este reino emprenderse puede, escribió tres libros presentándolos al Virrey, el cual, satisfecho de la verdad que en ellos se trata, le dió licencia para ir á descubrir tales tierras de 5.000 leguas de circuito, á su costa.

Agregaba en el memorial haber hecho proposición del descubrimiento de las islas (nombradas *Fontacías* por su apellido) á Juan Roldán Dávila, que la aceptó el año 1578, mas se fué demorando por diversas causas, y continuaron las prórrogas después de firmado en 15 de Julio de 1592 por el Marqués de Cañete el despacho y nombramiento de General para la conquista y población á favor del referido Roldán

por probable que se haya confundido al navegante con otro cualquiera de su mismo nombre.

¹ Dirección de Hidrografía. *Colección Navarrete*, t. XVIII.

² Cítalas D. Ricardo Beltrán y Rózpide en la conferencia *Descubrimiento de la Oceanía por los españoles*, así como la monografía escrita por Mr. Jorge Collingridge, *Descripción de antiguos mapas de Australia*.

³ Por D. M. Jiménez de la Espada en el estudio, repetidamente citado, *Las islas de los Galápagos y otros más á Poniente*.



Dávila, nieto del Alcalde mayor de la isla Española Francisco Roldán, que tanto dió que hacer á Cristóbal Colón.

De todo esto se deduce no carecer de fundamento la opinión de varios geógrafos¹, de haber visto españoles la costa de Australia en los comienzos del reinado de Felipe II, ó acaso antes.

Sea como se quiera, Alvaro de Mendaña anduvo por su parte negociando la conquista, pacificación y población del archipiélago que había visitado, haciendo para ello asiento y capitulación, firmada en Madrid á 29 de Abril de 1574, por secuela del cual obtuvo merced del título de Adelantado de las islas de Salomón, con otras, en cédula de 20 de Agosto siguiente; mas también dilató el cumplimiento del compromiso, como se verá á su tiempo.

¹ Coello, Beltrán, Zaragoza.



Instituto de Historia y Cultura Naval



XVI.

GUERRA EN LOS PAÍSES BAJOS¹.

1571-1578.

El campo de la herejía.—Armada del Duque de Medinaceli.—Gheusios.—Ocupación de Ramua.—Combates en el Escalda y el Ems.—Pérdida de la flota comercial.—Socorro de Goes.—Victoria de Harlem.—Otros combates desgraciados.—En Berg op-Zoom.—En Zuyderzee.—Gobierno de D. Luis de Requesens.—Expedición maravillosa.—Infantería acuática.—Sitio de Leyde.—La mar tierra y la tierra mar.—Llegada de D. Juan de Austria.—Marina turca y marina holandesa.



ENTRE las causas diversas que alteraron la tranquilidad en las provincias de Flandes ó de los Países Bajos, unidas á la corona de España por herencia del emperador Carlos V, cuéntase como principal la perturbación producida en las ideas por las doctrinas religiosas y políticas de Lutero y de Calvin. Elegidas por sus sectarios aquellas provincias como campo de la herejía, á la vez que promovían guerra de rebelión de súbditos contra su príncipe, guerra civil, así considerada en un principio, minando las creencias, encendieron contienda más grave, más trascendente también de lo que fuera la lucha entre flamencos y españoles, á rechazar los primeros la de-

¹ Don Bernardino de Mendoza.—Antonio Trillo.—Famiano Estrada.—Cardenal Bentivollo.—Antonio Carnero.—Francisco Lanario, duque de Carpiñano.—Jerónimo Manuel Dávila.—Le Clerc.—Gerardo Van Loon.—John Lothrop Motley.—Cartas y relaciones, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos XXXI, XXXV, XXXVI y LXXV.



pendencia externa. Llegóse á declarar abierta guerra entre el protestantismo y el catolicismo; guerra europea, de un lado sostenida por flamencos, ingleses, franceses, escoceses, alemanes y escandinavos, no tanto contra Felipe II, rey de España, del otro, como contra Felipe, campeón de la Iglesia romana.

El Duque de Alba, gobernador de aquellos Estados desde 1567, sofocó los comienzos del incendio venciendo al Príncipe de Orange, jefe de los disidentes y mantenedor de la bandera de rebelión. Tanto parecía renacer la calma, expulsados del territorio los que habían hecho armas contra la autoridad real, que solicitó licencia para volver á España y descargo de las obligaciones que penosamente desempeñaba, doliente de gota. El Rey nombró en su reemplazo á D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli ¹, mandando al mismo tiempo aprestar en Laredo una armada que lo condujera decorosamente y diera escolta á la flota comercial de Cantabria.

Hizose á la vela el 6 de Diciembre de 1571 con malísimo tiempo contrario: una y otra vez tuvo que arribar á Santoña y á Laredo mismo, forzado de las berracas, con pérdida de dos de las naves, que naufragaron en la costa, y al fin se decidió á desembarcar la tropa y efectos que llevaba y á invertir en el puerto.

Los reembarcó en el mes de Abril siguiente de 1572, y aunque contrariado, volvió á salir á la mar en Mayo con 45 naves, las 10 á sueldo del Rey, bien artilladas; el resto de mercaderes, que las enviaban cargadas de lana. Iban entre todas 1.263 soldados de infantería del tercio de Julián Romero y cantidad de plata en lingotes para amonedar ².

¹ El título tiene fecha 25 de Septiembre de 1571.

² Relación de las naves que van en la armada que pasa á Flandes el Duque de Medinaceli, así al sueldo de S. M. como cargadas de lanas.

AL SUELDO DE S. M.

Toneladas.

Capitana de Juan de Montellano.....	750
Almiranta de Ochoa de la Sierra.....	510
Nave de Ochoa de Capitillo.....	630



Hubo de hacer dos arribadas forzosas más esta flota en la costa de Bretaña, y en una de ellas chocó en las piedras la

	Toneladas.
Nave de Juan de Espila.....	450
» de Domingo Urdaide.....	450
» de Jacobo de Jáuregui	320
» de Juan de la Sierra.....	215
Zabra de Martín Ruiz de Villota	50
» de Castro.....	24
Pinaza para el servicio de la armada.	

CARGADAS DE LANAS.

Nave de Juan de Regoitia.....	650
» de Martín de Capitillo.....	630
» de Pedro de Arbieto.....	550
» de Juan de Navejas	450
» de Juan Debora.....	250
» de Martín de Ochoa.....	150
» de Juan de Jimeno.....	110
» de Juan de Basori.....	150
» de Sancho de Vallecilla	130
» de Martín de Jáuregui.....	120
» de Sancho de San Martín.....	120
Urca de Baon, flamenco.....	130
Navio de Juan de Goicuria	80
» de Aparicio de Benreo	80
» de Martín de Capitillo	50
» de Pedro de Bérrixiz	60
» de Domingo de Villota	90
» de Francisco de Uro.....	80
» de Arnau de Hoyo.....	80
» de Juan de Rivas.....	70
» de Hernando de Somado	60
» de Juan de Somado	60
» de Pedro de Bayona	60
» del capitán Verastegui	70
» de Bernardino Campuzano	50
» de Pedro Collado	35
» de Juan de Vallecilla	50
Zabra de Domingo de Villota	40
» de Antón de Samano	70
» de Pedro de Uro	50

SOLDADOS EMBARCADOS.

De la compañía del maestre de campo Julián Romero	179
De la de Antonio de Mújica	146
De la de D. Marcos de Toledo	237
De la de Alonso de Zayas	202
De la de D. Fernando de Saavedra	149
De la de Antonio de Guzmán	350

1.263

ARTILLERÍA QUE LLEVAN LAS NAVES.

Capitana, cinco culebrinas largas, tres medias culebrinas, dos sacres, cuatro pie-



nao de Ochoa de Capitillo, perdiéndose, si bien se salvó casi toda la gente. Con las demás llegó á Flandes en veintinueve días de viaje, á tiempo que habían ocurrido importantes novedades.

Guillermo de Lumay ó Lumey, que se titulaba Conde de la Marca ¹, uno de los más comprometidos en la insurrección y prosscrito por ende, hallando protección en el Gobierno de Inglaterra, juntó hasta 26 naves de corsarios y malhechores y más de 1.200 hombres, parte emigrados por herejes, parte extranjeros de aventura, y saliendo de Dóver dióse á navegar por la costa de Flandes, robando á título de *gheusios* ó mendigos de mar. A principios de Abril de 1572 atacó por sorpresa á la Brille, ciudad y puerto importante de Holanda en la isla de Woorn, 13 kilómetros distante de Rotterdam, en las bocas del Mosa. Apenas lo supo el Conde de Bossu, gobernador de Holanda, acudió con fuerza suficiente, pasando en barcas desde la tierra firme; y como las dejara á

zas de campo (las tres se han de quedar en Flandes, que no son de S. M.), 10 pasamuros de hierro, 12 versos dobles.

Almiranta, tres culebrinas, las dos cortas, una media culebrina corta, dos traveses, cuatro piezas de campaña, ocho pasamuros, 16 versos.

Nave de Domingo de Urdaide, una culebrina corta, dos traveses, cuatro piezas de campo de hierro, 12 pasamuros, 12 versos.

En la de Juan de la Sierra, un tráves, cuatro piezas de campo de hierro, 11 versos.

En la de Jacobo de Jáuregui, una culebrina corta, tres piezas de campo de hierro, seis pasamuros, 12 versos.

En la de Pedro de Capitillo, dos culebrinas cortas, dos de la villa de Santander largas, tres piezas de campo, 13 versos.

En la de Martín Ruiz de Villota, un tráves corto, dos piezas de campo de hierro, seis versos.

En la de Sancho de Ugarte, dos piezas de campo, cinco versos de hierro.

En la de Villanueva, dos versos de hierro.

Todas bien aderezadas con pelotas, pólvora y todas cosas necesarias.

Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. xxxv, pág. 481, y t. xxxvi, pág. 5.

¹ Nuestros historiadores de la época escriben con mucha variedad, adulterándolos, los nombres de personas y lugares de Flandes. Conviene tener presente la advertencia hecha en otros capítulos. El historiador inglés John Lothrop Mottley nombra á este aventurero Guillermo de la Marck, y píntalo feroz corsario, sanguinario, licencioso, de aspecto salvaje, con la barba y cabellos crecidos e incultos, al uso antiguo de los bátavos. Digno descendiente del *Jabalí de las Ardenas*, ejerció crueidades horribles, preferentemente contra religiosos católicos.



la espalda, en seco, sin guarda, se ingenaron los rebeldes para incendiarlas, y tuvo que retirarse.

Con este primer suceso cobraron atrevimiento mayor los invasores, no perezosos en fortificar el puerto de que se habían apoderado ni en propagar la noticia con exageración, bien que no la necesitara el terreno preparado á la sementera hereje ¹. Como reguero de pólvora corrió en seguida el alzamiento por el litoral, proclamándolo Flesinga, el embarcadero de los príncipes, y á su ejemplo ciudades y puertos, con los que en pocos días toda Zelanda, á excepción de Middelburg, capital de la isla de Walcheren, y Holanda, separado Amsterdam, estaban en armas contra España.

Pusieron en seguida los rebeldes cerco á Middelburg con el fin doble de señorear por completo á la isla y á las bocas del Escalda, amenazando á Amberes; designio á que opuso el Duque de Alba urgente valladar, encomendando al capitán de su confianza, Sancho Dávila, el socorro de la plaza. Para ello se dispusieron en Berg-op-Zoom, puerto del Escalda, oriental, 30 *charrúas*, embarcaciones de cabotaje del país, anchas, planudas, propias para *arar* el fondo de los cañales, de lo que se deriva el nombre. En seis de ellas se montaron piezas de artillería ligera; en todas cupieron 1.000 soldados viejos y algunos aventureros y oficiales reformados de los que no desperdiciaban ocasión de sacar la espada de la vaina con causa justa. La flotilla navegó á favor de la marea vaciante, á mediados de Mayo, no por el rumbo directo, al punto donde el enemigo estaba bien atrincherado; dió vuelta á la isla é hizo el desembarco en la parte opuesta,

¹ Celebraron los luteranos la ocupación de la Brille con grandes demostraciones, grabando medallas y estampas, componiendo cantares y epigramas, entre los que uno, que recuerda la fecha, decía:

Den eersten dag van April .
Verloor Duc d'Alva zynen Bril.

En traducción libre:

El primer día de Abril
El de Alba perdió su Bril (anteojos),



entre dunas, con lo cual, dicho se está, tuvo que atravesarla la infantería por malos pasos, pero tomó, en cambio, por la espalda, y descuidados, á los sitiadores, ingleses en gran parte, y persiguiéndolos hasta el agua, no sólo levantó el sitio, se apoderó del puerto de Ramua, en que estaban recogidas muchas embarcaciones. Mejoró, por tanto, la situación de los españoles en la isla Walcheren, dueños de Middelburg, Ramua y Ramekens, aunque de todos modos la hacía precaria la vecindad de Flesinga¹.

Habiendo embarcado Sancho Dávila los trofeos de la victoria, artillería, banderas, ropas, en 10 de las referidas naves, salieron al encuentro 30 de los enemigos, trabándose en el canal la primera escaramuza, más bien que combate, ya que los rebeldes, faltos de experiencia, no supieron ó no pudieron, con fuerzas tres veces mayores, cerrarle el camino de Amberes.

De estos encuentros ocurrieron varios por aquellos días, con parecido resultado. Uno cerca de Berg, en que presentaron los rebeldes 25 charrúas con artillería, les fué funesto, por abordarles el alférez D. Juan del Aguila con 400 españoles, que, cuerpo á cuerpo, eran de superior empuje. Mataronles 170 ingleses, echaron á fondo una charrúa y volaron otra, con ser uno contra tres.

Algo más serio, por las consecuencias, se verificó hacia Frisa, donde pirateaban naves en grupo. Habíanse unido 16 bien artilladas, y al llevar las presas que habían hecho á Emden, envió el Conde de Bossu contra ellas al vicealmirante Boscusem con 11 de S. M. Avistáronse ambas escuadras en la boca del río Ems y aceptó la rebelde el combate confiada en el mayor número de las naves; mas á los primeros disparos huyeron las suyas en desorden, sin escapar más de cuatro: nueve se apresaron; tres se sumergieron, acrediitando otra vez los herejes la falta de la fuerza moral, teniéndola material de sobra, puesto que una de las presas estaba

¹ Relación del suceso. Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. LXXV, pág. 50.



artillada con 14 piezas de bronce, armamento fuerte de nave de guerra entonces¹.

Llegando en esta coyuntura el Duque de Medinaceli con su armada, fué avisado de no haber puerto en que pudiera dejar caer las anclas tranquilo, y hubo de surgir en mar abierto, frente á Blankenberge, con peligro de encallar en los bancos; otro no corría, careciendo los rebeldes aun, como se ha visto, de fuerza naval que oponer á la suya. El Duque desembarcó en la Esclusa (*Sluys*) con las zbras, llevando consigo parte de la infantería; y por haber quitado las valizas la gente del país embarrancaron ocho de aquéllas, lo que no fué inconveniente para poner en tierra á los soldados y á la plata en lingotes traída por la flota; mas cuando se hizo de noche acudieron los barcos enemigos, confiando en la distancia á que se hallaban los grandes españoles; tomaron dos de las zbras varadas, con parte del equipaje del Duque, é incendiaron las otras, no pudiéndolas llevar². La suerte les deparó mejor presa en una flota de 27 urcas que llegaba de Portugal con mercancías de la India, y se entró en Flesinga sin saber la novedad de su rebeldía. Tuvieron, pues, desde entonces los herejes escuadra de consideración y hartos recursos con que equiparla, habiéndoles producido el cargamento de especias y artículos indianos más de dos millones de ducados.

Una vez desembarcado el Duque y los soldados del tercio de Julián Romero, fueron las naves de Cantabria desde las aguas de Blankenberge al puerto de Ramekens, cambiando algunos cañonazos con las baterías y naves de Flesinga: las gobernaba Juan Martínez de Recalde, y por falta de prácticos del país, al acercarse al surgidero encalló y se perdió la Almiranta, salvándose los efectos. La urca flamenca de Baón, agregada al convoy en Laredo, se desapareció en esta corta travesía, yéndose al enemigo.

¹ Relación de la victoria que tuvo la armada de S. M.—Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. LXXV, pág. 29. Dice fué la víspera de San Juan de 1571.

² Relación sumaria de lo sucedido. Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. LXXV, págs. 53 y 59.



Favoreció á éstos la entrada de hugonotes de Francia, que sér apoderaron de la plaza de Mons, en la frontera, llamando hacia sí al ejército, pues quedó desatendida la costa, á merced de los gheusios. Los indecisos fueron con ello engrosando su partido; los consecuentes sufrieron violencias irresistibles. Las 11 naves del Rey, mandadas por el vicealmirante Boscusem, iniciaron la serie de las defeciones que día tras día habian de menguar los elementos de represión.

Pronto se vió el límite á que quedaban reducidos, por salir de Flesinga 8.000 infantes alemanes, ingleses y franceses, provistos de artillería contra Goes ó Tergoes, lugar de poco circuito en la isla de Zuytbevelant ó Bevelandia, uno de los pocos que se conservaban con guarnición de 400 españoles. Los enemigos lo cercaron estrechamente; abrieron brecha, y como asaltaran con escarmiento, se dispusieron á esperar que la falta de vitualla redujera á los que resistían á la fuerza.

De la posesión de Goes pendía la de Middelburg; mientras ambas plazas estuvieron por los españoles, tenían el pie en Zelanda, la puerta del mar abierta á las expediciones que se enviaran desde la Península, y la perspectiva de recuperación de lo perdido llana, por poco que ayudaran las circunstancias; así era tanto el empeño de los rebeldes por deshacer el baluarte, como el del Duque de Alba en mantenerlo, socorriendo á los defensores. Tratando de hacerlo Sancho Dávila, castellano de Amberes, y Cristóbal de Mondragón, maese de campo, con 3.000 hombres, viéronse detenidos por la insuficiencia de medios de transporte, consistentes en pocas naos y en las charrúas y otras embarcaciones menores tripuladas por marineros y prácticos zelandeses, que no eran de fiar. Los enemigos contaban ya al ancla en el canal con 60 naves gruesas, entre ellas cinco urcas de las más grandes, con mucha artillería y más de cien charrúas. Salieron, no obstante, los españoles con 28 naves, habiendo colocado sobre el dique baterías de campaña que las ampararan, y trataron combate, sosteniéndolo cinco horas gallardamente. Al cabo se retiraron con pérdida de gente y de



dos naos embarrancadas en la costa de Brabante, una del capitán Fabio, napolitano, otra del español Zabaleta; ambos las incendiaron para que no cayeran en manos enemigas, sacando á tierra la gente¹. Tanto habían cambiado en breve espacio las condiciones marítimas de los beligerantes.

Goes se dió por perdida desde aquel instante de la derrota naval, y lo fuera sin la determinación maravillosa del Maese de Campo, de intentar como infante lo que no había podido conseguir como marino. Fué el caso que consultando con prácticos fieles, sondeando y reconociendo el canal, se cercioró de que por ciertos sitios podía vadearse en bajamar, siempre que se salvaran tres canalizos ó pasos más profundos que cortaban el trayecto, y sin más pensarlo, provistos los soldados de saquillos en que meter la pólvora y ración, colgándolos en las picas y arcabuces, á la hora del reflujo se metieron en el agua en hilera, agarrados de la mano para mutua seguridad, 2.500 soldados. Caminaron en esta forma más de seis millas con fango á la rodilla y agua á la cintura, heridos los pies con las conchuelas ó cascajos, fatigados del esfuerzo á que les obligaba lo pegadizo y adherente del fondo; y habiendo perdido pie en los canalizos profundos, se les mojó la pólvora sin poderlo remediar; pero llegaron á la isla antes que la marea les alcanzase, sin haberse ahogados más de nueve.

Asombrados los enemigos viéndolos en tierra, abandonaron precipitadamente las trincheras sin esperarlos, corriendo á embarcarse en su armada. Los nuestros los acuchillaron por la espalda, espoleando la fuga, en que murieron sobre dos mil, ahogados los más. La acción brillante libró el 21 de Octubre² á Goes, sitiada desde Agosto, cediendo el campo 8.000 hombres á 2.700, con abandono de la artillería y bagaje.

Trasladó el Duque de Alba por entonces á Holanda el campo de operaciones en sostenimiento de Amsterdam, cuya

¹ Antonio Trillo, *Rebelión y guerra de Flandes*. Madrid, 1592.

² Fecha de D. Bernardino de Mendoza, *Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos*. Madrid, 1592. Trillo pone la de 4 de Octubre.



fidelidad á la soberanía de España querían castigar los insurrectos hostigándola por todos lados, después de haber quedado en su puerto y canales ciento y tantos navíos de comercio, de ellos 80 urcas grandes. El rigor del invierno paralizó á las escuadras, ofreciendo, entre tantos incidentes de la porfiada guerra, un espectáculo nuevo: el de los aracobuceros españoles atacando sobre el hielo, á pie, á los bajeles.

La empresa de más importancia fué el sitio de Harlem, ciudad de las principales de Holanda, en comunicación con otras por el lago llamado también mar de Harlem. Duró el cerco más de siete meses, tan vario en sucesos como largo, y para nuestro objeto interesante por el concurso de los navíos en la defensa y la ofensa.

Tan luego como la primavera de 1573 deshizo los hielos, presentaron los rebeldes en el lago embarcaciones de remo construidas á modo de galeotas ligeras, de poco calado, con once á diez y ocho bancos, y artillería gruesa en la proa. El Conde de Bossu hizo construir otras semejantes en Amsterdam que dieron aspecto nuevo al sitio, combatiendo en el agua por dar é impedir socorros á la plaza: escaramuzas en el comienzo, vinieron á ser batallas, crecido por ambos lados el número de los bajeles, quedando ordinariamente las ventajas por nuestra gente, más ágil y habituada á parecidos encuentros en las guerras con turcos y moros. Una de las galeotas, la mayor, que se apresó á los herejes, tenía pieza de 44 libras de bala y otra de 13 libras¹, y esto fué en el principal encuentro en que la armada de Harlem juntó 150 bajeles, no llegando la de los católicos á 100, si bien en calidad suplían á la diferencia del número. Dudosa la victoria algún tiempo, favoreció, por fin, al Conde de Bossu, que deshizo por completo á los contrarios, capturando 21 vasos grandes y haciéndoles muchos muertos. Decidió el combate la suerte de la ciudad, que tuvo que entregarse á discreción á principios de Junio².

¹ Don Bernardino de Mendoza, obra citada.

² Se riñó la batalla el 28 de Mayo. En las fuerzas discrepan, como de ordinario, las noticias: según Antonio Carnero (*Historia de las guerras civiles de Flandes*,



Volviendo á Zelanda, á 5 de Noviembre partió de la Esclusa armadilla de 22 naves á cargo de Lope de Lusarra, con propósito de llevar vitualla á los de Middelburg. Al paso de Flesinga salieron al encuentro 18 de los enemigos con siete urcas grandes, y combatiendo con la artillería desaparejaron y rindieron á tres pequeñas que eran de Lequeitio, Portugalete y Santoña, tripuladas en total por 130 hombres. Con esta pérdida entraron en Raimua las vituallas y pasaron á Ramekens. Aquí los atacaron de noche 50 navios con el éxito de apresar otros tres de los nuestros y quemar algunos más, de éstos cinco de los que habían venido de España con lanas, y uno de armada, el de Juan de Epila ¹.

En la acción aquellos soldados de los tercios de Italia que blasonaban de anfibios, realizaron otra proeza con que merecer el dictado, destruyendo un navío rebelde que embarrancó cerca del castillo de Raimua. No teniendo embarcaciones, se entraron por el agua á bajamar, sufriendo el fuego de arcabucería hasta ponerse á cubierto debajo del pantoque, donde aplicaron artificios incendiarios, abrasando el bajel con 150 hombres que á bordo tenía ².

Eran los ataques de Raimua y Ramekens preludios sólo del que con grandes fuerzas de tierra y mar preparaban los luteranos contra Middelburg, esperando salir en la empresa más lucidos que la vez anterior. Al socorro de la plaza acudió también Sancho Dávila con intento de forzar el paso guardado por los enemigos en Lillo con armada superior. Allí mismo empezó la refriega, continuándola desde las diez de la

Bruselas, 1625), tenía el Conde de Bossu 68 bajeles, que dividió en cuatro escuadras, y los enemigos 180, de los que 29 fueron capturados, huyendo los otros. El inglés, protestante, afecto á los orangistas y recopilador de sus narraciones, Lothrop Motley, anota que llevaba el Conde de Bossu 100 embarcaciones, y Martin Braud, Almirante de los patriotas, 150, de las que perdieron en el combate 22. En carta del Duque de Alba dirigida á D. Juan de Zúñiga el 1.^o de Junio, informa ocurrió el combate el 29, teniendo el Conde de Bossu 65 naves, y los rebeldes doblado número. (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. cii, pág. 144.)

¹ Relación que hizo Diego de Rebouza, alguacil mayor de la armada del Duque de Medinaceli, del suceso della. Dirección de Hidrografía, *Colección Navarrete*, t. xxviii, núm. 23.

² Trillo, obra citada.



mañana hasta las tres de la tarde, hora en que estaban á la altura de Flesinga; y como de este punto salieran diez naves más en refuerzo de los orangistas, Sancho Dávila retrocedió á Amberes, combatiendo siempre con pérdida de gente, y aun de dos naves del país, que se pasaron á la escuadra rebelde.

En el Escalda reorganizó la armada, componiéndola con 22 naves de gavia y 12 de las mayores de la tierra. Esta vez llevó la vanguardia Juan Martínez de Recalde, y fué el combate sangriento, perdiendo siete navios, dos de los cargados de víveres, con 400 hombres muertos. Entre los heridos entró el mismo Dávila y 40 chamuscados por un barril de pólvora. Así y todo entró el socorro en Ramua, no sin daño de los opositores, que perdieron uno de los navíos grandes sumergido¹.

Una vez asegurado bajo la artillería del castillo intentaron todavía los adversarios su destrucción, lanzando de noche, á favor de la marea, seis naves incendiarias, amarradas de dos en dos con cadenas. La vigilancia venció al peligro saliendo á tiempo bateles á desviar aquellas máquinas.

Se agregaron á la armada en el puerto tres naos que pertenecían á la del Duque de Medinaceli: la de Montellano, de 750 toneladas; la de Martín de Capitillo, de 630, y *La Indiana*, de Jacobo Jáuregui, de 330; más dos urcas y seis *gromestales*, calculando afrontar batalla, como así fué, por dos días consecutivos. Recalde se abrió camino con trabajo y pérdida; á la nao de Capitillo desarbolaron, llevándosela la fuerza de la marea sin poderla contrarrestar; la de Juan Sierra tomaron los contrarios, no teniendo más que un hombre vivo, y por cierto, moro; *La Indiana* encalló, siendo necesario incendiarla; la de Montellano se vió en apuro no obstante sus 40 cañones.

Eran, por supuesto, más los bajeles enemigos, y se batieron con serenidad y con orden, haciendo patente la unidad de acción y de mando á que obedecían. Se observó además, por vez primera, que por sistema, desde entonces adoptado,

¹ Es difícil formar idea exacta de la acción: tanto es confuso y contradictorio el texto de los historiadores. Sigo preferentemente el de la *Relación* mencionada de Diego de Rebouza, testigo de vista.



rehuían con habilidad el abordaje, esquivaban la pelea cuerpo á cuerpo ó mano á mano, preferida por los españoles por ser en ella tan duchos y superiores, y fiaban el éxito de la acción en el rápido y acertado disparo de la artillería.

Tras esta acción naval del Escalda se riñó varios días otra en el golfo de Zuyderzee, donde los rebeldes habían enviado sus mejores bajeles frisones en daño de Amsterdam, y el Conde de Bossu los afrontaba con los del Rey, arbolando la insignia en uno de mucha fuerza, designado por los luteranos con el nombre de *La Inquisición*: tanto les era antipático. Siendo los suyos muchos y de menos porte y calado, se arrimaban á los bajos del golfo, evitando, como antes se ha dicho, el abordar. A ellos atendía, por lo contrario, el Conde, acercándose con descuido de la sonda, tanto que encalló con la Capitana y la Almiranta. Al punto lo rodearon, menudeando los disparos; y mientras sus naves le desamparaban retirándose, como castillo resistió hasta el día siguiente, rindiéndose cuando le quedaban no más de 40 hombres en pie, todos heridos ¹.

¹ Igual incertidumbre en las relaciones del tiempo. Por la de D. Bernardino de Mendoza tenía el Conde de Bossu 12 navíos gruesos y los frisones 19, de remo seis y menores muchos. Abordó á la Almiranta enemiga; le aferraron á él otras tres, y hechos piña encallaron, continuando la pelea hasta la rendición. Trillo compone la escuadra real de 14 navíos, la Capitana, muy grande, dos barcos artillados, 1.500 hombres. La de los frisones era de 20 naves al principio; pero acudiendo al ruido de los cañonazos, llegaron á juntarse sobre 100. Bossu hubo de capitular hallándose solo y rodeado, dando á los rebeldes triunfo que les costó al pie de 2.000 hombres muertos y heridos. Famiano Estrada expresa que el Conde, con la Capitana sola, peleó veintiocho horas contra 20 navíos contrarios, y sucumbió quedándose de 300 hombres 80, heridos todos menos 15. El cardenal Bentivollo poetiza en términos vagos, sin anotar cifras ni otro dato, que las naves contrarias eran muy superiores en número á las reales, y que Bossu, con varonil corazón, encendió á los suyos. Por último, el Duque de Alba, dando cuenta al Rey de la batalla (*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXV), consigna que, habiendo cercado á la nave del Conde de Bossu cuatro contrarias, peleó desde las cuatro de la tarde á la misma hora de la madrugada. Que fué el combate muy reñido, por tener fuerzas dobladas los frisones. Ellos perdieron la Almiranta y 3.000 hombres, y de nuestra parte, el vicalmirante Basesseur recogió y salvó algunas naos. Del otro lado, Gerard van Loon (*Histoire métallique des Pays-Bas*. La Haye, 1732) consignó, con cita de otros historiadores, que el 3 de Octubre salió á la mar el Conde de Bossu con 30 naves; obtuvo algunas ventajas en la costa y entró en la Zuyderzee, disputando la dominación del mar á los holandeses del Norte.



Desde aquel día causó la armada rebelde gran desasosiego por todos lados: no acertaron ya los nuestros á salir con empresa de cuantas por la mar acometieron, señoreada como estaba, lo cual no se disimuló, escribiendo al Rey los Duques de Alba y de Medinaceli, y cuantos por su servicio se interesaban, que no había de cambiar la situación si no enviaba marineros y navíos suficientes con que recuperar siquiera á Enkhuyzen, la Brille, Flesinga y Canfer¹.

Ambos Duques, el de Alba por la vía de Génova, que había llevado; el de Medinaceli por mar, como fué, sin haberse hecho cargo del espinoso gobierno para el que se le nombró, vinieron á España con licencia real, elegido en su lugar para continuar la Capitanía general D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla.

Tomada la posesión, se aplicó á inaugurar el mando el año de 1574 enviando socorro al maese de campo Mondragón, que lo demandaba con instancia, estrechado cada vez más en Middelburg y falto de lo preciso á la subsistencia. Dos armadas ordenó en Amberes, compuesta la una de *cromestevens* y *dromedales*, que son las embarcaciones más fuertes entre las que navegan por los canales; de *charriúas*, de uso general, y de *pleitas*, barcas prolengadas que admiten mucha carga y suben los ríos á la sirga ó á remolque, en total 54².

Los buques de éstos eran menos fuertes, pero más en número, é iban mandados por Cornelio de Thierry. La Capitana de Bossu, denominada *La Inquisición*, aserró con la enemiga, y otro; tres navíos la atacaron á la vez: se defendió con tesón toda la noche, y no quedándole más de 15 hombres en disposición de pelear, se rindió. Hicieron otro tanto una nave grande y tres menores con 300 hombres; las demás huyeron. De este combate pendía la suerte de Holanda, y así por la victoria hubo fiestas y alegría. El estandarte de Bossu se colgó en la catedral de Horn, y el Colegio del Almirantazgo hizo grabar medalla representando en el anverso dos anclas cruzadas, con las armas de dicho Almirantazgo en el centro entre dos PP. (*pro patria*) y leyenda *SACRA ANCHORA CHRISTUS*. En el reverso el combate de las armadas con la inscripción: *INQUISITIO INQUIREND0 NIMIS SEDULO SE IPSAM PERDIT*. Otra con el mismo anverso llevaba en el lado opuesto un verso en holandés cuya sustancia era: *Monumento de la protección divina, por la que muchos héroes del pueblo de Frisia derrotaron al almirante Bossu, 11 de Octubre, de 1573*. Por el citado Lothrop Mottley, tuvo por teatro la batalla la inmediación de Horn y de Enkhuyzen, dirigiendo 25 naves el Almirante frisón Dirkzoon.

¹ Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. xxxvi.

² Según nuestros historiadores, eran 45; los holandeses dicen 75. Don Luis de



Protegida por las charrúas, armadas con artillería y llevando distribuidos tres mil arcabuceros, estaba destinada á embarcar las municiones de boca y guerra, y á llevarlas por el Escalda oriental, ó brazo derecho del río, á su destino, dirigiéndola el vicealmirante real de Zelanda, señor de Glymes, y teniendo cargo de la gente de guerra el maese de campo Romero. Del aguante de tales embarcaciones, tomadas á falta de otras, se ha de juzgar por el hecho de haberse abierto y sumergido la que llevaba el capitán D. Francisco de Bobadilla al hacer salva con el cañón que le habían embarcado.

La segunda armadilla, de 40 embarcaciones iguales, con 1.500 soldados, más ligera y expedita, había de descender por el Escalda occidental, ó de la izquierda, al mando de Sancho Dávila, para distraer hacia aquella parte al enemigo, mientras la primera trataba de introducir el socorro. Empero el cálculo falló. A la de Glymes, despachada de Berg-op-Zoom el 29 de Enero, fué á la que afrontó el almirante contrario Boisot, bien informado por su espionaje, con fuerza incomparable, trayendo filopotes de gavia¹; Glymes vacilaba al avistar aquellas naves, inclinado á volverse al muelle; Romero ardía en deseos de acometer, adelantándose hasta romper el fuego, como lo hizo, creyendo llegar á las manos, en lo que mucho se engañó. Generalizado el combate, por malicia de los patrones zelandeses, más amigos de los rebeldes que de los españoles, encallaron varias embarcaciones, y dominándolas las orangistas, al disparo de cañones y arcabuces, juntaron el de alcancías y artificios incendiarios desde las gavias, con efecto desastroso. Ardió la vicealmirante, cayendo Glymes en la pelea bravamente; se perdieron nueve de las mejores; murieron muchos oficiales con 700 soldados, y quedó deshecho y perdido el socorro. Luis de Boisot, el almirante de Holanda, salió tuerto, comprando la victoria con san-

Requesens, en carta de 2 de Febrero, especifica 54 navios de armada y 25 de viualla. *Nueva colección de documentos inéditos para la Historia de España y de sus Indias*, t. I, pág. 122.

¹ Ochenta naves con 4.000 mil hombres por la cuenta de Trillo, obra citada.



gre, aunque no fuera tanta como quisieron decir escritores¹.

En cambio llegó Dávila sin oposición á vista de Flesinga con su flotilla, y fondeó, en espera de la otra, hasta recibir aviso del desastre y orden de retirada, que efectuó hasta Amberes, no sin quemar alguna pólvora respondiendo á los que le seguían².

Consecuencia forzosa de estas desgracias que imposibilitaban el socorro, tuvo que ser la pérdida de Middelburg, Rama y Ramekens, capitulando Mondragón con muy honrosas condiciones. El vehemente deseo que los luteranos tenían de entrar en posesión completa de la isla Walcheren las facilitaba.

Venida á España la desagradable nueva, convencido ya el Rey de que así como la rebelión había nacido y desarrollándose por vía del mar, no por otra podría domarse, ordenó la preparación en Santander de escuadra poderosa; y avisándolo á D. Luis de Requesens, le previno se esforzara en afirmar el pie en Zelanda con puerto en que se abrigaran aquellos navíos. ¿Cómo hacerlo sin medios de combatir á los de los rebeldes?

Uno le ocurrió, por lo atrevido y original señalado en las historias para eterna fama de los que supieron realizarlo. Consistía en repetir la marcha por el mar que hizo el maese de campo Mondragón con suerte, al socorrer á Goes, sólo que ahora, en vez de un canal, para llegar al puerto deseado de Zierikzee era menester pasar desde el continente á la isla de Tholen; de ésta, sucesivamente, á las de Filipsland y Duiveland, y por último, á la de Schouwen, corriendo por agua y tierra la cadena con que encauzan al Escalda oriental

¹ Trillo, que hace subir á 800 los muertos españoles, cuenta 3.000 á los enemigos triunfantes.

² El referido Trillo indica que en la vuelta se perdió la nao *San Juan*, muy buena, por haber encallado. Ningún otro historiador de los españoles concede importancia al episodio, pero Lothrop Mottley asegura que, deseando Boisot romper aquella armada, entró de nuevo en el Escalda, y encontrando 22 naves entre Lillo y Calloo las deshizo en combate, haciendo prisionero al vicealmirante real Haemstede, que las mandaba. Merece crédito la noticia por las autoridades locales en que la apoya.



en Zelanda. A modo de ensayo ó ejercicio, caminó el referido Mondragón con 1.300 hombres desde la orilla de Brabante á la isla de Finaert, que los enemigos habían fortificado como estación de bajeles. El canal no tiene más de una milla de anchura; se atravesó con mucho secreto y con el mismo resultado que la vez primera, pues aturdidos los orangistas corrieron á las naves, desamparando el puesto sin hacer apenas resistencia: mas con ello se despertó la vigilancia, amontonando dificultades sobre las que por si tenía la empresa grande.

Siguió, trasladándose á la isla Tholen unos 2.000 hombres, dirigidos como antes por Mondragón, en lo que ninguna dificultad se ofreció, haciendo la travesía embarcados. Constituía esta gente la vanguardia de la expedición; la que había de vadear, ganando acceso al segundo cuerpo que á las órdenes de Sancho Dávila, capitán general de la armada, iba en ésta, componiéndola 30 galeotas de á 16 y 18 bancos, con algunas barcas menores, también de remo, grupo insuficiente por sí sólo para resistir y menos para retar á los de los enemigos. De Tholen á Filipsland no ocurrió tampoco entorpecimiento; se vadeó bien el paso en bajamar; se atravesó la isla de cabo á cabo, tomando resuello, ya que no estaba defendida, en preparación del paso del segundo canal, más ancho y más profundo. Era la víspera de San Miguel, 28 de Septiembre de 1575, y cuadraba el reflujo hacia la media noche. Juan Osorio de Ulloa, valeroso cabo, entró el primero en el agua, haciendo cabeza en compañía del marinero práctico, por línea tortuosa, precisa para sortear pozas y regueros del fondo. Seguían el movimiento los soldados en hileras muy juntas de á dos y tres, contándose 1.500 arcabuceros ó piqueros y 200 gastadores con útiles á retaguardia.

Los enemigos, penetrado el intento, tenían varados en el centro del paso varios bajeles con arcabuceros; los grandes artillados, donde el agua les permitía flotar, y á la mano muchos bateles y barcas planudas con esquifazón alerta. Desde el instante en que sintieron chapeletear el agua, rompieron fuego nutrido de cañón y de mosquete, á bulto, sin causar



grave daño gracias á la obscuridad; mas creciendo el flujo, cuando llegaba al pecho y al cuello de los caminantes, pudieron aproximarse aquellas barcas y herirlos desde ellas con picas, hoces, harpones y manguales, haciendo indispensable la defensa en situación en que hasta el viento les era contrario, dándoles en la cara la marejada. Para que en trance tal no se apocaran, sólida tenía que ser la disciplina de aquellos soldados admirables, soldados de los tercios viejos á quienes el Comendador mayor, su Capitán general, escribía con el dictado de *muy magníficos señores*¹. Los golpes contundentes, la lluvia de balas, la metralla acompañada de groseros insultos, no les desvió un paso de la formación que, á ser de día, asemejara á hormiguero. Todo ello avivaba más la gana del desquite, encendía el furor con que, llegando á pisar firme en Duiveland, saltaron como fieras á los parapetos, tras los que los orangistas aguardaban, y no valió á éstos el reparo ni el ser diez las compañías de ingleses y franceses que los reforzaban; arrollados huyeron, cayendo entre los muertos Carlos Boisot, hermano del Almirante.

Esto aconteció arribando con la pólvora mojada, y no todos; la compañía de retaguardia, alcanzada por la creciente, había tenido que retroceder á Filipsland, y por no hacerlo á tiempo sorprendió á los gastadores, sin que de los doscientos dejaran de ahogarse más que diez.

Quedábanles la última etapa, el canal de acceso á la isla Schouwen, si de menor peligro por no admitir la aproximación de bateles, de más trabajo por las algas ó fucus acumulados en el fondo. La vencieron también, penetrando en la isla anhelada, adonde llegó en pos la armadilla de Sancho Dávila. A favor del refuerzo fueron ganando los pueblos fortificados, no parando hasta los fosos de la capital Zierikzée, conquistada al fin, aunque tras sitio formal, prolongado por los auxilios exteriores del Príncipe de Orange en persona, y del almirante Boisot.

¹ Cuando se amotinaron por llegar á treinta y siete las pagas atrasadas, montando su deuda á seis y medio millones.



El último acabó allí la carrera, con que se hizo acreedor á la estimación de sus conciudadanos y al respeto de sus adversarios.

Creyendo que la estacada con que cerró Mondragón la entrada del puerto no resistiría al choque de la proa de su Capitana, embistió á toda vela y embarrancó bajo el fuego de los sitiadores. Dió orden de echarse al agua, tratando de escapar á nado hacia los otros navíos de la escuadra; la violencia de la corriente se lo impidió, pereciendo con 300 hombres.

Insigne jornada fué aquélla; de las memorables que produjera la guerra de los Países Bajos, tan fecunda en incidentes, en inventos, en acciones maraviilosas; de las que arrancaron la admiración general ¹. En originalidad no hay otra comparable, á no ser la del cerco de Leyde, plaza librada de manos de los católicos por haber roto los diques de Rotterdam los auxiliares, inundando los campos y enviando 200 embarcaciones de remo, que, al navegar entre arboleda y caseríos, llevaron el socorro. Cuéntase que dijo entonces el Príncipe de Orange: «Pues que los españoles hacen de la mar tierra, hagamos nosotros de la tierra mar ².»

Fué, además, por entonces la última acción de las que corresponden á nuestro relato, cambiada la faz en las de la política por fallecimiento impensado de D. Luis de Requesens,

¹ Lothrop Mottley la juzgó en términos merecedores de trascipción:

«Ayant de l'eau jusqu'à la poitrine, et plongés par intervalles dans une obscurité complète, ils n'en parvenaient pas moins à lancer de temps en temps dans les rangs ennemis quelques volées bien dirigées de mousqueterie. Mais les Zélandais ne se bornaient pas à les attaquer au moyen d'armes à feu. Harpons de pêcheurs, gaffes de marin, fléaux de laboureur, s'abattaient sur les Espagnols, les enlevaient ou les poussaient hors du gué, leur brisaient la tête ou les membres. Que de duels à mort engagés ainsi dans les ténèbres, et, pour ainsi dire, au fond de la mer! Que d'actes d'audace dont n'eurent connaissance que ceux-là même qui en étaient les auteurs! Pourtant, malgré tous les obstacles et toutes leurs pertes, les Espagnols avançaient toujours.....

»L'expédition était en somme le fait d'armes le plus brillant de la guerre, et sa réussite à jeté un lustre éclatant sur la bravoure et la discipline des soldats Espagnols, Allemands et Wallons. Comme acte d'audace individuelle *dans une mauvaise cause*, cette expédition a peu d'égales.»

* Trillo, obra citada.



en Bruselas, el 5 de Marzo de 1576, y nombramiento del príncipe D. Juan de Austria para gobernar aquellos Estados, donde vino al mundo.

Tarde, por la ocasión, llegó á regirlos: al tiempo mismo que su aliento generoso empujaba en Levante la marina turca por la pendiente de la consunción y ruina; mientras encaminaba á las empresas de Navarino y Túnez la armada imponente católica, surgía en el Norte, enemiga, otra marina nueva, desarrollándose lozana desde el momento en que el acuerdo de las provincias rebeladas constituyó la república protestante de Holanda. Aquélla, si poderosa en gran manera artificial, formóse por la voluntad y con los recursos inmensos de los sultanes otomanos, como elemento necesario á sus aspiraciones de dominio. Ésta nació, naturalmente, aunándose las iniciativas de un pueblo criado en islas y pantanos, constreñido por la necesidad á disputar al Océano el asiento de la vivienda; enseñado por la observación á buscar, cual la gaviota, el nido en la tierra y el sustento en el agua. La pesca y la navegación, industrias en que los pueblos ribereños deben tener fijos siempre los ojos, por lo que ilimitadamente ensanchan su horizonte, ejercicios en que basó la properidad de Tiro, y de Cartago, y de Venecia, procuraron á los holandeses (comprendiendo desde ahora con esta denominación á los habitantes de las provincias unidas, desde el Ems al Hont) atrevimiento, resistencia, destreza, y al cabo, prosperidad también y poderío.

Con la anulación de la marina turca aseguraba España la integridad de su territorio y el tráfico comercial en el Mediterráneo: con el crecimiento de la marina holandesa había de perder uno de los mercados principales de sus productos y el concurso en los mares del Norte, en que por siglos prevalecieron las naves cantábricas, manteniendo en actividad á los astilleros y en crédito y bienestar á los mareantes.

Don Juan de Austria no pudo influir en el curso ya encauzado de los sucesos: su gobierno azaroso y difícil fué corto, acabando con su preciosa existencia el 1.^º de Octubre de 1578. La vida breve, pero bien aprovechada, le conquistó el apre-



cio de sus iguales, el amor de sus inferiores, el concepto de gran capitán, la simpatía, el elogio de todos, por las señaladas dotes que tuvo en cuerpo y alma. «Cubramos de lirios la tumba, dijo un marino entusiasta¹; no guarda sólo á don Juan: con él se enterró á la caballería.»

¹ Mr. Jurien de la Gravière, *La bataille de Lépante*, t. II, pág. 258: «Le 1^{er} Octobre 1578, à une heure de l'après-midi, ce héros charmant passa entre les mains de son confesseur comme un oiseau qui s'envole. Il venait d'accomplir ses trente et un ans. Une plus longue existence—les sombres circonstances au milieu desquelles don Juan se débatait étant données,—n'aurait pu que faner la fleur de poésie qui parfume encore sa mémoire. Jetez à pleines mains les lys sur cette tombe; ce n'est pas don Juan, c'est la chevalerie même dont nous venons de recueillir le dernier soupir».

La tumba tiene en el panteón de Infantes del Escorial, mandado construir por el rey D. Alfonso XII. Mesina le erigió arco de triunfo y estatua colosal de bronce, obra del escultor Andrea Calamech, con inscripciones honoríficas. (Véanse en el apéndice núm. 3.) Otro monumento moderno constituye la obra citada de sir William Stirling Maxwell.



Instituto de Historia y Cultura Naval



XVII.

INCORPORACIÓN DEL REINO DE PORTUGAL.

1574-1581.

Armada contra Holanda é Inglaterra.—La deshace la peste.—Muere Pero Menéndez de Avilés.—Temporales.—Turcos y moros.—Jornada de los Querquenes.—Don García de Toledo.—Tregua con Turquía.—Don Sebastián de Portugal en África.—Desastre de Alcazarquevir.—Pretendientes á la corona.—Derechos del Rey de España.—Hácelos valer.—Toma de Setúbal, de Lisboa, de Oporto.—Sumisión completa.—Entrada del Rey en Lisboa.—Viaje de la Emperatriz viuda de Maximiliano.—Uluch-Ali.



ABÍAN movido el ánimo del Rey las instancias del comendador mayor D. Luis de Requesens, ya que repetía las anteriores de los Duques de Alba y de Medinaceli, para que enviara á los Países Bajos embarcaciones sutiles propias á la navegación de los canales. En el mes de Febrero de 1574 mandó detener á Pero Menéndez de Avilés, adelantado de la Florida, que estaba á punto de partir para las Indias; y como quiera que entre las condiciones de su mucho crédito tuviera la de práctico en las costas de Flandes, consultado el asunto, le encomendó la organización, en los puertos de Cantabria, de una armada, suficiente, no sólo para atender á las necesidades de momento, sino también para sobreponerse á las fuerzas reunidas por los orangistas, reconquistar la isla de Walcheren, y sucesivamente todas las de Zelanda y Holanda. Dióle al efecto título de Capitán general, poderes amplios, asistencia de los corregidores y cooperación de D. Juan Martínez de Recalde,



con encargo de absoluta reserva acerca del destino que tendrían las naves convocadas. Por de pronto serían 40 zabras, de Castro, Laredo y Santoña; 40 chalupas, de San Vicente de la Barquera; 20 pinazas, vizcaínas y guipuzcoanas; en todo 100 embarcaciones ligeras, con artillería, que iban escoltadas por 20 naos gruesas, como amparo y almacén de municiones de toda especie.

Mientras se preparaban llegó aviso de la apurada situación de la plaza de Middelburg, y se pensó en socorrerla directamente, yendo los capitanes Bertendona y Diego Ortiz de Urizar con 10 de las pinazas y 500 hombres; mas como se tuviera nueva de la rendición, no se trató más que de aumentar la fuerza primeramente calculada, no contando ya con los puertos de Ramua y Ramekens, que habían de servir de base de operaciones.

Las velas, las armas, las municiones, tuvieron aumento hasta las cifras de 176 naves menores, siendo la escolta de 24 de 500 toneladas arriba y 12 pataches de menos de 100, con 12.000 hombres de mar y guerra; adición determinada porque tanto había despertado recelo por todas partes un armamento de tal consideración, sobre todo en Inglaterra, no muy tranquilas las conciencias de la reina Isabel y de sus ministros, que se preparaban á las contingencias manteniendo en la costa de España cruceros de espionaje. Los holandeses habían estacionado su armada en el canal de la Mancha, y los ingleses y franceses hugonotes puesto sobre la Rochela unas 40 velas de corsarios.

A ser ciertos los avisos llegados simultáneamente á la corte y á Flandes, preparaban en Londres y puertos vecinos de 60 á 70 naves, las 27 de la Reina y el resto de particulares, para estorbar el paso de nuestra armada, buscando pretexto al rompimiento en el saludo ó amainar de las velas, juntas con las del Príncipe de Orange. Éste había reunido navíos grandes, en número superior al de los que esperaba, y, á su juicio, con mejores artilleros y marineros que los españoles, si bien reconocía la inferioridad de sus soldados; mas como el tiempo corría y no acababa de salir de Santander la flota, cambiaban



Don Luis de Requesens.



Instituto de Historia y Cultura Naval



cada día las impresiones, mudando los planes de defensa ó de ataque.

Estuvo en pláticas el de venir á las costas de España á destruir dentro del puerto la armada, espantándoles la idea de ver en la mar 350 velas y 30 galeras que la iban á componer, según se decía, si bien no se determinaron á tanto, y en pláticas quedó; pero no intimidaba su aparato en modo alguno á Pero Menéndez, confiado en el éxito, pues, según escribía al Rey, tenía en su flota los mejores navíos que jamás se hubieran juntado en Poniente, gente muy lucida, bien armada y de provecho, capaz para todo lo proyectado y ánimo para salir con ello.

Los proyectos también habían variado por acá desde que se pensó sencillamente en satisfacer la demanda de algunas naves de remo para maniobrar en los canales de Flandes. Hechos los acopios, tanto como el de Avilés, consideraba D. Felipe cosa hecha la represión de los Países Bajos así que la armada hubiera destruido la de los rebeldes y se posesionase de nuevo de los puertos de Zelanda, y acariciaba, por tanto, otra idea tiempo antes nacida al calor de los agravios repetidos de la reina Isabel de Inglaterra y de las excitaciones del Papa Pío V.

De atrás había ordenado al Duque de Alba se dispusiera á meter ejército en las islas, para lo que envió á reconocer las marinas con gran secreto¹. Ahora, Pero Menéndez, que por orden expresa, asimismo, había formulado un plan de invasión, empezando por fortificar la isla Sorlinga y por la toma del puerto de Falmouth², despachó una zabra con la que fué

¹ Cabrera de Córdoba, t. II, pág. 60. Un breve de Su Santidad y cartas del Duque de Alba sobre el particular se hallan en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. IV, pág. 514 y siguientes.

² *Discurso de Pero Menéndez para lo de Inglaterra y Francia. Nueva colección de documentos inéditos para la Historia de España y de sus Indias*, por D. Francisco Zabálburu y D. José Sancho Rayón, Madrid, t. II, pág. 145. Este volumen, el anterior y siguientes hasta el 5.^o publicado, comprenden la correspondencia de D. Luis de Requesens, y en ella amplias noticias de la preparación y objeto de la armada de Santander. La de Pero Menéndez, de no menor interés, está inserta en la obra de D. E. Ruidiaz y Carabia, *La Florida, su conquista y colonización*, etc., Madrid, 1893,



á reconocer á Irlanda el capitán Diego Ortiz de Urizár, poniéndose en relaciones con los nobles alzados contra la Reina, y al dar cuenta de la comisión decía ¹:

«Toda la gente está á la mira de lo que hace la armada que agora se hace por V. M., lo cual tienen entendido que se hace para su remedio y sacalles de la subjeción en que están puestos.»

Sólo faltaban para levar anclas y acometer la empresa las virtuallas de almacén y dinero que habían de ir á Santander desde Sevilla, cuando vino impensadamente á entorpecer la salida la aparición de Uluch-Alí en el Mediterráneo con la armada turca, sin saberse adónde dirigiría la agresión, ni si la armada haría falta para repelerla. Visto que el objetivo era la Goleta, y en la suposición de que el sitio le entretendría todo el verano, reiteró D. Felipe la orden de marcha á Pero Menéndez á 2 de Septiembre, esto es, once días antes de que el fuerte de Túnez se rindiera á los otomanos, pensando que el ambiente saludable de la mar contendría la epidemia de que se había picado la gente embarcada. El General recibió contento la prevención esperanzado del éxito ²; mas no dando lugar al remedio la intensidad creciente del mal, el propio Pero Menéndez fué atacado y falleció el 17, acabando con él, como si parte de su existencia fuera, la armada que había formado, por desbandarse la gente aterrorizada del contagio ³.

tomo II. Estaba el General provisto de cartas, sondas, noticia de la colocación de las boyas y valizas, y tenía prácticos de confianza.

¹ Relación que hace el capitán Diego Ortiz de Urizár de lo que vió en Irlanda. Dióla á S. M. en Madrid el año 1574. Ruidiaz, obra citada.

² A 15 de Septiembre, dos días antes de morir, escribía al Rey:

«Muchos cosarios ingleses que la Reina envía á Irlanda dicen que se han de juntar en Gelanda con la armada del Príncipe de Orange para procurar desbaratarme, ó salirme á buscar entre Dobra y Calés, si allí anduviese, y esto sé por cosa cierta. Dios las confundirá y dará mal suceso, y á mi victoria contra ellos y en servicio de Nuestro Señor y de V. M.» Colección publicada por el Sr. Ruidiaz, obra citada.

³ «Yo me acuerdo que cuando el adelantado Pedro Menéndez de Avilés juntó en el puerto de Santander una gruesa armada, y en ella más de 10.000 hombres, de la apertura ó de otros accidentes se congeló una enfermedad que se tuvo por peste; pero lo cierto es que fué tabardillo coruto, con que murieron más de 3.000



«Nunca debe temerse el mal suceso
Mas que cuando fortuna nos halaga»¹.

Sobre la armada de Santander, puesta á cargo de D. Pedro Valdés, cayeron, además de la peste, calamidades que la acabaron. Tratando de sacarla á la mar, se amotinaron los soldados de la Capitana, en el momento de levar, al grito de «¡paga, paga!», sin que el General hiciera gran cosa para domi-

hombres, la mayor parte por falta de hospital, que se hizo en la mar en dos galeones; y como el puerto era incómodo contra nuestra naturaleza, eran raros los que escapaban de los que allí iban. Llegó á tal extremo, que habiendo muerto la gente que digo, entre ellos el buen adelantado Pedro Menéndez, perdida la más considerable que entonces se pudo ofrecer, por ser la persona más capaz y de más servicio que tenía nuestra España, se deshizo la armada, yéndose cada uno por donde quería, unos con licencia y otros sin ella.» (*Diálogo entre un vizcaíno y un montañés. Disquisiciones náuticas*, t. VI, págs. 213 y 445.)

Causó profunda pena la muerte, pues era realmente tenido en grandísima estima el Adelantado por sus dotes y servicios de gran marino y bizarro soldado. En todo sobresalía: sus campañas contra corsarios eran celebradas; su energía y actividad citadas por modelo; los conocimientos técnicos por encima de lo general en la teoría y en la práctica. Adelantó la construcción naval sacándola del camino rutinario con tipos de su invención adaptados á las necesidades varias; uno que llamó *galeonete*, con mucha eslora con relación á la manga, para persecución de corsarios, que resultó de aventajada marcha; otro de *fragatas* construidas en Bayamo de Cuba con destino á los canalizos de la Florida; otro de *galeotas* de 14 bancos y dos hombres por remo, con dos piezas de á 30 quintales en la proa, más seguras que galeras en la mar, para la guerra de Zelanda. Obtuvo privilegio de invención de un instrumento por medio del cual creía poder determinar la longitud y aprobación de memorias y proyectos profesionales, mejores en la esencia que en la forma. Murió pobre, habiendo gastado en servicio del Rey su caudal cuantioso y el de sus deudos, pero les dejó buena memoria. Uno de los biógrafos opina que España le debe un monumento, la Historia un libro y las musas un poema.

Libro le ha dedicado recientemente D. E. Ruidiaz y Carabia, como antes queda dicho, con título de *La Florida, su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*, que, al mérito de las apreciaciones, une el de colegir en el tomo segundo los documentos personales en 700 páginas. La Real Academia de la Historia lo ha premiado. El Adelantado tiene sepulcro en la iglesia parroquial de la villa de Avilés, su patria, con epitafio por el que se advierte no haber sido tan secretas las órdenes del armamento que no llegara á traslucirse el objeto. Es así:

AQVI IAZE SEPULTADO EL MVI YLUSTRE CAVALLERO PEDRO MENEZ.
DE AVILES, NATURAL DESTA VILLA, ADELANTADO DE LAS PROVINCIAS DE LA FLORIDA CO-
MENDADOR DE SANTA CRUZ DE LA GARÇA DE LA ORDEN DE SANTIAGO Y C.B GEN.al
DEL MAR OCÉANO Y DE LA ARMADA CATÓLICA QUE EL SEÑOR FELIPE 2º JVN-
TO EN SANTANDER CONTRA YNGLATERRA EN EL AÑO 1574, DONDE FALLECIO
Á LOS 17 DE SETIEMBRE DEL DICHO AÑO, SIENDO DE EDAD DE 55 AÑOS.

¹ Gabriel Lasso de la Vega, *Mexicana*.



narlos. Siguieron en el puerto, donde descargó furioso temporal que hizo pedazos á la nao de Rafael Boquín, de 1.000 toneladas, y maltrató á la Capitana, mandada por Sancho de Acheniega ó Arciniega.

En Zarauz naufragaron otras dos naves, una en San Sebastián y tres dentro de Pasajes: tal fué la tormenta en aquella costa¹.

Entrado el año 1576 fué por visitador D. Fernando de Sandoval, y dió fe de quedar 219 hombres de mar y 519 de guerra, ascendiendo la cuenta de débitos á más de cinco cuentos de maravedis². Todo se redujo á quedar dos naos, dos zabras y dos pinazas en guarda de la costa, á cargo de Rodrigo Adam de Zubieta³.

Con temporal extremado zozobraron, dentro del puerto de Villafranca de Niza, las cuatro galeras del mando de Domingo de Larrauri, que llevaba á Italia 300.000 ducados para atenciones de la guerra del turco, amenazante en cada primavera con expediciones⁴.

Anunciándose formidable la del año corriente, llevó don Alvaro de Bazán 3.000 hombres de infantería á Malta⁵, y envió á tomar lengua con sus cuatro galeras á D. Francisco de Benavides, afortunado en el crucero, pues apresó sobre la isla de Rodas y golfo de Satalias 15 caramuzales y un galeón de otomanos con 200 esclavos, á pesar de la mala voluntad de las autoridades venecianas⁶. Reducida la aparatosa empresa de Uluch-Alí á un paseo con 60 galeras hasta la costa de Calabria, dió empleo á las suyas el Marqués de Santa Cruz en el golfo de Túnez haciendo daño en Biserta, Susa y puertos contiguos, y mucho más en la isla de los

¹ Diciembre de 1575. *Dirección de Hidrografía. Colección Vargas Ponce*, leg. 1, núm. 22.

² Idem, *Colección Sans de Barutell*, art. 4º, núm. 467 y siguientes.

³ Idem, id.

⁴ Idem, id. Ocurrió el siniestro el 15 de Abril de 1576; perecieron casi todos los forzados; el dinero se extrajo con buzos. Cabrera de Córdoba dice que eran seis las galeras perdidas.

⁵ Instrucción de D. Juan de Austria al Marqués de Santa Cruz para la jornada.

⁶ Relación citada, *Boletín de la Academia de la Historia*, t. xii, pág. 220.



Querquenes, donde desembarcó 2.000 hombres con objeto de buscar prisioneros con que cubrir los bancos de las galeas, y lo realizó, tomando 1.200 cautivos y sobre 1.000 cabezas de ganado¹.

Con estos sucesos, conocido el cambio de la política otomana al dirigirla Amurates III, sucesor de Selim, reorganizó D. Felipe sus escuadras, reduciendo á 100 las galeras, reformando el sistema de los asientos de modo que produjeran economía, encomendando las de España al Marqués de Santa Cruz², las de Nápoles á D. Juan de Cardona, y las de Sicilia á D. Alonso de Leyva, en duelo sumidas todas á poco, al ocurrir el fallecimiento del maestro, del que levantó su disciplina y las familiarizó con la victoria, de D. García de Toledo, una de las figuras más nobles, grandes y resplandecientes de la Marina española³.

¹ La misma relación, y cartas del Rey, *Colección Sans de Barutell*, art. 3, número 383.

² Por nombramiento para el virreinato de Navarra de D. Sancho Martínez de Leyva, que las regía, y acabó entonces los servicios de mar. Allí, en su país natal, murió sin haber conseguido solventar las deudas que contrajo para pagar en Constantinopla su rescate después de la jornada de los Gelves. Muy amigo de la pluma, escribió varias memorias y pareceres sobre organización de escuadras y guerra contra turcos y moros, que inéditas se guardan en la biblioteca de S. M. el Rey, en la Nacional, en la de la Academia de la Historia y en las colecciones de Marina. El juicio que mereció á sus coetáneos no era tan aventajado como el que de sí mismo tenía, á juzgar por la relación enviada á la Señoría de Venecia por su embajador Leonardo Donato en 1573, diciendo: «Capitano di queste galee, cioè di quella parte che suol rimanere in Spagna per la custodia delle sue marine, e don Sancio de Leyva, uomo vecchio e tenuto per assai prudente marinaro, sebben di lui io non ho sentito contar azione alcuna di molto rilievo; e l'essersi in questa sua senile età maritato per amore con una dama di diciotto anni, da lui servita con mille carezze, fa giudicare ch'egli non abbia posto tutto il suo spiritu nel mestier della guerra e del navigare.»

³ Murió en Nápoles el 31 de Mayo de 1578 á los sesenta y cuatro años de edad, paralizados los miembros, sin perjuicio de la lozanía y fecundidad de la inteligencia. Hasta última hora se ocupó en los informes y consultas que el Rey le pedía, y mantuvo correspondencia con los ministros y personas de viso, singularmente con D. Juan de Austria y el Duque de Alba, dejando en los escritos, dicho está, materia de grandes enseñanzas políticas y militares. Por herencia obtuvo los títulos de marqués de Villafranca, conde de Peñarramiro, señor de Cabrera y Rivera, valle de Losada, coto de Balboa y Matilla de Arzón; y por méritos personales, los de duque de Fernandina, príncipe de Montalbán y comendador de Azuaga, en la Orden de Santiago.



En este tiempo, en que Assaïn Bajá con 22 galeras y galeotas saqueaba la villa de Andraix por el Coll de la Grúa, comenzó a tratar de suspensión de armas Amurates, valiéndose de la oficiosidad de los embajadores venecianos con buen resultado, llegándose á un convenio de tregua por tres años, que consintió á D. Felipe emplear sus bajeles de remo contra los corsarios argelinos, osados más que nunca en razón al plazo que tuvieron de expansión sin correctivo. Morato Arráez se había atrevido á llegar á la vista de Nápoles con ocho galeotas, en la oportunidad de apresar dos galeras en que pasaba desde Sicilia el Duque de Terranova, y él mismo cayera en su poder á no embestir en tierra. Otras cinco galeotas corrieron la costa de Algarbe, donde tomaron dos urcas de Flandes, y á cada expedición salían al paso de las flotas de Indias . El remedio enérgico, tantas veces pensado, se pospuso todavía por atenciones preferentes.

Reinaba en Portugal, con pocos años de edad, D. Sebastián, príncipe animoso, encariñado, más que D. Felipe, con la idea de ensanchar sus dominios en Marruecos, emulando las proezas de los antecesores. Ni las reflexiones de sus consejeros, ni el estado poco satisfactorio de la Hacienda nacional, ni la fría acogida que sus proyectos merecieron al soberano de España, razonador de la inconveniencia, contrarrestaron á las ilusiones juveniles, doradas con la aspiración de gloria. Don Sebastián persistió en el proyecto de pasar al Africa y expugnar á Larache, contando con el apoyo de la plaza de Tánger y la cooperación de Muley Hamet, rey destronado por su tío Abdel Moluc, y tizón, por lo tanto, de la guerra intestina. Empleó la monta de sus recursos en formar ejército, que compusieron, en números redondos, 3.000 alemanes, 2.000 españoles, 600 italianos, y el resto hasta 17.000 hombres portugueses, gente bisoña y de corto empuje, con excepción de los caballeros de la nobleza, que formaban

¹ En cambio noticia un suceso contrario á la Media Luna la *Relación verdadera que trata cómo doscientos cristianos y turcos que andaban al remo se levantaron con una galera capitana del Turco, la cual está ahora en Sevilla y la recibió Marco Colona.* Impresa con licencia este año 1580. Romance en cuatro hojas, en 4º.



cuerpo muy lucido. Embarcaron en armada de aparente grandeza por el número, acercándose á 600 las embarcaciones; en realidad al nivel del ejército, por ser casi todos navichuelos, sin provisión ni repuesto, y solas cinco galeras mal aderezadas¹.

Día de solemne aparato el 25 de Junio de 1578, salió por la boca del Tajo la expedición, haciendo escala en Cádiz el 27 para ultimar las prevenciones. Todavía se procuró allí, en nombre del rey D. Felipe, al hacer al de Portugal el agasajo y cortesías correspondientes, si no desistía de la empresa que no la mandara en persona. Diligencia vana; D. Sebastián, obtenida seguridad de tener cubierta la espalda por las galeras de España en el Estrecho, se dirigió á desembarcar entre Tánger y Arcila, á la vuelta de cabo Espartel, para marchar por tierra hacia Larache. Una sola batalla en Alcazarquevir, tristemente célebre, acabó la jornada, deshecho por entero el ejército; muertos los tres Reyes que lidiaban, confundido el cuerpo de D. Sebastián en el montón de cadáveres de sus servidores.

«Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
No estés alegre y de ufuia llena....»².

Así que la noticia llegó á D. Felipe, temiendo las consecuencias en las plazas portuguesas de Marruecos, escribió apenado á D. Alvaro de Bazán, ordenándole ofreciese á los Gobernadores cuanto necesitasen, y procurara dar algún golpe á Larache que bajara los humos de los moros. Lo primero había hecho desde luego el Marqués de Santa Cruz sin esperar la prevención, dejando en Tánger 300 hombres de su escuadra y 200 en Arcila; lo segundo quedó aplazado,

¹ Correspondencia del embajador D. Juan de Silva. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xi.. Jerónimo Franchi Conestagio, *Historia de la unión del reino de Portugal á la Corona de Castilla*, compone la armada de D. Sebastián con pocas menos de mil velas; mas sacadas cinco galeras y 50 navios, dice, todo el resto era de barcos desarmados. De los sucesos trató especialmente Juan de Baena Parada, *Epítome de la vida y hechos de D. Sebastián*. Madrid, 1692

² Apóstrofe de Herrera.



no inspirándole temores lo que pudieran intentar por allí, teniendo á sus órdenes 61 galeras y á mano otras 30 en Italia¹. Más bien le parecía emprender la jornada de Argel, tantas veces pospuesta, para lo que formó en Noviembre de 1579 plan completo con presupuesto de armada y ejército, municiones y vituallas².

¿Estaba de Dios que no pasara del papel? Dan á entenderlo los sucesos de Portugal, reino entregado á las disputas é intrigas de la sucesión de la corona, no segura en la cabeza del cardenal D. Enrique, tío del Rey difunto. La pretendía D. Antonio, prior de Crato ú Ocrato, hijo bastardo del infante D. Luis, y varios príncipes extranjeros, á todos los que primaba en derecho D. Felipe, rey de España, como trató de demostrar en manifiesto legal³, y se dispuso á sostener con las armas, llegada la hora de D. Enrique en Enero de 1580.

El Duque de Alba, capitán general de un ejército de 26.000 hombres reunido en Badajoz, y el Marqués de Santa Cruz, que lo era de la armada de 87 galeras y 30 naos, preparada en el Puerto de Santa María, recibieron poderes para hacer valer los referidos derechos según plan de campaña acordado⁴; el primero tenía á las órdenes, como maese de campo general, al antiguo castellano de Amberes, ahora capitán general de la costa de Granada, Sancho Dávila, y como general de artillería á D. Francés de Alava; al segundo secundaban don Juan de Cardona, D. Alonso de Leyva, Marcelo Doria, don Alonso de Bazán, D. Pedro Valdés y Juan Martínez de Recalde.

Se movieron las tropas á principios de Julio, tiempo en que D. Antonio, proclamado Rey por sus partidarios, se for-

¹ Correspondencia del Rey con el Marqués de Santa Cruz. *Dirección de Hidrografía. Colección Navarrete*, t. XL, y *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^º

² Idem, *Colección Navarrete*, t. XL, y *Colección Sans de Barutell*, art. 4.^º, números 106 y 107.

³ Publicado en 14 de Marzo de 1579. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XL, pág. 230.

⁴ Correspondencia del Marqués de Santa Cruz, inédita, en las referidas colecciones. La del Duque de Alba se ha publicado en la de la *Historia de España*, tomo XXXII.



tificaba en Lisboa y en Setúbal, como señor de vidas y haciendas, sin dejar de atropellar también las honras¹. El Duque de Alba llegó sin oposición á la segunda de las ciudades, y á su puerto D. Alvaro de Bazán, después de haber puesto á devoción de D. Felipe los de la costa de Algarbe sin más que presentarse en ellas. Setúbal, por excepción, hizo resistencia en el castillo, sostenido por los dos galeones *San Mateo* y *San Antonio*, situados en lugar dominante á las baterías emplazadas. Rendidos por el Marqués de Santa Cruz, tuvo que hacerlo la fortaleza.

Propuso este General en seguida embarcar en las galeras una parte de la infantería y echarla en tierra en Cascaes, á las puertas de Lisboa, como quien dice²; plan que pareció atrevido y que se criticó por los consejeros³, aunque tuvo felicísimo remate. La armada salió de Setúbal con sigilo el 28 de Julio, presentándose en la playa en la amanecida siguiente; y mientras una parte amagaba al puerto, atrayendo á los defensores, otra desembarcó fuera de él 1.500 hombres ordenados por Sancho Dávila, D. Rodrigo Zapata y el ingeniero mayor Juan Antoneli, fuerza suficiente para proteger la bajada del resto. Cuando el gobernador de Cascaes, D. Diego Meneses, acudió con 3.000 infantes, 400 caballos y una pieza de artillería, vió de lejos en tan buena ordenanza á los invasores, que no se atrevió á disputarles el terreno; antes bien se encerró en el castillo, dejándoles acampar tranquilamente. Al punto volvió el Marqués de Santa Cruz á Setúbal á embarcar el resto de la infantería, artillería y bagaje. Con ésta y la de las galeras se procedió á batir el castillo de Cascaes, operación que duró muy poco, pues los cercados apenas hicieron resistencia.

El ejército avanzó hacia la fortaleza de San Gian, situada en la orilla derecha del Tajo, algo más afuera de su barra y hacia la torre de Belén, entre San Gian y Lisboa, á cuyo abrigo estaba fondeada la escuadra de D. Antonio. La com-

¹ Oliveira Martins, *Historia de Portugal*. Lisboa, 1877.

² Carta del Rey á D. Álvaro. *Colección Navarrete*, t. xii.

³ Cabrera de Córdoba, t. II, pág. 608.



binación de estas fuerzas de tierra y mar hacía imponente y arriesgado el acceso; sin embargo, el 8 de Agosto tomaron posición nuestras tropas; el 10 comenzaron á jugar las baterías españolas, y respondiendo por fórmula las del castillo, abrió las puertas, entregándose sin ninguna pérdida. Siguió á la rendición de San Gian la de otro fuerte pequeño llamado Cabeza Seca y la de la Torre de Belén, que los portugueses abandonaron á la aproximación del Duque de Alba, hallándose éste, por consiguiente, tocando á los arrabales de Lisboa.

Reinaba en tanto en esta capital la confusión y el desorden, divididas las opiniones entre los que pedían el reconocimiento del Rey de España como expediente que librara á la población de las consecuencias de un retardo inútil, y los que á toda costa se obstinaban en hacer resistencia, que eran los del populacho soez, halagado con las dádivas y libertades de D. Antonio.

Ascenderían los armados á 10.000, contada la gente salida de las cárceles, la levadura de las playas y mercados, lo ínfimo de la sociedad, que era lo dominante, capitaneado por frailes patriotas. Resuelto el de Crato á probar fortuna con tales elementos, los sacó del recinto de Lisboa en actitud de batalla en campo abierto, que aceptó, como es de suponer, el Duque de Alba, muy contento de librar de este modo á Lisboa del saco, lo que le fuera difícil impedir, no obstante las órdenes precisas del rey D. Felipe, en caso de haber entrado por asalto.

Comenzó la artillería de ambas partes á funcionar al amanecer el 24 de Agosto, y avanzó el campo español, cubriendo el flanco derecho las galeras del Marqués de Santa Cruz, en ala. Hubo en el puente de Alcántara serio encuentro, que desordenó por un instante al cuerpo dirigido por Próspero Colonna; mas pronto se declararon en fuga los portugueses, dando ejemplo el Pretendiente, herido de cuchillada en la cabeza. D. Álvaro de Bazán cañoneó las naos, apoderándose de 44 con poco trabajo ¹, y acabó la función saliendo los re-

¹ A saber: nueve galeones, una carabela, dos galeras reales de á 24 bancos, una galera bastarda y 31 urcas. Éstas habían sido tomadas por fuerza á sus dueños, y



presentantes de la ciudad á ofrecer el reconocimiento solemne de la autoridad del Rey de España.

Basta la enunciación concisa de las operaciones para advertir que la entrada en el reino de Portugal, dividido en las opiniones y experimentado en los desaciertos y arbitrariedades del Prior de Crato, más que campaña militar de invasión fué, con pocas excepciones, simulacro aparatoso¹.

Por complemento afortunado, sabiendo estaba para llegar la flota de la India, y que D. Antonio había despachado emisarios á las islas Terceras á fin de apoderarse del tesoro que le proporcionaría recursos bastantes para sostener la guerra, fué D. Alonso de Bazán con 10 naos á cruzar su derrota, y habiéndola encontrado, la escoltó en seguridad á Lisboa, donde el Duque de Alba hizo entregar religiosamente los caudales á los propietarios, separando la parte perteneciente al Rey.

Algo quedaba que hacer hacia el Norte, adonde se había retirado D. Antonio, apoyado en las ciudades de Coimbra y Oporto y en unos 6.000 hombres de su tropa. Sancho Dávila, que marchó desde Lisboa con 4.000 de infantería y 400 caballos en el mes de Septiembre, se vió detenido por la caudalosa corriente del Duero sin medios para atravesarla. Parece que recordó entonces las aventuras acuáticas de Zelanda para proporcionarse alguna embarcación de las que los partidarios del de Crato tenían recogidas en la orilla opuesta.

hecha la correspondiente información, se restituyeron y dieron por libres por el Auditor de la Armada, con consulta de S. M. Las demás se declararon de buena presa, y quitado un galeón que se quemó en el combate, se apreciaron en más de 120.000 ducados para la distribución de partes de presa, conforme á las leyes de mar. Así consta en la *Información ad perpetuam rei memoriam del Ilmo. Señor Marqués de Santa Cruz, Capitán general de las galeras de España y armada de S. M. del grueso berbaje que viene á su Ilma. y á la gente de mar de la armada, que en 25 de Agosto del año pasado de 1580 ganó á D. Antonio, rey que se decía ser de Portugal.* Colección citada.

¹ En la opinión conforman los historiadores. El ilustre Oliveira Martins dice del desenlace: «Nao houve propriamente uma batalha: foi o encontro de uma onda fatal com um viveiro de formigas tontas. A artilharia castelhana varreu breve os batalhões de frades, de escravos e de regateiras; e a caballaria tornou a derrota n'uma desbandada.»



Haciendo que un soldado se desnudase y pidiera socorro como despojado, al venir una barca á recogerle, se apoderaron de ella, y con ésta de otras.

Oporto se dió á partido como las demás plazas, viéndose D. Antonio en la necesidad de abandonar el país y embarcarse para Francia, temiendo ser entregado por sus mismos secuaces. Acabó, pues, la oposición, sometiéndose á la autoridad de D. Felipe, uno en pos de otro, los presidios de la costa de Africa, la isla de la Madera, las colonias del Brasil y de la India oriental; en una palabra, los dominios de la Corona de Portugal, sin más excepción que algunas de las islas Azores, donde los partidarios de D. Antonio mantuvieron su bandera.

Para el acto de la proclamación solemne en el nuevo reino, entró D. Felipe por la rota frontera de Badajoz hasta el pueblo de Tomar, donde se celebraron Cortes, y acabadas éstas, al de Villafranca del Tajo, en que le esperaban 11 galeras del Marqués de Santa Cruz, la Capitana dispuesta como real, vistosa y galana, luciendo preciosas obras de escultura y pintura, con gente de guerra y mar correspondiente á la ocasión por la gentileza¹. S. M. embarcó el 12 de Junio de 1581, y descendió por el río hasta Almada, deteniéndose á ruego de las autoridades de Lisboa, con objeto de proporcionar plazo en que concluyeran los preparativos del recibimiento público sumtuoso, entusiasta cual pudiera imaginarse, entre salvas y aclamaciones en que tomaran parte los castillos, los galeones, las naos de la India y las urcas de Flandes. Y, en verdad, para los buenos españoles, el júbilo de ver aunada y en natural conformidad á la Península ibérica, superaba al de los

¹ Se llamaban las galeras *Capitana*, *Princesa*, *Duquesa*, *Diana*, *Lupiana*, *Luna*, *Leona*, *Ladrona*, *Brava*, *Granada*, *Leyva*: la primera, pintado el casco, palos y remos de rojo, el calces y gata dorados; las vergas y bordas de barniz negro; en el tajamar una loba dorada, insignia del Marqués; en la popa esculturas y vidrieras figurando monstruos y follaje, y repartidos escudos y tarjetas con las armas de Castilla y demás reinos. Banderas, flámulas y tendales, de damasco guarneados con cordones y borlas carmesí y oro. *La entrada que en el reino de Portugal hizo la S. C. R. M. de D. Philippe....., por Isidro Velázquez. Lisboa (aunque no lo dice), 1583. Disquisiciones náuticas, t. I, pág. 186.*



triunfos alcanzados por las armas ó por la virilidad de los navegantes descubridores de luengas tierras, y á la satisfacción de confundir la mente con la cuenta del inmenso dominio de la monarquía. El perímetro completo de la costa constituía á España en la primera nación marítima del mundo, con capital apropiada en la hermosa ciudad donde parte en dos mitades la tierra el caudaloso Tajo, abre puerto seguro frontero al Nuevo Mundo, y fácilmente accesible á las producciones del Antiguo. Felipe II, gran político, erró no estableciéndola de firme para que, con la constante influencia de la Corte, fundiera indisolublemente las voluntades. Tal opinión se ha emitido y prevalece desde que la obra de unificación se deshizo, pero no es el tal problema de este sitio. Lo que importa es recordar dos sucesos náuticos que llenan la materia del capítulo.

En el mes de Agosto de 1581 partió de Viena la emperatriz viuda María, que, con su marido Maximiliano, había regentado los reinos de España durante la permanencia de Felipe II en Flandes; emperatriz luego de Alemania, reina de Hungría y de Bohemia, madre de los emperadores Rodolfo II y Matías, de D.^a Ana, reina de España, cuarta mujer de don Felipe; de Isabel, reina de Francia; de Matilde, archiduquesa de Austria, y de los archiduques Ernesto, Maximiliano y Alberto, quiso acabar la vida en un convento de España, acompañando á otra hija monja, D.^a Margarita. Embarcó en Génova en la capitana de Juan Andrea Doria, que la condujo á Barcelona sin accidente¹, y se llegó á Lisboa á vistas con su hermano.

Antes, por el mes de Mayo, se apareció en el Mediterráneo Uluch-Alí con 60 galeras reforzadas, que se supuso traían 12.000 infantes, cuando menos, con órdenes del Sultán de tomar pie en Argel y procurar la sumisión de los reinos de Fez y Marruecos. Aunque subsistía la tregua de tres años, siendo poco de fiar firma de turco, despertó recelo la proximidad de aquella fuerza y se hicieron prudentes prevencio-

¹ *Viajes regios.*



nes. Con este motivo evacuó D. Alvaro de Bazán consulta, que es de interés permanente por el juicio comparativo que hacia de las plazas de Africa ¹, mas no hubo necesidad de utilizarlo por entonces, porque el antiguo Virrey trató de solventar ciertas cuestiones personales que le enajenaron las voluntades de los genízaro, y llamado por Amurates, se volvió á Morea, siendo espectáculo nuevo ver pasar galeras turcas sin que hicieran daño.

¹ *Discurso del Marqués de Santa Cruz sobre la venida de Ochali á Fez y Marruecos.* Ms. en la Biblioteca Nacional, E. 180. Publicado por D. Angel de Altolaguirre en la biografía citada.

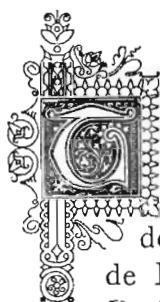


XVIII.

ISLAS AZORES ó TERCERAS.

1581-1582.

Ingerencia solapada de las Reinas de Francia é Inglaterra.—Una y otra codician las islas.—Va sobre ellas la armada de D. Pedro de Valdés.—Desembarca y es derrotado.—Grandes aprestos navales en España.—Quejas del comercio perjudicado.—Sale á la mar el Marqués de Santa Cruz.—Encuentra escuadra francesa tres veces mayor.—Batalla empeñada.—Vence la pericia á la fuerza.—Circunstancias notables.—Naves destruidas.



ODAS las posesiones de Africa y de Asia, reconocieron la soberanía de D. Felipe como Rey tercero del nombre en Portugal, menos el grupo de las Azores ó Terceras, prevenidas por Cipriano de Figueiredo, su Gobernador, partidario ardiente de D. Antonio, prior de Crato¹. Confiaba, lo mismo que su amo, en el poder de las reinas de Francia é Inglaterra, que, por conducto de agentes secretos, ofrecían acudir con suficientes elementos á la defensa del archipiélago.

Catalina de Médicis había tomado la iniciativa, celosa del engrandecimiento de la Casa de Austria, que iba á juntar las Indias Orientales con las Occidentales, encargando al Emba-

¹ He tratado extensamente el asunto de este capítulo en libro especial titulado: *La Conquista de las Azores en 1583*, Madrid, 1886, insertando colección de documentos justificativos, apuntes bibliográficos y biográficos, y examen de las apreciaciones de historiadores contemporáneos, nacionales y extranjeros; no haré aquí, pues, más que sintetizar la materia, sin referencia de fuentes, que podrán examinarse en dicho libro.



jador francés en Londres insinuara el peligro que á Europa traería el gran poder de D. Felipe.

Isabel de Inglaterra conocía bien los móviles que impulsaban á la italiana, pero le convenía aprovecharse de su disposición perjudicando á los progresos del caudillo del catolicismo, su perpetuo antagonista. Se entendieron, por tanto, en el particular, y recibido el pretendiente D. Antonio en ambas Cortes con tratamiento de rey de Portugal, recibió dinero y facultad de hacer alistamientos, en que entraron desde luego Hawkins, Drake, Frobisher, los condes de Leicester, de Oxford, Pembroke, Warvich, etc.

Una y otra Reina tenían la vista puesta en las flotas de la plata, objeto de codicia universal, porque tanto las de Oriente como las de Tierra Firme y Nueva España recalaban necesariamente en las islas al regresar á Europa, y allí se proveían de agua y refrescos para concluir la travesía. En poder de don Felipe aquellos puertos, excusaban el gasto crecido de la armada que anualmente se despachaba en escolta de las flotas; en manos de sus enemigos embozados servirían de guarida á los corsarios, que, ya sin ellos, salian á tentar la fortuna, y sería problemática la seguridad de que llegaran á las arcas reales las barras del Perú y de Tenutistlán. De aquí la importancia que en la contienda se acordaba á un archipiélago llamado por Tassis llave del Nuevo Mundo, aunque estuviera en mar tormentosa, que ni por los productos de su suelo de riscos, ni por las condiciones de las costas escarpadas, entonces tenía.

A las reclamaciones de los Embajadores de España se dió cumplida satisfacción en Londres, como en París, afirmando la continuación de las relaciones amistosas y desconociendo la ingerencia de cualquier aventurero, que el Rey podría castigar con perfecto derecho, lo que no impedía los arnaimientos que los mismos Embajadores noticiaban, preocupando á Don Felipe, afanado en otras atenciones graves.

En su alivio llegaron á Lisboa, comenzando el año 1581, comisarios de la isla de San Miguel que, por antagonismo con las otras, venían á ofrecer la sumisión. Fué gran fortuna, acaeciada desde luego, enviando á D. Pedro de Valdés, gene-



Pintura en el palacio del Viso.



Instituto de Historia y Cultura Naval



ral de la escuadra de Galicia, que había cruzado en las bocas del Miño y Duero durante la campaña. Llevaba cuatro naos grandes y dos pequeñas, que sobre la ordinaria tripulación marinera embarcaron 80 artilleros y 600 infantes, con prevención de limpiar la mar de corsarios, situarse entre las islas más occidentales y esperar las flotas, así por evitar que tocaran en el archipiélago ignorando su rebeldía, como para convoyarlas hasta su destino, siendo de advertir que gobernada la de la India Oriental por Manuel de Melo, amigo y partidario del de Crato, había que impedir á toda costa que comunicara con los agentes de éste, apostados allí con el fin de inducirle á que se dirigiera á un puerto de Francia, donde cargamento y naves se venderían en su pro.

Independientemente dispuso el Rey que otra armada de 12 naos se aprestase en Lisboa para ir en pos de la de Valdés, regida por Galcerán Fenollet y transportando al maestre de campo D. Lope de Figueroa con 2.200 soldados de su tercio y de alemanes, por asegurar más las flotas, tentar el acomodamiento pacífico de los isleños, y ver, en último extremo, si con golpe de mano que no comprometiera la reputación de las armas, ni menos la marcha de los sucesos, se podría poner el pie en la Tercera, cabeza de las Azores.

Llegó D. Pedro de Valdés á la de San Miguel el 30 de Junio: fué allí informado del gobernador, Ambrosio de Aguiar, de haber recibido los de la Tercera armas y municiones, y de estar en su puerto corsarios con dos ó tres barcos apresados de los de Santo Domingo; pero dió más crédito á la gente de una carabela que interceptó, porque le decían que si bien en la Tercera tenía D. Antonio muchos partidarios, estaban mal armados, y sin organización militar ni disciplina, por lo que no sería difícil hacer desembarco que alentaría á los devotos de D. Felipe á proclamarle.

La idea de alcanzar por si la gloria de someter el archipiélago, prestando tan buen servicio, le hizo desatender las instrucciones, y en vez de irse al Oeste de las islas Cuervo y Flores, como le estaba mandado, se aproximó al puerto de Angra, enviando parlamentarios que fueron rechazados con



desprecio; y más empeñado con la descortesía, el 25 en la amanecida, por festejar el día del patrón de España, echó en tierra osadamente 350 hombres, eligiendo una playuela cercana á la villa. Por cabeza de la tropa puso á su hijo, el capitán Diego Valdés, junto con D. Luis de Bazán, sobrino del Marqués de Santa Cruz, recomendándoles subieran á la carrera una altura dominante de la villa, y no se movieran hasta nueva orden; mas habiendo ganado con facilidad una batería de tres piezas, y deshecho á cuantos trataron de defenderla, teniendo en poco al enemigo y en no más á las prevenciones del General, se internaron camino de la villa, llevando por delante á los isleños fugitivos hasta un barranco adonde esperaban otros y cargaron con fuerza de más de 2.000 hombres á pie y á caballo; y como á todos hicieran frente, sosteniéndose sin pérdida, entrada la tarde imaginó un fraile de los enemigos ardid excelente, reuniendo sobre 500 bueyes de los muchos que pastaban en el campo, y espantándolos la tropa con voces y pedradas hacia el barranco en que estaban los españoles, fueron arrollados por aquella masa que no podían evitar, y acuchillados en seguida. Los pocos que volvieron á la playa dieron frente mientras volvían las embarcaciones, vendiendo caras las vidas, salvándolas los menos. Murieron más de 200, entre ellos los dos capitanes Valdés y Bazán, habiendo entre los que escaparon 30 malamente heridos.

A tan triste resultado condujo en un momento la doble obediencia del General y de sus subalternos, cegados de la pasión de la fama, causando después mayor miseria y derramamiento de sangre, pues envalentonados los de la Tercera, teniéndose por invencibles, y desesperados de clemencia tras el suceso, se aparejaron á resistir hasta el extremo, que aun sin la matanza hubiera medios de conciliar.

Tarde lo advertía D. Pedro de Valdés, castigado con la pérdida de su hijo y de la reputación, y temeroso de la responsabilidad contraída. De haber contado en la armada otros tantos hombres como los sacrificados á su presunción, de cierto hubiera tentado otra vez personalmente á la fortuna



antes que llegara el momento de dar cuentas, y aun sin este recurso pensaba en la manera de vengar el descalabro, en vez dé acudir al encuentro de las naves de la India, que tanto le habían sido recomendadas.

Consistía su segundo proyecto en esperar allí á las flotas de Tierra Firme y Nueva España, y unidas á su armada, imponiendo á los isleños con tan gran número de velas, repetir el desembarco y hacerse dueño de la capital, llevando á España la nueva del triunfo juntamente con la del fracaso anterior, de que no se haría aprecio. Las flotas llegaron efectivamente, sumando 43 naves; pero los respectivos generales D. Francisco de Luján y D. Antonio Manrique, esclavos de las órdenes, se negaron en absoluto á cooperar, por más que Valdés les pintara la empresa facilísima y altamente honrosa, con sólo dos ó tres días de demora en la navegación. Negáronse asimismo á darle los soldados que pedía, continuando el viaje á despecho de D. Pedro, que sólo los escoltó una noche, volviendo obstinado á la Tercera á tiempo de librar á una embarcación mercante que batía, y casi tenía rendida, uno de los corsarios franceses.

Suerte fué que la armada de refuerzo en que iba D. Lope de Figueroa encontrara en su camino á las naves de la India Oriental, pues las proveyó de agua y refrescos y encaminó á Lisboa, venciendo la inclinación de Melo, que por el descuido de Valdés había recibido cartas y avisos, al pasar, mandándole se encaminara á Francia. La operación retrasó en cambio la junta de las dos escuadras, estando por entonces muy adelantada la estación; y aunque así no fuera, D. Lope, con su prudencia, vió desde luego que lo que sin el accidente de Valdés ofreciera probabilidad con todas las fuerzas, ahora sería irrealizable sin acrecentarlas, por haber fortificado más los pocos puntos accesibles de la costa aquellos isleños, trocados de temerosos en arrogantes. Les requirió, sin embargo, por fórmula que se redujesen á la obediencia, y dió la vuelta á Lisboa.

Don Pedro de Valdés sufrió, por orden del Rey, encierro en un castillo, siendo sometido á proceso; pero alcanzó in-



dulgencia por la intrepidez, que raza vez deja de influir en el fallo de jueces militares.

Por entonces afligía la peste á las provincias de Andalucía, impidiendo dar mayor desarrollo á los aprestos que en todo el litoral se hacian; aprestos extraordinarios, pues independientemente de las tres flotas de la India Oriental, Nueva España y Tierra Firme, se aderezaba escuadrilla que, al mando de Rui Diaz de Mendoza, fuera á estacionarse en la isla de Santo Domingo y vigilara el mar de las Antillas, plagado de piratas; armada fuerte para cubrir el estrecho de Magallanes y costa del Brasil, á cargo de Diego Flores de Valdés; otra que socorriera á las guarniciones de las plazas berberiscas, acosadas de los moros, y otra, todavía encomendada á Martín de Bertendona, que guardara las costas de Galicia y Portugal, sin hacer cuenta de las escuadras de gálleras distraídas con las operaciones contra turcos y argelinos. Para tan considerable ostentación hubo que recurrir á la orden general de embargo de cuantas naves de naturales hubiera y fueran llegando á los puertos de la Península, desde Fuenterrabía á Rosas, á los de las islas Baleares y á los de los reinos de Nápoles y Sicilia, tomando por encima, á sueldo, en virtud de contratos voluntarios, urcas de Flandes y naos de Ragusa, Venecia, Génova y otras levantiscas. De las españolas no se libraron las de pesca de Terranova, Irlanda y cabo de Aguer, en África, ni siquiera las besuqueras de Castro y Laredo, siendo general la leva de marineros, que se aumentó con voluntarios genoveses, con la particularidad de haber puesto condiciones insolentes, pero justificadas, con mención del mal tratamiento, falta de pagas y detestable ración en campañas anteriores. Las industrias y comercio de mar sufrieron entonces uno de los más rudos golpes que con la continuidad habían de aniquilarlos, elevando por ello sentidas exposiciones las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, privadas de brazos; las de Castilla, de naos en que exportar los frutos, especialmente las lanas, ramo principal de los cambios, y por la generalidad, el reino junto en Cortes.



Quedó por todo esto decidido el aplazamiento de expugnación de la Tercera hasta el verano, enviando únicamente á la isla de San Miguel, por precaución, cuatro naos guipuzcoanas con dos compañías de soldados. Las llevó Rui-Díaz de Mendoza en el mes de Marzo de 1582, haciendo una travesía tormentosa, y quedaron á cargo de Pedro Peijoto de Silva, almirante portugués que, con dos galeones y tres carabelas, condujo al capitán Lorenzo Noguera con otra compañía, por complemento de guarnición.

Tan oportuna resultó la llegada de estas fuerzas, que sin ellas hubiera seguido la isla la suerte de las otras. En Mayo arribó armada de nueve naos francesas, intimando la sumisión á D. Antonio: las guipuzcoanas se arrimaron al castillo de Punta Delgada y respondieron al ataque impetuoso con defensa serena. Tuvieron 20 muertos; los franceses debieron sufrir más, pues que se retiraron.

Los preparativos de jornada empezaron con la primavera este mismo año, encomendándose al cuidado de D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, capitán general de las galeras de España, y haciéndose á la vez en Sevilla y en Lisboa, adonde se reconcentraban los mantenimientos acopiadados en Castilla y en Italia y los soldados de diversas procedencias, queriendo el Rey que tuvieran representación los de todos sus Estados, y preferentemente los de Portugal, por favorecerlos, atrayéndolos más y más á su servicio. Mandáronse construir 80 bárca chatas con cierto mecanismo de puente para el desembarco, y disponer 12 galeras con reparos y aparejo de cruz, para el viaje. La armada había de componerse de 60 naos gruesas, con pataches y embarcaciones ligeras en proporción, las galeras y bárca chatas, conduciendo 10.000 infantes y la gente correspondiente de mar, provisiones para seis meses, artillería de batir, carros, municiones, con las mulas y caballos de arrastre.

Circulada con apresuramiento la orden de salida para mediados de Julio, por noticia de hallarse en la mar armada francesa, la verificó D. Alvaro de Bazán de Lisboa, siguiendo á la Capitana otras 27 naos grandes y medianas y cinco pa-



taches, todos mal dispuestos por escasez y priesa. Reinaban ponientes duros que dispersaron por la costa de Algarbe el segundo cuerpo, armado en Cádiz, compuesto de otras 20 naos gruesas y regido por Juan Martínez de Recalde; las galeras, mandadas por D. Francisco de Benavides, menos pudieron resistir un temporal en que creían perecer, decidiendo la arribada después de haber ganado 80 leguas al Oeste del cabo San Vicente. También de los navíos del Marqués sufrió mucho uno de Ragusa, en que iban embarcadas tres compañías de los soldados viejos de Italia, á más de los médicos y cirujanos con el material de hospital y repuesto de medicina, y sin orden ni aviso se volvió á Lisboa, quedando reducida tan potente armada á 27 naos, con menos de la mitad de la tropa, sin que por ello dejara de seguir la travesía pasado el temporal contrario.

Avistó D. Alvaro de Bazán la isla de San Miguel el 21 de Julio, y despachó desde luego dos de los cinco pataches que tenía á fin de que, adelantándose el capitán Aguirre, diera al Gobernador noticia de su inmediata llegada, con pormenor de la fuerza que conducía, pidiéndole de los enemigos si habían aparecido, y adelantando al almirante Peijoto la orden de aprestarse á seguir á la armada, que no se detendría más que el tiempo preciso para reponer la aguada.

El día siguiente, 22, llegó el Marqués á fondear en Villafranca, sorprendiéndole la actitud de los habitantes, que por unos lados recibieron con tiros de arcabuz á los esquifes que se acercaban á tierra, y por otros contestaban con insolencias á las preguntas. Un clérigo aseguró que nada se sabía por allí de la armada de Francia y que la isla se mantenía fiel al rey D. Felipe, mostrando empeño, él como los otros, en aconsejar que fueran las naos al puerto de Punta Delgada, donde hallarian cuanto pudieran desear. En esto llegó una carabela que había salido de Lisboa, con tres naos y otras dos de su clase, en seguimiento de D. Alvaro, dando cuenta de que, habiendo llegado el día antes sobre la isla, les atacaron ciertos franceses y apresaron dos de las carabelas conductoras de caballos; las naos huyeron en vuelta de la mar, y lo



mismo hizo la que ahora se incorporaba. Volvió también uno de los pataches destacados con aviso de haber sido preso el capitán Aguirre con el otro al acercarse á Punta Delgada, no quedando ya duda de la proximidad del enemigo; así quiso el Marqués acelerar la operación de la aguada, y se estaba reconociendo sitio á propósito en que hacerla, cuando los vigías de la Capitana dieron cuenta de irse descubriendo, una tras otras, varias velas por la mencionada punta; suceso que le hizo variar de intención, dando la vuelta inmediatamente con la de reconocer al enemigo.

A medida que se apartaba de la tierra iba apareciendo la armada francesa oculta tras ella, hasta contarse más de 60 naves grandes y pequeñas; número que no podía presumir D. Alvaro de los avisos recibidos antes de salir de la Península. Reuniendo el Consejo de Generales, y siendo unánime el parecer de combatir con tan superior fuerza, arboló el estandarte y disparó una pieza, contestando á la de reto que primero había soltado la Capitana francesa. Todas las naos ocuparon sus puestos formando línea compacta, que tuvieron cargo especial de mantener, y con estruendo de pifanos y atambores, las banderas tendidas en los árboles y los castillos, avanzaron en dirección opuesta á embestir las armadas, quedando inmóviles, por calmar el viento, antes de ponerse á tiro de cañón; y anocheciendo en esta forma, la española tomó la vuelta de la mar, mientras la enemiga volvió hacia Punta Delgada, en el tiempo que pudo seguirla la vista.

Media noche sería cuando abordó á nuestra Capitana una pinaza despachada del castillo de la ciudad con carta del Gobernador contando lo ocurrido, que fué así:

Llegó de improviso á la isla la armada francesa el 15 de Julio, y desembarcando prestamente sobre la villa de la Laguna, la saquearon, avanzando un cuerpo de 3.000 hombres hacia la ciudad de Punta Delgada. Los habitantes la desampararon, retirándose á los montes, aunque la mayor parte alzó la voz por D. Antonio con alegría. Pudo y debió el almirante Peijoto dar la vela salvando á tiempo las naves de su cargo: no lo hizo; las arrimó al castillo por aturdimiento



ó porque entendiera que quedaban protegidas con sus fueros, resultando ser apresadas las cuatro guipuzcoanas y perderse en los escollos dos galeones y tres carabelas portuguesas. La gente de todas se acogió á la fortaleza, uniéndose á la guarnición, que con este refuerzo llegó á ser de 500 hombres.

El capitán Lorenzo Noriega, su jefe, estimuló á los naturales de la isla á marchar con él al encuentro de los invasores; y aunque no fiaba gran cosa de ellos, tales protestas hicieron que avanzó formando escuadrón con unos 3.000 hombres; mas no bien descubrieron la vanguardia francesa huyeron, dejando comprometido al valeroso Capitán con los 500 castellanos y vascongados.

Fácil es calcular lo que podría contra el crecido número de los enemigos: escaramuzó resistiendo hasta que, herido mortalmente, se retiró al castillo, donde se recogieron asimismo el Obispo, el Corregidor y algunos caballeros con el capitán Juan del Castillo, á quien correspondió la sucesión de mando. Peijoto se fué á la ciudad desalentando á los que querían aguantar, y escapó cobardemente por la noche.

Ocupadas las casas por los franceses, desde el convento de San Roque, donde alojó D. Antonio, escribió al Gobernador del castillo dándole término hasta la puesta del sol para rendirlo. La contestación fué digna; y como los franceses se reembarcaron apresuradamente en vez de atacar, comprendieron los españoles que la armada de Castilla debía de estar á la vista, como así era; y aguardando la noche despacharon la pinaza, avisando la situación en que estaban, el número de las naves que habían contado y el de soldados que calculaban, porque con estos datos no se aventurara encuentro.

Holgó mucho el Marqués de Santa Cruz de saber que aún estaba por España la llave de la isla de San Miguel, escribiéndolo al punto á los valerosos defensores. Si al cabo de tanto tiempo transcurrido, y con los datos conocidos, se quisiera penetrar el pensamiento del egregio marino en aquellos momentos supremos, no sería aventurado admitir que la seguridad de su propia experiencia en las cosas de la guerra no



dominaria la vaga inquietud del ánimo, considerada la desproporción de las fuerzas enemigas y la responsabilidad en que incurría, arriesgando en aquel lance, no ya la vida de los marineros, la seguridad de los bajeles y la honra de la bandera, sino la suerte decisiva de la corona de Portugal y el predominio de la mar por encima; que no otra cosa pretendian las soberanas de Francia é Inglaterra al aprontar armada de aquella fuerza, declarándolo sin rebozo el Almirante que eligieron, en despacho dirigido al Senado de la Tercera.

No bien amanecía, cuando con su ordinario cuidado despatchó el Marqués los pataches con órdenes de estrechar las distancias. Lo mismo hacían los enemigos, que habiéndose fijado el viento al Sudoeste, tenían la ventaja del barlovento, estando en su mano iniciar el combate. Por tres veces lo intentaron, mostrando intención de doblar con una división la retaguardia española y tomarla entre dos fuegos; mas como D. Alvaro mandara virar con oportunidad, nunca pudieron conseguirlo, pasándose todo el día 23 en bordadas paralelas á regular distancia unos de otros. Por la tarde calmó el viento como el dia anterior.

La situación respectiva era la misma en la amanecida del 24, dando ambas escuadras bordos cortos entre las islas de San Miguel y Santa María, con viento flojo del Sudoeste. Varios pataches franceses se acercaron á reconocer nuestras naos, volviendo á incorporarse á su armada, indecisa, á juzgar por las maniobras que hizo hasta las cuatro de la tarde, en que, hallándose la de España próxima á San Miguel, dada la orden de virar, aprovechó el momento la enemiga para arribar en tres columnas sobre ella, y prolongando la retaguardia en que estaba Miguel de Oquendo con cinco naves guipuzcoanas, rompieron sucesivamente sobre ellas el fuego, generalizándose en toda la linea por la presteza con que la cerró la vanguardia viéndolo en auxilio de las atacadas. El cañoneo fué vivísimo y certero de nuestra parte, según se pudo observar, sin recibir daño de consideración; así los franceses se apartaron un poco, conservándose á barlovento y llevando al anochecer la vuelta de la isla de Santa María.



En esta escaramuza quedó demostrado que la armada francesa tenía, sobre la superioridad numérica, la de la igualdad y movimiento de las naos á la vela, maniobrando en cuerpo y fraccionés con una rapidez que las nuestras no alcanzaban por las diferencias de construcción y porte. Trató D. Alvaro de remediar un tanto la inferioridad aprovechando el viento fresco que hubo en la noche, y á este fin corrió la palabra de continuar aquella bordada hasta el momento de ponerse la luna, á cuya hora, sin hacer farol ni otra señal, habían de virar todos, con lo cual esperaba amanecer á barlovento del enemigo, dado que éste no se atreviera á ir con riesgo sobre tierra, como los nuestros iban á hacerlo.

Tuvo la maniobra éxito felicísimo, alumbrando el sol el día 25 á la armada francesa sotaventeada y en desorden por remediar las averías que sufrió en el combate: dos de sus naos remolcaban á otra de las mayores, desarbolada del trinquete, y á poco de amanecer se fué á fondo á la vista.

La nuestra tuvo que sentir contingencia de otra naturaleza: durante la noche, que fué muy obscura, desaparecieron dos urcas que transportaban 400 soldados alemanes, reduciendo lamentablemente la fuerza: con todo, la ventaja dicha en dia tan señalado para los españoles, como fiesta de su patrón Santiago, causó general alegría, así como iban rápidamente cayendo sobre el enemigo.

En esto, entre ocho y nueve horas de la mañana, amainó repentinamente las velas y disparó un cañonazo la nao de Don Cristobal de Eraso, general de la armada de Indias, segundo cabo en la presente, destinado sustituir en el mando al Marqués de Santa Cruz en caso de accidente: había partido el árbol mayor, quedando naturalmente rezagado. Don Alvaro acudió á darle remolque con el propio galeón Capitana, ofreciendo notable ejemplo del dominio de sí en tan crítico entorpecimiento: antes que abandonar la nao, que hubiera caído sin remedio en las manos contrarias, ó dividir, amparándola, la armada, sacrificó el plan que las circunstancias le habían ofrecido, y mantuvo la unión á costa del barlovento, recobrado por los franceses hacia el mediodía, si bien no lo utilizaron más que



para disparar á tiro largo algunos cañonazos que se le devolvieron con creces, consumiendo la tarde la activa reparación de la avería, de forma que la referida nao de Eraso pudo dar vela á medio palo.

Al fin vinieron á las manos con tremendo empuje franceses y españoles, trabando el 26 de Julio una de las batallas navales más dignas de consideración y estudio entre las que registran los anales del siglo XVI, no escasos, por cierto, en encuentros de este género, y como ninguno difícil de investigar por las condiciones especialísimas de la parte que ostentaba la defensa de un Rey sin reino ni vasallos.

Es cosa averiguada que el mando superior se encomendó á Felipe Strozzi, hijo del mariscal de Francia, Pedro, deudo de Catalina de Médicis. En segundo lugar iba el conde Charles de Brissac, hijo también de mariscal de Francia; detrás muchos señores y caballeros de distinción, desempeñando papel de los primeros D. Francisco de Portugal, conde de Vimioso, el más allegado agente del Prior de Crato. Las naos arbocaban el estandarte de Francia, blanco flor delisado de oro; los navíos eran 60 con 6 á 7.000 infantes, independientemente de los marineros.

La escuadra de Bazán, cuya composición consta en los estados oficiales¹, era de dos galeones del Rey; 10 naos guipuzcoanas de á 300 toneladas por término medio; ocho portuguesas y castellanas menores; 10 urcas flamencas de 200 á 400; una levantisca de 600, y cinco pataches: total, 36 bajeles grandes y pequeños. Según va referido, tres de las naus se demoraron en Lisboa y no llegaron á incorporarse; la levantisca arribó al puerto de salida; dos urcas desaparecieron la noche del 24 de Julio, y uno de los pataches fué apresado; de modo que, haciendo abstracción de los ligeros, aunque eran muchos los franceses, al aprestarse al combate decisivo tenía el Marqués de Santa Cruz 25 bajeles de guerra contra 60, y 2 ó 3.000 menos en el total de los hombres².

¹ Insertos en el libro citado: *La Conquista de las Azores*.

² Sesenta son las francesas,
Veinticinco las de España,



El Prior de Crato conocía con exactitud, por sus confidentes en Lisboa y por los despachos tomados al capitán Aguirre, la fuerza y recursos que llevaba D. Alvaro de Bazán; sabía que detrás había de aparecer Juan Martínez de Recalde con otros tantos navios y soldados, y tenía por seguro el triunfo, pudiendo batirlos con tan enorme desproporción uno tras otro y aniquilarlos, lo que también daban por cosa hecha los franceses.

El Marqués de Santa Cruz no sabía en cambio otra cosa que lo por sus ojos visto de los enemigos; entorpecía su acción el accidente ocurrido á D. Cristóbal de Eraso, privándole del expedito concurso de jefe tan marinero, y no podía engañarse ni en la apreciación de los elementos respectivos, ni en la de las consecuencias de una derrota.

Poníase en aventura de perder más que ganar, pues el mayor mal que aconteciera al enemigo, el desbarate de su armada y pérdida de la isla de San Miguel, ni había de ser tan completo teniendo á la Tercera por refugio, ni el mayor extremo fuera de mucho momento para Francia, al paso que, aceptando el combate con armada inferior, escasa de marineros, sin artificios de fuego, botica ni médicos, si fuese vencido, demás que las naves se perdieran con San Miguel y la esperanza de someter las otras islas, el descalabro sería completo, no teniendo puerto á que acudir; las flotas de las Indias con sus tesoros caerían indefectiblemente en manos de los franceses, y arrimándose éstos á Portugal, con desembarcar la gente y armas que asaz llevaban, quedaría, cuando menos, en duda la seguridad del reino, no consolidada todavía. No esquivando, como podía, el lance hasta dar lugar á la llegada de Recalde, no vacilando con lo dicho, en el ataque, mostró la sangre fría, la confianza, la grandeza que le dieron puesto entre los héroes preclaros de la marina española.

Interpolando las urcas con las naos guipuzcoanas al formar

Mas el valor de las pocas
Despreciaba la ventaja.

(Romance de Ercilla.)



la linea, á la cabeza de ellas colocó su Capitana, acompañada en ambas bandas de seis de los más ligeros y mejores bajeles. En la retaguardia dispuso otro grupo semejante, independiente de la linea; y sin más orden ni recomendación que la de acudir prontamente adonde tuviera calor el combate, esperó la acometida, ya que no estaba en su mano iniciarla.

El 26 de Julio amanecieron las armadas á distancia de tres millas una de otra, y 18 de la isla dē San Miguel; el viento entabló por el ONO. á las ocho de la mañana, y ambas siguieron la vuelta del N., mura á babor, la francesa á barlovento. Como llegara el mediodía sin hacer cambio, se creyó que tampoco se combatiría. Acaso en esta creencia, pues no consta la razón, navegando nuestra escuadra en orden, y remolcando todavía la Capitana á la nao de D. Cristóbal de Eraso, salió á barlovento el galeón *San Mateo*, que era ligero de vela, donde iban el maestre de campo general don Lope de Figueroa y el veedor D. Pedro de Tassis, apartándose mucho de la linea, si bien estaba en su mano incorporarse arribando. El enemigo creyó poder cortarlo, y repentinamente fueron sobre él la Capitana, Almiranta y tres galeones; esto es, cinco naves, las más fuertes que tenía, ayudando á su plan el mismo D. Lope, porque juzgó tal vez poco digno volverles la popa para tomar su puesto en la linea. Aguardó aislado sin disparar un tiro hasta tener á tocapenoles los contrarios, que entonces á la vez les envió descarga general ó *ruciada*, según su expresión, repitiéndola con rapidez. La Capitana francesa le abordó por la mura de babor; la almiranta por la banda opuesta, y los galeones le batieron por la popa y aleta, aunque sin aferrar como las otras.

Era el *San Mateo* buque de 600 toneladas con dos baterías, alta y baja, y llevaría (que no consta), 26 á 30 cañones de bronce; á bordo iban, entre marineros y soldados, 250 hombres, que se repartieron por ambas bandas, poniendo tiradores escogidos en las gavias, de donde no sólo disparaban mosquetes y arcabuces, sino que arrojaban piedras y dardos. Cada uno de los cinco asaltantes tenía tanto ó más porte y artillería que el *San Mateo*, y mucha más gente, que les



ibán renovando de refresco otros bajeles. Dos horas se sostuvo en esta disposición, menudeando los disparos y batiendo el arma blanca con verdadera carnicería de parte y parte, como no podía menos de suceder estando mano á mano. De los bajeles franceses le arrojaron alcancías, que prendieron fuego en diversos lugares hasta veinte veces, inutilizando mucha gente; recibió en el casco más de quinientas balas de cañón, y no hubo hombre que diera muestras de desaliento ó cansancio; antes tuvo D. Lope que decir á voces á sus capitanes que matasen al que intentase entrar en la capitana enemiga, que se rendía, por quedarle tan poca gente que, distraída, la hubieran entrado los otros navíos.

Generalizado en tanto el combate, fueron los franceses sobre la linea, que se mantuvo en buen orden, y dejándola el Marqués de Santa Cruz, largó el remolque que llevaba, virando en socorro del galeón. Lo mismo hizo el grupo de reserva de la retaguardia, llegando á las dos horas de comenzado el cañoneo, antes que el Marqués. El capitán Garagarza abordó entonces bizarramente á la Capitana francesa con su nao *Juana*; Villaviciosa lo hizo con la Almiranta; y como acudieran otras francesas, que se amarraron á las últimas, se formó un grupo, ó más bien un volcán, en que el humo no permitía distinguir amigos de enemigos. Entonces Miguel de Oquendo metió la proa á toda vela entre el galeón *San Mateo* y la Almiranta francesa, á la que hundió el costado con el choque y la descarga á boca de jarro. Rompió al mismo tiempo las amarras, deshaciendo el nudo, y se aferró con la Almiranta separada, que por la proa continuaba batiendo Villaviciosa.

Cuando llegó D. Alvaro de Bazán estaban tan bien empleadas sus naos dominando á la Capitana y Almiranta francesas, que no quiso quitarles la gloria del vencimiento, virando de la otra vuelta hacia los más apurados, destrozando de paso con certeras descargas á cuantas naves se le oponían. Con admirable serenidad observaba la situación particular de cada bajel sin perder movimiento; así vió que la Capitana de Strozzi



se desembarazaba del *San Mateo*, y en el momento la abordó por una banda, haciéndolo al mismo tiempo por la otra el capitán Labastida con la nave *Catalina*, con tanto impetu ambas, que antes de una hora la rindieron, aunque había renovado su gente con otra fresca.

El suceso sirvió de señal para que se pusieran en fuga y dispersión todos los navíos franceses que no estaban abordados; de modo que, al anochecer, la mar, cubierta de despojos, quedó por los nuestros, que se reconcentraron sin perseguir á los contrarios, habiendo durado la función general poco más de cinco horas.

En la Capitana de Francia pelearon valientemente, llegando á 800 los hombres que sucesivamente defendieron la cubierta, que parecía laguna de sangre: como que pasaron de 400 los muertos y se hicieron todavía unos 380 prisioneros. El galeón *San Martín* tuvo 15 muertos, 70 heridos y destrozo en el casco, aunque no de consideración.

La Almiranta, en que arbolaba su insignia el Conde de Brissac, era bajel artillado con 30 piezas y guarnecido con 300 hombres, que fueron reforzados durante el combate; peleó con igual bizarria, y cuando se apartaba del galeón *San Mateo* se vió sola bordo á bordo con la nave de Oquendo. Sin la descarga con que éste acertó á matarle 50 hombres, hubiera sido dudoso el resultado; siguió, no obstante, sanguinaria lucha. Una y otra tenían balazos bajo la lumbre de agua, y se iban anegando lentamente; pero Oquendo calculó que había de llegar la noche antes que la cantidad de agua que entraba le pusiera en peligro, y no quiso que se picara la bomba por que no desmayase la gente: antes la lanzó sobre el alcázar de la contraria y se apoderó de las banderas e insignias francesas, saqueó las cámaras y tomó algunos prisioneros. Por tender entonces á su seguridad no completó el triunfo, apoderándose del Almirante; se apartó de aquel bajel, que por momentos se iba á fondo, dando lugar á que Brissac lo abandonara también trasbordando á otro de los suyos.

Quedó el *San Mateo*, origen del combate y blanco de tan-



tos enemigos, como una boyá; el casco acribillado, sin jarcias ni velas, y con las dos anclas colgando por los cables hasta el fin. Tuvo 40 muertos y 74 heridos: de los primeros, el capitán José de Talavera y siete oficiales; entre los otros, 19 jefes y soldados. El heroico proceder de la tripulación en las dos horas en que peleó aislado, sirvió de admiración y ejemplo.

En las demás naos quedaron eclipsados con la aureola del *San Mateo* hechos que en otra ocasión se hubieran celebrado más. La urca *San Pedro*, en que estaba D. Francisco de Bobadilla, se vió acometida de cuatro francesas que iban al abordaje, y á la primera maltrató de forma que hubo de retirarse, haciendo sucesivamente las otras.

Juan de Villaviciosa abordó una tras otra á dos enemigas, teniendo en la suya 45 muertos y 52 heridos, y él mismo halló en la última fin glorioso, con lo cual se exasperaron los tripulantes de manera que, entrando en la francesa, pasaron á cuchillo á la gente sin perdonar persona.

La pérdida general fué de 224 muertos y 550 heridos, sin tener la de ningún navío, si bien quedaron todos malparados. Los enemigos perdieron 10 naos grandes, comprendida su Capitana; dos se incendiaron; cuatro se echaron á fondo, y otras cuatro, incluso la Almiranta, se abandonaron después de despojadas, llevándolas la corriente á embarrancar en la isla de San Miguel. Las bajas en estas naos y las que huyeron se calculó en 2.000 hombres. Quedó herido de gravedad de un arcabuzazo, y murió en la Capitana española á las pocas horas, el general Felipe Strozzi; algo más vivió el conde de Vimioso, aunque había recibido dos balas de arcabuz y una estocada.

La desproporción de las fuerzas en batalla tan porfiada enalteció el crédito de D. Alvaro de Bazán como uno de los grandes capitanes de su época. Él mostró que las reglas son buenas hasta cierto punto, fijando principios originales seguidos modernamente con el mismo éxito feliz, á nuestra costa varias veces. Con inferioridad de recursos supo hacerse superior y batir parcialmente al contrario, aprovechando con



Don Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz.



Instituto de Historia y Cultura Naval



certero golpe de vista las circunstancias de momento, y disponiéndolas de antemano con la organización y el espíritu de unidad y asimilación en los que habían de secundarle. El empleo de las masas á tiempo lanzadas le sirvió aquí, como en Lepanto, de agente inmediato del triunfo.



Instituto de Historia y Cultura Naval



XIX.

DESPUÉS DE LA VICTORIA.

1582-1583.

Tremendo castigo.—Señores franceses degollados por sentencia, considerándolos piratas.—Huida del Prior de Crato.—Llegan las flotas en salvamento.—Segunda jornada.—Desembarco y batalla en la Tercera.—Nuevos triunfos.—Sumisión completa de las islas.—Naves y artillería apresadas.—Entrada triunfal de la armada en Cádiz.—Muerte de Sancho Dávila.

L amanecer el 27 de Julio, como no quedaran dentro del círculo del horizonte más naves que las españolas, habiendo conseguido «una de aquellas victorias maravillosas que señalan rara vez los siglos para perpetuar la memoria de los insignes capitanes y glorificar á sus naciones con el recuerdo de sus nombres»¹, hicieron por la isla de San Miguel, bordeando con viento flojo y mar gruesa que molestaba grandemente á los heridos, en obsequio de los cuales, por no dilatar el alivio, no habiendo, por las contingencias referidas, médicos ni medicinas en la armada, fondearon el 30 en Villafranca. El siguiente día se hizo el desembarco con trabajo por las malas condiciones de la playa batida del oleaje, empezando, sin pérdida de minuto, á llenar la aguada y recorrer los aparejos averiados en el combate. A la vez se ocupaba el Consejo de guerra en el juicio de los prisioneros, cuya excepcional condición de-

¹ Don M. Fernández de Navarrete, *Vida de Cervantes*.



seaba el Marqués quedara bien dilucidada, acusándolos de enemigos del reposo y bien común, perturbadores del comercio, autores de los rebeldes de S. M. y, como tales, rebeldes á más de piratas y robadores, con abuso de la bandera de una nación con la que España mantenía relaciones de paz y amistad.

En las defensas dijeron que no eran piratas, sino de buena guerra, y que con despachos del Rey cristianísimo armaron los navíos; mas el Marqués, dando por falsos los documentos que presentaban y ateniéndose á las instrucciones de ambos Monarcas, cristianísimo y católico, en cuanto al modo de tratar á los piratas, firmó sentencia con consulta de auditor letrado y oportunos considerandos, por castigo de tan gran delito «y ejemplo de los que lo supieren, vieren y oyeren», de ser públicamente degollados los 28 señores y 52 caballeros presos, y ahorcados los marineros y soldados, siendo de más de diez y ocho años de edad; sentencia que se cumplió inexorablemente el día 1.^º de Agosto en la plaza de Villafranca, desembarcando un Maestre de campo con cuatro compañías y banderas para hacerlo con aparato, añadiendo el espantoso espectáculo de colgar á los marineros en las vergas de los navíos.

Mientras los sucesos de San Miguel é inmediaciones, el Prior de Crato, por no presenciar la batalla de que pendía su fortuna, se había hecho llevar á la Tercera, entrando en la capital con aires de rey. La derrota de la armada francesa le sorprendió entre fiestas que, naturalmente, se aguaron. Embarcó en las naves fugitivas, llegando á Francia con 18, que también desengañaron al público, entre el que había circulado la falsa noticia del vencimiento de los españoles; y tal indignación se produjo, que á gritos pedían venganza y declaración de guerra.

Volviendo á San Miguel, contrariaron mucho al Marqués de Santa Cruz los temporales, inquietándole además la tardanza que causaban á Juan Martínez de Recalde con la armada de Andalucía. Éste llegó el 9 de Agosto con los 15 naos de su mando, las dos urcas flamencas que se habían separado



de D. Álvaro la víspera del combate y dos más de las rezagadas; y sumando á la fecha los días que necesitaba para reponerse, y á las circunstancias la de no contar con las galeras ni las barcas chatas necesarias para el desembarco, pensó don Álvaro no ser prudente la expugnación de la Tercera aquel año. Lo que hizo fué separar los navíos pesados é ir con 40 á cruzar sobre la isla del Cuervo, la más occidental del grupo, con la fortuna de encontrar á las tres flotas esperadas de las Indias y de escoltarlas sin ningún accidente hasta las costas de la Península.

El 15 de Septiembre subió por el Tajo al puerto de Lisboa, presenciando el Rey y su corte la entrada de los bajeles engalanados con flámulas, que le rendían homenaje á compás del estampido de los cañones y la salva de las voces. Aquella feliz y victoriosa armada, con el trofeo de la Capitana enemiga, traía por fruto de la campaña júbilo á los leales, lección á los indecisos, reputación á las armas y gloria á la nación, que la celebró con fiestas cívicas y religiosas.

Quedó determinada desde el momento mismo la repetición de la jornada para la primavera siguiente, y hasta se fijó el 10 de Febrero con aquella seguridad con que se hacen por lo común los presupuestos, pues trabajando mucho fué difícil acabar los preparativos para igual día del mes de Junio. Verdad es que tenía la armada ahora más requisitos, componiéndola dos galeazas, 12 galeras, cinco galeones, 31 naves, 41 pataches, zabras y carabelas, y las barcas chatas que habían de ser llevadas á remolque, midiendo galeones y naves solos 20.217 toneladas, y conduciendo todas 6.531 hombres de mar y remo. La infantería ascendía á otros 8.841; y contando 2.600 de los que quedaron en la isla de San Miguel, se elevaba el total á 15.372 hombres, con destino á los cuales se habían embarcado víveres para seis meses. Además iban muchos caballeros particulares con sus criados.

La plana mayor general del Marqués de Santa Cruz formaban, como la vez anterior, los generales de mar Eraso y Martínez de Recalde; los de tierra Figueroa y Bobadilla, y á más D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, D. Pedro de



Padilla y D. Juan de Sandoval; por jefe de los alemanes, el conde Jerónimo de Lodron; de los italianos, Luis de Pignateli; de los portugueses, D. Félix de Aragón ¹.

Las instrucciones reales, extensas y prudentes, comprendían los casos que pudieran ocurrir; recomendaban preferentemente el combate de armadas enemigas si las encontrara, acabando con esta frase: «Porque de acá no se puede dar regla cierta.....; sólo os acuerdo lo que importa á estos reinos, y á la reputación mía y vuestra, acabar esto de una vez, y que de lo que va y de quien lo lleva á su cargo lo espero yo así.»

El 23 de Junio, habiendo visitado la Capitana el Archiduque Alberto, gobernador del reino de Portugal, empezaron á desembocar el Tajo los expedicionarios, asistiendo inmenso concurso al espectáculo de movimiento de más de cien bajeles empavesados. Fijaba sobre todo la atención de los inteligentes el enorme porte de dos galeazas recientemente construidas en Nápoles, procurando reunir en la nueva forma del vaso las condiciones de resistencia de la nao con las de ligereza de la galera, y usar de la doble impulsión de vela y remo, según las circunstancias. Las bellas artes habían contribuido al adorno de tan hermosos bajeles, sin distraer la vista de las 50 piezas de bronce dispuestas en los costados y la proa para la destrucción.

Destacadas las galeras con orden de navegar independientemente bajo el mando de D. Diego de Medrano, llegaron con felicidad á la isla de San Miguel el 3 de Julio, once días antes que el resto de la armada, sirviendo para embarcar el tercio de Agustín Íñiguez, la artillería de batir, carros y mulas.

Los vecinos de la Tercera habían fortificado los puntos accesibles de la isla, que no son muchos; tenían armados y en disciplina unos 9.000 hombres, sosteniéndolos el cuerpo de 3.100 franceses mandados por Mr. de Chaste ², gentilhombre

¹ Incluye relaciones completas el libro citado *La conquista de las Azores*. Entre los caballeros asistieron Baltasar de Alcázar, poeta, músico y pintor, de todos conocido por su famosa composición *La Cena*, y Rodrigo de Cervantes, hermano del autor del *Quijote*, que se distinguió, siendo el tercero que puso el pie en tierra.

² Chatres y Chiatre en nuestras relaciones.



de cámara del Rey de Francia, comendador en la Orden de San Juan, gobernador de la ciudad y castillos de Dieppe y Arques, hermano del Duque de Joyeuse¹, favorito de Enrique III; cuerpo distribuído en la dicha isla Tercera y la del Fayal. Catorce navíos armados y 100 piezas de artillería gruesa constituían con la infantería el socorro aprontado por Catalina de Médicis: el de la reina de Inglaterra no se extendía tanto, reducido á una compañía de 200 soldados y á la autorización á D. Antonio para entenderse privadamente con sus súbditos en el armamento de corsarios.

Empleó la armada cuatro días en trasladarse desde la isla de San Miguel la Tercera por vientos contrarios, llegando unida el 23 de Julio á vista de la ciudad de Angra. La Capitana se acercó al castillo de San Sebastián, fondeando en 60 brazas á tiro corto de cañón; así las baterías rompieron el fuego, sin contestarlo más que las galeras. Inmediatamente salieron á reconocer Miguel de Oquendo y Marolín de Juan, capitanes á los que el Marqués confiaba siempre las comisiones delicadas.

La víspera de Santiago hicieron al anochecer gran salva los galeones, pasando parte de la noche en disparar cohetes y en otros entretenimientos que no acertaban á comprender los de la isla, teniendo atrasada en diez días la cuenta de su tiempo por no haberle aplicado todavía la corrección gregoriana adoptada en los dominios de España el año anterior por pragmática que suprimió los días comprendidos entre el 6 y el 15 de Octubre. La diversión de la gente se prolongó, simulando ataque por varios puntos, con alarma y división de los defensores.

Lejos de elegir D. Álvaro para el desembarco el lugar de mejor y más extendida playa, por que con comodidad y de una vez acometieran las embarcaciones menores á dar paso á los soldados, se fijó en una caleta pequeña y mala, llamada *das Molas*, juzgando que por más difícil estaría menos guardada, como generalmente sucede, y que habría de ser por

¹ La Joyosa, en nuestras relaciones.



tanto menos peligroso vencer la dificultad de los escollos que los reparos de fortificación. Veíase en este punto un fuerte y no escasas trincheras; pero encontrándose aproximadamente á la mitad de la distancia entre las poblaciones de Angra y Praya, que por principales tenían concentrada la mayor parte de la fuerza de infantería y caballería, el socorro tenía que ser por necesidad lento, dando tiempo á una vigorosa acometida y á que estuviera en tierra parte considerable del ejército.

Con este propósito ordenó los preparativos del desembarco, mandando hacer pavesadas y parapetos en la proa de las galeras, distribuir ordenadamente la gente en las barcas chatas, lanchas y botes, prevenir repuesto de municiones y de agua en barriles portátiles; ración para tres días, que llevara el soldado en el saco; dispuso sección de gastadores con herramientas y sacos á tierra, no satisfaciéndose hasta ver por si mismo que todo se había ejecutado y sabia cada cual su cometido.

A prima noche empezó la colocación de la tropa en las embarcaciones, con prevención de guardar profundo silencio, y serían las dos de la madrugada cuando arrancaron las galeras, remolcando cada una un rosario de lanchones, pinazas y pataches atestados; como que llevaban de primera intención 4.000 hombres.

Tan bien calculado estuvo el tiempo, que cuando por el horizonte se notaba la claridad precursora del día, dia 26 de Julio, doblemente solemne por aniversario de la victoria naval ganada á los franceses, saltó la primera gente con impetu y de improviso, aunque la resaca y las lajas en que chocaban las embarcaciones hacia sobremanera difícil y arriesgada la operación.

No se descuidaban los de tierra; desde el momento en que distinguieron los bultos rompieron el fuego de artillería y mosquetes, ocasionando algunas bajas, pocas relativamente á las que pudieran hacer, no siendo sorprendidos en aquella hora en que se arrimaron los botes debajo de los cañones, mientras las galeras los cubrían con los suyos. Con esto se abrevió el desembarco, saltando de piedra en piedra sor-



teando las olas, ó echándose al agua así que podía hacer pie, ayudados unos de otros.

No se sabe cómo, siendo las trincheras derechas, sentadas sobre piedra y de más altura de media pica, subieron algunos soldados sin escalas; pasmosa agilidad en hombres cargados con el peso de las armas, los morrales y la ropa mojada.

Desembarcó en esto el Marqués de Santa Cruz, animando con su voz conocida á los asaltantes. Dos compañías de portugueses y otra de franceses huyeron, viendo muerto su jefe tras gallarda pelea: en menos de una hora se habían hecho dueños los españoles de todas las trincheras; cierto no se ganaron sin sangre.

Ocupado aquel fuerte, esperando de un momento á otro las tropas de Angra y Praya, avisadas con humazos en las alturas y el toque de rebato de las campanas, se deshizo la confusa agrupación de soldados formada de momento, tomando cada cual su puesto por naciones y cuerpos con tan buen orden, que al asomar las avanzadas enemigas se hallaban en tierra escuadroneados los 4.000 hombres de la primera barcada, con grandes guardias en los caminos. Los franceses no se determinaron á atacarles en aquella formación; eligieron en defensiva una colina cercana á San Sebastián, preparando lugar á la batalla, con lo que dieron más tiempo al Marqués para hacer el segundo desembarco á cambio de las ventajas de la altura y de un campo cortado por cercas y zanjas.

Empezaron la acción las mangas de arcabuceros, siguiéndose por todo el día con varia fortuna y sin resultado decisivo. La infantería resistió diez y seis horas sin descanso, trepando cerros, salvando vallas ó cruzando cañadas. Con el fresco de la madrugada ganó ocho piezas de campaña al enemigo, corriendose hasta la villa de San Sebastián, distante seis millas de Angra; desde aquel momento se inició la retirada de los franceses y la huída en desorden de los naturales, que no eran por obligación soldados, con otra diferencia: los primeros se encaminaron hacia la montaña de Guadalupe, donde



había posiciones fortísimas; los otros corrían á la desbandada en demanda de sus casas y haciendas por librar algo de ellas. El Marqués no consintió por esto que la formación se alterase; siguió á buen paso camino de la capital, ordenando que simultáneamente con el ejército por tierra atacaran por mar las naves, haciendo principalmente las galeras.

No hubo la resistencia que se esperaba, ni por una ni por otra parte; nuestra vanguardia entró poco después de medio dia en la ciudad, mientras en el puerto hacia otro tanto la gente de la armada, con gritos de júbilo y vivas de unos á otros. Tres días de saco resarcieron sus trabajos, dando terrible castigo á la obstinación de los rebeldes en la hacienda, no en la vida.

Hecho inventario de lo ganado, resultaron 44 fuertes con 300 piezas de artillería, algunas con la particularidad de tener esculpidas juntamente las armas del Rey cristianísimo y las del Gran Turco. De la armada de Francia á las órdenes de Mr. de Chaste se ocuparon 14 naves, cuatro francesas y dos inglesas, corsarias; todas las de una escuadrilla de carabelas que el Prior de Crato había mandado á saquear las islas de Cabo Verde, represando algunas vizcaínas y castellanas, con más de 90 cañones en todas.

Desde Angra despachó D. Álvaro de Bazán seguidamente á D. Pedro de Toledo, con las 12 galeras, 20 pinazas y 2.500 infantes, á la isla de Fayal, segunda en el cuidado por tener también guarnición extranjera y fuertes bien armillados.

Don Pedro tocó primeramente en las de San Jorge y del Pico, que se sometieron sin resistencia. La del Fayal la hizo con bárbaro desprecio de las leyes de la guerra, dando muerte al parlamentario que llevó la intimación. Defendió bizarriamente las alturas la tropa francesa antes de que los nuestros llegaran á la fortaleza, mas tuvo que capitular á condición de respeto á las vidas, entregando seis banderas y 16 piezas de artillería.

Después aviniéronse asimismo los de la Tercera á capitul-



lar, sabiendo que no serían tratados como los de la armada¹, que en tal caso resistieran hasta morir, y rindieron las armas con banderas, cajas, pifanos y almacenes militares, quedando en prisión 2.200 franceses y 1.800 portugueses², debiendo ser transportados á su país los primeros en naves españolas, desembarcándolos en Fuenterrabía, con excepción de los que se tomaron con las armas en la mano en la batalla, sentenciados á galeras, y de un Pedro de la Cruz, montañés, mal español, pirata, que en Veragua y río de Chagres había cometido atroces crímenes asociado de ingleses y franceses. Aunque sentenciado á horca, se embarcó en la armada para sufrir el castigo en Sevilla, á vista de las flotas de Indias³.

Antes que cambiara la estación despachó D. Álvaro de Bazán para España las galeras, enviando al Rey cartas, relación y recaudos de la nueva victoria. Su secretario llevaba los documentos reservados, inclusa la correspondencia de los reyes de Francia. Para Gobernador general de las islas designó á Juan de Urbina, sobrino del famoso capitán de su nombre: organizó la administración, nombrando corregidor, jueces y alcaldes portugueses honrados, determinándolo todo tan brevemente que el 17 de Agosto navegaba con toda la armada hacia España, dejando despachado aviso á las Indias de poder en lo sucesivo venir las flotas á la escala y refresco ordinario.

El glorioso galeón *San Martín*, adornado con trofeos

¹ Las instrucciones reales lo consentían en esta cláusula: «Si hubiere en la isla Tercera y ciudad de Angla gente extranjera que se haya metido en ella para su socorro, haréis ahorcar á todos, como son franceses ó ingleses; y si los naturales de la dicha isla ó ciudad se reducieren ó rindieren, y pidieren ó sacaran por partido que los dichos franceses ó ingleses salgan libres, haréis en esto, según el estado de las cosas, lo que viéredes más conveniente á mi servicio y el bien de la empresa, que yo os lo remito.» Los que se interesaron por los extranjeros fueron D. Pedro de Padilla, D. Lope de Figueroa, el Conde de Lodrón y otros caballeros españoles.

² En las relaciones no se hace mención expresa de las dos compañías de ingleses.

³ Se cumplió la sentencia en la galera *Leona*, dándole garrote y colgándole por un pie de la entena después de muerto. En la popa se puso cartel, en que se referían sus delitos.—Mosquera de Figueroa, *Comentarios de disciplina militar*, folio 124.



de los enemigos, arrastrando por el agua 46 banderas conquistadas ¹, entró en la bahía de Cádiz el 13 de Septiembre seguido de las naves, que sufrieron temporal en el viaje. El Rey llamó á la corte al insigne Marqués de Santa Cruz, le recibió con agrado, mandándole cubrir en su presencia como grande de España; instituyó para su persona el cargo de Capitán general del mar Océano, y otorgó proporcionadas mercedes á los que á sus órdenes hicieron la conquista de las islas Terceras.

Vino á mezclarse con la alegría del pueblo por el suceso que acababa de unificar la Monarquía peninsular el sentimiento de una perdida personal de difícilísimo reemplazo: murió de accidente en Lisboa, el 8 de Junio, el capitán hechura del Duque de Alba, á quien apellidaban los soldados *Rayo de la guerra*, el héroe anfibio de Zelanda, Sancho Dávila ².

Amargaron asimismo las buenas nuevas importantes algaradas de los berberiscos en Cadaqués, Palamós, San Felíu (1582), en las Peñas de Elvir é isla Cabrera (1583).

¹ En escritura de acrecentamiento de mayorazgo, hecha por D. Álvaro de Bazán en 15 de Noviembre de 1584 (*Boletín de la Academia de la Historia*, t. xxvi, folio 389), incorpora los trofeos ganados en las islas Azores á los de otras batallas, y enumera el estandarte real de damasco carmesí con las armas reales y la figura del apóstol Santiago que llevaba en la popa del galeón *San Martín* el día de la batalla naval sobre la isla San Miguel; las armas y rodelas fuerte de Felipe Strozzi; el estandarte real de seda y tafetán blanco que le dió el rey Enrique III de Francia; las armas de Mr. de Chaste; 60 banderas de infantería francesa y portuguesa; dos binnables de Mr. de Chaste y Mr. de Garamba; el bastón de Capitán general del Conde de Torres Vedras; cuatro fanales, de la Capitana del rey de Francia, de la Capitana de Portugal, de la de Hassán Bajá y de la de Hassán Chiribí; las cajas, atambares y pífanos; 200 mosquetes, 200 arcabuces y 200 picas que separó de entre las armas entregadas, y otros muchos objetos, arneses y espadas de su persona, tapices, muebles ricos, etc.

² No hicieron mella en su cuerpo los proyectiles enemigos, y le mató en Portugal la coz de un potro que estaban herrando, no cumplidos sesenta años de edad. El cuerpo fué trasladado á Ávila, su patria, dándole sepultura en la capilla mayor de la iglesia de San Juan Bautista, y adornándola con trofeos de banderas ganadas por él y con escudo de armas en que mandó poner ancla y bastón, como general de mar y tierra. Jerónimo Manuel Dávila, su deudo, compuso un libro titulado *El rayo de la guerra. Hechos de Sancho Dávila*. Valladolid, 1713, y el Marqués de Miraflores, descendiente asimismo, otro: *Vida del general español Sancho Dávila y Daza, conocido en el siglo XVI con el nombre de «El rayo de la guerra»*. Madrid, 1857.



XX.

ESPUMADORES DE MAR.

1572-1585.

En el Mediterráneo.—Cautiverio de Cervantes.—Traída de los restos de D. Sebastián de Portugal.—Viaje de la infanta D.^a Catalina.—Juan Andrea Doria.—Las costas de Galicia.—Estragos de los hugonotes en Canarias.—Holandeses en el mar de las Antillas.—Hervidero de piratas.—Se envían galeras á la isla Española.—Asesinato de su General.—El Drake.—Proeza en Nombre de Dios.—Cómo la cuentan las historias y cómo fué realmente.—Otra acción de su cocinero.—Drake en el Pacífico, entrando por el estrecho de Magallanes.—No encuentra oposición.—Carga su nave de oro.—Da la vuelta al mundo, llevando el botín á Inglaterra.—Ármale caballero la Reina.—Su divisa usurpada y la original de Hawkins.—Disposiciones tardías en el mar del Sur.



PASAD, marinos, con ligereza entre los dedos las hojas de las historias generales, visto cómo Amurates suscribió la tregua con Felipe II. Desde que Uluch desarmó en el Bósforo las galeras que derrocaron el fuerte de la Goleta, no hacen mención las páginas de empresa ó correría de aquellas que aterrorizaban á la Cristiandad. ¿No ocurrió nada extraño en el Mediterráneo que sus aguas reflejaran fieles? ¡Qué más quisieran los habitantes ribereños! La Historia no desciende á sucesos menudos, cuya narración la harían interminable; nada ocurrió, ciertamente, que debiera anotar entre las vicisitudes que alteran ó modifican el modo de ser de los pueblos, ni entre aquellas que se derivan de rotura en sus relaciones ordinarias; mas si la pregunta de arriba se hiciera á los torreones de atalaya subsistentes en cada punta y cada cabo de la costa, mochos



algunos, ennegrecidos por violenta llama otros, enhiestos todavía los más, resistiendo al abandono y á la intemperie, relegados á la condición de accidentes pintorescos del paisaje, puntos de mira de los pilotos caboteros y albergue de murciélagos; si ellos pudieran contar las escenas de que han sido testigos, ¡qué terribles dramas se supieran! La galeota de Argel, la fusta tunecina ó tripolitana burlaban de continuo la vigilancia de los centinelas, valiéndose en la obscuridad, cual los dichos mamíferos alados, sin que las prevenciones de guardias y ahumadas, la división y subdivisión de las escuadras de galeras, el celo y el interés de cuatralbos y dosalvos, pudieran evitar, por lo ordinario, el golpe cierto de los forajidos.

Para la comunidad en la nación carecía de importancia el asalto de un caserío, el cautiverio de una familia, la presa de una nave comercial; para los anales no daban asunto semejantes ocurrencias consuetudinarias; mas de la intranquilidad de la población marina eran causa permanente, y en la industria, en las transacciones, en la economía, ejercían influencia de que no se forma idea aproximada sin registrar escritos de los que, como el P. Haedo ó Mármol Carvajal, investigaron lo que valía y aprovechaba á los berberiscos el corso, á favor del que subsistían y prosperaban, y sin examinar además con atención las Memorias de las Órdenes religiosas dedicadas á la redención de cautivos, donde constan las considerables sumas empleadas para sacarlos de los baños ó mazmorras, sumas que, en concepto de algunos pensadores, eran el estímulo mejor para que los corsarios se procuraran más cautivos.

Sea como se quiera, después de la cesación de hostilidades con los turcos, el corso de los berberiscos prosiguió como antes, molestando al litoral de España é Italia y al de las islas Baleares, Cerdeña y Sicilia, con embarcaciones sutiles de remo, aisladas por lo general, aunque á veces se juntaran para determinado golpe de mano. Vióse en ocasión que 17 fustas reunidas llegaran á la barra de Sanlúcar á tiempo de capturar un aviso de las flotas de Indias que, á más de los despachos,



conducía 200.000 ducados. Se vió frecuentemente á las galeotas cruzando sobre el cabo de San Vicente en espera de las flotas mismas ó de alguna de sus naos retrasadas, y atentas al descuido siempre cuidadosas se las vió, siendo notable ejemplo la captura de la galera *Sol*, que en viaje de Nápoles á España conducía á Miguel de Cervantes Saavedra, en compañía de su hermano Rodrigo, de Pero Diez Carrillo de Quesada, gobernador que fué de la Goleta, y de otros caballeros y soldados distinguidos.

Dió esta galera en la mar, por mal de muchos, con la escuadra de galeotas de Arnaute Mamí, capitán de Argel, y fué combatida por tres especialmente, haciendo cabeza la de Ali Mamí, renegado griego, que era de 22 bancos. Hubo obstinado combate y bizarra defensa, como es de presumir, por el nombre y calidad de los caballeros españoles, sin más resultado que retrasar la hora del cautiverio. La galera *Sol* entró á remolque en la guarida de los argelinos y en el *baño* los prisioneros de rescate ¹.

Si á esta suerte iban expuestos los bajeles de guerra, júzguese del temor que detenia en los puertos á los de comercio, aun estando artillados, hasta juntarse en flota ó contar con la protección de las escuadras de galeras, preferentemente empleadas en «limpiar los cabos», como por entonces se decía, sin perjuicio de las atenciones de instituto.

Una de éstas, la de cortejo fúnebre, desempeñada por don Pedro de Gamboa y Leyva, con siete galeras de Sicilia, ocurrió, conduciendo á Faro el cuerpo de D. Sebastián de Portugal, acompañado por el Duque de Medina Sidonia y el Obispo de Ceuta ², y por distinto motivo, festejando epitala-

¹ Ocurrió el combate el 26 de Septiembre de 1575; consignalo D. M. Fernández de Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 33. Se cree sea exacta descripción del encuentro la que Cervantes mismo hizo en *La Galatea*, lib. v, y que á él aludió también en el *Persiles* y en alguna otra de sus novelas. Expresamente lo citó en la carta en tercetos dirigida desde la prisión al Secretario del Rey, Mateo Vázquez, doliéndose:

En la galera *Sol*, que obscurecía
Mi ventura, su luz, á pesar mío,
Fué la pérdida de otros y la mía.

² Carta de D. Pedro de Gamboa al Rey, fecha en Faro á 5 de Agosto de 1582. Colección Sans de Barutell, art. 4º, núm. 649.



mio, la travesía de Juan Andrea Doria, conduciendo al duque de Saboya Carlos Emanuel á Barcelona ¹.

Le recibió á bordo de la galera real en Albenga, puerto de la señoría de Génova, el 1.^o de Febrero de 1585; se detuvo unos días en Niza, esperando tiempo seguro para pasar el golfo de León, y con feliz viaje llegó á Barcelona el 8, mucho antes de lo que se esperaba y convenía á los planes formados de antemano, porque la Corte, que salió de Madrid el 19 de Enero, no llegó á Zaragoza hasta fines del mes siguiente. Los desposorios del Duque con la infanta D.^a Catalina de Austria y las fiestas de celebración consumieron alegremente el tiempo hasta mediados de Junio, fecha del embarque de los novios en Barcelona, estando preparadas al efecto 46 galeras; 24 de España á las órdenes del Adelantado de Castilla; 18 de Génova; cuatro propias del Duque de Saboya, descollando la Real, que dirigía Juan Andrea. Por guarnición iban 22 banderas del tercio de D. Francisco de Bobadilla, cuatro de Lombardía y dos de Nápoles, vencedoras en las Terceras, destinadas á militar de nuevo en Flandes. Tan suaves soplaron las brisas, que navegaron los cónyuges como por un lago hasta poner el pie en las playas de Niza, dejando entonces las galeras á disposición de la infantería, que desembarcó en Génova ².

El Príncipe de Melfi inauguró ostensiblemente en esta agradable jornada el cargo de Capitán general del mar Mediterráneo que el Rey le confirió en 1583 por gratificar los servicios de la casa Doria, según se susurraba ³, aunque es de presumir que influyeran en la decisión de D. Felipe motivos que se reservó. Ese empleo importante pretendía Juan Andrea por herencia desde que ocurrió la muerte de su tío ilustrísimo, haciendo pasar por necesario merced á los asientos antiguos por los que regía la escuadra crecida de

¹ Orden del Rey al Príncipe de Melfi para aderezar la galera real y conducir con 20 de escolta al Duque de Saboya, fecha el año 1584; *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^o, núm. 467.

² *Viajes regios*, otras veces citados, pág. 223.

³ Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 59.



Monumento erigido en Manila á la memoria de Miguel López de Legazpi
y de Fr. Andrés de Urdaneta.



Instituto de Historia y Cultura Naval



galeras de Génova; confirióse, no obstante, á D. García de Toledo, atendiendo á las observaciones de los generales españoles, y aun á la prevención y antipatía con que casi todos miraban al principal causante del desastre de los Gelves; se acordó más tarde á D. Juan de Austria, que llenaba las gloriosas tradiciones del cargo, y desde su muerte vacó siete años. En el de 1583, tras la conquista de las Terceras, teniendo en cuenta sin duda la importancia que aquellas islas y el litoral atlántico de la corona lusitana procuraban á las aguas, se dió á D. Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, distinción nueva de Capitán general del mar Océano; entonces fué restablecida la Capitanía del Mediterráneo, muy cercenada en el prestigio por su paralela.

Seguramente querría D. Felipe honrar la memoria y los servicios del gran almirante del Emperador, su padre, haciendo merced de paso por los que reconocía en el sucesor y él sabía hacer valer industriosamente. Si hemos de admitir el juicio del P. Guglielmotti, Juan Andrea Doria, príncipe de Melfi, alto, enjuto, moreno, mal formado, con cabeza puntiaguda, cabellos crespos, ojos hundidos, labios gruesos y caídos, más en el aspecto parecía corsario que caballero; pero bajo esta apariencia disforme se ocultaba una gran inteligencia, ánimo valeroso, gran experiencia de la mar, profundo conocimiento del hombre, disimulo impenetrable y arte para dirigir hábilmente su nave por el Meridiano de Madrid.

Su proceder en los Gelves, en la primera jornada de la Liga y en la batalla de Lepanto, sobre todo, pudieron poner en duda su valor; no se dudó, sin embargo, más que de su rectitud y de su lealtad. Entre los contemporáneos más de una vez mereció elogios á D. García de Toledo, buen juez, que lo recomendó al Rey por el comportamiento en la expugnación de Vélez de la Gomera, y más por la decidida exploración en el socorro de Malta; Brantôme le citaba denodado¹. Entre los modernos, atenidos tan sólo á los actos externos, la opinión es varia².

¹ Jean-André a toujours été courageux..... Il est très brave, très vaillant..... et brusque.

² Mr. Jurien de la Gravière no pudo disimular sus más impresiones; el teniente



Debió influir algo para la concesión del título de Capitán general del Mediterráneo la necesidad reconocida de activar la persecución del corso, pues acerca del particular, como de reformas en la armada y servicio de las galeras, se le pidieron informes, que evacuó delatando irregularidades¹.

Por fuera del estrecho de Gibraltar acometían á los pueblos de Galicia las naves descendentes del Norte, convidadas por la comodidad de las rías á proveerse de agua y ganado contra la voluntad de los propietarios, cometiendo, una vez en tierra la gente corsaria, violencias y robos, que renovaban la época de correrías de los normandos. Tal acontecía también en las islas Canarias, consideradas como etapa en la navegación de las Indias y estación última para refrescar las provisiones antes de entrar en el golfo. Cada día las visitaban los espumadores de la mar, exigiendo lo que apetecían por la fuerza, y gracias si no la empleaban con daño más que en las haciendas. El feroz rochelés Sore rindió, á vista de la isla de Gomera, al galeón portugués *Santiago*, é hizo allí el degüello horrible de los PP. Jesuítas², y poco después³, presentándose Juan Capdeville con cuatro naves francesas y una de ingleses, desembarcaron en la villa de San Sebastián, la saquearon y destruyeron, ensañándose con los sacerdotes, á los que, por distinción con los otros vecinos, arrojaron á la mar con piedras al cuello.

Pero el teatro en que se desarrollaban y unían estas escenas sueltas era el mar de las Antillas, paradero de corsarios y contrabandistas portugueses, franceses é ingleses, reforzados desde el año 1572 con actores nuevos que mostraban los colores del príncipe de Orange, y se presentaron por primera vez en las aguas de Nombre de Dios con tres urcas de 400 á 500 toneladas y dos pataches, anunciando que iban á buscar

general Benedetto Veroggio le ha defendido en el opúsculo *Giannandrea Doria alla bataglia di Lepanto*. Génova, 1886.

¹ Cartas al Rey. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. II.

² Viera y Clavijo, *Historia general de Canarias*, pone el suceso en 1570. Véase en esta nuestra historia, t. I, cap. xv.

³ El 24 de Agosto de 1571 según el mismo Viera. Hay relación inédita del suceso en la *Colección Navarrete*, t. XXV.



recursos para hacer la guerra en Flandes á costa de Su Majestad Católica¹.

Claro es que el oficio tenía contras, y que algunos corsarios pagaban las costas por todos. En la isla de Cozumel cayeron en manos del capitán Gómez Carrillo ciertos franceses que habían saqueado el pueblo de Sisal, y, juzgados por la Audiencia de Méjico, sirvieron de lastimoso ejemplar²; los pescadores vascos apresaron en Terranova 24 navíos de malhechores³; el general Pedro de Valdés capturó cuatro; Sancho Pardo, dos; Esteban de las Alas, otros dos que habían hecho estragos en Cartagena y Cubagua, siendo de notar que á su bordo se encontraron Biblias de Ginebra y barajas con figuras ridiculizando las ceremonias del culto católico; dos más rindió Pero Menéndez Márquez, de 15 que andaban por la Florida, con pérdida de 18 muertos y 14 heridos en el combate, vengados con degüello general de los vencidos; tres Alonso de Eraso, tras pelea nocturna en el puerto de Guanaiva⁴.

Como ensayo, se destinaron á la isla Española dos galeras, que condujo desde España el general Ruy Diaz de Mendoza, haciendo feliz navegación con velas cuadras; y en un principio no le faltó que hacer, pues entraban los franceses en los puertos como en los de su casa. Batió y apresó cuatro navíos⁵, dándole mal pago los rendidos que ponía al remo en vez de extremar el castigo, según le estaba ordenado. Como encallara en los arrecifes de Puerto Plata una de las galeras, nombrada *Santiago*, y desherraran á los remeros, alzándose juntamente con los de la capitana *Leona*, asesinaron al General y á los oficiales, echándose á robar por la isla hasta que consiguieron tomar dos barcos de cabotaje, y armándolos con

¹ Colección Navarrete, t. xxv.

² Fray Diego López Cogolludo, *Historia de Yucatán*, año 1570.

³ Colección Navarrete, t. xxv.

⁴ De todas estas ocurrencias y muchas más hay documentos en la referida Colección Navarrete, tomos XIV, XXI, XXII y XXV.

⁵ Hállanse los partes en la Colección Navarrete, t. xxv, y en la de Sans de Barutell, art. 3.^o, números 461 y 462, y art. 4.^o. En uno del año 1583 escribió al Rey: «Ahorqué y quemé á un piloto por hereje, y á otro ahorqué por no poder vivir, que tenía tres arcabuzazos; los demás puse al remo.»



artillería de las mismas galeras, fuérонse á aumentar el número de los piratas¹.

Haciéase por ellos muy difícil y peligrosa la comunicación de unas islas con otras ó con el continente, apostados como estaban, con navios pequeños, en los cabos y canales, y precaria la vida en los puertos de corta importancia, que aun á los que tenían alguna se atrevian, fiados en el estado indefenso de casi todos; dígalo Coro, saqueado y puesto á rescate por ingleses².

Entre las acometidas de este género dió bastante que hablar la realizada por Francis Drake al comienzo de la carrera, que le granjeó, lo mismo que al archipirata Cullan ó Coulon en tiempo de los Reyes Católicos, el privilegio de que sirviera su nombre como *bu* para asustar á los pequeños, ya que asustados traía de continuo á los grandes. Habiendo llegado á ser realmente terror de los mares, y á figurar en primera línea en la historia de Inglaterra, tuvo, como todos los hombres de notoriedad, biógrafos y encomiadores en mucho número³, adornando algunos sus hechos con accidentes legendarios. Quién dice que nació en la mar y se crió en la bodega de un barco viejo que por herencia le dejó el pirata propietario; quién le adjudica hazañas en que no tuvo parte, por el entusiasmo que en los patriotas produjo verle alzar á la marina inglesa.

Lo que parece de todo punto cierto es que, siendo de origen muy humilde, púsose á servir muchacho, y como pajé de la Condesa de Feria, mujer del Embajador de España en Londres, vino á la Península y aprendió muy bien nuestra lengua⁴. Navegó después de marinero con John Hawkins

¹ Año 1584. *Colección Navarrete*, t. xxii.

² Oviedo y Baños, *Historia de Venezuela*.

³ Son de citar Thomas Greep, *True and perfect news of the worthy knight sir F. Drake*, London, 1587. Charles Fitzgefry, *Sir F. Drake, his honorable life and his tragical death*, Oxford, 1596. Samuel Clarke, *Life and death of sir F. Drake*, London, 1671. Richard Burton, *The english hero or sir F. Drake*, London, 1687. Samuel Johnson, *Life of sir F. Drake*, London, 1767. De estas fuentes se han servido los biógrafos sucesivos, entre ellos John Barrow, jun., 1843.

⁴ El P. Alonso de Zamora, *Historia de la provincia de S. Antonino del Nuevo reino de Granada*, 1701, lib. iv, cap. iii, pág. 280.



en las expediciones de negrero y contrabandista; se halló en el combate de Veracruz, escapando á la derrota con el navío *Judit*, y se apropió la carga sin querer dar cuenta á su jefe de lo que salvó.

No empezó, pues, su vida ahogando serpientes en la cuna, cual Hércules, ni la acabó de modo que cupiera estimar heroico; sin embargo de ello y del considerable daño de que fué causante, los marinos españoles hicieron justicia á sus condiciones de excelencia, reputándole enemigo franco y valeroso, de condición agradable, altivo, muy pronto en negocios militares y muy grande marinero.

De cuerpo era pequeño, barbirrubio, amigo de comodidad, de boato, y, más que todo, de que le tuvieran respeto.

Con los primeros reales españoles armó un barquichuelo, lanzándose al comercio de negros por su cuenta con mala suerte, pues carga y embarcación le decomisaron en Río del Hacha, y gracias á la tolerancia de las autoridades no salió peor librado. Procuróse entonces otros dos barcos; se apostó con ellos en las cercanías de Nombre de Dios con objeto de asaltar á las embarcaciones de cabotaje que navegaban sin defensa.

Cuentan los biógrafos entusiastas que con semejantes elementos, esto es, teniendo dos navíos de 20 y de 25 toneladas y 23 hombres en los dos, atacó y tomó por asalto á la ciudad de Nombre de Dios, hizo lo propio con Veracruz, se apoderó de un convoy de plata aliado con un jefe indio, y riquísimo se volvió á Inglaterra en Agosto de 1573, no sin haber visto desde la copa de un árbol las aguas del mar del Sur; pero justo es consignar que no ha faltado entre los escritores ingleses quien pusiera correctivo á la especie, declarándola absurda ¹. Lo que en Nombre de Dios ocurrió está referido con pormenores muy curiosos por persona que intervino en el negocio ². En esencia fué así:

¹ *Lives of the British Admirals, containing a new accurate naval history*, by doctor J. Campbell, London, 1781.

² *Disursos medicinales del Ldo. Juan Méndez Nieto*. Manuscrito curiosísimo de que posee copia D. Marcos Jiménez de la Espada, y que bien pudiera titularse



Después de las turbulencias del Perú, se alzaron ciertos negros, *arrochelándose*, como por entonces se decía, en las asperezas de Vallano y Puerto Cabello. Eran los cimarrones unos 200; habían elegido rey, y armándose á su manera, asaltaban las haciendas de campo y los caminos. Entraron en tratos con Drake, solicitando su auxilio para algún golpe de mano á las arrias ó recuas que conducían el tesoro del Perú, por el istmo, desde Panamá á Nombre de Dios; y sabiendo por los espías el dia que había de pasar una de las mayores, se emboscaron juntos ingleses, franceses¹ y negros en un recodo del camino, cerca de Venta Cruz, tocando al río Chagres, provistos los primeros de arcabuces, espadas y dagas, y los africanos de arcos y flechas, desnudos, untados los cuerpos de aceite de coco á fin de escurrirse. Así que la recua se acercó, enviaron rociada de balas y flechas sobre los arrieros y soldados de escolta, que, sorprendidos, volvieron la espalda corriendo á ocultarse en el bosque. Venían 80 mulas cargadas, y los salteadores, después de quemar la Venta, hallaron en la carga donde henchir las manos; tanto que, despreciando la plata, tiraron al río las cajas por si buenamente se les presentaba ocasión de volver á recogerlas, echándose á cuestas del metal amarillo más de lo que podían llevar, lo cual fué causa para que, agobiados algunos, se rezagaran, sacrificando la vida á la codicia. Hubo bastante para contentar á blancos y negros, quedando sobras con que se aviaron los vecinos de Nombre de Dios más diligentes. Drake y los suyos embarcaron la parte que en el reparto les cupo, tomando la del león, y no esperaron, para enderezar la proa hacia Inglaterra, á que cundiera la alarma por el país.

Se concibe que los escritores de la Gran Bretaña hayan procurado desfigurar un tanto la verdad histórica, convirtiendo en empresa heroica la sorpresa de encrucijada, que de todo podrá tener menos de honrosa. Suena mejor el asalto

«Memorias de un médico de Armada en el siglo XVI». Hallábase en la ciudad de Nombre de Dios, y un negro, esclavo suyo, hizo prisionero á uno de los compañeros de Drake con el oro que pensaba llevarse.

¹ A la empresa se asoció un corsario de esta nación.



de dos ciudades con 23 hombres y la alianza con un jefe indio para castigar la tiranía de los conquistadores, cual se cuenta, que la liga con negros cimarrones para batallar con arrieros en el camino real. El resultado efectivo fué que Drake salió de la empresa rico, suficientemente rico para comprar esponjas que borraran la mancha original, y para encontrar consideración entre sus compatriotas, empezando por la reina Isabel, en lo sucesivo su consocia en negocios parecidos.

Tuvo el drama de Nombre de Dios acto segundo de no menor interés escénico, que no ha de juzgarse tampoco por las historias inglesas. John Oxenham¹, cocinero del navío de Drake, digno caballero según ellas, «pensando que saquear á los españoles era acción meritoria²,» con la parte que le tocó de la recua armó en 1575 un navío de 140 toneladas, con intención de interceptar alguna otra ó de inquirir, cuando menos, si en el fondo del Chagres estaban las cajas de plata despreciadas en la anterior hazaña. En cuanto se vió en la Tierra Firme armó dos lanchas que en piezas llevaba, é hizo presas en barcos caboteros de poca sustancia, mientras que se ponía al habla con el rey de los negros cimarrones de Vallano, nombrado Juan Vaquero. Exigió éste contrato formal, como si dijéramos, tratado, sentando por capítulo primero que había de darse muerte á los blancos que juntos aprehendieran, y se le entregaran vivos los negros para reforzar su hueste. Con esta condición, y la de partir por igual los valores, el rey Vaquero se comprometía á ocultar la nave inglesa en un punto de la mar del Norte donde estuviera segura, y llevar á los tripulantes á la mar del Sur, donde pudieran hallar cosa que les satisfaciera. El trato hecho y asegurado con cambio de rehenes, se desarboló el navío metiéndolo entre manglares de la ensenada de Acla, donde no lo descubriera, y menos á las lanchas, el ojo más experto. Subieron después por el río Peremperen una de las embarcaciones me-

¹ Nombre muy desfigurado en nuestras relaciones, donde se ve escrito *Oexnam*, *Ojemkam*, *Ohemkam*, *Oxnam*.

² *Memoirs of the naval worthies of Queen Elizabeth's reign*, by John Barrow, Esq. London, 1845.



nores, conduciéndola hasta el Pacífico, sin que hasta hoy se sepa de qué modo; ello es cierto que la pasaron en compañía 50 ingleses y 200 negros, y que con ella se pusieron en acecho en las islas de las Perlas, esperando barcos del Sur. Cayó en su poder uno, desarmado, como todos los que navegaban por aquél mar sin sospecha de enemigos, resultando ser el que traía el oro de Quito. Decidieron volverse á su nave sin tardanza con la carga, entrando en el río Piñas, que iban remontando, cuando el capitán Pedro de Ortega Valencia, el mismo que fué por Maese de campo con Mendaña al descubrimiento de las islas de Salomón, ahora designado por la Audiencia de Panamá para perseguir á los cimarrones con cuatro barcos y una compañía de 80 hombres, dió con los expedicionarios en una ranchería y trabó escaramuza en que murieron 12 ingleses, quedando prisioneros los demás, salvo alguno que otro escapado á través de la maleza con los prácticos negros. Oxenham fué llevado á Panamá, donde prestó declaraciones muy distantes de la verdad, procurando atenuar ó dilatar siquiera la sentencia con cuentos, en que fingía haber enterrado el tesoro en sitio de él sólo conocido¹; tuvo, sin embargo, muerte infamante², y como al paso que esto ocurría en el mar del Sur por el opuesto mandaba el general D. Cristóbal de Eraso registrar con cuidado las costas en Acla, parecieron las embarcaciones escondidas, quedando deshecha por completo la pirática compañía³.

¹ El tesoro escondido dió campo á la imaginación para forjar cuentos, de que se hicieron eco D. Dionisio de Alsedo, en el *Aviso Histórico*, publicado por D. Justo Zaragoza (Madrid, 1883, pág. 81), y D. José March y Labores en la *Historia de la Marina Real española* (Madrid, 1854, t. II, pág. 311). En la última se admite que *Oxnam*, subido con Drake en un árbol grande de los de Nombre de Dios, vió el Océano Pacífico con todo su embeleso. ¡Buena vista necesitaban los corsarios para ver tal cosa!

² Figuró en auto de fe en Lima con sus compañeros *Tomás Xeruel y Enrique Juan Butler*, siendo reconciliados con hábito y cárcel perpetua irremisible, confiscación de bienes y diez años de galeras al remo y sin sueldo. Entregados al brazo secular, los dos primeros fueron ahorcados y Butler sentenciado á galeras perpetuas. (D. J. T. Medina, *Historia de la Inquisición en Chile*, t. I, pág. 359.)

³ Año 1577. Cartas de la Audiencia de Panamá y de D. Cristóbal de Eraso, *Colección Navarrete*, tomos xxii y xxv. El historiador inglés antes citado, escribe: «No teniendo documentos que presentar, fueron todos ejecutados como piratas. Oxenham, valiente como infortunado, era digno de mejor suerte.» Thomas Le-



En el ejercicio continuado de los espumadores aprendieron á estimar la ventaja de tener en las islas de Barlovento algún escondrijo donde descansar de la fatiga diaria, carenar los navíos y dejarlos ocultos, mientras la gente, dividida, andaba en lanchas y pinazas. De esta manera, empezando por la construcción de barracas-almacenes, con alguna que otra india, negra ó mulata acaparada en las presas, sin preocuparles mucho los derechos del señor rey D. Felipe ni la memoria de la cuerda que en cada hora podían encontrarse en la garganta, iban fundando poblados y recogiendo efectos adquiridos á *bon marché*, como dirían de seguro los hugonotes. El mar Caribe hervía de barquichuelos empleados en el robo menudo de ganados y fincas de campo, á falta de ocasión de hacerlo en grande¹.

Esta monotonía rompió el inglés Drake, concibiendo la idea osada, verdaderamente grande, de penetrar en el Mar Pacífico por el Estrecho de Magallanes que los españoles mismos, sus descubridores, tenían en abandono por lo azañoso de la navegación tan caramente experimentada.

Habiendo constituido en Londres sociedad de armadores, en que la Reina tomó parte², se dispusieron cinco naves de mediano porte, con que se hizo á la mar en Diciembre de 1577, costeando el Africa hasta las islas de Cabo Verde³.

diard cuenta erróneamente en su *Historia naval de Inglaterra* que el capitán Ortega hizo la captura en las islas de las Perlas.

¹ A pesar de todo había aflojado mucho la severidad con los prisioneros; el comisario de Panamá delató á la Inquisición de Lima al general de la armada de Indias, D. Cristóbal de Eraso, por tener á su servicio dos trompetas y un artillero inglés, luteranos, que se le habían entregado para conducirlos ante el Tribunal de la Inquisición de Sevilla.—D. J. T. Medina, obra citada.

² Por cantidad del mil coronas.

³ Los historiadores ingleses no conforman tampoco en las fechas, naves, gentes, ni otras particularidades. Jhon Stow, *The Annales or General Chronicle of England*, página 687 de la edición de 1615, corrigiendo á otros, pone la salida de Plymouth el 13 de Diciembre de 1577, con los buques *Pelican*, capitana, *Parigold*, *Elizabeth*, *Benedicta* y una pinaza, que otros dicen se nombraba *Christopher*. De lo que hizo en las islas de Cabo Verde y en Brasil tenemos pormenores por las declaraciones de un prisionero, insertas en la *Colección Sans de Barutell*, art. 6.^º, núm. 75, y de los pasos sucesivos muchos datos de toda especie que citaré oportunamente, empezando por la relación inglesa *The English Hero or sir Francis Drake revived*, by R. B., 1716, y por la *Historia General de Chile*, de Barros Arana.



En éstas apresó un navío portugués, y en él á Nuño de Silva, piloto práctico del Brasil, que es lo que principalmente buscaba el corsario, y atravesó el Atlántico, siguiendo indicaciones del guía que se había proporcionado, para renovar aguada y provisiones en la costa, hasta el Río de la Plata, donde permaneció algunos días ¹.

Embocando valientemente el Estrecho de Magallanes, en Abril de 1578, gracias al conocimiento del mismo piloto, inviernó en el puerto de San Julián, donde lo había hecho Magallanes. Aun permanecían en la playa las horcas erigidas por éste en mantenimiento de su autoridad, y Drake se sirvió de ellas para colgar al capitán John Daugthy, que se hacía cabeza de mojín contra la empresa ².

La ocasión es oportuna si se ha de notar de una vez para todas que el espíritu de contradicción y rebeldía no era privativo de los españoles, como quieren dar á entender ciertos historiadores propensos á juzgar con ligereza, sino que, originándose de la educación y costumbres de la época, lo mismo se hacían patentes entre los franceses, según queda sentado en los sucesos de la Florida; entre los ingleses, como ahora aparece; entre los holandeses, como repetidamente lo dan á entender episodios de nuestras guerras, y no se diga de otros pueblos.

Drake llamó isla de la Justicia al lugar de la ejecución, que no surtió todo el efecto que calculaba, pues el capitán Winter desertó con uno de los mejores navíos, volviendo á Inglaterra ³. Otras dos de sus naves naufragaron con tormenta de cuarenta días, que puso á mucho riesgo la suya, sacándola al Pacífico y empujándola hacia el Sur; y al serenar el tiempo

¹ F. A. de Varnhagen, *Historia geral do Brasil*.—Eduardo Madero, *Historia del puerto de Buenos Aires*.

² Relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata Santa María de la Cabeza, Madrid, 1788, pág. 222.

³ Argensola refiere en la *Historia de las Molucas*, repetidamente citada, libro III, pág. 106, que la reina Isabel le mandó ahorcar por haber desamparado á su General, reservando el castigo para cuando éste volviese, con lo cual, dicho se está, no tuvo efecto. Algo insinúa también John Harris, *Collection of Voyages and Travels*, afeando la justicia de Daugthy «como acción la más censurable y temeraria que el Almirante cometió en su vida».



Pintura en la sala de batallas del Escorial.



Instituto de Historia y Cultura Naval



hallóse solo en la *Pelican*, que era de 240 toneladas, con 14 piezas de artillería y 90 hombres de tripulación, por lo que puede deducirse de muchas noticias contradictorias. No era mucha la fuerza del bajel, y acaso se exagera el número de hombres¹; bastó, sin embargo, para hacer á Drake dueño y señor del mar del Sur, porque vivían por sus costas los españoles tan ajenos á la visita, tan confiados y desprevenidos como si estuvieran en los tiempos de Octavio, sin barco alguno armado, sin reparo en los pueblos y aun sin armas en los campos. El inglés atracó la costa de Chile, empezando su agosto en Valparaíso con la captura de un barco cargado de vino en que iban de extraordinario 25.000 pesos de oro; siguió hacia el Norte saqueando las iglesias y quemándolas, haciendo daño por el placer de hacerlo donde no había cosa que robar. En Arica se apoderó de tres barcos que conducían lingotes de plata; en el Callao tomó otro que valía, y cortó las amarras de 12 surtos en el puerto para que dieran al través. Supo entonces que la nao del tesoro había salido días antes en dirección de Panamá, y á toda vela siguió tras ella hasta alcanzarla sobre el cabo San Francisco y hacerse su dueño sin dificultad ni resistencia, pues no llevaba armas. Conducía registrados 360.000 pesos y efectos, de que se apoderó, sin hacer daño á los españoles; antes á los seis días de retenerlos prisioneros les dejó la lancha á fin de que en ella se fueran á tierra².

¹ Los prisioneros que tuvo á bordo declararon montar el buque 12 piezas de hierro colado y dos de bronce y 86 hombres; de ellos dos negros y tres muchachos.

² Relación de San Juan de Antón, maestre de la nao *Concepción* apresada por Drake. *Colección Navarrete*, t. xxvi, núm. 3.—Carta del Dr. Alonso Criado de Castilla al Rey dando cuenta del robo de la nao *Concepción*, en que dice iban 400.000 pesos. Según Lope de Vega, *La Dragontea*, canto 1, oct. 59 y 61, Drake, burlándose de los saqueados, les dejó el libro de registro de la nao con recibo firmado de su mano.

Las márgenes del cual por recibidas,
Satisfaciendo con extrañas veras,
Firmaste de tu nombre las partidas,
Como si dueño de la plata fueras;
Hasta las letras hoy están corridas
De que esta burla á su registro hicieras.



Seguidamente apresó en la misma forma otra nave que con mercancías navegaba desde Costa Rica á Panamá; y si bien no llevaba oro, encontró cosa que lo valía, por ir entre los pasajeros los pilotos de la navegación de la carrera de China, Alonso Sánchez Colchero y Martín de Aguirre, despachados para Filipinas con la correspondencia oficial. Se hizo amo con ellos de las cartas de marear, derroteros é instrucciones; á los demás dejó libres con la lancha del navío y lo puesto¹.

Todavía le deparó la suerte otro bajel en que bajaba desde Acapulco D. Francisco de Zárate, sorprendiéndolo de noche y soltando á la gente sin hacerla mal; antes bien tan de buen humor y satisfecho estaba, que repartió puñados de tostones á los marinos al despedirse².

Continuando la derrota hacia el Norte, Drake entró á me-

¹ Cartas del capitán Juan Solano al Presidente de la Audiencia de Guatemala, y de éste al Rey con pormenores de la captura del navío. *Colección Navarrete*, tomo xxvi.

² Carta de D. Francisco de Zárate á D. Martín Enríquez, virrey de Nueva España. Cuéntale lo que le pasó en la entrevista forzosa con Drake, elogiando su proceder por haberle devuelto parte de lo que llevaba en los baúles. Dice que preguntó ante todo si en el buque había algún pariente ó allegado del Virrey, explicando que más holgara de topar con él que con todo el oro de las Indias, para enseñarle cómo han de cumplir su palabra los caballeros (aludía al combate de Veracruz). «Trae consigo, escribe, nueve ó diez caballeros, hijos segundos de personas principales; á éstos sienta á su mesa, y á un piloto portugués (Nuño de Silva). Sirvese con mucha plata, los bordos y coronas doradas, y en ella sus armas; trae todos los regalos y aguas de olores posibles; muchos de ellos decía que se los había dado la Reina. Ninguno destos caballeros se sentaba ni cubría delante díl sin mandárselo primero una y muchas veces. Su comer y cenar es con música de vigolones. Tiene el navío, fuera de ser nuevo, costado y contracostado (es decir, asforro interior). A la gente hacia mucha merced y castigábales la menor culpa. También traía pintores que le pintaban toda la costa con los mismos colores della.....» Hablando del viaje, dijo que, sufriendo grandísimos temporales, un caballero de los que traía consigo le dijo: «Mucho há ya que estamos en este Estrecho, y á todos los que lo seguimos y servimos nos habéis puesto en el de la muerte; acertarlo iades en mandar que nos volviésemos á la mar del Norte, donde tenemos la presa cierta, y no busquemos descubrimientos nuevos, pues veis cuán dificultosos son.» Lo que respondió fué mandar que le llevasen debajo de cubierta y le echarasen unos grillos, y otro día aquellas mismas horas mandó que le sacasen y en presencia de todos le cortasen la cabeza. El tiempo que le tuvo preso, debió de ser el que era menester para sustanciarle su proceso. Esto me contó él á mi, diciéndome muchos bienes del muerto.»



diados de Abril de 1579 en el puerto de Guatulco, en Nueva España; saqueó é incendió la población; dió libertad al piloto Nuño de Silva (que declaró ante el Virrey las ocurrencias del viaje); carenó su nave, lastrándola con la plata y oro del botín, y decidido á volver á Inglaterra, suponiendo que habría fuerza esperándole en el Magallanes, remontó en busca del otro estrecho que se creía existir en el Noroeste, y diera paso á los *Bacallaos*. Subió, pues, á 43°; vió una isla, que nombró Nueva Albión, creyéndose descubridor¹. El frío intenso le hizo desistir de la ruta, y entonces emprendió la de las Molucas, sirviéndose de los pilotos prisioneros.

Nada importa á nuestra historia la continuación de su campaña; sólo para los curiosos es de anotar que, tocando en Ternate, Célebes y Java, dobló el cabo de Buena Esperanza y entró de vuelta en Plymouth en Noviembre de 1580.

Cuéntase que Drake, en los momentos de la impresión favorable producida en Inglaterra al conocer su campaña, hizo á la Reina, ministros y personajes de influencia agasajo por valor de 800.000 escudos², y que, procediendo en seguida á la liquidación de cuentas, resultó corresponder 47 libras de beneficio á cada libra empleada después de cubiertos los gastos de los cinco navíos armados en Inglaterra³.

Hizo D. Bernardino de Mendoza, embajador de España en Londres, reclamación de agravios y de restitución de lo robado⁴, con instancias que por un momento tuvieron á la reina Isabel irresoluta, pesando las consecuencias que pudiera tener su negativa. Al fin, decidida á retener el despojo, arrostrando las consecuencias, hizo acto público celebrando como un triunfo la llegada de la nave; asistió á un banquete

¹ Había sido reconocido en 1542 Juan Rodríguez Cabrillo en comisión del virrey D. Antonio de Mendoza, en cuyo honor llamó Mendocino al cabo que tiene este nombre.

² Relación del último viaje al Magallanes, pág. 223, con cita de MM. de Vauchelles y de Bougainville.

³ John Barrow, con referencia á un libro titulado *The merchant's mappe of commerce*, by Sewes Roberts, 1638.

⁴ Correspondencia de D. Bernardino de Mendoza, Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. xcii.



celebrado á su bordo en el dique de Depford, y á la terminación armó caballero al pirata, transformándolo en almirante.

Francis Drake adoptó entonces por armas un globo terrestre con la divisa *Tu primus circumdedisti me—Divino auxilio;* declaración tan exacta como la de haber visto el primero la tierra de California si hubiera expresado ser *el primero de los ingleses*¹. Quien no escrupulizaba tomar lingotes de oro contra la voluntad de los dueños, no era mucho quisiera la pertenencia meramente honorífica de Sebastián del Cano, usurpación con la que mostraba, después de todo, más altos pensamientos que su allegado John Hawkins, que al ingresar también, por sus méritos, en la orden de caballería, discurrió por blasón *un negro encadenado*, dejando á sus descendientes memoria de la obscuridad de las empresas con que la ganó.

Dejémosles disfrutar de una satisfacción que ningún inglés de nuestros tiempos ambicionará, dado el cambio de las ideas filantrópicas en la Gran Bretaña, retrocediendo á los días en que el marinero barajaba las costas americanas del Pacífico, apareciéndose en los puertos sin ser en ninguno anunciado.

Aunque los primeros golpes en Chile dolieron, ni por mar ni por tierra había medios para comunicar la noticia con rapidez bastante para precederle y evitar el asombro que producía la interrupción de una tranquilidad histórica en aquellas aguas; sorpresa que no dejaba discurrir razonablemente, por lo que se ve, á los encargados de mantenerla.

El Gobernador de Chile, sabido el robo de Valparaíso y mal informado de indios que anunciaban la presencia de otros dos navíos de luteranos, ordenó á los vecinos de los puertos alzar los mantenimientos tierra adentro y fortificarse como mejor pudieran. Embargó un navío que se hallaba en el de

¹ Mr. C. Raimond Beazley acaba de declararlo en estudio titulado *Exploration under Elizabeth.—Transactions of the Royal Historical Society.* London, 1895, reconociendo fué Drake.

«The first English, the third European who had,

»Circled Ocean's plain profound
And girdled earth in on continous round.»



Santiago, y lo despachó con 100 hombres bien aderezados, aunque sin artillería, al mando de Gaspar de la Barrera, en persecución de Drake, con orden de que si hallasen al inglés embistiesen con él, hallándole en algún puerto de los de aquel reino ¹.

En el Perú, después que salió del Callao el atrevido *corsario*, habiendo hecho lo que bien le pareció, saqueando el puerto, y echadas al través las naves, mandó el Virrey abrir la sala de armas, distribuyó arcabuces y picas, y «entrétanto que se acababa de entender que eran ingleses los que habían llegado al puerto, porque hubo varias sospechas sin saberse cosa cierta», despachó á D. Diego de Frías Trejo para que fuese á defender el puerto del Callao (¡á buen tiempo!) y guardar la moneda del Rey que estaba para se embarcar, que eran más de 200.000 pesos de barras de plata; y pareciendo que convenía ir tras el corsario para quitarle la presa que llevaba, señaló dos navios en que se embarcaron casi 300 hombres, yendo por general el dicho Diego de Frías; por almirante, en el otro navio, Pedro de Arana; Pedro Sarmiento de Gamboa por sargento mayor con otros caballeros y soldados voluntarios, y dieron la vela sin llevar artillería, ni municiones, ni raciones, que al pronto no hicieron falta, porque los más de los tales caballeros cayeron en cubierta mareados, y no estaban para tenerse en pie, cuanto más para pelear.

La Audiencia de Panamá armó otro navio, que se juntó con los del Perú, y en conserva navegaron, llevándoles de lantera de quince días *el Draque*; y no quedando en falta de actividad la Audiencia de Guatemala, dispuso también armar dos navios que había en el puerto del Realejo, empezando por fundir para ellos cinco cañones de bronce y buscar comprados ocho versos, 24 esmeriles y tres mosqueteros; todo lo que se pudo encontrar á mano. Reclutaron 200 hombres; nombraron general á Diego de Herrera y almirante á D. Juan de

¹ Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. xciv, pág. 39-41.
«Asimismo dió orden (dice el documento) que se vistiesen los soldados que andaban haciendo la guerra desnudos y estaban sustentando las fronteras.» Estos soldados algo ganaron con la aparición del inglés.



Guzmán, saliendo á la mar cuando los ingleses estaban cansados de su reconocimiento en California¹.

De algo sirvieron estos armamentos; los capitanes de las naos hallaron por rastro de los ingleses á los lastimados que iban dejando libres, y recogieron noticias curiosas del viaje y estragos que habían hecho².

¹ *Colección Navarrete*, t. XXVI y XXVII.

² Pedro Sarmiento de Gamboa escribió relación, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la IIistoria de España*, t. xciv, de la que son interesantes los datos que extracto: «La nao de Draque era fuerte; tenía cebadera y juanetes, «que »son sobregavias»; con el temporal del Estrecho de Magallanes corrió hasta 66° de latitud Sur. Pasada la tormenta fueron á la isla de la Mocha, donde saltaron para tomar agua, y los indios les mataron á un piloto y al cirujano, hiriendo á otros nueve ó diez. En Valparaíso tomaron á la nao que fué capitana de Mendaña en el viaje á las islas de Salomón, hallando en ella vino, harina y 24.000 pesos en oro. En el puerto de la Herradura les mataron un hombre de los bajados á tierra. Iba Drake armado con cota y casco. Después que despojó la nao de San Juan de Antón, antes de despedirse, dió algunas cosas á los que había robado, y en moneda dió á 30 y 40 pesos á cada uno, y á otros piezas de lienzo, y á un soldado llamado Vitoria dió unas armas blancas; y á San Juan de Antón dió una escopeta, diciéndole que se la habían enviado de Alemania, y por esto la estimaba mucho; y al escribano dió una rodela de acero y una espada, diciéndoles que se las daba porque parecían hombres de armas.... y á un mercader llamado Cuevas dió unos abanicos con espejos, diciendo que eran para su dama; y á San Juan de Antón dió un tazón de plata dorado con su nombre escrito en medio, que decía: *Franciscus Draques....* Mostró el inglés á San Juan de Antón una carta de marear de más de dos varas de largo, que decía que se la habían hecho en Lisboa, y le había costado 800 duca-dos ó cruzados..... Suma lo que tomó este cosario inglés en la mar del Sur, en plata y oro, desde el puerto de Valparaíso hasta el cabo de San Francisco, donde robó á San Juan de Antón, 447.000 pesos ensayados, sin muchas vajillas y joyas de oro y plata, y piedras, y algunas perlas, y sin mucha ropa y comida, y el daño de los na-víos que dejó perdidos en el golfo, y sin lo que tomó en el barco de Chilca, que valía más de 2 000 pesos; que estimado por todos á bulto valía más de otros 100.000 pesos. No se hace aquí cuenta de muchas menudencias que robó en diferentes par-tes..... Dende á pocos días se tuvo nueva de que robó á un navío de D. Francisco de Zárate, cargado de ropa de Méjico y de las Filipinas, y él siguió viaje á Aca-pulco, al cual también robó..... Esto que toca á lo que yo vi y averigüé, es así verdad como aquí está escrito, sin faltar en cosa.—Pedro Sarmiento.»

Otros informaron que Drake, á fuer de apóstol, leía capítulos de la Biblia, *en inglés*, á los indios de California.



XXI.

ESTRECHO DE MAGALLANES.

1579-1586.

Reconocimiento del Estrecho.—Primer navio que viene por él á España.—Combate con corsarios.—Decisión de fortificarlo.—Consultas y preparativos.—Armada al mando de Diego Flórez de Valdés.—Discordias, desórdenes y desdichas.—Tribulaciones de Pedro Sarmiento de Gamboa.—Sus grandes méritos.—Combate con ingleses en el puerto de San Vicente.—Abandonan la costa.—Derrota de franceses en Parayva.—Fundación de pueblos en el Magallanes.—Suerte desastrosa que tuvieron.—Cautiverio de Sarmiento.



DQUIRIDA por el virrey del Perú, D. Francisco de Toledo, la certeza de haber hecho rumbo hacia Occidente el pirata Drake, de acuerdo con la Audiencia territorial determinó que se hiciera reconocimiento prolíjo del Estrecho de Magallanes, examinando si podría fortificarse de manera que cerrara la entrada á otros aventureros. Esta comisión delicada y peligrosa confirió á Pedro Sarmiento de Gamboa con título de Capitán superior de la jornada y mando de dos navios, los mejores que se hallaron en el Puerto del Callao, nombrados *Nuestra Señora de Esperanza*, capitana, y *San Francisco*, almiranta. A cada uno se montaron dos piezas de artillería mediana, tripulándolos con 112 hombres de mar y guerra, no sin dificultad por las penalidades que todos presumían ofrecía el viaje. Recibió nombramiento de almirante Juan de Villalobos; de piloto mayor Hernando Lamero, siendo pilotos ordinarios Hernán Alonso y Antón Pablos, natural de Córcega.



Cumplidas las formalidades de juramento y pleito homenaje al recibir las banderas, salieron á la mar los dos navíos el 11 de Octubre de 1579 con instrucción precisa, si toparen con Drake ú otro corsario, de pelear hasta matarle ó prenderle y cobrar las presas que hubiere hecho; de registrar las bocas del Estrecho, sus puertos y ensenadas; describir las condiciones de cada uno, sondearlo, formar derrotero; trazar carta geográfica, tomar posesión de las tierras, escribir en diario los acontecimientos y observaciones, leyéndolas á la tripulación á fin de que manifestara la conformidad con testimonio del escribano, y acabado el reconocimiento, mientras uno de los navíos volvía al Perú, continuar el otro la navegación á España para dar cuenta al Rey con entrega de las memorias y relaciones.

Sarmiento puso el mayor interés en cumplir á satisfacción lo que se le ordenaba; no así el almirante Villalobos, más atento á su comodidad que al servicio. Desde que embocaron el Magallanes mereció reprensiones, quedándose con frecuencia apartado de la capitania y dando á sospechar la intención que al fin realizó, de sustraerse á la obediencia y volver á Lima.

El notable diario del Capitán, digno de su reputación ⁴, muestra que desde el principio procuró corregir las prácticas rutinarias de la navegación por el «punto de fantasía», haciendo atinadas observaciones sobre la variación de la aguja y la costumbre, que también condenaba, de corregirla como

⁴ *Viaje al Estrecho de Magallanes por el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa en los años de 1579 y 1580, y noticia de la expedición que después hizo para poblarle.* Madrid, 1768. Dado á luz por D. Bernardo Iriarte. Acaba de traducirse al inglés, juntamente con otras relaciones del mismo cosmógrafo, por el Sr. Clements R. Markham, presidente de la Sociedad Hakluyt y de la Real Geográfica de Londres, con título de *Narratives of voyages of Pedro Sarmiento de Gamboa to the Straits of Magellan*. London. Printed for the Hakluyt Society 1895. Precede á la traducción epítome de la vida de Sarmiento, considerado como uno de los navegantes españoles del siglo XVI más eminentes en la ciencia náutica. Parte de los viajes de Sarmiento se publicó también en el *Anuario hidrográfico de la Marina de Chile*, 1879, 1880 y 1881, en compilación con los de Magallanes, Jofre de Loaysa, Caboto, Alcazaba, Camargo, Ladrillero y algunos más. Dí cuenta de estas obras en el *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1895, t. xxviii, pág. 273.



si fuera constante, fijando la rosa sobre el acero imantado. En el Estrecho, surgiendo en los puertos, extendía la exploración con los bateles, dominando el campo de observación desde las alturas de la costa, bojeando luego las islas con el astrolabio y la sonda en la mano; haciendo, en una palabra, el primer trabajo hidrográfico de importancia en aquellos temidos lugares¹.

El 1.^o de Febrero de 1580 se desapareció el navío *San Francisco*, cansado el almirante de aquella trabajosa contienda con las corrientes y los vientos: Sarmiento continuó solo sosteniéndola; avanzando de puerto en puerto, situándolos en su carta, poniéndolos nombre, lo mismo que á los montes, arrecifes y objetos notables, é incluyó en su Memoria relación de las incursiones, notando cuanto vió de los naturales, y extendiendo la observación á la fauna y la flora.

Desembocó en el Atlántico el 24 de Febrero, dando por terminada la primera y más difícil parte de su comisión, ya que no tanto se lo parecía el viaje á Europa, con no estar trillado y emprenderlo con malísimo tiempo.

Aquí mostró la superioridad de sus conocimientos sobre

¹ Don Pedro de Peralta elogió estos méritos en el canto VII de su poema heroico *Lima fundada*, escribiendo:

Aquel que allí se ofrece es el Sarmiento,
Nuevo Teseo del austral undoso,
Láberinto del líquido elemento,
Minotauro de espumas proceloso:
Al Drake irá á impedir el fiero intento,
Y demarcado el Bósforo sinuoso,
Domando el golfo con triunfante entena
Su Capitolio hará la Hesperia arena.

Fué tanto más de alabar el interés y buen deseo puestos á prueba en la jornada, cuanto eran hondas las impresiones que respecto á la navegación del Magallanes habían dejado las desdichas de la expedición de Loaysa y sucesivas. Ercilla las recogió en *La Araucana*, parte I.^a, canto I, diciendo:

Por falta de piloto, ó encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida;
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la tierra la ha cerrado.



los de los dos pilotos Hernán Alonso y Antón Pablos, que llevaba á bordo, por estimar éstos que debía la nao estar en tierra cuando la tierra no se veía; en esta perplejidad, dice el diario, hizo Sarmiento una especie de báculo ó ballestilla, «y con este instrumento, con la ayuda de Dios, tomó los grados de longitud por la llena de la luna y nacimiento del sol.....», y entendió que las corrientes habían sacado á la nao más de 220 leguas hacia el Este, lo cual no creían los pilotos, diciendo ser imposible, hasta que, recalando á la isla de la Ascensión, se comprobó la exactitud del cálculo ¹.

Muchas otras indicaciones del diario acreditan el conocimiento náutico poco común de Sarmiento, alcanzado con estudio de toda clase de precedentes; una es la de observación del iris blanco de la luna, que le sugirió el siguiente párrafo:

«Cosa tan rara, que ni la he visto otra vez, ni oido ni leido que otra persona la haya visto tal como éste, sino en la relación de Américo Vespucio, que dice haber visto otro como éste en el año 1501.»

De la misma se valió, quizá, para buscar por tanteo una estrella que le sirviera para calcular la latitud por la altura del polo, y no reservó para sí el fruto de las experiencias; antes bien, descubierta la incógnita, escribió el procedimiento separadamente, advirtiendo que «de estas reglas se podrán utilizar los navegantes, de que hallarán gran provecho y recreación ²».

¹ Entiende el Sr. Markham, antes citado, que Sarmiento fué el primero que se sirvió en la mar de la distancia angular de luna á sol, habiendo tenido que construir instrumento con que medirla. Sus palabras son:

«This cross-staff must have been constructed to enable Sarmiento to observe an unusually large angle; so as to take the sun's lunar distance. The method of finding the longitude by lunar distance was first suggested by Werner in 1552. But this is the first time that it is recorded that a lunar observation for finding the longitude was taken at sea.» *Narratives of the voyages of Sarmiento*, nota de la página 164.

² La frase da á entender que de las reglas hizo compilación formando tratado, y lo confirma Argensola en la *Historia de las Molucas*, comentando, en el extracto que hizo de los diarios de Sarmiento, las apreciaciones acerca de las corrientes, al decir: «Con increíble curiosidad hizo lo mismo, usando de la atención y des-



En la isla fijó Sarmiento una tabla con leyenda explicatoria de ser su nave la primera que desde la costa del Perú había desembocado por el Estrecho de Magallanes desde la mar del Sur á la del Norte «en servicio de su patria y de su Rey». Desde aquel punto fué á recalcar sobre Sierra Leona, y corrió la costa de Guinea, padeciendo mucho su gente de escorbuto, lo que no fué obstáculo para hacer cara á una nao corsaria francesa de mayor fuerza que atacó á la peruana cerca de las islas de Cabo Verde, obligándola á retirarse cambiados los tiros de artillería.

Anota Sarmiento, y es dato curioso, que eran por entonces dichas islas el principal mercado de negros, por lo que valía la Aduana 100.000 ducados anuales al rey de Portugal, y había constantemente corsarios en crucero para robar á las naves cargadoras de esclavos. Habiendo descansado en la de Santiago algunos días, remontando á las Terceras, llegó al Cabo de San Vicente el 15 de Agosto, cumplidos diez meses de campaña.

Dieron mucho que pensar al rey D. Felipe los informes que de palabra y por escrito le hizo en Badajoz Sarmiento, sosteniendo, en resumen, la posibilidad de asegurar el dominio del Estrecho de Magallanes construyendo en la parte más angosta dos fuertes en opuestas orillas, y fundando en la inmediación dos poblaciones que podrían muy bien sustentarse y prosperar por sí solas, según las noticias de riqueza y fertilidad de las regiones inmediatas, suministradas por Francisco César ¹ en el reconocimiento verificado por el interior,

treza de sus pilotos y de la suya, que no era inferior, en ningún ministerio militar, como lo dirán (si salen á luz) sus *Tratados de las navegaciones, Fundiciones de artillería y balas, Fortificaciones y Noticia de estrellas para seguir en todos los mares.*» Á luz no han salido estas obras, ni existe más noticia de ellas. Tampoco de los trabajos hechos en el Estrecho se conservan los particulares, que debieron de ser muchos juzgando por la expresión del mismo Argensola: «Jamás dejaron de mano la sonda ni los astrolabios y cartas, en los fondos, puertos, senos, montes y restinas; ni los escribanos las plumas, escribiendo y pintando, de que resultó una larga relación que él envió al Rey, la cual nos dió esta suma. Allí cuenta la correspondencia del cielo con las tierras, los peligros, las islas, promontorios y golfos, geográfica y corográficamente.....»

¹ Uno de los individuos de la expedición de Sebastián Caboto, que atravesó la



pudiendo afirmarse desde luego la existencia de ganado semejante al del Perú, volatería, maderas de construcción y materiales ordinarios.

Encargó el estudio al Consejo de Indias, sin perjuicio de oír pareceres de personas de alta capacidad como Juan Bautista Gesio y D. García de Mendoza. Entre éstas opinaba el Duque de Alba, que ni el Magallanes, ni los estrechos en general, se cierran fácilmente con fortalezas, juicio exacto de que participaba el general de la armada D. Cristóbal de Eraso, emitiendo el suyo de ser de más efecto y menos costo el entretenimiento de una buena escuadra de guerra en las costas de Chile y el Perú; no dejaban, sin embargo, de alejarse ideas contrarias, esto es, de las que apoyaban la propuesta de Sarmiento, á que D. Felipe se inclinó, ordenando trataran en junta de la realización del proyecto el referido Duque de Alba, el Marqués de Santa Cruz, D. Francés de Álava, Pedro Sarmiento, el autor, y los ingenieros Juan Bautista Antonelli y *el Fratin*. Calcularon los últimos las proporciones de las fortalezas; D. Francés el artillado; el Duque y el Marqués el complemento de seis barcos chatos con cañones gruesos que se mantuvieran al abrigo de los fuertes, quedando por determinar el envío de operarios y pobladores¹.

Lo último hizo el Rey por sí, disponiendo se alistara en Sevilla armada suficiente, que llevaría como capitán general Diego Flores de Valdés²; elección poco acertada, contra la

cordillera y refirió á la vuelta fábulas maravillosas de un gran señor indio, en cuyos estados fué bien recibido. De esta novela, como de la que forjó el capitán Hernando de Rivera acerca del gran Moxó, residente en una ciudad en medio de gran laguna con palacio guardado por leones, estatuas de oro y frioleras al tenor, tratan las historias de Chile y del Plata, entre ellas los manuscritos de la Academia de la Historia, *La Argentina y conquista del Río de la Plata*, y la *Historia del Paraguay. Colección Mata Linares*, tomos XXVII y XXVIII.

¹ Hállanse los informes, memorias y cédulas reales en la *Colección Sans de Burutell* citada, artículos 3.^º y 4.^º; en la *Colección Navarrete*, t. xx, y en la *Correspondencia del Duque de Alba con Felipe II. Colección de documentos inéditos*, t. XXXIV.

² Asturiano, caballero de Santiago, general de flotas de Indias desde 1566. Entendió en la fábrica de navios en Vizcaya y en materias de organización, produciendo informes varios, apuntados en la *Biblioteca marítima de Navarrete*, t. I, página 331. Pasaba por hombre soberbio, discolo y envidioso.



que representó, en interés del servicio, el general D. Cristóbal de Eraso, exponiendo respetuosamente que, si bien tenía ciertas condiciones, «se creía obligado á informar que carecía de la experiencia necesaria en semejante jornada»¹.

Más hizo Sarmiento: al saber la designación renunció desde el instante á sus proyectos, pidiendo al Rey licencia para volverse al Perú, alegando motivos de interés personal²; pero se le aquietó con la seguridad del nombramiento de Gobernador y Capitán general de las poblaciones del Estrecho desde el momento de la llegada, con independencia de Flores de Valdés.

Éste dió muestra de su carácter desde que comenzó el armamento, poniendo dificultades para todo y enemistándose con cuantos fiscalizaban sus acciones; de suerte que no estuvo presta la armada hasta principios del año 1582, y eso con defectos públicamente señalados y con disidencias que á nadie se ocultaban³.

En las instrucciones se ordenaba al caudillo conducir á la costa del Brasil la armada en que irían, Sarmiento con los pobladores del Estrecho, y D. Alonso de Sotomayor, gobernador de Chile, con gente destinada á la pacificación del territorio. Después de invernar en Río Janeiro, en estación oportuna debía embocar el Magallanes y dar auxilio á la construcción de los fuertes á una y otra parte, artillándolos con cuatro cañones, cuatro culebrinas y la correspondiente artillería menuda, y guarneciéndolos con 200 hombres cada uno. En el caso de que los ingleses se hubieran anticipado construyendo fortaleza, empezaría por tomarla á viva fuerza, y habiendo corsarios, perseguirlos y castigarlos con rigor⁴.

¹ *Colección Navarrete*, t. xx. núm. 17.

² Idem id., núm. 16. Expone entre las razones que disfrutaba en el Perú «una lanza» que le producía 1.000 pesos ensayados al año; dato útil para su biografía.

³ Pretendió Valdés designar por si almirante, capitanes y pilotos, insinuando mala voluntad á Sarmiento y á Antón Pablos, corso, nombrado piloto mayor con pensión vitalicia de 500 ducados. *Colección Navarrete*, t. xx, núm. 22, y *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xciv.

⁴ El Rey escribía al Duque de Alba: «Lleva entendido el Visorrey, como se pondrá en su instrucción, que si topa á Draques le haga el hospedaje que me-



Acompañaban otras instrucciones especiales: una para la construcción de los fuertes¹; otra para el complemento de torres de atalaya y barcones cañoneros²; otras para fabricar ocho galeones por el modelo y trazas de Pero Menéndez de Avilés³.

Componían la armada una galeaza capitana, la nao *Nuestra Señora de Esperanza*, que trajo del Perú Sarmiento y tres fragatas, en total cinco naves pertenecientes á S. M. Además 18 naves embargadas que arqueaban en junio 8.400 toneladas, dispuestas igualmente á costa de la Corona; total general, 23⁴. Por almirante iba Diego de la Ribera; piloto mayor, el referido Antón Pablos, contándose en el estado mayor los oficiales reales, auditor, frailes y el ingeniero Bautista Antonelli. Gente de mar, 672; de guerra, 1.332; destinados á Chile, 670; los 70 casados, con mujeres é hijos; pobladores del Estrecho, 206, parte de ellos con familia; artilleros, albañiles, herreros, carpinteros, etc., casi 3.000 hombres⁵. Sar-

rece.» *Documentos inéditos*, t. xxxiv. La instrucción de Valdés, *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^º, núm. 422.

¹ Los planos originales, firmados por el ingeniero Tiburcio Spanoqui, se guardan en la *Colección Navarrete*, t. xx, núm. 15.

² Idem id., núm. 19.

³ *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^º, núm. 422. Sarmiento escribió memorial dando dimensiones para las naves que fueran al Estrecho, y recomendando no pasaran de 200 toneladas, con costado y contracostado, empomadas, con respetos, etc.

⁴ Eran: Galeaza capitana *San Cristóbal*, capitán Juan de Garay; almiranta *San Juan Bautista*, capitán Alonso de las Alas; *Concepción*, capitán Gregorio de las Alas; *San Esteban de Arriola*, capitán Juan Gutiérrez de Palomar; *San Miguel*, capitán Héctor Abarca; *Sancti Spiritus*, capitán Villaviciosa Unzueta; *Maria de Jesús*, capitán Gutierre de Solls; *Nuestra Señora de Esperanza*, capitán Pero Estévanez de las Alas; *Gallega*, capitán Martín de Quiros; *Santa María del Pasaje*, capitán Jodar; *Maria de San Vicente*, capitán Hernando Morejón; *Maria*, capitán Francisco de Nevares; *Francesa*, capitán Juan de Aguirre; *Santa María de Begoña*, capitán Pedro de Aguino; *Trinidad*, capitán Martín de Zubietu; *Santa Marta*, capitán Gonzalo Meléndez; *San Esteban*, capitán Esteban de las Alas; *Corza*, capitán Diego de Alavarri; *San Nicolás*, capitán Vargas; fragata *Maria Magdalena*, capitán Diego de Ovalle; fragata *Santa Isabel*, capitán Suero Queipo; fragata *Santa Catalina*, capitán Francisco de Cuéllar; fragata *Guadalupe*, capitán Álvaro del Busto. *Colección Navarrete*, t. xx, y *Colección Sans de Barutell*, art. 4.^º, núm. 566.

⁵ *Colección Navarrete*, t. xx. *Colección Sans de Barutell*, art. 4.^º, núm. 572. *Colección Muñoz*, t. xxxvii. *Colección de documentos de Indias*, t. v.



miento tuvo cargo de la construcción de instrumentos náuticos y de las cartas del Magallanes¹.

El Duque de Medina Sidonia, capitán general del mar de Andalucía, instado por las órdenes del Rey para activar la salida de las naos, la determinó, sin atender las observaciones de los pilotos, el 26 de Septiembre de 1581; esto es, en los días inmediatos al equinoccio, que se dejó sentir con temporal del SO. La armada arribó á Cádiz bajo la presión del viento, con la desgracia de que no pudieran tomar el fondeadero cuatro de las naos, que se perdieron sobre Rota y Arenas Gordas, ahogándose algunos de los pobladores del Magallanes y escapando pocos de los marineros y soldados. Mientras reparaban los desperfectos en la bahía, los causó mayores otra borrasca de Levante, disminuyendo los vasos á 16 antes de empezar la jornada á que estaban destinados.

Volvieron á la mar en este número el 9 de Diciembre; detuvieronse un mes en las islas de Cabo Verde y anclaron en Río Janeiro el 25 de Marzo de 1582 sin ocurrencias notables de mar, pero con sensibles bajas causadas en el personal por la mala calidad de los víveres, y más aún por escasez de agua potable. Murieron 153 hombres en la travesía y 200 más de los enfermos desembarcados en el Brasil. La falta de orden, la mala administración, la negligencia del General, que se dijera no tenía otra misión que vejar á los que estaban á sus órdenes, se extremaron durante la invernada, siendo escandalosa la dilapidación de víveres y pertrechos, vendidos á bajo precio ó cambiados por palo brasil, con que se iban aba-

¹ Lo hace constar en la Relación abreviada escrita en Río Janeiro el 1.^o de Junio de 1583, inserta en la *Colección Muñoz* y en la extensa del viaje que envió al Key, expresando que le ayudaron los cosmógrafos de la Casa de la Contratación Sancho Gutiérrez, Diego Gutiérrez y Rodrigo Zamorano, y que tuvieron á la vista todos los trabajos hidrográficos existentes á más de los tuyos. Expresa también que, cumpliendo la orden circular de 1578, observó en Lima el eclipse de luna, y comparada la hora con la de la observación de Zamorano en Sevilla, dedujeron la longitud; «y hecha esta averiguación, que fué bien rara, dice, cual hasta entonces ninguno especuló, fué admiración á los que lo vieron y satisfacción á todos los que lo entendieron». Juntamente con los dibujos de Espanqui hay una carta del Magallanes pintada al lavado en colores, de las que dirigió Sarmiento.



rrotando las bodegas de los barcos, mientras la bruma los consumía ó inutilizaba por falta de cuidado.

Sin recatarse de nadie, enemistado con Sarmiento por haber sugerido la expedición al Estrecho, hablaba el General públicamente contra ella, aleñando el espíritu de la indisciplina que los capitanes y (lo que es más de censurar) los frailes predicaban con intención de volver á España sin intentar siquiera la entrada en el Magallanes¹.

Podía, pues, sin pretender el don de profecía, anticiparse lo que había de ocurrir desde que la armada salió de Río Janeiro el 2 de Noviembre de 1582, reducida á 15 de las naos, picadas de bruma y un bergantín construido durante la inviernada con piezas llevadas de España. La *Maria* se había echado al través por inútil. Las demás, adelantadas á la estación, encontraron tiempos duros en la travesía, que hacían muy penosa la vida y acrecentaban el descontento.

El dia 29, hallándose en 38° de latitud, pidió socorro la nao *Arriola*, una de las más nuevas y mejores de la armada, avisando que se anegaba. Ninguna providencia adoptó Valdés, y fué general el sentimiento no viéndola al dia siguiente, pensando que durante la noche se sumergió con más de 350 personas que conducía.

Hizo rumbo la armada hacia la isla de Santa Catalina, donde experimentó nuevas desgracias; naufragó sobre la costa la nao *Santa Marta*, sin hacer las demás diligencias para socorrerla; embarrancó y se hizo pedazos la *Proveedora*, nave almacén de provisiones, y por colmo se amotinó la gente, poniéndose el General de su parte.

En aquellos parajes avistaron un barquichuelo en que navegaban hacia el Río de la Plata D. Francisco de Vera y Fr. Juan de Rivadeneyra, portadores de noticias graves. Habían llevado al Rey la de la fundación de la ciudad de Buenos

¹ Refiere Sarmiento, entre las inconveniencias de Flores Valdés, cómo se permitía expresar «que no sabía con qué título ni derecho podía llamarse á Su Majestad Rey de las Indias», y que él le replicaba recordando los argumentos empleados por Fr. Francisco de Victoria en pro de los derechos divinos y humanos que asistían al Rcy.



Aires¹, y al regreso, entrando en el puerto de Don Rodrigo de la isla de Santa Catalina, encontraron dos naos inglesas de 500 y 300 toneladas acompañadas de un patache, que les abordó é hizo amainar las velas, obligando á los comisarios á pasar á bordo de la Capitana. El jefe de los corsarios les tomó los despachos, registró su barco y les interrogó menudamente acerca de la composición, fuerza y objeto de la armada de Flores Valdés, diciéndoles que la suya había salido de Inglaterra para Guinea, había tomado algunos negros y se dirigía al Maluco con propósitos comerciales. Sin embargo, les pidió igualmente noticias de la fortificación y fuerzas existentes en las costas de Chile y el Perú, expresando que del Estrecho de Magallanes no las necesitaba ni le importaba cosa el proyecto de fortificarlo, que era irrealizable.

Fuera natural que, oyendo las nuevas, partiera inmediatamente Flores de Valdés en busca de los enemigos tan cercanos; las instrucciones se lo ordenaban terminantemente; mas él se había propuesto hacerlas letra muerta, aferrado más y más á la idea de no proseguir la jornada, empezando por declarar que tres de las naos *San Juan Bautista*, *Concepción* y *Begoña* estaban inútiles para navegar, y previniendo, por tanto, que se volverían á Rio Janeiro á cargo del veedor Andrés de Equino. Que otras tres condujeran al Río de la Plata á D. Alvaro de Sotomayor, á fin de que con su gente se encaminara por tierra á Chile, y otra más se varara en la costa trasbordando la carga. Quedábase con cinco, y volviérase desde el instante con ellas á no mediar las protestas

¹ Salieron del Río de la Plata, en 1580, en la carabela *San Cristóbal de Buena Ventura*, barco histórico por primero de los construidos en el Paraguay que cruzó el Atlántico después de prestar buenos servicios en la colonia y en la costa del Brasil. La trajo á España el piloto Juan Pinto con ocho marineros; y como llegaron en los momentos de la campaña de Portugal, habiendo visto al Rey en Badajoz, se volvieron los comisionados desde Sanlúcar en Mayo de 1582, llevando 18 frailes de San Francisco, campanas, ornamentos, telas, útiles y semillas. En Julio del mismo año entraron en la bahía del Espíritu Santo del Brasil, y por falta de práctico embarrancó la carabela. Los comisarios compraron una fragata para proseguir su navegación. De estas ocurrencias y las sucesivas escribieron relaciones Pinto, Vera y el P. Rivadeneyra, que ha condensado D. Eduardo Madero en la *Historia del puerto de Buenos Aires*.



enérgicas y requerimientos por escrito que Sarmiento le hizo ¹, vistas las cuales, dejando la insignia en la galeaza *San Cristóbal* y trasbordando á una fragata, hizo rumbo hacia el Magallanes, abocándolo el 17 de Febrero de 1583. Al poco tiempo, sin fondear, como pudiera, y sin causa de fuerza mayor, arribó de nuevo, no sin que Sarmiento, de barco á barco, de modo que todos lo oyeron, gritara «que era ignominia y afrenta de España el abandono de la empresa».

El 27 del mismo mes entraron en el puerto de San Vicente de los Santos, donde Andrés de Equino se hallaba con dos de las naos puestas á su cuidado; la tercera, la *Begoña*, había sido afondada en combate con los corsarios ingleses, según contaremos, acompañando por ahora á Flores de Valdés en su desatentada marcha á Río Janeiro, donde surgió el 9 de Mayo.

Esperábale en el puerto lo que menos quisiera: el general D. Diego de Alcega con cuatro naos cargadas de provisiones que el rey D. Felipe enviaba, acompañando despachos expresivos reencargando la concordia y buena armonía entre los jefes para llevar á cabo la empresa recomendada.

Con esta aparición no había pretexto; viveres, pertrechos, naves de refresco, instrucciones apremiantes, y con todo ello nuevos requerimientos escritos de Sarmiento, el único acaso que con buena fe y celo insuperable obedecía las órdenes del soberano. Mas en el torcido empeño del caudillo no pesaron más las cédulas reales frescas que las olvidadas, ni en la idea de la responsabilidad y cuenta que había de dar á la llegada influyó la nao *Trinidad* llevándole desde el Río de la Plata noticia de haberse perdido allá las otras dos en que iba don Alonso de Sotomayor con la gente de Chile, que por menor mal pudo desembarcar en Buenos Aires ². Habiase decidido á venir á España de todos modos, contentándose con dejar en su lugar á Diego de Rivera con título de general de cinco

¹ Según la relación de éste, decían los marineros contrariados: «Ni el Rey da vidas, ni sana heridas.»

² Carta de D. Alonso de Sotomayor, fecha en Santa Fe á 28 de Febrero de 1583.



naves y 500 hombres, y por almirante á Gregorio de las Alas, con autoridad delegada, poniéndolo por obra el 2 de Junio, dia en que dió la vela con seis naos, las cuatro suyas y dos de Alcega, en dirección de la bahía de Todos Santos.

Ahora es tiempo de contar que los ingleses vistos prime-
ramente en el puerto de Don Rodrigo, y después en el de San Vicente, componían escuadra de dos naves, *Leicester*, de 400 toneladas; *Bonaventure*, de 300, y dos pataches, *Eli-
zabeth*, de 50, y *Francis*, de 40, con 500 hombres, al mando
de Edward Fenton ¹, y almirante William Hawkins. Uno
de los pataches se perdió ó desapareció, llegando el otro
mandado por John Drake, sobrino de Francisco, con las dos
naves á la isla de Santa Catalina. Allí, por los naturales, así
como por las declaraciones de los que detuvieron en la fra-
gata de D. Francisco de Vera y Fr. Juan de Rivadeneyra,
tuvieron conocimiento exacto de la fuerza y objetivo que
llevaba la armada de Flores Valdés, y consideraron compro-
metida su situación. Sin causar daño á los religiosos y pasa-
jeros de la fragata dejáronles continuar su viaje, reteniendo
á los pilotos Juan Pinto y Juan Pérez, que eran prácticos de
la costa del Brasil, con intención de retroceder hacia Ingla-
terra. En el puerto de San Vicente carenaban con este ob-
jetivo cuando inopinadamente entraron las tres naves del
cargo de Andrés de Equino. Habiéndoles atacado en el
acto, no tuvieran defensa; pero la indecisión de las españo-
las les dió tiempo para apercibirse, y empezado el combate,
tres á tres, la artillería de los ingleses echó á fondo á la nao
Begoña con muerte de 32 hombres, amén de los heridos, y
sin esperar otra cosa se largó Fenton, temiendo la llegada de
más fuerza ². En la mar se dispersaron, volviendo el jefe á
su país ³; Juan Drake entró con el patache en el Rio de la

¹ En nuestras relaciones Ervan Finton, Eduardo Fontano, con otras variantes.

² En la relación de Sarmiento dice éste que los españoles anduvieron en pleito sobre quién lo hizo peor. En la del piloto Juan Pérez se confirma que hicieron poco daño á los ingleses (ochos muertos y 20 heridos); con todo, éstos juzgaron prudente marcharse. *Colección Navarrete*, t. xx, núm. 29, y t. xxv.

³ John Barrow, *Memoirs of the naval worthies*, refiere cándidamente haberse vuelto por estarle prohibido ir al Estrecho de Magallanes. En la *Colección de Hakluyt*,



Plata, y habiendo chocado en un escollo y héchose pedazos el buque, salió á tierra con 18 personas, vagando por los bosques hasta que ciertos indios las cautivarón, despojándoles de cuanto tenían. Drake pudo escapar una noche y pasar el río, llegando á Buenos Aires, donde las autoridades españolas le dispensaron buena acogida, remitiéndole en calidad de preso á la Audiencia de Lima.

Flores de Valdés salió de Río Janeiro el 2 de Junio de 1583, según queda dicho, con la galeaza *San Cristóbal*, las naos *San Juan Bautista*, *Concepción*, *Santa María* y *Santa Cruz*, y la fragata *Santa Isabel*, llegando sin ocurrencia notable á la bahía de Todos Santos el 13 de Julio. Desde allí se vino á España el general Alcega con la *Santa Cruz*, haciendo él invernada con las otras cinco. Dijole el Gobernador portugués que en el puerto de la Paraya había frecuentemente corsarios franceses bien avenidos con los indios, que comerciaban con ellos. Indicaba la conveniencia de arrojarlos de aquellos lugares, donde trataban de sentar el pie; y como Valdés, según su costumbre y mala voluntad, opusiera toda especie de dificultades, empezando por la declaración pedida á los prácticos de no poder entrar las naves en el puerto por mucho calado, ofreció el referido Gobernador poner á sus órdenes dos embarcaciones portuguesas á propósito, y mientras se presentaba por la mar, que enviaría por tierra un cuerpo de 100 caballos, 300 infantes y 3.000 indios auxiliares para el ataque simultáneo.

El 1.^o de Marzo de 1584 se trasladó el General á Pernambuco, dando tiempo á que caminara la tropa terrestre, según decía, y más bien á que surgiera cualquier incidente contrario á la expedición que repugnaba. No encontrando excusa hizo al fin rumbo hacia el puerto denunciado, dejando en la boca las naos mayores con tal descuido ó tibieza, que una de los franceses se les fué á la vista, haciendose á la mar. Dentro había otras cuatro desarboladas, en carena, la mayor

tomo III, pág. 754, pueden verse las instrucciones de los Lores del Consejo juntamente con el diario de la expedición escrito por Ward. Fué armador el Conde de Leicester, que eligió por jefe á Edward Fenton, cuñado de John Hawkins.



de 200 toneladas, habiendo construído su gente en tierra barracones y trincheras donde tenian montada la artillería, y con ella y los arcabuces rompieron el fuego, resistiendo principalmente desde la nave mayor, muy bien situada, hasta que con bateles la abordaron los capitanes Rodrigo de Rada y Juan de Salas. Abandonáronla entonces, poniendo fuego ellos mismos á las otras tres y á las casas, retirándose con las lanchas río arriba, al interior, acompañados de los indios pitigüares que les amparaban. Tomáronse los viveres, pertrechos, jarcia, artillería y palo Brasil que tenían dispuesto para embarcar; y como á este tiempo, algo tarde, llegara la tropa portuguesa que hubiera debido cortarles la retirada, se procedió á la construcción de un fuerte y fundamentos de población llamada Filipea, que guardara en lo sucesivo el puerto, á cargo del gobernador portugués Fructuoso Barbosa, con la compañía española del capitán Castrejón¹.

Parayva vino á ser pararrayo de que Flores de Valdés se

¹ Relación de la jornada que ia Armada de S. M., de arribada del Estrecho de Magallanes, á cargo del general D. Diego Flores de Valdés, hizo al puerto de Santo Domingo de la Parayva, en la costa del Brasil, contra cinco navíos de franceses que estaban en él cargando de palo brasil, de porte el mayor de ellos de 200 toneladas, con cada 30 y 40 hombres, escrita por Andrés de Esquino, veedor y contador de la dicha Armada, con el suceso y victoria que consiguieron. Colección Navarrete, t. xx, núm. 24. Existe otra en quintillas, que publiqué en las Disquisiciones náuticas, t. vi, pág. 465, titulada: Relación cierta y verdadera que trata de la victoria y toma de la Parayva, que el ilustre señor Diego Flores de Valdés tomó con la armada de S. M. real, de que iba por Capitán general en la jornada de Magallanes y guarda de las Indias. Cuenta cómo corriendo la costa del Brasil halló un puerto que los franceses tenían tomado y allí estaban hechos fuertes, y de cómo se lo ganó y quemó las naos y casas que tenían. Por Juan Peraza, soldado de la Armada. Con licencia. Sevilla, año 1584. Empieza:

«Estaba un puerto tomado
En la costa del Brasil,
De franceses usurpado,
Y desta gente guardado
Con ánimo varonil.»

Fernão Cardim. *Do princípio e origem dos indios do Brasil*, da versión á su modo escribiendo: «Foi a Parahiva tomada pór Diego Flores, General de Sua Magestade, botando os Francezes fora, e deixou um forte com soldados, afora os Portuguezes, que tamben tem seu Capitão e Gobernador Fructuozo Barbosa, que com a principal gente de Pernambuco levou exercito por terra con que venceu os inimigos, porque do mar os da armada não pelejarão.» Los que no pelearon, dicho está, por llegar tarde, fueron sus compatriotas.



sirvió, volviendo á España á los tres años justos de haber partido, para disimular ó dejar en suspenso la cuenta que debía dar del destrozo de la armada, con las apariencias de una victoria exagerada en que poca parte le cupo, mientras que por entero le correspondía la responsabilidad de los desaciertos y malos sucesos¹.

Epílogo de la primera parte. Don Diego de Zúñiga, asistente de Sevilla, participaba al Rey, á fin de que determinara lo más conveniente, que los marineros y soldados del Magallanes andaban por la ciudad en cuadrillas numerosas pidiendo su paga².

La parte segunda empezó por la reorganización en Río Janeiro de los elementos dejados por Flores de Valdés, que eran cinco navios de los peores y 500 hombres de mar y guerra. Los víveres, pertrechos, ropas, habían tenido reducción proporcional, conservándose únicamente enteras la voluntad y la energía de Sarmiento. Diego de la Rivera procedía con él de acuerdo y en buena armonía, aunque no participara de sus ilusiones relativamente al éxito de población en el Estrecho. Hacia él navegaron el 1.^º de Diciembre de 1583 con

¹ Aunque se rebajan en las acusaciones y censuras que Pedro Sarmiento de Gamboa envió al Rey las más graves inculpaciones, suponiendo que no dejaron de impulsarlas la pasión y el despecho, quedan las de las personas más allegadas al General, que aún con mayor acritud cargaron sobre su incapacidad y abandono todas las desdichas de la jornada. El piloto Ramos, que era su confidente *y factotum*; el almirante Rivera, su paisano y deudo; los capitanes y oficiales que se aprovechaban del desorden, todos le declaraban hombre calamitoso, haciéndole verdadero proceso el alguacil real ó auditor en la carta que dirigió á Su Majestad al terminar la jornada, demostrativa del *poco ánimo* del caudillo. Guárdanse las cartas y relaciones en el Archivo de Indias, y de las más importantes hay copia en la *Collección Navarrete*, t. xx. Los franceses sirvieron á la causa Flores sin pensarlo, con el alboroto y reclamaciones á su soberano, abultando las pérdidas que tuvieron en Parayva, y tratando de excitar la opinión pública á fin de conseguir indemnización ó represalias, para lo cual dijeron que los españoles les habían incendiado dos flotas en la costa del Brasil: una de 18 naves, el año 1582, y otra de 17, el de 1583. (MM. Charles et Paul Breard, *Documents relatifs á la marine normande*, Rouen. 1889.) Es significativo que el soldado Juan Peraza, autor de la narración poética de la victoria, no escribiera una palabra en elogio de su General y las aplicara á los capitanes, especialmente al de la artillería.

² Carta fecha á 24 de Septiembre de 1584. *Collección Sans de Barutell*. Simancas, artículo 3º



Sancho Dávila.



Instituto de Historia y Cultura Naval



los cinco navíos, embocándolo á los dos meses justos; el 1.^o de Febrero de 1584, y luchando con temporales y corrientes que una y otra vez los arrojaba al Atlántico, con la gente acobardada del trabajo durísimo, no logrando avanzar hasta el sitio elegido, decidió Sarmiento desembarcar en la entrada, al abrigo del cabo de las Virgenes, abrigo relativo tan menguado que fué menester varar y perder la nao *Trinidad* para poner en tierra los efectos juntamente con 330 personas, contadas mujeres y niños, que iban á constituir la colonia.

Nombróse el asiento provisional *La Purificación de Nuestra Señora*, lugar transitorio mientras se halló otro en el valle de las Fuentes con condiciones aceptables, y con solemnidad y ceremonia quedó fundada la ciudad del *Nombre de Jesús*, con señalamiento de solares, emplazamiento de iglesia y casa municipal, marcándolo el asta del estandarte real⁴.

Durante la faena rompieron los cables los navíos y fueron arrastrados hasta cuatro veces fuera del Estrecho, acabando con la paciencia de los marineros; de modo que en la última se alejaron Rivera y el piloto Antón Pablos, dando por terminada su misión con la orden comunicada á la nao *Maria* de aguantarse y quedar á las órdenes de Sarmiento.

Éste, cuando hubo distribuído la gente en los trabajos de albergue y defensa, separó 94 hombres de los más vigorosos para caminar por tierra, siguiendo las sinuosidades de la orilla hasta la primera angostura del Estrecho, trayecto de más de 70 leguas, en el que marchó á la cabeza dando ejemplo de resistencia á las fatigas, trabajos, hambre, á que se juntó por remate la hostilidad de los salvajes patagones, causando á los viajeros un muerto y diez heridos graves.

Llegó momento en que, rendidos del cansancio, se negaron á caminar más, prefiriendo la muerte donde estaban, y donde ciertamente acabara con ellos á no aparecerse el batel de la

⁴ Confirmando otros datos de la época, lo describe Sarmiento en su relación, expresando era de damasco carmesí, teniendo en una cara un crucifijo y en la otra las armas reales.



nao *Maria* buscándolos. Con su vista renacieron los ánimos; y sabiendo que no lejos la nao estaba al ancla, embarcados en el batel los heridos y estropeados, continuaron los demás la marcha hasta el puerto que pareció á propósito para ocuparse, por tener buen terreno, agua corriente, caza, pesca, y estar hacia la mitad del Estrecho. Sarmiento trazó, con la misma solemnidad que en *Nombre de Jesús*, otra ciudad titulada *del Rey don Felipe*, procediendo sin descanso á la construcción de casas de madera, cerca de empalizada, erección de fuerte con ocho piezas de artillería, iglesia y casa comunal.

Acabadas las tareas del día, empezaba el servicio militar de noche como en plaza sitiada, expuesta al ataque de los salvajes, y ésto con alimentación insuficiente, con frío excesivo, sin distracción, agrado ni perspectiva que mitigaran la tristeza de la situación. ¿Cómo extrañar que no en todos dominara el imperio del deber á la tentación de acabar el des-terro insoportable? Un cabo de escuadra descubrió en ronda nocturna complot, á que no era ajeno el clérigo Alonso Sánchez, enderezado á la muerte de Sarmiento, asalto de la nave y abandono de la colonia. Cuatro soldados pagaron con la vida la pena debida á la disciplina.

La entrada del invierno, pasando días y días de nieve sin parar, con vientos y torbellinos inaguantables, faltos como estaban los hombres de ropa y calzado, hizo aún más angustiosa su vida. Sarmiento la entretenía y alentaba con la ocupación y la palabra, no esquivando nunca fatiga que sirviera de ejemplo, consiguiendo que todos los vecinos de la ciudad tuvieran instalación acomodada en lo posible y seguridad contra los ataques de los naturales. Quiso entonces visitar á la primera ciudad, embarcándose en la nave con 30 hombres el 25 de Mayo; y llegando al fondeadero, uno de los temporales ordinarios partió la única amarra que tenía, arrastrándola á la mar, donde ~~llegó~~ eó veinte días sin provisiones. Pocas veces ocurrirá mayor trabajo á los hombres de mar; dos marineros cegaron del frío; varios perdieron los dedos de los pies, helados, y al cabo se hizo pedazos la nave en la costa del Brasil, no pudiendo regirla.



Tanto en la bahía de Todos Santos, adonde llegó primero, como en Río Janeiro y Pernambuco, hizo Sarmiento uso de su crédito y relaciones á fin de despachar para los nuevos pueblos un barco de 40 toneladas con ropas y harina, porque Diego de Rivera había marchado á España ¹. Otro mayor, cargado con iguales procedimientos, trató de conducir por si mismo, dando la vela el 13 de Enero de 1885 con fortuna declarada contra sus fundaciones: sufrió tremendas borrascas, de las que á duras penas se libró, volviendo á Río Janeiro al cabo de cincuenta días con la desazón de hallar en el puerto, también de arribada, el barco de las harinas. Habiendo agotado los recursos, sin encontrar siquiera gente que se prestara á nuevos intentos, tomó pasaje en una carabela portuguesa, con idea de gestionar personalmente en la Corte el envío de socorros solicitado en sus cartas ², muy lejos de pensar en la desventura mayor que le esperaba. La carabela fué apresada en la altura de las islas Terceras por tres corsarios ingleses, que la detuvieron y robaron después de poner á cuestión de tormento á los hombres, á fin de que declararan lo que tenían de valor. Sarmiento hubiera quedado en libertad, tomándolo por mercader, si no le delatara el piloto portugués, exagerando la categoría é importancia de su persona; con ello, y la averiguación de haber arrojado al mar los manuscritos que llevaba, le guardaron prisionero con mal tratamiento hasta llegar á Plymouth en el mes de Septiem-

¹ Entró en Sanlúcar el 21 de Septiembre de 1584 con la nao Capitana y la fragata *Santa Catalina*, y dió cuenta de su campaña, expresando que en la equinoccial se había separado el otro buque, la fragata *Magdalena*. Colección Navarrete, t. xx, números 38, 39 y 41. Por este tiempo, en que habían fracasado los esfuerzos de Pedro Sarmiento, deliberaba el Consejo de Estado en Londres sobre los peligros que para Inglaterra traería el vencimiento por D. Felipe de los rebeldes de Flandes después de haberse posesionado de Portugal. En el plan discutido para evitar lo que pudiera temerse entraba en primer término la destrucción de la marina española, y como medios la ocupación del Estrecho de Magallanes, para interceptar el comercio del mar del Sur, la captura de los pescadores de Terranova y la restauración de D. Antonio de Crato en Portugal. Véase *Calendar of State papers of the reing of Elizabeth*, año 1584.

² Cinco de ellas pidiendo con insistencia auxilios, constan en la Colección Navarrete, t. XXVI.



bre de 1686, y sucesivamente á Windsor, donde sir Walter Raleigh, armador de los navíos aprehensores, le dispensó acogida cortés y le presentó á la reina Isabel, con la que tuvo audiencia de dos horas y media, entendiéndose en lengua latina. Fué asimismo recibido por el Presidente del Consejo, lord Burgleigh, por el almirante de Inglaterra, lord Howard, con los cuales trató de cuestiones encaminadas á encenderle mensaje verbal para el rey D. Felipe que sirviera de base á negociación conciliadora, proporcionándole al efecto pasaporte y crédito de 300 escudos (si bien con su cuenta y razón) para venir á España ¹.

¹ Rigor de las desdichas Sarmiento, habiendo pasado de Londres por la vía de Flandes á París, donde conferenció con el embajador de España, D. Bernardino de Mendoza, y viendo á través de Francia, cerca de Burdeos cayó en manos de un capitán hugonote, mezcla de soldado y foragido, que le condujo á Mont de Marsan, exigiendo por la libertad grueso rescate. En vano expuso el prisionero que, estando España en paz con Francia, no estaba justificada su detención; respondieron «que los hugonotes con ningún católico tenían paz, máxime con españoles, y que ellos hacían guerra contra todos los que algo tenían». En vano también hizo el Embajador reclamaciones ante el Rey de Francia: mezclados en el asunto el Príncipe de Bearne, la Reina de Inglaterra y personajes de ambas cortes, prolongaron la prisión con atroz tratamiento y amenazas continuas de muerte, hasta que el rey D. Felipe mandó pagar el rescate pasados tres años de cautiverio. Desde la prisión no dejó de clamar por los pobladores abandonados del Magallanes, y restituido á España en 15 de Septiembre de 1590, fijando su habitación en el Escorial, cerca del Monarca, escribió relación prolífica de sus sufrimientos. Son tan curiosas las circunstancias comunicadas al Rey por D. Bernardino de Mendoza, de cómo se insinuó Sarmiento en Londres al favorito de la reina Isabel, y tanto me parece importan al conocimiento de los personajes de la época los documentos hasta ahora desconocidos, que los inserto en el apéndice núm. 5, y podrán servir por otro lado á la vida de nuestro navegante, merecedora, como he dicho anteriormente, de especial estudio y vulgarización, investigando vicisitudes posteriores al año 1592, en que, según Navarrete, fué por Almirante de los galeones que salieron de Sanlúcar para Nueva España, con el general Juan de Uribe Apallua. El Sr. Mar-kham, como testimonio de las consideraciones que mereció durante la estancia en Londres, transcribe anécdota referida por sir Walter en su *History of the World*, de este modo:

«Recuerdo una breve frase de D. Pedro Sarmiento, digno caballero comisionado por el Rey de España para poblar en el Estrecho de Magallanes, siendo prisionero mío. Haciéndole preguntas acerca de una isla que aparecía en el mapa del referido Estrecho, me contestó riendo que el nombre verdadero debía ser «Isla de la mujer del pintor», porque en el momento en que el delineante iluminaba la carta veía su esposa, y le rogó pusiera su nombre en cualquiera de tantas islas como el mapa tenía, á fin de hacerla propietaria de imaginación, lo cual el pintor hizo.»



Varias consultas evacuó el Consejo de Indias durante el año 1585, ya para enviar armada de socorro, ya para despatchar buques sueltos con provisiones destinadas á los pueblos del Magallanes¹, sin que nada se decidiera en favor de los desgraciados que en aquella espantosa mansión habían de perecer, sin que más de uno se librara para contar las agonías de los otros².

Al ausentarse Sarmiento, quedó por Gobernador de la ciudad de *Don Felipe* Andrés de Viedma, pronto preocupado con el consumo de provisiones almacenadas en la colonia. Determinó enviar 200 hombres á la otra ciudad para disminuir bocas, encargándoles se procuraran sustento por el camino mariscando. Los restantes pasaron el invierno y verano siguiente con penas mitigadas por la esperanza de ver llegar de un momento á otro algún navío; ya perdida aquélla, aquejados del hambre, del frío y de graves enfermedades desarrolladas con carácter pestilencial por consecuencia, determinaron construir dos barcas y embarcar 54 hombres y cinco mujeres que quedaban vivos, contados el Gobernador y un fraile. Navegadas 36 millas, chocó una de las barcas en los arrecifes de la punta de Santa Brígida, abriéndose, pero sin desgracia personal. En la misma punta tomaron tierra 31 hombres y las cinco mujeres, que se dividieron en grupos por común acuerdo, á fin de encontrar más fácilmente mariscos y raíces.

Viedma, con 20 soldados, volvió á la ciudad que habían abandonado, y todo el invierno que entraba (1586) anduvieron unos y otros á orillas del agua sustentándose con mejillones. Al apuntar el verano, en que los huevos de aves y la caza de alguno que otro animal contribuían con el temple de la estación á mejorar la triste suerte, envió Viezma á buscar á los de la Punta, mas ya sólo existían 15 hombres y tres mujeres, que habían marchado en dirección del *Nombre de Jesús*, creyendo menor la distancia que la que había á *Don Felipe*. En

¹ Colección Navarrete, t. xxvi.

² «Declaración que hizo ante escribano Tomé Hernández de lo sucedido en las dos poblaciones fundadas en el Estrecho de Magallanes por Pedro Sarmiento de Gamboa.» Está publicada por apéndice al viaje del mismo.



el camino descubrieron tres navios, que con tiempo borrascoso navegaban sin hacer caso de los fuegos, gritos y señales con que daban á entender su situación. Uno solo, el soldado Tomé Hernández, que ha transmitido la noticia, consiguió por sorpresa que le admitieran en el batel que se acercó á tierra; de los demás nada se sabe. El frío y el hambre acabaron, sin duda, con ellos.



XXII.

IRLANDA Y FLANDES.

1579—1587.

Expedición pontificia.—Naufraga en la costa de España.—Se rehace.—Desembarca en Kerry.—Se fortifica.—La desbaratan los ingleses.—Crueldad de Walter Raleigh.—Sitio de Amberes.—El puente de Farnesio.—Esfuerzo para destruirlo.—Ingenios y máquinas.—Explosión espantosa.—Efectos.—Barco colosal.—No responde al propósito.—Batalla en un dique.—Vencen los españoles.—Capitula Amberes.—Peligroso trance en la isla de Bomel.—Salvamento.—Expugnación de la Escalera.—Se rinde.—Opinión de la marina española.



IN razón se ha atribuido al rey D. Felipe la idea de invadir á Irlanda como diversión que entretuviera á Isabel Tudor en los momentos en que iba á emprender la campaña de Portugal. El desastroso intento, por lo que puede vislumbrarse á través de la nebulosidad de los historiadores de la época, fué iniciado por James Fitzmauri, católico irlandés, que alcanzó de Su Santidad bula desposeyendo á Isabel de la corona de la isla, y auxilio material de hombres, armas y dinero ¹. Don Felipe

¹ Lingard, *History of England*.—*Histoire des descentes qui ont eu lieu en Angleterre, Écosse et Irlande*, Paris, 1798.—*Mémoires de la Ligue*, Amsterdam, 1758.—Cabrera de Córdoba, *Felipe II*.—St. John, *Life of sir Walter Raleigh*, London, 1868.—Fraser Tytler, *Life of sir Walter Raleigh*, Edimburg, 1844.—Dargaud, *Histoire d'Élisabeth*.—Antonio de Herrera, *Segunda parte de la Historia general del mundo*, Madrid, 1601. Este último entiende que los promotores de la jornada fueron Jacome Geraldino y Tomás Estruleo, inglés. Babia en la *Historia pontifical* le nombra Tomas Sternvile, y dice que el rey D. Felipe le dió título de Marqués. En la correspondencia del Duque de Alba (*Colección de documentos inéditos*, t. XXXIII, pág. 15), se da por avisado de «que los italianos que van á lo de Irlanda entrarán en la Coruña». La carta es del año 1580: Cabrera de Córdoba pone el suceso entre los de 1586.



no hizo otra cosa que acceder á las instancias del Papa para que consintiera levantar gente voluntaria en sus Estados.

El hecho es que en el verano de 1579 salió de Civita Vecchia la expedición, navegando con tan mala fortuna que las naves naufragaron en la costa de Galicia; y solicitando Su Santidad amparo para los que marchaban por su cuenta, con la venia del Soberano comisionó el Nuncio apostólico al deán de Palencia para entender en el asunto, proveyendo á los expedicionarios de otros navíos, vituallas y pertrechos.

Reorganizada la tropa y crecida con voluntarios castellanos, embarcó en ocho naos y cuatro pataches mandados por Juan Martínez de Recalde. Componían los soldados un total de 1.500 hombres, italianos y emigrados irlandeses en su mayoría; llevaban banderas con las armas de la Iglesia; por jefe principal, con título de Comisario de Su Santidad, iba Sebastián de San Giuseppe ó Juseppe; por capitán de los italianos, Hércules de Pisa, conduciendo además los bajeles buena provisión de víveres, municiones y armas para 4.000 hombres.

La escuadra entró sin accidente en Smerwick, puerto de Kerry, al Oeste de la isla: desembarcó la gente, uniéndose á los alzados irlandeses que capitaneaban James Fitz-Maris, ó Fitzmauri y el Conde de Desmond; y viendo que los elementos con que contaban no correspondían á las voces públicas, volvióse Martínez de Recalde, trayendo más de trescientos de los españoles enganchados. Quedaron únicamente unos ochenta ¹, componiendo con los demás expedicionarios cuerpo de 600 á 700, y á la entrada del puerto de Lymbrik, sobre una roca bañada por el mar, hicieron atrincheramiento, denominado Castillo del Oro.

Acudió el gobernador inglés Lord Grey con fuerzas que establecieron el sitio por tierra, mientras batía al fuerte por mar el almirante Winter: los expedicionarios se defendieron bizarramente esperando socorro de los irlandeses, hasta que desesperanzado el jefe San Giuseppe, contra la opinión y voluntad de los oficiales pidió capitular. Preguntado en qué

¹ Lingard, *History of England*.



nombre hacia las proposiciones, respondió que en el de Su Santidad el Papa, al oír lo cual se desataron en improperios los ingleses. Insistió, sin embargo, en el parlamento, obligándose á entregar el fuerte, poner el dinero y armas en manos del Gobernador, sin otra condición que la vida salva; y como le fuera acordada, se rindió el 9 de Noviembre de 1580. Volvieron á declarar los italianos haber ido por mandato del Papa, en defensa de la fe cristiana, manifestando los castellanos que se embarcaron sin orden del Rey, acudiendo al llamamiento de Juan Martínez de Recalde, que gobernaba la mar en Bilbao y reclutaba gente sin decir para dónde¹. Walter Raleigh, que se hizo cargo de los prisioneros, separó 20 de los principales, esperando obligarles al rescate, y á pretexto de ser dificultosa la custodia de los otros mandó ahorcar á 17 y pasar á cuchillo al resto, á sangre fría, vanagloriándose de tal atrocidad². Las víctimas fueron 400 al decir de algunos escritores³; otros las elevan á 600⁴.

De este modo se daba á conocer, joven, un personaje con que hemos de tropezar frecuentemente en los sucesivos, por la ingerencia que tuvo en asuntos de Flandes, y más aún en los de las Indias.

Nada hemos vuelto á contar de la región primera; del campo de la herejía, desde que por muerte de D. Juan de Austria quedó encomendado el mando del ejército español á Alejandro Farnesio. La situación en que se vió era complicada y gravísima, llegado caso en que de las 17 provincias de los Países Bajos, tres tan sólo reconocieran al Rey de España por soberano, y éstas del interior, sin costa ni puertos, y sin que la marina tuviera, por tanto, que hacer papel.

Dos acontecimientos de importancia suma, la expulsión de los franceses, con desprestigio del Duque de Alenzón, y la muerte del Príncipe de Orange, determinaron al de Parma á proceder con energía, tomando las plazas de Iprés y de Bru-

¹ St. John, *Life of W. Raleigh; Mémoires de la Ligue*.

² St. John.

³ Idem.

⁴ Lingard, *Histoire de la Ligue*.



jas y poniendo en jaque á la de Gante, mientras maduraba el plan gigantesco de expugnar á Amberes, centro de la insurrección, residencia de su Gobierno, plaza la más importante del país por la población y la riqueza.

Situada en la orilla derecha del Escalda, ancho y caudaloso en aquel sitio, lo suficiente para formar puerto de mar adonde llegaban las mayores naves de todas naciones, la guerra había aumentado la importancia de sus transacciones comerciales y fabriles con la de carácter político y militar. Contaba, á más de las condiciones de situación y de las fortificaciones de plaza de primer orden, con el concurso de las flotas de Holanda y Zelanda, y el abierto auxilio de Inglaterra, mientras que para atacarla no disponía Farnesio de más de 10.000 infantes y 1.500 jinetes españoles, italianos, walones y alemanes. La empresa parecía, por tanto, quimérica á muchos de sus capitanes, juzgando casi imposible cortar la comunicación marítima, por donde tendría toda especie de recursos, y peligroso, aun sin esto, emprender el sitio con tan poca gente, dejando á la espalda las plazas de Gante y Terra-munda; mas á todo respondía el Príncipe que cuanto mayores fueran las dificultades más les importaba acometerlas, buscando ocasión de un acto arrojado y de realización tan poco esperada que impusiera al enemigo.

Resolvió, pues, en el año 1584, por propia iniciativa, uno de los hechos de armas de más admiración y fama con que acabó el siglo, cercadas casi á un tiempo y tomadas en un año cinco ciudades; emprendidas para la principal obras é ingenios nunca vistos¹, siempre en la idea de que mucho importa á un general, cuando tiene entre manos empresa donde

¹ Del sitio trata con más amplitud y conocimiento militar que los autores antes citados, el capitán Alonso Vázquez, *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos LXXII, LXXIII y LXXIV, y en nuestros días D. Francisco Barado, historiador militar, concienzudo y diligente. Su obra especial, que empezó á imprimirse en la *Revista técnica de Infantería y Caballería* el año 1891, y terminó en 1895, después de escrito este capítulo, se titula: *Sitio de Amberes. Antecedentes y relación crítica, con el principio y fin que tuvo la dominación española en los Estados Bajos*. 8.^º



espera sacar fruto y aumentar nombre y reputación, hacer posibles algunas cosas que parecen no serlo.

Felipe Marnix, señor de Santa Aldegundis ó Aldegunda¹, burgomaestre de la ciudad, tan luego como advirtió preparativos que mortificaban á su incredulidad en el ataque, puso cuidado en fortificar las orillas del Escalda más de lo que estaban, construyendo tres leguas más abajo de la ciudad el fuerte de Liefkenshoek y ensanchando por frente el de Lilloo. En el intermedio levantó reductos en protección de los diques, disponiendo en estos cortaduras por donde se inundara el país siendo menester.

Con igual interés procuró Farnesio embarazar ó destruir estos trabajos, persuadido de que sin dominar el río nada lograría en la plaza; expugnó, por tanto, el fuerte de Liefkenshoek, tomándolo y montando en él artillería que molestaba á las embarcaciones, principalmente á las de gran porte, mas no estorbando del todo el paso á las menores.

Concibió la idea de construir una barrera de orilla á orilla, poniéndola por obra con mofa de los habitantes de Amberes: tanto la estimaban impracticable. Elegidos dos puntos á propósito, en lo más estrecho y donde hace recodo, se empezó á la vez por ambos estacada doble, enlazando y asegurando las piezas entre sí, formando sobre ellas camino practicable para ocho hombres de frente, con parapetos á prueba de bala de mosquete. En el arranque de las dos orillas se hicieron fortines de madera, nombrando *San Felipe* al de la parte de Brabante, y *Santa María* al de la de Flandes, montando en éste 14 piezas de artillería gruesa y nueve en el otro. Los ramales avanzaron 1.200 pies por un lado, y 200 por el otro, hasta llegar á sitios en que la profundidad y la rapidez de la corriente no consentían fundación, y en esto se empleó inmensidad de material de vigas, tablones, clavazón y herramientas.

Quedaba espacio libre de más de 1.200 pies, que había de cerrarse con barcas cuando las hubiera, y las hubo ganadas

¹ Sante Aldegonde.



que fueron las ciudades de Terramunda y de Gante, trayéndolas de ellas por un canal de más de cinco leguas abierto expresamente para este fin, que se llamó *de Parma*. Treinta se emplearon en llenar el hueco de la estacada, amarrándolas con anclas tendidas en dirección de las quillas, y entre sí con dos gruesas cadenas independientemente de los calabrotes. Por popa y proa se formaron dos líneas de barcas enlazadas del mismo modo, como defensa de la principal contra cualquier objeto abandonado á la corriente, y en ellas se montó también artillería, preveyendo el caso de ataque.

En esta obra admirable, asombro de Europa, trabajaron los españoles como castores, dentro del agua, con rapidez que ahogó la risa de los de Amberes al ver escasos y encarecidos los mantenimientos, que no pasaba ya embarcación grande ni pequeña á remediar sus necesidades. El efecto se sintió primeramente en Bruselas; después en Nimega, rindiéndose ambas; la cabeza confiaba todavía en que la flota que se reunía en Middelburgo rompería la traza pasando por encima de las barcas como las naos de Bonifaz pasaron en el Guadaluquivir, dando la ciudad al santo rey Fernando.

Entró á su tiempo la armada atacando á Liefkenshoek, y á los intermedios con fuerza que no pudieron resistir las guarniciones, y con estos fuertes y el de Lilloo enfrente, volvieron á mandar el Escalda desde la embocadura: arriba lo dominaban las baterías de Amberes, pero en medio persistía la estacada de Alejandro, porque el almirante holandés Treslong no trató de imitar á Bonifaz, arriesgando los navíos.

Desde la plaza intentaron de mil modos deshacer el esotorbo, ya enviando de noche buzos á cortar las amarras, ya despidiendo arietes con la fuerza de la marea; la diligencia de los asaltantes se estrelló siempre contra la vigilancia de los guardianes, é invención contra invención se neutralizaron los ingenios. Al postre, un italiano nombrado Giambelli ó Jambello discurrió una máquina infernal, lanzándola en compañía de otras 16, al parecer embarcaciones sencillas de fuego, de las que muchas veces se habían visto, y las más de



las cuales apartaron del camino los vigilantes, desviándolas hacia las orillas, donde se consumieron. La principal, la grande, llegó á su destino, sin que se consiguiera impedirlo, y produjo horroroso estrago. La explosión fué espantosa, sintiéndose en radio de muchas leguas. El capitán Alonso Vázquez, testigo de vista, describió la máquina de este modo¹:

«Era un navío muy grande, de alto bordo, de más de 800 toneladas, y los demás que sirvieron de minas como éste, eran de menos porte, y en ellas las hicieron como la de este grande, y dentro dél, desde la quilla hasta la primer cubierta, se hizo una muralla de cal y canto por todos los costados dél, que subía hasta la plaza de armas, y de grueso tenía siete pies, y entre esta muralla y el costado del navío había un hueco ó vacío no muy grande; pero el que bastó para atacarlo muy bien de finísima y refinada pólvora, y se puso gran cantidad della en el lastre, pero mucha más en los costados; y sobre la primera cubierta estaba fundado un parapeto de un palmo de alto y cinco de ancho, quedando llano y liso todo el fondo, y alrededor había otro de palmo y medio de grueso, y en medio quedaba un hueco ó vacío de dos pies de ancho y tan largo como lo era el navío; todo el edificio alto y bajo estaba embutido y lleno de muchas losas de sepulturas de iglesia, muradas unas sobre otras, que hacían siete pies de grueso y con ángulo relevado y diversos agujeros para atacar y embutir pólvora, como lo hicieron, muy fuertemente, para que la mina tuviera más fuerza é hiciera más efecto, y después de cerrada pusieron encima y en todo lo que sobraba de vacío muchas piedras grandes, fagina embreada y gruesos troncos de árbol, de la misma manera, mezclados con medias columnas de piedra, dejando un respiradero, y en él un pequeño fogón para dar fuego, y por los lados y alrededor había muchos tablones que estaban con gran artificio apuntalados, y por encima de la cubierta ni más ni menos, y dentro muchos trozos de cadenas, clavos, yunque de herrero, balas de artillería gruesa, de hierro colado,

¹ Obra citada, t. LXXIII, pág. 31.



y muchos dados de lo mismo, alquitrán y caluna, con otros instrumentos para que, en reventando la mina, hiciese el daño y efecto; y para que se pegase fuego pusieron á la boca del fogón una cuerda de arcabuz buena y refinada y encendida, y que por la otra parte se fuese quemando poco á poco todo el tiempo que les pareció duraría desde Amberes á la estacada, habiendo hecho experiencia con los que habían navegado lo que podían tardar, y teniéndolo tanteado iba la cuerda medida hasta que llegaba el fuego al cabo adonde estaba el fogón, y por si acaso faltase y no emprendiese, hicieron unos artificios como relojes, armados con sus ruedas, de tal manera que, habiendo medido el tiempo de Amberes á la estacada en que la mina podía tardar, diesen en unos pedernales, y en prendiéndose el fuego reventase la mina, que fuese con la cuerda ó con el pedernal. Los demás navíos que iban acompañando á este infernal no fueron de efecto, porque sólo para divertir á la gente que estaba en la estacada y descuidarla usaron deste engaño, que en los navíos pequeños que iban delante sobre las cubiertas ardían leños y faginas embreadas, dando á entender que sólo con aquel fuego habían de quemar la estacada y abrir la navegación; pero la fuerza y artificio de la mina y fuego pusieron en el navío grande de la manera que se ha escrito.

»Reventó con tan grande estrépito que pareció hundirse el mundo; alborotóse y tembló la tierra.....; el agua del poderoso Esquelda se levantó tanto que anegó la mayor parte de la tierra y salió de su asiento, y todos los que se hallaron en la estacada vieron el profundo del río desocupado todo el tiempo que duró la diabólica é infernal máquina en hacer su efecto, que fué el más extraordinario que se pudo imaginar. Rompió toda la parte de la estacada que estaba arrimada á la de Flandes y toda la cabeza de ella, que es donde comenzó á fundarse, y voló todo un rebellín del fuerte de Santa María, y una compañía de alemanes que estaban de guardia en él, y toda el artillería, que era mucha, sin que jamás pareciese; voló las tres barcas del puente donde estaban los tres capitanes españoles con sus compañías, y jámas parecieron ellos



ni ninguno de sus soldados, porque los grandes leños ardiendo, piedras y otras cosas que vomitó el navío, hicieron tanta riza y daño que no quedó reliquia de los que se pusieron á mirar el efecto que había de hacer el navío infernal; en las barcas que estaban en la estacada y puente murieron más de 800 soldados españoles y muchos oficiales y caballeros, gentiles hombres entretenidos cerca de la persona de Alejandro, y otra gente de mucha cuenta ¹, y con haberse Alejandro apartado tanto, le arrebató el sombrero de la cabeza y le derribó en el suelo y estuvo dos horas sin sentido.....»

Si en los momentos de terror y confusión arrancaran los holandeses con la armada, en la que tenían más de 120 navíos de guerra, sin contar las charruas, acabando de destruir el puente y desordenando el campo, hubieran salvado á la plaza; pero el estruendo de la explosión impresionó á los rebeldes no menos que á los españoles, paralizando su acción aquella noche, y al día siguiente, cerrada otra vez la brecha de un modo provisional, cubría los trabajos con que en poco tiempo quedó restablecido el puente; mejor aun, pues con ciertas culebrinas obligó Farnesio á la armada á desalojar el fondeadero de Lilloo, causándole unos 400 muertos.

Los de Amberes repitieron el intento de sus minas e idearon otros artificios, entre los que sobresalió el de cinco navíos grandes y rasos amarrados entre sí, formando un solo cuerpo que se mantenía entre dos aguas. Lanzado con la vaciante de la marea, llevaba un empuje que nada pudo detener ni desviar; y aunque se abrió el puente para dejarle paso libre, embistió con una de las barchas de la estacada y la echó á fondo, quedando segunda vez expedito el acceso á la escuadra holandesa, y lo mismo que la primera no aprovechado por temor.

Corría el tiempo mientras tanto, disminuyendo más y más las provisiones y recursos de toda especie en la plaza sitiada, aguzando la necesidad el ingenio sin rendir á la presunción todavía. Por nuevo ensayo trataron de emplear el recurso,

¹ Pone los nombres.



feliz en el sitio de Leyde, rompiendo los diques, por manera que, inundado el país, pudieran llegar barcas hasta los muros de la ciudad: no contaban con la diligencia de los españoles en hacer contradiques y en cerrar los portillos abiertos con topes, faginas y materiales amontonados en un momento sobre los cadáveres, de que también se sirvieron, habiendo costado la empresa á los rebeldes más de mil muertos.

Sin desmayar con el experimento, el último en que pusieron la esperanza de destruir la barrera fatal consistió en la construcción de un navío de enormes proporciones, maravilla del arte naval por el espesor de las maderas, la solidez de su trabazón y el ingenio con que tenía combinadas las condiciones de ofensa y defensa. Como ariete, puesto que fuera en movimiento actuando la velocidad con la masa, debía de ser irresistible; como máquina de guerra, presentaba en los costados, popa y proa, dos andanadas de artillería con las piezas de mayor efecto que se conocían. Por las obras muertas corrían parapetos á prueba de bala, y en los palos, la colocación de gavias ó cofas dobles, más y menos altas, consentía llevar arcabuceros que dominaban al enemigo á cubierto de sus tiros. Para la obra no se habían economizado el tiempo ni el dinero; bien empleados estarían alcanzando lo que el pomposo nombre dado á la máquina significaba: el *Fin de la guerra*.

Cuando la oportunidad de aplicarse se creyó llegada, embarcaron en el colosal navío 1.500 tiradores, y, dejando el puerto de Amberes escoltado por la escuadrilla de barcos menores, fué encaminado al contradique de Couwenstein que tenían los españoles en defensa, con propósito de destruirlo, conseguido lo cual, roto el dique del Escalda por encima del puente de Farnesio, y por debajo en sitio de Lilloo, se inundarían los campos, como antes habían pensado, y Amberes tendría comunicación con la mar. El ataque del contradique se combinó entre los de la ciudad y la escuadra, arrimando al fuerte español por un lado el referido *Fin de la guerra*, que empezó á batir furiosamente y lanzó la gente al asalto con no tanto brio; rechazados con pérdida de 400



Juan Andrea Doria.



Instituto de Historia y Cultura Naval



hombres, queriendo retirarse, varó aquella mole cerca de Ordam. Los de Lilloo, dirigidos por el Conde de Holack, atacaron al contradique con la armada y pelearon gallardamente, llegando á juntarse con los del gobernador Santa Aldegunda. Pasábanlo muy mal los nuestros, batidos por la artillería de los barcos y por la mosquetería, que desde las gavias los dominaba. Deseimbarcados por varios puntos á la vez, atrincherándose en el acto con sacos de lana y otros ingenios que llevaban, señorearon el contradique, que era lo que pretendían, cortándolo por catorce partes en el espacio de unas siete horas que duró la refriega, con tan espesas cargas que faltaba ya á los nuestros la resistencia. El Conde de Holack y Santa Aldegunda dieron por concluida su victoria, faltándoles tiempo para ir á la ciudad en el primer bajel que pasó por la brecha á gozar de las felicitaciones, prematuras, porque en el mayor apuro llegó al contradique Farnesio con refuerzo de 100 piqueros y empezaron á cambiarse las tornas y á recobrar palmo á palmo lo perdido.

En resumen: viéndose los holandeses acometidos por todas partes, y que en vez de estar cansados y rendidos los españoles habían cobrado mayor esfuerzo, fueron perdiendo el ánimo y se arrojaban unos al agua pensando llegar á sus navíos, y otros á espaldas vueltas se escapaban por donde podían; pero los españoles les atajaban el paso matando á muchos «y hubo algunos soldados que con las espadas en la boca se arrojaron á nado tras los rebeldes y llegaron á los navíos, y subiendo por las jarcias y como podían, rindieron á los que los gobernaban, y entraron dentro y se apoderaron dellos. Sólo la nación española podía hacer esta fiereza. Puedo asegurar que es cosa jamás vista que soldados nadando aborden con los navíos y los rindan y saqueen»¹.

En esta batalla tan reñida como sangrienta murieron de los rebeldes cerca de 8.000, sin 800 que se ahogaron, contados el Gobernador de Zelanda, 75 capitanes y 13 coroneles, y perdieron 55 navíos grandes y pequeños, más de 80 piezas

¹ El capitán Alonso Vázquez, obra citada..



de artillería y 20 banderas, esto aparte del gran embeleco, del famoso *Fin de la guerra*, á que los españoles pusieron por irrisión *el Carantamaula*, habiéndole apresado en el sitio donde quedó sin perder un hombre. Del ejército católico hubo heridos más de 500 soldados, y muertos otros tantos de todas naciones, pasando de 400 los españoles: más con este esfuerzo supremo coronaron su obra: se rindió la plaza de Malinas dejando completamente aislada la de Amberes; y contando ya Farnesio con las naves tomadas á los holandeses, se desvaneció la ilusión de romper la cintura con que había oprimido á la ciudad, y temerosos los habitantes de los horrores del saco si entraban, como habían de entrar los españoles, abatieron su arrogancia, obligando al Gobernador á solicitar la capitulación, que le fué acordada, abriendo las puertas el 20 de Agosto de 1585. Quedó memoria de esta gloriosa victoria, según escribía Cabrera de Córdoba, en aquellos tiempos, para enseñar á la posteridad lo más selecto de las acciones militares. El capitán general D. Evaristo San Miguel la ha juzgado en los nuestros¹ como el tercero de los hechos de armas de su especie dignos de celebridad y fama en aquel siglo, viniendo por el orden de fechas el sitio de Amberes, después de los de Rodas y de Malta, pero sin que ninguno le dispute la significación ni la enseñanza.

Con la ocupación de la ciudad y dominio del Escalda cambió radicalmente el estado de los Países Bajos, reducida la insurrección á las provincias del Norte y á las islas donde Farnesio pensaba acabarla. Las operaciones sucesivas son ajenas á nuestro propósito, pues aunque *los anfibios* realizaran hechos maravillosos peleando en los diques, esguazando canales y reparándose según discurrían de las naves holandesas, como ellos no las tenían, la mar continuaba señoreada por los enemigos, y en poco estuvo que su dominio causara la pérdida del ejército católico con la destrucción de su núcleo.

Invernaban en la isla Bomel los tercios españoles de Mon-

¹ *Historia de Felipe II*, t. III, pág. 186.



dragón, de Iñíguez y de Bobadilla, en junto 61 compañías, sin conocer las peligrosas condiciones del terreno, inferior al nivel de las aguas. Los holandeses los bloquearon con escuadra de 200 velas, creyendo asegurada la presa después de romper los diques. Ante la inundación se fueron retirando los soldados sobre la parte del dique conservado, llevando por delante las vacas y caballos que pudieron recoger; pero allí acudieron las charruas enemigas, cerrando el paso al continente y batiéndolos al descubierto con artillería y arcabucería. Tal llegó á ser la posición, que acordaron los capitanes, consumidas las provisiones, hundir los cañones, quemar las banderas y arrojarse de noche á la perdición asaltando con nueve lanchas que tenían á la flota del conde de Holack. Formado el propósito, empezó á helarse la mar, obligando á las charruas á irse afuera por no quedar aprisionadas, y el hielo se consolidó lo suficiente para soportar á los carros y artillería, quedando burlados los marineros.

Con éstos, y la poderosa flota que constituía la fuerza principal de los confederados, no les quedaban en la primavera de 1587 más que las plazas marítimas de Ostende y la Esclusa en la provincia de Flandes, con el castillo intermedio de Blackemberg. Farnesio determinó reducirlas, empezando por la Esclusa, que era fortísima, rodeada por terreno fangoso poco á propósito para levantar trincheras, y á la inmediación de la isla de Walkeren y de los puertos en que se abrigaba la flota holandesa. Por esto adoptó un sistema parecido al del sitio de Amberes, procurando ante todo cortar las comunicaciones con la mar con la ocupación de la isleta de Cadsan y la construcción de dos ramales de estacadas y puentes de barcas desde ella á la tierra firme. Con las obras y la expugnación del castillo de Blackemberg estrechó á la villa, arrimando las trincheras y aislando á la guarnición, compuesta de unos 2.000 hombres, los más ingleses.

Las repetidas acciones del Conde de Holack para socorrerla, los ataques á las estacadas, desembarcos de fuerza que llegó á 5.000 hombres, diversiones y asaltos por otros pueblos, no condujeron más que á hacerle perder barcos y



hombres. Hubo, como en Amberes, empleo de minas, embarcaciones incendiarias y otros ingenios explosivos; sin embargo, los sitiados se rindieron sin esperar el asalto, y fué ésta la última de las funciones relacionadas con la marina por aquel lado.

Las reflexiones que en conjunto sugirieron al soldado historiador citado varias veces, eco probablemente de la opinión de sus compañeros, acaso de la que hiciera conocer Alejandro Farnesio, como mucho antes lo había hecho don García de Toledo, merecen consignarse y tenerlas presentes al abarcar las empresas de la edad ¹.

«No sé que puedan ser mejores marineros ni más venturosos los de otras naciones que los españoles, sino que el no inclinarse á la navegación como los demás es causa de sus infelices sucesos, y no hay que maravillarse, pues los premios de los soldados que sirven en la mar no son iguales á los que lo hacen en campaña, y no sé si es acertado, pues son mayores los peligros y trabajos de las embarcaciones que las que se pasan marchando en tierra; y si se hiciese, ya que no fuese más, sino tanta estimación de las batallas navales como de las murales, y otras donde se espera mayor premio, habría más marineros y soldados de mar; y como ven al contrario de lo que esperan, pocos se inclinan á la navegación, y es de tanta importancia el hacerlo, como tantas veces por experiencia lo habemos visto, y se sabe que el príncipe que fuere señor de la mar lo será de la tierra, y con sólo ella, y sin marineros ni armadas, no la podrá conservar.»

¹ Alonso Vázquez, obra indicada, t. LXXIII, pág. 253. El autor sirvió en mar y tierra, como los más de su tiempo.



XXIII.

PIRATERÍA EN GRAN ESCALA.

1578-1587.

Walter Raleigh.—Primeros quebrantos que tuvo.—Fundó la colonia de Virginia.—Hace daños en Terranova.—Jornada de Drake á las Indias.—Saquea á Santo Domingo y Cartagena.—Destruye á San Agustín de la Florida.—Regresa con rico botín.—Ataque de franceses á Cuba.—Argelinos en Canarias.—Circunnaviación de Cavendish.—Apresa la nao *Santa Ana*, de Filipinas.—Peripecias.—Honra la Reina.

L éxito que alcanzaron las empresas aventureras de Hawkins y de Drake, enaltecidas, honradas y puestas como ejemplos dignos de imitación por la Reina de Inglaterra, tuvieron grandísima influencia en el país, despertando iniciativas hasta entonces inertes. Pareció cosa tan fácil enriquecerse á costa de los españoles, depositarios de los tesoros de las Indias, sin más que salir á la mar en espera de los bajeles cargados de lingotes de oro, que los segundones de familias nobles, los negociantes adeudados y los propietarios cuya renta daba apenas para el pan de cada día, vendieron las fincas ó los créditos para adquirir un barco, fomentando la construcción y los armamentos. No les era difícil alcanzar del Gobierno *carta de marca*, es decir, patente ó autorización para hostilizar, como en estado de guerra, aunque la paz subsistiese, y salir con esta garantía al Canal de la Mancha, al cabo de San Vicente, á las islas Azores, ó á las Indias Occidentales, por etapas.



Promovedor activísimo de la piratería vino á ser un personaje elevado repentinamente á las esferas altas de la prívanza por sus modales y figura grata. Walter Raleigh (que así se llamaba)¹, soldado de fortuna entre los hugonotes de Francia y de Flandes, significado por la crueldad innecesaria con los prisioneros de la expedición pontificia á Irlanda, alcanzó los favores íntimos de la Reina, con los que se dió á la intriga utilitaria.

Escribe uno de sus más cuidadosos biógrafos² que, marcando su carácter una mezcla rara de vicios y virtudes, representó su papel en este mundo con nobleza unas veces, sin ella otras, ya magnánimo y generoso, ya rastrero, altivo siempre, valeroso sin superior, osado hasta la locura, y en punto á moralidad poco escrupuloso.

Cínico, añadiré de mi cosecha, y avaricioso como el que más, inclinó á su Soberana á la política ambigua anticatólica que contrariara en lo posible á la del Rey de España, y haciéndose armador empezó por alistar en 1578 siete navíos en compañía de su medio hermano Humphrey Gilbert, coronel que había sido de una banda de ingleses en Flandes y autor de un libro apoyando la existencia del paso ó canal hacia la India por el NO. de América. Alistó su gente, al decir del biógrafo citado, «entre los que andaban escapados del verdugo, blasfemos, rufianes, asesinos, á quienes la piratería ofrecía digna tarea»³, sólo que por encuentro en su camino con la escuadra española de la guarda de Indias recibió dura lección, derrotado, con pérdida de una de las mejores naos y muerte del capitán Miles Morgan, costándole no poco trabajo disimular la ocurrencia en Inglaterra y resarcirse de las pérdidas de la jornada⁴.

¹ Más que ningún otro desfiguraron este nombre los españoles que lo transcribían, sin exceptuar los embajadores, altos funcionarios é historiadores. Escrito se ve Rale, Reale, Ralei, Rouley, Gualtero, Raclig, etc.

² *Life of sir Walter Raleigh*, by James Augustus St. John, London, 1868. El autor manifiesta no haberse contentado con examinar las muchas biografías anteriores, acudiendo por si á los archivos, sin olvidar el de Simancas.

³ St. John, obra citada.

⁴ Conforma con St. John, Patrick Fraser Titler, *Life of sir Walter Raleigh*,



La segunda expedición, armada con el beneplácito de su señora, no tuvo mejor suerte: componíanla cinco navíos, *Delighth*, *Raleigh*, *Golden Hind*, *Swallow* y *Squirrel*, el mayor de 200 toneladas, con 260 hombres entre todos. Esta vez llevó el mando Gilbert, quedando el instigador en la corte, y á poco de estar en marcha arribó el *Raleigh* con epidemia á bordo; los otros continuaron hacia Terranova, desembarcando en el Continente. La pobreza de la tierra produjo descontento y motines; decidieron los jefes el regreso, sufriendo temporal, durante el que zozobró la capitana, pereciendo Gilbert con toda la tripulación. Únicamente el *Golden Hind*, barco de 40 toneladas, volvió á las islas Británicas á dar cuenta de tantas desgracias (1583).

Raleigh no se desanimó, sin embargo; consiguió se examinara en el Consejo real Memoria suya proponiendo medios que minaran y destruyeran la preponderancia de España, empezando por arruinar su marina y comercio; y considerando que las pesquerías de Terranova eran para la nación plantel de marineros y heredad de mantenimientos, indicaba se comenzara por entorpecer esta industria, sin perjuicio de llevar el mayor esfuerzo contra las flotas de Indias, para lo que importaba tomar posición en el canal de Bahama¹.

Siendo el plan muy del gusto de Isabel, se designó á Bernardo Drake, tío de Francisco, para lo de Terranova; al capitán Carleill, para inquietar la costa de Galicia, distribuyendo setenta *cartas de marca* ó autorizaciones de corso á particulares. Raleigh la obtuvo especial á fin de colonizar en la Florida; despachó dos navíos mandados por Philip Amadis y Arthur Barlow; y como éste publicara á la vuelta una relación peregrina del viaje, se hizo popular el favorito, honrado por la Reina con la orden de Caballería.

En realidad no hicieron otra cosa los expedicionarios que

Edinburgh, 1844, *Fourth edition*, y el estudio más moderno de Mr. William Wirt Henry, *Sir Walter Raleigh; the Settlements at Roanoke and voyages to Guiana*, inserto en la *Narrative and critical history of America. Edited by Justin Winsor*. London, 1886, vol. III, cap. IV.

¹ *Calendar of State papers*, 1584.



desembarcar en la isla Wokokon, verificando acto posesorio con ceremonia y dar un vistazo al continente inmediato, novedad de todos modos para ingleses, con la que, y el nombre de *Virginia* puesto á la región, aludiendo á la Reina, prestaron nuevo impulso á las corrientes ultramarinas¹, y no tardó en alistarse segundo armamento de siete navíos, *Tiger* y *Roebuck*, de 140 toneladas; *Lion*, de 100; *Elisabeth*, de 50, y tres menores, bajo la dirección de Ricardo Grenvill², deudo del armador concesionario.

La jornada emprendió éste en Abril de 1585, conduciendo 800 soldados, una centena de pobladores, ganados, semillas, instrumentos, por el golfo de las Damas, señalando á sus naves, como punto de reunión, la isla de Puerto Rico, y en ella dió carena, adquirió ganado y frutas á cambio de mercancías ó por la fuerza, para lo que desembarcó 400 hombres; corriendo las cercanías de San Germán. Sus embarcaciones menores capturaron á dos españolas de cabotaje que saquearon, sin hacer daño á la gente, siguiendo viaje al cabo de doce días³.

¹ Los biógrafos citados ponen la salida de la primera expedición en Abril de 1584, y en este año se anota la posesión de la colonia en el *Calendar of State papers*. Doña Gabriel de Cárdenas Cano (R. Barcia), *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida*, anticipa la fecha al año 1583, suponiendo fué Grenvill el que llegó, erigió fuerte, dejó 100 hombres y dió vuelta. En 1584 refiere que fué Raleigh en persona, y éste dió nombre de *Virginia* á la región por un pueblo de indios que allí había, nombrado *Viguinia*. Es de creer que los autores ingleses están mejor informados, por cuanto coinciden sus datos con otros nuestros, oficiales, del segundo viaje. En cuanto al nombre, cuadra bien con el carácter de Raleigh el colmo de adulación que significa.

² En los papeles ingleses de la época se le designa por Richard Greyle; en los nuestros, queriendo tal vez traducir el significado, se le llama *Campoverde*, *Verdecampo*, ó simplemente *Richarte*.

³ Carta del alcaide de la Habana dando cuenta de ocurrencias, *Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 48.—Carta de Hernando de Altamirano, preso en Mayo de 1585, por la armada de *Verdecampo*. La misma colección, t. xxv, núm. 49. Altamirano refiere que estos navíos enviaba un gran señor de Inglaterra con propósito de poblar en la Trinidad, Dominica ú otra parte no ocupada por españoles. Que *Verdecampo* llevaba menestrelles y órgano, diciendo que la música gustaba á los indios; les despojó de cuanto llevaban, pero en cambio les regaló una Biblia en castellano, á fin de que se persuadieran los españoles de la falsedad de su doctrina. Consigna que tenía consigo piloto portugués, lo cual no es novedad; portugueses herejes ó partidarios de D. Antonio, y por ende enemigos de los españoles, iban en todas las expediciones inglesas, siendo autores ó inspiradores de los mayores daños.



Al regreso desde la Florida, como los nuestros decían, apresó en las proximidades de la Bermuda una nao separada de la flota de D. Antonio Osorio, con considerable botín, pues cargaba cueros, jengibre, azúcar, amén de 120.000 ducados en plata y oro. La gente echó en tierra en las Azores, llevándose el barco á Inglaterra ¹.

Próximamente por el mismo tiempo salió Francisco Drake á correr la costa de Galicia y Portugal ², y Raleigh hizo en Terranova la sorpresa propuesta, cautivando 600 pescadores españoles, que habían de pagar culpas de que eran inocentes. Destinados á trabajar en las fortificaciones de Portsmouth, se ordenó no se les facilitara por alimento más de tres dineros diarios en correspondencia del mal tratamiento hecho en España á los corsarios ingleses, aplicando á esta atención el importe del bacalao que pescaron ³; y no fueron estos prisioneros los mas infelices, que otros vendían por esclavos á los argelinos ⁴.

Decididamente, desde que la piratería comenzó á emprenderse con escuadras, entrando en la tercera de las fases señaladas, eclipsaron los ingleses á sus predecesores, maestros y vecinos del continente, atenidos á las operaciones de contrabando y pillaje menudo. Únicamente Mr. de Chaste, Gobernador de Dieppe, apoyado por la reina Catalina de Médicis, procuró empresas de aliento; pero no alcanzando los medios á la medida de sus aspiraciones, hubo de contentarse con alguna que otra expedición al Brasil, y cruceros de buques sueltos en las Azores.

Los ingleses, mejor dicho, sir Walter Raleigh, insistía en

¹ Declaración de Enrique López, mercader pasajero en la nao. *Colección Navarreru*, t. xxv, núm. 53. Fué la aprehensión el 4 de Septiembre de 1585; la nao de Campoverde, dice, era á manera de galeaza con dos andanas de artillería, muy ligera de vela. Venía de la Florida, donde había dejado 300 hombres, y estuvieron para perderse. Campoverde se servía con vajilla de plata, tocaban música cuando comía, y el aspecto era de hombre principal.

² Representando el papel de Dragón, según los documentos publicados en el *Calendar*.

³ *Calendar*, Octubre, 1585. Cartas de D. Bernardino de Mendoza, Embajador en Francia, al Rey. París, Archivo Nacional, K. 1564.

⁴ Carta del mismo Embajador, idem id.



la colonización de Virginia, sufriendo las contrariedades con que han luchado en principio todos los establecimientos americanos. Ralph Lane, Gobernador instalado en la isla de Roanoake, no sólo tuvo que luchar con los indios, amigos de la independencia, sino con el descontento y la insubordinación de su propia gente. Allá volvió Grenvill con tres naves; fueron Thomas Cavendish, Ricardo Butler, Arthur Barlow, con nuevos medios procurados en los cruceros del cabo de San Vicente y de las islas Terceras, donde el mismo Raleigh, que vivía con la magnificencia y esplendor de los señores de la primera nobleza de Europa, igualando los honores á la riqueza de sus tierras, castillos y palacios, despachaba incesantemente naves en busca de botín, gobernándolas servidores celosos suyos, entre ellos Whiddon y Evesham, que fueron los aprehensores de Pedro Sarmiento de Gamboa cuando volvía del Magallanes.

No hay que decir que de vez en cuando experimentaran los ingleses las quiebras que el oficio del corso tiene, más que otro alguno; Cavendish sufrió descalabro atacando á los pescadores de Terranova, que se habían prevenido; D. Miguel de Oquendo, general de la escuadra de Guipúzcoa, el Adelantado de Castilla, Capitán general de las galeras de España, y D. Francisco de Eraso, que lo era de la guarda de Indias, restaron de la lista de barcos y hombres perjudiciales cifras considerables; y como los temporales soplaban para ellos con la violencia que para otros cualesquier navegantes, solían recibir las sacudidas. Tal ocurrió á un navío sumergido con 300 hombres que iban á Flandes ¹, y á la armada grande que entre Hawkins, Jorge Clifford, conde de Cumberland y Raleigh dispusieron para interceptar las flotas de Indias, armada deshecha en las Azores con pérdida de siete ó ocho naves y el resto mal parado ².

¹ Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey. París, Archivo Nacional, K. 1564

² «Juan Aquines es vuelto con el armada mal parada del temporal, habiendo perdido siete ó ocho navíos, los mejores que el Almirante y *Guate Rales* tenían para robar, y con ellos dos que habían tomado con azúcar. Esto les ha dado mucha pena, porque tenían esperanza, como en esto de apañar tienen ventura, de que



Con todo perjudicaban mucho al comercio y tenían en perpetua alarma á los pueblecillos de la costa, escarmentados con las violencias de los merodeadores¹. La suerte reservaba las caricias para nuestro conocido *el Draque* al volver al mar de las Antillas, no con miserables barquichuelos, como los que tenía al atacar á las recuas de Panamá en compañía de negros cimarrones, sino á la cabeza de potente escuadra de 23 naves con 2.500 hombres de guerra.

Francis Drake salió del puerto de Plymouth el 15 de Septiembre de 1585, haciendo vela para el de Bayona en Galicia, con la mira de proveerse allí de víveres. Lo mismo que la reina Isabel, sus capitanes eran extremados en la economía, y por mejor que comprar virtualla tenían tomarla á los súbditos de D. Felipe, sacando de Galicia ganado, aves y lo más que podían. Con este propósito se detuvo el Almirante un mes merodeando sin resistencia; los ribereños abandonaron los pueblos, retirándose hacia el interior y dejándole dueño de las casas y de las embarcaciones de pesca². Faltábale la provisión de vino, que pensó hacer en las islas Canarias, empezando por la de Palma; mas los naturales defendieron el desembarco, echando á fondo una lancha y matando seis hombres, y los de la Gomera se presentaron en la misma actitud; por lo que, sin insistir, continuó navegando á las islas de Cabo Verde, menos belicosas. Allí, en la de Santiago, saqueó á su placer, incendió las casas, embarcó la artillería,

hiciera algún gran efecto.» Idem id., K. 1564.—John Barrow, *Memoirs of the naval worthies*, consigna que por resultas de esta expedición quedó arruinado el conde de Cumberland. Fraser Tytler, *Life of sir Walter Raleigh*, se ciñe á expresar que la empresa resultó desgraciada.

¹ Relación de los daños que se entiende han hecho las armadas de Inglaterra en la costa de Portugal y Galicia este año 1585. Colección Navarrete, t. xxv, núm. 50. Relación de las naos que fueron tomadas por ingleses desde 1º de Agosto á 12 de Noviembre. La misma colección y tomo, núms. 51 y 52. Anotan estos documentos presa de 27 naves españolas, francesas, flamencas y venecianas, valoradas en 294.500 ducados. Relación de lo que los corsarios ingleses hicieron en el reino de Galicia, año 1587. Biblioteca Nacional; ms. cc. 42, fol. 141.

² Cuenta Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 176, que Pedro Bermúdez, que tenía el gobierno de 11 gente de guerra, reunió hasta 5.000 hombres, y hostilizó á los ingleses en Bayona y Vigo; pero el hecho es que ellos lograron lo que se proponían.



llevóse algunos negros y portugueses voluntarios, y refresco con que combatir enfermedades de que se le habían muerto en la travesía 400 hombres.

La inmediata escala hizo en Santo Domingo, donde estaba la gente tan tranquila y confiada, que no tuvo que hacer esfuerzo de hombre de guerra. Treinta jinetes y 50 arcabuceros se mostraron por junto en las afueras de la ciudad, haciendo ademán de cerrar el camino á los ingleses desembarcados.

Gobernaba el licenciado Cristobal de Ovalle, presidente de la Audiencia, hombre de letras, que no dió crédito á las noticias de aproximación del enemigo, y que escapó en un navío al avistarlo, dejando que los gobernados salieran del paso como pudieran. Entraron, pues, los ingleses en la ciudad, la saquearon y pusieron fuego á unas ochenta casas, amenazando no dejar ninguna en pie si los propietarios no las rescataban, regateando desde un millón pedido en un principio, hasta 25.000 pesos, con que se conformaron, independientemente de la plata y joyas de las iglesias y monasterios, que profanaron, incendiando, á pesar de todo, los de San Francisco, Santa Clara y Regina Celi, y matando en el primero á dos religiosos. En el puerto tomaron un navío cargado de cueros, quemaron la galera real y diez ó doce barcos de cabotaje; embarcaron la artillería de la fortaleza y el botín con mucha tranquilidad, y se hicieron á la vela con rumbo á Cartagena.

Allí tenían aviso del peligro cuarenta días antes que amenazara; de manera que pudieron prevenirse llamando á la gente de las poblaciones del interior, levantando trincheras y cavando fosos. Hízose alarde, pareciendo 54 jinetes, 450 arcabuceros, 100 piqueros, 20 negros armados con mosquetes y 400 indios flecheros. Estaban además en el puerto dos gálleras que habían ido de España, muy en orden, con 150 arcabuceros, buenos soldados; era, pues, de esperar que Drake no penetrara con la facilidad que en las plazas inapercibidas; sin embargo, desembarcados los ingleses en la noche del 16 de Abril de 1586, bastó la aparición de una avanzada de 20



hombrés para que huyeran á todo correr los de las trincheras, abandonando la ciudad sin procurar siquiera la apariencia de una escaramuza defensiva. Lo mismo ocurrió en el puerto, adonde el pánico se había comunicado: los de las galeras las incendiaron, escapando con la demás gente al monte, y de allá vino en persona el Gobernador con el Obispo á fin de negociar el rescate de los edificios, procediendo por el sistema inglés, como en Santo Domingo. El negocio se hizo por 107.000 ducados; mas luego advirtió Drake no entrar en la cuenta la iglesia y el monasterio, por los que exigió 1.000 ducados más, y por complemento regalos, víveres y cuanto pidió, que si más quisiera más le facilitara el complaciente gobernador Pedro Fernández de Bustos.

¿En qué se parecían aquellos españoles á los que militaban en Flandes? ¿Cómo se explica su vergonzoso apocamiento? En parte lo declara la condición de las cabezas que debian regirlos; pero ni aun siendo de todo punto incapaces, como resultaron, se concibe que no hubiera entre tantos hombres quien supliera la deplorable actitud de los gobernantes, ó quien por acción singular atenuara la mala impresión producida por el conjunto¹?

Drake embarcó, lo mismo que en las escalas anteriores, la artillería de la plaza y la de las galeras; estuvo cincuenta y tres días en el puerto descansando, y habiendo salido á la mar, volvió de arribada por otros diez, sin causar mayores extorsiones.

El 29 de Mayo apareció en la boca del puerto de la Habana, presentando en línea 16 naves grandes y 14 menores; mas

¹ Cabrera de Córdoba procuró sincerar al general de las galeras D. Pedro Vique Manrique, caballero valenciano, que había servido con buena nota en Perpiñán, Lombardía y Flandes, socorro de Orán, expugnación del Peñón y guerra de Granada. El año 1578 fué nombrado General de la costa de Tierra Firme, para cuya defensa había de llevar desde España dos galeras y una saetia auxiliar; y habiéndole dejado á discreción el viaje, á remolque de las flotas si lo prefería, lo hizo directamente con la molestia y peligro que se presumen. Escribió en Cartagena relación de descargo, culpando al Gobernador y declarando que dejó las galeras con propósito de defender la plaza porque los vecinos se lo suplicaron, depositando en él la confianza; mas ni en la plaza hizo cosa de provecho, ni en las galeras que abandonó, faltando al deber, se dió á conocer su condición de general.



allí se descubrían en escuadrones hasta 700 arcabuceros y 300 piqueros, porque los avisos corridos desde que entró en el mar Caribe la escuadra habían dado tiempo á reconcentrar la gente de armas tomar en la isla; y no pareciendo que pudiera hacerse otro rescate de edificios con la facilidad de los anteriores, no lo intentó Drake, y se entró en la bahía inhabitada de Matanzas á llenar la aguada. Los destacamentos que allí le siguieron; la vigilancia y hostilidad en la playa, donde le tomaron una lancha y mataron algunos marineros, confirmó su opinión de no convenirle arriesgar lo que ya tenía ganado, instándole la consideración á desembocar por el canal de Bahama.

Al paso por la costa de la Florida tomó sin resistencia el fuerte de San Juan de Pinos, que le abandonaron con 14 piezas de artillería los de la guarnición. Lo propio hicieron los de la ciudad de San Agustín, que redujo á cenizas; y queriendo, por último, visitar la colonia de Virginia, la halló en estado tan miserable, que tuvo por bueno embarcar á los pocos vivientes y llevarlos á Inglaterra.

El 28 de Julio de 1586 saludaban con júbilo el regreso del hombre afortunado, del marinero audaz, cuyo nombre en todo el mundo se pronunciaba con admiración. No había desplegado en esta campaña, más que en las anteriores, dotes de guerrero; no tuvo que combatir en parte alguna; por doquiera halló paso franco y gente sumisa; mas lo que saltaba á la vista era el trofeo militar de 240 piezas de artillería de bronce, bastantes para armar otra escuadra. Ellos quisieran mejor verle desembarcar más dinero; abierto el apetito con la expedición de vuelta al mundo, confiaban en que lo traería otra vez ¹.

¹ Dan noticias amplias de esta jornada: *Declaración de un inglés llamado Francisco, de la armada de Drake, preso en la ciénaga de Santa Marta. Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 56.—*Carta de Diego Daza al Gobernador de la Habana con aviso de la toma de Santo Domingo por Drake*. La misma *Colección*, t. xxv, núm. 57.—*Relación que envió Diego Hidalgo de Montemayor, Juez de la Audiencia del Nuevo reino de Granada, de la toma de Cartagena por el inglés, y de las cosas sucedidas en ella*. La misma *Colección*, t. xxv, núm. 58.—*Relación de lo ocurrido en la pérdida de Cartagena, escrita por D. Pedro Viique, general de las galeras que estaban en el puerto*.



Los vecinos de la isla de Cuba, que, como se ha visto, libraron su propiedad disponiéndose animosos á defenderla, dieron en este año nueva prueba de entereza apresando en Manzanillo á una fragata de corsarios franceses que molestaba á las estancias de la costa, y escarmentando en Santiago á los que quisieron vengar á sus compatriotas, ahorcados por la justicia en Bayamo, aunque entraron en el puerto con seis navios y desembarcaron 150 hombres; pues si bien consiguieron poner fuego á la iglesia y á parte de las casas, costóles la pérdida de 56 muertos, contado su jefe, y hubieron de alejarse precipitadamente, sin llevar cosa de provecho¹.

No tan venturosos los de la isla de Lanzarote², sufrieron casi al mismo tiempo (Julio) el ataque de siete galeras y 1.200 argelinos y turcos mandados por Morat ó Amurat, que captivó 200 personas, entre ellas la mujer é hija del primer marqués D. Agustín Herrera y Rojas.

Volviendo á los ingleses, apenas llegado de las Indias Drake, volvió á la mar Hawkins con 17 naves gruesas, ilusionado con la antigua esperanza de interceptar alguna flota de Indias, que en esperanza quedó todavía, brillando sobre su nombre el de otro capitán hasta entonces descalabrado en la Florida y en Terranova.

Tomás Cavendish³ era del número de los caballeros que,

La misma *Colección*, t. xxv, núm. 59.—En las cartas de D. Bernardino de Mendoza al Rey, conservadas en el Archivo nacional de París, signatura K., 1564, avisa haber llegado Drake de vuelta con 18 navios bastante averiados, con pérdida de unos mil hombres de los que sacó para la expedición. Traíalos cargados de azúcar y cueros, no pasando de 200.000 ducados el dinero; es decir, el importe de los rescates de Santo Domingo y Cartagena. Los demás objetos de valor procedían del despojo de las iglesias, siendo el principal un crucifijo de Santo Domingo con las imágenes de la Virgen María y San Juan Evangelista, que tenían piedras preciosas. Habían sacado del botín dos buenas partes para la Reina y para Drake; á los caballeros repartieron 100 libras esterlinas, y á los soldados y marineros á 80 reales; porción que les pareció corta y se amotinaron, siendo necesario doblarles la adjudicación para contentarlos.

¹ Relación que envió el capitán Gómez de Rojas Manrique, Teniente gobernador de Santiago, al gobernador Gabriel de Luján, de lo sucedido con corsarios franceses desde 11 de Abril hasta 29 de Mayo de 1586. *Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 60.

² Relación del saqueo de la isla de Lanzarote, Biblioteca Nacional, cc. 42, fol. 149.

³ Es uno de los apelativos ingleses que más han tergiversado nuestros escritores; tengo anotadas estas variantes: Candis, Celari Escandi, Celaries Candi, Serary



habiendo disipado la fortuna, quisieron reponerla en la mar: salió de Plymouth el 21 de Julio de 1586 con tres naves y 123 personas; tocó en las islas de Cabo Verde y en Sierra Leona, reconoció la costa del Brasil y contigua hasta el estrecho de Magallanes; fondeó en un puerto, que nombró Deseado; perdió las amarras, y embocando á principios de Enero de 1587 tomó á su bordo al español Tomé Hernández, negándose á recoger á los pocos que aún vivían de los pobladores llevados por Pedro Sarmiento de Gamboa; se aprovechó para leña de la madera de las casas de la ciudad de Don Felipe, yerma y abandonada; desenterró siete piezas de artillería de bronce para llevárselas, y pasando lo que faltaba del estrecho, salió al mar del Sur, sufriendo duros temporales con cerrazón que no consentía divisar la costa. La isla de Santa María, primer punto que reconoció, le suministró provisiones frescas; y no habiendo podido tocar en Valparaíso, adonde se dirigía, fondeó en Puerto Quintero, queriendo engañar á las autoridades valiéndose de la lengua de Hernández; mas éste, disimuladamente, descubrió el intento y huyó hacia los españoles, que atacaron á los advenedizos, matándoles siete hombres y tomando otros nueve prisioneros¹. Al punto despachó el corregidor de Santiago de Chile avisos por mar y tierra, poniendo en alarma á la costa, donde se repitieron las escenas cómicas representadas cuando se apareció Drake en el Pacífico. Lo mismo que entonces, no había un solo navío armado

Escandy, Escandech, Escander, Cande, Candit, Canderes Tembleque, Candieres de Tembley, Candali.

¹ En una infórmación extractada por D. J. T. Medina, en su *Historia de la Inquisición en Chile*, t. I, pág. 372, se dice que siendo provisor del obispado Francisco Pastene, con noticia de la aparición de los ingleses en el puerto de Quintero, por haber falta de gente en la ciudad llamó y juntó los clérigos, y con hasta 30 fué en persona, llevando por alférez al canónigo D. Pedro Gutiérrez, todos con sus armas y caballos, á la defensa, y se hallaron en el rebato y reencuentro que con ellos se tuvo.... Los prisioneros fueron conducidos á Santiago, donde, reservando tres para obtener noticias, ahorcaron á los demás, «no con poca dicha suya (escribe un piadoso cronista de la época), porque, dejándose persuadir de la verdad de nuestra fe, se reconciliaron con la Iglesia católica romana, dejando prendas de su predestinación». Los tres reservados figuraron en el auto de Lima de 1592; y habiéndose reconciliado también, sufrieron reclusión en monasterios para instruirse en las cosas de la fe católica.



Alejandro Farnesio, Duque de Parma.



Instituto de Historia y Cultura Naval



que pudiera oponerse al enemigo, y toda la actividad de las autoridades se empleó en formar compañías, nombrar generales, almirantes y capitanes, levantar parapetos y buscar cañones y arcabuces, que otra vez estaban almacenados y mohosos. En el Perú se dispusieron dos de las naves costeras para llevar aviso á Panamá de hacer armada. En Méjico se acordó aprestar las naos de Acapulco, poniéndolas á las órdenes del oidor Diego García de Palacio, improvisado general de mar, y en tanto avanzaba hacia el Norte el corsario tocando de puerto en puerto y garbeando lo que le dejaban. En Anca, en Pisco, en los fondeaderos contiguos quemaba los buques en construcción y las iglesias; en Paita lo hizo con la población entera por negarse los vecinos á rescatarla, y así en los caseríos ó pueblos sin importancia.

Pareciéndole la isla de la Puna á propósito para reconocer y calafatear los fondos, seguro de no haber nave que pudiera inquietarle, tumbó de lado las suyas, fortificándose en tierra por lo que pudiera suceder, aunque no con mucho cuidado por lo que se advirtió; y así, pasando de noche en balsas de indios, desde el continente, Juan de Galarza con algunos vecinos, atacó al amanecer con impetu bastante para matarles 25 hombres, tomar cuatro prisioneros y obligar á reembarcarse y escapar los otros, abandonando la fragua con toda la herramienta, 30 pipas y 20 mosquetes con efectos varios. Los presos declararon que en la mar no habían sido dichosos, habiendo tomado tan sólo barquichuelos cargados de madera ó cosas de comer; con plata, ninguno.

Después del contratiempo no se determinó Cavendish á presentarse ante ninguna de las poblaciones de importancia; quedábale poca gente para arriesgar desembarcos. Únicamente, con objeto de renovar aguada ó víveres, se arrimaba á la tierra, pasando de largo hasta la de Nueva España, donde quemó el pueblo de Guatulco con algún otro de los desamparados. Cifraba el deseo en el encuentro de alguna embarcación rica, que al fin logró, cruzando á la espera sobre el cabo de San Lucas, en California ¹.

¹ La correspondencia de los virreyes del Perú y de Méjico dando cuenta de las
TOMO II.



La nao *Santa Ana* había salido de Cavite, en la isla de Luzón, en Julio de 1587, trayendo para Nueva España cargamento de objetos de China y muchos pasajeros, mercaderes en la mayor parte; mandábala el capitán Tomás de Alzola, y no tenía artillería ni armas, no pareciendo necesarias en la navegación, hecha hasta entonces sin sospecha de enemigos. Al recalcar sobre el cabo de San Lucas el 14 de Noviembre, avistaron dos velas, á las que se aproximaron sin desconfianza; empero poniéndose la mayor por barlovento, tocando clarines y arbolando banderas hizo descarga de artillería y mosquetería en actitud de abordar. A instigación del capitán Alzola sacaron en el acto las armas de los pasajeros, reuniendo como docena y media de espadas y rodelas, dos arcabuces y un frasco de pólvora que tenía el Capitán. Los marineros subieron piedras del lastre, y con hierros del pertrecho se aparejaron á la posible defensa, rechazando briosamente el abordaje, en el que saltaron á bordo unos cuarenta ingleses. Cinco de éstos murieron, otros seis quedaron heridos, y el resto se arrojó al agua, á excepción de un oficial que subió por la jarcia, cortando con rabia los cabos de la maniobra, hasta que el capitán Alzola le disparó el arcabuz, tumbándolo. La nave inglesa se volvió á arrimar repitiendo las descargas con muerte de 11 españoles y mucho daño en el casco, y abordó segunda vez por la proa, echando gente, que fué rechazada. No volvió á acercarse: sostuvo el fuego de artillería con 29 piezas y dos bombardas pedreras que tenía.

Consultó el Capitán á los pasajeros qué hacer, siendo opinión general que se dieran á partido con la seguridad de las vidas, pues no había otro remedio. Cavendish lo acordó, marinando desde luego la nao y dirigiéndose en su compañía al fondeadero del cabo. Allí transbordó el cargamento á sus barcos, echó á los españoles en tierra, registrándolos escrupulosamente, y cuando hubo concluido la operación incendió á la *Santa Ana*, que se consumió hasta la lumbre del agua.

ocurrencias referidas y de las prevenciones tomadas, se halla en la *Colección Navarrete*, t. xxvi, números 24 á 30.



Con los pasajeros se mostró inhumano, maltratándolos de palabra y de obra, y á D. Juan de Armendáriz, canónigo de Manila, ahorcó, acusándole de descomedido; sólo trató con alguna consideración á cuatro mujeres pasajeras, regalándolas por despedida un tejo de oro que valdría 500 pesos. Retuvo á uno de los pilotos para conocer la derrota de Occidente, é hizo vela llevándose sobre 700.000 pesos en metal, y valor de millón y medio en brocados y otras sedas ricas.

Los desdichados tripulantes del *Santa Ana* se atrincheraron en defensa de los salvajes del país; y como la necesidad aguza al entendimiento, con el trabajo que es de considerar lograron, á favor de las mareas, sacar á la playa lo que quedaba de la nao, que era la quilla con el arranque de las cuadernas; aderezaron falca, timón y velas, y con aquella especie de chata se hicieron á la mar, huyendo de los indios, con la buena suerte de llegar en doce días al puerto de Santiago, en la provincia de Colima, y de allí al de Acapulco, donde entraron el 7 de Diciembre del mismo año¹.

Cavendish continuó el viaje á las islas de los Ladrones y Filipinas, que alcanzó con su nave sola; la que le acompañaba desapareció en la mar con parte de lo robado, sin que nada haya vuelto á saberse de ella. Aquél, habiendo reconocido el cabo del Espíritu Santo, ahorcó al piloto español de que se había servido, pretextando que pensaba hacerle traición. En la isla de Panay trató de incendiar un galeón que se construía en el astillero, impidiéndoselo el capitán Manuel Lorenzo de Lemos con escaramuza, en que le mató siete hombres; apartóse entonces con rumbo á Borneo y las Molucas, y por el cabo de Buena Esperanza regresó al puerto de Ingla-

¹ Consta por declaraciones conformes prestadas ante las autoridades de Nueva España por el capitán Alzola y por el pasajero Antonio de Sierra. *Colección Navarrete*, t. xxvi, números 31 y 32. Fr. Gaspar de San Agustín retrasa el viaje de la nao *Santa Ana* al año 1588 en su *Historia de la conquista de las islas Filipinas*, y consigna que el capitán Alzola murió en el combate. La declaración de Tomé Hernández, el español que Cavendish recogió en el estrecho de Magallanes, publicada por apéndice de los viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa, da mucha luz relativamente á la primera parte del viaje.



terra al cabo de dos años y menos de dos meses, entrando con las velas forradas de seda, los marineros vestidos de damasco, los palos y vergas empavesados.

Cavendish escribió relaciones de la jornada, destinadas al Almirante de Inglaterra y al público, contando en las primeras «haber rodeado el globo del mundo, trayendo inteligencia cierta de todos los lugares que fuesen sabidos por algún cristiano»; diciendo en alguna de las otras que había reñido combate sangriento *con el Almirante de la mar del Sur*, y tomado la nave más rica que jamás pasó aquel mar, como que valía el cargamento tres millones y medio, por mercaderías que no cabían en su bajel y que tuvo que destruir en mayor parte. De una de aquellas relaciones, la que puede considerarse oficial, se proporcionó copia el Duque de Parma y la remitió al Rey desde Bruselas con fecha 29 de Noviembre de 1588¹; otras se imprimieron², y con el rumor del vulgo envió suplementos el embajador D. Bernardino de Mendoza, escribiendo á D. Felipe³: «A los 5 de Diciembre, el capitán Candis, nuevamente venido del Perú, dió á comer á la Reina en su navío, donde hizo bravadas más de lo que podría decir; la cámara donde comió la Reina era tapizada de tela de oro y plata..... Sin duda debe de haber traído grande riqueza; los marineros traian cada uno una cadena de oro al cuello; las velas eran de damasco azul, y los estandartes de tela de oro y seda turquina, maravillosamente ricos. Parescía que Cleopatra estaba resuscitada; no faltaba sino que el cordaje fuese de seda.... Entre otros propósitos que tuvo la Reina, dijo: «El Rey de España bravea mucho, pero no muerde. No se nos da nada..... aquí vienen navíos de las Indias cargados de oro y plata.»

No he logrado averiguar cuántos hombres trajo consigo el

¹ Guárdase en el Archivo de Simancas, con signatura, Estado *Flandes*, Leg. 594, folio 151.

² *The prosperous Voyage of M. Candish, Esq. etc. First volume of Navigantium at Itinerantium Bibliotheca*, lib. 1, cap. v.

³ Carta de 7 de Diciembre de 1588. París, Archivo Nacional, K. 1569, B. 62, pieza 6.



circunnavegante de los 123 que salieron de Inglaterra, mas no debían de ser muchos, restados los tripulantes de la nave que desapareció, los que por enfermedades fallecieran en los dos años largos de campaña, y los que perdió en encuentros, que ascendían por nuestras listas á 58.



Instituto de Historia y Cultura Naval



APÉNDICES.



Instituto de Historia y Cultura Naval



APÉNDICES.

NÚMERO I.

Discurso de D. García de Toledo sobre los inconvenientes que tienen cargos de generales de galeras.

Si Vm. se acordara de la negociación para dejar el cargo que tenía en la mar y la diligencia que hice para deshacerme de mis propias galeras, entendiera muy bien lo que yo le debiera aconsejar en lo que ahora me pregunta, y así me quitara la ocasión de darle pesar con apartarme con mi parecer de todo aquello en que conozco que está inclinado; pero mejor es que Vm. le reciba ahora en este principio, que no sentirle al fin en la persona, en la hacienda, en la vida, en la honra, y quizá en el alma; aunque debajo de esta generalidad se podría dar de mí por aconsejado, todavía por su satisfacción he querido entrar en las particularidades que diré, certificándole que no se pueden acabar de decir los tropiezos que hay en este oficio.

La navegación tiene por contrarios los cuatro elementos, el agua sobre que se anda, que es el primer enemigo; andando en ella tenéis el fuego, que es el segundo; el aire, que es el que siempre andáis deseando y llamando, es el que os trabuca yendo á buscar el puerto ó por voluntad ó por fuerza. Embestís en las peñas y al fin dáis al través en la tierra, que es la que os habría de recoger, sin otros infinitos peligros y males que hay en este ejercicio.

Estando en tierra tiéñese por muy inquieto el que se ha de guardar de solo un enemigo: en la mar os habéis de guardar de muchos, los cuales os están de día y de noche mirando en el rostro para tomar la primera ocasión que se les ofrezca, y como interesados de trabajo en toda la vida, sábenla bien ejecutar.

Fuera de la mar buscáis un amigo y dos de quien fíaros, y aunque se tenga bien en qué escoger en casta y en bondad, se halla con trabajo. En la mar habréislo de hacer de muchos que ni tienen el uno ni el otro; antes



en lugar de casta y virtud tienen vileza, interés y maldad; y de éstos, forzoso depende una gran parte del servicio del Rey, y de la propia honra del que los manda.

Lo de la mar está mucho más sujeto á la fortuna que otro ninguno caso de cuantos se tratan debajo del cielo; porque muchas veces un capitán go-bierna con gran cordura un designio ó una navegación, y por haberlo bien gobernado lo viene á gastar todo. Esto lo saben mejor los que lo han tratado que los que lo oyeron; así que en muchas cosas no os vale el juicio ni la experiencia aunque la tengáis, y en infinitas os destruye el no tenerla; de manera que se puede decir que se toma el lobo por las orejas, que si le tenéis es peligroso, y si le soltáis ni más ni menos. En esta mate-ria se pudieran decir muchos casos bien gobernados con ruines sucesos; pero quien quisiere considerar el continuo mal del navío en que anda, la inquietud del agua que le sostiene y la variedad de las cosas que se ofrecen, verá que no puede haber firmeza en nada, y podrá bien juzgar la poca se-guridad que hay en este oficio, y cuán en manos de la fortuna trae el ser-vicio del Rey y su honra; y si, como debe, ha de poner por principal lo del alma, no se puede negar que hay muchas ocasiones para ponerla en pe-ligro.

Quien quisiera adivinar lo por venir halo de medir por lo pasado, y si lo hiciere así, podrá considerar cuán gran número de capitanes de mar ha habido, y verá el poco fruto que han sacado de sus trabajos, y de infinitos que podría nombrar de los que han continuado el oficio no podría señalar dos á quienes haber envidia; y podría nombrar á muchos á quienes tener lástima por muchos caminos, unos por haberlos bebido la mar, otros por haberse hecho pedazos en tierra con sus navíos, otros por haber muerto á manos de enemigos, otros por haber quedado al fin de sus trabajos por esclavos de turcos, otros por haberles quemado sus bajeles, otros por ha-berles llevado sus propias chusmas á Berbería, y otros por sostener sus le-nos han destruido la poca hacienda que tenían en la tierra.

No quiero hablar de armadas de romanos ni de cartagineses, ni tratar de la facilidad con que se perdían las unas y las otras, ni traer á la me-moria antiguallas, aunque no serían fuera de propósito, ni trataré de la nave-gación de catalanes, ni genoveses, ni pisanos, ni de otros infinitos que han tenido galeras, ni diré la destrucción que vino por los unos y por los otros, porque quien viere que anda en casa sin cimientos, ó en árbol sin raíces, podrá ver bien el fin que podrá tener. Pero diré sólo, por no alegar tiempos que están fuera de la memoria, que de la empresa de Túnez acá no ha quedado capitán de mar de cuantos S. M. ha tenido en sus reinos á su sueldo, que no se haya perdido; y esto no sólo una vez, pero ha habido



algunos que se han perdido dos, y otras ellos y sus galeras; y por no tornarlo de nuevo á la memoria, no diré particularmente ni nombraré los capitanes por las mayores pérdidas, así por manos de enemigos como por manos de fortuna; há tan poco que sucedieron, que los niños de cuatro años se pueden acordar de ellas.

De todos estos males ha sido Dios servido de librarme á mí solo, ó de sacarme con menos daños que á otros, y cuanto más he tenido en esto próspera la fortuna, tanto más razón tengo de temella; y si como hombre debo considerar la causa por que me he librado de estos males, bien veo que no he de pensar que ha sido por prudencia ni experiencia, que otros más prudentes y experimentados he visto perderse en mi tiempo. Pero dejando aparte la voluntad de Dios, de cuya mano depende todo, creo que lo que me ha aprovechado es haber dejado la mar; así que no sé yo cómo aconsejaría á nadie que entrase en ella; antes confesaré que con veinticuatro años de navegación nunca hice cosa de marinero sino el día que dejé de serlo, y este día me pareció y me parece haber aprendido algo.

De los trabajos é inquietudes, zozobras y desasosiegos que pasa un capitán de mar cada hora y cada momento; de las descomodidades que de su cargo y de su gente recibe, no quiero hablar, porque un hombre de bien por todo ha de pasar para llegar á la honra que pretende; pero bien os quiero acordár que el día que os falta la paga falta luego la manera de poder sustentar un navío y ciérranse las puertas á las ocasiones que os han de honrar, y ábrense las que os han de destruir; porque el poco amor que os tiene la gente, el cual es fundado en el interés del sueldo, se torna luego en odio; pierden os la obediencia y el respeto, y los que traéis para honrarlos os deshonran. Atrévensé á notables bellaquerías y licencias que toman, y no pagándolos parece que no los podéis castigar; por todas las partes adonde llegáis van haciendo desórdenes, y de los que hace vuestra gente cobráis, no sólo mala fama, pero tantos enemigos, y los que menos mal hacen son los que os dejan en el tiempo en que más los habéis menester; y de esto sucede muchas veces vuestra pérdida y de vuestro bajel: de las ruines pagas venís á comprarlo todo más caro, porque lo hacéis fuera de tiempo, y de aquí viene á no bastaros el sueldo, y traer el navío mal en orden y de tal manera que dáis con la carga en tierra. Las pagas no las podéis tener en vuestra mano no teniendo consignación de ellas, y aun teniéndolas es peligroso que, después que os vean en el juego, no os las suspendan, porque las necesidades de los reyes fuerzan muchas veces en esto; ¡pues mirad cuántos más trabajos pasaréis no teniendo vuestro sueldo consignado! Pues poner un hombre su honra y el servicio de su rey en peligro de perder de la voluntad y mano ajena, vos podéis considerar lo



que esto importa; y pues tenéis juicio para todo, ved qué dos cosas os mueven á descar esto: la una pareceros que ganaréis honra, y la otra que acrecentaréis vuestra hacienda ; estas dos cosas justo es procurallas, pero ha de ser de manera y cosa tan firme que no aventuréis á perder lo que tenéis ganado , ni ponerla á manifiestos y evidentes peligros; porque siendo cosa que aun en las propias manos se ha de mirar mucho cómo se pone, mirad que será dejalla en poder de tantos casos, y tan inciertos y de tales gentes como las que os tengo dicho. Quiero también advertiros que los males que digo han sucedido de Túnez acá, una gran parte ha sido en tiempo muy próspero; pues si en estos tiempos ocasionan cosas adversas, mirad si en las que ahora corren es cordura ponerse nadie en ello pudiéndolo excusar. Demás de lo que toca á la fortuna mala ó buena , que ésta se puede mudar, habéis de mirar la falta que hay de marineros, que, como primero se servían las galeras de oficiales, son forzadas ahora á servirse de remendones; y si decís que les darcís buenas pagas, que los trataréis bien, lo mismo piensan hacer los otros, y esto sería si los hubiese; pero unos por desgracia, otros por muerte y otros por cautiverios, se han perdido tantos que viene á haber de ellos la falta que digo, y por esta causa está la navegación más peligrosa que lo que solía.

Mirad también que por lo pasado andaban las galeras y las armadas con mucha mayor seguridad de lo que andan ahora , porque, como eran todas las chusmas viejas y prácticas de mucho tiempo, entraban las pocas y las muchas á hacer lo que querían, sin temer que las de turcos y moros las pudieran alcanzar; iban tan seguras que todo lo que descubrían era suyo, porque no se les podía escapar, y de esto sacaban honra y provecho, y lo que sacarán ahora de estos tiempos será deshonor y daño; porque con las ganancias que los turcos han hecho han recrecido el número y la bondad de los navíos, y de nuestras pérdidas ha sucedido perder los nuestros el número y la bondad; porque el capitán que ha perdido de cuatro galeras las dos, por armar una más ha quitado la bondad á las que le quedan; de manera que ni están para huir ni para alcanzar, y muy aparejadas para recibir deshonras y daño, como os tengo dicho al principio. Si me dijéredes que no siempre encuentran enemigos, de esto os podría yo responder que si no se encuentran que no hay honra ni ganancia, que son las dos cosas que pretendéis; pero dado que fuese honroso y provechoso no encontrallos, ¿no os parece que para sólo esto es menester la chusma buena? Porque no sólo vos con las galeras que queréis comprar, pero cualquiera general de la mar ha de considerar que la buena chusma, no sólo le hace hacer grandes efectos, mas le asegura de grandes peligros á él y á la armada; porque si no las tienen cuales conviene, ¿como él, con chusma



nueva y con nueva armada, podrá librarse de una mar por proa, ó de prohejar un viento fresco, ó de hacer dos ó tres horas más presto una llegada á tomar un puerto, que muchas veces por tomarle una hora más tarde ó más presto se viene á ganar ó á perder? Pues mirad si es bien poneros vos á navegar en tiempos que se tienen pocas dichas con galeras nuevas y marineros mal prácticos, y casi del todo perdido el ánimo que solían tener; y esto del ánimo no lo estiñéis en poco, porque es uno de los mayores inconvenientes que he dicho ni podría decir. Con una galera y una galeota casi tan grande como ella, fué Zigala á pelear, con mucha gente dentro de ellas, con una galeota y dos fustas, y si fueran los ánimos iguales, ventaja tenía la galera; pero era de los nuestros perdido, y el de los turcos doblado por los sucesos apuntados; perdió brevísimamente la que llevaba; no penséis que le hizo ningún útil lo dicho, de manera que os pongáis en peligro de deshonra si huís con iguales fuerzas, y si esperáis con ellas de deshonra y daño; porque muy pocos consideran los tiempos, y muchos os darán culpa del suceso; y si alguno que lo entendiere os disculpare, la multitud, que puede hablar en lo que quisiere sin haber ley que la ponga pena porque habla en lo que no sabe, pornaos en lo que merece estar el que no cree el buen consejo de su amigo.

Si fuéredes tan cuerdo que queráis ir considerando los tiempos y el ánimo de los vuestros, y moderar la ejecución ó ocasiones, fácil es de salir con ellas apartándoos de las difíciles y peligrosas; luego dirán que sois cobarde y que nunca creyeron tal de vos. Si como prudente os acordáredes que, siendo las chusmas nuevas, no conviene navegar con recios tiempos, añadiendo á esto también la falta de marineros que os tengo dicho, y que poco á poco queráis, en los meses menos peligrosos, ir haciendo la chusma y el marinero para, si fuese menester, sacarla después á volar en los meses no tan seguros, deciros han también que sois amigo del puerto y de comer el sueldo en él, y que para esto vale más que el Rey no tenga galeras. Así que ni la lengua es tal que pueda responder á todo, ni la espada tan larga que pueda castigar á tantos.

Si con estas dificultades se junta meterse el general en las particularidades que como á capitán os puedan tocar, ó quisiere poner patrones, cómitres ó oficiales en vuestras galeras, ó el que los vuestros tuviéredes, queriéndoles castigar os le mandare soltar, ó diese oído á los que de vos quisieren murmurar, os hallaríades en un gran piélago de confusión, porque, no podiendo contestar á todos, es forzoso tener enemigos, en especial queriéndolos poner en nueva manera de vida; así que podéis pensar qué descanso sería éste para juntarle con los otros trabajos; pero esto aun se podía sufrir estando en presencia de dicho general, porque podríades siem-



pre dar razón de vos; pero sucederá muchas veces estar ausente para no saber la acusación ni para poderla justificar.

Si me dijéredes que Andrea Doria, siendo soldado de tierra, nunca se acrecentó, y que, siendo marinero vino brevemente á ser capitán general de un tan gran Príncipe, digo que aunque es uno de los dos que quizá os podría nombrar para tener en este caso envidia dél, os podéis acordar, lo primero de que aquéllos eran otros tiempos, y la variación dellos hace algunas veces ver estos milagros, con los cuales engaña la fortuna á otros muchos. También podréis considerar que el mismo Andrea Doria que me señaláis, quince galeras que tenía, si se las contáis, perdió más de sesenta; y si éstas perdidas le sucedieran antes de llegar al punto de la reputación en que estaba, fuera imposible alzar más cabeza, y si le acaecieran en el tiempo que servía al Rey de Francia, como le sucedieron con el tiempo del Rey de España, él quedara donde han quedado los que os digo; así que no habéis de poner á cuenta de la mar estas sus grandezas, sino á cuenta del amo que la sostuvo á pesar de la mar y de la fortuna.

Si por ser uno capitán general de grandes armadas se escapara de los inconvenientes que os tengo dicho, aun teníades algún color de contradecirme en algo; pero cuanto es mayor la armada tanto es menor el puerto, y cuanto es menor el puerto tanto es mayor el peligro de los bajeles que en él están ; y cuantas más galeras, más inconvenientes, así por el peligro del navegar, como el de no hallar tan fácilmente las partes adonde meterse. Cuántas veces pensáis vos que un capitán de veinte galeras halló abrigo para diez y no para veinte, y por esta causa se ha de salir del puerto y meterse con todas en la mar para salvarse, y por ser honrado y no querer perder nada sin poder hacer otra cosa, lo aventura á perder todo; otras veces, por no caer en este inconveniente, se hace fuerte en el puerto ó reparo pequeño y viene allí á dar al través, como le acaeció á D. Juan de Mendoza en la Herradura; ¿pues negarme héis que no le fuera á él mejor ser capitán de diez galeras que no de veinte? Pues creed que ser capitán de grande armada á las veces aprovecha, pero muchas daña; y creed también que otras infinitas holgaréis ser más presto capitán de pocas que de muchas, por estas y otras causas que por no hacer larga la escritura dejó de decir; pero porque estáis más cerca de ser capitán de poco número, os diré una cosa á vuestro gusto en pago de cuantas os he dicho á vuestro disgusto , y ésta es que, siendo capitán de pocas galeras, os podéis atrever á probar con obra lo que aquí digo con palabras, y si no os halláredes bien dejarlo, porque ni habrá nadie que lo estorbe, ni mirará el Rey en ello; y si fuéredes capitán de ciento no lo podéis probar para dejarlo, porque el entrar está más en vuestra mano que el salir de ello; porque siendo de



cargo tan honrado y tan principal, y nunca dado en nuestros tiempos á nadie, y al parecer de las gentes que miran sólo banderas y estandartes y entradas de puertos, el mayor que el Rey puede dar, luego van investigando por qué lo dejan, y si lo dejáis por los casos que aquí tengo dicho, ó por malas pagas, ó por no daros la autoridad que conviene para servirle bien en ello, ó porque se den oídos á quien mormurase de vuestras acciones, encaminándolas vos conforme á su servicio, ó por otras causas porque un general puede dejar de serlo por no perder su honra, luego dáis causa á que se diga, y con razón, que habéis tenido más cuenta con vuestro particular que no con el servicio de vuestro Rey, y el disculparos vos no puede ser sino culpando á quien servís, y de esto se viene á desdeñar y tener por deservido, como lo ha hecho con otros que le han servido con tan gran cargo. Pues mirad si estaría en buen estado el que se hallase en desgracia del Rey, que por este camino está muy fácil de suceder: y si continuáredes en el oficio que decis que tuvo Andrea Doria, estáis muy á punto á servirle mal, aunque lo supiéredes servir bien; porque habéis de creer que el vasallo ha de mirar á muchas más consideraciones de las que mira el que no lo es, y también podéis creer que hay diferencia de nacer en Génova ó nacer en Valladolid, y si aquí naciera Andrea Doria, no sé si le fuera de la manera que le fué, estando os en vuestra casa; pues tenéis honra y se tiene opinión de vos, podéisla más fácilmente sustentar y mantener sin andarle aventurando á los peligros dichos, y no tengáis en poco sustentarlal porque es casi tanto como ganarla, y la hacienda es la segunda causa que os mueva; bien sabéis que con estaros quedo la acrecentaréis á libras, y que por este otro camino la podéis disminuir á quintales, y el provecho más seguro y lo que más acrecienta la casa es lo que se saca cada año de la propia hacienda, y ésta es remuneración que no puede faltar, y alargando la vida tenéis cada año esta ganancia, demás de los peligros que os he dicho, la descomodidad del andar en la mar abrevia fácilmente la vida, porque el sol del día y el sereno de la noche, con otras muchas desórdenes que se hacen, acaban la salud, y desto sucede la muerte, y con ella se acaba el acrecentar la casa y la hacienda, y tras esto viene la destrucción de vuestros hijos y entrar luego en manos de tutores y curadores, y que vos sabéis bien en el término en que está el que está en sus manos; y si estas cosas conviene á otros considerarlas, á vos conviene mucho más, porque gran parte de vuestra hacienda la tenéis de por vida que á otros que pierden sólo el padre, pues los vuestros perderían padre y hacienda. El ejemplo de esto tenéis delante si os acordáis de lo que ha perdido D. Francisco de Mendoza con su muerte y el daño que con ella ha hecho á sus casas.

(*Academia de la Historia. Colección Salazar, K. 27, fol. 69.*)



NÚMERO 2.

Socorro de Malta.

1565.—Mayo 31.—Mesina.—*Carta de D. García de Toledo al Rey exponiendo la necesidad de socorrer á Malta.*

S. C. R. M.—Dende á tres horas que partió el correo que despaché á V. M. á los 28 del presente, llegó el que me trajo el despacho de V. M. de los tres de Mayo, y por ser respuesta de cartas más hay poco que responder á él, habiéndolo hecho estos días tan largo y con tantos correos. Lo que importa agora es decir, como tengo escrito por las pasadas, que si Malta no se socorre, según lo que veo que de allí escriben, la tengo por perdida, pues los que están dentro dan tanta claridad dello á quien en estos casos se debe dar crédito.

El dar la infantería de los reinos no se puede siempre hacer sin aventurar algo; pero cuando no se pueda remediar á todo, siempre me parecería que se debe acudir á los inconvenientes mayores, y no por lo que está por venir dejar de remediar lo presente, en especial siendo de tan gran importancia. Yo he escrito á V. M. lo que entiendo convenir á su servicio; á V. M. toca el ser juez de lo que más importa, y á mí me queda sólo que decir que si se me da esta gente y la demás que he demandado, que procuraré cuanto sea posible que no sucedan desgracias en Malta ni en otra parte, y que con el ayuda de Dios, á lo que entiendo, espero en Él que me la dará, no solamente para evitar males, pero para bienes; y si no me moviese el celo y servicio de V. M. y de su reputación, y defensa y guardia de todos sus reinos y estados y bien de la cristiandad, no haría la instancia que sobre esto he hecho y hago, porque arcabuzazos no es cosa tan sabrosa, ni aventurar hombre tan á la clara su vida, que por antojos se vayan á buscar, ni soy tan temerario que no tema como quien quiera estos peligros, y quizá más. Pero yo digo á V. M. que querría más estar en el hondo de la mar que creyendo que quizá se podría remediar lo que digo, dejar pasar ocasión que tanto mal y daño traería, y plegue á Dios que no llegue presto tiempo en que V. M. se acuerde de lo que sobre esta materia escribo y tengo escrito si no se procura el remedio con brevedad.

He dicho también á V. M. que no es materia que sufre medios, y que los españoles, que son el principal nervio de este negocio y mi principal esperanza después de la de Dios, que no se han de disminuir, dándome



unos y quedando otros, porque en tal caso no me pasará por imaginación emprender cosa contra los enemigos, porque este no es juego de jugarle sino con cartas viejas conocidas y señaladas, y no con soldados levantados de dos días; en compañía destos primeros es bien que entren estos; pero nuestra nación ha de ser el fundamento y la piedra sobre que se ha de fundar esta máquina.

Y si á V. M. le paresce, como tengo dicho, de más importancia sacar esta gente de los reinos y presidios y partes donde está, que estaban á lo que podría suceder, mándeme luego avisar dello, porque despediré el gasto destas naves, que es grande, y excusaré otros que forzosamente se hacen, porque sentiría mucho no hacer nada y gastar el dinero. Y la provisión que V. M. ha hecho de dineros por cédulas ha sido muy conveniente.

De hablar hombre en lo que no tiene á cargo, aunque no dejo de tener alguna plática dello, no puede ser sino ignorancia; pero á mi parecer yo conozco los hombres de Nápoles, y no alterando las respuestas ó órdenes que de ahí se enviaren, no podría imaginar que haya de haber movimiento. Lo que se podría considerar y lo que creo que debe de mover á V. M. á ir detenido en lo del dar de la gente, es parescelle que si perdiéramos la batalla de mar, que poniendo en ella toda su infantería y aventurando toda su armada, que quedarían sus reinos desnudos de dos remedios tan grandes para su defensa, como son soldados y galeras. Por este peligro yo tengo por cierto que un día ó otro se ha de venir á pasar, porque pretendiendo V. M. el señorío de la mar, y pretendiéndolo el Turco, no es posible excusar que no se venga á conocer esta superioridad por batalla de mar, de manera que por rehuir agora lo que digo, no se ataja este inconveniente, y si á él habemos de venir, más vale que vengamos sin haber perdido á Malta, que después de perdida.

Si esto se teme, como se ha de temer con las cosas de estado, podríansc desde luego alistar alguna cantidad de tudescos, tener nombrados y alisados otro número de españoles, mandar desde agora asentar nuevas galeras en las tarazanas, apercibir con las consideraciones que á V. M. le pareciese cuantidad de naves y urcas en Poniente: con estas provisiones, con no estar muy poderosos los príncipes que podrían enojar á V. M., creo que bastaría esto para que no se movieste nadie.

Y si á V. M. le pareciese que no habiendo galeras todo esto importa poco, podriánsem dar los españoles que pido y procuraré con ellos el segundo remedio, que es ver si habrá forma de ponellos en tierra, remediando por algunas formas lo de la vitualla, y saltar yo con ellos á romper los enemigos que están en la tierra, y para esto he menester gente aún más escogida, porque para que las galeras vayan bien reforzadas y se puedan



bien retirar, es menester tomar las mejores, y no siendo de tan gran número no podran llevar tanta gente como convnería para combatir con treinta mil hombres que habrá en tierra: así que es menester que supla la bondad, y con ella ternia muy gran esperanza, porque gente desarmada y sin orden no puede competir con la ordinaria de V. M., teniendo entrambas cosas, y con ellas más valor.

Desta manera quedarle ha á V. M. el armada de mar, con la cual se podrá remediar á los inconvenientes que pudiesen suceder; aunque podrían estar las cosas en términos que fuese más seguro combatir por mar que por tierra, y el quitarme poder escoger en lo uno y en lo otro es de muy grande importancia. Ni de la batalla de tierra quedará V. M. tan poderoso si la vence como de la de mar, si por acá parescise ponello por obra.

Yo he dicho por las pasadas y por esta lo que entiendo; lo que agora conozco que me queda por hacer es no importunar más á V. M. sino tener por bueno cualquier cosa que mandare.

No habiéndose de combatir por tierra ni por mar, lo cual no haré, ni por la una parte ni por la otra no trayendo la gente que escribo, en tal caso comparesceré delante de la isla de Malta, como el maestre escribe, por ver si la confusión del ser la armada de V. M. diese alguna ocasión á los de Malta para hacer algún buen efecto; pero estas son cosas flacas, y aunque podría salir dellas algún fruto, todavía lo tengo por de poco momento.

Hecho esto, irme he en Levante con las galeras que me paresciere á destruir y quemar lo que pudiere; dejaré lo de aquí como conviene para no rescibir daño, pues no es bien que por ayudar á lo de Malta se me pase el verano en el puerto. Esta es mi determinación hasta agora, si V. M. no me manda otra cosa. Si paresciese otro, puédemelo mandar con la respuesta désta, y digo que para no haber de hacer más de las dos cosas, que la gente que V. M. me cuenta es bastante para traer en orden este verano sus galeras.

Si me paresciere levantar algunos pocos de italianos para meterlos en esta armada, por dejar más en orden lo de aquí, hacellos hé; y con cualquiera ocasión que haya en Malta de que dar aviso á V. M., lo haré con correo propio.

V. M. tiene razón en pensar que yo habría recogido la gente de Córcega para lo de aquí, no habiéndolo podido hacer con las galeras que aquí tengo por la ida de Malta, de la Goleta, y por la enviada de las ocho galeras á España con chusmas de diez y seis. Escrebí á las galeras que estaban en Génova dende los 10 y 15 de marzo que estuviesen en orden para traér-mela, y hasta hoy que estamos en junio no las he podido sacar del puerto:



y á las del Duque de Florencia, dende que partí de Nápoles, les escribí que viniesen luego á la guarda de aquel reino, y tampoco lo hicieron al tiempo que debían; hubiera desde entonces á las unas y á las otras quitado el sueldo hasta el día que aquí llegasen, como lo meresce el que no sale á servir cuando se lo mandan; pero esta suspensión de salario me costara á mí más cara que no á ellos.

Y V. M. tenga por fee que si á los que le sirven da causa para que anden mirando en lo que á ellos les cumple, que V. M. será mal servido y pagarlo ha su hacienda, porque hay al fin pocos que se quieran destruir por el servicio de sus amos, y si hay algunos, no se si le conviene á V. M. retirarlos de su buen celo. Y algún día espero que V. M. me hará merced de darme licencia para irle á besar los pies y hablar sobre estas materias y otras que cumplan á su servicio, pues por mis cosas pocas veces me han llevado hasta agora á la corte de V. M., llevarme han las de V. M. á su tiempo, pues las tengo por más propias.

Guarde Nuestro Señor la vida de V. M. por tan largos años como sus criados y vasallos deseamos y la Cristiandad ha menester. De Mesina á último de mayo de 1565.—Criado y vasallo de V. M. que sus reales pies y manos besa.—Don García de Toledo.

Colección Navarrete, t. 33. Publicada en la de *Documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXIX, pág. 165.

NÚM. 3.

Inscripciones grabadas en el pedestal de la estatua de D. Juan de Austria en Mesina.

Philippus Hispaniarum et Siciliae Rex invictus juxta ac catholicus, Pio V. Pont. Max. S. Q. Venet. in Selimum Turcarum Princ. orientis tyrannum Christiani nominis hostem immanissimum fœdus componit.

Ioannes Augustus Caroli V. imp. filius, Philippi regis frater totius classis imperator summa omnium consensione declaratur, is in hoc portu Mamertino ducentarum septem longarum navium, sexque majorum totius fœderis classe coacta ad xvi. Cal. Octobr. e freto solvit ad Echinadas insulas, hostium Turcarum naves longas CCXC. animo invicto non. Octobr. aggreditur inaudita celeritate, incredibili virtute triremes CCXXX. capit. viginti partim flammis assumit, partim mergit, reliqua vix evadere potuerunt, hostium ad xv. millia cœdit, totidem capit, Christianorum captivorum, ad xv millia in libertatem asserit, et metu quem hostibus immisit Christo semper auspice remp. Christ. liberavit ann. MDLXXI.

Messanam IIII. non. Novemb. victor revertitur ingentique omnium letitia triumphans excipitur, ad gloriam ergo et æterni nominis. Philippi regis, tantæque victoriæ memoriam sempiternum Joanni Austri fratri B. M. fort. felicissimoque princ.

S. H. .E.
S. P. Q. Messanensis P
Patribus Conscriptis.



Christophoro Pisci, Jo. Francisco Balsamo, D. Gaspare Lucanio, Antonio Acciarelli
D. Thoma Marchetto, Franciso Regitano, MDLXXII.

Gesta fidem superant, Zande, ne longa vetustas
Deleat, hic vultus finxit in aere tuos.

Hotem horis binis superas. datur aere colossus,
Nunc eat, et factis obstrepet invidia.

Jam satis ostensum est quo sis genitore creatus,
Africa regna parens, ipse Asiana domus.

Non satis unus erat, victo tanto hoste, triumphus.
Esse triumphator semper in aere potes.

NÚM. 4.

Conflictio anseático-español en el siglo XV.

En el *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1896, t. xxvi, página 30, se han publicado curiosas noticias del Sr. D. Antonio María Fabié relativamente á los *Apuntes para la historia sajona sacados de los archivos de las ciudades anseáticas y dados á luz en Dresden* por el señor Konrad Häbler. De ellos interesa á la marina nacional el capítulo que tiene por título *El conflicto anseático-español de 1419 y los tratados con España*, ocurrencia de que yo no he encontrado rastro en nuestros anales, y de que, por tanto, en el libro de *La Marina de Castilla*, sólo hice vaga indicación¹.

«Parece ahora que el rey D. Enrique III había publicado en 1398 una ordenanza prohibiendo que embarcaciones extranjeras tomaran carga en puertos de Castilla, á menos que no hubiera en ellos ningún navío nacional en disposición de flete. Parece también que por cuestiones y diferencias había sufrido perturbación el comercio, bastante activo, existente entre España y las ciudades anseáticas, llegando á los extremos de saquear los barcos de Rampon, corsarios castellanos en 1342, y de detener mercancías españolas embarcadas en naves de aquella asociación político-mercantil, en 1398.

»En 1413 confirmó D. Juan II la prohibición de que los navíos del Alsa vinieran directamente á cargar mercancías en su reino; pretendía que las tomaran en el mercado de Brujas de las que conducían embarcaciones es-

¹ Cap. XIII, pág. 185.



pañolas, como hasta entonces era costumbre. No obstante la notificación oficial, el Ansa despachó para Galicia gran flota en busca de artículos de considerable valor; la armada del Rey salió al encuentro y la destruyó completamente.

»Agravaba por entonces la tirantez de relaciones la guerra existente entre Francia é Inglaterra, porque al paso que Castilla estaba al lado de la primera, auxiliaba á la segunda el Ansa, y de aquí frecuentes choques en la mar, presas y represalias. A mediados de Noviembre de 1419 salió del puerto de la Esclusa otra flota que, encontrada sobre la Rochela por la castellana que regía Juan de Camporredondo, peleó, quedando en poder de los españoles cuarenta navíos ricamente cargados. A su vez los anseáticos apresaron en Flandes mercancías del armador Lope Vázquez, quien obtuvo del Rey de Castilla autorización y poderes para reclamar indemnización de 20.000 coronas.

»Los mercaderes aspiraban á normalizar las antiguas relaciones amistosas, y fueron los del Ansa los primeros que dieron pasos en este sentido, enviando á Castilla, á fines de verano de 1420, una embajada compuesta de los comisarios Robrecht van Bouchonte y Bondine Andrés, poco afortunados en el principio de la negociación, si bien consiguieron que las reclamaciones de todos los perjudicados hasta entonces se sometieran á examen. En virtud de esta declaración expidió el Duque de Borgoña decreto en 12 de Agosto de 1421, ordenando que las mercaderías llegadas á la Esclusa en embarcaciones castellanas ó de cualquiera otra nación, fueran intervenidas por comisión mixta, compuesta por dos representantes de los mercaderes de Castilla y dos empleados suyos, procediendo á gravarlas con un derecho de 1 por 100 de su valor como indemnización de los daños sufridos por los borgoñones desde los sucesos de 1419.

»Los del Ansa no se satisfacieron con esta determinación, que á ellos no beneficiaba derechosamente, y continuaron en la mar los atropellos y apresiones de bajeles, sin mediar declaración de guerra. De aquí se originó que unos y otros navegaran en flotas bien armadas, y que á la sombra de la hostilidad aparecieran corsarios ingleses que aprovechaban las circunstancias en las inmediaciones de sus puertos.

»Transcurridos seis años, durante los que pagaron las mercancías castellanas el derecho mencionado en la Esclusa, envió el rey D. Juan á Flandes á su escudero Sancho de Ezpeleta en comisión cerca del Duque de Borgoña, que dió por resultado transacción, pactándose, primero, la supresión del impuesto; segundo, la concesión de Lonja en Brujas, y tercero, la institución de un cónsul en la misma ciudad con objeto de asegurar en ella y las limítrofes la libertad de comercio de los castellanos. El convenio



se firmó el 11 de Octubre 1428, con cláusula adicional por la que los flamencos no harían reclamación relacionada con presas que los de Castilla hicieran de navíos anseáticos.

»Mortificados los directores de esta asociación, amenazaron con prohibir la importación del principal artículo de comercio procedente de Castilla, que era la lana, y empezaron á gestionar para que el Duque de Borgoña enviara otra embajada al rey D. Juan, encaminada á poner término al conflicto que tanto se iba prolongando. Trajo esta misión Henrich Schumar en 1433, compareciendo por el mes de Julio en Ocaña, donde se hallaba el Rey. Sus gestiones tuvieron éxito; recibió carta de D. Juan II manifestando estar dispuesto á tratar con el Ansa; sin embargo, habiendo llegado á Flandes flota castellana con gran cargamento, creyendo sería admitido por los anseáticos, no fué así, y tanto hicieron pagar los armadores la contrariedad, despachando corsarios, que no había nave alemana segura, perseguidas en todo el mar.

»Esta actitud puso término al conflicto, pues vino nueva embajada en representación de la orden de Mariemberg y del Consejo de Danzig, como mediadora, y por sus gestiones, una armada que fondeó en puerto inmediato á Brujas en el verano de 1443, llevó poderes para acordar suspensión de hostilidades entre alemanes y castellanos. Pactada el 15 de Agosto, se convino en que no hubiera indemnización para ninguna de las partes, porque si bien el Ansa no había hecho presas de importancia en navíos de Castilla, se tenía en cuenta la necesidad que obligó al rey D. Juan á enviar escuadras á los mares del Norte para proteger la navegación de sus súbditos. El convenio se firmó ante el notario flamenco Hoofsche y el padre agustino Alfonso de Barrios, que desempeñó papel importante en la negociación, figurando como partes, el Prior y universidad de mercaderes de Burgos, capitanes y maestres de navíos de los reinos de Castilla, y los de Alemania y sus naciones.

»Don Juan II ratificó á 15 de Enero de 1444, en Tordesalas, el tratado, que es documento muy curioso, porque contiene la historia de las ocurrencias. Luego fué ratificado sucesivamente por las ciudades de Lubeck, Hamburgo, Danzig, Wismar, Luneberg, Rostok, Stralsund, etc., y desde entonces castellanos y anseáticos reanudaron la transacción de comercio importante.»

La ratificación del tratado, escrita en latín, está inserta en el mencionado *Boletín*, t. XXVIII, pág. 35.



NÚMERO 5.

Documentos relativos á la prisión y rescate de Pedro Sarmiento de Gamboa.

1586.—Avisos de Inglaterra enviados al Rey por D. Bernardino de Mendoza.

Noviembre 19.—*Rale* (Raleigh), favorito de la Reina, tiene preso á Pedro Sarmiento que V. M. había enviado al estrecho de Magallanes, al cual tomaron navíos ingleses que había armado *Rale*, en uno pequeño de portugueses, en que venía el Pedro Sarmiento, á quien no dejan hablar con ningún extranjero, trayéndole siempre con guarda, aunque anda suelto.

Nov. 28.—Á Pedro Sarmiento ha dado libertad *Guate Rale*, y ha venido á París pobre y desacomodado, como era fuerza que lo estuviese un robado de ingleses y captivo, y por ser de importancia su persona, le ha acogido y regalado, haciéndole crédito de 300 escudos para el viaje. Que refiere las cosas de Inglaterra como hombre de entendimiento, y lo que le comunicó la Reina, el Tesorero y *Guate Rale*, á quien no será inconveniente que V. M. haga la merced que desea, agradeciéndole la buena voluntad que ofrece, por poseer enteramente el corazón de la Reina, y con tanto podrá divertir lo que toca á amazonas de piratas y máquinas de D. Antonio (de Crato) que son cosas que siempre obligan á hacer costas á V. M.

París.—Archivo Nacional (Papeles de Simancas), K, 1564.

1587.—Enero 8.—Pedro Sarmiento tuvo diversas pláticas con *Guate Rale*, y en ellas le significó lo bien que le estaría ofrecer su servicio á V. M., pues el favor de la Reina no le podía durar mucho, y cuando él tratase con veras lo que tocaba al servicio de V. M. en aquel reino, fuera de la recompensa que tendría en cualquiera ocasión que ocurriera, teniendo el amparo de V. M. se entreternía para no decaer. A *Rale* le pareció bien el consejo y le dió orden ofreciese á V. M. su voluntad, y cuando fuese servido de aceptalla, se opondría á cuanto intentase D. Antonio, y asimismo á no dejar salir amazonas de Inglaterra, y que enviaría una nao grande suya muy buena, artillada, á Lisboa, la cual vendería, siendo buena para el servicio de V. M., en cinco mil escudos, y para entender si V. M. era servido de aceptar su servicio ó no, dió al Pedro Sarmiento un contraseña y escribió á un sobrino que tiene aquí comprendiendo la lengua, que viniese á mí, y que como yo le diese cartas de Pedro Sarmiento, partiese al momento con ellas á Inglaterra. Hele dicho estar preso el dicho Sarmiento, de Uguenotes; respondióme que él partiría al momento á Inglaterra para significallo á la Reina y á *Rale*, que estaba cierto que escri-



birían al Príncipe de Bearne le hiciese dar libertad, oficio que le aprobaré mucho, por ser el medio más facil y barato para sacalle de prisión, y el Pedro Sarmiento es persona que puede hacer á V. M. mucho servicio en las Indias, como plático de aquella tierra.

París.—Archivo Nacional, K. 1566.

1587.—Enero 24.—He tenido audiencia con este Rey (de Francia). Con la ocasión le signifiqué la prisión de Pedro Sarmiento, suplicándole que mandase escribir para que se le diese libertad. Dijome que él escribiría á su madre lo significase al Príncipe de Bearne, y instándole yo fuese con el calor que á su autoridad convenía, me respondió: «pluguiese á Dios que yo pudiese forzar á los de la Religión á que le diesen libertad»; palabras que me movieron á compasión, por ver en el estado que confesaba el Rey hallarse, con el decillas. Publican ya los Uguenotes que el Príncipe de Bearne ha tomado á Pedro Sarmiento por prisionero suyo, que no le dará sino en trueque de Mos de *Telini*, hijo de la *Rua*, y habelle hallado gran cantidad de papeles y descripciones de puertos en pergamino, de Inglaterra, y son las cartas de marear que llevaba del estrecho de Magallanes y plantas de las ciudades que por orden de V. M. había poblado en él, y los papeles, las instrucciones que llevaba para el efecto, los cuales me mostró á mí aquí, por habérselos tomado al prendelle los piratas ingleses, y vuelto maestre *Rale*.

Febrero 7.—Sobre el particular de Pedro Sarmiento y otros que hablé al Rey, me remitió los comunicase con el secretario Villaroy; dijome que á Pedro Sarmiento habían tomado los que traían armas contra el Rey; repliqué que debajo desto no aprobaba su prisión, declarándolos por sus enemigos, por lo cual, cuando no le obedeciesen en dalle libertad, V. M. podría proceder contra ellos como más fuese servido, y en particular contra el Príncipe de Bearne, pues se hacía dueño del prisionero, y el Rey confesaba traer las armas contra él, que era declarar ser su enemigo y no estar debajo de su protección y amparo, y lo que podría detener á V. M. para no castigalle de sus insolencias. Replicóme que era punto de consideración, y que lo comunicaría con el Rey, asegurándome se escribiría caldamente á la Reina madre y al de Bearne para que le diesen libertad, reputándole el daño que del no hacello le podría causar, cosa que yo les he querido apuntar para que no se imagine este Rey que con la sombra de Uguenotes, cuya cabeza es el de Bearne, poder inquietar los estados de V. M.; y asimismo que si el Pedro Sarmiento conviene sacalle por dinero, no aprobando el Rey el arrazonalle, pueda con justicia satis-



facerse este daño de las rentas que el de Bearne tiene en Flandes, y quedar derecho á V. M. para proceder contra estos bienes y los demás del de Bearne, jurídicamente por el declararse enemigo de V. M. en cuyos estados no hay lo que en los del Duque de *Alanzón*, que estaban en mitad de Francia, y él los tiene á la frontera de Francia y muy buenas villas en Flandes, por lo cual no será inconveniente al servicio de V. M. entreteniendo al dicho Pedro Sarmiento, se le signifique en nombre de V. M. por escrito al de Bearne, le dé libertad, ya que el Rey no aprueba la prisión, para que no haciéndolo quede justificada la queja.

Febrero 18.—Habiendo entendido *Gualtero Rale*, favorito de la Reina de Inglaterra, la prisión de Pedro Sarmiento de Gamboa, ha tomado tan á punto su libertad, que ha enviado dos gentiles hombres suyos aquí, con cartas de la Reina al de Bearne para que le dé libertad, y tan encarecidas, que le dice, que aunque parezca que sólo *Gualtero Rale* es interesado en este negocio, que ella lo es asimismo en que pase á España Pedro Sarmiento al momento, y por cuyo respeto le pide que si está en manos de su gente, mande se le dé luego libertad. A estos dos gentiles hombres les ordenó luego el *Rale* me viniesen á decir con las veras que él procuraba la libertad de Pedro Sarmiento, y por haber venido en tiempo de esta alteración de los ingleses, los ha entretenido aquí el embajador de Inglaterra algunos días, y en tanto se hallaban con necesidad de dineros, y viniendo á mí con una carta de un mercader portugués que reside en Londres, en que me dice haber dicho él á *Gualtero Rale* que cuando les faltase dinero yo se lo daría, les diese un crédito de cien escudos para proseguir su viaje, no queriéndose valer en esta parte del embajador de Inglaterra por no ser amigo del *Gualtero Rale*, respondíales que el mercader había sido muy necio de decir aquello y yo no lo sería menos en dalles dinero por su orden, ni á persona que llevase cartas de la Reina de Inglaterra, teniendo guerra con V. M., pero que cuando *Rale* ó cosa suya me pidiese alguno de mi hacienda, se lo daría, por la cortesía que había usado con Pedro Sarmiento. Respondiéronme que lo que me pedían era que les prestase cien escudos con que seguir su viaje, en nombre de *Rale*, que al momento que llegasen cartas suyas de Inglaterra enviarían orden aquí para pagármelos, y de esto me harían un conocimiento. Yo le tomé y se los dí, pareciéndome que por todo buen respeto era bien corresponder al *Rale* en esta parte con agradecimiento de la cortesía que había usado con Pedro Sarmiento, cuya libertad se facilitaba más por este medio.



Marzo 26.—*Rale* no quiso que fuese su sobrino á la libertad de Pedro Sarmiento por no dar más sospecha de la que le han puesto sus enemigos con la Reina, por habelle dejado salir de Inglaterra: yo le informé lo mejor que pude de lo que era bien que echase en las orejas de su tío. Temo que no pueda volver tan presto.

De mano del Rey. *Menester será procurar por acá lo de P. Sarmiento, que por allá mal encaminado lo veo.*

París.—Archivo Nacional, K. 1565 y 1566.

1589.—Septiembre 27.—Carta de Pedro Sarmiento de Gamboa al secretario del Rey D. Juan de Idiáquez.

Suplico á V. S. no le espante la larga historia ni la mala letra y me haga merced de la leer toda, que no deje letra.—La gloria del Espíritu Santo sea con V. S.—De 23 de Enero del pasado de 1588 es, ó son las últimas que e rescibido de V. S. en que totalmente me desafucia (?) de poder esperar el tiempo entre mí y *Telini*, y con tal desconfianza respondí á V. S. despidiéndome de aquella demanda como de cosa imposible, pero no me despedí del favor y merced que V. S. me puede hacer y yo esperar; tras esto V. S. me mandó que yo corriese por la expediente y orden del canónigo Esporrín, y que no hiciese sino lo que su buena maña me ordenase, y con esta lectura e ydo hasta hoy 27 de Septiembre 1589, que son 20 meses, hasta que a dado conmigo y con él en el lado, de tal manera, que ni él sabe de sí ni yo de mí, y viéndome totalmente perdido, por no desesperar quise acudir al consolador, que después de Dios lo es y a de ser V. S. mío, aunque más negocios cuelguen de V. S, y aunque más enfadoso yo le parezca, porque mi importunación, si se escucha y expide resultará dependencia tal que les ubieran resultado si en lo pasado yo uviera sido oydo, y aunque no le sobre tiempo á V. S. me detendré algo más que yo quisiera, si la necesidad tan urgente no me constriñera á lo hacer por dar mi razón y pedir remedio á mi aflicción, y el no haber escrito en todo este tiempo a sido por su orden, pensando quél haría lo que había prometido y asegurado como si lo tuviera en la manga. Después que el dicho Domingo Esporrín vino de Madrid con la limosna de dineros y caballos que V. S. entre amigos y parientes recogió, vino á estos confines gastando á discreción de lo que traya para mi rescate, paseándose de Jaca á Bearne muy á su placer, y de cuatro en cuatro meses me hacía entender por dos renglones, que de un momento á otro me libran, sin saber más lo que decía ni hacía, que una piedra, y yo en este medio tiempo, sepultado en la miserable prisión, confiado de lo que él me decía, padeciendo mil ultrajes y tribulaciones que no son de escribir; finalmente,



persiguiéndome á manera de decir toda la Francia con amenazas y blasfemias si no se les acordase lo que pretendían del trueque , á todos los cuales yo hacía rostro con las diligencias hechas por V. S. y con su respuesta y resolución, y con todo no bastava ni vasta hasta oy; final, como me vieron ya desconfiado y que no escrivía á V. S., y mi resolución era sólo esperar la muerte, pues otro remedio no tenía, acordó el coronel deste partido, llamado Mos de Castelnao, y una madama de Agramante, de pedir al Rey de Bearne que les adjudicase mi rescate, lo cual, aunque con increíble dificultad les concedió después que la inglesa les consinó á D. Pedro de Baldés, preso en Inglaterra , y á D. Diego Pimentel, preso en Olanda, por la deliberación de la fe de Canna y de la soltura de Telini ; y tiniendo esta partida asegurada , como digo, les otorgó que me pudiesen meter á rescate, y según públicamente se a entendido , con tal condición que los caballos que me pusiesen de condición , que fuesen para el dicho Príncipe, y la moneda para partir entre los dos personajes dichos, y mientras la tierra adentro ándavan y andamos en estas resoluciones, Esporrín paseava largo, escriviéndome de tiempo en tiempo «sin falta luego saldréis; yo lo tengo concertado; un tal os sacará; el Matiñón os sacará; el Fanaes os sacará;» y otros mil , y todos por sacar dél le prometían el sí y á la ora avisaban á la parte contraria , e yo siendo advertido de todo y que se reyan dél y de mí , le advertía á él de todo para que no fuese tan ligero, si mal él sembró el negocio por todas estas comarcas de manera que, como hizo hablar á muchos y se entendió , vinieron á pensar el error que se les ha encajado que yo soy un príncipe de donde ellos quieren juntar , y al cavo , viniendo el Coronel á tratar con Esporrín de mi rescate, el Coronel le pidió quince mil escudos y cuatro buenos caballos de España , y el Esporrín le respondió con le ofrecer dos mil y tres caballos en dos veces, y el Coronel se enojó contra él terriblemente, diciéndole que hacía vurla dél , y que él no andaba ally sino por su interés y provecho y no por el del prisionero, que era y soy yo , y pidiéndole el Coronel un caballo rucio viejo , y dándole por él lo que valía , no se lo quiso dar á él y después lo dió á otro vendido, cuyos dineros él guardó para sí, como asy mesmo a hecho parte, y no poca de lo que v. md. le entregó é hizo entregar, de suerte que enojados desto los naturales, dice que le quisieron tomar los caballos dos que le quedaban, y él se escapó con ellos, con el favor de un gentil hombre que le asistía , que llaman el capitán Arue , que á la ora que ésta escribo , está aquí; esto fué causa que él se soltó de la lengua más que no debía contra el dicho Coronel, según dicen, y uno que de aquí yo envié á Jaca, dice que le mostró ciertas letras más que dice que con él avisaya de que se tuviese, todo lo qual fué causa que el Coronel se indignó de suerte contra él



y Morales y contra mí, que á ellos los matará si los pudiera aver, y á mí me escribió una letra en que me decía , que pues no aceptava la condición de los quince mil escudos, ó de diez mil y quatro caballos, que yo escogía muerte ó cárcel perpetua; la cual letra original embió á V. S. para que la vea, aunque de letra de hombre de guerra , pero á V. S. nada le es oscuro; suplico á V. S. la lea y la note, en que verá lo que digo , y como dice que es expresamente hordenado por su amo de no disminuir nada, y hacerlo por las mismas diligencias de Esporrín, y por dexar hurtar una carta mía que yo le avía escrito , que él mostró al mensajero que de aquí fué, me tapiaron entre quattro murallas y quedé en el castillo metido en un infierno increíble, sin luz, ni día, ni claridad; final, tinieblas infernales donde yo me vy muchos días esperando cada hora la última , y guarda , que si uviese de contar las cosas que ally' pasé pondría horror; mas comparado con lo que mis pecados merecen , todo aquello y millones de veces más es nada, y ay me consolava y sustentava el Señor por su santa misericordia , y al cavo de muchos días tornaron á tratar del interés, diciendo que no querían tratar ni contratar con el Esporrín, porque si le beían le avían de matar, y viniendo aquí el dicho capitán Arzac, no pudo obtener licencia de que le dexasen hablar conmigo; en fin, me tornaron á trasegar, que si no hacia la ranzón, que sin falta me acabarían la vida, y viendo yo que cada día lo hacen con los que no condescienden con su voluntad en el rescate, como hicieron después que yo estoy aquí con un gentil hombre flamenco y con otros tres de su tierra, por no desesperar les ofrecí cuatro mil escudos, aunque yo no tenía de donde los poder pagar , y faltó muy poco que no me picaron la gorja (?). Luégo llegó el dicho capitán Arzac, y viéndome en este conflicto, y conociéndolos, les ofreció cinco mil, y se burlaron dél, el qual , viendo esto, y considerando que me habian de matar, y quél no podía más, se despidió de mí llorando, y me tornaron á tapiar en el ordinario infierno, y ese mismo día , queriéndose el Coronel partir á Francia, llamado de su amo , me hizo llamar á una galería donde me dixo , que si yo no le respondía á la ranzón , que él entonces me ponía que él se iba á Francia y yo quedaría donde moriría miserablemente, y esto en toda resolución ultimada; donde podrá V. S. sentir qué podría yo sentir de mi remedio, viendo su resolución y mi posibilidad ninguna; pero acordándome de Dios, que es poderoso, y de sus siervos, torné en mí y le pregunté qué era la razón ó ranzón que decía ultimada, y él me respondió, seis mil escudos y cuatro caballos escogidos, ó la vida, en lo qual yo me vi tan atajado y en peligro que escogí el menor peligro del dinero, por evitar el mayor de la muerte, puesto que yo me vía imposibilitado de poderlo cumplir, pero hícelo confiado en Dios primeramente, y lo que Es-



porrín me avía prometido; y así le dixe que yo lo aceptava con tal condición que se le daría de contado los tres mil escudos y que por los otros y los caballos buscarían fianzas en Bearne que respondiesen por un tiempo, y con mil dificultades, y esto de las fianzas lo promety confiado que el obrero de la Seo de Jaca, tío de Esporrín, es hombre de crédito, y es rico, y tiene crédito en Bearne, y que me las buscaría por cierto tiempo para que yo pudiese salir de prisión á buscar la resta, porque con la presencia se hace lo que con el ausencia es imposible, y luego, echo este acuerdo y firmado, envié á Jaca á lo solicitar al dicho Arzac, el qual á la vuelta me dixo quel dicho obrero prometía las fianzas, y que en lo delantado él tomaba á su cargo con cierta quantidá quel obrero ofreció, que era como setecientos escudos; el Arzac me prestava dos caballos suyos, ó el dinero dellos, que son 800 escudos, y por la resta daría fianza á mosiur Castelnao por quince días, en lo qual se litigó con Castelnao de manera que se salió mil veces afuera y final, buelto al resumé (?) lo concedió, y tornado el capitán Arzac á verme, entró á llamar al Esporrín, obrero y Cristóval de Morales que trajesen los dos caballos y el dinero y viniese á presentar las fianzas que avía prometido; final, vinieron con los caballos, y al concluir las fianzas salióse á fuera, y el día de diez me escribió que no las hallava y que le avían faltado la palabra los que le avían prometido fírmame, con lo qual yo e quedado del todo arruynado y burlado de quien V. md. tanto fiava, por lo cual me es forzoso por la vida acudir á la fuente, que es Dios y V. md., que me socorra de una vez, sobre lo que me a socorrido que aver sido tanto, que al padre que me engendró no debó tanto como á V. md., por lo qual peso á V. md. infinitas veces las manos y ruego á Dios pague á V. md. tanto bien en esta vida con larga vida y salud y prosperidad, y en la otra con la gloria eterna y á mí me dé fuerzas y libertad para que como captivo de justa guerra de V. S. le pueda servir con persona, vida y honra y lo demás que Dios me diese, y por poder llegar á hacer esto, no lo pienso adquirir sino por Dios y después por V. S., á quien suplico que, pues lo de Telini ya cesó, y en este acuerdo no va menos que cumple, ó dejar la vida con una impía crueldad muy mucho más que se puede imaginar, de donde se seguirían algunos inconvenientes irreparables, más de los seguidos, que son y se van urdiendo no pocos, y esto se puede reparar con poco travajo, el cual yo no escuso ni puedo dejar de dar á V. S. para que lo remedie quien puede, pues todo es para bien de muchos suyos, y si mis trabajos no balen esta suma, cierto yo soy poco necesario vivir sobre la faz de la tierra, que mucho más e gastado yo en un día y perdido en un momento por su servicio, y destos momentos con la vida en el anzuelo han sido millones, y final toda la vida, y por testi-



monio estoy en ellos y aquí al ojo de quien puede, por tanto suplico á V. S. por las llagas de Dios aya piedad de quien la a de todos los que podria decir, y no oso, y me socorra, siendo servido de hacer que yo sea proveido y socorrido con esta suma de los seis mil escudos y cuatro caballos, que es el acuerdo y violencia que me a impuesto, y si pareciera dura cosa hacerme esta merced, declaro que no quiero ni es mi intención que se me den graciosos, sino prestados, y que se pague de su mano incontinente, y no solo esto, pero por los seis mil y los caballos daré más cantidad en la forma siguiente:

Su Magestad me hizo merced, entre otras, cuando fuimos al estrecho, de cien ducados ayuda de costa ó sueldo cada mes por todo el tiempo que durase la jornada: la cédula es fecha á diez de Julio 1581, corre desde 25 de Septiembre próximo del mismo año, que es cuando nos hicimos á la vela de Sanlúcar: tardamos en la jornada hasta que me prendieron los ingleses, que fué á 11 de Agosto de 1586, que son cinco años menos mes y medio, y quatro años y diez meses y medio, que suman cinco mil y ochocientos ducados, de los cuales recibí por mandado de S. M., en tres veces setecientos; en Sevilla 300, en Cadiz 300, en el Brasil ciento, como parecerá pôr mis firmas en poder de los pagadores de aquella armada, de manera que se me restan deviendo cinco mil y cien ducados, los cuales S. M., siendo tan buen pagador, tengo por muy cierto me hará merced de mandarme pagar: y la cédula original embíó á V. md. para que se certifique de ello.

Item: S. M. me hizo merced de dos mil ducados de ayuda de costa, por una vez, los mil en Sevilla, que yo cobré, y los mil en el Pirú, los cuales no e cobrado, de lo qual recibí dos cédulas, una para los oficiales de los Charcas, y porque era lejos, supliqué me la conmutasen en Lima, para lo qual se me dió otra cédula, que las dos no es más un mil ducados porque pagada la una, la otra no, se debe: ambas las cédulas embíó á V. md. para que se satisfaga, la qual también suplico humildemente que aunque la paga haya de ser en el Pirú, se me commute en Madrid ó en parte de España, que para esta ocasión yo me pueda aprovechar della.

Item: Yo tengo en el Pirú una plaza de gentil hombre de lanza de mil pesos de renta cada año, desde el año de setenta y uno, que son diez y ocho años, y suma diez y ocho mil ducados, digo pesos de á trece reales y medio el peso, que cada mil pesos montan mil y doscientos ducados, y destos diez y ocho mil pesos e recibido en el Pirú, para en cuenta, tres mil y doscientos pesos, los cuales restando de diez y ocho mil, restan que se me deben catorce mil y ochocientos pesos que son ducados diez y seis mil y novecientos ducados, todos los quales an entrado en la real caja



APÉNDICES.

431

de S. M., y los a abido y gastado de la renta que nos está situada particularmente en indios del Pirú, y esta resta que se me debe, S. M. me hizo merced de mandar se me pagase haciendo luego quenta conmigo luego sin dilación, como V. md. verá por la cédula original que dello embíó, y final, se me deben y se me an de pagar como S. M. lo tiene mandado. Final, suman estas tres partidas veinte y tres mil y novecientos ducados ciertos, antes más que menos, en cédulas reales, que es oro molido, lo qual sé yo muy cierto que S. M. quiere y se sirve se me pague, pues es renta por méritos y servicios personales.

Digo más, de cuatro mil ducados que presté y gasté por S. M. en sus naos y soldados y municiones, y una naveta que compré en Cavo Verde quando la primera vez que vine del Pirú, para embiar aviso al Pirú y á todas las Indias, de los ccsarios que tuve noticia, lo qual también S. M. avía mandado, y mandó que los de la contratación de Sevilla se sentasen á quentas conmigo para luego dada noticia al Consejo de Indias se pagase el alcance, y esto no uvo tiempo por venir la cédula tarde y estar nos de partida, y en el Pirú ni en parte del mundo no e recibido otra ayuda de costa ni préstamo que lo deba á S. M., ni hago quenta de muchos y muchos millares de pesos de oro que e gastado por su servicio juntamente con la vida, y quisiera aver gastado mucho más, y de gastos hechos aun en su servicio en sola esta jornada última, digo, en gastos, no de mi persona, criados, ni casa, ni dádivas que yo e dado á soldados y oficiales, sino solo de gastos de municiones, pólvora, plomo, arcabuces, espadas, ropa, cables, estopa, brea, cueros de suelas, vestidos á soldados, socorros á marineros y pilotos, y aderezos de navíos y otras mil cosas, todas municiones para S. M. y su servicio, que sin cada una dellas no se podía concluir ni navegar, ni vivir, por haberlo distraído todo lcs generales Diego Flores y sus oficiales, y dexarme desamparado donde uve de vender todos los adrezos de mi persona, hasta las camisas, para sustentar los soldados, marineros, pobladores y aun para le hacer muchos amigos y servidores en el Brasil, que esto es pozo sin suelo, de todo lo qual ay razón y quenta, más de presente yo no he dello sino de aquella suma que consta por cédulas de S. M. y manda se me cargue, que son los dichos veinte y tres mil ducados. De todo esto no quiero más sino la quantía que bastara para yo salir de captividad, y de la resta yo hago servicio espontáneamente á S. M., haciéndome merced de mandarme pagar esta suma de seis mil escudos y los cuatro caballos, y como digo, de la resta, que serán quince mil ducados, poco más ó menos, yo le hago servicio libremente y de mi voluntad, y luego daré carta de pago en la parte que se me mandare; esto es cosa justa y que en conciencia se me a de pa-



gar, y S. M. lo quiere y es servido se me pague, por lo qual yo tengo gran confianza en Dios, que, dándoselo á entender á S. M., sea servido mandarme hacer la merced liveralmente, como quien tanto ama su ánima y su conciencia y á sus criados que sirven con la lealtad y constancia que yo y otros tales y mejores le sirven y e servido.

Y si esto no bastare, yo tengo en el Pirú otra renta quel virey D. Francisco de Toledo me hizo en nombre de S. M. después que yo salí de allí, que es de ochientos pesos ensayados en yndios, por dos vidas, y que los gozase en ausencia, los quales habían de ser mil por particular promesa y cédula suya en nombre de S. M., y no la enchió del todo, cien pesos más á menos. El Sr. Dr. Pedro Gutiérrez del Consejo de Indias, que era su capellán que allá era á la sazón, lo sabe quanto es, porque la cédula está allá en poder de mis procuradores, que lo cobran: la merced fué fecha por el año de ochenta y uno, al principio, que hasta agora abrá caídos nueve años, los quales estarán en la caxa real depositados por mí, ó en poder de quien tiene mi poder que á nada servía más de ocho mil y tantos ducados, los quales también quiero que se cobren y yo hago servicio dellos á S. M. de todo lo corrido, sea más ó menos, y todo lo ofrezco al real servicio con que me pague y haga merced de me prestar los dichos seis mil escudos y cuatro caballos para pagar mi rescate, pues no tengo otro remedio, y si esto no vastase, yo aré dexación de la dicha renta que tengo dicho en el Pirú por dos vidas para que S. M. haga merced della á quien quisiere, y si esto no vastase, yo tengo otra cédula de S. M. de tres mil ducados de renta en situación de indios vacos en el Pirú, la qual no está situada, mas como digo, yo aré dexación della para que S. M. haga la merced á otro. la qual cédula envío ay con las demás, y esta misma cédula de los tres mil de renta está incierta la suma de la plaza de lanza que manda se me pague.

No ablo de los tres mil ducados de salario que tengo con el oficio de gobernador y general del estrecho, porque éstos no balen más quel sonido. porque son en los fructos de la tierra, digo de aquella donde no ay agora ningunos, sino muchos trabajos.

Tornando, pues, á la suma dicha que se me ha de pagar y se me debe dar de contado, toda la dexo y soy graciosamente por los dichos seis mil ducados y los quattro caballos que me obligan por mi rescate, por lo qual suplico á V. md. por amor de Dios nuestro Señor me haga esta tan notable merced á mí, y servicio á Dios, que será grande y muy grande de tomarlo á cargo y dar dello parte á S. M., que yo confío en Dios que con la buena diligencia de V. S. y con la cristianísima voluntad de S. M., yo alcanzaré esta merced y con ella la libertad para poder servir á mi Dios y



mi Rey y á V. md. con ella; y con licencia de V. md. digo, que si á V. md. le parece que al que lo negociare se le sirva con la mitad de la resta, será brevemente concluso siendo yo presente, que yo no quiero vienes en este mundo sino para salir de aquí, que si tuviera todo el mundo, lo diera por mi libertad; por tanto, confiado que V. md. me hará esta merced, no le quiero cansar más sino suplicar á V. md. la brevedad que importa....., y acá y de otras cosas el portador con carta mía, mire V. md. que esto que le suplico conviene á todo que me saque de aquí..... por amor de Dios padre y señor mío que tome esto como cosa suya propia, pues yo lo soy; y aya yo respuesta breve: las cartas de los Esporribes lleva Morales para que V. md. las vea, assí de lo que ofrecian como de la falta que me a hecho de las fianzas, y así mesmo lleva el acuerdo de la carga que me ponen, firmado del Coronel y my y de dos capitanes por testigos, y lleva la letra del dicho Coronel en que me presentaba la muerte ó carcel perpétua, que es más que muerte, si no aceptava el partido. V. md. me haga merced de las ver y remitir (?) la instancia al..... para que en todo sea informado y se compadezca de mí al cavo de dos años y once meses que e estado preso aquí y tres meses en Inglaterra.

Y para que á V. md. no se le aga tanto travajo la suma, el Esporrib, el obrero, me parece tiene mil ducados; y los dos caballos que acá estaban, los toman en cuenta de quinientos escudos; la resta será para el cumplimiento de los seis mil, quatro mil y quinientos escudos.

Item más, lo que va á decir para hacer los mil ducados y escudos, que son mil reales, de manera que lo que V. md. me pondrá, siendo servido hacer merced de negociar de nuevo, son quattro mil y quinientos y noventa escudos, poca cosa, más ó menos, y los quattro caballos, que an de ser buenos, por la qual suma yo hago servicio de todo lo ya referido, y quedo consolado viendo que negocio enderezado por mano de V. md. con el ayuda de Dios saldrá á luz. Así embió un memorial al mayor, si á V. md. le pareciese que se lo dé Morales á otra persona. Suplico á V. S. le ordene lo que hará, como padre y señor mío, al qual y á mí encomiendo á Dios.

Deste castillo ynfernial 27 de Septiembre 1589.

El capitán Arzac creo yrá por mí en compañía de Morales; es el que me a asistido: suplico á V. md. le haga merced de comunicalle. Humilde servidor de V. md.—*Pedro Sarmiento de Gamboa.*

En todo lo demás Christóbal de Morales informará á V. S. lo que pasa.

Archivo de Indias, I. 1-2-23. Copia de D. Marcos Jiménez de la Espada.



1589.—(Octubre, 2.)—Mont de Marsan. Carta de Pedro Sarmiento de Gamboa al Rey tratando de su rescate.

S. R. C. M.—Dios sea con V. M., amén. Resistido e hasta la sangre por no importunar más á quien debo y deseo dar gusto, por quien morir es mi vida, lo qual me a causado la presente que, cierto, no es de codicia, mas dame coraje á pasarla, Dios, y contento á padecerla; derívase de tal causa y causas que aunque algunas sean públicas, otras conviene á mi profesión saberse de otros primero, y con este supuesto e tragado muchas muertes esperando cada hora la corporal para rescate mío, pues favor de la tierra tan poco me serviría en el trueco y cargas que éstos me constreñían tratar con tantas persecuciones y violencias contra mi vida, que parece milagro tenerla yo al presente, al cabo de tres años de captividad, y con las mudanzas de las facciones pasadas se mudó también mi triste estado en otra de más estorsión, ca desistieron de la petición del trueco porque hallaron otros más preciosos rehenes que la inglesa les dió para el efecto, con la qual me adjudicaron á mí para la bolsa y pusieron en almoneda, constriñéndome á que yo me comprase ó me condenase á muerte, y poniéndome un precio tan desvanecido como si yo fuera ó gran príncipe ó alchimista que supiera criar plata. El primer golpe fué treinta mil escudos, y esta voz corrió por toda la Francia: la respuesta fué callar, visto que no creían mi pobreza ni miraban su sinrazón, disputando con ellos no ser yo prisionero de guerra ni de buena presa, pues mi señor y Rey tenía y tiene paz general con estas provincias, Rey y príncipes dellas, respondiéndome aviertamente que con ningún católico tienen ni quieren paz, máxime contra españoles, y que ellos hacen guerra contra todos los que algo tienen, y este es su thema sin más razón ni ley; y al cabo de otros seis meses de tormentos y á poder de disputas, representándome gran cortesía, vajaron á quince y á catorce mil escudos y quatro caballos, á lo qual yo nunca ofrecí cosa alguna, remitiéndome siempre á no tener cosa sino lo que de limosna buenos cristianos me quisieren dar, y á cada baxa me proponían la muerte; ya me echan en el río; ya en la baxa fosa; ya me tapian en tinieblas infernales, y la espada en todo el degolladero, y nada con el favor de Dios que corrompió la constancia, y viendo el Coronel de aquí que mi solicitador de Jaca le ofrecía dos ó tres mil escudos y tres caballos y otro que yo se le avía prometido, que eran cuatro, se resolvio matarme si no le diese lo que él pedía, y para esto me escribió una letra como definitiva, en que me precisaba la muerte ó carcel perpetua si no le diese diez mil escudos, afirmando que su amo le había proivido baxa ni remisión alguna, dando claro á entender de palabra que la suma era para su cabeza, mas



yo e sabido que lo an dividido así; los caballos para su amo y la moneda para él y una mujer, mas yo nunca innové cosa alguna, esperando lo que mi solicitador hacía, el qual trató los negocios tan juvenilmente, que el Coronel, en ejecución de su letra me hizo sepultar entre quatro murallas, donde quedé en un avismo más que infernal, jurando y renegando el verdugo que de allí no saldría vivo sin cumplir su voluntad, entremetiéndome á bueltas exorvitancias de cierto viviente por quien no pude disimular la respuesta libre, y fiel, y pública, que hizo cargarme nuevamente de impiedades y abusos, contra todos los cuales Dios me sostuvo y fueron rebatidos llanamente. Desta manera estuve padeciendo lo que parecerá increíble, mas Dios, que á los afligidos asiste, me libró dellos de la muerte y desesperación, gracias á el....., y al cabo de algunos tiempos deste buen tratamiento me amonestaron ó molestaron resolutamente que escogiese de dos uno, ó la vida por seis mil escudos y quattro caballos buenos ó la muerte no dándolos, e yo vista la notificación tan determinada, y que mis negociantes havían prometido hasta cinco mil y los caballos, y que los havían despreciado, y sabiendo que cada día matan los inocentes, no dándoles lo que piden, como hicieron á un flamenco Añoyma y á otros cada día, pareciéndome tentar á Dios, sin más esperanzas en milagros, siendo yo tan indino dellos, y sintiendo la enferma carne lo suyo, aunque el espíritu se atena y sintiendo yo primero lo general que lo propio, me forzó aceptar la condición de los seis mil escudos y cuatro caballos, eligiendo de dos peligros el menos, confiado en Dios y en sus siervos, lo que hice más por dependencias que por mi particular, pensando que mi agente de Jaca tenía lo que havía prometido y por la resta condición me esperase tres meses sobre fianzas, enviéndome para yo poder salir á buscar la suma para pagar, y haviéndomelas asegurado el solicitador mío, á la conclusión faltó, teniendo yo ya junta la otra mitad de préstamos y cambios, mas faltando las fianzas, quedó todo desierto e yo desamparado en mayor y nuevo trabajo, que referido daría lástima á las piedras; solo diré que esto y la urgentísima fuerza de la vida mía y de otros me a echo acudir á dar pena bien contra mi voluntad, no pudiendo escusar lo que tanto e reusado, que es acudir al puerto de salud cierto, que es V. M., á quien umilmente suplico se acuerde de su natural benignidad y después deste su criado, aunque sea gúsano y zeniza, y me socorra, pues por dineros no combiene á mi señor que un hombre suyo se pierda; pues el dinero se alla en las minas y no los hombres, y la ocasión es en la mano. Suplico á V. M. gracia por gracia y desta merced por merced, que es á saber, muy claro hablando, que suplico humildemente á V. M. que á cuenta de las mercedes que V. M. me hizo los años pasados, de aquello que se me debe



me haga lo presente, mandando se me haga merced de la dicha suma del rescate, y así mesmo á quenta de lo corrido de lanza que tengo en el Pirú y V. M. a mandado se me pague lo que se debe, como cosa que a entrado en la caxa de V. M. en Lima, que sumando todo son más de veinte y tantos mil ducados, lo qual haviéndoseme de pagar como V. M. lo tiene mandado, es más de quatro veces más de lo que suplico se me haga merced de mandar me paguen ó presten á la misma quenta, y de todo lo demás espontáneamente haré servicio á V. M. haciéndome esta merced de mandarme socorrer con estos seis mil escudos y los quattro caballos, y licencia para los pasar, y todo lo demás que en esta vida huviere y de presente tengo, lo exhibiré en manos de quien V. M. fuere servido para la dicha razón, y si tuviera mil millones, todos los diera por salir deste infierno, que no quiero sino salir con solo el fuste, modo único para lo acabar de consumir en lo que tanto creo combiene á mi ley y á mi Rey la presencia, la qual tanto como venios, el enemigo del género humano tanto persigue y travaja impedir porque el servicio de Dios no se aga ni se impidan tantos males como se an seguido y están urdidos y entablados, los quales causa la ceguera de nuestros pecados, que nos hace no querer cognoscer las coiunturas, de donde se vienen á seguir tantos inconvenientes que no basta entendimiento humano á disolvello ni entenderlo sino cuanto no tiene remedio; la afición y obligación me obligan á decir esto, que si no lo ficiese con razón podría ser notado de no fiel, y juzgándose mi voluntad se me admitirá en servicio, no solo como de vasallo, mas de criado apasionado sobre todo lo que se puede imaginar de V. M., que tiene por gloria y honrra acudir por sus obejas, y pues aun las agenes tanto favorece las propias no combiene quedar despreciadas al rincón, mayormente las fecundas y fructuosas, y confiado por esta y muchas más causas, que V. M. por su grandeza y benignidad me hará merced de conceder esta indulgencia, siendo tan singular siervo de Dios y amador de sus domésticos no seré al presente más largo, porque D. Juan de Idiáquez, que de todo tiene razón mía, podrá dar más particular quenta siendo V. M. servido oírsela, con algo que es de otra materia, que no dañará saberlo á V. M., cuya católica Real persona, nuestro señor Dios tenga de su santísima mano y le asista hasta darle la gloria, después de muchos años de vida, en la eterna, amén. Desta carcel de Mont de Marsan, 2 de Octubre de 1589. Sacra Cesárea Real Magestad. Besa las reales manos y pies de V. M. su más leal basallo y criado de V. M.—*Pedro Sarmiento de Gamboa.*



Quenta del rescate de Pedro Sarmiento de Gamboa y de los dineros que Agustín Gentil ha desembolsado por el dicho rescate, por orden que para ello le dió el Sr. D. Juan de Idiáquez.

El rescate montó 1 911.900 maravedís.

1.687.500 maravedís, se le habían abonado ya al Gentil por libranza cobrada en el banco de Pedro Villamor y Francisco de Ibarra.

En los abonos parciales suena Domingo Sporrín, Canónigo y obrero de la Seu de Jaca y D. García Sarmiento.

En 21 de Enero de 1591 suplica Sarmiento se le ajusten las cuentas de sus haberdes después del rescate, y ruega por los pobladores abandonados del Estrecho.

Archivo de Indias. Notas de D. Marcos Jiménez de la Espada.

En carta al Rey de 15 de Abril de 1581 expresa:

«Sepa V. M. que cuando fuimos á la guerra de Vilcabamba contra Titu Cusi Yupangui, donde yo serví de alférez general y comencé la guerra y la acabé, y por mi persona prendí al inga (con grandísimos trabajos, gastos y riesgos de mi persona y vida) Topa Amaro, prendimos otros muchos hijos y hijas de Tito Cusi Yupangui, etc.»

«Por Enero pasado arribó en Inglaterra al puerto de Frístol un navío chuelo pequeño que dijo venir de las Indias, y trajo nueve criollos de aquellas partes, mulatos, mestizos y de otros, y que éstos daban priesa al corsario Francisco Drac, diciéndole, como se tardaba tanto en no ir allá, que le estaban esperando.»

Notas de D. Marcos Jiménez de la Espada, tomadas de los papeles del Sr. Conde de Valencia de Don Juan.

NÚM. 6.

**Discurso del capitán Sancho de Achiniega, de lo que S. M. debe de mandar en la costa de Vizcaya para que haya número de naos y avíos en aquellas costas.
Año 1578.**

Sancho de Achiniega, capitán ordinario de mar por V. M., dice que besa sus reales pies y manos por la merced que le ha hecho de doscientos ducados de renta subida durante en su casa, la cual ha sido como de mano de tan católico y agradecido Príncipe y señor como V. M. es, y como de tal lo tiene y estima, porque con ellos y su hacienda pasará cómodamente lo



que le queda de vida, durante la cual está muy aparejado á sus reales mandamientos á todas las ocasiones que se ofrezcan, como hasta aquí lo ha hecho; y porque es cosa justa que los criados de V. M. se ocupen y trabajen en inquirir y pensar las cosas que más al servicio de V. M. convengan, y al propósito sean de aquellas en que se han criado y tienen práctica y experiencia, y él teniendo consideración á esto, ha pensado en algunas tocantes á la navegación y cosas pertenecientes y anejas á ella, que le ocurren, en las cuales, con el deseo y celo que tiene al servicio de V. M. y conforme á la larga experiencia que de las dichas cosas tiene, por haberse criado desde su niñez en las naos de sus padres y suyas en las mares de Poniente y Levante, sirviendo á la Magestad Cesárea del Emperador nuestro señor, y á V. M. en diversas jornadas, dirá lo que se ofrece; suplica á V. M. lo mande ver y recibir con el ánimo con que se lo da, pues su deseo es de acertar en lo que al servicio de V. M. toca sin otro fin ni interés alguno.

Primeramente, que atento que en las costas de mar destos reinos, especial en las de Vizcaya y Guipúzcoa y las Cuatro villas y reinos del principado de Asturias y Galicia no hay el número de marineros útiles, ni el de naos ni navíos que serían menester y convenía que hubiere, para servir en las ocasiones que á V. M. se le ofrecieren, así para la defensa de sus reinos, como para la ofensa y castigo de los rebeldes cosarios y enemigos, y que la causa de esta falta principalmente procede de estar la gente de las dichas costas muy pobre y gastada, por lo cual no pueden fabricar el número de naos que convenían para el dicho efecto, y asimismo porque los que las fabrican en estos tiempos se pierden con ellas por no hallar fletes y cargazones con que las poder entretener y sustentar, y á esta causa las venden á menos precio, y que lo uno y lo otro es de notable daño é inconveniente, como se debe considerar, y que aunque ha comunicado con algunas personas que sobre estas materias han platicado con celo de servir á V. M., lo que á él le parece que para el remedio de ello conviene, dejadas todas las opiniones aparte, V. M. puede proveer y mandar, y con más felicidad y menos costa se pueda hacer, es lo siguiente:

Que desde luego en ninguna manera ni por ningún caso no carguen en estos reinos naos ni navíos de extranjeros ninguna mercancías que en ellos se hiciesen de cargar para ninguna parte, sino que todas se hayan de cargar y carguen en navíos de naturales, con lo que en las dichas costas todos se esforzarán á hacer naos y navíos, pues tendrán seguridad de hallar fletes y cargazones con que los entretener y sustentar, y aun los mismos mercaderes y otras personas les favorecerán á los que quisieren



fabricar las dichas naos, prestándoles dineros y otras cosas para ellos, así para el aviamento de sus mercaderías, como porque tengan seguridad de cobrar lo que así prestaren de lo procedido de los fletes, y por el consiguiente, habiendo en las dichas costas naos y navíos que tengan aviamento y ocupación, de necesidad se han de criar y habilitar en ellas muchos marineros, los cuales en el uso de la navegación se harán pláticos y experimentados y útiles para el uso de la mar y guerra de ella; porque aunque al presente hay en las dichas costas número de gente, la mayor parte della no son marineros ni tienen noticia de las navegaciones de las dichas mares ni de las cosas de la guerra; porque se crían en pesquerías y otros usos con que se sustentan, y de lo dicho también se sigue que habiendo naos y navíos se ocuparán en la fábrica y navegación muchos hombres principales y de autoridad, que es de mucha importancia que los tales se habiliten y aumenten en las cosas de la mar, para poderse V. M. servir dellos en las ocasiones que se le ofrecieren, con lo cual concurre, que vedando las dichas cargazones á los extranjeros y haciéndose en navíos naturales, la gente de las dichas costas se enriquecerán y aumentarán, como se han enriquecido y aumentado con ellas los extranjeros.

Y para que esto haya cumplido efecto le parece que V. M. debe mandar que se cumpla y ejecute con mucho cuidado lo que V. M. tiene proveído y mandado acerca del plantar y conservar los montes en las dichas costas, porque están ya muy gastados de madera y tablazón, y si en esto no hay remedio, será de gran inconveniente.

Asimismo debe V. M. mandar que todas las veces que se juntare armada á su sueldo, á los vasos de las naos les corran sus sueldos enteramente desde el día que por los proveedores ó otros ministros de V. M. fueren embargadas para su servicio, pues desde el día que los embargan quedan los dueños de ella obligados á servir con ellas y con la gente dellas, y privados de no podellas fletar para otros viajes, ni usar de otros aprovechamientos que se les podrían ofrecer, y lo que va á decir en esto de pagarse el sueldo como está dicho, á lo que disponen las ordenanzas de V. M. es de muy poco interés á su real hacienda, respecto de lo mucho que importa á su real servicio que se sustente número de naos y navíos en las dichas costas para servir en las armadas, y que los dueños lo vengan á hacer de buena gana, y por ser éste uno de los puntos que más dificultad ponen los dueños dellas cuando son embargadas por mandado de V. M., diciendo que los embargan y no les dejan usar de sus fletes y aprovechamiento, ni les dan sueldo, conviene que así se provea, porque será de mucha importancia para que todos se esfuerzen á fabricar naos y servir con mayor voluntad en las armadas de V. M., que por este caso y otros



que iré diciendo están muy *turbias* (tibias) las gentes de aquellas costas de servir en ellas, como la experiencia nos lo ha mostrado.

Otro sí: que la gente mareante que les corra su sueldo enteramente desde el día que les alistarán ante la justicia para servir en las armadas de V. M., porque dende aquel día quedan privadas de no poder ir á otras partes, ni en viajes ni en otras ocasiones que se les ofrecen para ganar de comer, lo cual es justo que V. M. debe mandar, por lo que referí en el capítulo próximo antes dólste, porque este es uno de los puntos principales en que la gente de mar repara para no se querer alistar ni servir en las armadas de V. M., diciendo que les cuentan el sueldo dende el día que los alistan, sino mucho después, cuando los oficiales de la armada les toman las muestras, los cuales dilatan en tomarlas porque no les corra el sueldo enteramente, entendiendo que en ello sirven á V. M. y aprovechan su real hacienda, en lo cual certísimoamente puede creer V. M. que se engaña, porque causa de no sé juntar el número de la gente que es necesario en las dichas armadas á tiempo, se dilatan sus partidas y se están en los puertos muchos días, en los cuales importa mucho el medio sueldo que ganan conforme á las ordenanzas los que se hallan presentes á los cascos de las naos, y las virtuallas que consumen los dichos puertos que no lo que montaría en darles desde luego el dicho sueldo enteramente, y lo que peor es y más en deservicio de V. M., que á causa de no se ejecutar el número de gente que es necesaria á tiempo de sus armadas, cesan los efectos, de lo cual hay muy clara experiencia de lo que ha acontecido en las dichas costas los años pasados, y tiene por caso sin duda que mandando V. M. que el sueldo de la dicha gente y naos les corra y se les cuente de la manera que de suso está dicho, será V. M. bien servido en las ocasiones que se ofrecieren y á menos costa de su real hacienda de lo que lo ha sido en las armadas pasadas, y que los dueños de las naos y gente de la mar servirán de buena gana en ellas.

Otro sí: debe V. M. mandar que despidiéndose las armadas, iuego se provean contadores que fenezcan las cuentas del sueldo que las naos y gente dellas hubieren ganado, y que lo que se les debiere se les pague allí iuego en mano propia, á cada uno lo que hubiere de haber, porque todos los de las dichas costas están muy quejoso y damnificados de que no se haya hecho así los tiempos pasados, porque á cabo de muchos años nunca se acaban de fenecer sus cuentas, y cuando se les libra y pagan los alcances, es á tiempo que la mayor parte de la gente es muerta y todo se les consume en costas y salarios de los que solicitan, y pues al cabo V. M. lo debe pagar todo enteramente y la dilación no es beneficio de su real hacienda, no es justo la haya, por resultar de ello mayores deservicios suyos, que



resultaría de daños si el dinero para pagar estas cosas se tomase á cambio, y que los dichos contadores no traten mal á los dueños de las dichas naos de palabra, pues es gente honrada y principal, que asimismo por esta causa están muy quejosos por toda la dicha costa, y así vienen á la contaduría mayor de V. M. á pedir sean traídas sus cuentas á ellos por estas causas, y por las molestias que les hacen, las cuales causan á desanimarlos y á que pierdan sus paciencias y haciendas y dejen de tener naos, de que viene muy notable deservicio á V. M., y porque al presente sería menester esforzar y ayudar á los que hubieren de fabricar y sustentar naos, convendría que el emprestado que por mandado de V. M. se les hace, fuese lo más que fuese posible, prestándoles alguna más cantidad y fiándosela por algún tiempo más, atento la necesidad y pobreza de las dichas costas.

Otro: que como V. M. hace merced á los que fabrican naos de trescientos toneles y dende arriba, de mil maravedís cada año de acostamiento por cada cien toneles, todo el tiempo que las tuvieren y mantuvieren las dichas naos con sus armas y municiones necesarias, y esta merced se entienda de aquí adelante á los que tuvieran las naos de doscientos toneles, y dende arriba, porque es cosa muy necesaria que haya naves del dicho porte, y que atento que este acostamiento les es librado tarde y en partes á donde se gasta más en solicitudes y librarlo y cobrar lo que ello monta, que V. M. mande situar en una renta cierta tres cuentos de maravedís cada año para que se paguen dellos estos acostamientos de tres mil toneadas de naos gruesas, que es número bastante para cualquier armada y jornada de mar que V. M. quiera hacer, pues al cabo, como está dicho, V. M. lo paga todo enteramente, y no viene daño á su real hacienda de que esta situación se haga, antes es muy en servicio, porque sin duda con tener certinidad en la buena paga deste acostamiento, se esforzarán muchos en las dichas costas á fabricar y sustentar naos.

Otro: dice que ha mirado y considerado en la elección de algunos capitanes que en estos años pasados se han nombrado, en lo cual le parece no se ha guardado la orden que se debiera, ni conseguido el fin con que V. M. y los reyes de gloriosa memoria, sus predecesores en ellos, preferían á los hombres de más suficiencia, práctica y experiencia en las cosas de la mar y guerra della y más beneméritos por servicios que se fuese posible, para que los tales pudiesen en las jornadas de mar que se ofreciesen servir de capitanes, almirantes, consejeros y pilotos mayores, y así en los tiempos del católico rey D. Fernando y del Emperador nuestro señor, no se daban los dichos cargos sino á hombres de conocida suficiencia, y así en las dichas costas había muy pocos que gozaban este honor y acostamiento, porque en Vizcaya solamente había los capitanes Lagiano (Lez-



cano?), Pedrina, Portuondo, los dos hermanos Artietas, y en Guipúzcoa Aldamar, Noblecia y Machín de la Rentería, todos los cuales eran hombres de probada suficiencia y servicios en las cosas de la mar y guerra della, y los más principales y ricos de las dichas costas, y de algunos años á esta parte, le parece que en la elección de los dichos capitanes no se ha guardado la dicha orden, antes se han elegido algunos capitanes, que no embargante que son hombres honrados y principales, son totalmente ignorantes en las cosas de la mar y navegación y guerra della, y muy mozos para servir á V. M. en lo que de suso está referido, y así le parece que á los tales V. M. les debría hacer merced en otra cosa, y que estas plazas las ocupen hombres de las calidades que tiene dicho, porque de hacerse así se asegura que muchos hombres principales de las dichas costas, que tienen mucha experiencia de la mar y están retirados en sus casas, se esforzarían á fabricar naos y servir con sus personas en las ocasiones que se ofreciesen, por ser proveídos de las dichas capitanías, y los que no tuvieren en sus partes (¿parientes?) procurarían adquirillas para subir á tales cargos.

Otro: dice que asimismo V. M. mande advertir mucho en la elección que se hace de Capitanes generales y Almirantes de la flota que anda en la carrera de Indias, las en la cual le parece hay desorden, porque le parece se eligen para tales cargos algunos hombres totalmente ignorantes de las cosas de la mar, y tales que no solo son marineros, pero aun no han visto el mar, los cuales, por no ofender en particular á nadie, y porque á V. M. le son notorios, no hay para qué los nombrar, y esto principalmente procede de algunas causas que los deben de mover á los del Consejo de Indias de V. M. á hacer las tales elecciones, por las que las cosas de la mar son diferentes que las de la tierra, y así sería necesario buscar para los dichos cargos hombres de experiencia, y de no hacerlo esto así se podrían seguir notables inconvenientes en las navegaciones de las Indias y de la guerra, porque de más de no ser los generales y almirantes marineros ni prácticos de lo susodicho, muchas veces, por encubrir y no dar á entender su ignorancia, no quieren tomar consejo con personas de práctica ni de experiencia que se le podrían dar acertado, pareciéndoles que pierden su autoridad en hacellos, y no porque las tales flotas ó armadas van por cuenta de V. M. siempre se mira más en ello, y es porque intervienen en ello los del Consejo de Guerra, á los cuales propiamente pertenece esta elección por tener ellos más noticia de las personas de servicio de mar y tierra que son capaces y beneméritos de los dichos cargos, y por esta causa se la debría V. M. someter á ellos, porque no es de menos importancia á V. M. y universalmente á estos dichos sus reinos cualquiera



de las dichas flotas què van por cuenta de mercaderes que las que van por cuenta de V. M., por lo que se debe de mirar mucho lo que toca á la elección de semejantes ministros, y también se sigue de lo dicho que muchos hombres principales de las dichas costas y de grande experiencia de las cosas de la mar y guerra della, que podian servir muy bien los dichos cargos, visto que los susodichos les prefieren, se retiran y no quieren navegar; aunque algunos lo han pretendido, no han sido oídos ni admitidos de los del Consejo de Indias, y pues los de las dichas costas forzosamente han de permanecer en el servicio de la navegación, ni á la fábrica de las naos parecen, sino es tomándolo de los marineros de experiencia primero, que aun el Adelantado Pero Meléndez de Avilés, con ser marinero, por no querer tomar parecer de otros que se lo dijeron, advirtieron y lo entendían como él en el oficio de las galeras y lanchas que hizo en el año de 74, gastó más de cien mil ducados mal gastados, què no hicieron servicio á V. M. ni le pudieran hacer en Flandes, para donde él las pretendió hacer, y fué causa la dilación de ella no haber partido la armada dos meses antes que muriese, y se dejó de hacer la jornada, que importaba tanto al servicio de V. M. y bien de sus estados.

Todo lo cual, dice, con el celo grande que al servicio de V. M. tiene, y porque le parece que formaría conciencia si dejase de advertir á V. M. de cosas tan importantes, las cuales podrían poner algunas personas inconvenientes por sus fines particulares, pero lo que á él absolutamente le parece, habiendo mirado y pensado todos los que se pueden ofrecer, y considerado los dichos casos con los que por experiencia se le han ofrecido y ha visto, es lo que de suso está dicho. Humildemente suplica á V. M. lo mande ver y considerar, porque el interés que desto pretende, es el deseo que tiene de que las cosas que tocan al servicio de V. M. se hagan cumplida y acertadamente.

Biblioteca Nacional de París.—Ms. Copia. Esp. 421., núm. 54. fol. 243.

NÚM. 7.

Memorial al rey don Felipe II pidiendo revisión de las leyes que favorecían la construcción de naos gruesas, por ser contrarias á la navegación en general.

Señor, no ha ochenta años que entre Bilbao y Portogalete, que son dos leguas, auía dozentas velas de gauia. Solía auer de ocho á diez mil marineros, las seis y ocho leguas adentro, hasta Durango, Orduña y Valma-



sedá. La villa de Bermeo solía ser de seis mil vecinos y en él se sustentauan ciento y veinte Beneficiados. Castro de Vrdiales, cabeza de los antiguos pueblos Caristios, muestra en sus ruinas lo que solía ser. En sola la ante-iglesia de Baracaldo, una legua de Bilbao, auía los 300 y 400 marineros.

Toda esta potencia naual está agotada y aniquilada (entre otras razones de las que agora vienen aproposito) por sola la ley de mayoría: lo qual aquí pretendemos mostrar con euidencia.

Vna nao gruesa ha menester mucho flete, y para lo granjear tarda los ocho y diez meses, y en todo este interim, estorua la navegación á los navíos menores, y al mercader le hace muy mala obra en la dilación. Los marineros desta nao grande, en todo este tiempo no hazen más de vn viaje, y se quedan después en Lisboa ó Seuilla, y no bueluen por mar. Y si no vuiese esta mayoría, se juntarían entre dos ó tres y harían naos de menor porte, y con su caudal, y crédito suyo y de sus amigos, lleuarían las cargações á menudo, y destos tales auría muchos en cada puerto y auría muchos más grumetes, de los quales salen los marineros.

Cada navío destos leuantaría sus marineros, de los quales auría muchos mediante la frecuencia de los viajes. Los propios dueños y sus deudos y conocidos holgarian hazerse mareantes, y irían con su caudal y traerían sus retornos y encomiendas, y desta suerte cada qual armaría conforme á su posibilidad, y como naturales y emparentados, leuantarían toda la gente que uviesen menester y les seguirían muchos, que con otros no lo han gana.

Cosa clara es que diez navíos (pongo por caso de 70 á 80 toneladas) entretienen y dan de ganar á más marineros, y les darán más viajes y tornaviajes que no vna ó solo del grandor de todas éstas. Porque la nao grande estase como vna fantasma muchos meses en el puerto, y sus marineros prendados con ella. Arruyna y encoge al mercader solo por la dilación, y mientras espera ó le viene toda la carga, se pudren las lanas. De lo qual se le da poco al dueño de la nao, porque se está en su casa, y con quatro grumetes entretiene la nao, y el pobre mercader allá está bramando y desesperándose.

Quien no percibe que dos mil sacas ó tres ó quattro mil quintales de yerro herring, ó clavaçon que ha menester vna nao grande, sino vuiese mayoría, luego y á qualquier viento serían navegados, y participarían todos estos maestres, contramaestres, marineros y pasajeros, destos otros siete ó ocho navíos menores, ganaría el mercader en el tiempo, el trato sería menudo y caliente, y muchos que dexan de armar armarían por aprovecharse así y al pariente, amigo y criado, muchos que no han gana de na-



uegar se dispornían al oficio, solo por ir con quien los conoce, ama y fia. Todo lo qual cessa con el priuilegio de vna carraca grande.

En Roscó, Inglaterra, Olanda, Hamburgo, Dantzique, nunca han sabido ni saben qué cosa sea la mayoría, y han florecido y florecen como es notorio, solo con la libertad de cada vno á su modo.

Agora cuarenta años no auía en Inglaterra diez naos de 150 toneladas, saco y excepto los galeones de aquel Reyno. En Hamburgo agora venti-cinco años, no auía 30 naos de gauia, y agora ay más de 300; y más que lo ha de pagar muy bien el que allí pretendiere ser vecino, cosa que en otros cabos suelen combidar al extranjero.

No sabían en Samaló, Roscó y essa costa qué cosa era ir á Flandes por las cargazones para estos Reynos, ni tenían navío de 70 toneladas. Pero agora naos mayores, gente, xarcia y aparejo, todo les sobra.

Toda esta potencia náual de las partes septentrionales ha tenido su principio de la nuestra ruyna, y particularmente dende que á las naos de Olanda y Gelanda, se les dió priuilegio de naturaleza, y dende que este mismo priuilegio se extendió á los ingleses, año 1523.

A lo qual no empece dezir que si no vuiese las de mayoría, auría menos naos gruesas, y que éstas no se excusan para la nauegación del Oceano, porque á esto se satisface por lo siguiente. Y lo primero, según se ha visto, con que de las naos medianas y de la mucha frecuencia del comercio, resultan otras mayores. Lo segundo, esta fábrica de las naos gruesas puede ser combinada y entretenida menos perjudicialmente, así como en el acrecentamiento del acostamiento, ó en que los cuatro ducados por tonelada del emprestido, sean seys ó siete, ó que se les dé á un censo moderado debaxo de buena hypotheca lo que vuieren menester, ó que se les dará la sal fiada para que se aprouechen con ella, dando fianzas para el torna-viaje; con el qual comodo ó otros se conseruaría lo vno y lo otro, especialmente quando se allanase la mar se hiziese un asiento de sal en alguna Estapla, conforme á lo que alguna vez se ha propuesto, y por esta vía y algunas otras traças de que luego se tratará; podrían adelante despalmarse á los extrangeros y quedarse estos Reynos muy señores de la mar

SEGUNDA ADVERTENCIA PARA SU TIEMPO.

Bien pudee V. M. ordenar que excepto sus súbditos ninguna otra nación del mar septentrional pueda venir á sus reinos, ni á vista della, con artillería de bronze, aunque sea por vía de laste, sopena de ser castigados por cosarios, pero se les permite que vengan con hasta 10 ó 12 piezas de yerro



colado y otros tantos versos. En esta ley vsaría V. M. de su potestad ordinaria, sin que ningún príncipe en términos de derecho común pudiesse agrauiarlse. Porque puesto caso que la mar alta sea de nadie, y el vso de todos, todavía la jurisdiccción se extiende hasta la vista del puerto y la propiedad es de la costa más cercana, como no sea muy allá en el Golfo. (Bar. Angel. Lucas de Poena. Platea.) Quanto más que cualquier justo ó aparente motiuo me da licencia á preuenirme con quitar las armas de quien yo recelo.

Más que esto hace el Duque de Zudermanía en el Jeno Codano ó el Zonte que dicen, por do van y vienen de Ostelanda. Porque no ha de pasar nao delante de Elfburg (que así se dize el puerto del estrecho) que no aya de amaynar, y de pagarle, si el navio es Inglés, vn Noble de la Rosa, en especie.

Con menos color y más rigor executa la Reyna á las naos que pasan por la Canal, si dellas concibe alguna sospecha, así como el año pasado de 1589, porque metió en sus puertos á ciertas naos de Hamburgo y Alemania, que pasauan por la Canal al Reino de Portugal, hízoles cargo que proueyan á V. M. de xarcia, trigo y munición y que ya no se podía disimular más el negocio, que así fué respondido á la súplica. Añadióse de palabra que Inglaterra y Denemarca tenían liga ofensiva y defensiva, y que tampoco por esta vía era lícito el socorro, y las naos se vieron en tanto aprieto, que les conuino negociar por otra vía, con dar un presente de mil escudos al Gouernador de Torçamua porque hiciese buen oficio con la Reyna, el qual lo hizo con la prueua que se requería. Aunque sea fuera de propósito refirré, que los de Hamburgo procedieron á represaria de Ingleses y bienes que allí se hallaron, y sinificaron entre otras razones, que ni la Reyna tenía guerra con Portugal, ni se entendía liga dende que en ese Reyno ay nouedad en la Religión.

Por esta vía y razones de la Talión, y del otro ejemplo de Elfburgo, podrían ser competidos los que pasan por el estrecho á amaynar primero en vn puerto señalado, sopena de ser afondados en caso de resistencia, ó confiscados sin ella. Por que esa tranca y pasadizo de ambos mares es de V. M. y lo alcanza de vista de parte á parte; y, porque los más que pasan es con armas, munición y industrias que no saben ni tienen los africanos.

TERCERA ADVERTENCIA.

Conuiniente cosa sería que no se dexase entrar en estos reinos mercadería alguna de aquellas que se labran en los lugares de la no deuoción de



V. M., y que de esa especie solo pudiesen entrar las mercaderías que realmente son labradas, compradas y cargadas en esos estados, de lo qual auía de constar por testimonios que hiciessen fe verdadera.

Desta ley resultarían algunos saludables y sustanciales efetos. El primero, de reducirse los oficios y oficiales ausentados. El segundo beneficio sería quitar un gran pie de altar á las ciudades y prouincias que florecen con la manifatura, y no podrá imaginarse mayor torcedor para Olanda y Zelanda; porque como acá no se repara en esta diferencia, ellos se sustentan á costa destos Reynos, y se vienen á Bayona ó San Juan de Luz, donde tienen sus tiendas formadas y de acá se les lleva la moneda sin otro examen de la justicia.

El tercer efeto sería animar y consolar á los leales súbditos de V. M. porque se quexan y lamentan mucho en ver la costa y riesgo que tienen en sus mercaderías, de pasarlas por la Francia, ó con mucho seguro, y que los otros rebeldes y enemigos de V. M. se vienen baratos y seguros á Bayona y San Juan de Luz, y les quitan la ganancia con el barato que pueden hacer. Y si se mandase y executase esto otro, mal de su grado los tales no podrían salir de sus mercaderías y dexarían la carrera, y roedor y con la comodidad della, á nuestra costa no nos robarían á la ida y vuelta.

Otros efetos resultarían que por escusar prolixidad no se expresan, solo se dirá aquí, que á su tiempo se podría mandar que la cera, cobre y estaño no pueda venir aquí en derechura, sino que primero se descargue en los estados de Flandes, como se hacia agora treinta y más años, con lo qual allá se acrecentauan los derechos, sustentáuase la nauegación de casa, sería quitar á los otros ocasión de conocer tanto nuestras costas, y la disimulación del desmastalón (así) á aquellos sería buena.

QUARTA ADVERTENCIA.

Mucho importa hurtar el ayre y la derrota á los cosarios quando ay nueua ó recelo dellos, porque con esto de no hazer presas es cansarlos en el oficio y consumirles su caudal.

El punto está en si nuestras naos y flotas pueden quando les convenga, no tocar en ninguna de las islas del mar Oceano, y parece que sí podrían, presupuesto que se puede nauegar con sola la observación celeste de la diferencia del tiempo; porque si el cielo me puede enseñar, muy pocas leguas más ó menos lo que estoy alargado de la costa y puerto que busco; cosa clara será que no terné necesidad de reconocer puntas ni cabos para saber donde estoy, ni terné necesidad del punto de fantasía ó esquadria,



que es muy engañoso, sino que me verné hecho muy señor por la mar y la graduación que quisiere, y dexaré burlado al cosario que me aguarda en las islas Acores, ó en otros cabos donde piensa toparme.

Desto se hallará la traca en vna Hidrografía que imprimí en Bilbao á fojas 34, y puede V. M. mandarlo platicar, y si dello es seruido, aunque no es mi profesión, yo lo daré á entender en una carta de marear, para que sobrevisto el pro y contra se vea si es cosa de fundamento.

Los Olandeses y Zelandeses se obligaran de buena gana á tener siempre limpia la mar, conque se les dé priuilegio que de los extrangeros, solo ellos puedan sacar la sal destos Reynos.

Estos mismos se obligarían á seruir con cantidad, de toneladas armadas de gente, munición y vitualla, á razón de 15 ó 16 reales por tonelada, y de vn camino se fundaría enemiga hereditaria entre ellos y los ingleses. Por alguna de las cuales vías podrían facilitarse los Olandeses en la futura junta que se ha señalado con Colonia, asomándoseles este asiento para la presente y otras ocupaciones; y no se puede dudar de su potencia náual, porque en quanto á cascós tiénenlos en más número que los ingleses, y en quanto la artillería, solo de la que tomaron en tiempo del Duque de Alva y don Luys de Requesens en cinco años, han de tener más de dos mil piezas de bronce, comprendidas las piezas de 28 naos de guerra con que se leuantaron en la Brila, año 1572, y las que tomaron víspera de la Ascensión, año 1573 en Lillo en otras 18 naos de guerra, y las que se perdieron quando el Conde de Bossu ese mismo año.

Bien escucharán á esta plática y aurá disposición en ellos, porque para denotar que no del todo se han despedido de V. M. suelen acotar que hasta agora ni han borrado al León rojo, ni han perdido el respeto á las costas destos Reynos. Y V. M. ya aurá entendido la instancia que algunos hazen para que les dexen robar á sus auenturas así como lo hazen los Ingleses, y de presente se lo deuedan los mandadores, á ver si en esta junta de Colonia se concluye en algún medio.

Impreso en tres fojas, folio s. a n. l. Parece ser de los últimos años del reinado de Felipe II.



NÚMERO 8¹.

Noticias extractadas de documentos que atañen á la Armada española en Europa.

1557.—Enero 22.—Aviso de cómo el Rey de Francia había quebrantado las treguas y dado licencia para que saliesen navíos á robar.

Acad. de la Hist. Reg. del C. de I., fol. 66.

Febrero 2, Bruselas.—Instrucciones del rey D. Felipe II á Ruy Gómez de lo que había de hacer para juntar armada de 50 navíos, al mando de D. Álvaro de Bazán y D. Luis de Carvajal.

Fernández Duro, *Viajes regios*, pág. 132.

Marzo 25, Londres.—Nuevo título de Capitán general de las galeras de Nápoles, expedido á D. Sancho Martínez de Leyva.

Direc. de Hidrog. Colec. Sans de Barutell, Simancas, art. 2.^o, núm. 23.

Marzo 25, Londres.—Instrucción á D. Sancho de Leyva para el régimen de las galeras del reino de Nápoles.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 162.

Junio 11, Laredo.—Carta de D. Álvaro de Bazán á la Reina Gobernadora. Cuenta del viaje hecho desde Cádiz. Peleó con franceses y tomó cuatro naos; la capitana de ellas de 40 piezas.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm. 223.

Agosto 19, Campo sobre San Quintín.—Instrucción á D. Juan de Mendoza, Capitán general de las galeras de España para su ejercicio.

Colec. Navarrete, t. III, núm. 6.

La armada de D. Álvaro de Bazán había de pasar á Flandes, y por no dejar sin guarda los navíos de Indias, se mandó q. en Vizcaya se armasen 10 pequeños á cuenta de averías, y que saliese por General dellos Pero Menéndez de Avilés. Después parece q. se dejó la ida de Flandes y se mandó á D. Álvaro que fuese á las Azores á aguardar las flotas y las acompañase hasta S. Lúcar, y q. saliese de Laredo, donde entonces estaba.

Reg. del C. de I., fol. 66.

¹ Por conveniencias para la composición de este tomo, avanzan los documentos extractados hasta el final de la vida de D. Felipe II.



Documentos relativos á la pesca y á las cofradías de mareantes.

Fernández Duro, *Disquisiciones náuticas*, t. VI.

1558.—Abril 30, Valladolid.—Nueva pragmática de los derechos que se han de pagar de las lanas que se sacaren de estos reinos por Vizcaya, Guipúzcoa y cuatro villas.

Don Tomás González, *Colec. de cédulas concernientes á las Provincias Vascongadas*, t. II, páginas 110, 117 y 122.

Mayo 6.—Asiento tomado con Bendineli Sauli, genovés, para servir con dos galeras á sueldo.

Colec. Sans de Baruteli, art. 5.^a, núm. 33.

1559.—Relación de los asientos que han tenido las galeras de S. M. en el reino de Nápoles desde el tiempo del Rey Católico hasta este año de 1559.

Colec. Sans de Baruteli, art. 5.^a, núm. 34.

Los turcos cogieron sobre el cabo de Santa María una galeaza y una zabra de la armada de D. Álvaro y una urca flamenca.

Acad. de la Hist. Reg. del C. de I.

Noviembre 15, Madrid.—Reales cédulas sobre recaudo de los diezmos de la mar.

Don Tomás González, *Colec. de cédulas concernientes á las Provincias Vascongadas*, t. II, páginas 132 á 156, 169, 191 y 197.

1560.—Junio 8.—Título de lugarteniente del príncipe Andrea Doria al ilustre Marco Antonio Doria y del Carreto, por haber quedado en los Gelves Juan Andrea.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^a, núm. 20.

Septiembre 12, Toledo.—Título de Capitán general de las galeras de Sicilia á favor del Comendador de la orden de San Juan D. Bernardo de Guimerán, mientras dura el cautiverio de D. Berenguer de Requesens.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^a, núm. 21.

1561.—Marzo 5.—Real provisión prohibiendo fletar buques extranjeros y cargar mercancías en ellos.

Colec. Vargas Ponce, leg. 6, núm. 33.

1562.—Mayo 8, Alcalá.—Título de Capitán general de ocho galeras



para la guarda del Estrecho de Gibraltar á favor de D. Álvaro de Bazán
é instrucciones.

Colec. Navarrete, t. XXXIX.

Representación que con motivo de los grandes daños que causan á la
navegación y comercio las galeras y fustas de Argel, y particularmente
las galeotas del alcaide del Peñón, hicieron al Rey el Prior y Cónsules de
Sevilla.

Colec. Sans de Barutell, art. 6.^º, núm. 44.

1563.—Memoriales para el cumplimiento de la Bula y concesión de
subsidió de Su Santidad por cinco años, según la cual ha de haber arma-
das 60 galeras por cuenta de la Iglesia.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^º, núms. 270 y 271.

Mayo 6, Madrid.—Cédula mandando á los Corregidores de Vizcaya,
Guipúzcoa y cuatro villas cuiden de la repoblación de montes de roble,
con arreglo á instrucciones, pues por no hacerlo ha venido en disminución
la fábrica de navíos y trato de ellos.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^º, núms. 174 y 184.

1564.—Febrero 10, Barcelona.—Título de Capitán general de la mar á
favor de D. García de Toledo, por fallecimiento del príncipe Andrea
Doria.

Colec. Navarrete, t. III, núm. 7.

Febrero 10, Barcelona.—Instrucciones que se dieron á D. García de
Toledo para su cargo de Capitán general de la mar.

Colec. Navarrete, t. III, núm. 8.

Orden mandada observar por D. García de Toledo para gobierno y po-
licía del servicio de mar.

Colec. Navarrete, t. XII, núms. 80 y 81.

Abril 15.—Relación de los navíos y marineros que están tomados por
orden de S. M., y de los que hay en las cuatro villas de la costa del mar,
Vizcaya y Guipúzcoa.

Colec. Navarrete, t. XII, núm. 76.

Mayo 17.—Galapagar.—Presupuesto de dos pagas de 15 chalupas para
la expedición del Peñón de Vélez.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. XXVII, pág. 411.



Septiembre 4, Madrid.—Instrucción á Guerrero de Anaya, contador general de las galeras para el ejercicio de este cargo.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 181.

Septiembre 22.—Lo que refieren los captivos cristianos que se alzaron con una galera de los turcos.

Colec. Navarrete, t. IV, núm. 16.

Relación del gasto que una galera hace en un año, así de sueldo como de raciones.

Colec. Navarrete, t. XII, núm. 84.

Relación que ha hecho D. Alvaro de Bazán de la orden que se había de observar con los fabricadores de galeotas para su fomento.

Colec. Navarrete, t. XII, núm. 82.

Relación de las 50 chalupas y dos pataches que quedan embargadas en el Puerto de Santa María, y 8 en el río de Sevilla, y el porte que tendrán y lo que será menester para ponerlas en estado de navegar y pelear.

Colec. Navarrete, t. XII, núm. 77.

Sumario de las preeminencias y obligaciones del Capitán general de la mar y las del General de la Escuadra de galeras de España.

Colec. Navarrete, t. XII, núms. 102 y 103.

1565.—Marzo 10, Madrid.—Título de Capitán general de las galeras de Sicilia á favor de D. Juan de Cardona, por fallecimiento de D. Fadrique de Carvajal que lo tenía.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^o, núm. 25.

Agosto 26, Cabo Passaro.—Carta de D. García de Toledo dando cuenta al Rey de haber apresado una nave ragusea que llevaba á los turcos de Malta 5.000 quintales de bizcocho y 60 soldados.

Colec. Navarrete, t. XXXV.

La cantidad de maravedís que gastaron algunas armadas que se des- pacharon los años de 1563 á 1565, conforme á la orden de S. M.

Colec. Navarrete, t. XXI, núm. 76.

1566.—Marzo 4, Madrid.—Capitulación con el Duque de Florencia para servir con 10 galeras suyas por tiempo de cinco años.

Colec. Navarrete, t. XXXIV.



Marzo 9, Escorial.—Asiento hecho con Juan Andrea Doria sobre el sueldo y mantenimiento de 11 galeras sutiles y una bastarda que ha de traer á su cargo.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 35.

Junio 14, Mesina.—Instrucción que dió D. García de Toledo á Juan Andrea Doria, marqués de Tursí, para llevar á Malta infantería española y alemana.

Confiado en su experiencia, le nombra para llevar á cargo las galeras como si él mismo las condujera. «Desembarque con brevedad la gente y munición. Mucho recato. No duerma con la armada dentro de puerto, si no fuera.»

Colec. Navarrete, t. XII, núm. 60.

Carta de D. García de Toledo al Rey, noticiando que el Conde de Al-tamira apresó á los turcos ocho navíos con 300 hombres.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. XXX.

Octubre.—Salieron de Argel 12 fustas de moros y anduvieron desde el Estrecho á Cádiz haciendo muchas presas, y las que hacían se las llevaban al capitán de Ceuta, con quien tenían la correspondencia, y éste con ciertos cristianos nuevos de Gibraltar y con ginoveses de Sevilla q. les daban los avisos y así hicieron muchos daños y presas y se sometió á la Casa la averiguación.

Reg. del C. de I., fol. 35.

Diciembre 2, Aranjuez.—Asiento con Juan Mateo de Florio, ragucés, para armar y andar en corso con dos galeotas.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 36.

1567.—Junio, 3.—Cartas de D. Álvaro de Bazán dando cuenta al Rey de haber hecho varias presas á los corsarios.

Colec. Navarrete, t. XL. Las presas fueron una galeota, una fusta, una fragata y tres navíos.

1568.—Enero 1.^o—Asiento que se tomó con Jorge Grimaldo para el mantenimiento de dos galeras armadas por tres años.

Colec. de Jesuitas, t. 109; folios 479, 483, 485 y 489.

Enero 15, Madrid.—Título de general de la mar en persona de D. Juan de Austria.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. III, pág. 304.



Enero 15, Madrid.—Instrucciones á D. Juan de Austria para su cargo de Capitán general de la mar.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. III, pág. 311.

Febrero 26.—Instrucción real para el cargo de veedor de las galeras de España.

Colec. Vargas Ponce, leg. 19.

Febrero 29, Madrid. -- Título de Capitán general de las galeras del reino de Nápoles á favor de D. Álvaro de Bazán, é instrucciones para su cargo.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^o, núm. 28, y art. 3.^o, núm. 202.

Febrero 29, Madrid — Instrucción real para el oficio de contador de las galeras de España.

Colec. Vargas Ponce, leg. 20.

Febrero 29, Madrid.—Instrucción á D. Juan de Cardona para el régimen de las galeras de Sicilia.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 203.

Marzo 8, Madrid.—Asiento con Juan Andrea Doria, renovando el que se tenía hecho con el príncipe Doria.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 39.

Marzo 22, Madrid.- Título de Lugarteniente de general de la mar en persona de D. Luis de Requesens.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. III, pág. 309.

Marzo 22.—Instrucción á D. Luis de Requesens, nombrado Lugarteniente de la mar.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 204.

Abril 9, Madrid.—Asiento con Pedro Bautista Lomelín, en nombre de Nicolás y Agustín Lomelín, residentes en Génova, para servir con cuatro galeras suyas por tres años.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 38.

“ Abril 9.—Asiento con Luciano Centurión, de Génova, para servir con cuatro galeras suyas por tres años.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 39.



Abril 17, Escorial.—Asientos con los capitanes Tomás Lupián, D. Berenguer Doms y D. Joaquín Centellas para servir con sus tres galeras.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 208.

Mayo 27.—Asiento con Jorge Grimaldo para servir con dos galeras suyas.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núms. 40 y 42.

1569.—Diciembre 15.—Título de Escribano mayor de la mar de la carrera de las Indias, expedido á favor de D. Enrique de Guzmán, conde de Olivares.

Colec. Navarrete, t. XXI, núm. 86.

1572.—Febrero 1.^o—Relación de lo que se quedaba debiendo á la gente de guerra y navíos que habían servido el año anterior en la armada de S. M.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm. 334.

Junio 21.—Instrucción reservada de D. Juan de Austria á D. Álvaro de Bazán para ir á Corfú con las galeras de su mando.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 256.

Junio 26.—Relación de las chalupas existentes en San Vicente de la Barquera. (Había 39 de á 80 toneladas.)

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 9.

Julio 5.—Instrucciones dadas por D. Juan de Austria al comendador Gil de Andrade para que fuese á Levante con la armada de la Liga, llevando 22 galeras.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núms. 261 y 262.

Julio 7.—Juan de Puy ofreció hacer agua dulce de la mar, y se sometió la experiencia al Gobernador de Málaga.

Reg. del C. de I., fol. 392 vto.

Julio 31.—Relación de lo que monta el sueldo mensual de la gente de guerra y naves de la armada.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm. 353.

Agosto 13.—Instrucción de D. Juan de Austria á Juan Andrea Doria de lo que debía hacer quedando en Sicilia con 49 galeras.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 274.



Alzamiento de una galera de la armada de D. Juan de Austria en Nápoles, y recuperación de la misma por el Príncipe en persona.

Mém. hist. esp., t. XI, pág. 360.

Relación de los navíos y naos particulares que había en los puertos de la costa de España este año, con expresión de sus portes y dueños, según la visita que se hizo. En resumen 276 navíos, sumando 6.942 toneladas los menores de 100, y 28.361 los mayores.

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 9.

Relación de lo qué será necesario para la armada que se manda juntar en Santander á cargo del adelantado Pero Menéndez de Avilés.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm. 305.

1573.—Febrero 20.—Nombramiento de Capitán de cuatro galeras de las que arma Juan Andrea Doria, á favor de Marcelo Doria.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^o, núm. 47.

Mayo 22.—Instrucción de D. Juan de Austria al comendador Juan Vázquez de Coronado para ir con sus galeras al socorro de Malta.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 310.

Diciembre 13.—Juan de Herrera, instrumentos para hallar la longitud en cualquier tiempo y hora del día y lugar donde se hallaren, y para averiguar lo que nordestea y norocstea la aguja, así en mar como en tierra, y en cualquier hora hallar la línea meridional, también en mar y en tierra, y otros usos. Se le dió privilegio por diez años.

Reg. del C. de I., fol. 393 vto.

Instrucción de los veedores de las armadas de Nueva España y Tierra Firme.

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 18.

1574.—Febrero 10, Aranjuez.—Título de Capitán general de la armada que se disponía en Santander para el Canal de Flandes á favor de Pero Menéndez de Avilés.

Publicado por D. E. Ruidíaz y Caravia. *La Florida, su conquista, etc.*, t. II, pág. 394.

Relación de las naos que hay en la provincia de Guipúzcoa, Señorío de Vizcaya y Cuatro Villas, de la costa de la mar, y de los hombres de mar y guerra.

Colec. Navarrete, núms. 30, 31, 32, 33, 34 y 35.



Relación de los asientos con que han servido y sirven las galeras de Su Majestad, é instrucciones para las mismas.

Nueva Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp. y de sus Ind., t. III, pág. 38, y t. V.

1575.—Febrero 1.^o—Asiento tomado con D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, sobre las 40 galeras de Nápoles que tuvo á su cargo por cuatro años.

Acad. de la Hist. Colec. de Jesuítas, t. CIX, folios 438, 451, 453, 461 y 403. + mencionado por D. Ángel Altolaguirre, *Biografía de Bazán*, pág. 236.

Diciembre 1.^o, Nápoles.—Relación de las galeras é infantería que S. M. podrá mandar juntar el año 1576, y de las vituallas que serán menester para toda ella en siete meses: desde 1.^o de Abril á fin de Octubre. Son 150 galeras (sin las de España), 20 naves gruesas y 40.000 infantes.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. XXVIII, pág. 269.

1576.—Marzo 26.—Título é instrucción de Capitán general de las galeras de España á D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.

Direc. de Hidrog. Colec. Zalvide, art. 5.^o, núm. 3.

Memoria de los servicios hechos en la mar por la provincia de Guipúzcoa desde el año 1321.

Colec. Vargas Ponce, legajo 1, núm. 23.

1578.—Abril 29.—Título de Capitán general de las galeras de Sicilia é instrucciones á Gil de Andrade.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm. 485.

1580.—Enero 10.—Relación de las naves que han venido del reino de Sicilia y ciudad de Cartagena á esta costa de Andalucía para servicio de la armada de S. M., y las que en ella se han embargado.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm. 520.

Título de Capitán general de la armada de Galicia, expedido á favor de D. Pedro de Valdés.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^o, núm. 56.

1581.—Marzo.—Relación de las naves que se han hallado en este río de Lisboa en la visita que ha hecho el capitán Marolín de Juan.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. XXXIV, pág. 80.



Instrucciones para la navegación del río Tajo.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 430.

1582.—Enero 18.—Real cédula ordenando que los buques adquiridos en el extranjero se tripulen precisamente con marinería natural.

Colec. Vargas Ponce, leg. 2.

Julio 26.—Pragmática concediendo exención de alcabalas por otros diez años á los vendedores de naos de más de 200 toneladas, y á los de cáñamos, tiros, anclas, clavazón y otros materiales de navíos, con tal que sea á naturales del reino.

Colec. Vargas Ponce, leg. 6, núm. 45.

Septiembre 11.—Asiento con Agapito Grillo para tener cuatro galeras á su cargo por tiempo de tres años.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 46.

Septiembre 21.—Asiento formado por D. Lope de Avellaneda con los armadores de la costa de Cantabria, en nombre de S. M., para tomar á sueldo hasta 15.000 toneladas de navíos.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 47.

Condiciones con que se recibieron á sueldo las naos arragucesas, venecianas y levantiscas para la jornada de las Terceras.

Colec. Sans. de Barutell, art. 4.^o, núm. 601.

Asiento que S. M. mandó tomar para fábrica de navíos en el señorío de Vizcaya, provincia de Guipúzcoa, y Cuatro Villas de la costa de la mar. (Ascendían á 15.000 toneladas.)

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 80.

1584.—Agosto 23.—Relación de las presas que hicieron las galeras de España á cargo de D. Francisco de Benavides.

Colec. Vargas Ponce, leg. 9, núm. 6.

Diciembre 31.—Título de Capitán general de la escuadra de galeras de Sicilia, vacante por dimisión de D. Alonso Martínez de Leyva, á favor de D. Pedro de Gamboa y Leyva.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^o, núm. 70.

Diciembre 31.—Título de Capitán general de la escuadra de galeras de



Nápoles, vacante por dimisión de D. Juan de Cardona, á favor de don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^o, núm. 69.

1585.—Relación y tanteo de lo que podrá costar en cada un año el sustento y sueldo de la galera Real en que navega el Ilmo. y Excmo. Señor Príncipe Juan Andrea Doria, capitán general de la mar, el sueldo de su persona, gentiles hombres y guardia, y oficiales de la armada con las raciones que tienen.

Biblioteca Nacional, Ms. G. 139, fol. 86.

1586 (?).—Asiento que D. Carlos de Valguarnera, por sí, y á nombre del Abad de Lupián, y de D. Joaquín Centellas, y de D. Ramón Domínguez, hacen con S. M. sobre las cuatro galeras con que han de servir en las costas de las Indias por cuatro años.

Colec. Navarrete, t. XXVII, núm. 53.

1587.—Mayo 23.—Título de Capitán general de la armada de Guipúzcoa á favor de D. Miguel de Oquendo.

Colec. Vargas Ponce, leg. 15.

1588.—Enero 8, Madrid.—Título de Capitán general de la costa de Andalucía para el Duque de Medinasidonia.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. XXVIII, pág. 376.

Relación del gasto que podrá tener una armada de doce galeones y cuatro pataxes con su general y almirante, y 3.000 personas de mar y guerra, por un año. Firmada por el general Antonio Navarro.

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 109.

Cédula prorrogando por cinco años la exención de alcabalas en favor de los vendedores de naos de más de 200 toneladas y sus adherentes, como cables, anclas, etc.

Colec. Vargas Ponce, leg. 6, núm. 50.

Colección de ordenanzas, cédulas y otros documentos relativos á los saludos y etiquetas en la mar.

Fernández Duro, Disquisiciones náuticas, t. III.

1589.—Asiento hecho con Julián de Isasti para construir 12 galeones.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núms. 47 y 48.



1590.—Marzo 6.—Asiento ajustado con los capitanes de Ragusa, Pedro de Ibella y Esteban Dolisti, para servir á S. M. por doce años con 12 galeones de su país.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 50.

Abri. 3.—Asiento hecho con el contador Alonso Gutiérrez para armar y poner á punto 8.000 toneladas de navíos en 42 bajeles marinados con 800 hombres de mar y 800 de guerra, que naveguen de ordinario desde estos reinos á los de Flandes.

Colec. de Jesuitas, t. CV, fol. 404.

1592.—Febrero 15.—Relación de los galeones y demás navíos de S. M. que servían en su armada y se hallaban surtos en los puertos de Lisboa y Ferrol, de la gente de mar que había en ellos y de lo que importaba un mes de paga.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm. 1.135.

Octubre 23.—Cartas del Consulado de Bilbao á la villa de San Sebastián recomendando informara favorablemente, como lo habían hecho Vizcaya y Cuatro Villas, que se permita fletar navíos de Holanda y Zelanda, y soliciten los poderosos oficios de D. Juan de Idiáquez.

Colec. Vargas Ponce, leg. 7, núm. 158.

1593.—Noviembre 20.—Relación de los galeones de la escuadra ilírica de Pedro de Ivella y Estéfano Dolliste de Ivella, que han de servir á S. M.

Colec. Sans de Barutell, art. 5.^o, núm. 53.

1594.—Mayo 27, Madrid.—Asiento nuevo tomado con Juan Antonio de Marín, D. Cosme Centurión y herederos de Agapito Grillo para que sirvan con las galeras de S. M.

Bibliot. Nacional, Ms. G. 139, fol. 125.

1596.—Junio.—Título de Veedor general de las galeras expedido á favor de Alonso de Velasco para residir cerca del príncipe Juan Andrea Doria.

Colec. Vargas Ponce, leg. 23.

Memoria de lo que se pide por parte del Excmo. Duque de Medinasidonia acerca del asiento que se ha de tomar en las galeras de España.

Colec. de Jesuitas, t. CV, fols. 495 y 501.



Relación de lo que costará el sueldo y mantenimiento de una galera sotil.

Colec. de Jesuitas, t. cv. núm. 506.

1597.—Junio 16, San Lorenzo.—Real cédula prescribiendo la gente, artillería y armas que han de llevar los navíos de particulares para poderse defender y ofender á los enemigos.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 734.

Julio 29, San Lorenzo. — Reglamento para la distribución de presas.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 736.

Septiembre 6.—Patente de corso contra ingleses y otros enemigos concedida al bailío Luis Álvarez de Tavora para armar hasta 10 navíos y nombrar persona para gobernarlos.

Colec. Sans de Barutell, art. 2.^o, núm. 87.

1598.—Agosto 30, San Lorenzo. — Instrucción para el régimen y buen gobierno de las galeras.

Colec. Navarrete, t. XXXI.

Relación de lo que se les permitía á los hermanos de San Juan de Dios para el hospital de las galeras y cofradías de ellas, y de las obligaciones que se les imponían, fundado el hospital y capilla á costa de S. M.

Colec. Navarrete, t. XII, núm. 99.

NUM. 9.

Noticias extractadas de documentos que atañen á la Armada española en Indias.

1556.—Julio 16, Valladolid.—Ordenanzas para el Prior y Cónsules de la Universidad de mercaderes de Sevilla.

Colec. Navarrete, t. III, núm. 4.

1557.—Salió D. Juan Tello de Guzmán, con su armada de seis navíos, para Santo Domingo, y con él la flota de otros 14 salió á 30 de Julio. De la nao de Cosme Rodríguez Farfán, que se perdió en Zahara, se sacó todo lo registrado y mucho más. Para ir con otra flota se aprestaron dos naos de armada con que, pasadas las islas, una fuese con las naos de Tierra firme



y otra con las de Nueva España, y se nombró por general á Pedro de las Roelas, del hábito de Santiago, á 10 de Septiembre, y por almirante á Antonio de Aguayo.

Reg. del C. de I., fol. 66.

Marzo 22, Valladolid.—Título de Capitán general de la armada de la guarda de flotas de Indias, contra corsarios, á favor de Pero Menéndez de Avilés.

Publicado por D. E. Ruidíaz, *La Florida, su conquista, etc.* t. II, pág. 380.

Diciembre 31.—Por haber mandado Enrique II que los prisioneros españoles sirvieran al remo en sus galeras, se ordenó á D. Álvaro de Bazán que hiciese lo mismo con los franceses, excepto «los capitanes, maestres y oficiales que fueren tomados en la navegación de las Indias, los cuales habían de ser ahorcados ó echados á la mar».

Colec. Navarrete, t. XXXIX.

1558.—El Gobernador de Cuba, Mazariegos, resistió á ciertos navíos franceses y dió aviso á Pedro de las Roelas, el cual los prendió. Los franceses robaron la ciudad de Santiago con gran estrago que en ella hicieron, y el rescate de los templos costó á los vecinos cuanto les había quedado.

Reg. del C. de I., fol. 232 vto.

Junio 6.—Por aviso de q. en los Azores andaba una Armada francesa de ocho galeones gruesos aguardando las flotas, se mandó q. saliese don Álvaro con sus cinco navíos, y por ser pocos se le añadieron dos naos gruesas y un patache. Á las naos de D. Álvaro se añadieron seis más. Salió D. Álvaro y volvió con cinco navíos de N. España, y luego tornó á salir á los Azores.

Reg. del C. de I., fol. 66 vto.

La flota de las Indias llegó sola á principios de Noviembre con 19 velas, general P.^o de las Roelas, el cual en las Indias tomó dos navíos de franceses, el uno echó á fondo y el otro trujo con 130 franceses q. se mandaron ir á galeras. Recobró también un navío que el francés había tomado: diósele el quinto de la presa y lo demás á los soldados, y del navío recobrado se les dió á él y á los soldados la mitad, y la mitad á su dueño.

Reg. del C. de I.

Salió este año D. Álvaro de Bazán con su Armada á aguardar los na-



víos de Indias. Salió la Armada y flota de P.^o de las Roelas á principios de Marzo.

Reg. del C. de I., fol. 66.

P.^o Menéndez de Avilés estuvo proveído por General de la flota que llevó P.^o de las Roelas, y no fué por haber ido á servir á los estados de Flandes, ni pudo ir este año por haber ido acompañando á la reina María á Flandes, y fué nombradó por general de la Armada y flota en q. había de ir el virrey D. Diego de Acevedo, á 3 de Oct.

Reg. del C. de I., fol. 66 vto.

Volvió D. Álvaro con sus 11 navíos sin haber traído la flota ni otra cosa alguna, y se le mandó que despedidos los seis volviese á salir con los cinco á los cabos.

Reg. del C. de I.

Jaime Rasquín fué enviado al Río de la Plata para echar á los franceses q. allí estaban fortificados, y debían ser los del Río de Genero.

Reg. del C. de I., fol. 67.

1559.—Salió flota y por General P.^o de las Roelas á 7 de Febrero. Nombróse por General de otra á P.^o Sánchez de Benesa, si no viniese P.^o Menéndez, de Flandes. Llegó otra flota de diferentes navíos, que acompañó á D. Álvaro por Junio. Por Almirante de la Armada y flota q. había de ir este año se nombró á D. P.^o de Orellana. Llegó á tiempo P.^o Menéndez de Avilés, y fué á servir de general de la Armada y flota.

Reg. del C. de I., fol. 67.

1560.--Los franceses saquearon y asolaron el puerto de Caballos. La ciudad de Trujillo también padeció algún daño, y en la isla de Guanajos fué cogido uno de los navíos con treinta y tantos hombres q. se llevaron á Guatemala, salvo tres q. confesaron ser luteranos. Destos se mandó hacer justicia y q. los demás sirviesen en navíos.

Reg. del C. de I., fol. 308 vto.

Llegó la flota de P.^o de las Roelas con tres naos menos; la una de las cuales dió en los Azores y parece que se perdió allí y se salvó la gente y el oro; las otras dos naos era una la capitana de P.^o de las Roelas, q. se entendió había arribado á Puerto Rico. Llegó á S. Lúcar Nicolás de Cardona, que era el Almirante. Llegó después P.^o de las Roelas con su nao



y la que faltaba y otras cinco q. sacó de Puerto Rico, donde había arribado.

Reg. del C. de I., fol. 67 vto.

1561.—Aunque había paces con Francia andaban corsarios franceses y tomaron cuatro navíos de Santo Domingo, y se mandó á D. Álvaro de Bazán q. con dos galeazas q. tenía saliese á los cabos y pasase á los Azores á recibir la flota de P.^o Menéndez.

Reg. del C. de I., fol. 67 vto.

Á 16 de Julio se dió nueva forma en las flotas y se mandó que saliesen dos cada año, una por Enero y otra por Agosto, y q. ningún navío fuese ni viniese fuera de flota; q. en cada una fuese un General y Almirante con cada 30 soldados. Y q. sobre la Dominica se dividiese cada flota en dos, una para Tierra firme y otra para Nueva España, llevando la una el General y la otra el Almirante como General; q. la capitana y almiranta cargasen 100 toneladas menos de su porte, y q. éstas y los sueldos y armas se pagasen de averías. Que los navíos en q. fuesen General y Almirante no fuesen suyos, y que salgan de Sanlúcar y los navíos de Cádiz á tiempo q. vayan con ellas. Y así se guardó muchos años.

Reg. del C. de I., fol. 71 vto.

Este año dieron los moros en salir al Océano á robar navíos de Indias, como lo habían intentado el pasado, y parecieron sobre Cádiz 19 navíos dellos. General de los navíos para N. España Ortuño de Ibarra, á 23 de Mayo: iba por factor y veedor de la N. España. Llegó P.^o Menéndez con nueve navíos de flota, á 7 de Julio, y con cinco de ingleses q. tomó en los Azores. Trujo por Almirante á su hijo Joan Menéndez. Llegó flota de navíos de Tierra firme por Septiembre. Por la nueva que se tuvo de Lope de Aguirre y su rebelión, se mandó que P.^o Menéndez llevase demás de los dos navíos de Armada q. había de llevar con la flota, con 60 soldados, otro navío con 60 soldados más, que con esto y lo escrito á la Española y otras partes se juntaría bastante fuerza para desbaratarle. Por Almirante, su hermano Bartolomé Menéndez. Salió de San Lúcar con 35 naos y 14 de Cádiz: arribó y salió por Junio.

Reg. del C. de I., fol. 68.

1562.—General de otra flota que había de salir, P.^o de las Roelas, á 15 de Abril. Á 20 de Mayo dieron en la costa de Zahara nueve galeras de moros y echaron 400 en tierra con que llevaron 100 cautivos de las alma-



drabas, y por entenderse que trataban de esperar los navíos de Indias, se envió aviso á los Azores q. aguardasen allí los que viniesen, y se mandaron armar tres q. fuesen por ellos, por haberse quemado en Cádiz sus dos galeones á D. Álvaro. General destos tres navíos, P.^o de las Roelas; Almirante, Antonio de Aguayo, y después Nicolás de Cardona. Llegó flota de N. España por Septiembre acompañada de P.^o de las Roelas, y vino por general Esteban de las Alas. P.^o Menéndez pasó á N. España y su hermano á Tierra firme, y por entenderse que invernarián allá se envió orden q. Bartolomé Menéndez viniese con la flota sin aguardar á su hermano.

Reg. del C. de I., fol. 68.

1563.—Salió la flota con 28 navíos á 29 Marzo y arribó á Cádiz. Armáronse ocho galeras á costa de avería, q. se dieron á D. Álvaro de Bazán para que guardase las costas. Por haber nuevas de corsarios luteranos, moros y turcos se mandó salir á los Cabos á D. Alonso de Bazán con tres galeras y cinco fustas á aguardar las flotas. Llegó la flota de P.^o Menéndez de Avilés por Junio, y de la Habana envió á su hijo á N. España por otra flota. Embióse á P.^o Sánchez de Benesa á los Azores por capitán de dos carabelas á aguardar esta flota de Joan Méndez. De la flota que llevó á N. España P.^o de las Roelas se perdieron cinco naos: la que traía D. Joan Menéndez salió con 13 de la Habana, y sobre la Bermuda se le desaparecieron y se creyó haber arribado á Puerto Rico. Con las siete llegó á los Azores, y una vino luego á San Lúcar.

Reg. del C. de I., fol. 68 vto.

Cinco navíos del cargo de P.^o de las Roelas q. iban á N. España se perdieron y el gob. de Cuba, Mazariegos, embió gente por mar y tierra en q. se salvó la gente.

Reg. del C. de I., fol. 333.

1564.—Abril 27, Madrid.—Capitulaciones con Álvaro de Mendaña para descubrir las islas que están en el mar del Sur.

Colec. de doc. de Indias, t. XXIII, pág. 189.

Á 18 de Octubre se dió nueva forma en las flotas ordenando q. cada año fueran dos, una para Nueva España á principio de Abril con las naos de Honduras, y que saliese de San Juan de Ulua por Febrero, y las naos de Honduras estuviesen en la Habana por Marzo y saliesen de allí con ella. Otra flota para Tierra Firme por Agosto, y q. salga de allí por



Enero. Y q. cada una salga de la Habana lo más presto q. pudiere, con q. no sea antes de los 10 de Marzo.

Reg. del C. de I., fol. 71 vto.

Por Julio llegaron tres navíos de franceses á la punta de Sta. Elena en la Florida, y echaron gente é hicieron un fuerte de fagina, madera y tierra, y el capitán embió los navíos á Francia á pedir 500 hombres, y se tomó asiento con P.^o Menéndez de Avilés para que saliese con seis chalupas de á 50 toneles, y cuatro zabras y un galeón de 600 toneles, y se ordenó al Gral. de la Habana q. escogiese 50 soldados con algunos caballos y los tuviese prestos en un navío artillado para juntarse con P.^o Menéndez.

Reg. del C. de I., fol. 333.

Diciembre 12, Madrid.—Asiento y capitulación con Juan de Viloria para descubrir y pacificar las provincias del río Darien.

Colec. de doc. de Indias, t. XXIII, pág. 224.

1565.—Marzo 20, Madrid.—Capitulación y asiento con Pero Menéndez de Avilés para la conquista y población de la Florida, títulos é instrucciones.

Publicados por D. E. Ruidíaz y Caravia, *La Florida, su conquista, etc.*, t. II, pág. 415.

Julio 29, Turuégano.—Capitulación con Jorge de Quintanilla para descubrir el paso de la mar del Norte á la del Sur.

Colec. de doc. de Indias, t. XXIII, pág. 259.

Solían ir con cada flota dos navíos de armada con cada 30 soldados, y como iban tan cargados como los demás no eran de provecho en la ocasión ni podían socorrer ni pelear, y así se mandó por cédula de 19 Enero q. con cada flota de N. España y Tierra firme fuese un galeón de 300 toneladas con ocho piezas de bronce, cuatro de hierro, 24 versos de bronce y de hierro y el General, con 120 hombres de mar y guerra, sin llevar mercadería ninguna, y que habiendo necesidad en la mar pudiese recibir las mercaderías, oro, plata y gente de otra nao, si peligrase.

Reg. del C. de I., fol. 69.

Dióse orden nueva en la salida de las flotas, una por Abril para N. España, otra por Agosto para Tierra firme, cada una con su General. General de la flota de Abril para la N. España con su navío de Armada, P.^o de las Roelas, á 13 Feb.^o Almirante D. Bernardino de Córdova. P.^o Menén-



dez de Avilés con 200 hombres se mandó q. fuese á la Florida á echar los franceses que allí habían poblado, y que P.^o de las Roelas desde el Cabo San Antón le enviase su nao capitana con la gente y armas á la Habana para que estuviese á su orden. General de la flota de Tierra firme, D. Cristóbal de Eraso. Llegó la flota de Nueva España. Gral., D. Joan Tello de Guzmán, á principio de Julio. Almirante, D. Cristóbal P.^o de Gamboa. Salió la flota de Eraso á 20 de Octubre y arribó á Cádiz. General de N. España, de su flota, para Abril, Jean de Velasco de Berrio, á 30 de Diciembre. Almirante, Alonso Hernández de Ayala.

Reg. del C. de I., fol. 69 vto.

1566.—Estaban aprestados 1.500 hombres para embiar á la Florida en socorro de P.^o Menéndez, cuando se supo como había desbaratado los franceses della, y se mandaron despedir los 500 soldados y que saliesen los 1.000. En la flota del Gral. Joan de Velasco fué el Marqués de Falces, por Virrey de N. España y con título de General. Almirante de la flota de Tierra firme, Andrés de Mora, á 4 de Julio. Por nuevas de cosarios franceses se mandaron salir tres naos q. había en Málaga aprestadas, hasta los Azores á recibir las flotas, y por capitán dellas, P.^o de Guevara. Gral. de la flota de Tierra firme, Diego Flores de Valdés, á 19 de Julio. Por los moros que andaban se ordenó á las flotas que viniesen á la Coruña ó á otro puerto de Galicia. D. Cristóbal de Eraso venía á Vigo con su flota y después quiso pasar á S. Lúcar, y dióle un temporal q. apartó nueve naos q. llegaron á S. Lúcar y él aportó á Lisboa, donde se le mandó que desembarcarse el oro y q. se llevase por tierra á Sevilla; sin embargo, el Gral. había salido ya, y llegó salvo á S. Lúcar.

Reg. del C. de I., fol. 70.

Ordenóse este año que las almirantas de las flotas fuesen de armada y sin carga, como las capitanas, á 19 de Octubre.

Reg. del C. de I., fol. 70.

1567.—Gral. de la flota de N. España, D. Cristóbal de Eraso, del hábito de Santiago. Almirante, Íñigo de Lecoya. No se enviaron á la Florida los 1.000 soldados, sino algunos y otras cosas necesarias que llevó el capitán Sancho de Achiniega. P.^o de las Roelas parece q. yendo por General la última vez murió en N. España, y vino con la flota el Almirante D. B.^o de Córdoba. Llegó la flota de N. España, Gral., Joan de Velasco de Berrio, á principio de Agosto. Los navíos de Honduras se mandó q. saliesen con la flota de Tierra firme, á 14 de Septiembre. Los franceses



quemaron un pueblo de Indias en la isla de la Mona, y en Burdeos armó 12 galeones Mr. de Montfort, y tres Mr. de la Trimulla para Indias.

Reg. del C. de I., fol. 70.

Se perdió una flota que traía á su cargo un hijo del adelantado P.^o Menéndez, ó algunas naos de ella en que venían más de tres millones en oro, plata y perlas, y los caribes de la Dominica, muerta y comida la gente, se fueron en sus piraguas á las naos para sacar el hierro y clavos, q. es lo q. ellos estiman, y de camino llevaron el tesoro q. hallaron y lo metieron en una cueva cerca de la playa, donde dijeron algunos cautivos q. se huyeron de ellos, q. estaba aún, y se mandó informar en 4 Abril 1587.

Reg. del C. de I., fol. 341 vto.

Noviembre 3, Escorial.—Título de Capitán general de la Armada de 12 galeones, dispuesta en Vizcaya para seguridad de las Indias, á favor de Pero Menéndez de Avilés.

Publicado por D. E. Ruidiaz y Caravia, *La Florida, su conquista, etc.*, t. II, pág. 390.

1568.—Mayo 15, Aranjuez.—Capitulación con Diego Fernández de Serpa para la conquista de las provincias de Guayana y Caura.

Don José de Oviedo y Baños, *Conquista de Venezuela*, t. II, pág. 299.

1568.—Relación de los Capitanes generales de las flotas que han ido á Nueva España desde el año 1548 hasta el de 1565, y sucesos de algunos viajes.

Coloc. Navarrete, t. X, núm. 39.

Gral. de la flota de N. España, Francisco de Luján: Almirante, oan de Ubilla. Llegó la flota de Tierra firme á fin de Mayo. Gral. de la flota para Tierra firme, Diego Flores de Valdés; Almirante, Nicolás de Cardona. Llegó la flota de N. España á fin de Agosto.

Reg. del C. de I., fol. 70.

1569.—Gral. de la flota q. ha de ir á N. España, D. Cristóbal de Eraso; Almirante, Íñigo de Lecoya. Llegó la flota de N. España, Gral., Fran.^{co} de Luján; en su compañía y guarda el adelantado Pero Menéndez de Avilés, q. dejó la Florida para esto, como se le había ordenado: llegó á principio de Agosto y se le mandó q. luego volviese á salir á buscar la flota de Tierra firme q. se esperaba, por los muchoscosarios q. había, pero no pudo salir. En esta flota se trujeron 29 ingleses de los de Joan de Aquines y dos franceses, y así parece que Luján fué el que le desbarató en



San Joan de Ulua. Llegó la flota de Tierra firme, Gral., Diego Flores Valdés, con ocho navios y una carabela, á fin de Septiembre. Por este tiempo á cada Gral., en llegando, se daban 500 duc. de ayuda de costa. Diego Flores de Valdés no trujo toda la flota: dejó parte en Cartagena á cargo del almirante Cardona, y ordenóse que fuese por ella P.^o Menéndez y el dicho Almirante q. le obedeciese, y lo mismo á D. Cristóbal de Eraso, Gral. de la de N. España, y q. el dho. Adelantado viniese por Gral. de todas, y en falta suya, Eraso.

Reg. del C. de I., fol. 70 vto.

Julio 10, Madrid.—Asiento y capitulación con Juan Ortiz de Zárate para conquista y población en el Rio de la Plata.

Colec. de doc. de Indias, t. XXIII, pág. 148.

1570.—Por orden del Adelantado Avilés, P.^o Menéndez Márquez aprestó en Vizcaya una fragata con 200 hombres de mar y guerra, y fué á las Indias en busca de cosarios.

Reg. del C. de I., fol. 89 vto.

Gral. de la flota de Tierra firme, Diego Flores de Valdés; Almirante, D. Gerónimo Narváez y Padilla. Gral. de la flota de N. España, Joan de Velasco de Berrio; Almirante, Joan de Ubilla. Llegaron las flotas de N. España y Tierra firme juntas, á principio de Agosto, y con ellas la Armada de P.^o Menéndez, y parece fué la vez primera q. fué escolta de galeones. Era Almirante de la Armada de P.^o Menéndez, P.^o de Valdés. Diego Flores de Valdés se puso este año el hábito de Santiago. Ordénase q. las dos flotas viniesen juntas este año por los cosarios, y q. Diego Flores aguardase en la Habana á Joan de Velasco. Gral. de la flota de N. España, D. Cristóbal de Eraso; Almirante, Íñigo de Lecoya.

Reg. del C. de I., fol. 71.

Agosto 5, Lisboa.—Carta de D. Juan de Borja, embajador en Portugal, con noticias de ocurrencias en las Indias y la Especiería; contrabando de la isla Española, falsificación de cartas de marear.

Acad. de la Hist. Colec. Vargas Ponce, t. I.IV, pág. 1.269.

Agosto 31, Lisboa.—Carta del embajador D. Juan de Borja, dando cuenta de hostilidades entre portugueses y castellanos en el Maluco: manda hacer cartas de marear.

Acad. de la Hist. Colec. Vargas Ponce, t. LIV, pág. 1.277.



1571.—Relación de las flotas y armadas que se han despachado á las provincias de Tierra firme y Nueva España desde el año de 1566; de las personas que han ido por Generales, y lo que cada uno de ellos ha gastado en las Indias.

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 15.

Á Pero Menéndez se ordenó q. viniese con las flotas. Gral. de Tierra Firme, Diego Flores Valdés, q. no salió por Agosto y había de salir por Enero siguiente. Con seis galeones de P.^o Menéndez y dos más q. eran de su cargo y habían ido por capitana y almiranta de la flota de Tierra firme, se encargaron á Esteban de las Alas con título de General, hasta juntarse con Pero Menéndez, y por Almirante, Nicolás de Cardona. Vino el adelantado Avilés acompañando las flotas desde la punta de Sta. Elena, en la Florida, hasta España.

Reg. del C. de I., folios 71 y 89.

1572.—Gral. de la flota de N. España, Joan de Alcega, de la orden de Santiago, á 10 de Enero: Almirante, D. Antonio Manrique. Gral. de Tierra firme, Diego Flores de Valdés: Almirante, D. Gerónimo Narváez y Padilla, á 16 de Junio. Diego Flores este año pidió un patache para su flota y se le dió, y fué el primero q. lo llevó.

Reg. del C. de I., fol. 71.

Flota para N. España, General, Juan de Alcega; Almirante, D. Antonio Manrique, con 11 navíos, salió á mediado de Junio. Mandóse que en llegando el adelantado Pero Menéndez de Avilés con los galeones de la guarda de Indias, q. venía acompañando la flota de N. España, sin desembarcar, diese la vuelta á las Indias. Salió flota para Tierra firme por el mes de Septiembre. De la flota del general D. Cristóbal de Eraso, que llegó á la N. España el año de 71, se perdieron en la costa de algunos navíos q. no siguieron á la capitana.

Reg. del C. de I., fol. 72.

Por no haberse podido despachar á tiempo el año de 71 la flota de Tierra firme, se mandó que tres galeones del cargo de P. Menéndez fuesen por la plata, á costa de averías, para traerla, y q. la llevasen á la Habana y entregasen al general de la flota de N. España, y q. allí se repartiese la costa de dos por ciento por avería gruesa, y de la Habana á España la de los q. viniesen acompañando la dicha flota, y así se hizo á 4 de



Noviembre. Llegó la flota de N. España á 20 de Noviembre, y della aportaron cuatro naos á Portugal.

Reg. del C. de I., fol. 72.

Parece que tocaron ciertos navíos de franceses en el puerto de Trujillo de Honduras, y por estar entonces sin defensa se rescató el lugar por cierta cantidad.

Reg. del C. de I., fol. 318 vto.

1573.—El adelantado P.^o Menéndez de Avilés, gobernador y capitán general de la Florida y de la isla de Cuba, y de la Real armada q. anda contra cosarios, presentó un instrumento diciendo q. mediante su industria y trabajo, y larga experiencia q. tenía de las cosas de la mar y las continuas y distantes navegaciones q. había hecho, tenía descubierta precisamente la longitud de E. á O. y hecho instrumento dello, con que claramente se ve y entiende q. la causa dello era q. la aguja de marear tiene línea recta, q. dando la vuelta al mundo de N. á S., precisamente mira al polo, y esto se sabe claramente por donde pasa, y apartándose della la vuelta del poniente, noroeste, y á la parte de levante, nordeste, y todo lo q. pueda noroestear ó nordestear, apartándose de esta línea recta, son 1.175 leguas, q. es la cuarta parte del mundo, y entonces nordestea la aguja una cuarta, y no puede noroestear más, y el mismo efecto hace á la parte de levante, no émbargante q. los astrólogos y cosmógrafos, y pilotos y otras personas, escriben y tienen por cierto q. la aguja noroestea y nordestea tres cuartas, en q. han andado errados sin saber lo cierto. La línea recta donde la aguja precisamente mira al norte hasta ahora, q. lo habrá descubierto y q. de saberse se entiende la causa cierta y verdadera del flujo y reflujo. Pidió y se le dió privilegio por diez años para vender el instrumento, á 18 de Febrero.

Reg. del C. de I., fol. 193.

General de la flota de Nueva España Francisco Luján. Instrucción á 8 de Abril. Se mandó que saliese acompañando á la flota el adelantado Avilés, y q. luego pasase á las Terceras á aguardar las dos que se esperaban, por los cosarios. Se mandó que saliese la flota de Tierra firme sin capitana ni almiranta y q. le hiciesen escolta los galeones de Avilés, á 24 de Julio. D. Cristóbal de Eraso vino de N. España este año. General para Tierra firme D. Álvaro Manrique.

Reg. del C. de I., folios 72 y 89.



Julio 13, Balsain.—Ordenanzas para los nuevos descubrimientos de mar y tierra.

Colec. Navarrete, t. XIX, núm. 3.

Diciembre 1.^o—Asiento y capitulación con Diego de Artieda para descubrir en Costa-Rica.

Colec. de doc. de I., t. XXIII, pág. 171.

Al general Álvaro de Mendaña se le dió cédula de recomendación por sus servicios, y refiere: Que atravesó el gran golfo, q. le puso por nombre de la Concepción, q. hasta entonces, aunque algunos habían probado, no se habían atrevido á le atravesar, y pasando muchos trabajos y peligros descubrió mucho número de islas y tomó la posesión de ellas en nuestro nombre, y trajo á nuestra sujeción y obediencia al Taurique Beli-Banhana, uno de los más principales señorcs de la isla de Sta. Isabel, y q. después pasó muchos trabajos, necesidades y peligros, volviendo á dar cuenta de lo sucedido, por grandes tormentas en q. tornó á padecer mucho, viéndose en grande aprieto por estar los navíos trastornados y metidos debajo del agua; mediante la industria se salvó la nao, habiendo alijado lo q. en ella se traía y cortado el mástil, y desta manera vino con su gente en tiempo de tres meses, padeciendo mucha hambre, al puerto de Colima de la N. España, y allí se proveyó á costa de su hacienda para él y toda su gente, de todo lo necesario, y en la costa de Nicaragua aderezó así mesmo á su costa los navíos, 2 de Septiembre.

Reg. del C. de I., fol. 181.

1574.—Abril 27, Madrid.—Asiento y capitulación con Álvaro de Mendaña para poblar y pacificar las islas que había descubierto y tierras á ellas comarcanas.

Colec. de doc. de I., t. XXIII, pág. 189.

Tratóse que las flotas de N. España mudasen derrota q. la q. hacían por los bajos de la Española, S. Juan y Cuba y los demás que hay entre Ocoa y el puerto de San Antón, y los huracanes q. por allá corren la hacían peligrar, y q. era mejor ir derechas á la Dominica y allí hacer agua y pasar á reconocer las sierras nevadas de Sta. Marta, adonde teniendo necesidad de bastimento, podrían entrar á tomarlo, y donde no atravesar al cabo de San Antón y de allí á S. Juan de Ulúa, sobre q. se pidió informe á 13 de Febrero. A los generales de las flotas de tierra firme, D. Álvaro Manrique y de N. España D. Antonio Manrique, se ordenó q. se juntasen en la Habana y viniesen juntos, y no acompañándolos el



general Diego Flores de Valdés, echasen suertes sobre cuál había de venir por general hasta San Lúcar, á 6 de Marzo.

Reg. del C. de I., fol. 73.

Salió el adelantado Avilés con sus cuatro galeones y algunas naos de mercante, de las cuales se perdió una y se salvó la gente y algunas mercaderías, y el almirante Francisco Carreño las recogió en su galeón, con que arribó á Cádiz, y dejando allí la gente volvió en seguimiento de los demás, y parece q. salieron de Sanlúcar á principios de Enero. General de la flota de N. España D. Antonio Manrique. Por las nuevas de cosarios se mandaron despachar cuatro carabelones á los Azores para q. avisasen á la flota de N. España y viniesen con ella, y q. fuesen por diferente derrota cada una para q. avisasen de los cosarios q. fuesen encontrando. Salió la flota para N. España á principio de Julio. Llegaron las flotas de N. España y Tierra firme á principio de Septiembre. Vinieron con ellas tres galeones de Avilés. Flota para tierra firme de este año, general D. Álvaro Manrique. Salió por Octubre y arribó á Cádiz.

Reg. del C. de I., fol. 73.

Noviembre 7, Madrid.—Asiento y capitulación con Pedro Maraver de Silva para descubrir y poblar en Nueva Extremadura, desde donde fene-
cen las provincias de Guayana y Caura.

Colec. de doc. de I., t. XXIII, pág. 207.

1575.—Reconocido q. la armada de navíos de alto bordo q. trujo en las Indias el adelantado Avilés, y después Diego Flores de Valdés, no hacía efeto, y q., sin embargo, los cosarios hacían muchos daños, se propuso q. era mejor seis galeras y tres fragatas, dos para guardar las islas de Canarias, las dos en la costa de Tierra firme, desde puerto de Caballos hasta Santa Marta y la Margarita y hasta la Dominicana, y las otras dos corran las islas de S. Juan de Puerto Rico, Sto. Domingo, Jamaica y Cuba, costeándolas por la banda del Norte y la del Sur, y que atraviesen del C. de San Antón al de Catoche, corriendo la costa hasta S. Juan de Ulúa y atravie-
sen desde la isla de Pinos, en la isla de Cuba, al cabo de Camarón en la costa de N. España, y vayan la costa en la mano hasta puerto de Caballos y corran la costa de la Florida desde el C. de los Mártires al de Santa Elena, y sobre esto se consultó en 14 de Agosto.

Reg. del C. de I., fol. 74.

General de la flota de N. España D. Diego Maldonado, y salió por Junio. Despacháronse caravelones de aviso á las flotas de batir cosarios, á



2 de Julio. Al comendador Gil de Andrada se ordenó q. con las galeras de su cargo fuese al cabo de S. Vicente á recibir la flota. Y al factor Francisco Duarte q. dos naos q. tenía aprestadas para embiar á Laredo por orden del Rey, las hiciese salir luego con las dichas galeras y q. aguardasen en el cabo la flota, la cual se entendía venía con los cuatro galeones y dos fragatas de Diego Flores de Valdés y las dos naos de armada, capitana y almiranta suyas. Y aun se mandó que la capitana y almiranta de la flota de tierra firme q. se aprestaba en S. Lúcar saliesen, y se dejó por no ser posible. Y se ordenó q. si le pareciese al General arribase á Vigo ó á la Coruña, tal era el cuidado q. entonces había en la mar, como parece por céjula de 2 de Agosto.

Reg. del C. de I., fol. 73 vto.

Llegó la flota y se mandó despedir la gente de la armada de Diego Flores, excepto el mismo General, 14 de Agosto. Después llegó la flota de Tierra firme, y los galeones eran cuatro con cinco fragatas y un patache. General de la flota q. salió este año para tierra firme, Francisco Luján. Por nuevas q. hubo de haber pasado cosarios á las Indias se mandaron aprestar otra vez los cuatro galeones, fragatas y patax para q. se fuesen á juntar con los demás q. parece andaban en las Indias de armada, 23 de Noviembre.

Reg. del C. de I., fol. 74.

Junio 11.— Anduvieron cosarios por la costa de la Española donde hicieron algunos daños á q. no acudió como debía el capitán Álvaro Flores, que entonces estaba en las Indias con la armada Almirante de Nueva España Juan Gómez de Medina.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

1576.—Marzo.— Tocaron en las islas Canarias siete galeones de franceses robando.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

La flota de tierra firme, general Francisco de Luján, no salió el año pasado, sino éste, por falta de tiempo y apresto. Y así se ordenó q. en llegando á tierra firme descargase seis navíos, los mejores, y en ellos y en los de la armada de D. Francisco de Eraso, q. iba por General de la de la guarda de las Indias, se cargase el oro y plata q. hubiese junto y saliese con ello, dejando parte de su armada con los navíos; q. allá quedasen don Francisco de Eraso, su almirante, y con las seis naos de la flota almirante della P.º de Vargas, haciendo su oficio, y q. el general Francisco de Luján



se quedase allá acabando su descarga y juntando la demás plata con que viniese cuando le fuese posible. La armada que llevó Eraso fué la q. trujo Diego Flores, 29 de Febrero. Parece que fué por almirante desta armada el capitán Pedro Menéndez Márquez, hijo del adelantado Avilés. Ordénose á D. Maldonado, general de la flota q. estaba en N. España, q. aguardase en la Habana á D. Fran. de Eraso y á su armada y naos hasta 24 de Junio, y se viniesen juntos, y q. si hasta entonces no llegase, se viniese, 13 de Marzo.

Reg. del C. de I., fol. 74 vto.

General de la flot: q. se aprestaba para N. España, D. Antonio Manrique. Propúsose q. para guardar las costas de las Indias eran apropiado unas saetías q. á lo más tengan 1.500 salmas, q. son 300 toneladas y dos cubiertas, de suerte q. pudiesen navegar con 50 marineros y 20 remos por banda, q. los podían remar los propios marineros. Que pueden acompañar galeras porque navegan con velas latinas mucho más q. ellas y pesan 10 palmos de agua y pueden tomar puerto donde lo tomaren las galeras. Pueden caminar á remo, en falta de viento, á tres millas por hora y son de menos costo y peligro q. las galeras. Puede llevar cada saestía cuatro cañones agalerados en proa y dos en popa; ocho cañones pedreros de 25 quintales por banda y 30 esmeriles, y cuando éstos fuesen de un cabo servirían en lugar de 150 arcabuces, metiendo la munición de pólvora y soldados necesarios para ellos. Teniendo viento caminan á la vela más q. galeras, aunque el viento sea contrario, porque las galeras con viento en proa no pueden andar á orza como ellos, sino á remo. De armada han de llevar 150 hombres cada uno, con los 50 marineros, y puede uno combatir con tres galeras. Costará cada uno á la vela, sin la artillería, 3.000 duc. Entretiénense con poca costa mientras no sirven, porque se pueden guardar con cuatro hombres. Navegan en invierno y verano y sufren cualquier tormenta mejor q. otros navíos, y en caso necesario embisten á una playa sin peligro ni daño. Esta Memoria se envió á Sevilla.

Reg. del C. de I., fol. 75.

Marzo 5.— Título de General de la armada de la guarda de la carrera de las Indias y sus costas á D. Cristóbal de Eraso, de la orden de Santiago, por muerte del adelantado P. Menéndez de Avilés. Almirante de esta armada era Francisco Carreño, y por haber dejado el oficio se dió al capitán P." Menéndez Márquez. Para el sustento de esta armada se situaron 60 cuentos, los 30 en Nueva España y los 30 en Tierra firme, y después se moderaron á 45 por mitad en ambas partes. Se mandó al General



que fuese á las Indias por la plata, á 27 de Marzo. Se concedieron á don Cristóbal seis entretenidos de provisión suya con seis duc. de ventaja.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

1577.—A 8 de Enero de este año llegó la almiranta de la armada, y después otros dos galeones della y un patache. Parece que entonces eran las galeras seis y un patache y saetía y algunas fragatas.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

General de la flota de Tierra firme era este año Francisco Luján, que fué por el de 1575.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

Llegó el almirante P. Menéndez Márquez con el galeón capitana y otras tres naos de diez con q. salió de Cartagena, y se mandó q. con su galeón saliese hasta los cabos á buscar sus naos, 8 de Enero. Ordentóse á D. Cristóbal de Eraso q. con la parte de su armada q. le había quedado y la de la flota de Tierra firme se viniese á la Habana, y á D. Antonio Manrique, general de la de N. España, q. se juntase allí con él y viniesen juntos, 8 de Enero. Las seis naos del cargo de P. Menéndez se tuvo por cierto haber arribado á Puerto Rico ó Sto. Domingo, y se les embió una caravela con lonas y jarcias, 1.^a de Febrero. Mandóse q. Pero Menéndez volviese á las Indias con su galeón y 100 hombres para la fortaleza de la Habana. General de la flota para N. España D. Diego Maldonado. Dióse aviso á D. Cristóbal de Eraso de cosarios moros é ingleses para q. viniese con cuidado, y al comendador Gil de Andrade q. con 18 galeras saliese á aguardarle al cabo de S. Vicente. Llegó D. Cristóbal de Eraso con las dos flotas.

Reg. del C. de I., fol. 76.

1578.—Al general Juan de Velasco de Berrio, de la flota de Tierra firme, se ordenó, y á Diego Maldonado de la de N. España, q. viniesen juntos desde la Habana. Eran ya ambos de la orden de Santiago, 5 de Febrero. Don Álvaro Manrique de Lara, general de la flota para N. España. Había entonces cosmógrafo de la armada. Don Bme. de Villavicencio, de la orden de Alcántara, general de la flota para Tierra firme. Llegó la flota de N. España, 3 de Julio. General D. Diego Maldonado, almirante D. Diego de Alcaga. Mandóse que los dos generales y almirante saliesen con sus dos naos á las Azores á guardar la flota de Tierra firme, 16 de Julio.

Reg. del C. de I., fol. 76.



Febrero 3.—Enviáronse á Tierra firme dos galeras y una saetía á cargo de P. Vique Manrique. El general Juan de Velasco Berrio, viniendo con la flota de N. España, falleció en la Habana.

Reg. del C. de I., folios 13 vto. y 90.

En la Habana estuvieron siete navíos de cosarios con una galeaza de 30 remos.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

Título de Almirante á D. Alonso de Eraso por haber ido P. Menéndez Márquez á gobernar la Florida. La armada de D. Cristóbal de Eraso era de cuatro navíos, dos galeazas y otros bajeles.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

Viniendo dos naos, una de la isla Española, maestre Alonso López Escamilla, otra de Puerto Rico, maestre Diego del Villar, las rindieron franceses cosarios cerca del cabo de S. Vicente y las llevaron al puerto de Broage, donde era gobernador Mr. de Lanzague, q. dió licencia á los cosarios para descargar y vender las mercadurías con q. le diesen la tercera parte de su valor. Avisose al Rey de Francia q. luego mandó embarcar las mercadurías y el dicho gobernador las hizo vender en 18.000 ducados, valiendo más de 40.000, y tomó para sí los 6.000 como estaba tratado, sobre que se escribió á Juan de Vargas Mexía, q. asistía en Francia.

Reg. del C. de I., fol. 395 vto.

1579.—Por lo q. tardó en salir la flota de Tierra firme se ordenó á don Diego Maldonado que no tomase puerto en Canaria y q. en la Dominica podía hacer agua y leña, y su almirante entrase en Cartagena con los navíos para aquel puerto, y descargados pasase al Nombre de Dios, adonde fuese derecho el General y aprestase luego seis navíos, los mejores, y en ellos, con el oro y plata, dejando allí á su almirante para q. con los demás se venga después y esté en España por Abril, se venga á la Habana, adonde hallará á D. Cristóbal de Eraso con la armada y aguarde todo Julio la flota de N. España, y con ambas y la mitad de la dha. armada, y con ella el dho. Eraso ó su almirante, se vengan juntos, 13 Marzo.

Reg. del C. de I., fol. 76. vto.

Por indisposición de D. B.^{me} de Villavicencio se nombró por general para Tierra firme D. Diego Maldonado de Mendoza, del hábito de Santiago, y q. D. B.^{me} quedase para la flota de N. España, 6 Febrero. Al salir



esta flota de San Lúcar se perdió la capitana y otra nao, de modo q. no pudieron hacer viaje. Con esto se dió nueva orden á D. Cristóbal de Eraso q. si no fuese posible cumplir la de arriba, él, con toda su armada, recibiese y trajese la plata á la Habana, y de allí se viniese con la flota de N. España.

Reg. del C. de I., fol. 76 vto.

General de la flota para N. España D. Antonio Manrique, almirante Melchor de Anaya. Llegó la armada y flota de Tierra firme por Noviembre. El Consulado pidió que no se sacasen las naos de Cádiz remolcándose con galeras porque todas las veces q. esto se intentase sin tiempo hecho será de mucho riesgo y peligro, como se vió con la flota de Tierra Firme, general Diego Maldonado, que por sacarles de remolque con galeras se perdió la galeaza capitana y dos ó tres navíos.

Reg. del C. de I., fol. 90 vto.

General de la flota de Tierra firme D. D'ego Maldonado, de la orden de Santiago.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

1580.—La flota de Tierra firme q. fué el año 579 invernó allá porque la plata la trujo Eraso con su armada y con ella la galeaza q. fué por capitana de la flota y otro navío della, y se ordenó q. esta galeaza, con tres fragatas de la armada, volviesen á las Indias para venir con la flota, y se envió aviso al almirante Antonio Navarro, á cuyo cargo quedó la flota, y á D. B.^{me} de Villavicencio, general de la de N. España, q. se juntasen en la Habana, donde iba este trozo de armada, para que viniesen juntas, á 4 de Enero.

Reg. del C. de I., fol. 77.

Enero 2, Lima.—Provisión expedida por el virrey del Perú D. Francisco de Toledo, estimulando la construcción de navíos de gran porte en el mar del Sur.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 15.

Con la armada salió Diego Flores de Valdés por general en fin de Febrero ó principio de Marzo. General para Tierra firme, D. Antonio Manrique. General para N. España, Francisco de Luján. Ordenóse á éste que desde Ocoa enviase el patache á N. España, avisando su ida, 14 de Marzo. Salió la flota de N. España y con un temporal se perdió una nao



y las demás arribaron á Cádiz Volvieron á salir. General para Tierra firme D. Antonio Manrique.

Reg. del C. de I., fol. 77.

Marzo 29.—Proyecto de enviar galeras para defensa de la Florida.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núms. 533, 534 y 535.

Sabido lo q. Francisco Draque robó en la mar del Sur y haber llegado con ello á Inglaterra, se escribió á D. B.^{no} de Mendoza, q. estaba por embajador, q. solicitase el cobrarlo, ayudándose de P.^o de Zubiaur q. estaba allá, y el comercio de Sevilla envió poder para ello al dicho Zubiaur, q. dió fianzas.

Reg. del C. de I., fol. 77 vto.

Al cap. P.^o Sarmiento de Gamboa, q. vino por el Estrecho, se dieron 260 duc. para socorrer la gente que trujo, q. fueron Francisco Téllez, Francisco Garcés, P.^o de Azarda, Jerónimo del Arroyo, Cristóbal de Solís, P.^o de Baamonde, Antonio del Castillo, P.^o de la Rosa, Álvaro de Torres, un mulato llamado Cervantes y tres indios del Estrecho: Felipe, Francisco y Juan.

Reg. del C. de I., fol. 396 vto.

1581.—General de la flota para Tierra Firme, D. Diego Maldonado; almirante, D. Francisco Maldonado, su hermano. Llegaron las flotas de Tierra Firme y N. España á mediado Setiembre. Una nao de las flotas se derrotó y fué á la isla de la Madera, y después á la Gomera, adonde se mandó q. fuesen dos naos por la plata.

Reg. del C. de I., fol. 78.

Febrero 24.—Presupuesto de gastos de la armada que ha de ir al estrecho de Magallanes.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núm 546.

El libro del derrotero de P.^o Sarmientto de Gamboa, q. vino por el Estrecho desde Lima á España en el navío nombrado *N.^a S.^a de la Esperanza*, escrito en 81 hojas, firmado y signado de Juan de Esquivel, Escrib. R.^o encuadrado en terciopelo verde, con un mapa q. hizo del referido Estrecho, se envió á la Casa de Sevilla para q. se guar lase en ella, por carta del Sr. Juan de Ledesma, de 22 de Mzo.

Reg. del C. de I., fol. 50 vto.



Abril 8, Lisboa.—Relación de las naos que salieron de este puerto para la India, en conserva de la armada de S. M.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. XXXIV, pág. 218.

Septiembre 30.—Relación de las naos de la armada que se despachó en el puerto de Sanlúcar para el Estrecho de Magallanes y costas de Chile y el Perú, General Diego Flores de Valdés.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núms. 572, 582 y 587.

Noviembre 13.—Mandáronse fabricar en Vizcaya nueve galeones para la armada de Indias.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

La cédula para q. se confesasen los soldados de la armada y flotas se originó de una carta q. el Rey escribió sobre ello al Consejo, cuya copia se embió al Dr. Santillán para q. informase el modo q. se podía tener, á 24 de Noviembre.

Reg. del C. de I., fol. 78.

Memoria de las flotas y azogues que han ido á Veracruz desde este año, con expresión de sus jefes.

Publicada por D. Miguel Lobo, *Historia de las antiguas colonias hispano americanas*, t. II, pág. 230.

1582.—Enviáronse dos galeras para guarda de la isla Española, á cargo de Rui Díaz de Mendoza.

Reg. del C. de I., fol. 13 vto.

Ordenóse á D. Diego Maldonado q., con su Capitana y algunas naos, vuelva con el oro, y q. su hermano, con la Almiranta y las demás, inviérne en Tierra firme, y en la Habana se juntase con la de N. España. Salió la flota de N. España á 26 de Julio. Quejóse el Consulado q. en las naos de las flotas, Capitana y Almiranta, se gastaban cada año de 7 á 8.000 duendados: eran estas naos tan grandes, q. se propuso á la Casa q. avisase si convendría no lo fuesen tanto. General para Tierra firme, Francisco de Novoa Feyjó.

Reg. del C. de I., fol. 78.

1583.—Enero 29.—Real cédula renovando la prohibición de urcas esterlinas y holandesas para la navegación de Indias.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 455.



La flota de Tierra firme, por haberse ocupado en las armadas de la Tercera y Magallanes y en las flotas tanta nao, no tenía más de siete con q. salir, y se encargó la superintendencia della al duque de Medina Sidonia para q. la hiciese aprestar, á 28 de Agosto. Llegaron las flotas de Tierra firme y N. España por Septiembre. Este año se introdujo q. en cada flota fuesen dos entretenidos: uno cerca de la persona del General y otro de la del Almirante con 30 duc. de sueldo al mes.

Reg. del C. de I., fol. 91.

Diciembre 19.—Relación de lo que monta la hacienda que se ha traído para S. M. en las flotas de que vinieron por Capitanes generales D. Diego Maldonado y Álvaro Flores.

Colec. Sans de Barutell, art. 4º, núm. 719.

1584.—General para Tierra firme, D. Antonio Osorio; Almirante, Alonso de Chaves. Por Septiembre llegó la flota de Tierra firme. General Francisco de Novoa; Almirante, D. Francisco de Valverde; habiendo llegado mucho antes la de N. España. General de la flota q. este año fué á N. España, D. Diego de Alcega, del hábito de Santiago.

Reg. del C. de I., fol. 78 vto.

Mayo 1.º—General de seis galeones q. fueron á las Azores á recibir las flotas y traerlas, Juan Martínez de Recalde, de la orden de Santiago. Almirante, P. de Vargas Machuca; después Martín Pérez de Olazábal, y después á D. Francisco de Eraso, y se mandó q. fuesen nueve galeones y tres fragatas, á 3 de Junio este año, q. parece fué el siguiente con la misma orden. La costa desta armada se mandó repartir por avería en el oro y plata de las flotas.

Reg. del C. de I., fol. 14.

Ordenanzas para el despacho de flotas en el puerto de Santo Domingo de la isla Española, y visita de los navíos que allí entran de España y Portugal, por el Ldo. Cristóbal de Ovalle.

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 90.

1585.—Relación del número de navíos de que se componía la armada y flota que se aprestaba en Sanlúcar de Barrameda para Nueva España, á cargo del general D. Juan de Guzmán, con expresión de sus nombres y los de los maestres que los mandaban.

Colec. Navarrete, t. XXII, núm. 93.



General de la flota de N. España, D. Juan de Guzmán, del hábito de San Juan. Almirante para N. España, Martín Pérez de Olazábal á 16 de Abril. General para Tierra firme, Álvaro Flores de Valdés. Almirante D. B.^m de Villavicencio. Parece q. era hijo del otro que tuvo hábito de Calatrava, y éste no tenía hábito.

Reg. del C. de I., folios 78 vto. y 91 vto.

1586.—Enero 10.—General de la armada que fué á las Indias, Álvaro Flores de Quiñones, q. lo era de la flota de Tierra firme. Almirante don Francisco de Leyva. General de la flota de Nueva España, D. Juan de Guzmán, de la orden de San Juan. Al General de la armada, que lleve 20 entretenidos, como solía llevar 12.

Reg. del C. de I., fol. 14.

Febrero 28.—Enviáronse dos galeras á la Habana para su guarda á cargo del Capitán P.^o de la Cueva.

Reg. del C. de I., fol. 14.

Enviáronse dos galeras á Santo Domingo, por haberse perdido las que había.

Reg. del C. de I., fol. 14.

Enviáronse dos galeras á Tierra firme, por haberse perdido las otras dos, á cargo de Sancho de Arce.

Reg. del C. de I., fol. 14.

Por la nueva de haber pasado á las Indias Francisco Draque, se desparcharon cuatro avisos á ellas. Aprestóse armada de galeones para ir á las Indias, y por general Álvaro Flores de Quiñones. General para la N. España, Francisco de Novoa Feijó. Almirante, Rodrigo de Rada. Salió la armada á 16 de Abril, y arribó á Cádiz. General para Tierra firme, don Miguel de Eraso y Aguilar. Llegó la flota de N. España, general D. Juan de Guzmán, por Octubre. Salió de Tierra firme á principio de Noviembre.

Reg. del C. de I., fol. 78 vto.

Apuntaciones para la historia del descubrimiento de la isla de Santo Domingo y su conquista, desde el año 1520.

Colec. de doc. de Indias, t. XIV, pág. 561.

1587.—Mandóse q. este año no fuese flota á N. España, por no haberse



podido aprestar á tiempo. La Capitana de la flota de N. España aportó á Lisboa, y mandóse q. se quedase allí á la orden del Marqués de Santa Cruz, y q. las mercaderías se pasasen á ciertos navíos de Santo Domingo, que habían allí arribado, y á Setúbal. Ordenóse al Marqués de Santa Cruz q. con la plata en pasta embiase escolta de soldados hasta la raya de Castilla. Llegó de Tierra firme la armada de Álvaro Flores. General para N. España, D. Diego de Alcega. Almirante, Martín Pérez de Olazábal. General para Tierra firme, Diego de la Ribera. Almirante Alonso de Chaves Galindo.

Reg. del C. de I., fol. 92.

Marzo 1.^o—Capitulación con el capitán Lope de Palacio para tener por su cuenta dos navíos en la navegación de Nueva España á Filipinas y China.

Colec. Navarrete, t. XVIII, núm. 39.

1588.—Revocóse la orden de salir juntas las flotas: la razón que la una hallaría tiempos malos, y la otra muy enferma la tierra. 14 Marzo. General para Nueva España, D. Diego de Alcega. General para Tierra firme, Diego de la Rivera. A D. Diego de Noguera, á cuyo cargo estaban las galeras de Santo Domingo, se ordenó q. pasase con ellas al cabo de San Antón, y asistiese allí hasta que los navíos de Tierra firme y N. España hubiesen pasado, y en saliendo de la Habana Álvaro Flores, se volviese.

Reg. del C. de I., folios 79 y 281.

Febrero 17.—General de los galeones, Diego Flores de Valdés, y se aprestaron este año en Ferrol, q. parece fué principio de fundar allí la armada del Océano. General para Nueva España, Martín Pérez Olazábal, por muerte de D. Diego de Alcega. Almirante, Diego de Sotomayor. En lugar de los galeones que quedaron en Lisboa, se aprestaron algunos navíos de remo y vela ligeros, á cargo de Álvaro Flores de Quiñones y almirante Gonzalo Monte para q. fueran por la plata.

Reg. del C. de I., folios 14, 92 y 280 vto.

Memorial del gasto y gente de las galeras del Callao de Lima, general D. Hernán Carrillo.

Colec. Navarrete, t. X, núm. 9.

1589.—General para N. España, Antonio Navarro de Prado. Salió el virrey D. Luis de Velasco en navíos particulares. Llegó la flota de N. España. Este año, por el recelo q. había de cosarios se ordenó q. la Capitana



y Almirante de Tierra firme y otras 10 ó 12 naos della, las mejores, se descargasen de las mercaderías, y se les echase artillería y municiones.

Reg. del C. de I., folios 79 vto. y 281.

Por haber fabricado el adelantado P.^o Menéndez en la Habana algunas fragatas que salieron muy buenas, se mandó que se fabricasen otras hasta 18 como ellas, y algunas mayores, y se mandaron fundidores de artillería para hacerla. Llevó la flota de Tierra firme Diego de la Ribera, y se le ordenó armase en la Habana algunas naos, y mandóse á las de N. España diesen la vuelta. Llegó el general Gonzalo Monte Bernardo con algunos pataches. General de la flota para Tierra firme, Juan de Uribe Apallúa. Fué con dos pataches llevando cuerda y pólvora. Llevó encargo de armar allí seis naos de la flota y cargar la plata, viéndolo con ella. Lo mismo se ordenó á Martín Pérez de Olazábal, General de la de N. España. En Castro Urdiales se fabricaron dos galeazas, y, con título de General, fué con ellas á las Indias Álvaro Flores, volviendo con la plata sin reconocer las Terceras ni el cabo de San Vicente, y trajese por almirante á Juan de Uribe.

Reg. del C. de I., folios 281 y 282.

Salió Álvaro Flores de Santander á 15 de Mayo, y Juan Uribe de Santílucar el mismo día, habiendo llegado poco después á la costa de España la armada inglesa, se dió aviso á las Indias. Parece que Álvaro Flores llegó á las Terceras con la plata, y se mandaron aprestar seis navíos ligeros, con q. fué Marcos de Aramburu á acompañarle; 16 de Diciembre. Para la flota de Tierra firme, q. había quedado en las Indias, se mandaron aprestar luego dos pataches q. llevasen jarcia y brea, con el capitán Gonzalo Monte Bernardo. Por la plata de la Tercera se mandó q. fuesen seis pataches á cargo del capitán Diego Hurtado de la Puente para que viniese subordinado á Álvaro Flores. De Lisboa salió Marcos de Aramburu con otros seis pataches para las Terceras. Del Andalucía se mandó salir con ocho filibotes á Martín Duarte Bernardo á lo mismo.

Reg. del C. de I., fol. 282 vto.

1590.—De los dos navíos que se enviaron á Tierra firme para venir con la flota, fué por cabo Luis Alfonso Flores. A Juan Uribe título de General, q. vaya con armada á Tierra firme y venga con la flota que allá está á cargo de Diego de Ribera, y á Luis Alfonso Flores por Almirante. Sancho de Vallecilla estaba preso en Sevilla por 800 duc. en q. fué condenado por la visita de los galeones del año 1587, y tenía pena de que en diez años no pasase á las Indias, y por ser gran soldado y marinero se



mandó soltar y q. fuese con Juan de Uribe, y q. del sueldo pagase los 800 ducados.

Reg. del C. de I., fol. 282 vto.

En la flota en que fué el Conde del Villar murió mucha gente de sed. En la del año pasado hubo también tanta falta de agua, q. estuvieron á riesgo de perecer, y arribaron á la Dominica á tomar agua. Siempre las flotas reconocían las Canarias, y este año se trató q. la de N. España no las reconociese, por los cosarios. General para N. España, Antonio Navarro de Prado. General para Tierra firme, Diego de la Ribera; y por su muerte en la Habana parece que vino Rodrigo de Rada haciendo oficio de General.

Reg. del C. de I., folios 80 y 92 vto.

A principio de Agosto llegó con las galizabras de las Indias P. Menéndez Márquez, y trajo la plata deste año, y aportó á Viana, de donde la del Rey se mandó traer á diferentes casas de moneda. Trajo la plata del Rey á Segovia el almirante Gabriel de Vera. Fué con los galeones á las Indias Juan de Oribe Apallúa. Este año parece q. Rodrigo de Rada fué por cabo de seis pataches á N. España, en q. trajo la plata á la Habana, adonde la recibió en sus fragatas el general Juan de Oribe.

Reg. del C. de I., folios 21 vto. y 92 vto.

1591.—Enero 17, Madrid.—Ordenanzas para evitar los daños e inconvenientes que se siguen de las arribadas.

Colec. Navarrete, t. XXIII, núm. 61.

Llegó la plata en unas zabras, á principio de Abril, á cargo de P. Menéndez Márquez. Salió la flota de N. España á principio de Julio. General de la de Tierra firme, D. Francisco Martínez de Leyva, q. fué de 26 naos.

Reg. del C. de I., fol. 80.

Por Marzo llegaron á Lisboa tres fragatas de las Indias con el oro y plata que se mandó desembarcar allí y llevar por tierra á Sevilla, y las mercaderías por la mar. Parece venían á cargo del almirante Alonso de Chaves Galindo.

Reg. del C. de I., fol. 22.

Mandáronse fabricar otras seis fragatas en la Habana. Del castillo de Lisboa y otras partes se sacó cierto número de gente para embarcar á Puerto



Rico en tres filibotes, de que se nombró por cabo á Juan de Salas. Parece fueron 350 soldados: 220 para Puerto Rico, y los demás para pasar con los filibotes á la Habana, á juntarse con Diego de Ribera. Juan de Uribe parece que llegó á Sanlúcar con tres fragatas, y las otras tres fueron á Lisboa, y éstas se mandó pasasen á Sevilla, y todas se aprestasen luego para partir.

Reg. del C. de I., fol. 283.

Este año se tomó el primer asiento con Prior y Cónsules para fundar la armada de avería, y la ciudad de Sevilla ofreció para ella 80.000 duc. General de la armada de 10 galeones, y cuatro pataches, y dos lanchas, don Francisco Coloma, de la orden de San Juan. Almirante, Diego de Sotomayor. Este año sólo fué á las Terceras á recibir las flotas. General de la flota de Nueva España Marcos de Aramburu. General de la flota de Tierra firme, Luis Alfonso Flores.

Reg. del C. de I., fol. 14.

Septiembre 4.—Cosmógrafo mayor P.^o Ambrosio de Ondériz, con 400 ducados, en lugar del Dr. Arias, sin obligación de leer la cátedra, en 16 de Septiembre. Parece q. á P.^o Méndez se ordenó q. saliese con cuatro de las seis fragatas y otros navíos de armada, y á Diego Ribera q. le aguardase hasta 15 de Julio, y á Juan de Salas lo mismo.

Reg. del C. de I., fol. 233.

Al general Juan de Uribe que apreste 15 galeones de fuerza para ir á Indias por las flotas, yendo á Lisboa, Ferrol, la Coruña y Vizcaya á escogerlos. Almirante, P.^o Sarmiento de Gamboa. Al general Marcos de Aramburu, que con una escuadra de la armada real fuese al cabo de San Vicente, y le limpiase de cosarios. Llegaron las fragatas de P. Menéndez, viniendo Juan de Salas y Luis Alfonso Flores.

Reg. del C. de I., fol. 284.

1592.—Juan de Orive, con su armada, se mandó fuese á las Indias. De la flota de Tierra firme, q. salió, se perdieron en Cádiz algunas naos. Luis Alfonso Flores salió con seis fragatas para traer la plata.—General para N. España, Marcos de Aramburu. Almirante, Rodrigo de Rada.

Reg. del C. de I., fol. 80.

En Ferrol se hizo la arinada de avería, y el general Coloma pasó con ella á Andalucía por Diciembre. Se despachó una armada á las Azores, y eleando con la del enemigo, q. allí estaba, y desbaratándola, aseguró las



flotas y fragatas. Al general Uribe, que pueda nombrar seis gentiles-hombres. Luis Alfonso Flores, con título de Cabo de las seis fragatas, salió para las Indias. Almirante Juan de Salas. General de la flota de Tierra firme, D. Francisco Martínez de Leyva. Al General de Nueva España, Martín Pérez de Olazábal, se ordenó estar en la Habana hasta 15 de Julio. Al general Uribe, que saliese con su armada al cabo de San Vicente á limpiarle de cosarios, q. se decía andaba allí una armada dellos. Luis Alfonso Flores invernó en Indias.

Reg. del C. de I., folios 21, 234 vto. y 284.

Parece que fueron ingleses á las Indias y saltaron en la costa de Cartagena, de donde saliendo gente á su defensa, fueron presos algunos y traídos en la armada de Luis Alfonso Flores.

Reg. del C. de I., fol. 285 vto.

1593.—Se reformó la armada de Coloma, y quedó de ocho galeones y seis fragatas.

Reg. del C. de I., fol. 21.

Enero 11, Madrid.—Real cédula ordenando no vayan navíos desde el Perú y Tierra firme á la China é islas Filipinas, ni se traigan de ellas ni de Nueva España á estos reinos mercaderías algunas de la China.

Colec. Navarrete, t. XVIII, núm. 55.

Noviembre 16.—Asiento que tomó el virrey de Nueva España, D. Luis de Velasco, con Sebastián Vizcaíno para el descubrimiento de la California.

Colec. Navarrete, t. XIX, núm. 4.

Marzo 19.—Ordenóse á Coloma que saliese al cabo de San Vicente: salió con ocho galeones y con la Capitana y Almirante, q. estaban aprestadas para Nueva España, y fué por veedor D. Luis Fajardo, y que, faltando el General gobernarse la armada. En los galeones se mandó q. hubiese hospital, y se nombró por administrador dél á D. Alonso Coloma, Canónigo de Sevilla, hermano del General. Cesó el hospital en 17 de noviembre, y la armada se reformó á ocho galeones, y seis fragatas, y seis pataches. Por haberse sabido q. algunas escuadras de enemigos habían ido á aguardar las flotas se despacharon varios avisos á Luis Alfonso Flores para que viniese con cuidado, dándosele de que se aprestaban dos armadas, una en Lisboa y otra en la Andalucía para salir á hacerle escolta.

Reg. del C. de I., folios 24 vto. y 235.



A D. Francisco de Valverde se ordenó q. fuese á San Sebastián ó al Paseo, adonde hubiesen llegado los filibotes y armada de P.º de Zubiaurre, que volvía de Bretaña, y siendo aproposito, y estando para ello, la hiciese salir luego á las Terceras para venir con las flotas y fragatas, y que reconociese las zbras del cargo de Joanes de Villaviciosa, si eran aproposito para ir por la plata á las Indias; 16 de Marzo.

Reg. del C. de I., fol. 285.

El general D. Francisco Coloma cogió sobre el C.º San Vicente 10 filibotes holandeses cargados de trigo y mercaderías, y con un galeón los envió á Cádiz. Por la hacienda q. Luis Alfonso dejó en la Tercera fué Coloma, y la trujo y llegó á Cádiz á 24 de Julio. Y era la armada de 10 galeones y seis pataches.

Reg. del C. de I., folios 14 vto. y 285 vto.

Abril 29.—Luis Antonio Flores desembarcó en la Tercera el oro y plata, conforme á la orden que allí había. Perdiéronse algunas naos de su flota. La armada de Uribe parece que fué á Ferrol y se entregó allí á D. Alonso Bazán.

Reg. del C. de I., folios 14 vto. y 285 vto.

Se perdió en la isla de San Miguel la Capitana de Tierra firme, del cargo de D. Francisco Martínez de Leyva, de vuelta de viaje, y se anegó junto á la ciudad de Punta Delgada. Después se sacaron 17 piezas de bronce y otras de hierro.

Reg. del C. de I., fol. 81.

Dióse nueva derrota á las flotas, por causa de los cosarios. Salió don Francisco Coloma con su armada. Luis Alfonso Flores dejó la plata en las Terceras, y sólo trujo 60 barras para pagar la gente, y entró con las fragatas en Lisboa á principio de Junio.

Reg. del C. de I., fol. 80.

1594.—Por Febrero se dió orden á Coloma q. saliese con su armada, por haberse entendido que una de enemigos de 20 navíos había saqueado la Margarita, Caracas y Cumaná. Parece que invernó Coloma con armada y flotas en Indias.

Reg. del C. de I., folios 21 y 286.

General de la flota de Tierra firme, Sancho Pardo Osorio.

Reg. del C. de I., fol. 14 vto.



Diciembre 3.—Se dió principio á la fundación de la armada real del Océano por el Consejo de Indias; nombróse proveedor general á Bernabé de Pedrosa; contador, P.^o de Iguelo; contador de la artillería, Felipe de Porras; pagador, Juan Ortiz de Artaza; tenedor de bastimentos R.^o de Cieza. A todos se dió título q. empiezan ser motivada la armada, porque de algunos años á esta parte andan los enemigos y cosarios en el mar Océano robando y haciendo otros daños. Para ello se mandaron traer de Nápoles 11 galeones con los que vino el general Pedro de Ivella. Salió la armada por primera vez al cabo de San Vicente á aguardar las flotas de Indias, á cargo del general Antonio de Urquiola, desde Lisboa á 22 de Abril de este año.

Reg. del C. de I., fol. 20.

1595.—Se dió título de Capitán general del mar Océano al Duque de Medina Sidonia, y lo usó muchos años. En los galeones de Italia se embarcó el tercio de infantería de la carrera de Indias. Pedro de Ibella llegó á Cádiz con dichos galeones por Julio. Los 12 galeones no contentaron ni parecieron aproposito para el Océano, y se mandaron despedir y que se quedase el general Ibella á servir con tres ó cuatro.

Reg. del C. de I., fol. 20 vto.

Agosto 23.—D. P. Tello, cabo de cinco fragatas que se mandaron aprestar en Sevilla, y por almirante G. Méndez de Canco, fué á Puerto Rico, donde estaba el general Sancho Pardo Osorio con la nao Capitana, que allí arribó, para embarcar el añil y grana.

Reg. del C. de I., fol. 15.

Llegó D. Luis Fajardo con la armada de Indias por Septiembre. Parece traía por su almirante á Sebastián de Arancibia, que sobre el cabo de San Antón peleó con algunos navíos de ingleses y los venció.

Reg. del C. de I., fol. 21 vto.

Octubre.—Se dió orden al general Antonio de Urquiola para ir á las Terceras á aguardar á D. Luis Fajardo, que traía la armada y flotas. Almirante de la armada del Océano, el primero que se halla fué D. Diego Brochero de Anaya en este año.

Reg. del C. de I., fol. 20 vto.

Invernaron en la Habana la armada y flotas, de que trujo el aviso don



Francisco del Corral, á 4 de noviembre, y volvió con socorro de gente y bastimentos.

Reg. del C. de I., fol. 14 vto.

Viniendo de Cuba el navío nombrado *N.^a S.^a de la Concepción*, q. era de R.^o Díaz, vecino de Sevilla, le tomó Tomás Giner, inglés, sobre la costa de España, y llevándole á Inglaterra, le dió un temporal con q. se apartó de los cosarios, y Nicolás de la Cueva, marinero, acometió á cuatro ingleses q. habían entrado en él, y los rindió y trajo el navío al puertó de Setúbal y le entregó al Conde de Portalegre, que hizo vender lo que en él venía y depositar lo prendido.

R. del C. de I., fol. 39³ vto.

Invióse socorro á la Habana con D. Francisco de Corral y Toledo de 400 ó 500 hombres. La armada y flotas del año pasado invernaron en la Habana. Salió D. Francisco del Corral, á 12 de Febrero, en tres filibotes, con el socorro, que fueron 620 hombres. Llegó la armada y flotas á principio de Mayo en salvamento. Juan de Escalante de Mendoza, general para Tierra firme, Almirante, D. Francisco de Eraso. D. Bernardino de Avellaneda, q. fué este año á las Indias, llevó 20 navíos de armada, 1.600 hombres de guerra y 1.200 de mar. La armada que llegó este año de las Indias vino á cargo de D. Luis Fajardo, y las flotas de Marcos de Aramburu y Luis Alfonso Flores, y con ellos las naos que habían arribado á Puerto Rico con el general Sancho Pardo.

Reg. del C. de I., fol. 82 vto.

Noviembre 13.—Se sacaron del Pasaje 15 galeones, y con cuatro de Urquiza y los cuatro de Italia se aprestó armada para Indias. Nombróse por general á D. Bernardino de Avellaneda, de la orden de Calatrava, señor de las villas de Castrillo y Valverde; y por almirante á Joan Gutiérrez de Garibay. La orden que se dió á D. Bernardino fué que por saberse que el Septiembre pasado había salido de Inglaterra una armada (la de Drake), y se entendía q. había pasado á las Indias y que daría en Puerto Rico y pasaría á Tierra Firme á hacer daño, siguiese la misma derrota y fuese á Cartagena y Nombre de Dios, adonde el enemigo iría por saquear á Panamá, y le siguiese los pasos y aguardase allí la flota de Tierra firme para traer la plata del año de 1596 y venir con todo. Y que, si siguiendo al enemigo para hacerle desembocar, llegase á la Habana cierto de que no le dejaba atrás, avisase á la Audiencia de Panamá, para que en la flota embarcase la plata y él la aguardase sobre el cabo de San Antón.

Reg. del C. de I.



General de la flota de Tierra firme fué este año Joan Escalante de Mendoza. General de la de Nueva España, P.^o Menéndez Márquez. A P.^o de Ivella se dió el hábito de Santiago y murió poco después en Lisboa. General de la armada del Océano fué el primero, á lo que parece, el Conde de Santa Gadea, Adelantado de Castilla.

R. del C. de I., fol. 21.

Preeminencias concedidas á los artilleros y á los pilotos de armadas y flotas de la carrera de Indias.

Disquisiciones náuticas, t. II, pág. 330.

1596.—Que los navíos de Filipinas salgan de Acapulco por Febrero.

Reg. del C. de I., fol. 294 vto.

Al general Juan Escalante de Mendoza se ordenó q. estuviese en España para Septiembre con toda la flota ó diez naos, las mejores, y q. en ellas trujese el oro y plata. A 23 de Enero parece q. salió la flota, habiendo encallado una nao y perdido otra en la barra. Llegaron las fragatas de armada de las Indias con la plata, á que cupo de avería á 80 por 100. General para N. España, Luis Alfonso Flores. Almirante, Sebastián de Arancibia. La flota q. estaba para N. España fué quemada en Cádiz por el inglés cuando tomó la ciudad.

Reg. del C. de I., fol. 82 vto.

General de una armada que se aprestó para ir por la plata, Joan Gutiérrez de Garibay; su Almirante, D. Francisco de Corral. General para N. España, P. Menéndez Márquez. Almirante, Juan de Salas. Cabo de dos naos de Honduras, P.^o de Merás, por haberse acordado fuesen estos dos navíos de 400 á 500 toneladas, artillados y con 80 soldados.

Reg. del C. de I., fol. 93 vto.

Mayo 15.—Cosmógrafo mayor, Andrés García de Céspedes, por muerte de P. Ambrosio Ondériz.

Reg. del C. de I., fol. 42.

Cronista mayor, Antonio de Herrera, por muerte de P.^o Ambrosio Ondériz. En 17 de Octubre 50 ducs. para un escribiente que ha de sacar lo necesario para la historia.

Reg. del C. de I., fol. 42.

1597.—Llegó D. Bernardino de Avellaneda con la armada, y P.^o Me-



néndez Márquez con la plata, y se aprestó otra flota para N. España de 24 naos. De la flota q. se quemó en Cádiz se salvaron dos naos q. estaban para Honduras, y con otra más fueron este año con la flota de N. España. General, Pero Menéndez. Almirante, Juan de Salas de Valdés. Salió á 22 de Junio. Cuando el inglés entró en Cádiz se echaron á fondo tantas naos, que aun por Agosto de este año había más de 50 por sacar. General para Tierra firme, Marcos de Aramburu. Consultóse si convendría q. las naos de flotas fuesen de menor porte y no pasasen de 11 codos de puntal, que, aunque éstas no serían buenas de bolina, podrían serlo si abriesen del medio y tuviesen delgados á proa y popa, q. es la fábrica de las naos inglesas, q. con tener poco puntal, son algunas muy grandes, con lo cual podrían cargar en Sanlúcar y salir por la barra naos de 600 toneladas; y con ser largas navegarían mejor, sin ser peligrosas, para entrar en los puertos.

Reg. del C. de I., fol. 83.

General para Tierra firme, D. Pedro Tello. Almirante, D. Sebastián de Arancibia. Artillero mayor, Andrés Muñoz el Bueno.

Reg. del C. de I., fol. 93 vto.

Junio 7.—Ordenanzas é instrucción general de S. M. para los Generales y Almirantes de armadas y flotas.

Colec. Navarrete, t. XXIII, núm. 3.

— Sin fecha —Instrucción real al Presidente de la Casa de la Contratación sobre el apresto de las flotas de Indias y su regreso á estos dominios.

Colec. Navarrete, t. XXIII, núm. 8.

1598.—Enero 24.—Asiento de la Avería por cuatro años, por haberse acabado el anterior.

Reg. del C. de I., fol. 15.

General de la armada, D. Luis Fajardo, de la orden de Calatrava, comendador de Almuradiel. Lo fueron antes D. Bernardino de Avellaneda y Juan Gutiérrez de Garibay. Éste desembarcó la plata en las Terceras. Almirante de N. España Juan de Salas. Almirante de Tierra firme, Juan Gómez de Medina, en lugar de Sebastián de Arancibia, q. pasó á serlo de la armada. La armada llegó este año á cargo del general Garibay. General para N. España, Sancho Pardo Osorio. Para ir D. Alonso de Sotomayor, se aprestaron cinco navíos, en que fueron 200 soldados para Puerto Velo y 150 para Cartagena; y fué por cabo el capitán Juan de Es-



quivel, q. en Puerto Rico entregó los navíos al general Garibay. Esto fué en 1597. General para Tierra firme, Sancho Pardo Osorio.

Reg. del C. de I., fol. 94.

Llegó con la plata el general Juan Gutiérrez Garibay por Marzo ó Abril. Salió de Inglaterra armada al mando del Conde de Comerlán, de que se dió aviso á las Indias. Salió la flota de Tierra firme á 27 de Noviembre. General para N. España, Juan Gutiérrez Garibay.

Reg. del C. de I., fol. 83 vto.

Diciembre 26.—El año 1597 la armada inglesa se apoderó de Puerto Rico y le tuvo algunos días. Y porque en Plemua se aprestaba otra armada se ordenó q. fuese á las Indias otra de fuerza, y se nombró por general á D. Francisco Coloma, gentilhombre de la boca, y por almirante á Joanes de Urdaire, y se declaró que este título de General era por este viaje, sin perjuicio del q. tenía D. Luis Fajardo. Y se ordenó q. parte desta armada fuese á Nueva España por la plata, y á D. Francisco del Corral y Toledo, del hábito de San Juan, q. allá estaba con dos navíos, q. aguardase en San Juan de Ulúa para venir con los q. fuesen por la plata.

Reg. del C. de I., fol. 45.

1599.—Julio 12.—Hernando del Castillo dijo que viendo navegando á la Habana le robó un cosario inglés y le pasó á su navío, el cual poco después, con una tormenta, arribó á la isla de Inagua, y allí se perdió, y que, salvándose él y otros españoles en un banco, viendo por una parte, dieron en un cayo grande q. está en la mar, donde descubrieron un tesoro de cantidad de barras de plata y tejos de oro y piezas de artillería que debían de ser de algunas naos que allí se perdieron y q. por entonces no hizo más de reconocer los cayos y islas q. había por allí cerca para ir después por ello, y se capituló con el dicho y con Andrés de Samaniego q. fuese con dos pataches y q. lo q. hallase lo llevase á Cuba ó á la Española y que tomasen para sí la cuarta parte, sacadas las costas.

Reg. del C. de I., fol. 15.

Febrero 14.—Cabo de las naos de Honduras, Alonso de Cuenca. Llegó la armada de D. Luis Fajardo á mediado de Marzo. General para Nueva España Pedro de Escobar Melgarejo.

Reg. del C. de I., fol. 83 vto.



NÚM. 10.

Noticia extractada de naufragios.

1556.—En la costa de Portugal naufragaron dos naos de la armada de D. Gonzalo de Carvajal.

1558.—Cuatro naos de la armada de D. Diego de Mendoza, en la costa de Inglaterra. Murieron 400 hombres.

La nao *San Sebastián*, mandada por Cortés Ogea, en la expedición de Ladrillero al Magallanes.

La nao que conducía á Menorca artillería y municiones se perdió en Ibiza.

1559.—Cinco navíos de gavia y un galeón de la armada de D. Tristán de Luna se perdieron con huracán en la bahía filipina de la Florida. Únicamente se libró una carabela.

Una galera de Juan Andrea Doria, en Cabo Passaro (Sicilia).

1560.—Una nao de la armada de Pedro de las Roelas, en las islas Terceras.

Dos naos de la armada del Duque de Médinaceli, sobre la isla de los Querquenes.

1561.—Una carabela en que iba al Perú el Conde de Nieva naufragó en la costa de Venezuela, pereciendo la gente.

Un galeón, en el puerto de Málaga, con 500 soldados de infantería. Se libraron unos 60.

1562.—Veinticinco galeras, en la HERRADURA, pereciendo su capitán general, D. Juan de Mendoza, con más de 3.000 personas.

La galera capitana de D. Íñigo de Mendoza zozobró en la ribera de Génova con toda su gente.

1563.—En el puerto de Nombre de Dios se perdieron con temporal siete naos de la flota del general Antonio de Aguayo. Murieron cinco hombres de la capitana.



Perdiéronse en los arrecifes de los Jardines cinco naos de la flota del general Pedro de las Roelas, el 18 de Julio.

En el canal de Bahama la urca de Tristán de Salvatierra, con muerte de 35 personas.

En el mar de las Antillas la nao de Honduras.

Estando lista para salir de Cádiz la flota de Indias, 15 naos rompieron los cables, con un levante violento, y se perdieron en la costa. Hubo muchos ahogados.

Sobre la isla Bermuda desapareció la nao capitana de la flota de Nueva España, con el general D. Juan Menéndez y cuantos le acompañaban.

Cinco naves de la flota de Pedro de las Roelas zozobraron en viaje de Cuba á Veracruz. Se salvó la gente.

Perdióse sobre la isla de Cuba la nave en que iba á la Española el arzobispo Salcedo, con cuanto llevaba.

1564.—Naufragó con temporal, en Córcega, la galera capitana de Ben-dinelli Sauli y otras dos, muriendo 60 soldados españoles.

En viaje de la flota de Tierra Firme, mandada por Esteban de las Alas, con huracán se perdió el galeón *Santa Clara*, salvándose la gente y la plata, y la nao *Santa María de Begoña*, en que se ahogaron 13 personas

1565.—A poco de salir de Sanlúcar desapareció la nao *San José* de la flota de D. Cristóbal de Eraso. Iba á bordo Juan Vázquez de Coronado, adelantado de Costa Rica.

Tres naves, al mando de Esteban de las Alas, se perdieron en la isla de Cuba, librándose la gente.

1567.—Disponiéndose para conducir pertrechos á Italia se perdieron en Málaga, con fuerte levante, 29 naves cargadas. Perecieron 80 hombres.

En la Florida naufragó una de las naos de Pero Menéndez de Avilés.

Dió en escollo, sobre Cayo Romano, una urca de Gonzalo de Peñalosa.

Algunas naos de la flota de Indias, en la isla Dominica, pereciendo la gente que se salvó á manos de los caribes.

1568.—Una nao, mandada por Felipe de Salcedo, se estrelló con váglio en la isla de Guahan (Marianas), salvándose la tripulación.

1569.—Ocho galeras de la armada de D. Luis de Requesens zozobraron en el golfo de Narbona, con pérdida de 1.800 hombres.



1570.—En viaje á Flandes naufragó la nao *San Miguel*, ahogándose algunos soldados.

En Filipinas se fué al fondo la fragata del capitán Andrés de Ibarra, con pérdida de 23 hombres.

En Terranova la nao de Juanes de Leno; se salvó la tripulación sobre una banca de hielo.

1571.—Una nao de 250 toneladas, de Bertendona, y otra de 80, de Juan de Escalante, pertenecientes á la armada del Duque de Medinaceli, se perdieron en Laredo, con muerte de 6 hombres.

Cuatro naves de la flota de Nueva España en la costa de Tabasco.

1572.—Camino de Flandes se deshizo en la costa de Bretaña la nao de Ochoa de Capitillo, perteneciente á la armada del Duque de Medinaceli.

En la costa de Tabasco naufragaron cinco naos de la flota del general Cristóbal de Eraso.

Se abrasó en el golfo de las Yeguas el galeón *San Felipe*, de la flota de Tierra Firme, con 120 personas. Era general Esteban de las Alas.

Perdiéronse en la Florida dos pataches en que iba el adelantado Pero Menéndez de Avilés. Salvóse éste con treinta y tantos hombres, yendo por tierra hasta el fuerte de San Agustín.

1574.—A la boca del puerto de Santander se perdió una nao de 1.000 toneladas, de la armada de Pero Menéndez de Avilés.

Pérdida de varias naos de la flota de Tierra Firme (no se dice cuántas) al salir de la bahía de Cádiz con temporal.

1576.—Con huracán, que dispersó á la flota de Pero Menéndez Márquez, zozobró una de las naos.

Cuatro galeras, mandadas por Domingo de Larrauri, zozobraron dentro del puerto de Villafranca de Niza, y se ahogaron casi todos los de la chusma.

La nao *San Juanillo*, mandada por Juan de Ribera, se despachó en Manila para Nueva España y no ha vuelto á saberse de ella.

1579.—Al salir de Sanlúcar se perdieron la capitana y otra nao de la flota de Nueva España.

En el mismo sitio una nao de D. Gonzalo Ronquillo, gobernador de Filipinas, ahogándose mucha gente.

De otro naufragio ocurrido el 7 de Enero de este año trata una rela-



ción ms. en la Academia de la Historia, est. 12, gr. 6, núm. 349, titulada: *Infelicis naufragii descriptio quod septimo Idus Januarias apud Baleares Maiores misera quedam Genuensium pratoria nautis Picolina dicta occaso sole perpresa est.*

1580.—Una nao de la flota de Nueva España al salir de Sanlúcar.

1581.—La nao de López Rodríguez Vanegas, perteneciente á la flota de D. Antonio Manrique, se abandonó en el mar de las Antillas, haciendo viaje á Nombre de Dios, por anegarse. Se sacó la gente y parte de la mercancía.

Dos naos de la misma flota se perdieron en el golfo en el viaje de vuelta.

Cuatro naos de la armada de Diego Flores Valdés, al volver de arribada á Cádiz, naufragaron en Rota y Arenas Gordas. Se ahogó el almirante Esteban de las Alas y la mayor parte de la gente.

La nao *Gallega*, en la isla de la Madera, viniendo de Indias. Se salvó la plata que traía.

1582.—Tres naos, capitana, almiranta y *Santiago*, del gobernador Juan Ortiz de Zárate, se perdieron en el Río de la Plata.

La nao *Arriola* de la armada destinada al estrecho de Magallanes, al mando de Diego Flores de Valdés, se fué á fondo en 38° de latitud, pereciendo 300 personas.

La nao *Santa Marta*, de la misma armada, sobre la isla de Santa Catalina, salvándose la gente.

Un patache que conducía á Fr. Juan Rivadeneira desde la misma isla al Río de la Plata.

1583.—Un navío en que regresaba de China á Filipinas el P. Alonso Sánchez, sobre la isla Formosa.

La nao *Proveedor*, de la armada de Flores Valdés, al salir del puerto de Santa Catalina, en el Brasil.

Dos naos de la misma armada, en el Río de la Plata, salvándose la gente.

1584.—Naufragó la galera *Santiago* en los arrecifes de Puerto-Plata, isla de Santo Domingo.

La nao *Santa María*, de Pedro Sarmiento de Gamboa, en la costa del Brasil.



1585.—La nao *Santa Elena*, capitana de la expedición al Maluco, con todo el material de sitio.

1587.—El patache *San Martín*, capitán D. Lope de Palacios, en la costa de China.

Seis naos de la flota de Tierra Firme al entrar por la barra de Sanlúcar. Se salvó la gente y el tesoro.

1588.—Desastre de la armada que se llamó Invencible en las costas de Escocia e Irlanda. Faltaron 63 naves y de 8 á 9.000 hombres.

1589.—Dos naos dispuestas para hacer viaje á Nueva España, se perdieron con temporal en el puerto de Cavite, el día de San Pedro.

La nao *Rosario*, viniendo de Indias, sobre cabo Espichel, en Portugal. Perecieron 242 hombres.

1590.—Perdiéronse con temporal del Norte, en la rada de Veracruz, 15 naos de la flota de Antonio Navarro. Se ahogaron 200 hombres.

Se perdió también en viaje la flota del general Alonso de Grado, sin que se salvara más que un bajel con 11 personas.

La nao almirante *San Felipe*, que iba de Nueva España á Manila, sobre la isla de Marinduque. Se salvó toda la gente.

Una nao de armada en la isla Tercera, salvándose la tripulación.

1591.—La galera *Centuriona*, en las costas de Cataluña.

La capitana de Diego de la Rivera se sumergió en el golfo, viniendo de Nueva España. Pereció el general con toda la gente.

Diez y seis naos de la misma flota dieron al tráves, con temporal, en la isla Tercera. Salvóse el personal y los efectos.

1593.—Voló la galera capitana de D. Diego Brochero en la costa de Bretaña, pereciendo 200 hombres.

La nao almirante, de Pedro de Zubiaurre, naufragó sobre la boca del río Gironda.

Una nao de Rentería zozobró, ahogándose 90 personas de 103 que llevaba.

La capitana de la flota de Tierra Firme, mandada por D. Francisco Martínez de Leyva, en la isla de San Miguel. Se salvó la gente y carga.

1594.—Una urca d: la escuadra de Garibay y un patache, en la entrada del puerto de Pasajes, ahogándose 40 personas.



Tres navios de la escuadra de Villaviciosa sobre Guetaria.
Un galeón, en la barra de Lisboa, pereciendo casi toda la gente.

1595.—En viaje de Cádiz á Nueva España se incendió la nao *Santa Bárbara*, de la flota del general Pedro Menéndez Márquez. Perecieron cinco religiosos carmelitas, con otras 8c personas del equipaje.

La nao *Santa Isabel*, de la armada de Álvaro de Mendaña, zozobró entre las Nuevas Hébridas, con el almirante Lope de Vega y 182 personas más.

Otra nao, en la bahía de Cádiz.

1596.—La capitana de D. Francisco Martínez de Leyva, en la isla de San Miguel (Azores).

Veinticinco naos de la armada del general Pedro de Ivella, en la costa de Galicia, pereciendo los soldados de 21 compañías.

La nao *San Agustín*, en que iba descubriendo por California Sebastián Rodríguez Cermeño.

La fragata *Santa Catalina*, de la expedición de Mendaña, desapareció en el viaje á Filipinas.

La galera capitana de Cosme de Centurión, en la costa de Cataluña.

Una nao de la flota de Indias, en Chipiona.

Treinta y dos navios de la armada del adelantado de Castilla, sin contar carabelas ni embarcaciones menores, dieron en la costa, con temporal entre Corcubión y el cabo Finisterre, el 28 de Octubre, pereciendo cerca de 2.000 hombres.

1597.—Un filibote de la armada del Adelantado de Castilla, al salir de la Coruña.

Una carabela de la misma armada, en Brest.

1598.—Los navíos capitana y almiranta, de D. Luis Pérez Das Mariñas, en la costa de China.

NUM. II.

Noticias relativas al corsario inglés Francis Drake.

Impresos anónimos.

Vida de D. Antonio de Quiroga y Memoria de lo sucedido en Chile.

Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp., t. xciv, pág. 39.



Refiere lo ocurrido al llegar Drake á Valparaíso, la Serena y Bahía Salada, providencias que se tomaron por el Gobernador y armamento de un navío para ir en su seguimiento.

Relación histórica del sitio puesto por los ingleses á la ciudad de la Coruña en 4 de Mayo de 1589 y del glorioso triunfo alcanzado por los coruñeses, etc. Impreso en Coruña, 1850.

Relación de lo que sucedió en la ciudad de la Coruña desde 4 de Mayo de 1589, que llegó al puerto de ella la armada de Inglaterra.

Publicada por C. Fernández Duro, *Memorias de la Acad. de la Hist.*, t. x, pág. 501.

Relación de lo que sucedió en el reino de Portugal á la armada inglesa, de que es general Francisco Draque, en 1589.

Publicada por C. Fernández Duro, *Memorias de la Acad. de la Hist.*, t. x, pág. 513.

Romance del viaje y muerte de Francisco Draque, año 1596. Impreso en 4.^o Empieza:

«De cólera y rabia ardiendo
de la Gran Canaria parte,
su ejército todo roto,
este tal Francisco Drake.
Blasfemando de los cielos,
del fuego, el agua y los aires,
no pide favor á Dios
porque en su pecho no cabe.»

ABAD Y LASIERRA (Fr. Íñigo).

Historia de la isla de San Juan de Puerto Rico. Nueva edición anotada por José Julián de Acosta y Calbo. Puerto Rico, 1866.

En la pág. 160 transcribe: «Relación de lo sucedido en San Juan de Puerto Rico de las Indias con la armada inglesa de Francisco Draque y Juan Aquines, á los 24 de noviembre de 1595 años.» Copiada de un códice de «Varios» de la Academia de la Historia, núm. 2, fol. 203 á 209.

ACOSTA (El P. José de).

Historia natural de las Indias. Madrid, 1792.

Trata del viaje de Draque y de su entrada por el estrecho de Magallanes.

BARCO CENTENERA (Martín de el).

Argentina y Conquista del río de la Plata. Poema. Lisboa, 1602: La mitad del canto xxii está dedicada al viaje de Draque al mar del Sur.



CAIRASCO DE FIGUEROA (Bartolomé).

Historia de la vana empresa de la jornada del Draque contra Canarias. En verso.

Navarrete, *Bibliot. marít.*, t. I, pág. 208.

CAPPA (El P. Ricardo, de la Compañía de Jesús).

Estudios críticos acerca de la dominación española en América. Tomo x.
Industria naval. Madrid, 1894.

Resume la vida y viajes de Drake.

CARO DE TORRES (El Ldo. Francisco).

Relación de los servicios que hizo á S. M. del rey Felipe segundo y tercero D. Alonso de Sotomayor, etc. Madrid, 1620.

Trae extensa relación de la última jornada de Drake, derrota y muerte.

DELGADILLO DE AVELLANEDA (Bernardino).

Copia de una carta que envió al doctor Pedro Flores, presidente de la Casa de Contratación de las Indias, en que trata del suceso de la armada de Inglaterra después que partió de Panamá, de que fué por general Francisco Draque, y de su muerte. Año de 1596. Impresa en Sevilla por Rodrigo Cabrera, con licencia.

FALCÓN DE RESENDE (Andrés).

Soneto al Drake. Publicado en el *Archivo dos Açores*, 1885, con tirada aparte. Empieza:

«Famoso, infame Drake, te dirán
Con razón, malo e ingrato, ya en efecto,
Contra la santa Iglesia y su precepto,
Que eres cosario más que capitán.»

FERNÁNDEZ DURO (Cesáreo).

Don Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes. Bosquejo encomiástico leído ante la Real Academia de la Historia en la junta pública celebrada el dia 15 de Junio de 1884. Madrid, Tello, 1884, 4º

Jornada de Drake á la Coruña y Lisboa en 1589.

HERRERA (Antonio de).

Segunda parte de la historia general del mundo. Madrid, 1601, fol.
Reseña la vida y viajes de Drake.



HERRERA (Antonio de).

Tercera parte de la historia general del mundo. Madrid, 1612.

Refiere la jornada de Drake á la Coruña y Lisboa en 1589, y la de las Indias en 1595 con bastante extensión.

LEONARDO DE ARGENSOLA (Bartolomé).

Conquista de las Malucas. Madrid, 1609.

Trae extracto del viaje de Drake por el Pacífico á estas islas en el libro III.

MADERO (Eduardo).

Historia del puerto de Buenos Aires. Buenos Aires, 1892.

En el capítulo titulado *Corsarios ingleses en el Plata*, pág. 250, diluida la fecha de llegada de Francis Drake.

MARCH Y LABORES (José).

Historia de la Marina Real española. Madrid, 1854, t. II.

Compendia los hechos de Drake.

MEDINÁ (J. T.).

Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile. Santiago de Chile, 1890.

En el t. I, cap. XIII, titulado «Pedro Sarmiento de Gamboa en la Inquisición», trata del viaje de Drake y de sus correrías en el mar del Sur.

MIRA MONTES Y SUASOLA (Juan de).

Armas antárticas. Poema.

Trata de las hazañas de Drake calificándole

«De ánimo y pensamiento levantado,
gran marinero y singular soldado.»

OVIEDO (Luis Antonio de).

Vida de Santa Rosa de Santa María, natural de Lima y patrona del Perú. Poema heroyco por D..... Caballero del orden de Santiago, Conde de la Granja. Madrid, por Juan García Infanzón. Año de 1711, 4.^o

Los cantos X, XI y XII están dedicados á la narración de la empresa acometida por Francisco Draque y Juan de Aquines para entrar por Nombre de Dios en Panamá, mientras por el estrecho de Magallanes iba Ricardo de Aquines con otra armada. Combate y recibimiento de éste por



D. Beltrán de Castro. Rota de Draque en Puerto Rico con muerte de Aquines. Combate de *Jorge Espilberghen* con D. Rodrigo de Mendoza.

Haciendo alarde de conocimientos técnicos, describe el autor el armamento de la escuadra inglesa diciendo:

«En nuevos vasos, nueva arboladura
montan cabrias de miembros corpulentos,
calada con los baos asegura
estais, ustagas, drizas, racamentos:
pende en los caños, en la obencadura,
y en los que sirven de alas á los vientos.
bolinas, amantillos, palanquines,
brioles, brazas, escotas y escotines.»

De la muerte de Drake en Puertovelo, piensa:

«Allí de sus desgracias oprimido,
de sus muchos achaques aquejado,
murió aquel monstruo de la mar temido,
en sus soberbias olas sepultado:
murió con él su nombre, su apellido,
su valor, de sus hechos infamado,
murió la fama del mayor pirata.
y murió su ambición, que es quien le mata.»

PADILLA (Antonio de), Presidente del Consejo de Indias.

Siete cartas dirigidas al Rey y anotadas al margen sobre los robos de Francisco Draque, y las reclamaciones de restitución que debían hacerse á la Reina de Inglaterra.

Publicadas en la *Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. XCVI, pág. 458.

PERALTA (Manuel M. de).

Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI..... Madrid, 1883.

En la pág. 569 empieza el capítulo titulado *Francisco Drake en el mar del Sur* con inserción de documentos, á saber:

Carta del capitán Juan Solano, teniente gobernador de la provincia de Costa Rica, al Ldo. Valverde, presidente de la Audiencia de Guatemala, sobre las piraterías de Drake. Esparza 29 de Marzo de 1579.

Carta del Ldo. Diego García de Palacio, oidor de la Audiencia de Guatemala, al Ldo. Valverde, sobre el mismo asunto. Realjo 7 de Abril de 1579.

Carta del Ldo. Valverde al Rey. Guatemala 14 Abril de 1579.

Carta de D. Francisco Zárate á D. Martín Enriquez, virrey de Nueva España, dando aviso de lo que le había ocurrido con Drake. Realjo 16 de Abril de 1579.



Información hecha con declaración de pasajes de la nao de Rodrigo Tello, apresada por Drake. Panamá de 8 Mayo de 1579.

PERALTA Y BARNUEVO.

Lima fundada. Poema.

Tratando de Drake y de su expedición en el mar del Sur, escribe:

«Rayo, pues, de la perfida Isabela,
fiero, de leños dos, el Draque armado,
al puerto que el insulto no cautela
vendrá, donde aun así no habrá faltado;
hecha una presa ya, se hará á la vela,
y después que otro robo haya logrado,
verá cuanto confin Thetys dilata
por órbita de honor Phebo pirata.»

PEZUELA (Jacobo de la).

Historia de la isla de Cuba. Madrid, 1868.

Refiere las dos expediciones de Drake á las Antillas y el combate naval sobre la isla de Pinos.

SARMIENTO DE GAMBOA (Pedro).

Relación de lo que el corsario Francisco hizo y robó en la costa de Chile y Perú, y las diligencias que el virrey D. Francisco de Toledo hizo contra él.

Publicada en la *Colec. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. XCIV, páginas 432-458.— Contiene pormenores importantes.

SARMIENTO DE GAMBOA (El capitán Pedro).

Viaje al estrecho de Magallanes en los años de 1579 y 1580, y noticia de la expedición que después hizo para poblarlo. Madrid, 1768.

Originó este viaje el de Drake, al que hace referencia.

SUÁREZ DE FIGUEROA (El Dr. Cristóbal).

Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Quarto marqués de Cañete. Madrid, 1613.

Reseña el viaje alrededor del mundo hecho por Drake y la derrota que sufrió en Capirilla, á nueve leguas de Nombre de Dios, camino de Panamá, el año 1596.

VARGAS PONCE (José de).

Relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata de S. M., Sta María de la Cabeza, etc. Madrid, 1788.



Reseña el viaje de Drake desde la pág. 221.
La obra no lleva el nombre de su autor.

VEDIA Y GOOSSENS (Enrique de).

Historia y descripción de la ciudad de la Coruña. Coruña, 1845, 4.^o
Trata del sitio puesto por Drake en 1589.

VEGA CARPIO (Lope de).

La Dragontea. Poema del último viaje que hizo el Draque á las Indias.
Madrid, 1598 y 1602, 4.^o; Barcelona, 1604, 8.^o

VIERA Y CLAVIJO (José).

Noticias de la historia general de las islas de Canaria.
Da cuenta del ataque de Drake á la ciudad y puerto de las Palmas en
Gran Canaria.

ZAMORA (El P. Alonso de).

Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo reino de Granada, etc., etc., 1701.

Cuenta los principios de la vida de F. Drake y los daños que hizo en el
dicho Nuevo Reino.

ZARAGOZA (Justo).

Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española. Madrid, 1883.

Trata concisamente del Drake en la introducción y traslada en el *Aviso histórico* de D. Dionisio de Alcedo las noticias relativas á la entrada del
pirata en el mar del Sur.

Manuscritos.—LEÓN (Andrés).

Historia del huérfano. Dirigido á Juan López de Hernani, tesorero de S. M. en la ciudad de los Reyes.

Ms. Acad. de la Hist., Colec. Muñoz, t. XLIII.

Describe el ataque á Puerto Rico por Drake.

MÉNDEZ NIETO (El Ldo. Juan).

Discursos medicinales.—Ms. que pose en copia D. Marcos Jiménez de
la Espada, y que pudiera titularse «Memorias de un médico de Armada en
el siglo XVI».



Refiere cón curiosos pormenores el asalto que Francisco Drake, junto con los negros cimarrones de Vallano, dió á la recua de la plata del Perú en el camino, cerca de Nombre de Dios.

Relación de lo que se ha entendido que han hecho los ingleses después que entraron por el estrecho de Magallanes.

Simancas. Inquisición, lib. DCCXX, 2º, fol. 2º

Poema sobre algunos capitanes españoles que pelearon en América contra el inglés Francisco Drake.

Ms. incluido en los índices de la Biblioteca Nacional con la signatura M., 161. (Ha desaparecido.)

Relación que hizo el piloto Nuño de Silva, ante el Virrey de Nueva España, del viaje que hizo con Drake desde las islas de Cabo Verde hasta la costa de California, en el año 1579.

Colec. Sims de Barulell, art. 6º, nám. 75 duplicado.

Real cédula expedida al virrey del Perú, D. Francisco de Toledo, en Badajoz á 26 de Agosto de 1580, aprobando las determinaciones adoptadas, con motivo de haber entrado en el mar del Sur el corsario Drake, y mandando se construyan en el Callao dos galeras y dos bergantines para la guarda de la costa.

Colec. Navarrete, t. XX, núm. 10.

Instrucción real al capitán general, Diego Flores de Valdés, para que con la armada de su mando vaya al estrecho de Magallanes en persecución de corsarios, para castigarlos con rigor. Tamar 1º de Mayo de 1581.

Colec. Navarrete, t. XX, núm. 14.

Relación de lo sucedido á la Armada real de S. M. en el viaje al estrecho de Magallanes, desde su salida de la barra de Sanlúcar, el año 1581, hasta el mes de Junio de 1583, firmada por Pedro Sarmiento de Gamboa.

En el principio resume el viaje de Drake por el mar del Sur.

Colec. Navarrete, t. XX, núm. 29.

1579.—Acuerdo que se hizo por el Virrey del Perú, y Oidores y Alcaldes de la real Audiencia, etc., acerca de que se gastase lo que fuese necesario para ir en seguimiento del navío de corsarios que entró en la mar del Sur.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 1.



Discurso dirigido al Rey por Juan Lozano Machuca desde el Potosí, sobre la entrada de los corsarios en el mar del Sur y la importancia de que se fortificasen los puertos.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 2.

Prevenciones que se hicieron en Panamá para oponerse al corsario inglés Francisco Drake.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 4.

Dos cartas del teniente de Costa Rica, Juan Solano, al Presidente de la Audiencia de Guatemala, con la noticia de haberse aoderado el corsario Francisco Drake de un barco que iba de Nicaragua á Panamá.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 5.

Carta del Dr. Alonso Criado de Castilla á S. M., dando cuenta de los robos de Francisco Drake.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 6.

Relación que hizo San Juan de Antón, maestre de su navío *Nuestra Señora de la Concepción*, sobre el robo que le hizo el capitán Francisco Drake, inglés, en el cabo de San Francisco, del tesoro de S. M. y particular que conducía desde Lima.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 3.

Relación que dieron del corsario que entró en el puerto de Guatulco las personas á quienes prendió en él, y lo que hizo durante su permanencia en dicho puerto.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 8.

Carta del general D. Cristóbal de Eraso al Virrey del Perú, sobre la entrada de Drake en el mar del Sur y de los robos que había hecho.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 9.

Carta del Virrey de Nueva España al del Perú, con aviso del robo que hizo en el puerto de Guatulco el corsario Drake.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 10.

Relación de la declaración que hizo ante el Virrey de Méjico el piloto Nuño de Silva, del viaje y navegación que hizo con el corsario Drake desde Cabo Verde al puerto de Guatulco.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 11.



Instrucción dada al General de la armada de la provincia de Guatemala, despachada en persecución de Drake, dada por el Licdo. Valverde.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 12.

Carta del mismo Licenciado al Rey, dando cuenta del despacho de la armada.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núms. 13 y 14.

Relación del viaje que hizo Francisco Drake al mar del Sur, hecha en la ciudad de Santa Fe por Juan Drake, sobrino de dicho capitán.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 18.

1583.—Mayo 1.^o—Carta que escribió el Virrey del Perú á la Audiencia de Panamá, con aviso de haber pasado el corsario inglés para el estrecho de Magallanes con su armada.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 17.

.. 1584.—Discurso sobre los cuatro galeones que se entendió enviaba Francisco Drake al estrecho de Magallanes, y la armada con que salió él mismo para coger la flota de Indias, y el remedio que se ofrecía para su oposición.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 19.

Marzo 24.—Relación del viaje que hizo Francisco Drake al mar del Sur por el estrecho de Magallanes, con todo lo ocurrido durante su dilatada navegación, desde 1577, que salió del puerto de Plymouth, hasta su regreso, hecha por Juan Drake, su sobrino.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 18.

Acuerdo de guerra de la Audiencia de Panamá para aprestar navíos de armada que vayan en seguimiento de los corsarios vistos en las costas de Chile.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 19.

1585.—Abril 6.—Representación al Rey del Presidente y Oficiales de la Casa de Contratación sobre noticias de armamento que hacía Francisco Drake, y lo que habían proveído para seguridad de las flotas.

Colec. Navarrete, t. XXV, núm. 47.

Septiembre 1.^o—Real cédula al Adelantado de Castilla, avisando haber



salido de Inglaterra Francisco Drake con más de 15 navíos, á fin de que ande con recato.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 486.

Septiembre 1.^o.—Real cédula al Marqués de Santa Cruz avisando que, según noticias de Inglaterra, Francisco Drake salió el 23 de Julio con más de 15 navíos, á fin de que esté apercibido.

Colec. Sans de Barutell, art. 3.^o, núm. 487.

1586.—Carta anónima, escrita en latín y enviada al Rey por D. Bernardino de Mendoza, dando noticia del viaje de Drake á las Indias.

París, Arch. Nac., K, 1564.

Marzo 24.—Relación de lo que declaró un inglés llamado Francisco, que se perdió en una pinaza del armada del capitán Francisco Drac, y fué preso en la Ciénaga de Santa Marta, sobre las escalas y robos que hizo desde su salida de Inglaterra hasta aquel día.

Dirección de Hidrog. Colec. Navarrete, t. xxv, núm. 56.

Abril 2.—Real cédula al Marqués de Santa Cruz noticiando el daño que Drake hizo en la isla Española, y recomendándole acepte la comisión de ir en busca de este enemigo y poner en orden lo que hubiere damnificado en Indias.

Colec. Navarrete, t. XLI, núm. 25.

Abril 8.—Carta de Diego Daza al Gobernador de la Habana desde Punta de Canoas, con aviso de la toma de Sto. Domingo por Francisco Drak.

Colec. Navarrete, t. xxv, núm. 57.

Relación que envió Diego Hidalgo de Montemayor, juez de Comisión de la Audiencia del Nuevo Reino de Granada, á la misma Audiencia, de la toma de Cartagena por el inglés, y de las cosas sucedidas en ella el mes de Abril.

Colec. Navarrete, t. XXV, núm. 58.

Relación de lo ocurrido en la pérdida de Cartagena en una armada inglesa compuesta de 30 navíos, que después de robado á Santo Domingo fué sobre aquella plaza; general Francisco Drak. Escrita por el General de las galeras que estaban en el mismo puerto.

Colec. Navarrete, t. xxv, núm. 59.



Agosto 8.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey avisando llegó Drake de las Indias y repartió el botín, dando á la Reina su parte y á cada caballero cien libras. La mejor joya que trae es un crucifijo.

París, *Arch. Nac.*, K, 154.

Agosto.—Relación que hicieron Tomás Vandisum y Juan Igson de las noticias que les dió Francisco Draque de su jornada en las Indias.

Colec. Sans de Barutell, art. 6.^o, núm. 88.

Setiembre 6.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey con pormenores del viaje de Drake á las Indias.

París, *Arch. Nac.*, K, 1564.

Septiembre 26.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey noticiando haberse escrito en latín relación del viaje de Drake con su retrato; que lo traído de Indias no pasa de 200 000 escudos y perdió 1.000 hombres.

París, *Arch. nac.*, K, 1564.

1587.—Noviembre 10.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey con pormenores de artillería y efectos que tomó Drake en las Indias.

París, *Arch. Nac.*, K, 1564.

Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey avisando ha ido Drake á Flandes para procurar que los rebeldes armen navíos.

París, *Arch. Nac.*, K, 1564.

Relación que dió Juan Drake, hallándose preso en Lima, del viaje que hizo su primo Francisco y de otro que él emprendió después hasta el Brasil con el general Eduart Fenton.

Colec. Navarrete, t. XXVI, núm. 22.

Marzo 11.—Carta escrita desde Londres á un caballero residente en París, remitida por accidente á Roma y enviada desde allí al Rey con noticias de la expedición que preparaba Drake contra Cádiz. En italiano.

Arch. de Simancas. Estado. Roma, leg. 949.

Marzo 26.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey con noticia de preparativos que hace Drake.

París, *Arch. Nac.*, K, 1565.



Abril 21.—Carta de D. Bernardino Mendoza al Rey con aviso de la salida de Drake de Plymouth y fuerza que lleva.

París, *Arch. Nac.*, K, 1565.

Relación de los navios que Francisco Draque quemó y echó á fondo en la bahía de Cádiz en 29 y 30 de Abril de 1587, y las naos y bastimentos que llevó y en lo que todo se estima.

Publicada en *La Armada Invencible*, t. I, pág. 334.

Mayo 2.—Relación enviada por Bernardino de Escalante de la entrada y efectos de Francisco Draque.

Colec. Sans de Barneville, art. 6.^o, núm. 92.

Junio 20.—Carta de D. Bernardino de Mendoza con noticia de la entrada de Drake en Cádiz y daños que hizo.

París, *Arch. Nac.*, K, 1565.

Junio 6.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey con avisos de la jornada de Drake.

París, *Arch. Nac.*, K, 1566.

Junio 30.—Carta de D. Bernardino de Mendoza tratando del crucero que hacía Drake en las Azores.

París, *Arch. Nac.*, K, 1565 y 1566.

Julio 16.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey avisando la entrada de Drake en Plymouth con naves de la India apresadas.

París, *Arch. Nac.*, K, 1565 y 1566.

Agosto 5.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey dando aviso de haber apresado Drake á la nao *San Felipe*.

París, *Arch. Nac.*, K, 1566.

Noviembre 18.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey con noticia de lo que produjo la venta de mercancías de la nao *San Felipe* apresada por Drake.

París, *Arch. Nac.*, K, 1566.

1588.—Julio 24.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey con avisos de la armada de Drake.

París, *Arch. Nac.*, K, 1588, B. 61, pieza 83.



1589.—Enero 11.—Noticias dadas por Guillermo Can del armamento que hacia Draque y de naufragios en la costa de Irlanda.

Colec. Sans de Barutell, art. 6.^o, núms. 111 y 112.

Marzo 2.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey, avisando los aprestos de Drake y de Noris para ir á las costas de España y Portugal.

París, *Arch. Nac.*, K, 1.570, B. 63, pieza 93.

Relación del sitio de la Coruña, escrita por el capitán Juan de Varela, natural de la ciudad.

Ms. inédito, citado por D. Enrique de Vedia.

Diario del cerco y bombardeo de la Coruña.

Ms. anónimo, citado por D. Enrique de Vedia.

Relación de lo sucedido en la entrada que hizo Francisco Drake en la ciudad de la Coruña á 4 días del mes de Mayo.

Acad. de la Hist. Colec. Salazar, F. 19, fol. 34.

Relación de lo sucedido á la armada de Inglaterra en el cerco de Lisboa.

Acad. de la Hist. Colec. de Jesuitas, t. CIX, núm. 293.

Relación de lo que declaró Tomás Cuper, cabo prisionero que se tomó en la Coruña, acerca de la armada inglesa.

Colec. Sans de Barutell, art. 6.^o, núm. 116.

Relación de lo que ha sucedido á las galeras de España, que están á cargo del Adelantado mayor de Castilla con la armada de Draque.

Colec. Navarrete, t. V, núm. 7.

Relación de lo que sucedió en el reino de Portugal á la armada inglesa, de que es general Francisco Draques.

Colec. Navarrete, t. V, núm. 8.

Junio 20.—Carta del Adelantado de Castilla á S. M., dando cuenta de la buena fortuna que ha tenido con la armada de Draque.

Colec. Sans de Barutell, art. 4.^o, núms. 988 y 989.

Relación de lo sucedido á la armada inglesa de Francisco Drake.

Colec. Navarrete, t. V, núm. 8.



Relación de la venida de D. Antonio de Portugal con la armada de la reina de Inglaterra.

Bib. Nac., G. 51, fol. 225.

Julio 20.—Avisos de Nantes del estado de la armada inglesa; poco efecto que hizo en España, enfermedades y 20 navíos iban á las Azores.

Colec. Sans de Barutell, art. 6.^a, núm. 158.

Julio 21.—Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey, acompañando otra del confidente David, en portugués, refiriendo sucesos de la jornada de Drake en Lisboa.

Paris, *Arch. Nac.*, K. 1.569. B. 62, pieza 95.

Mayo 19.—Relacion de la venida de D. Antonio de Portugal con la armada de la Reina de Inglaterra.

Bib. Nac. Ms. G., 51, fol. 225.

Relación de lo sucedido á la armada inglesa en el cerco de Lisboa.

Acad. de la Hist. Colec. de Jesuitas, t. VIX, núm. 293.

Relación de lo que sucedió en el reino de Portugal á la armada inglesa, de que era general Francisco Drake.

Colec. Navarrete, t. V, núm. 8.

1595.—Octubre 8.—Carta que de la isla de Canaria escribió á S. M. Próspero Casola, dando cuenta de los intentos de la armada inglesa, que se había presentado con 28 naos, siendo sus generales Francisco Draques y Juan Aquines.

Colec. Sans de Barutell, art. 6.^a, núm. 163.

Relación de lo sucedido en la venida de la armada inglesa, General, el capitán Francisco, al reino de Tierra Firme y puerto de Nombre de Dios.

Acad. de la Hist. Colec. Salazar, N. 9, fol. 154.

Relación de lo sucedido á D. Alonso de Sotomayor luego que llegó á Tierra Firme, por orden del Marqués de Cañete, y victoria que tuvo de la armada inglesa, su capitán general Francisco Draque.

Acad. de la Hist. Ms. Colec. Salazar, F. 19, fol. 7.

1596.—Relación de las prevenciones de guerra que se han hecho en este
TOMO II.



reino de Tierra Firme, por nueva de la armada de Inglaterra, Capitán Francisco Drake, y el suceso que se ha tenido.

Colec. Navarrete, t. XXV, núm. 62.

Declaración de Rodrigo Díaz, maestre del navío de aviso, sobre apercibimientos que hicieron en Cartagena y en la Habana para resistir á la armada inglesa.

Colec. Navarrete, t. XXV, núm. 67.

Relación de la vuelta que hizo el armada inglesa, general Francisco Drak, al puerto de Portovelo, después de veinticuatro días que había partido de Nombre de Dios, desbaratado, y lo que para su ofensa y defensa se ejecutó, y muerte del dicho Francisco, con una relación de la pérdida de navíos, etc.

Colec. Navarrete, t. XXV, núm. 66.

Cartas del Ldo. Pérez de Arteaga, oidor del Nuevo reino de Granada, dando cuenta al Rey del suceso que tuvo en Nombre de Dios y río del Hacha el corsario Francisco Drak, y que por su muerte la armada se hizo á la vela para Inglaterra.

Navarrete, *Bibliot. marít.*, t. II, pág. 341.

Relación de lo sucedido á la armada inglesa en el puerto de Nombre de Dios.

Colec. Navarrete, t. XXV, núm. 65.



ÍNDICE

DE PERSONAS NOMBRADAS EN ESTE TOMO.

ABDEL MOLUC. 294.
ACEVEDO, Diego de. 463.
ACHINIEGA ó ARCINIEGA, Sancho de. 206,
220, 292, 437, 467.
ACUÑA, Juan de. 215.
ADAM DE ZUBIETA, Rodrigo. 292.
AGUAYO, Antonio de. 206, 465, 494.
AGUIAR, Ambrosio de. 305.
ÁGUILA, Juan del. 172, 270.
AGUILAR, Pedro de. 175, 185, 193, 194.
AGUIRRE, El capitán. 310, 311, 316.
AGUIRRE, Lope de. 200, 203.
AGUIRRE, Martín de. 348.
AHEDO, Pedro de. 253.
ALAS, Esteban de las. 216, 220, 339, 465,
470, 495, 496, 497.
ALAS, Gregorio de las. 365.
ÁLAVA, Francés de. 215, 296, 358.
ALBA, Duque de. (V. TOLEDO.)
ALBERTO, El archiduque. 326.
ALCAUDETE, Conde de. (V. CÓRDOBA.)
ALCÁZAR, Baltasar de. 326.
ALCEDO, Dionisio. 230.
ALCEGA, Diego de. 364, 365, 366, 476, 481,
483.
ALCEGA, Juan de. 470.
ALCOY, Juan. 12.
ALDAMAR, El capitán. 442.
ALDANA, Bernardo de. 20, 33.
ALESSANDRINO, El cardenal. 133.
ALÍ, Bajá. 133, 152, 155.
ALÍ MAMÍ. 335.
ALÍ PORTUC. 77.
ALONSO, Hernán. 353, 356.

ALSEDO, Dionisio de. 344.
ALTAMIRA, Conde de. 90, 107, 453.
ALTAMIRANO, Hernando de. 392.
ALTOLAGUIRRE, Angel de. 150, 302.
ALVARADO, Fernando de. 252.
ÁLVAREZ DE TAVORA, Luis. 461.
ALZATE, El capitán. 136.
ALZOLA, Tomás de. 402, 403.
AMADÍS, Philip. 391.
AMURAT. 399.
AMURATES III. 293, 294, 302.
ANA MARÍA DE AUSTRIA. 129.
ANDRADA ó ANDRADE, Gil de. 88, 110,
138, 146, 150, 151, 158, 173, 174, 175,
193, 455, 457, 474, 476.
ANDRÉS Y SOVIÑAS, Agustín de. 78.
ANGLE, Rodrigo del. 244.
ANGUILLARA, Conde de. (V. ORSINI.)
ANTÍÑON, Carlos de. 114.
ANTÓN, Juan de. 347, 352.
ANTONELI, Juan Bautista. 297, 358, 360.
APIANO, Jacome de. 67.
ARAGÓN, Alfonso de. 113.
ARAGÓN, Félix de. 326.
ARAGÓN, Juan de. 96.
ARAMBURU, Marcos de. 484, 486, 490,
492.
ARANA, Pedro de. 351.
ARANCIBIA, Sebastián de. 489, 491, 492.
ARBETO, Hernando de. 259.
ARCE, Sancho de. 482.
ARCURI, Paulo de. 184.
ARELLANO, Alonso de. 234, 239, 240, 241,
242.



- ARENAPRIMO DE MONTECIARO, Giuseppe. 166.
ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de. 261, 346, 356.
ARGÜELLO, Gutierre de. 138.
ARIAS, El doctor. 486.
ARMENDÁRIZ, Juan dc. 403.
ARNAUTE, Mami. 335.
AROCIMBAU, Bartolomé. 10, 12.
ARROYO, Marco Antonio. 123, 148.
ARTIEDA, Diego de. 472.
ARTIETA, El capitán. 442.
ARZAC, El capitán. 428, 429, 453.
ASSAM, Bajá. 294.
AUTSRIA, Juan de. 103, 127, 109, 111, 115, 132, 134, 135, 137, 138, 145, 146, 150, 153, 155, 156, 160, 161, 162, 164, 166, 170, 172, 182, 184, 186, 189, 193, 184, 285, 337, 419, 453, 454, 455, 456.
ÁVALOS, César. 138.
AVELLANEDA, Bernardino de. 490, 491, 493.
AVELLANEDA, Lope de. 458.
BAENA PARADA, Juan de. 295.
BALAGUER, Víctor. 10, 12.
BALBI CORREGGIO, Francisco. 73.
BARADO, Francisco. 373.
BARAHONA, Miguel dc. 27, 34, 39.
BARBARIGO, Agustín. 139, 155, 157, 172.
BARBAKROJA. 10.
BARBOSA, Fructuoso. 367.
BARCO CENTENERA, Martín del. 205.
BARLOW, Arthur. 391, 394.
BARRERA, Gaspar de la. 351.
BARRETO, Francisco. 67.
BARRIOS, Alfonso dc. 422.
BARROS, El doctor. 260.
BARROW, John. 365.
BASESSEUR, El almirante. 277.
BASSOUR, Tomás. 211.
BAZÁN, Alonso de. 65, 67, 74, 106, 125, 191, 206, 299, 405, 488.
BAZÁN, Álvaro de, marqués de Santa Cruz. 51, 52, 57, 58, 59, 60, 61, 66, 67, 69, 73, 74, 88, 89, 91, 93, 95, 106, 112, 113, 118, 121, 125, 128, 137, 13, 142, 149, 154, 156, 158, 159, 160, 161, 173, 176, 181, 183, 185, 187, 191, 193, 206, 202, 293, 295, 296, 297, 298, 300, 302, 309, 310, 312, 314, 316, 318, 320, 324, 327, 332, 337-358, 449, 451, 454, 455, 457, 462, 463, 464, 465, 483.
BAZÁN, Luis de. 306.
BEARNE, El Príncipe dc. 421.
BELTRÁN Y RÓSPIDE, Ricardo. 262.
BENAVIDES, Francisco de. 292, 310, 458.
BERLANGA, Fr. Tomás de. 252.
BERMÚDEZ, Pedro. 395.
BERTENDONA, Martín de. 288, 303, 496.
BICCARI, El Conde de. 162.
BOBADILLA, Francisco dc. 270, 320, 323, 336, 387.
BOISOT, Carlos. 282.
BOISOT, Luis dc, El almirante. 270, 280, 283.
BOQUÍN, Rafael. 292.
BORJA, Juan de. 469.
BORROMEO, Cardenal. 52.
BOSCUSEM, El almirante. 270, 272.
BOSIO, Jacobo. 78, 121.
BOSSTI, Conde dc. 268, 270, 274, 277, 278, 448.
BOYL, Juan. 198.
BRAGADINO, Marco Antonio. 133.
BRANTOMI. 38, 337.
BREARD, Charles. 214, 368.
BRISSAC, El Conde dc. 315, 319.
BROCHERO, Diego. 121, 489, 498.
BRI, Rafael. 12.
BURGLEIGH, Lord. 372.
BUTLER, Ricardo. 394.
CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. 10, 35, 105, 128, 190, 193, 225, 386, 395.
CACHIDIABLE, Arráez. 10.
CALAMECH, Andrea. 285.
CALDERÓN DE LA BARCA, José. 73.
CALERGI, Andrea. 148.
CALLI, Miguel. 120.
CAMPBELL, Doctor. 228.
CAMPORREDONDO, Juan dc. 421.
CANALE, Antonio. 123, 133, 157, 175.
CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio. 17.
CAÑETE, Juan. 14, 15.
CAÑETE, Marqués dc. (V. HURTADO DE MENDOZA.)
CAPDEVILLE, Juan. 338.
CAPITILLO, Martín dc. 276.
CAPITILLO, Ochoa dc. 298, 496.
CARA, Muñafá. 30, 66, 70.
CÁRDENAS, Juan dc. 114.
CARA HOJA, 152.
CÁRDENAS, Bernardino dc. 160.
CARDÍM, Fernando. 367.
CARDONA, Fadrique dc. 33.
CARDONA, Juan dc. 33, 67, 70, 84, 90, 93, 106, 107, 108, 118, 124, 126, 128, 137, 139, 149, 156, 158, 159, 160, 161, 175, 176, 185, 192, 293, 296, 452, 454.
CARDONA, Nicolás. 206, 463, 465, 468, 470.
CARLEILL, El capitán. 391.
CARLOS V, emperador. 8, 46, 194.
CARLOS, El príncipe. 108.
CARLOS IX DE FRANCIA: 38, 103.



ÍNDICE DE PERSONAS.

517

- CARREÑO, Bartolomé. 206, 230.
CARREÑO, Francisco. 473, 475.
CARRETO, Marco Antonio del. 41.
CARRETO, Zenobia. 41, 162.
CARRILLO, Hernán. 483.
CARRIÓN, Juan Pablo. 233, 234.
CARUAN, Rey de. 18, 24, 27.
CARVAJAL, Diego de. 7.
CARVAJAL, Fadrique de. 67, 76, 452.
CARVAJAL, Gonzalo de. 494.
CARVAJAL, Luis de. 7, 449.
CASAS, Fr. Bartolomé de las. 228, 229.
CASTAÑOLA, Vicente. 22.
CASTELLO, Juan Bautista. 136.
CASTEJÓN, El capitán. 367.
CASTILLO, Hernando del. 493.
CATALINA DE MÉDICIS. 122, 212, 214, 303,
 327, 393.
CATALINA, Infanta. 336.
CAVENDISH, Thomas. 394, 399, 401, 404.
CELSI, Jacobo. 123.
CENTELLAS, Joaquín. 455, 459.
CENTURIÓN, Cosme. 460, 499.
CENTURIÓN, Luciano. 454.
CENTURIÓN Marco, marqués de Estepa.
 61, 67, 68, 89, 90, 112.
CERDA, Gastón de la. 33, 35.
CERDA, Juan de la, duque de Medinaceli.
 19, 20, 23, 26, 30, 33, 34, 35, 266, 271, 278.
CERVANTES, Miguel de. 91, 124, 166, 194,
 335.
CERVANTES, Rodrigo de. 326, 335.
CERVELLÓN, Gabrio. 189, 192, 193.
CÉSAR, Francisco. 357.
CICALA, Fernando. 22.
CICALA, Vizconde. 21, 39, 413.
CIEZA, R. de. 489.
CINTERA, Gaspar de la. 174.
CLAVERÍA, Narciso. 237.
CLIFFORD, Jorje, conde de Cumberland.
 394.
COBAN, Tomás. 221.
COELLO, Francisco. 258.
COLIGNY, Gaspar de. 210, 211, 212.
COLLAZOS, Baltasar de. 66.
COLOMA, Antonio. 487.
COLOMA, Francisco. 486, 487, 488, 493.
COLOMA, Marco. 294.
COLONNA, Marco Antonio. 67, 123, 127,
 128, 134, 150, 156, 172, 173, 174, 175, 176,
 181.
COLONNA, Pompeo. 90, 92.
CONFORTI, Luigi. 162.
CONTARINI, 157.
CÓRDORA, Alonso de, conde de Alcaudete.
 13, 46, 50.
CÓRDOBA, Bernardino de. 206, 466, 467.
CÓRDOBA, Francisco de. 14, 117.
CÓRDOBA, Martín, conde de Alcaudete. 8,
 9, 13, 14, 50, 53.
CORNIA, Ascanio de la. 90, 91, 97.
CORRAL, Francisco del. 490, 491, 493.
CORTÉS, Juan Bautista. 159.
CORTÉS OGEA. 494.
CORTUCULI, Arráez. 77.
COSALI. 111.
CRATO, Antonio, prior de. 296, 298, 299,
 300, 302, 304, 305, 312, 316, 324, 330.
CREMONA, Brocardo de. 90.
CRIADO DE CASTILLA, Alonso. 347.
CRUZ, Pedro de la. 331.
CUENCA, Alonso de. 493.
CUEVA, Nicolás de la. 490.
CUEVA, Pedro de la. 482.
CUMBERLAND, Conde de. (V. CLIFFORD.)
CHALLONER, 60.
CHASTE, M. de. 326, 393.
CHAVES, Alonso de. 230, 237, 481, 483,
 485.
CHAVES, Jerónimo de. 248.
DAUGTHY, John. 346.
DÁVILA, Sancho. 269, 270, 272, 275, 276,
 279, 280, 281, 282, 296, 297, 299, 331.
DAZÁ, Diego. 398.
DELGADILLO, El capitán. 224.
DELGADO, Pedro. 137.
D'EPINAY, François. 214.
DESMOND, Conde de. 370.
DÍAZ, R. 490.
DÍAZ DE MENDOZA, Rui. 308, 309, 339,
 480.
DIEDO, Gerolamo. 162.
DÍEZ CARRILLO, Pedro. 335.
DIRKZONN, El almirante. 278.
DOMS, Berenguer. 455.
DOMS, Ramón. 459.
DONATO, Leonardo. 108, 214, 293.
DORIA, Andrea. 19, 41, 43, 414.
DORIA, Antonio. 6, 22, 33, 48, 93.
DORIA, Joanetin. 41.
DORIA, Juan Andrea. 6, 12, 19, 20, 21, 22,
 23, 25, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 37, 41, 52,
 59, 61, 67, 69, 71, 73, 88, 89, 93, 94, 95,
 102, 104, 107, 108, 112, 118, 124, 125, 127,
 128, 129, 137, 139, 147, 149, 155, 159, 161,
 162, 171, 172, 176, 184, 185, 188, 301, 316,
 337, 453, 454, 455, 459.
DORIA, Juan Bautista. 39.
DORIA, Marcelo. 296, 456.
DORIA, Marco Antonio. 450.
DORIA, Nicolás. 126.
DORIA, Pagano. 44, 52.



- DORIA, Pedro Francisco. 149, 158.
DORIA, Scipión. 22, 29, 31.
DORIA Y DEL CARRETO, Marco Antonio. 45.
DRAGUT, Io. 18, 20, 23, 24, 36, 37, 44, 49, 60, 75, 77, 78.
DRAKE, Bernardo. 391.
DRAKE, Francis. 223, 225, 226, 227, 304, 340, 342, 347, 350, 351, 353, 354, 355, 359, 395, 397, 398, 499.
DRAKE, John. 365, 366.
DUARTE, Francisco. 474.
DUARTE, Martín. 484.
EGMONT, Conde de. 7.
ENRIQUE, El cardenal. 296.
ENRIQUE II, rey de Francia. 6, 9, 462.
ENRIQUE III, rey de Castilla. 420.
ENRÍQUEZ, Fernando. 255.
ENRÍQUEZ, Luis. 183.
ENRÍQUEZ, Martín. 224, 225, 348.
EPILA, Juan de. 275.
EQUINO, Andrés de. 363, 364, 365, 367.
ERASO, Alonso de. 339, 477.
ERASO, Cristóbal de. 206, 314, 315, 317, 325, 344, 345, 358, 359, 467, 468, 471, 475, 476, 477, 496.
ERASO, Francisco de. 64, 81, 394, 474, 475, 481, 490.
ERASO, Miguel de. 482.
ERCILLA, Alonso de. 355.
ERNESTO, Archique. 61, 134.
ESCALANTE, Juan de. 495.
ESCALANTE DE MENZOZA, Juan. 490, 491.
ESCOBAR, Francisco de. 66.
ESCOBAR MELGAREJO, Pedro de. 493.
ESPORRÍN, Domingo. 426, 427, 433.
ESQUIVEL, Juan de. 479, 492.
ESTE, Hércules de, duque de Ferrara. 6.
ESTEPA, Marqués de. V. Centurión.
EVESHAM. 394.
EZPELETA, Sancho de. 421.
FABIÉ, Antonio María. 426.
FABIO, El capitán. 273.
FAJARDO, Luis. 487, 489, 490, 492, 493.
FALCES, Marqués de. 467.
FALERO, Francisco. 248.
FARNESIO, Alejandro. 157, 182, 377, 378, 384, 386, 404.
FELIPE II, rey de España. 5, 8, 38, 46, 49, 61, 80, 81, 98, 101, 102, 105, 124, 129, 137, 170, 172, 184, 187, 190, 212, 223, 247, 289, 300, 337, 357, 375.
FENOLLET, Galcerán. 305.
FENTÓN, Edward. 365.
FERIA, El Conde de. 228, 340.
FERIA, Fr. Pedro de. 241.
FERNÁNDEZ, Juan. 260, 261.
FERNÁNDEZ DE BUSTOS, Pedro. 397.
FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Gonzalo, duque de Sesa. 173, 184.
FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín. 253, 335.
FERNÁNDEZ DE SERPA, Diego. 203, 204, 468.
FERNANDO, emperador de Alemania. 38.
FIGUEREDO, Cipriano. 302.
FIGUEROA, Lope de. 22, 305, 307, 317, 318, 325, 331.
FITZMAURI, James. 375, 376.
FIZWILLIAMS, George. 228.
FLORENCIA, Duque de. 67, 176, 419, 452.
FLORES, Álvaro de. 225, 474, 481, 482.
FLORES, Bartolomé de. 166.
FLORES, Luis Alfonso. 484, 486, 487, 488, 490, 491.
FLORES DE QUIÑONES, Álvaro. 482, 483, 484.
FLORES DE VALDÉS, Diego. 206, 218, 308, 358, 359, 361, 362, 366, 367, 368, 431, 467, 468, 469, 470, 473, 474, 478, 480, 483, 497.
FLORIO, Juan Mateo. 453.
FOCES, Jerónimo de. 119, 121.
FOSCARINI, Jacobo. 172, 173, 174, 175, 176, 182, 186.
FRANCHI CONESTAGIO, Jerónimo. 295.
FRATTINO, H. (V. Paleazzo).
FRIAS TREJO, Diego de. 351.
FUENTES, Alonso de. 262.
GAETANO, Honorato. 159.
GAITÁN, Luis. 114.
GALARZA, Juan de. 401.
GALINDO Y DE VERA, Juan. 170, 190.
GALLEGO, Hernán. 255, 257, 258, 260.
GAMBOA, Cristóbal Pedro de. 467.
GAMBOA, Pedro de. 206, 335, 458.
GARAGARZA, Pedro de. 318.
GARAY, Blasco de. 36.
GARAY DE LOYOLA, Martín. 260.
GARCIA DE CASTRO, Lope. 253.
GARCIA DE CÉSPEDES, Andrés. 491.
GARCIA ICABALCETA, Joaquín. 203.
GARCIA DE PALACIO, Diego. 401.
GAYANGOS, Pascual de. 193, 194.
GENTILE, Nicolo. 21.
GESIO, Juan Bautista. 358.
GIAMBELLI, 380.
GILBERT-HUMPHREY. 390, 391.
GILMARY SHEA, John. 216.
GINER, Tomás. 490.
GIÓN Ó EXIO. 67.
GIRALTA, Juan. 137.



ÍNDICE DE PERSONAS.

519

- GIUSTINIANI, Pedro. 159, 160, 176.
GLYMES, El almirante. 279.
GÓMEZ DE ARTECHE, José. 10, 11.
GÓMEZ CARRILLO, El capitán. 339.
GÓMEZ DE FIGUEROA, Alonso. 45.
GÓMEZ DE MEDINA, Juan. 474, 492.
GÓMEZ DE SANTOYA, Alonso. 199.
GÓMEZ DE VILLANDRANDO, Juan. 198.
GONZAGA, Andrea. 22, 26.
GONZÁLEZ, Tomás. 228.
GONZÁLEZ DE ESLAVA, Fernán. 242.
GOURGUES, Domingo de. 213, 220.
GRADO, Alonso de. 498.
GRANGE, Mr. de la. 218.
GRANVELA, El cardenal. 135, 191, 212.
GREGORIO XIII, papa. 172.
GRENVILLE, Ricardo. 392, 393, 394.
GREY, Lord. 376.
GRILLO, Agapito. 458, 460.
GRIMALDI, Jorge de. 67, 112, 125, 137,
 453, 455.
GUERRERO DE ANAYA, 452.
GUEVARA, Pedro de. 467.
GUILLISASTEGUI, Esteban de. 74.
GUIGLIELMONTI, El P. 162, 337.
GUIMARAN, Comendador. 18, 33.
GUIMERÁN, Bernardo de. 450.
GUTIÉRREZ, Alonso. 460.
GUTIÉRREZ, Diego. 361.
GUTIÉRREZ, Pedro. 400.
GUTIÉRREZ, Sancho. 248, 361.
GUTIÉRREZ DE GARIBAY, Juan. 490, 491,
 492, 493, 498.
GUZMÁN, Antonio de. 267.
GUZMÁN, Diego de. 90.
GUZMÁN, Enrique de, conde de Olivares.
 455.
GUZMÁN, Fernando de. 200.
GUZMÁN, Juan de. 352, 481, 482.
HABLER, Konrad. 420.
HAEDO, El P. 38, 334.
HAMIDA, 117.
HASSAN BARBARROJA. 13, 44, 49, 50, 51,
 53, 60, 75, 77, 97, 133.
HASSAN CORZO. 8, 9, 13, 14.
HAWKINS, John. 221, 222, 223, 224, 225,
 226, 304, 340, 350, 394.
HAWKINS, William. 365.
HENÍN, Enrique de, conde de Bon-su.
 129.
HEREDIA, Bernardino de. 160.
HERNÁNDEZ, Asensio. 214.
HERNÁNDEZ, Tomé. 373, 374, 400.
HERNÁNDEZ DE AYALA, Alonso. 467.
HERNÁNDEZ GIRÓN, Francisco. 200.
HERRERA, Alonso de. 199.
HERRERA, Antonio de. 491.
HERRERA, Diego de. 351.
HERRERA, Fernando de. 137.
HERRERA, Juan de. 456.
HERRERA Y ROJAS, Agustín. 399.
HIDALGO DE MONTEMAYOR, Diego. 398.
HOLACK, Conde de. 385, 387.
HOSCEYN, 115.
HOWARD, El almirante. 129, 372.
HURTADO, Sebastián. 33.
HURTADO DE MENDOZA, Andrés, mar-
qués de Cañete. 199.
HURTADO DE MENDOZA, Diego. 84, 109,
HURTADO DE LA PUENTE, Diego. 484.
IBARRA, Andrés de. 248, 496.
IBARRA, Ortúño de. 464.
IDIAQUEZ, Juan de. 426, 460.
IGUELDO, Pedro de. 489.
ILLANES, Juan de. 252.
IMPERIAL, David. 126.
IÑIGUEZ Agustín. 326, 387.
IRIARTE, Bernardo. 354.
ISABEL, reina de Inglaterra. 103, 122, 221,
 223, 228, 289, 304, 327, 349, 371, 375.
ISASTI, Julián de. 459.
ISLA, Juan de la. 234, 248.
ISLA ESPINOSA, Rodrigo de la. 237, 238.
IVELLA, Pedro de. 460, 489, 491, 499.
JÁUREGUI, Jacobo. 276.
JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos. 229,
 241, 252, 257, 259, 261, 262, 341, 433, 437,
JORDÁN, Francisco. 192.
JUAN II, rey de Castilla. 420, 421, 422.
JURIEN DE LA GRAVIERE. 42, 79, 121,
 129, 144, 148, 162, 165, 170, 285, 337.
KARA YUSUF. 158.
LABASTIDA, El capitán. 319.
LALA MUSTAFÁ. 123, 127, 134.
LAMERO, Hernando. 353.
LANZAGÜE, Mr. de. 477.
LANE, Ralph. 394.
LARRAURÍ, Domingo de. 292, 466.
LAUDONIÈRE, René de. 211, 212, 218.
LAVEZAKES, Guido de. 199, 234.
LECOYA, Iñigo de. 467, 468, 469.
LEDESMA, Juan de. 479.
LENO, Juanes de. 496.
LEYVA, Alonso de. 293, 296, 458.
LEYVA, Francisco de. 482, 485, 487, 488,
 498.
LEYVA, Juan de. 33.
LEYVA, Sancho de. 21, 23, 29, 32, 33, 38,
 55, 56, 58, 59, 67, 71, 88, 89, 90, 92, 93,
 106, 107, 113, 115, 134, 165, 172, 176, 293,
 449.
LEZCANO, El capitán Juan de. 441.



- LIGNY, Señor de. (V. Provana.)
LODRON, Jerónimo de. 326, 331.
LOMELÍN, Antonio Pascual. 52, 67, 158.
LOMELÍN, Pedro Bautista. 454.
LONDÓÑO, Sanclo de. 90.
LOPE DE VEGA, Félix. 347.
LÓPEZ, Enrique. 393.
LÓPEZ DE AGUIRRE, Juan. 248.
LÓPEZ COGOLLUDO, Fr. Diego. 339.
LÓPEZ ESCAMILLA, Alonso. 477.
LÓPEZ DE LEGAZPI, Miguel. 234, 235, 236, 237, 242, 245, 246.
LOREDANO, Giovanni. 160.
LORENZO DE LEMOS, Manuel. 403.
LUJÁN, Francisco. 224, 225, 226, 307, 468, 471, 474, 476, 478.
LUJÁN, Gabriel de. 399.
LUNAY, Guillermo de. 268.
LUNA, Tristán de. 494.
LUPIÁN, Abad de. 51, 52, 67, 459.
LUPIÁN, Tomás. 455.
LUNA Y ARELLANO, Tristán de. 199, 210.
LUSARRA, Lope de. 275.
LUZÓN, Alonso de. 114.
MACHIAVELLI, Pedro. 25.
MADERO, Eduardo. 363.
MAHOMET BEY. 184.
MAHAMET SIROCO. 152, 155.
MALDONADO, Antonio. 31.
MALDONADO, Diego. 253, 473, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481.
MALDONADO, Francisco. 224, 479.
MALUERO, Caterino. 160.
MALLARA, Juan de. 136.
MAMF, Arráez. 8.
MANFRONI, Camilo. 18, 42, 162, 172, 173, 182, 186, 187.
MANRIQUE, Álvaro. 471, 472, 473.
MANRIQUE, Antonio. 307, 470, 472, 473, 475, 476, 478, 497.
MANRIQUE, Jeróninio. 145.
MARAVER DE SILVA, Pedro. 203, 204, 473.
MARCH Y LABORES, José. 344.
MARI, Stefano de. 21, 48, 67, 112, 125, 137.
MARÍA, Emperatriz. 301.
MARÍN, Juan Antonio. 460.
MARKHAM, Clements R. 354, 356, 372.
MÁRMOL CARVAJAL, Luis del. 109, 334.
MARNIX, Felipe, señor de Santa Aldeguenda. 379, 385.
MAROLÍN DE JUAN. 327, 457.
MARTÍN, Henry. 210, 212.
MARTÍN, Lope. 235, 239, 240, 242, 243, 244, 858.
- MARTÍNEZ, Juan. 237.
MARTÍNEZ DE LUVENIA, Juan. 84.
MARTÍNEZ DE RECALDE, Juan. 271, 276, 287, 296, 310, 316, 324, 325, 376, 377, 481.
MARTORELL, Juan. 12.
MAXIMILIANO, Emperador. 301.
MAZARIEGOS, Diego de. 462, 465.
MAZAUD, Jeque. 25, 26.
MÉDICIS, Tomás de. 160.
MEDINA, José Toribio. 253, 259, 261, 344, 400.
MEDINA, Pedro de. 248.
MEDINACELI, Duque de. (V. Cerdá.)
MEDINA SIDONIA, El Duque de. 172, 362, 459, 460, 481, 489.
MEDRANO, Diego de. 326.
MELO, Manuel de. 305, 307.
MENDAÑA, Álvaro de. 254, 255, 257, 259, 260, 263, 465, 472, 499.
MÉNDEZ, Juan. 465.
MÉNDEZ DE CANCO, G. 489.
MÉNDEZ NIETO, Juan. 341.
MENDOZA, Antonio de. 59, 349.
MENDOZA, Bernardino de. 46, 277, 349, 372, 393, 399, 404, 423, 479.
MENDOZA, Diego de. 194, 494.
MENDOZA, Francisco de. 47, 52, 53, 59, 415.
MENDOZA, García de. 358.
MENDOZA, Íñigo de. 11, 48, 494.
MENDOZA, Juan de. 12, 19, 20, 37, 46, 47, 48, 414, 449, 494.
MENDOZA, Juan de. 230.
MENDOZA, Marcos de. 84.
MENÉNDEZ, Bartolomé. 206, 464, 465.
MENÉNDEZ, Juan. 464, 465, 468, 495.
MENÉNDEZ DE AVILLÁS, Pero. 206, 212, 215, 216, 218, 219, 221, 232, 242, 287, 289, 290, 291, 360, 443, 449, 456, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 473, 475, 484, 495, 496.
MENÉNDEZ MÁRQUEZ, Pero. 220, 339, 475, 476, 477, 483, 486, 491, 492, 499.
MENESES, Diego. 297.
MERÁS, Pedro de. 491.
MERCADAL, Gabriel. 12.
MOIREAU, Auguste. 229.
MONAGO, señor de. 21, 33.
MONCADA, Hugo de. 188.
MONCADA, Miguel de. 150.
MONDÉJAR, El Marqués de. 109.
MONDRAGÓN Cristóbal de. 129, 272, 278, 280, 281, 283, 387.
MONTAÑÉS, Juan. 253.
MONTAUBAN VOGUEDEMAR, Pierre de. 119, 120.



ÍNDICE DE PERSONAS.

521

- MONTE, Gonzalo. 483, 484.
MONTELLANO, Juan de. 276.
MONTLUC, M. de. 213, 214.
MONTORSOLI, Giovanni Angelo. 44.
MORA, Andrés de. 467.
MORALES, Cristóbal de. 433.
MORATO ARRÁEZ, 294.
MOREL, Bartolomé de. 137.
MORGAN, Miles. 390.
MOSQUERA DE FIGUEROA, 331.
MOYANO, Fernando. 48.
MUJICA, Antonio de. 267.
MULEY HAMET, 294.
MULEY MAHOMET, 189.
MUÑOZ EL BUENO, Andrés. 492.
MURAT DRAGUT, 152.
MUSTAFÁ, 75, 77, 87, 96, 97.
MUZIO DE CORTONA, 148.
NARVÁEZ Y PADILLA, Jerónimo. 469, 470.
NASSAU, Guillermo de, príncipe de Orange, 104.
NAVARRO, Antonio. 459, 478, 483, 485, 498.
NEGRENTE, Miguel. 10, 11, 12.
NEGRÓN, Ambrosio. 125, 137.
NIEVA, Conde de. 494.
NOBLECIA, El capitán. 442.
NOGUERA, Diego de. 483.
NOGUERA, Lorenzo. 309, 312.
NOVOA FEIJÓ, Francisco dc. 480, 481, 482.
NÚÑEZ VELA, Blasco. 203.
ODESCALCHI, Mons. 138.
OLER Y QUADRADO, Rafael. 12.
OLÍ, Gil de. 33.
OLISTE, Esteban de. 460.
OLIVERA, Antonio de. 39.
OLVEIRA MARTINS, J. P. 297, 299.
ONDERIZ, Pedro Ambrosio. 486, 491.
OQUENDO, Miguel de. 313, 314, 319, 327, 394, 459.
ORDAX, Diego de. 199.
ORELLANA, Pedro de. 463.
OROZCO, Juan de. 259.
ORSINI, Flaminio, conde de Anguillara, 21, 32, 33.
ORSINO, Giordano. 160.
ORTA, Juan de. 191, 193.
ORTEGA VALENCIA, Pedro. 255, 256, 257, 344.
ORTIZ DE ARTAZA, Juan. 489.
ORTIZ DE MOSQUERA, 242, 243.
ORTIZ DE RETES, Íñigo. 252, 255, 257.
ORTIZ DE URIZAR, Diego. 288, 290.
ORTIZ DE ZÁRATE, Juan. 205, 469, 497.
OSMA, El cardenal. 44.
OSORIO, Antonio. 393, 481.
OSORIO, Luis, 20, 22, 26, 67.
OSORIO DE ULLOA, Juan. 281.
OVALLE, Cristóbal de. 396, 481.
OVIEDO Y BAÑOS, José de. 200, 205.
OXENHAM, John. 343, 344.
PABLOS, Antón. 353, 356, 359, 360, 369.
PADILLA, Martín de, adelantado de Castilla. 106, 114, 394, 491, 499.
PADILLA, Pedro de. 183, 326, 331.
PALACIO, Lope de. 483, 498.
PALEAZZO, Jacome (Il Frattino). 189, 358.
PARDO OSORIO, Sancho. 338, 488, 489, 490, 492, 493.
PARMA, El Duque de. (V Farnesio.)
PASTENE, Francisco. 400.
PAULO IV, papa. 6.
PEDRIZA, El capitán. 442.
PEDROSO, Bernabé de. 489.
PEIJOTO DE SILVA, Pedro. 309, 311.
PEÑALOSA, Gonzalo de. 495.
PERALTA, Manuel M. de. 203.
PERALTA, Pedro de. 355.
PERAZA, Juan. 367.
PEREIRA, Gonzalo. 245, 246.
PÉREZ, Juan. 365.
PÉREZ DE HITA, Ginés. 109.
PÉREZ DAS MARIÑAS, Luis. 499.
PÉREZ DE OLAZABAL, Martín. 481, 482, 483, 384, 487.
PÉREZ DE LAS QUENTAS, Juan. 261.
PERTEV. 152, 154, 158, 160.
PESCARA, El Marqués de. 118.
PEZUFLA, Jacobo de la. 216.
PIALI, 10, 12, 19, 28, 30, 36, 37, 49, 75, 77, 78, 96, 97, 102, 122, 123, 133.
PIGNONE, Próspero. 110.
PIMENTEL, Alonso. 118.
PIMENTEL, Diego. 427.
PINTO, Juan. 363, 365.
Pío V, papa. 123, 129, 131, 134, 135, 162, 163, 169, 170, 289.
PISA, Hércules de. 376.
PISCINA, Antonio. 43.
PIZARRO, Gonzalo. 200.
POLLER, Sebastián. 36.
PORRAS, Felipe de. 489.
PORTALEGRE, Conde de. 490.
PORTOCARRERO, Pedro. 189, 193.
PORTUC, Arráez, 8.
PORTUGAL, Francisco, conde de Vimioso. 315, 320.
PORTUONDO, El capitán. 442.
PRIEGO, El Conde de. 150.
PROVANA, Andrea, conde de Sofrasco, señor de Ligny, 67, 90, 93, 160.
Poy. Juan de. 455.



- QUINTANA, Pedro. 12, 103.
QUINTANILLA, Jorge de. 466.
QUIRINI, Marcos. 133, 157, 181.
RADA, Fr. Martín de. 237.
RADA, Rodrigo de. 367, 482, 485, 486.
RAIMOND BEAZLEY, C. 350.
RALEIGH, Walter. 372, 377, 390, 391, 392,
 393, 423.
RAMÍREZ, Jerónimo. 160.
RAMOS, El piloto. 368.
RASQUÍN, Jaime. 197, 198, 463
REBOUZA, Diego de. 275, 276.
REENTERÍA, Machín de. 442.
RENZI, Juan María. 103.
REQUESENS, Berenguer de. 21, 33, 38,
 450.
REQUESENS, Luis de. 106, 107, 111, 112,
 114, 147, 149, 162, 173, 190, 278, 280,
 282, 283, 448, 454, 495.
RIBAUD, Jaques. 218.
RIBAUD, Juan. 211, 212, 218, 219.
RICO, Gaspar. 252.
Ríos, José Amador de los. 137.
RIVADENEYRA, Diego de. 252.
RIVADENEYRA, Fr. Juan de. 362, 497.
RIVERA, Diego de la. 360, 364, 368, 369,
 371, 483, 484, 485, 486, 498.
RIVERA, Hernando de. 358.
RIVERA, Juan de. 496.
ROBLES, Melchor de. 84, 95.
ROCAFULL, Guillén de. 67, 69, 90.
RODOLFO, Archiduque. 61, 134.
RODRÍGUEZ, Esteban. 237, 238.
RODRÍGUEZ, Juan. 199.
RODRÍGUEZ BARCIA, 392.
RODRÍGUEZ CABRILLO, Juan. 233, 349.
RODRÍGUEZ CERMEÑO, Sebastián. 499.
RODRÍGUEZ FARFÁN, Cosme. 461.
RODRÍGUEZ VANEGAS, Lope. 497.
RODRÍGUEZ DE VESTAVILLO, Fr. D. 241.
ROELAS, Pedro de las. 206, 462, 463, 464,
 465, 466, 467, 494, 495.
ROJAS MANRIQUE, Gómez de. 339.
ROLDÁN DÁVILA, Juan. 262.
ROMERO, Julián. 267, 271, 279.
RONQUILLO, Gonzalo. 496.
ROSELI, Cayetano. 118, 128, 144, 148, 162,
 183.
RUIDÍAZ Y CARAVIA, E. 216, 291.
RUIZ DE ESTRADA, Bartolomé. 252.
RUSTAN, Bajá. 8.
SAAVEDRA, Fernando de. 267.
SAAVEDRA, Fernando de. 252.
SABOYA, Manuel Filiberto de. 6
SÁENZ DE VENESA, Pedro. 206.
SALAS, Juan de. 367, 486, 787, 491, 492.
SALAZAR, Andrés de. 90.
SALAZAR, Eugenio de. 208.
SALAZAR, Pedro de. 66, 78, 99.
SALCEDO, Felipe de. 237, 248, 495.
SALINAS, Diego de. 96.
SALVAGO, El Comendador. 79.
SALVATIERRA, Tristán de. 495.
SALVIATI, Francisco. 38.
SAMANIEGO, Andrés de. 493.
SÁNCHEZ, Alonso. 370, 497.
SÁNCHEZ DE BENESA, Pedro. 463, 465.
SÁNCHEZ COTCHERO, Alonso. 348.
SÁNCHEZ PERICÓN, Pedro. 242, 243.
SAN CLEMENTE, Francisco de. 118, 119,
 120, 121.
SANDE, Alvaro de. 20, 24, 28, 30, 33, 34,
 36, 37, 38, 89, 92, 96, 97.
SANDOVAL, Fernando de. 296.
SANDOVAL, Juan de. 326.
SAN GIUSEPPE, Sebastián. 376.
SAN MIGUEL, Evaristo. 79, 115, 189, 386.
SANOGUERA, Juan. 85, 102, 106, 117, 189,
 192.
SAN PIETRO, 73.
SANS, Hipólito. 78.
SANS DE BARUTELL, 10.
SANTA ALDEGUNDA. (V. Marnix.)
SANTA CRUZ, Alonso de. 248.
SANTA FIORE, Conde de. 160.
SANTILLÁN, El doctor. 480.
SANTISTECAN OSORIO, Diego de. 78.
SANZ DE OLAVARRÍA, Martín. 261.
SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro. 253,
 255, 256, 257, 259, 260, 351, 352, 353,
 354, 355, 356, 357, 358, 359, 364, 368,
 369, 371, 372, 394, 423, 434, 479, 486,
 497.
SAULI, Bendinelo. 22, 33, 48, 67, 68, 112,
 125, 137, 450, 495.
SAVOYA, Duque de. 52, 67, 330.
SAVOYA, Francisco de. 160.
SAXATELO, Gentil. 135.
SAZ, Mateo del. 234.
SCHUMAR, Henrich. 422.
SEBASTIÁN, rey de Portugal. 294, 295,
 335.
SELAH, virrey de Argel. 8.
SELIM II. 110, 118, 122, 133, 172.
SEPTALA, Juan George. 67.
SERENO, Bartolomeo. 162.
SERVIÁ, Miguel. 165, 175, 184, 189.
SESA, El Duque de. 115.
SESA, Duque de. (V. Fernández de Cór-
 doba.)
SIERRA, Antonio de. 403.
SIERRA, Juan. 276.



ÍNDICE DE PERSONAS.

523

- SILVA, Juan de. 295.
SILVA, Nuño de. 346, 348, 349.
SIMÓN, Fr. Pedro. 200, 202.
SINAM, Bajá. 191.
SOLANO, Juan. 348.
SOLIMÁN, Gran Turco. 9, 38, 75, 97, 103.
SORANZO, Jacobo. 172, 173, 175, 183.
SORE, El corsario. 338.
SOTO, Juan de. 170.
SOTOMAYOR, Alonso de. 359, 364, 492.
SOTOMAYOR, Diego de. 483, 486.
SPANOQUI, Tiburcio. 360.
SPÍNOLA, Quirco. 25.
STATI, Federico. 22, 33.
STIRLING MAXWELL, W. 124, 128, 166, 172, 182, 186, 285.
STROZZI, Felipe. 315, 318, 320.
STUART, María. 228.
STUCLE, Tomás. 221, 223.
TALAVERA, José de. 320.
TASSIS, Pedro de. 317.
TELLO, Pedro. 489, 492.
TELLO DE GUZMÁN, Juan. 206, 461, 467.
TERRANOVA, Marqués de. 21, 33.
TEZCOCO, Fr. Francisco de. 242.
THERMES, Mariscal de. 7.
THIERRY, Cornelio de. 278.
TIÉPOLO, Antonio. 65.
TIXERES, Carlos. 21.
TOLEDO, Fadrique, marqués de Villafanca. 61.
TOLEDO, Fernando Álvarez de, duque de Alba. 6, 104, 105, 187, 266, 269, 272, 273, 278, 289, 296, 297, 298, 358, 359, 448.
TOLEDO, Francisco de. 259, 260, 261, 353, 432, 478.
TOLEDO, García de, marqués de Villafanca. 43, 61, 65, 66, 67, 70, 73, 75, 76, 79, 80, 88, 93, 94, 97, 98, 101, 102, 105, 138, 145, 181, 187, 190, 293, 337, 409, 416, 451, 452, 453.
TOLEDO, Marcos de. 267.
TOLEDO, Pedro de, marqués de Villafanca. 62, 325, 330, 458.
TORRE, Bernardo de la. 252.
TORRE, Fr. Pedro de la. 197.
TORRES Y AGUILERA, Jerónimo. 148.
TORTEILLO, Benvenuto. 137
TRAVER, Martín. 12.
TRESLONG, Almirante. 300.
TRONO, Santos. 133.
TUPAC AMARU. 259.
TUPAC, Inga, Yupangui. 251, 260.
UBILLA, Juan de. 468, 469.
UGARTE, Lope de. 230.
- ULUCH Alf. 24, 30, 31, 77, 109, 110, 117, 118, 124, 133, 152, 154, 155, 159, 160, 161, 174, 175, 181, 183, 184, 186, 188, 191, 195, 290, 301, 333.
URBINA, Juan de. 331.
URBINO, El Duque de. 157, 160.
URDANETA, Andrés de. 232, 233, 235, 236, 237, 238, 239, 241, 242, 248, 249.
URDAIRE, Juanes de. 493.
URIÑE APALLÚA, Juan de. 372, 484, 485, 486, 487, 488.
URQUIOLA, Antonio de. 489, 490.
URSÚA, Pedro de. 200.
VALDÉS, Diego de. 306.
VALDÉS, Pedro de. 291, 296, 305, 306, 307, 338, 427, 457, 469.
VALETTE CORNUSSON, Enrique de la. 84.
VALETTE PARISOT, Juan de la. 76, 77, 79.
VALGUARNERA, Carlos de. 459.
VALLECILLA, Sancho de. 484.
VALVERDE, Francisco de. 481, 488.
VAQUERO, Juan. 342, 343.
VARGAS MACHUCA, Pedro de. 474, 481.
VARGAS MEJÍA, Juan. 477.
VARILLAS, Lope de las. 205.
VARNHAGEN, A. de. 346.
VÁZQUEZ, Alonso. 378, 381, 383.
VÁZQUEZ, Juan Bautista. 137.
VÁZQUEZ, Lope. 421.
VÁZQUEZ, Mateo. 335.
VÁZQUEZ CORONADO, Juan. 150, 158, 203, 456.
VECCHI, Augusto Vittorio. 44.
VEGA, Lope de. 499.
VELASCO, Bernardino de. 106, 126, 191, 192.
VELASCO, Luis de. 199, 231, 483, 487.
VELASCO DE BERRIO, Juan de. 206, 467, 469, 476, 477.
VELÁZQUEZ, Isidro. 300.
VÉLEZ DE GUEVARA, Luis. 70.
VENEGAS, Lédro. 55, 58.
VENIERO, Sebastián. 133, 134, 138, 147, 153, 154, 156, 160, 172, 186.
VERA, Diego de. 188.
VERA, Francisco de. 362.
VERA, Gabriel de. 485.
VEROGGIO, Antonio. 128.
VEROGGIO, Benedicto. 162, 338.
VESPUCCIO, Américo. 356.
VIEDMA, Andrés de. 373.
VIERA Y CLAVIJO. 338.
VILLAFAÑE, Ángel de. 211.
VILLAFRANCA, Marqués de. (V. Toledo.)
VILLALOBOS, Juan de. 353, 354.
VILLANDRANDO, Juan de. 201.



VILLAR, Conde del. 485.
VILLAR, Diego del. 477.
VILLARROEL, García de. 111.
VILLARROEL, Gonzalo. 218.
VILLAVICENCIO, Bartolomé. 476, 477, 478,
482.
VILLAVICIOSA, Juan de. 318, 320, 488, 499.
VITORIA, Juan de. 466.
VIMIOSO, Conde de. (V. Portugal.)
VIQUE MANRIQUE, Pedro. 397, 398, 477.
VIVERO, Juan de. 244.
VIZCAÍNO, Sebastián. 487.
WERNER. 356.
WHIDDON. 394.
WINTER, El capitán. 346, 376.

ZABALETA, El capitán. 273.
ZALDÍVAR, Juan de. 245.
ZAMORA, Fr. Alonso de. 340.
ZAMORANO, Rodrigo. 361.
ZANNE, Jerónimo. 123, 127, 133.
ZANOGUERA. (V. Sanoguera.)
ZAPATA, Luis. 38, 44, 48, 53.
ZAPATA, Rodrigo. 297.
ZARAGOZA, Justo. 255, 260, 344.
ZARATE, Francisco de. 348, 352.
ZAYAS, Alonso de. 267.
ZUBIAUR. Pedro de. 479.
ZUBIAURRE, Pedro de. 488, 498.
ZÚÑIGA, Diego de. 368.
ZÚÑIGA, Juan de. 186.



ÍNDICE GENERAL.

I.

PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE II.

1556-1559.

Páginas.

Guerras en Italia y en Flandes.—D. Luis de Carvajal en la batalla de Gravellinga.—Situs de Orán.—Venida de armada turca.—Estragos que hizo en el golfo de Nápoles.—Toma y destrucción de Ciudadela.—Jornada del Conde de Alcaudete en Berbería.—Su muerte.—Hazaña de un corsario..	5
--	---

II.

LOS GELVES.

1559-1560.

Opinión autorizada acerca del estudio de los descalabros.—Proyecto de recuperar á Trípoli.—Lo dirige el Duque de Medinaceli.—Preparativos en Sicilia.—Composición del ejército y la armada.—Desórdenes.—Desembarco en los Gelves.—Construcción de un fuerte.—Llega la armada turca.—Rendición de la nuestra.—Juan Andrea Doria.—Situs del fuerte.—Defiéndelo D. Álvaro de Sande.—Sucumbe.—Lo que costó la jornada.—Suerte de los cautivos.	17
---	----

III.

NAUFRAGIO EN LA HERRADURA.

1560-1563.

Muerte de Andrea Doria.—Desquiciamiento de la armada real en el Mediterráneo.—Perece D. Juan de Mendoza con su escuadra.—Situs de Mazalquivir.—Valentia de los defensores.—Llega el socorro.—Turcos y argelinos huyen.....	41
--	----



IV.

EL PEÑÓN DE VÉLEZ DE LA GOMERA.

1563-1564.

Páginas.

- Expedición de D. Sancho de Leyva.—Desembarque.—Fracaso.—Presa de naves inglesas en Gibraltar.—D. García de Toledo, general de la mar.—Propósito de reorganizar la armada.—Ordenanzas.—Gran armamento.—Concurso de las naciones cristianas.—Escuadras en Málaga.—Vuelta al Peñón.—Inteligencia en el ataque.—Sucumbe la plaza.—Su importancia. 55

V.

SITIO DE MALTA.

1565.

- Guerra de Córcega.—Obstrucción de la ría de Tetuán.—Castigo á los corsarios.—Gran armamento en Turquía.—Va sobre Malta.—Ataca al fuerte de San Telmo.—Propone D. García de Toledo el socorro.—Pro y contra.—Vaciación del Rey.—Burladores del bloqueo..... 73

VI.

SOCORRO Á MALTA.

1565.

- Rendición del fuerte de San Telmo.—Asalto al Burgo.—Situación apurada.—Concéntrase la armada de España.—La conduce á Mesina D. Álvaro de Bazán.—Consejo de guerra.—Opinión contra el socorro.—Determinado el Rey.—Lo prepara D. García de Toledo con suma habilidad.—Contratiendas del tiempo.—Desembarco en Malta.—Derrota de los turcos.—Evacuan la isla.—Siguelos D. García hasta Grecia. 87

VII.

GUERRA DE LOS MORISCOS DE GRANADA.

1566-1570.

- Construcción de galeras.—Venida de la armada turca á Italia.—Se retira.—Rebelión en los Países Bajos.—Tratos de Argel.—Viaje del Duque de Alba á Génova.—Naufragio en Málaga.—Nombramiento de D. Juan de Austria general de la mar.—Organización de las escuadras.—Crucero.—Alzamiento de los moriscos.—Guardia de la costa.—Otro naufragio.—Los marineros asaltando las plazas.—D. Juan de Austria concluye la guerra.... 101



ÍNDICE GENERAL.

527

VIII.

PRELIMINARES DE LA LIGA.

1570.

Páginas.

- Uluch-Ali se apodera de Túnez.—Ataca á la Goleta sin éxito.—La socorre el Virrey de Sicilia.—Combate y apresa tres galeras de la religión de Malta.—Juicio de los vencidos.—Guerra de Chipre.—Pide auxilio la República de Venecia.—Interviene el papa Pio V en su fav. r.—Acuerda el Rey de España el envío de cincuenta galeras.—Van al mando de Juan Andrei Doria.—Únense con las de la Santa Sede y Venecia.—Desavenencia entre los generales.—Gastan el tiempo inútilmente.—Se separan dando por acabada la campaña.—Venida de la reina D.^a Ana de Austria.. 117

IX.

REUNION DE BAJELES EN MESINA.

1571.

- Se concluye el tratado de la Santa Liga.—General en jefe D. Juan de Austria.—Los de Roma, Venecia y Turquía.—Capitulación de Famagusta.—Suplicio de Bragadino.—Lentitud en el armamento de los coligados.—Acuden con las naves á Mesina.—Entrega del estandarte especial de la Liga.—La galera real en que se arbola.—Composición y fuerza de la Armada.—Hácese á la mar.—Alarde en Gomenizza.—Irascibilidad del general Veniero.—Consejo de guerra.—Adelante..... 131

X.

BATALLA DE LEPANTO.

1571.

- Concentración de la armada turca.—Su fuerza y distribución.—Vacilaciones de los jefes.—La de la Liga sale del puerto.—Navegación trabajosa.—Descubre á la enemiga.—Línea de combate.—Encuentro.—En la izquierda.—En el centro.—En la derecha.—Bizarria de D. Juan de Austria.—Oportunidad de la escuadra de socorro.—Victoria por los cristianos.—Pérdidas enormes.—Presas.—La flota turca aniquilada.—Distribución del botín.—Regreso de los cristianos.—Separación.—Temporal.—Regojizo.—Juicio de la jornada..... 151

XI.

FIN DE LA SANTA LIGA.

1572-1574.

- Segunda jornada.—Sale la Armada de Mesina.—Va á su encuentro Uluch-Ali.—Escaramuza en el Canal de Cérigo.—Llega el Generalísimo.—Re-



organización de las escuadras en Gomenizza.—Su composición y fuerza.—Propone D. Juan de Austria forzar el puerto de Modón.—No viene en ello el Consejo.—Desembarco en Navarino.—Combate singular de don Álvaro de Bazán.—Retirarse los coligados á invernar.—Los venecianos rompen las estipulaciones.—Conquista de Túnez.—Construcción de un fuerte.—Lo sitian y rinden los turcos juntamente con el de la Goleta.—Destruyen uno y otro.....	169
---	-----

XII.

INDIAS OCCIDENTALES.

1559-1574.

Navegación afanosa.—La sed en el agua.—Huracán en la Florida.—El Dorado.—Bajada por el Marañón.—Un monstruo.—Población indefensa de las Indias.—Jornadas á Nueva Extremadura y Nueva Andalucía.—Al Rio de la Plata.—Instrucciones del Consejo de Indias.—Ordenanzas para los descubrimientos.—Para el Cosmógrafo.—Para las flotas y armada.....	197
---	-----

XIII.

PIRATERÍAS.

1560-1571.

Contrabando.—Hugonotes.—Se establecen en la Florida.—Los ataca y degüella Pero Menéndez.—Construye fortalezas.—Fundá poblaciones.—Persigue el corso.—Mala fe de Catalina de Médicis.—Ordenanza severa de Felipe II.—Veleidad de los indios.—Empresas de corsarios y negreros ingleses.—Los favorece la reina Isabel, cobrando parte de las utilidades.—Los condena en público.—Viajes de Hawkins.—Combate de Veracruz.—Se vende.—Intentos de justificación.—El P. Las Casas y su libro.—Compañías ó Asociaciones piráticas.—Arman escuadras contra las de la guarda de flotas.....	209
--	-----

XIV.

ISLAS FILIPINAS.

1564-1572.

Expedición de descubierta.—Proyecto de Urdaneta.—Instrucciones.—Salida de la Armada al mando de Legazpi.—Grupos de islas nuevas.—Asiento en la de Cebú.—Fundación.—Regreso de la Capitana.—Triunfo de Urdaneta.—El patache <i>San Lucas</i> .—Navegación audaz.—Consigüese el descubrimiento.—Otra expedición.—Crimen castigado.—Abandono de gente en las islas despobladas.—Hostilidad de los portugueses y de los moros.—Combates.—Se regulariza la comunicación con Acapulco.....	231
--	-----



ÍNDICE GENERAL.

529

XV.

ISLAS DE SALOMÓN.

1565-1574.

Página.

- Tradiciones indias de la existencia de islas al Oeste del Perú.—Hallazgo de las nombradas Galápagos.—Solicitudes de licencia para descubrir.—Concesión á Mendaña.—Preparativos.—Salida del Callao.—Descubrimiento.—Divergencia de opiniones al tratar del regreso.—Verifícalo por el Norte.—Viaje penoso.—Ayuno y enfermedades.—Llegan á Nueva España.—¿Vieron los españoles el mundo austral?—Indicios afirmativos.—Asiento de Mendaña para poblar en las islas descubiertas. 251

XVI.

GUERRA EN LOS PAÍSES BAJOS.

1571-1578.

- El campo de la herejía.—Armada del Duque de Medina Celi.—Gheusios.—Ocupación de Ramua.—Combates en el Escalda y el Ems.—Pérdida de flota comercial.—Socorro de Goes.—Victoria de Harlem.—Otros combates desgraciados.—En Berg-op-Zoom.—En Zuyderzee.—Gobierno de D. Luis de Requesens.—Expedición maravillosa.—Infantería acuática.—Sitio de Leyde.—La mar tierra y la tierra mar.—Llegada de D. Juan de Austria.—Marina turca y marina holandesa. 265

XVII.

INCORPORACIÓN DEL REINO DE PORTUGAL.

1574-1581.

- Armada contra Holanda é Inglaterra.—La deshace la peste.—Muere Pero Menéndez de Avilés.—Temporales.—Turcos y Moros.—Jornada de los Querquenes.—D. García de Toledo.—Tregua con Turquía.—D. Sebastián de Portugal en África.—Desastre de Alcazarquivir.—Pretendientes á la corona.—Derechos del Rey de España.—Hácelos valer.—Toma de Setúbal, de Lisboa, de Oporto.—Sunisión completa.—Entrada del Rey en Lisboa.—Viaje de la Emperatriz viuda de Maximiliano.—Uluch-Alí... 287

XVIII.

ISLAS AZORES Ó TERCERAS.

1581-1582.

- Ingerencia solapada de las Reinas de Francia é Inglaterra.—Una y otra codician las islas.—Va sobre ellas la armada de D. Pedro de Valdés.—



Desembarca y es derrotado.—Grandes aprestos navales en España.—Quejas del comercio perjudicado.—Sale á la mar el Marqués de Santa Cruz.—Encuentra escuadra francesa tres veces mayor.—Batalla empeñada.—Vence la pericia á la fuerza.—Circunstancias notables.—Naves destruidas.....	303
--	-----

XIX.

DESPUÉS DE LA VICTORIA.

1582-1583.

Tremendo castigo.—Señores franceses degollados por sentencia, considerándolos piratas.—Huida del Prior de Crato.—Llegan las flotas en salvamento.—Segunda jornada.—Desembarco y batalla en la Tercera.—Nuevos triunfos.—Sumisión completa de las islas.—Naves y artillería apresadas.—Entrada triunfal de la armada en Cádiz.—Muerte de Sancho Dávila.....	323
--	-----

XX.

ESPUMADORES DE MAR.

1572-1585.

En el Mediterráneo.—Cautiverio de Cervantes.—Traída de los restos de D. Sebastián de Portugal.—Viaje de la infanta D. ^a Catalina.—Juan Andrea Doria.—Las costas de Galicia.—Estragos de los hugonotes en Canarias.—Holandeses en el mar de las Antillas.—Hervidero de piratas.—Se envían galeras á la isla Española.—Asesinato de su general.—El Drake.—Proeza en Nombre de Dios.—Cómo la cuentan las historias y cómo fué realmente.—Otra acción de su cocinero.—Drake en el Pacífico, entrando por el estrecho de Magallanes.—No encuentra oposición.—Carga su nave de oro.—Da la vuelta al mundo llevando el botín á Inglaterra.—Ármale caballero la Reina.—Su divisa usurpada y la original de Hawkins.—Disposiciones tardías en el mar del Sur.....	333
---	-----

XXI.

ESTRECHO DE MAGALLANES.

1579-1586.

Reconocimiento del estrecho.—Primer navío que viene por él á España.—Combate con corsarios.—Decisión de fortificarlo.—Consultas y preparativos.—Armada al mando de Diego Flórez de Valdés.—Discordias, desórdenes y desdichas.—Tribulaciones de Pedro Sarmiento de Gamboa.—Sus grandes méritos.—Combate con ingleses en el puerto de San Vicente.—Abandonan la costa.—Derrota de franceses en Parayva.—Fundación de pueblos en el Magallanes.—Suerte desastrosa que tuvieron.—Cautiverio de Sarmiento.....	353
--	-----



ÍNDICE GENERAL.

531

XXII.

IRLANDA Y FLANDES.

1579-1587.

Páginas.

Expedición pontifícia.—Naufraga en la costa de España.—Se rehace.—Desembarca en Kerry.—Se fortifica.—La desbaratan los ingleses.—Crueldad de Walter Raleigh.—Situs de Amberes.—El puente de Farnesio.—Empeño para destruirlo.—Ingenios y máquinas.—Explosión espantosa.—Efectos.—Navío colosal.—No responde al propósito.—Batalla en un dique.—Vencen los españoles.—Capitula Amberes.—Peligroso trance en la isla de Bomel.—Salvamento.—Expugnación de la Esclusa.—Se rinde.—Opinión de la marina española.....	375
--	-----

XXIII.

PIRATERÍA EN GRAN ESCALA.

1578-1587.

Walter Raleigh.—Primeros quebrantos que tuvo.—Fundó la colonia de Virginia.—Hace daños en Terranova.—Jornada de Drake á las Indias.—Saquea á Santo Domingo y Cartagena.—Destruye á San Agustín de la Florida.—Regresa con rico botín.—Ataque de franceses á Cuba.—Argelinos en Canarias.—Circunnavegación de Cavendish.—Apresa la nao <i>Santa Ana</i> , de Filipinas.—Peripecias.—Honra la Reina.	386
---	-----

APÉNDICES.

NÚMERO 1.

Discurso de D. García de Toledo sobre los inconvenientes que tienen cargos de generales de galeras.....	409
---	-----

NÚMERO 2.

SOCORRO DE MALTA.

Carta de D. García de Toledo al Rey exponiendo la necesidad de socorrer á Malta	416
---	-----

NÚMERO 3.

Inscripciones grabadas en el pedestal de la estatua de D. Juan de Austria en Mesina.....	419
--	-----



NÚMERO 4.

	Páginas.
Conflictos anseáticos-español en el siglo xv.....	420

NÚMERO 5.

Documentos relativos á la prisión y rescate de Pedro Sarmiento de Gamboa.	423
---	-----

NÚMERO 6.

Discurso del capitán Sancho de Achiniega, de lo que S. M. debe de mandar en la costa de Vizcaya para que haya número de naos y avíos en aquellas costas. Año 1578.....	437
--	-----

NÚMERO 7.

Memoria al rey D. Felipe II pidiendo revisión de las leyes que favorecían la construcción de naos gruesas, por ser contrarias á la navegación en general.....	443
---	-----

NÚMERO 8.

Noticias extractadas de documentos que atañen á la Armada española en Europa.....	449
---	-----

NÚMERO 9.

Noticias extractadas de documentos que atañen á la Armada española en Indias.....	461
---	-----

NÚMERO 10.

Noticia extractada de naufragios.....	494
---------------------------------------	-----

NÚMERO 11.

Noticias extractivas al corsario inglés Francis Drake.....	499
Índice de personas nombradas en este tomo.....	515
Índice general.....	525